Y no era para tanto, era para siempre

Atte. Carlota



LORENA DONCEL

Y no era para tanto, era para siempre

Atte. Carlota

Lorena Doncel

COLECCIÓN milamores

Y no era para tanto, era para siempre
Atte. Carlota

ISBN: 9788419542939
ISBN ebook: 9788419542496

Derechos reservados © 2023, por:

© del texto: Lorena Doncel
© de la portada: Rachel's Design
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para todos aquellos que se han dejado llevar.
Para todos aquellos que alguna vez se perdieron.
Para todos los que alguna vez hemos necesitado
una mano amiga.
Y para los que, por más rotos que estén, se recompongan.
Y para ti, que vas a leerme ahora.
Vive, sueña, ama... y espera tu señal.

Introducción

Carlota

Llevaba algo más de dos meses buscando trabajo. Lo cierto era que en Madrid la cosa estaba fatal. No encontraba nada de lo mío. Tengo que decir que tampoco sabía lo que era lo mío exactamente, porque, en sí, no había trabajado de nada a lo largo de mi caótica vida. También había pasado por Barcelona, Valencia y Alicante en busca de cualquier tipo de trabajo que pudiera desarrollar. Sin embargo, con veintiocho años y un currículo de *influencer*, no podía esperar mucho; por no decir otra cosa peor.

Voy a poneros en antecedentes para que no andéis más perdidos de lo que podía andar yo por aquellos momentos.

Como decía mi amiga Susana: «Hay gente que nace con estrella y otros que a veces nacemos estrellados». Ella siempre me había asegurado que yo había nacido con una estrella pegada a mi culo. Y no puedo decir que no, porque la vida me había ido literalmente bien hasta hacía un par de años.

Empezó cuando tenía unos dieciocho o diecinueve. Vivía en Madrid, y sin comerlo ni beberlo, una noche de fiesta con mis amigas conocí a dos agentes publicitarios que me metieron en un programa de televisión. Gracias a ellos, mi vida amorosa fue un fiasco. Sin embargo, mi vida laboral despegó, arrancó como un cohete. El programa iba de buscar pareja, pretendientes, salidas y cenas, lo que viene siendo un chollo cuando eres una niña a la que le gusta salir y la locura, sin pensar en el mañana. En un principio, mis padres lo llevaron muy mal, igual que mi hermano mayor Raúl. Pero poco a poco fueron olvidando el tema o se vieron obligados a acostumbrarse cuando empecé a centrarme más en trabajar a través de las redes sociales publicitando ciertas marcas y contando mi vida privada en los programas de televisión, con el móvil en la mano todos los días exhibiendo una vida de lujo, viajes y un sueño hecho realidad. En ese momento concreto ya estaba empezando a perder el norte y el rumbo de mi vida. No obstante, yo no escuchaba a nadie.

Como todo trabajo de *influencer* que se preciara, estuve varios años mostrando mi vida a través de las redes: fotos, historias y mucho postureo. La cosa iba muy bien y cobraba mucho dinero; mejor dicho, el dinero entraba sin cesar con cada colaboración o foto que subía a mis redes. Una vida realmente envidiable. Podría decir que era una de las mujeres *influencers* mejor pagadas de España, y mi nivel de vida iba a más cada día. Y si un día no podía con mi cuerpo, hacía lo que hiciera falta para crear contenido. Una vida abocada al fracaso era lo que me envolvía semana

tras semana. Pánico a caer en picado, fiestas, descontrol, hombres, drogas y desmadre eran el día a día de esa vida que yo pensaba que era la ideal, a pesar de sentir un miedo diario a no ser querida. Y, claro está, eso no lo veía. Y a quien tratase de abrirme los ojos, lo expulsaba de mi entorno inmediatamente. No quería ser consciente de lo que me rodeaba.

Entonces, de un día para otro empezaron a filtrarse unos rumores falsos sobre mí con un futbolista casado; gente que se subió a la palestra (como se dice vulgarmente en este mundillo) intentando ganar dinero a mi costa. Me hundieron tanto laboral como mentalmente, así que entré en un bucle de depresión y autodestrucción. Los ataques hacia mi persona eran constantes: amenazas de *haters*, insultos y humillaciones. Sin cesar, me destruyeron. Falsos bulos sobre mí y chicos famosos empeoraron la historia hasta dejarme rota. Todos los temores que yo tenía se multiplicaron por mil, con más dolor aún de lo que cabría esperar. Hasta el punto de que no podía ni caminar por la calle tranquila, bajo la mirada correctiva de la gente, además de algún que otro exabrupto. Pasé de estar en las portadas de las mejores revistas de moda a verme en las de la prensa rosa rodeada de agravios, comparándome con actrices o cantantes muertas antes de los treinta.

A todo esto: mi nombre es Carlota. Por aquel entonces tenía veintiocho años. Era una chica normal y corriente, aunque en aquellos días me sentía un poquito tullida emocionadamente. Además de dejar a mi pareja, de perder el trabajo y de que debido a las redes sociales y la televisión se hiciera una campaña para hundirme por parte de mis compañeras de profesión, la vida se me torció, tanto que se quebró más de lo que yo podría haber esperado.

Así que, nada, estaba casi rozando la treintena, sin ninguna carrera, ningún estudio, y lo único que había apuntado en mi currículo era *influencer*. Triste pero realmente cierto.

Conforme la depresión avanzaba, mis pensamientos iban a peor y mi adicción se acrecentaba más. Mis padres decidieron que me hacía falta ayuda, terapia o incluso internarme en algún centro que me ayudara a estar bien, para recomponerme y empezar de nuevo. Así que, como jamás les había hecho caso en la vida y nada de lo que hacía estaba resultando como yo quería, decidí escucharlos por primera vez

Cuál fue la sorpresa de mis padres al ver que, en los diez años que había trabajado como *influencer*, no había ahorrado absolutamente nada. Los derroches de dinero, viajes, fiestas, ropa y drogas me habían dejado en la absoluta ruina. Debía muchísimo dinero en tarjetas de crédito y además no tenía absolutamente nada. Así que ellos, como buenamente pudieron, se hicieron cargo de mis deudas y me ingresaron en un centro, al cual tengo que darle las gracias por todo lo que me ayudaron, porque, si no, hoy no estaría aquí explicándoos mi experiencia. Mi historia.

Mis padres podían permitírselo económicamente. Eran gente trabajadora que no les quedó otra que hacer frente a los desastres de su hija. Pero yo me sentía cada vez más avergonzada de mí misma. Una hostia de realidad y de sentido común me envolvió, y fue lo que me llevó a poner todas mis ganas para salir adelante.

Me fui a Valencia porque mis padres habían decidido que lo mejor era que pasara unos días con mi hermano y me tranquilizara. Quería volver a Madrid e instalarme en mi piso. Sin embargo, ya no lo tenía, y las pocas cosas que aún me quedaban estaban en un trastero, amontonadas y desordenadas, como lo estaba yo.

Ellos querían que estuviera un poquito calmada, ya que al no encontrar trabajo estaba deprimiéndome un poco y les daba miedo que volviese a casa. Pero yo ya me encontraba fuerte, me encontraba con ganas, de verdad que sí. Me sentía bien para volver al mundo real y salir de la burbuja en la que me tenía mi familia: desconectada de todo, apartada de todo y sin nada que hacer. Había desaparecido de la faz de la tierra. Y quería empezar a salir al mundo.

Después de caminar por el paseo marítimo de Valencia, mirando al infinito y sin saber qué hacer, entré en casa de mi hermano y fui directamente a mi habitación. Me senté en el escritorio y me puse a buscar trabajo por Internet, un acto cotidiano en aquellos días. La verdad es que no encontraba nada, pero estaba muy motivada. No me importaban los rechazos diarios, ir a una entrevista y quedar como una inepta, porque yo sabía que era capaz de trabajar duramente. Pero los entrevistadores no me daban oportunidad. Me miraban con asombro, y la frase que todos decían sin ánimo de ofender se repetía: «Oh, sí. Esto no es para ti. Deberías buscar algo adecuado a tu perfil».

Sin embargo, uno de los anuncios llamó mi atención: cocinera. Cocinera en un *camping*. La verdad es que se me daba bastante bien la comida. Me encantaba comérmela, eso lo primero, y lo segundo, siempre me había encontrado a gusto entre fogones. Incluso algunos trabajos de *influencer* los hacía de recetas propias. Así que, al llamar, me sorprendió cuando me dijeron que sí. No les importaba que no tuviera experiencia, y necesitaban a alguien urgentemente, por lo que me indicaron que me acercara e hiciera una entrevista. Cuando se lo dije a mi hermano, me miró como si yo tuviera tres cabezas y dos de ellas dieran vueltas mientras la otra intentaba morderlo. Qué desastre de momento.

—¡¿Qué narices pintas tú en una cocina?! —exclamó, con los ojos abiertos como platos y mirándome de arriba abajo—. ¿Tú te has visto? Si eres como una Barbie más delicada que cualquier otra cosa. Carlota, por favor —concluyó testarudo. Sus ojos me miraban con determinación y expresando un rotundo «no»—. Se te puede romper una de las uñas... Eres consciente de ello, ¿verdad? —se burló de mí—. No quiero decir que no seas capaz. Ser cocinera es algo muy duro, y en un *camping*... No sé... No te veo. Busca de dependienta en una tienda de ropa. La moda se te da genial. Hermana, algo de lo que seas capaz y no te canses al segundo día. Porque, realmente, en el momento en el que estás, necesitas hacer algo de lo que seas realmente capaz.

Cerré los ojos con fuerza, intentando no llorar. «Controlar, respirar, pensar», repetí mentalmente las palabras que me decía mi psicóloga. Pero lo cierto era que estaba costándome mucho no volver a romperme en mil pedazos y mandarlo todo a paseo, convertirme en un

parásito social. Porque yo sí que me veía capacitada para trabajar, como todo hijo de vecino. No era una princesa. Yo era una *curranta*.

Raúl intentó disculparse. Yo le dije que no pasaba nada, que llevaba dos años acostumbrada al rechazo del mundo hacia mí. Era cierto que no importaba, ya que era mi hermano y me lo decía por mi bien, aunque las formas no fueran lo suyo. Y, en el fondo, yo estaba demasiado sensible todavía.

Fui a mi habitación y me miré en el espejo. No es que fuera una muñeca inanimada, y como decía yo, era una chica normal. Si la gente no lo veía, no era mi problema. Pero ¿una muñeca rota? Jamás. No obstante, a lo mejor sí que podía dar una imagen de lo que no era. Seguía teniendo la apariencia de una *influencer* bastante superficial, por decirlo de alguna manera. Yo nunca había sido una persona muy tiquismiquis con el aspecto físico; es más, pasé parte de mi infancia y adolescencia sin peinarme prácticamente. Pero una vez que entré en aquel mundo, la verdad es que me perturbé un poco. Medía uno con sesenta, pesaba cincuenta y cuatro kilos y era delgadita. Y había sacado partido del cuerpo que mis padres me habían dado. Iba tres días a la semana al gimnasio y practicaba yoga, así que estaba bastante definida. No comía absolutamente nada después de las ocho de la tarde, solamente café o té, a no ser que tuviera reservas en restaurantes para publicitar, pero después lo suplía con dos días de ayuno. Sí, loca perdida estaba. Y en aquella época sentía que estaba haciéndolo bien en todos los aspectos. También me operé el pecho; me lo puse bastante grande. Y me hice algún que otro retoque estético, como labios y *microblading* en las cejas, además de pestañas postizas y uñas de porcelana.

No es que estuviera mal, porque, hoy en día, casi todas las chicas más o menos vamos igual. Pero yo lo llevé un poquito al límite y me centré en mi aspecto físico, ya que era lo que más vendía. Y, claro, ahora podía dar una apariencia que no iba con mi nueva personalidad, aunque antes sí, pero en su momento me dejé llevar y me encantaba ser el centro de atención; cosa que ahora odiaba. Sentía pánico y un miedo irracional a que me reconocieran, a que alguien supiera quién era y que quisieran humillarme de nuevo. Pero mi yo de antes tenía claro que contra más diera yo físicamente..., más esmero, más dinero y más promociones. Y así, un bucle vicioso que cada día me exigía más y más.

Así que decidí preparar la maleta y presentarme en la entrevista, pues, ya que había dicho que sí, qué menos que hacer acto de presencia y que fueran ellos los que decidieran si darme el trabajo o no. Total, el «no» ya lo tenía. ¿Qué podía perder?

Abrí el pequeño armario que tenía en casa de mi hermano y lo miré de arriba abajo. La verdad es que sí: podía dar la apariencia de ser una persona relativamente pija y que solamente estuviera pendiente de la fachada. Todo lo que tenía en el armario era de marca. Saqué unos zapatos que siempre me habían vuelto loca, unos Louis Vuitton que me habían costado más de dos mil euros, unos tejanos de Prada, una chaqueta de Chanel... No era la ropa más apropiada para ir a hacer una entrevista en un *camping*. Y si miraba en la habitación que tenía en casa de mis padres, era

más de lo mismo. Por lo tanto, por primera vez en mi vida, no tenía ropa que ponerme. Lo más surrealista de la semana.

Tampoco quería pedirle dinero a mi hermano nuevamente, y mucho menos a mis padres para ropa. Podría sonar a que había perdido la cabeza, ya que las cajas con ropa, zapatos y bolsos ocupaban el garaje y dos habitaciones de sus casas. Una locura, ¿verdad? Así que, sin pensármelo, metí las cuatro prendas que tenía y salí disparada a por mi coche: un Audi Q3 RS, el más alto de la gama. Fue uno de los caprichos que me di y que, por suerte o por desgracia, ya estaba pagado y era lo único que tenía mío en propiedad. Me había replanteado muchas veces venderlo, pero lo cierto es que necesitaba un vehículo y poder desplazarme con él. Mi idea era que en cuanto encontrase un trabajo más o menos estable lo vendería y me cogería una motito para desplazarme.

Me despedí de mi hermano y salí disparada. Pude ver el miedo en sus ojos, pero su abrazo me hizo pensar que solo era el pánico de perderme de nuevo, de que no soportara otro rechazo más.

No había salido del garaje cuando escuché un sonido en mi televisión. Digo «sonido» porque llevaba tanto tiempo desconectada de las redes sociales y del WhatsApp por todo lo que conllevaba el mundo exterior que me puso hasta nerviosa. Cuando vi que mi hermano me había ingresado doscientos euros a través de Bizum, me sorprendí. Como tampoco tenía ninguna aplicación para poder mandar mensajes, no me quedó otra que hacerlo a la antigua usanza y escribirle un mensaje de texto dándole las gracias y diciéndole que algún día le devolvería todo lo que había hecho por mí.

Me puse el GPS. Y, sin querer pensar más de la cuenta, dejando atrás lo malo y centrándome en un nuevo futuro, comencé mi viaje.

1. La llegada

«Así como una serpiente muda su piel,
debemos mudarnos de nuestro pasado.
Una y otra vez».

Buda

Carlota

Me desperté en un pequeño hostal, en el pueblo justo al lado de donde tenía la entrevista. Lo poquito que pude ver a mi llegada me maravilló: la naturaleza, las montañas verdes llenas de vegetación y, por supuesto, esas infinitas playas. Era un sitio mágico. Era un lugar que daba vida. Y justamente era lo que yo necesitaba.

Llamaron a la puerta para avisarme de que ya estaba listo el desayuno. Ese trato tan cercano me hizo sentir en casa y me gustó. Puede parecer surrealista que, estando tan alejada de mi casa, de mi familia, me sintiera como en ella. Me puse unos vaqueros y una camiseta de media manga, y con la cara *lavá* y recién *peiná*, como decía mi padre, bajé a desayunar.

Estábamos entrando en el otoño, así que estaba nublado y hacía un poquito de frío. Tenían la chimenea de leña encendida, supongo que por los surfistas que entraban prácticamente congelados y se amontonaban a su lado. Me senté en la mesa y me quedé sorprendida por la cantidad de comida que había en ella: zumo de naranja recién exprimido, yogures naturales, tostadas con mermelada mantequilla, queso de cabra y gofres.

La dueña me saludó con una sonrisa en la cara.

—Qué bien desayunáis aquí —le dije, antes de darle un bocado a la tostada.

—Aquí desayunamos fuerte. Ya sabes lo que dicen de los del norte. —Sonrió. Se sentó enfrente de mí y comenzó a tomarse su café—. ¿Qué has venido a practicar: surf o una escapada?

Sin dejar de sonreír, miró hacia la puerta. Se escuchaba jaleo de gente.

—Lo cierto es que he venido a una entrevista de trabajo, aquí en el pueblo de al lado.

—¿En el *camping* La Ola?

La miré sorprendida.

—Sí, creo que sí —le dije con un mohín y algo tímida.

—Qué raro. Yo pensaba que solo hacía falta una cocinera. No sabía que necesitaran a alguien más en la recepción —comentó, como si tal cosa; posiblemente, pensando algo más de mí.

—Vengo por el puesto de cocinera.

Sentí cómo mis mejillas se ponían rojas por la vergüenza que estaba dándome. No una vergüenza por trabajar de cocinera, no penséis mal, sino pudor por creer que no estaba capacitada para ello y que la señora pudiera pensar cualquier cosa de mí.

—Espero que tengas suerte. El *camping* es muy bonito y todo está perfecto, aunque el servicio de bar es un poco triste. A ver si ahora contigo mejora y reflotan. Confío en ello —sentenció, apretándome una mano.

Su confianza en mí me dio el pequeño empujón que necesitaba. Ya veis: una extraña confió en mí. Paradojas de la vida.

Llamaron a la puerta del hostal y se levantó despacito para abrir sin prisa. Ella ya sabía que estaban allí, ella y todo el mundo, por el follón que tenían entre risas y jaleos. Vi entrar a seis o siete chicos haciendo mucho murmullo. Seguramente venían de hacer surf. Todos la saludaron con mucho cariño y ella los recibió de la misma manera. Se sentaron alrededor de la mesa, sin percatarse de mi presencia, y devoraron absolutamente todo lo que había en ella. Gracias a Dios, antes de que vinieran, me había preparado otra tostada más y me había puesto un poquito de zumo, porque, si no, me habría quedado sin desayunar esa mañana. Creo que, mientras engullían la comida, ni siquiera podían respirar.

La dueña del hostal los miraba con ternura.

—Todos los años tengo aquí a mis chicos preparándose para su torneo.

Eran clientes, pero para ella eran sus chicos.

Terminamos de desayunar y poco después me despedí de ella, nerviosa, pero con confianza. Cogí el coche y puse rumbo al *camping*. Una vez allí, aparqué en la entrada y caminé hasta el mostrador de recepción. Salió a recibirme una mujer mayor de unos sesenta y pocos años, bajita, morena y entradita en carnes, pero muy graciosa, quien enseguida me reconoció y me pidió que la acompañara. Entramos en un despacho chiquitito que era una casita de madera y me informó de las condiciones. Realmente estaban superbién, y mucho mejor de lo que imaginé.

Me explicó también que era un *camping* familiar que estaba abierto durante todo el año menos el mes de diciembre. También me dijo que los empleados tenían una zona específica para ellos, donde cada uno contaba con un pequeño bungaló de madera, y eso me gustó. Lo cierto era que no tenía mucho dinero para poder pagarme un alquiler y quería estar cerca del trabajo para no tener que coger el coche, ya que estaba empezando desde cero. Así que eso fue un punto más a su favor.

Después me habló del sueldo, que no era muy alto pero tampoco muy bajo. Serían unos mil seiscientos euros, y los horarios, desde las siete y media de la mañana hasta las tres de la tarde o de tres a once de la noche, aunque muchos días trabajaría en horario ininterrumpido, según la ocupación del *camping* o el número de turistas y según la temporada. Me comentó que necesitaba una cocinera y que de momento solo estaría yo, aunque tenía dos ayudantes de cocina muy jovencitas, chicas del pueblo que estudiaban y venían en sus ratos libres. Me contrató directamente. Tendría que pasar una prueba de dos semanas, pero cocinar tampoco era tan difícil.

La verdad es que esa señora, Socorro, me transmitió mucha energía positiva. Confió en mí desde el primer momento. Y tenía claro que no iba a defraudarla.

Me enseñó el *camping*. Era grande, en primera línea de playa y con las montañas verdes preciosas detrás. Quedaba resguardado por esas montañas y todas las calles estaban muy cuidadas. Era un sitio especial, con encanto, como si el tiempo se hubiera detenido en ese precioso lugar, haciéndolo realmente mágico. Limpio, en plena naturaleza y cuidado al detalle. Un cuento de hadas. Tenía unas farolas pequeñas repartidas por las calles que parecían farolillos que se escapaban entre las copas de los árboles. Era todo de madera y de piedra, y obviamente todos los detalles eran surfistas. Había mucha gente y muchos niños correteando por sus calles. Desprendía alegría.

—Socorro, ¿ahora es temporada alta? —le pregunté, intentando seguir sus pasos. Era pequeñita, pero corría lo suyo, y yo llevaba unas cuñas bastante altas.

—No, no es temporada alta, pero mucha gente vive aquí durante todo el año, además de los chicos que vienen a practicar deportes. El norte. El norte siempre atrae a la gente —me explicó, con encanto en su mirada y enamorada de su pequeña ciudad—. Si te parece, vamos a enseñarte tu casita y después podemos ir a que veas tu cocina y tu bar. Me da a mí que va a gustarte mucho. —Sonrió coqueta, dejando claro que aquel sitio era mi lugar en el mundo.

Empezaba a dolerme la cara de sonreír. Me sentía feliz de verdad, y hacía años que no sentía esa sensación.

—Yo también lo creo. Y también creo que este lugar va a acabar enamorándome. Porque, de momento, conquistada ya me tiene. —La miré a los ojos—. Gracias. —Mi voz sonó triste, pero era por todo lo que dejaba atrás. Y una ilusión estaba empezando a formarse dentro de mí.

—Lo sé. Lo noto, chiquita. —Siguió caminando.

La minicasa de madera era un encanto. Cómo no, también la habían sacado de un cuento. Era pequeña, pero bonita, y tenía un coqueto porche de madera, con una mesa y dos sillas. Dentro de la cabaña había una acogedora cocina, un comedor muy chiquitito, un sofá de dos plazas, una mesa y dos sillas. A un lado había una habitación con una cama de matrimonio, un armario y un altillo grande con su forma debidamente de cabaña, y una puerta casi diminuta que daba a un baño, que solo tenía el sanitario y un pequeño lavamanos para lavarte la cara, con una balda y un cristal con mucha luz.

La casa era reducida, sí, pero tenía tres grandes ventanas. Así que, por supuesto, me sorprendió gratamente lo bonito y acogedor que era todo.

—Para moverte por el *camping* puedes coger una de las bicis que tenemos. O si tienes tú otra, puedes traerla, no hay ningún problema. Aquí nadie toca nada de nadie —me comentó—. Además, puedes aparcar tu coche al lado de la casa.

—Pues sí, estaría muy bien poder desplazarme en bici. ¿El pueblo queda muy lejos?

—No, apenas a unos diez minutos andando a paso ligero. Pero mejor ir en bici.

Después del recorrido, fui al bar. Era como un gran chiringuito, con el techo de paja, aunque también de madera y piedra. Tenía tablas de surf rodeando toda la terraza, y otra tabla en la que estaba serigrafiado el nombre del bar. Había gente. No esperaba que hubiera tanto cliente tomándose algo y tanto niño. Justamente al lado había un parque infantil y, en el otro extremo, una piscina pequeñita y otra más grande detrás.

—Podrás utilizar todas las instalaciones del *camping*. Como verás, que sé que no me lo has dicho pero lo has pensado, la cabaña no tiene ducha. Pero las del *camping* están muy bien equipadas. Y en invierno no se pasa nada de frío.

Al entrar en el bar, todo el mundo nos saludó. Dos chicas más jovencitas salieron a recibirla. Creo que eran las muchachas de las que me había hablado con anterioridad, las estudiantes. Las dos llevaban la camiseta con el nombre del *camping*. Me las presentó brevemente y siguió con sus explicaciones e indicaciones. Me dio camisetas nuevas, como las que llevaba todo el personal, y dimos un paseo para que terminara de conocer todos los rincones.

Mientras caminábamos, iba explicándome cómo funcionaba todo. Al llegar a la lavandería, me quedé sorprendida. Era grande y moderna, con lavadoras, secadoras y zona de planchado. Sin darnos cuenta, entretenidas como estábamos, nos dio la hora de cenar.

—Carlota, puedes ir a instalarte en la cabaña, y si te apetece cenar conmigo y mi marido en nuestra casa, sería un placer para nosotros.

—Encantada, Socorro. Deme diez minutos y estaré allí.

Tenía una pequeña casa de piedra justo en la entrada del *camping*. Entré curiosa. Desde fuera parecía una casita antigua, como si de una ermita se tratase. El interior era muy bonito. Era un hogar, un nido construido a base de trabajo, sacrificio y mucho amor.

Mientras cenábamos, ellos me explicaron que no habían tenido hijos, que durante años lo intentaron, aunque sin resultado, pero que siempre contaban con el cariño de sus sobrinos. Ellos trabajaban en la ciudad; sin embargo, siempre que podían, se escapaban para pasar unos días con ellos. Manuel, el marido de Socorro, era bastante mayor que ella, pero hacían una pareja ideal. Eran cariñosos el uno con el otro. Transmitían amor. Vuelvo a decirlo y a lo mejor me hago pesada, pero me sentía en casa y ellos me trababan como a un familiar más. Así que, si ese era mi sitio, ese sería mi lugar en la vida. Curioso, sí, pero cierto.

Sobre las diez y media de la noche entré en mi cabaña.

«Mi nuevo pisito de soltera», pensé.

Coloqué la ropa que había traído y me di cuenta de que no tenía ropa para trabajar. No obstante, algún pequeño apaño podría hacer, ya que había cogido unas chanclas por si tenía que ducharme en alguna ducha del *camping*. No me lo pensé dos veces y cogí uno de mis tejanos preferidos de Prada y los corté, convirtiéndolos en cortos. Puedo prometeros que mi corazón sufrió con cada tijeretazo que le di. Esos tejanos me habían costado un pastón, pero estaba dispuesta a darlo todo.

Después de eso, llamé a mi amiga Susana y le conté paso por paso todo lo que había hecho en esas últimas veinticuatro horas, y ella no daba crédito. Debo decir que Susana era una de las amigas de verdad, de esas que siempre habían estado a mi lado. Con ella fui a la guardería, después al colegio y finalmente al instituto, así que era una verdadera amistad. Sin embargo, ella cogió un camino totalmente diferente al mío. Se sacó sus estudios, su carrera, y en la actualidad estaba trabajando en Madrid durante unas semanas. En el Departamento de Finanzas exactamente. No sabía cuál era su trabajo, porque en realidad nunca me había preocupado mucho de lo que trabajaba, pero siempre se había mantenido a mi lado, desde que yo había salido del centro y me había dado cuenta de que ella era auténtica. A pesar de tener una amistad a distancia, la sentía cerca.

2. Fluir sin forzar

«Aquel provisto con paciencia y amor
siempre tiene suerte.
Es honrado y feliz».

Buda

Carlota

Los primeros días de trabajo fueron muy duros. Tenía que adaptarme a sus manías, a sus costumbres. Hacerlo bien, ser perfecta. Quería estar allí, quería formar parte de aquello, y ellos siempre me dejaban tener iniciativa. Entre los desayunos, las comidas y las cenas, iba un poco perdida. Deseaba gustar, deseaba que vieran que estaba esforzándome al máximo a pesar de estar algo estresada. Socorro me decía que me relajara, que todo sobre la marcha, que fuera yo y que todo saldría bien, que estaba haciéndolo genial pero que me exigía mucho, y que eso me agotaría mentalmente también.

Primero tenía que adaptarme, ir haciendo el espacio de la cocina mío, saber dónde estaba todo. Las niñas llegaban alrededor de la una de la tarde y, una vez que venían mis pequeñas salvadoras, todo era un poquito más fácil. Y sí, Socorro tenía razón: debía relajarme, aceptarlo todo poco a poco e ir haciendo lo mío. Empecé a conocer a gente: personas que vivían durante todo el año, otros que iban a pasar los fines de semana y algunos que iban y venían de vacaciones. Pero eran clientes. O familia, al fin y al cabo. Y ellos me habían aceptado.

Era sábado. Estaba en mi rato de descanso cuando se acercó a mí una chica alta, pelirroja, muy guapa y con una mirada felina.

—Me llamo Lara. Tú debes ser la nueva cocinera. —Se sentó a mi lado, contenta.

—Sí, esa soy yo. Carlota. —Le tendí una mano que ella aceptó con una bonita sonrisa en la cara.

—Yo soy la chica de animación, los fines de semana. Y durante la semana, soy la camarera de la taberna en el pueblo.

—Vaya. Ya tenemos algo en común —le dije, sorprendida e ilusionada.

—Bueno, es la taberna de mis padres. Y como he vuelto al pueblo y de lo mío no hay mucho por aquí, pues al menos me siento útil.

Ricardo, el camarero de las tardes que también era el chico de mantenimiento, se aproximó a nosotras.

—¿Os pongo algo de beber?

Era amable y simpático, y siempre estaba riéndose por todo. Sus carcajadas se escuchaban de punta a punta del *camping*.

—Con dos sidras y una bolsa de patatas, ya hacemos —le dijo Lara, y me miró—. ¿Te gusta la sidra?

—Sí, supongo —le contesté, sin saber muy bien qué era exactamente, ya que todo era nuevo para mí.

—¡Marchando dos sidras para la rubia y la pelirroja! —gritó al aire.

—Carlota, ¿qué historia te ha traído aquí? —me preguntó ella sin ningún tipo de tapujo, mirándome a los ojos con una sinceridad pasmosa, dispuesta a saber de mí.

—Todo. Todo me ha traído aquí: las malas decisiones y la necesidad de un nuevo comienzo —me sinceré, sin llegar a entrar en detalles. No podía confiar todavía en nadie, y no quería espantarla y que saliera corriendo.

—Todos tenemos una historia detrás. No te creas que la mía es bonita. Así que no sé si te apetece... Podemos hacernos confesiones —me dijo divertida—. Alguna marrana también. —Era muy espontánea. Solté una risotada, porque eso sí que no me lo esperaba. Me cogió desprevenida y me reí con ganas—. Aquí no tengo amigas —continuó. Me miró mientras yo mordisqueaba una de mis inexistentes uñas—. Y tú tampoco, porque eres nueva. —Enarcó una ceja pelirroja—. No pasa nada, lo mío es peor. Yo he vivido aquí toda mi vida, solo hace cinco años que me fui, y ahora, al volver, no tengo ni una sola amiga. Y las que andan por aquí solo me hablan en el bar o para poder acercarse a Dante o alguno de los *buenorros* del pueblo. Y seguramente me ponen verde después. Pero, vaya, que me importa lo que viene siendo una mierda. Me fui a Barcelona y allí hice mi nueva vida. Aquí nunca estuve muy bien mirada. —Puso cara de hastío—. Yo es que era la malota del pueblo —me guiñó un ojo, divertida—, y las demás, unas santas. Yo, por el contrario, soy una cabeza loca con ganas de vivir.

Ricardo nos dejó las sidras y un plato con patatas y se alejó sigilosamente para dejarnos charlar. Lara lo miró descaradamente de arriba abajo.

—Tiene su punto, ¿verdad? —me comentó.

Abrí los ojos de par en par. No había visto a Ricardo como si fuera un hombre. Simplemente, lo vi. Lo vi persona, no me fijé en él como hombre, pero es que tampoco estaba yo para eso.

—Sí, no está mal. Parece majo. —No quería entrar en el tema *man*. Me ponía de los nervios.

—¿Majo? ¿Tú lo has visto bien? Está muy bueno... —Se revolvió el pelo.

Me giré en la silla y lo observé. Creo que notó mis ojos clavados en su espalda, ya que se dio la vuelta.

—¿Qué miras, rubia?

Sentí una vergüenza infinita. Me había pillado mirándole el culo. Lara se reía a carcajadas.

—No seas mala —la regañé, algo avergonzada y escondiendo una sonrisa.

—Oye, esta noche cierras cocina a las diez, ¿verdad?

—Sí. Después, limpio y recojo a las once más o menos.

—¿Por qué no te vienes un rato a la taberna esta noche? Es sábado y se llena de gente. Vienen de los pueblos de al lado y todo. —Suspiró, le dio un largo trago a su sidra y me miró—. Semejante mierda, pero es lo que hay. Si hacemos como que nos gusta, al menos no tendremos cara de idiotas.

—Está bien. En cuanto salga, iré a verte.

Me fascinó su personalidad tan natural y esa boca sin tapujo alguno que era un espejo de su carácter. Y algo de ella me trasmitía buenas vibraciones. Habíamos encajado perfectamente.

—No me falles, te espero. Sálvame y seamos amigas. Soy supermaja. —Me reí nuevamente—. De verdad, lo soy, lo que pasa es que no saben apreciarme. —Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la entrada. Le silbó a Ricardo como si ella fuera un albañil y él una colegiala—. Qué bueno estás, ¡joder! —Él puso los ojos en blanco y siguió a lo suyo.

Sin darme cuenta, el tiempo paso rápido: serían las ganas que tenía de ir a ver a Lara. Así que antes, de que fuera mi turno, entré en mi bar y me metí en la cocina.

—¡¿Qué haces aquí, muchacha?! —me preguntó en voz alta Manuel.

—¡Manuel, no te enfades! ¡Es que se me ha antojado hacer unas tortillas de patatas hoy para la cena! —le contesté gritando también, a la vez que me metía en la despensa. Me imbuí en mi mundo, nerviosa, mientras pelaba patatas como si me fuera la vida en ello.

Mi teléfono vibró. Era mi madre.

—¿Qué tal, hija? —Su voz sonó temblorosa a través de la línea.

—Aquí, mamá, en la cocina pelando patatas. —La mía, por el contrario, era calmada.

—¿Estás bien? —Se la notaba preocupada.

—Sí, mamá, estoy mejor que bien, te lo prometo. Confía en mí, por Dios. —Esta vez, mi tono sonó a derrota.

—Hija, ¿por qué no te vuelves a casa?

—Mamá... —la recriminé.

—Hija, no te hace falta trabajar, puedes quedarte en casa.

—Lo sé. Pero tengo casi treinta años y debo empezar mi nueva vida. Y aquí estoy feliz.

—Tengo miedo —me confesó—. Por ti. Por todo. Ay, Dios...

—Mamá, de verdad, no tienes de qué preocuparte. —Molesta, resoplé. Por más que hiciera, ella no se fiaba de mí—. Mira, si vas a quedarte más tranquila, habla con papá y os venís. Venid a verme y lo veréis por vosotros mismos. Así conocéis a Socorro y a Manuel.

Ella se quedó callada unos segundos antes de hablar:

—Hija, no pienses que no nos fiamos de ti.

Su mentira me dejó casi sin habla.

—No, mamá —le respondí con retintín al cabo de unos instantes—, os fiais una *jartá*. —Me salió la vena andaluza de mi padre.

—Bueno. Posiblemente vayamos a ver qué tal y pasar unos días contigo.

—Está bien, mamá —claudiqué, agotada por la poca confianza que sentían hacia mí; que, para mi sorpresa, ya estaba empezando a no importarme demasiado, solo que me cansaba.

Después de colgar, me centré en mis tortillas. Encendí el horno y metí pan. Oí a Manuel y a Socorro hablar; más bien ella lo regañaba por algo. Entraron en la cocina como un pequeño huracán.

—Carlota, hija —me giré al escuchar su voz llamándome—, aún no tendrías que estar trabajando.

Metí más pan en el horno, me limpié las manos y la miré.

—Yo, si no molesto a nadie y no interfiero en las tareas de mis compañeros, no me importa, Socorro. Es más, lo necesito.

—Ya, pero tienes que descansar. —Sus ojos me inspeccionaron.

—Créeme que he descansado bastante en mi vida. —Arrugué el morro—. Además, estoy a gusto y me entretengo. Es que aquí me siento bien.

—Sí, solo queremos que descanses —intervino Manuel. Pasó el brazo por encima de los hombros de su mujer y se dirigió a ella—: Si es que no para quieta. ¿Tú lo ves?

—Está bien —lo interrumpí—, así me relajo. No pienso en tonterías y eso es bueno. Hablo con Ricardo o con los clientes. —Sonreí—. Me gusta. Me gusta esto. No os enfadéis, va. —Le acaricié el brazo a Socorro—. Simplemente, me nace rondar por mi cocina. —Volví a sonreír, coqueta.

Al final, las tortillas fueron un éxito. Estaba terminando de recoger la cocina cuando entraron Ricardo y las niñas para decirme que ya acababan ellos, que saliera un rato antes. Me quité el delantal y me despedí de mis compañeros. Había cogido la pequeña costumbre al llegar y al irme de darles un beso en la mejilla. Y ellos hacían lo mismo conmigo.

Me di una ducha rápida y me puse un vestido de algodón de media manga por debajo de la rodilla y una chaqueta vaquera. Como no disponía de otra cosa, cogí los zapatos más planos que tenía y me recogí el pelo en una cola alta. Hacía fresco, pero, a decir verdad, tampoco tenía mucho que ponerme, o prácticamente nada.

Me miré en el espejo y me di cuenta de que llevaba muchísimo tiempo sin hacerme las mechas. Podría decirse que lucía unas *balagaye* naturales. Yo era castaña clara, pero las mechas siempre las había llevado muy claras. Los rubios muy fríos me gustaban, y en ese momento me encontraba bien, así que me puse un poquito de rímel, de colorete y un brillito en los labios.

«Quién te ha visto y quién te ve, muñeca rota», me susurró mi subconsciente, dañino. Digamos que tenía miedo prácticamente de todo, y en especial de maquillarme. No quería tener nada que ver con la antigua Carlota.

Cuando estaba saliendo del *camping*, encontré a Ricardo terminando de limpiar las mesas de la terraza. Lo saludé con la mano y él me gritó:

—¡Guapa, guapa y guapa!

Le lancé un beso al aire en repuesta. Me hacía sentir tan bien y tan arropada que ya había empezado a quererlo. A quererlos a todos. Una pequeña familia que me arropaba continuamente y confiaba en mí.

Al encender mi coche, me di cuenta de que estaba a punto de entrar en reserva. Todavía tenía algo de dinero de lo que mi hermano me había ingresado, pero aun así debía reducir todavía más lo que gastaba, recortar en gastos si quería llegar a final de mes. Cada vez que pensaba en no tener dinero me entraba pánico, aunque últimamente lo que estaba entrándome era la risa; la risa tonta de reírme de mí misma con cariño y comprensión.

«Estoy perdiendo la cabeza», me repetía mentalmente.

Como imaginé desde un principio, fue un error ir en coche al pueblo. Estaba relativamente cerca y las calles eran bastante pequeñas como para que yo pudiera aparcar semejante monstruo, así que tuve que dejarlo bastante lejos del bar. Ese tanque no me servía para nada en el pueblo. La sombra de su venta volvió a mi cabeza.

Cuál fue mi sorpresa cuando escuché la música y las voces desde lejos. En la puerta vi a mucha gente, grupos de personas repartidos por mesas altas pasándoselo genial. Conforme me acercaba, todos se percataron de mi presencia. Me miraban, y yo quería morirme. Había un chico muy alto observándome de arriba abajo. Sobresalía entre todos.

Tiempo atrás, eso me habría encantado. Habría levantado la cabeza, sacado pecho y, con paso firme, los habría mirado a todos por encima del hombro. Porque cuando yo era de esa manera, trataba a las personas como si fueran inferiores a mí, sin importarme nada lo que cargaran a sus espaldas. Porque sí, aunque veamos a la gente sonreír y pasarlo bien, todos llevamos una mochila que nos lastra y todos somos vulnerables, y con la actitud que yo tenía, podía destruir a las personas. Así que, con mi nuevo yo, que me hacía sentir bien y mejor persona, me pasó todo lo contrario: me avergoncé y tuve miedo de que alguien pudiera reconocerme. Me hice chiquitita, encogí los hombros, agaché un poco la cabeza y caminé hasta la entrada. Un chico me abrió la puerta y me saludó educadamente, y yo pasé dentro del local buscando a Lara, desesperada y aterrada a partes iguales. A punto estuve de salir corriendo.

No fue difícil encontrarla, ya que saltaba de mesa en mesa sirviendo como una loca, riendo y gritando para hacerse entender por encima de la música. Me saludó con la mano y me hizo un gesto para que me sentara en la barra. Y eso hice, pues no sabía dónde meterme. Estaba al borde de un ataque de pánico. Sentía calor, mucho calor, y los nervios se habían apoderado de mí.

Roberto, un cliente habitual del bar, se acercó con su mujer, Judith.

—Hola, Carlota —me saludó ella, y me dio un beso en la mejilla—. Ven a sentarte con nosotros y unos amigos. —Tiró de mí.

—No os preocupéis, solo estoy esperando a Lara.

No quería hacerles el feo, pero tampoco molestarlos o cortarles el rollo. Me sentía una carga para todo el mundo en esos momentos.

—Vamos, mujer, ella está trabajando. Acércate a la mesa y así charlamos —insistió Roberto, sabiendo que era tímida y tenía una vergüenza máxima.

Pero no me quedaba otra que guardarme el pudor y sentarme con ellos.

Estaban con más gente, y eso me asustaba un poco. Eran dos chicos y una chica, bastante amables y que me aceptaron en su mesa con una sonrisa. Judith nos presentó. Se llamaban Dania, Miguel y Enol. Lara me sirvió una cerveza con limón y me dijo que en veinte minutos se liberaría del mandil. Entretanto, me quedé en la mesa charlando con Roberto y sus amigos.

Al cabo de un rato, Judith me pidió que saliera con ella a la calle para tomar un poco el aire. Y acepté, porque la verdad es que hacía mucho calor dentro del bar. Y olía ya un poco a humanidad, por lo que también necesitaba aire fresco. No estaba acostumbrada ni a la gente ni a beber, como tampoco a sentirme de esa manera tan desagradable.

Cuando fui a abrir la puerta para salir, me choqué de morros con algo. Tengo que decir que abrí la puerta con mucho ímpetu mientras parloteaba con Judith, así que ni siquiera miré por dónde iba, razón por la que estampé mi cara contra un cuerpo extraño.

—Perdón —me disculpé al tiempo que me tocaba la nariz—. ¡Ay, qué daño, leches! —me quejé. Me dolía horrores y no veía nada.

—Vaya porrazo. ¿Estás bien? —me preguntó mi amiga, apartándome las manos de la cara para examinarme detenidamente.

—Sí, yo también lo estoy. Gracias por preguntar —dijo una voz masculina algo brusca. Y notablemente molesta—. Joder, niña —espetó de malos modos.

—Perdón, perdón —volví a disculparme. A la vez, daba saltitos por el dolor intenso—. Lo siento mucho —lloriqueé.

—No pasa nada, pero otra vez mira por dónde vas, guapa.

—Oye, Dante, no seas estúpido —lo amonestó Judith—. ¿No ves que no lo ha hecho queriendo?

—No, no, Judith, ha sido mi culpa, no he mirado al salir. Y nuevamente me disculpo contigo. Pero también te digo que podrías tomar dos ciruelitas por las mañanas, guapito. —Me puse seria y estúpida a la vez—. Y ahora, si me disculpáis, voy al baño. Creo que me la he partido. —Lo miré a los ojos y él también a los míos—. Si te apartas... —le dije, mostrando un enfado monumental. Y juro que me costó media vida no llorar por el dolor y la forma en la que me había tratado ese desconocido.

Lo dejé con la palabra en la boca y me marché corriendo al baño. Creía que me había roto la nariz, ya que el dolor era intenso.

Dante

«Joder, hostia puta, ¿qué acaba de pasarme?».

Me había chocado con la Carlota de las narices. Esa que tenía a medio pueblo loco. Esa rubia de escándalo que meneaba el culo por el jodido *camping*.

«Idiota, si es que soy un idiota».

Qué buena estaba, ¡coño! Y qué gilipollas era yo. Cuando le vi la cara por primera vez, me quedé alucinado. Las fotos no le hacían justicia. Era una diosa. Y por poco acababa de partirle la naricilla esa que tenía. Sentí mi polla dura. Y sentí hasta vergüenza.

«¡¿Qué narices acaba de ocurrir?!».

Quería salir corriendo detrás de ella. Tenía una boca preciosa. Joder.

Carlota

Lara, al verme, vino detrás de mí, junto con Judith.

—¡Dios, Carlota! —exclamó, apartándome las manos de la cara—. Tienes un pimiento morrón por nariz. —Se dirigió a Judith—: Sujétala, voy a ir a por hielo.

Al final acabamos en el almacén las tres, riéndonos de mi nariz de Mr. Potato, con hielo y unos refrescos. Bueno, yo más bien con agua e ibuprofeno.

Por fin, Lara pudo salir y las tres nos fuimos a mi cabaña, entre risas y bromas.

—¿Todavía no has acabado de instalarte? —quiso saber Judith, con los ojos bien abiertos.

—Pues no —le contesté, sacando de la nevera una botella de agua—. Lo siento, chicas, pero no tengo nada más. —Las tres nos sentamos en el porche y contemplamos las estrellas—. A ver, me mudé aquí con lo puesto, aunque cosas materiales tengo. Estaba pensando en venderlas.

—En dos semanas hacemos la feria de mi pueblo —comentó Judith con entusiasmo—. Todo artesanal. Es muy bonita, y cada uno aporta lo que tiene.

—Yo no sé hacer manualidades. —Mi cara de apuro lo decía todo.

—No hace falta. Mucha gente vende cosas que ya no utiliza o hacen trueques. —Lara sonrió—. A ver, dinos qué tienes.

—Ropa, zapatos, bolsos... y algún que otro mueble. Pero todo en Madrid. —A ninguna le gustó la idea, y al ver sus caras me desilusioné un poco—. Bueno, es que no tengo nada más. Estoy empezando de cero —puntualicé.

—Ya, cariño, pero mejor vender la ropa por alguna App como Vinted o algo así —me interrumpió Lara al notar mi decepción.

—Ya, lo pensé. Pero es que yo no sé hacer esas cosas. —Mi voz tembló. Vi cómo Lara arqueaba una ceja, incrédula, y mentalmente me regañé por seguir ocultando quién era, por avergonzarme de mí misma.

—Bueno, yo te ayudaré. —Su tono me trasmitió confianza, a pesar de que me había pillado en una tremenda mentira. Tampoco insistió; simplemente, se limitó a tenderme su mano.

—Mañana llamaré a mi hermano para ver si puede enviarme la ropa y ya vemos... —Lo dejé suspendido en el aire.

—Me imagino que toda la ropa que tienes es muy bonita. Tu estilo es muy personal, fino y elegante. —Me mantuve en silencio, y pude ver por el rabillo del ojo que Lara me observaba sin decir nada—. Tienes rollazo —terminó puntualizando.

—Mirad, chicas, por ahí viene mi marido a buscarme.

Se puso de pie y se despidió de nosotras. Su marido la esperaba en medio de la calle y nos saludó con la mano, así que nos quedamos las dos en el porche en silencio durante un rato.

—Carlota, yo lo sé. Sé que empezar de cero no es fácil, que jode mucho. Pero estoy aquí, ¿vale? —Apretó mi pierna con suavidad.

—Sí. Aun así, me cuesta mucho confiar —me sinceré.

—Imagino... —dijo, al tiempo que servía dos vasos de agua—. Pero, créeme, las dos estamos jodidas. La vida es una mierda. Mírame a mí: aquí otra vez en este pueblucho, siendo la comidilla de cinco pueblos a la redonda. Pero, oye, con la cabeza bien alta. Y tú deberías hacer lo mismo.

3. Renovación

«Perdonar a otros
es para perdonarse a uno mismo».

Buda

Carlota

Al final me decidí a llamar a mi hermano y pedirle que me mandase toda mi ropa y todas mis cosas al *camping*. Estaba deseando poder deshacerme de todo. Ya sabéis: hacer una limpieza de verdad. Soy de las que creen que para poder limpiar bien hay que tirar todo lo que no uses o no sirva. No sé en qué revista leí que cuando tienes algo mucho tiempo en un mismo sitio, sin mover o no ponerte, estanca la energía. La energía necesita fluir, necesita espacio, por lo tanto, es mejor no tener apego a las cosas materiales y sí a las terrenales. En el *feng shui* hay una regla en la que, para que las cosas buenas y los cambios positivos lleguen a tu vida, tienes que mover veintisiete cosas de tu casa y deshacerte de las que no usas, además de dejar los cajones y los armarios medio llenos para que las cosas buenas tengan sitio. Es bueno hacerlo el día veintisiete, ya que el dos y el siete unidos son indestructibles, aparte de que promueven la riqueza, la felicidad y las sorpresas inesperadas.

Así que eso mismo iba hacer yo: deshacerme de todo lo viejo, todo lo usado y del pasado a la misma vez.

También le pedí a mi hermano que vendiera los pocos muebles que tenía en el trastero y que de ahí se cobrara mi deuda y lo demás se lo diera a mis padres. Me dijo que estaba loca, que solo el sofá ya costaba doce mil euros, que era una barbaridad lo que iba a hacer y que eran mis muebles, de los que jamás había querido deshacerme.

Le sorprendió mi contestación:

—Eso era antes. Ahora no quiero nada del pasado. Véndelo, hazme caso por una vez. Hay mucho dinero en muebles metidos en un trastero, y en la cabaña ni siquiera tengo tele ni radio.

Esa misma tarde, en mi hora de descanso, me acerqué al pueblo a tomar algo con Lara. Estaba en la heladería del pueblo. Dejé mi bici apoyada en la pared y me senté con ella.

José, el chico de la heladería, se aproximó a nuestra mesa.

—Hola, chicas, ¿qué os pongo?

—Yo quiero un helado de coco con chocolate —le pidió Lara, sin siquiera mirarlo.

—Yo, uno de vainilla con caramelo. —Le sonreí. Vi que él miraba a Lara, pero ella no le hacía ni caso.

—¿Qué pasa aquí? —le pregunté curiosa una vez que José se marchó con nuestras comandas.

—Me lo tiré el otro día. —Mi barbilla tocó la mesa de lo que se me abrió la boca—. Y, bueno, se piensa que ya somos novios. Y, como comprenderás, quien se acuesta con niños, meada se levanta.

—Esta tarde me traen mis cosas —le comenté, obviando su comentario—. Lara, creo que va a costarme deshacerme de algunas, así que necesitaré tu ayuda.

—Bien. Y pasaré por alto que no has hecho ni caso a lo de que me haya acostado con el heladero.

Me reí.

—Perdona —le acaricié una mano—, no ando fina. Y él es muy pequeño, ¿no? No sé si es hasta legal. —Sonreí ridícula—. Eres una asaltacunas.

—Bah, mejor no me hagas mucho caso. Y sí, te ayudaré en todo. Pero, dime, ¿por qué no tienes WhatsApp? —Su cara mostraba sorpresa—. ¿En qué mundo vives, rubita?

—Yo... —Me callé y pensé una respuesta—: Intento vivir en la vida real.

—Tía, eres como una modelo. ¿Tan jodida ha sido tu vida?

—Bueno, cuando lleguen mis cosas, te lo explicaré todo con calma si quieres.

—A ver... —El aire salió despacio de su boca, como si le pesara lo que iba a decirme. Se apartó el pelo de la cara y me miró seria—. Yo... Yo sé algo de ti, Carlota. —Abrí los ojos con sorpresa —. ¿Qué esperabas? He vivido en Barcelona muchos años. Y esto —escudriñó nuestro alrededor —, por muy alejado del mundo que parezca, es España, cariño. —Mi corazón se aceleró. Me costaba respirar. Me tapé la cara con las manos—. Puedes estar tranquila. Aquí mucha gente pasa de todo. Y, bueno, a mí me costó reconocerte, la verdad.

—¿Paso desapercibida?

—¿Puedes quitarte las manos de la cara? —Negué con la cabeza—. No seas tonta, Carlota, porfa. Mi historia es casi peor. Y una deshonra para mis padres, porque soy una golfa. —Se rio.

—Mira que eres *hippie* —me carcajeé. Ella le quitaba importancia a todo—. Pero mejor hablarlo en otro momento.

Lara lo entendió perfectamente y volvió a darme mi espacio. Vamos, lo que hace una amiga de verdad.

Efectivamente, esa misma tarde llegaron mis cosas. Socorro me llamó para avisarme, así que nada más entrar en el *camping* me quedé sorprendida al ver un camión de mudanzas en la puerta.

Estábamos las dos con los ojos como platos viendo cómo dos señores descargaban las cosas en la puerta de la cabaña.

—De verdad, hija, ¿todo esto es tuyo? Aquí no cabe. —Miró la cabaña y después las cajas gigantes con cara de preocupación—. Ay, Dios. Voy a ir a buscar las llaves de otra casita para

que puedas dejarlo todo ahí. —Se fue moviendo la cabeza de un lado a otro. Al salir de la calle, la escuché dar voces—: ¡Dante, hijo, échanos una mano!

Me quedé mirando en su dirección cuando vi entrar al chico alto del bar. Él me echó un vistazo y arrugó la nariz.

—Vaya, tú —me dijo serio.

—Sí, yo. —Le sonreí, pero él estaba juicioso. Sus ojos me inspeccionaban de arriba abajo. Lucía sexi, duro y repelente a la vez. Era realmente odioso.

—¿Ya has aprendido a mirar por dónde vas? —Me quedé callada, mirándolo. Moreno, alto, esculpido, cara perfilada, con esos ojos tan intensos y esa boca tan marcada—. Tienes la nariz bastante morada. —Acto seguido, sus ojos fueron a mi boca y continuaron bajando por mi cuerpo. Me puse nerviosa y retrocedí dos pasos, sin decir ni una sola palabra—. Vaya, a la rubia le ha comido la lengua el gato.

Yo pestañeé, incrédula.

Dante

Otra vez. Otra vez había vuelto a hacerlo: ser un auténtico capullo con ella. Joder. Estaba comportándome como un niñato. Pero es que me cortaba hasta el habla.

La miré. Era una pija más, una estirada que caería en mis redes.

«Eh, para. No te gusta», me repetí. Pero volvía a tener la polla palpitando como loca. Le eché un vistazo de arriba abajo. «Vaya tetas. Dios, qué boca tan carnosa». Me sentí mojado. Mierda. Miré mis pantalones. Mi puta polla acababa de escupir.

Por suerte para mí, apareció Socorro. Tiró de ella, ya que los dos nos mirábamos como si de un duelo se tratase, y se apartó un poco de mí. Y menos mal, porque su olor estaba poniéndome mucho más tonto de lo normal.

—Ayúdanos a meter estas cajas en la casa de al lado, o se le estropearán las cosas —me pidió Socorro.

Ella volvió a mirarme. Me escudriñaba con recelo, seria, y yo la devoraba con la mirada. Por primera vez en mi vida era yo el que había caído rendido a los pies de una tía y no al revés. Ella no se pavoneaba delante de mí como hacían las demás. Creo que me ignoraba.

Carlota

No sé qué le pasaba a ese chico conmigo, pero no me miraba bien. Era como que le debía algo; cosa que me dejaba desubicada. Su actitud conmigo era horrible, pero sus miradas eran totalmente diferentes.

Abrí algunas de las cajas. Allí estaba mi antiguo yo. Los ojos se me anegaron de lágrimas. Por más que intentase olvidarme de todo lo anterior, aquello seguía ahí. Miré mi ropa y mis zapatos,

y realmente me gustaban, eran mis pertenencias, pero esas cosas me hicieron daño. No unos zapatos, sino en quien me convertí.

Dejé a Socorro organizando las cosas y me fui al bar. La hostia que me dieron mis pertenencias me había dejado un poco traspuesta, así que al entrar en mi cocina me distraje haciendo algunos pinchos típicos que siempre me pedían. Callada y en silencio. Dejando pasar el mal rato.

El cielo estaba muy oscuro y dio paso a una tormenta de las fuertes. Esa noche tuvimos poco trabajo: cuatro bocadillos fríos, algún chocolate caliente y muchos cafés para llevar.

No eran ni las diez de la noche cuando todos nos marchamos a casa. Habíamos cenado los pinchos y las tapas que había preparado por la tarde. Lara y Judith llegaron sobre las once: Judith, con una botella de vino blanco y tres copas, y Lara, con una bolsa grande de chucherías.

—Mira lo que te traemos —me dijo Lara, dándome un beso en la mejilla y mostrándome el vinito blanco.

—Y yo soy los refuerzos —añadió Judith.

—Chicas, me da miedo realmente abrir todas esas cajas y montar un mercadillo *online* con mis cosas.

—No te apegues a lo material, Carlota. Suelta. —Movió las manos fuertemente—. Soltar y confiar.

—Lo mejor será tomarnos una copa de vino y después ponernos manos a la obra.

Mientras Judith servía el vino, yo fui sacando las primeras cajas.

—Déjame tu cargador. Mientras una saca, la otra dobla y yo tomo fotos, ¿vale? Después, lo subiré todo a las aplicaciones que me he descargado.

Judith y yo nos pusimos a ello. Ella sacaba mi ropa y yo la preparaba para la foto y después la doblaba. Era un trabajo en cadena.

—Carlota, ¿nos cuentas qué ocurrió? —insistió Lara.

—¿Por qué ni siquiera tienes WhatsApp, como todo el mundo? —quiso saber Judith, haciendo de nuevo hincapié en la falta de esa red social en mi teléfono.

Empecé por el principio, como deben explicarse las cosas, con calma y a pecho descubierto. Ellas no me juzgaron en ningún momento, aunque sí que con algunas cosas se quedaron perplejas.

—Entonces, ¿lo del futbolista no fue verdad?

Negué con la cabeza.

—No, no lo fue. Yo tenía pareja y estábamos bien juntos, pero eso nos rompió. Eso y las demás mentiras. Pero lo que yo creo que ocurrió fue que, cuando la fama y los seguidores se fueron, el amor también. Ya me entendéis. Me tacharon de ejercer la prostitución de alto *standing* y de ser un monstruo de persona.

—¿Él no te defendió en ningún momento?

—No, decía que las redes sociales eran así, que si yo me metía en el mar, no podía echarles la culpa a los tiburones si me mordían, que mi exposición había sido mi elección. Y sí, era cierto,

pero no tenía su apoyo.

—Qué cabrón —espetó Judith.

—¿Sabéis? Cuando empecé a trabajar por redes, era todo muy bonito. Con cada *like* o cada seguidor nuevo, yo tenía ilusión, ganas de hacer cosas: de viajar, de crear contenidos, de que la gente conociera otras culturas, otras cosas que tenemos en nuestro día a día. No sé..., quería ayudar de alguna forma. Hacía dietas en conjunto con empresas, clases de yoga, actividades... Intentaba que las marcas me dieran descuentos y poder llegar a más a gente. Pero no sé cuándo se descontroló todo. Salí en varias revistas como si fuera alguien de la farándula o de la prensa rosa. Los seguidores crecían cada vez más, y de algún modo, la gente, o me adoraba, o me odiaba. Pero al final fueron más los que me odiaron. Y supongo que Guillermo solo quería lo bonito y no supo afrontar todo aquello, aquel machaque continuo a su pareja, y al final se unió a ellos. Salió en un programa contando mentiras sobre nuestra relación, y eso terminó por hundirme. Me acostumbré a las pastillas para dormir, para los nervios y a alguna droga cuando salía.

Ellas me miraban con atención.

—Tía, qué cantidad de ropa tienes —dijo con asombro Judith—. Esto vale muchísimo dinero. Entonces, ¿eras famosa?

—Bueno, no sabría decirte. Conocida.

—A ver, sí que eras famosa. Tengo que reconocer que yo te seguía. Me encantaban tus consejos de ropa, tus *outfits*, tus maquillajes, tus peinados y tus descuentos. Pero tampoco estaba enganchada a las redes.

—Entonces conocías parte de la historia.

—Sí, pero jamás creí todo lo que decían, Carlota. Todos sabemos cómo son de dañinas estas cosas.

—Yo no era una santa —murmuré, mientras le daba un largo trago a mi copa—. Yo salía mucho, se me iba de las manos, me volvía loca y perdía el control, pero creía que estaba con mis amigos, no que pensaran en grabarme y vender esas cosas. No sé cómo decirlo. Pensé que eran amigos de verdad. Algunos solo se habían acercado a mí para coger seguidores, para trabajar con marcas. Y, bueno, yo sí creía en la amistad, y me niego a no creer en ella.

—Vamos a brindar por nuestra amistad —propuso Judith.

—¡Dios, no! —exclamé al ver lo que sostenía Judith en la mano donde no tenía la copa para hacer el brindis—. Mi bolso de Louis Vuitton me niego. Este no. Todo, prometo venderlo todo, menos mi bolso. —Ellas se rieron—. Es que lo amo. —Lo abracé.

—La madre que te parió. La primera caja y sale ese bolso.

—Judith, creo que voy a salir de aquí con depresión.

—Vamos a por la faena. —Lara se puso manos a la obra.

Abrimos cantidad de cajas. Es cierto que tenía muchas cosas que sí que podría utilizar.

—Mira, cariño —la voz más madura de las tres era la de Judith, y como se dice, la madurez es sabiduría—, tienes muchas cosas por aquí: estas mallas de deporte, estas camisetas, esta tejana y estos jerséis. Y por aquí te he dejado varios vestidos, faldas y algún que otro vaquero. En este montón, bañadores y bikinis. Mira un par de bolsos para quita y pon y algún zapato básico. También te... ¿De qué os reís?

—De lo mami que eres —le dije con cariño.

—Hombre, te organizo las cosas. Tienes muchísimas. No vas a venderlo todo y quedarte sin nada. Necesitarás poder vestirte, digo yo.

—Me parece estupendo. —Suspiré.

—Oye, en serio, esta caja es entera de maquillajes. —Lara puso los brazos en jarra—. Es que alucino.

—Chicas, podéis coger lo que queráis.

—¿De verdad? —Lara abrió mucho los ojos.

—Sí, claro. Estáis ayudándome, así que qué menos.

—Pero, cariño, vendes tus cosas para sacar dinero.

—Sí. Mi hermano también está vendiendo mis muebles, y también voy a vender el coche. Así que tranquilas. Además, tengo trabajo. —Sonreí feliz—. Me siento genial, de verdad.

—Creo que estas son las últimas cinco cajas. —Lara salió de mi habitación empujándolas con el pie.

Yo me reí.

—Eso es lo que tú crees. La cabaña de al lado y la de enfrente están llenas.

Las dos me miraron con los ojos como platos.

—Dios, Carlota. Tengo el móvil hirviendo de subir todo esto.

Me mordí el labio inferior.

—Ya. Es tarde también y... bueno, podemos seguir mañana —dije a media voz—. Por hoy ya has subido mucho a la web.

—En fin, vosotras encargaos de esas cajas y yo organizaré en tu armario todo lo que te quedas. —Entró en mi habitación y volvió a salir—. ¿En serio no tienes nada en los armarios? —dijo escandalizada.

Negué.

—No. La bolsa que ves. Con lo que me ves, es con lo que ando. Esto y un vestido. Lo demás es de arreglar, así que lo he puesto para vender.

—Este abrigo... Me muero con él. Es de Dolce & Gabbana.

—Sí, es uno de mis preferidos —murmuré, sin mirarlo—. Véndelo.

Ya nos quedaba la última caja de la noche. Por suerte para mí, estaba llena de colonias, cremas y productos para el pelo.

—Estas cosas no se pueden vender. —El tono de voz de Lara fue de tristeza—. Esto vale mucho dinero, pero no podemos venderlo. Lo siento.

—No pasa nada. Podemos repartirlo entre las tres.

—Estás loca. —Judith contemplaba unas cremas del cuerpo.

—Loca estaba antes. A esto se le podría decir que es el síndrome de Diógenes.

Al final, la casita quedó recogida; o al menos mi pequeño armario, que estaba medio lleno. El comedor y el baño estaban despejados de cajas.

Cuando ellas se fueron, yo caí rendida encima de mi saco de dormir.

A la mañana siguiente, me desperté muy temprano y fui a los baños para darme una buena ducha. Me puse unas mallas cortitas de color chocolate y una camiseta blanca. Gracias a Judith, ahora contaba con un poco de ropa y no tenía que ir todos los días con la misma y lavarla constantemente. Miré y vi que me había dejado unas bambitas blancas. Así que, una vez que estuve vestida, me recogí el pelo en una coleta alta y me maquillé de forma muy sutil, simplemente para no tener mala cara.

Llamé a mi hermano y le pregunté si había encontrado comprador para el coche. Me dijo que sí, que irían en unos días a verlo, pero que él no podría ir a ayudarme con la compraventa, la cual había puesto en cuarenta y dos mil euros. La verdad es que me quedé perpleja. No podía imaginar que ese coche, por muy precioso que fuera, pudiera haberme costado tanto. También me dijo que había encontrado un coche para mí, que era sencillito pero que para moverme con libertad y poder ir a Madrid estaría bien.

Era demasiado pronto para ir a comprar, ya que las tiendas todavía no habían abierto. Pero yo tenía demasiada energía en mi cuerpo, por lo que salí a pasear tranquilamente por el camino de la playa. Relajada, me fijé en el agua, en la que había unos cuantos surfistas. También, buenas olas. Me acerqué a ellos bajando por un camino de rocas. Daba saltitos de piedra en piedra, con cuidado de no partirme la crisma. Lo cierto es que estaba algo torpe.

De entre todos los surfistas, tuve que encontrarme con el más estúpido de todos: el tal Dante. Mientras caminaba por la orilla de la playa, sus ojos me perseguían, observándome.

Uno de los surfistas que salía del agua arrastrando su tabla me saludó.

—Buenos días. ¿Te animas? —Movió la cabeza en dirección al agua.

—Ojalá. Me encantaría aprender, pero tengo dos pies izquierdos. —Apreté los labios algo nerviosa.

—Encantado, soy Bruno. —Se acercó a mí y me dio dos besos.

—Igualmente. Yo, Carlota. —Me alejé de él dos pasos.

—Ya sabes, si quieres aprender, aquí estamos casi siempre. Yo o alguno de estos. —Se escuchó la voz de Dante llamarlo. Él se giró y lo miró. Después, se dirigió a mí de nuevo—: Ya sé que no habéis empezado con buen pie. —Se rio—. Es buen tipo, aunque algo brusco. —Sonrió al decirlo.

—Sí, bueno. —Dante se acercó a nosotros y dejó caer su tabla contra la arena. Yo me puse frenética—. En fin, me voy. Encantada, Bruno —me despedí, alejándome de ellos y sintiendo los ojos de Dante clavados en mí.

Me acerqué al pueblo para mirar algunas cosas que me hacían falta. Iba por la carretera con el coche cuando un sentimiento de pena por despedirme de forma tan abrupta me abrumó. Continué, apartando aquel malestar, y aparqué en el aparcamiento público. Anduve por las calles de piedra, pensando en mis cosas. Ese pueblo de surfistas, costero y marinero, era precioso. Tenía un encanto especial.

En la entrada de la calle mayor me encontré a unos clientes del *camping* desayunando en la terraza. Hacía un poco de fresco, pero estaban charlando tranquilamente. Me acerqué para saludar justo cuando pasó una moto que por poco me atropelló. Di un traspié y caí de rodillas contra las piedras grandes de la calzada, en plena calle mayor. La gente se levantó asustada.

La moto se detuvo y de ella se bajó un chico que se quitó el casco. Y resultó que ese chico era el estúpido del bar.

—¿Otra vez tú? Chica, qué torpe eres, coño. —Me atravesó con la mirada—. ¿Nunca miras por dónde vas o qué?

—Dante te llamas, ¿no? —le pregunté, poniéndome de pie. La gente de la terraza miraba preocupada y atónita la escena—. Lo primero, no me ayudes, ¿eh? —le solté de forma borde—. Y lo segundo, torpe no sé si seré, pero tú, un rato gilipollas y pedante, sí —le dije, fuera de mí—. He mirado al cruzar y tú te has abalanzado sobre mí. —Me costaba respirar de lo nerviosa que estaba—. Joder, mira. —Le enseñé mi rodilla—. La nariz morada y ahora la rodilla. ¿Qué más?

—Hombre, la muchacha ha mirado antes de cruzar, Dante —intervino un señor de una de las mesas, defendiéndome—. Vas como un loco por el pueblo.

—Sí, ha mirado y tú has aparecido como un enajenado —añadió otro—. Esto no es una pista de carreras, muchacho.

Él me miró, rabioso, pero antes de que dijera nada, levanté una mano mostrándole la palma.

—Habla con esta, maleducado. Buenos días.

Me despedí de los clientes del *camping* y caminé hacia el interior del bar envuelta en una rabia que no era normal. Yo había mirado perfectamente. Y él era un loco con más morro que *to*.

Me había hecho un corte y me sangraba, hacía frío y ese encontronazo me había dejado destemplada.

«Qué tío más tonto» pensé. Me caía fatal.

Dante

«Me cago en mi vida. Casi la mato. No la he visto, pero sí que iba pensando en ella».

No veas qué malas pulgas se gastaba. Me había puesto en mi sitio. Pequeñita pero matona.

«¿Y ahora qué coño hago?».

Esos viejos aún estaban diciéndome de todo. No podía irme porque ella estaba todavía dentro, y encima se había hecho daño. Mi mente estaba loca. Qué bien le quedaban esas medias, y seguro que su culito cabría en mis manos. Me relamí. ¡Joder! Sus tetas no.

Tenía que irme. Di dos pasos. El corazón se me salía por la boca.

En ese momento, la puerta se abrió. Era ella.

Carlota

Al salir del bar, me lo encontré en la puerta. Esperándome, con su aspecto de malote relajado.

—Oye, rubia, ¿estás bien? —Lo miré mal mientras él me repasaba descaradamente de arriba abajo—. ¿Rubia?

—¿Tú qué eres? ¿El macho del pueblo?, ¿el guaperas rebelde?, ¿un tullido emocional? —Lo pillé desprevenido—. ¿A ti qué es lo que te pasa? —le espeté de muy malas formas, dejándole ver que yo no me dejaba pisar por nadie, y menos por él. Saqué mi carácter por primera vez en aquel pueblo.

—Me lo merezco. Lo siento, de verdad. —Ocultó su cara de sorpresa—. Perdóname —se disculpó, mirándome a los ojos.

—Ya, yo también. Pero tranquilo, estoy bien —le dije, apaciguando de esa forma a mi fiera interna—. Así ya estamos en paz. —Fui a dar un paso al frente para irme, pero él se interpuso en mi camino. Lo miré con los ojos completamente abiertos—. Pero ¿qué...? —Respiré hondo—. ¿Quieres algo? —Ese chico estaba poniéndome de muy mala leche—. Dime, ¿qué haces ahí quieto mirándome? ¿Eres un psicópata?

Estaba a punto de perder las formas, pero una sonrisa de él me dejó desubicada. Torció la boca y respiró suave.

—Está bien —dijo pensativo—, vamos a empezar de cero para que no pienses peor de mí de lo que ya lo haces. —Lo miré; no podía tener más morro. Sin embargo, al ver su sonrisa sincera, me relajé un poco. Me tendió una mano—. Encantado, soy Dante. —Su voz sonó distinta, más relajada, al igual que su gesto, que también cambió.

—Igualmente —le contesté reticente—. Yo soy Carlota. —Le estreché la mano.

—Siento haberte asustado.

Apreté el morrillo arrugando la nariz.

—No pasa nada, pero mira por dónde vas —le dije, repitiendo lo mismito que él me había dicho el día que lo conocí y que casi me rompió la nariz.

—Entendido. —Sabía perfectamente por dónde iba—. ¿Me dejas que te invite a desayunar? —Lo miré con sorpresa—. No lo malinterpretes, es solo un desayuno por casi atropellarte. —Levantó las manos en señal de paz—. No puedes decirme que no. Tú me atropellaste a mí primero. —Se acercó un poco más a mí.

—Tendrás morro... Por poco me parto la nariz, y estuve tres días con dolor y colores magenta por toda mi cara. —Me toqué la nariz instintivamente—. Aún me duele un poco.

—Normal, con esa naricilla. —Sus ojos me penetraban profundamente.

—Es pequeña —dije para mí misma.

—Venga, va, Carlota, un café, un bollito y hacemos las paces. Después, ya nos enamoramos y todo eso. ¿Te parece? —soltó como si tal cosa, haciendo que yo me pusiera roja como un tomate.

Dante

Otra vez volvía a salir mi parte de idiota. Otra vez volvía a ser un chulo de playa. Pero ¿por qué me ponía esa tía tan nervioso? Aluciné cuando me relajé. Ella también parecía un encanto de niña. Qué sonrisa tan bonita tenía. Parecía una muñeca frágil.

Miré la herida de su pierna. Joder. Me sudaban las manos. Y estaba a punto de comenzar a hiperventilar. Entre la nariz y la rodilla, daba la sensación de que me acercaba a ella para hacerle daño. Pero tenía tantas ganas de tocarla...

Carlota

Acepté ese desayuno. Aparcó su moto en la calle y ató su casco debidamente. Fuimos caminando por una de las callecitas de piedra que desembocaba en el mar. Era de película verlo: un pueblo envuelto por montañas y rodeado de mar.

El día estaba nublado. Nos sentamos en una terraza y nos atendieron enseguida. Pedí un café y una tostada con mantequilla. Él dijo que tomaría lo mismo que yo. Notaba que sus ojos me inspeccionaban constantemente.

—Bueno, Carlota, ¿qué haces tú en el *camping* La Ola? ¿Te gusta el surf?

—Me gusta, sí, pero no lo practico. La verdad es que últimamente no hago mucho deporte.

—Pues yo te veo vestida como una chica *fit*.

Me guiñó uno de sus ojos rasgados. Qué guapo era. ¿De dónde había salido ese pensamiento? Mierda.

—Bueno, mallas y camiseta; lo normal. En un rato entro a trabajar.

—Sí. La gente está muy contenta con tus comidas. —Rompió a reír.

Yo me atraganté con el café. Obviamente, tuve que reírme. Las señoras de la mesa de al lado nos miraban con cierto menosprecio.

—Eso ha sonado muy mal. —Me limpié la boca con una servilleta—. Bueno, ha sonado fatal. —Me reí de nuevo.

—Sí. —Volvió a estallar de la risa y se le marcaron unos hoyuelos en las mejillas. Mi corazón se aceleró.

—Estás muy guapo cuando te ríes —le solté de pronto y sin querer, sin pensarlo.

—Gracias. —Sus ojos me miraron fijamente y se mantuvo en silencio.

—Deja de reírte ya —lo regañé.

—Perdona. Pero es que... analizando la frase...

—Muy chistoso, sí. Pero tienes razón: a la gente le gustan mis cenas.

—La verdad es que sí. —Hizo una pausa y luego me preguntó—: Carlota, ¿puedo ser sincero contigo?

—Claro.

Removí mi café, nerviosa. Mi subconsciente se puso alerta con esa pregunta.

—A ver, no me gusta andarme por las ramas. No me gustan las mentiras.

—A mí tampoco. Así que tira —lo animé; a darme una puñalada certera, seguramente.

—Sé quién eres. Te conozco de la televisión y de las redes sociales.

Lo soltó sin más y, aunque podía imaginármelo, pensé que lo mismo dejaba el tema para otro momento. No le contesté enseguida, solo reposé el bocado de tostada que tenía en la boca.

—Bueno, ¿y qué pasa? —Tengo que admitir que mi corazón estaba a doscientos por hora y que tenía miedo a su rechazo. Bueno, probablemente por eso se había comportado así conmigo desde que nos vimos por primera vez.

—Nada. Nada malo. Simplemente eso, que sé quién eres. Y como yo, muchos de aquí. Y me pregunto realmente qué es lo que haces aquí.

—Pues si sabes quién soy, sabrás lo que me ocurrió, lo que dijeron —me tensé—, lo que contaron de mí. Yo no puedo decir o hacer nada, solo dar la cara. Sí, soy Carlota Romero Blanco, y yo le robé el carro a Manolo Escobar. —Él soltó una risotada—. Y también desayuno bebés por las mañanas para mantenerme joven. Esto —señalé las tostadas— es una excepción. —Me puse a la defensiva, pero con un gesto de tristeza que no podía evitar. Fuera donde fuera, alguien siempre sabría quién era. No podía esconderme más.

—Vaya. Las malas lenguas tienen razón. —Aquello me provocó un gruñido—. Sin embargo, no me das para nada esa impresión. Aunque... no te conozco.

—Seguramente tengan razón. Ya sabes que, cuando el río suena... ¿Y tú? ¿Tú quién eres?

—Yo, un pobre diablo que probó suerte en la capital pero que echaba de menos su tierra y su mar. —Miró a su alrededor y vi cómo sus ojos brillaban de felicidad.

—No está mal. Normal que echaras de menos este rincón del mundo. Es único.

La conversación se había puesto tensa. Yo ese tema todavía no podía tocarlo con frialdad como para que no me afectara, así que terminé mi desayuno muy rápido.

—Carlota, siento haberte preguntado. Pero no me parecía justo para ti.

—Yo te lo agradezco, Dante. De verdad. Pero tengo que marcharme. Debo comprar algunas cosas que me hacen falta. Y, ante todo, agradezco la sinceridad en una persona.

—¿Puedo ayudar? —Parecía visiblemente afectado por mi reacción.

—No te preocupes, son cosas básicas.

—El otro día estuve descargando tu mudanza. No sé qué más puede hacerte falta. —Me miró sorprendido—. Yo te veo perfecta. —Sus ojos me contemplaban de forma diferente.

—Todas esas cosas eran para vender. No tengo de nada. Empiezo de cero. —No sé lo que podría imaginarse de mí, pero eso lo pilló por sorpresa—. Todo está a la venta: mis muebles, mi ropa, mi coche...

—Momento chungo —dijo tranquilizador.

—No, el mejor momento de mi vida. —Al decirlo en voz alta, sonreí.

—Me sorprendes.

—Simplemente hay que soltar para dejar espacio a lo nuevo. —Él asintió—. También tengo que buscar a alguien de confianza o a algún mecánico.

—Yo soy el mecánico del pueblo.

Esa vez fui yo la sorprendida.

—Tengo que vender el coche. Vienen en unos días a verlo, y no quiero que me engañen o lo intenten. Y, bueno, también alguien que esté ahí. Porque no tengo ni un duro y capaz soy hasta de aceptar lo primero que me den. —Me reí.

—Ya, ya sé cómo son esas cosas, y siempre intentan regatear. Yo puedo ayudarte, si quieres.

—Sí. Te pagaré esas horas, o si cobras comisión. Del tema de los papeles y demás no me entero.

—No tienes que pagarme nada. Solo te ayudaré. ¿Lo tienes aquí?

—Sí, pero me urge comprar ciertas cosas —insistí. Lo cierto es que quería irme. Me sentía nerviosa.

—Vamos, te acompaño y de paso lo miro. —Se puso de pie y tiró de mí.

Compré lo justo y lo necesario, ya que tenía poco dinero, pero cosas esenciales. Así que entré en el súper y les di un buen repaso a los precios y a las cosas que terminé comprando. Sobre todo, de higiene personal y cuatro cosas para llenar la nevera. Supervivencia pura y dura.

Cuando fuimos a ver mi coche, Dante se quedó sorprendido.

—No me esperaba semejante carro. Esto es una locura. El coche de mis sueños —dijo una y otra vez, dándole vueltas y contemplándolo mientras pasaba su mano con suavidad por la carrocería—. Está nuevo. Está perfecto.

Yo no le di importancia. Fue un capricho tonto que en ese momento no me servía para nada. No podía ni echarle gasolina, así que lo necesitaba fuera de mi vida.

—Estabas vendiéndolo barato, Carlota. Muy barato.

—No sé, el precio lo ha puesto mi hermano, y necesito venderlo ya. No tengo ni para pesarme. —No pensé al decirlo, pero era cierto.

A él le divirtió mi respuesta.

—No te preocupes. Yo me haré cargo. ¿Me dejarías probarlo?

Me mordí el labio, avergonzada.

—Es que... Jo —me quejé al tiempo que me sentaba en él. Lo arranqué—. No tengo gasolina, está en reserva. —No me avergonzaba por eso; raro pero cierto. Estaba en la aceptación. Como decía mi padre: «En la fase del duelo».

—Bueno, no pasa nada. Pero así no puedes ir. Tienen que venir a probarlo.

—Ya, pero estoy bajo mínimos. Y el martes, que es cuando vienen, no es día uno, que es cuando cobro. —Sentí mis mejillas arder al reconocerle mis problemas económicos a un

desconocido. Esta vez sí palpé ese sentimiento.

—Queda una semana para cobrar. Vendrán a verlo y necesitas moverte por aquí.

—Apenas salgo del *camping*, y como mucho voy a la taberna, así que voy con la bici que me han dejado en el *camping* hasta que pueda comprarme una. —Me miró diferente. Había pena en sus ojos—. No, no hagas eso, Dante. No quiero dar pena. Esto son las consecuencias de ser una cabeza loca. Las asumo. Vendrán tiempos mejores. —Mi ilusión y esperanza salieron por mi boca.

—No te miro con pena ni la siento por ti. Es más, me parece maravilloso que afrontes así la vida y demuestres que no eres una pija del copón. —Lo miré perpleja—. Te adaptas, fluyes, y tengo que reconocer que estás dándome un guantazo sin manos. Hoy me has sorprendido. Tenía otro concepto de ti. —Se apoyó en la puerta—. Admiración es lo que me has trasmitido. —Tuve que reprimir un sollozo para no romper a llorar—. Y ahora —se acercó demasiado a mí, pasó los brazos por debajo de mis piernas y por detrás de mi espalda y me levantó del sillón— ponte como quieras, pero vamos a ir a la gasolinera y te llenaré el tanque. Cuando lo vendamos, me lo cobraré.

Por más que le dije que no y por más que pataleé, me encontré sentada en el asiento del copiloto y con el cinturón puesto.

Dante

Por favor, estaba a punto de correrme cuando la escuché reírse. Era graciosa, parecía sincera, y para nada lo que se había comentado de ella. Creo que la juzgué sin saber. Pero... joder, era una puta modelo. Su forma de hablar, de gesticular al moverse, era como la de una bailarina. Se rio, y mi polla por sí sola tomó vida. Y cuando la cogí en brazos fue como... «Mierda, que me corro». Qué bien olía esa niña, qué pequeña era. Sus labios gorditos me pedían a gritos que los mordiera. La cabeza iba a estallarme. La miré y me quedé embobado. Y ella creía que sentía pena por ella... ¡¿Qué cojones?! ¡Sentía pena por mí! Iba a perder la cabeza por ella; ya lo asumía. Cuando sus ojitos se pusieron vidriosos, por poco me morí. Era frágil, pero aguantaba el tipo. Qué niña...

Suspiré por no llorar. La había cagado.

Al salir de la gasolinera, el coche parecía estar agradecido, pues daba la sensación de que iba mejor, de que pesaba más. Me senté en el asiento del copiloto.

—No, no, llévalo tú hasta tu moto. Qué menos —me invitó ella mientras me daba las llaves.

Tenía el coche de mis sueños en las manos y yo solo podía mirarla. Qué bonita era. Me gustaba enterita. Quería comérmela. Se me pasó por la cabeza comprarle el coche, quedármelo. Pero esa idea duró poco en mi mente. No podía hacerle eso. Ella quería desprenderse de él. Y si yo se lo compraba, ella lo vería todos los días.

4. Aceptación

«Ser feliz es sencillo.
Lo difícil es ser sencillo».

Proverbio zen

Carlota

Los días pasaban rápido y ya era sábado por la mañana. Al medio día tenía que ir al taller de Dante para hacer la venta del coche. Me encontraba bastante mal porque me había venido el periodo y tenía un dolor increíble de riñones.

Estaba en el bar, terminando de preparar los menús y las tapas, cuando me llamaron por teléfono. Eran los chicos que venían a comprar el coche, para decirme que llegarían un poco más tarde. «Gracias a Dios», pensé. Así me daría tiempo de darme una ducha antes de ir al taller.

Socorro me llamó.

—Hija, sal, que está aquí Lara.

La nombrada puso los ojos en blanco.

—Por Dios, descárgate el WhatsApp, Carlota. Llevo haciendo señales de humo toda la mañana.

—Luego lo descargaré. Ya sabes...

—Sí, sé, pero es WhatsApp, no Tinder. —Se sentó en la barra.

—¿Tienes algún bocata vegetal de esos tan ricos?

—Qué va, hija de mi vida —intervino Socorro—. Todo lo que hace esta muchacha se acaba en nada.

—Qué pena, porque están deliciosos.

—Dame cinco minutos —le dije a Lara.

—¿Podrías hacerme otro a mí? —me pidió un cliente.

—Por supuesto —le contesté.

Cuando salí de la cocina con los bocadillos, vi que había entrado Dante. Algunas de las clientas que estaban sentadas en la terraza lo miraban de arriba abajo. La verdad es que era para mirarlo una y otra vez.

—¿Qué miras con esos ojos *golosones*? —me susurró Socorro en tono muy bajo. Pero Lara lo escuchó y movió sus cejitas.

—¿Yo? Nada. —Me quité el mandil y lo dejé en la barra—. Voy a ir a darme una ducha. Estoy malísima.

—Sí, tienes la cara pocha. —Socorro me tocó la frente—. Estás un poco caliente.

—Normal —malmetió Lara de forma picarona.

La fulminé con la mirada y recé para que no dijera nada más.

—Bueno, voy a ducharme. Socorro, dentro está todo preparado. Ricardo está escribiendo el menú. Y las niñas, listas.

—¿Qué hay? —se interesó mi amiga la bocazas.

—Ensalada de pasta, ensalada mediterránea y aguacates rellenos de gambas. Y de segundo, merluza al horno, salchichas al vino y tortilla de camarones. Y tarta de queso de postre.

—Me apunto —dijo Dante a mi espalda, besándome en la mejilla. Todas nos miraron. Su cuerpo estaba pegado al mío, junto a mi espalda. Me sacaba dos cabezas. Un escalofrío me recorrió entera—. ¿Nos vamos? —me preguntó con voz dulce, acercado su boca a mi cara.

—Necesito una ducha. Dame diez minutos. —Me aparté de él.

—Vamos demasiado deprisa. Pero está bien. Nos duchamos. —Y sonrió, el muy canalla—. Socorro, ¿dejas que me la lleve a comer? —le preguntó antes de que alguna pudiera argumentar nada.

—Con la comida tan buena que hace... —Lara negó con la cabeza.

—Duchaos y venid —cedió Socorro.

—Si la traigo a comer aquí, no va a estarse quieta, y lo sabéis.

—Llévatela y dale un meneo. —Socorro y su lengua con vida propia.

Yo intenté regañarlas, pero a ellas les daba igual, razón por la que Dante estaba encantado con la situación.

Dante

Nada más entrar en el bar, la vi. Su pelo rubio, su boca... Por Dios, me moría de ganas de ver esos labios carnosos alrededor de mi polla.

No fui consiente de mi cara de parguela hasta que llegué a su lado y la besé en la cara. Qué suave se sentía. Aquella niña no era de este mundo. Su olor se metió en mis fosas nasales, que no sé por qué se conectaba directamente con mi entrepierna. Quería llevármela con alguna escusa.

Las demás fueron conscientes de mi tontería. «Llévatela. Dale un meneo», decían. «Ya me gustaría a mí... Me cago en la puta», pensé.

Ella salió corriendo por no escucharlas. Tenía unas piernas firmes y torneadas; unas que quedarían de lujo alrededor de mis caderas. Dios, contra la pared la ponía.

Socorro me dio un pescozón.

—¿Qué miras, niño? —espetó a los cuatro vientos.

Los demás comenzaron a reírse.

Resoplé. Qué asco... Yo era para ella invisible, tanto que tenía que ponerme como un jodido pavo real para que se diera cuenta. O sacarme la polla directamente.

Carlota

«Llévatela y dale un meneo».

Eso fue lo último que escuché antes de salir corriendo como una cobarde.

Me tomé un ibuprofeno con un gran vaso de agua y fui a la ducha. Al salir, me encontré a Lara sentada en la puerta de mi cabaña.

—Dime, rubita, ¿qué te traes con Dante? —Movió las caderas con gestos obscenos.

—Nada, Lara. —Abrí la puerta y ella pasó detrás de mí.

—¿Cómo que nada? —Tiró de mi toalla.

—Hey —me quejé—. Tengo que vestirme.

—¿Qué te traes con él? —insistió, y se sentó en la cama.

—Nada. Es un buen muchacho. Lo que te dije el otro día, que casi me mata. Le conté mis penas e intenta ayudarme.

—Le gustas. —Lo dijo con su voz de repipi—. En nada estará dándote *pompeta*. —Abrió la boca y movió la lengua dentro, rozándola con su mejilla—. Mmm... —ronroneó sensual.

—No —bufé—, es solo amistad —concluí, segura de mí misma.

—Sí —me dio la razón como a los tontos—, lo que tú digas.

—En fin... Corramos un tupido velo, por favor.

—¿Me dejas tu móvil mientras te vistes?

—Sí, toma. —Se lo lancé sobre la cama y encontré un vestido negro de algodón de manga corta—. Ea, ya estoy.

—Estás muy buena. —Me dio una palmada en el culo—. Déjate el pelo suelto.

—Está muy largo y mal.

—Está precioso. A ver cuándo te miras con ojos de vida y no con ojos de reproche. Por Dios, Carlota, perdónate. —Me paré en seco—. Hazte un favor y perdónate. Déjalo ya. Por el hecho de que te pintes, te arregles o te guste un pantalón nuevo, no vamos a pensar que vuelves a ser la jodida Cruella de Vil. Disfruta. Eres joven. Vive. Pero, sobre todo, suéltalo. Déjalo ir, coño —enumeró sin respirar y del tirón, dejándome perpleja.

—Tienes razón: no sé cómo hacerlo —reconocí.

Nos miramos. Ella me apartó el pelo de la cara.

—Fóllate a Dante —soltó por su boca sin ningún tapujo.

—Aunque quisiera, cosa que no quiero, no sé cómo hacerlo. —Me reí.

—¿Cuánto hace que no follas?

—¡Por Dios! —exclamé, cogiendo el bolso—. No sé. Dos años o así.

—¿Hola? ¿Cómo?

—Déjalo estar. —Se me engarrotaron las manos por los nervios y mi respiración se volvió agitada—. Es que... simplemente no puedo ir tan rápido.

—OK. Toma. —Me devolvió mi móvil—. Ya tienes el Whats-
App y mi número. También el de Dante.

—Bruja. —Le puse una sonrisa estúpida.

—Gracias. Por cierto, tenemos muchas ventas. Mañana Correos está cerrado, pero el lunes tenemos que hacer los envíos. Me lo ingresarán en cuanto lo reciban. Y, tía, vaya dineral.

—Vale. Sí, qué bien.

—Se vende todo rápido. Son marcas, y tú casi estás regalándolas.

—Lo que sea. Necesito empezar de cero, y tener al menos bragas que no sean de encaje —puntualicé, señalándome con el dedo índice—. Al final se me deshace el toto, verás... —le dije, y corrí al bar.

Lo cierto es que Dante era realmente guapo, y su físico, espectacular, pero yo no estaba en eso en aquellos momentos.

Me esperaba sentado en los escalones del bar. Al final, la venta del coche salió redonda. La trasferencia se haría efectiva el lunes siguiente, así que el coche se quedaría en el taller de Dante hasta ese mismo día. Llamé a mi hermano para explicárselo todo, y Dante le contó los trámites a través de su gestor y cómo se desarrollaría el traspaso. Por lo tanto, una vez que los compradores se fueron, respiré tranquila.

—Ahora vamos a comer. —Dante tiró de mi mano.

—Sí, vamos al *camping*.

—No, noooo. Iremos a comer al Cántabro. Vamos a celebrar la firma.

—¿Pero tú eres consciente del menú que tengo preparado?

—Sí, pero no me importa.

—Dante, no tengo dinero. Acabo de conocerte y ya te debo sesenta euros.

—¿Otra vez con eso? Déjalo. Vamos a comernos un buen filete de ternera o lo que quieras, cariño.

—No, tengo trabajo, sé bueno. Vente a comer al *camping* y deja que te invite. —Se quedó pensativo, pero le puse morritos y al final aceptó—. Es que me sentiría mucho mejor y no un parásito social.

Dante

«Invitarme a comida que has preparado», pensé. «Comida la de mi polla».

Joder, que no había manera de llevármela lejos de la gente y meterle la lengua en la puta boca esa que estaba matándome. Ahí, calladita a mi lado, parecía que nos comunicábamos con la mente. Por Dios. Era perfecta. Me la imaginaba debajo de mí continuamente. Quería volverla loca. Jugar con ella. Pero no. Había que hacer lo que ella quería. Como negarme esos morros. Y, mientras tanto, yo cachondo perdido.

Carlota

Nada más entrar nos encontramos con Lara. Me dijo tonta al oído y se sentó con nosotros. Ricardo entraba y salía de la cocina. Había poco trabajo a mediodía, ya que casi todo el mundo aprovechaba para hacer turismo y surf durante la mañana. Por la tarde era cuando el bar estaba mucho más concurrido. Aun así, el pobre no paraba de trabajar y servir las mesas.

—¿Esta noche vendrás a la fiesta del club? —le preguntó Lara a Dante.

—Seguramente vaya un rato —le contestó, engullendo su comida.

—Nosotras sí, ¿verdad? —Me miró a mí.

—Pues no sé. Pensaba en descansar y mañana irme a la playa y recorrer los rincones del pueblo. Hacer turismo, vaya. —Los dos me observaron.

—Mañana tienes fiesta y yo curro. No seas maligna, guapa. —Ladeó la cabeza.

—Bueno tal vez un rato, así te veo.

—¿Cómo piensas ir? —La voz ronca de Dante me despistó.

—Pues con la bici. ¿Cómo quieres que vaya? —Me reí—. Todavía no me teletransporto.

—Esa bici está que se cae a pedazos. —Ya se había puesto tenso otra vez.

—Ya, pero ahora mismo es lo que tengo. Y a mí me lleva y me trae. Y agradecida de tenerla.

—Yo voy a por ti. Carlota, eres torpecilla caminando, y de noche en bici como que no. —Lo miré, pero su voz ronca y seria me sorprendió—. En la bici no vas a venir, o acabaré por romperla o partirla. —Levantó la cabeza del plato—. ¿Quieres verlo? —Se limpió las manos y la boca con la servilleta.

Negué con la cabeza, asustada.

—No, noooo. —Alcé las manos en son de paz—. No la cogeré esta noche.

Ellos se pusieron a hablar de la fiesta de la noche y yo aproveché para levantarme y ayudar a Ricardo. Me puse el delantal y me metí en la cocina. Sofía estaba cortando patatas.

—Te ayudo. Me pongo a recoger. —Me coloqué a su lado mientras ella me miraba de reojo. No estaba muy habladora, y la notaba un poco triste. Me apoyé en su hombro—. Sofí, estoy aquí por si me necesitas.

Ella me dedicó una sonrisa tímida y vi cómo sus ojos brillaban.

Entonces, me dediqué a recoger y a fregar los cacharos sueltos que quedaban.

Al cabo de un rato, me llamaron desde fuera. Era Lara.

—Dame un trocito más de tarta de queso. —Tenía aún trozos en la cara de la última que se había comido.

Entraron niños y la rodearon. Los chiquillos del *camping* la adoraban. Tenía mucha mano con ellos y por eso trabajaba los fines de semana en el equipo de animación.

Me acerqué a una mesa de la terraza, donde había una pareja esperando, y les cogí la comanda. Al volver a su mesa con sus bebidas, la mujer me miró. Era una señora de unos cuarenta y pico. Pero, para que me entendáis, tenía un rollo especial, como si la envolviera un aura mágica. Era

delgada, de piel morena, y tenía una melena larga y rebelde preciosa de canas plateadas. Sus ojos eran azules claritos. En los brazos llevaba unos tatuajes maoríes muy bonitos y elegantes. Su ropa lucía distinta; no como si fuera *hippie*, pero sí un alma libre. Desprendía energía con solo mirarla.

Me miró directamente a los ojos, asintió y respiró profundo.

—Muchas gracias —me dijo cuando terminé de servirla—. ¿Sabes una cosa? Todo pasa. Todo llega. Solo hay que aceptar y soltar. Y confiar en el universo.

El señor que estaba con ella le acarició una mano. Ella cogió la mía, que caía inerte al lado de la bandeja.

—¿Cómo te llamas? —Su mano todavía sujetaba la mía.

—Carlota. —Sonreí nerviosa.

—Yo, Johana. Estate tranquila y piensa en lo que te he dicho.

—Lo haré.

Fui a darme la vuelta, pero me llamó:

—Carlota, ¿aceptarías este pequeño obsequio?

La miré.

—No es necesario. —Fui educada. No entendía muy bien lo que quería decir.

—Tómalo. Por algo lo he comprado hoy. Todo está conectado. Este estaba destinado a ti.

Me dio un pequeño libro amarillo con rayitas blancas en el que ponía:

Taller de Ho´oponopono

Técnica hawaiana ancestral de resolución de problemas

María José Cabanillas

—Nosotros practicamos *pono*, desde hace muchos años. Léete el libro, confía y abre tu mente. Conecta.

—Eso haré. Muchísimas gracias, Johana.

Al entrar en la cocina, tuve la sensación de que esa mujer había aparecido en mi vida por algo. Yo había practicado yoga. Sabía un poco de *reiki* y había escuchado algo de la práctica de *ho'oponopono*. Pero jamás había investigado sobre ello.

Terminé de recoger, y como me sobraran aún par de horas libres, me marché a la cabaña para descansar y me senté en el porche a leer el libro.

Lo siento.

Perdóname.

Te amo.

Gracias.

Esas palabras tenían que repetirse constantemente. Significaban que se aceptaba la situación manifestada en nuestra vida. Pedimos perdón o nos pedimos perdón por los malos pensamientos que nos alejan de nuestra luz, de nuestra alma divina, y sobre todo damos gracias a lo que tenemos, a lo que somos, a lo que está por llegar. Trasmutamos las energías bloqueadas y volvemos al amor.

También descubrí las «palabras o frases gatillo». Son palabras o frases cortas que tienes que decir en momentos concretos. Por ejemplo, cuando yo pensaba en mi vida, en los cambios o en lo mal que lo había hecho, ese sentimiento era de mi ego, no de mi ser. Es un sentimiento atroz que atrae a lo malo y no deja avanzar. «*Fuente perfecta*» eran las palabras gatillo que me alejarían de esa energía negativa y la borrarían de mí. Me sumergí en el pequeño libro que desbordaba vida, entendiendo sus significados y alucinando porque, como había dicho la clienta del restaurante, ese libro lo estaba necesitando.

Entonces, di un brinco y me acordé de que en una de las cabañas todavía había otras dos cajas con mis cosas. Cogí las llaves, que las tenía en la cocina, y fui directamente. Allí estaba, en la primera caja, mi esterilla de yoga, junto con un collar en una cajita azul que me mandaron hacer para una colaboración pero que nunca llegué a hacer. En la cajita ponía: «Japa Mala Libertad». La abrí, y dentro encontré una nota escrita de puño y letra.

Carlota:

Este Japa Mala Libertad es para ti, para tu meditación y tus mantras. Cuídalo con respeto. Cuida cada una de sus ciento ocho cuentas. Es una herramienta sagrada para conectar con tu momento presente.

Son piedras naturales.

Amazonita para las emociones seguridad, amor, fluidez y calmante para tus momentos de estrés. Siempre cerca del corazón.

El jaspe marrón te conectará con la tierra y con tu instinto de supervivencia. Te ayudará a luchar por tus metas y a cuidar tu autoestima.

Y la borla es de seda dorada.

Hemos elegido un mantra para ti, con todo nuestro amor.

Elijo fluir sin forzar. Tengo el control.

También me dijeron que en el reverso de la nota estaban las instrucciones de cómo usarlo debidamente, que era una joya que podía llevarla en mi mano en forma de pulsera o como collar.

En cuanto lo vi, me lo puse en el cuello. Era precioso. Las bolitas o (como ellos las llamaban) cuentas eran de varios colores: gris oscuro o claro, algunas blancas y otras marrones. Estaba hecho a mano. Y era increíble.

Seguí rebuscando en las cajas y encontré más cosas de deporte. Sin embargo, lo que yo había ido a buscar era mi esterilla, y en cambio salí con un regalo que no sabía que tenía y al que no le di importancia cuando me lo ofrecieron. Pero en ese momento me había hecho muchísima ilusión. Y se había convertido en mi pequeño tesoro.

Recibí un mensaje en el móvil. Cuando sonaba algún wasap, el corazón se me paraba durante algunos segundos. Lo miré. Era Lara recordándome que me esperaba en la taberna para ir a la fiesta. Por primera vez, le contesté, diciéndole que sí pero que solo un rato. Regresé a la cabaña, la recogí y fui a poner una lavadora a los lavaderos. Después volvía a trabajar, pues esa noche el bar estaba hasta los topes. Había una mesa en la terraza con más de veinte personas. Por suerte esa noche teníamos barbacoa, así que lo que tenía yo de cocina eran platos muy rápidos. Aproveché y me centré para ir sacándolos rápidamente.

Socorro y su marido nos echaban una mano en recoger las mesas, y cada uno estaba a lo suyo. Mentalmente, me repetía: «Lo siento. Perdóname. Te amo. Gracias». Y realmente cuando las decía, me encontraba mejor, más digna, y olvidaba la vergüenza que sentía hacia mí misma.

La gente empezó a irse, así que una vez que la cocina estuvo organizada, salí a ayudar a recoger las mesas. Me encontré con una de ellas llena de chicos. Todos me miraron al acercarme. Y yo, inconscientemente, me dije: «Fuente perfecta». Llegué a la mesa con cautela y recogí algunos de los platos. Sin escuchar, sin ver ni oír. Solo centrándome en repetir mis palabras gatillo y pidiéndole al universo que no me reconocieran, que me dejaran estar.

Cuando iba a entrar de nuevo, con la bandeja hasta arriba, alguien me abrió la puerta. Un chico alto y rubio la sujetaba.

—Pasa. —Me sonrió con una sonrisa perfecta y blanca.

Seguramente, sería un surfista: ropa ancha, musculado hasta el punto de que se notaba debajo de su maxicamiseta, y muy moreno de cara.

—Gracias.

Entré y me metí en la cocina. Atravesar la cortinilla de plástico de color chocolate me trasportaba a otro universo: al mío. Sin embargo, su voz traspasó:

—Me encanta este *camping* —dijo, antes de que yo me perdiera dentro de la cocina.

—Sí, es precioso —le respondí desde dentro.

—Perdona que te moleste. Imagino que estáis recogiendo, pero ¿me harías un café?

—Sí, por supuesto. —Subí el pequeño escalón para entrar en la barra y me lavé las manos.

—¿Eres de por aquí?

—No, ojalá. Soy de Madrid. —Cargué la cafetera con la carga y le di al botón.

—Es un sitio increíble. —Asentí con la cabeza—. ¿Sabes que aquí está la ola de izquierda más grande de Europa? —Abrí los ojos y no supe qué decir—. Es de locos. Este pequeño pueblo marinero es un lugar único en el mundo. —Su entusiasmo con respecto a lo que nos rodeaba fue exactamente el mismo que el mío. Un mundo aparte.

—Lo es. —Lo serví sin mirarlo.

—¿Cómo te llamas? —dijo, por darme conversación y no dejarme ir.

—Carlota.

—Yo soy Jaspers. Encantado. —De un brinco, medio cuerpo suyo estaba por encima de la barra. Me plantó un beso en la mejilla—. Hueles muy bien. —Tragué saliva, incómoda—. Te dejo acabar. No te entretengo. —Se despidió de mí con el típico saludo de Hawái: el Shaka, con el dedo pulgar y el meñique extendidos y un giro rápido de muñeca.

Una vez en mi cabaña, estaba terminando de arreglarme cuando me llamaron al móvil. Era Dante, para avisarme de que pasaría a buscarme, ya que no quería que fuera en bici por la noche, y menos a la vuelta.

Me había puesto un tejano ceñido de los que rescató Judith, con una blusa negra y unos zapatos de tacón básicos. Rescaté mi antigua plancha del pelo y me hice unas ondas *surferas*, que se me daban genial, ya que trabajé para una marca de herramientas de peluquería durante bastante tiempo enseñando cómo podían utilizarlas, y eso me sirvió para aprender trucos básicos de peluquería. Me puse unas pulsaciones de mi perfume preferido y me maquillé sencilla. Pensé en darme un toque con un pintalabios rojo, pero al sentirlo en mi mano me dije que no, todavía no.

«Tranqui, *Frozen*, mujer de hielo. Paso a paso». Entretanto, me repetía las palabras de *pono*.

Pero ese miedo de que verme con los labios de color rojo volviese a llevarme a mi antigua vida era casi una paranoia. Metí un par de cosas en mi bolso y cogí una chaqueta de Guess, también rescatada, que me volvía loca. Era una lolita, una colección exclusiva que me costó la misma vida encontrarla.

Dante había entrado con la moto hasta mi calle. Estaba sentado en ella, mirando hacia la nada. Guapo hasta decir basta.

—Hola. —Salté a su lado, pillándolo desprevenido y sorprendiéndolo con un beso en la mejilla.

Mi saludo infantil pareció gustarle.

—Estás muy guapa, Carlota, y hueles increíblemente bien. —Su nariz rozó mi cuello con suavidad.

—¿Sí? Gracias. ¿Este casco es para mí? —Lo acaricié.

—Sí, ciclista, que al final vas a dejarnos para irte al Tour de Francia.

Le di un manotazo en el brazo.

—Eres un zoquete.

—Y tú una psicópata que quiere volver a las tantas en una BH del año setenta y nueve. Así, a lo loco. —Movió las manos en el aire.

Rompí a reír y me agarré a su cintura. Un pellizco se instaló en la boca de mi estómago. Joder, el también olía superbién. «*Pa* comérselo». Creo que definitivamente mi subconsciente me odiaba y le gustaba ponerme de los nervios hablándome en plan: «No te relajes, que ya estoy yo para atormentarte».

Estábamos llegando a la taberna cuando detuvo la moto en una de las callejuelas que había antes de llegar. Una de sus manos cogió una de mis rodillas de una manera sensual y diabólica.

—Carlota, ¿tienes prisa por llegar?

Me acarició la rodilla con mucha suavidad. Ese contacto me pareció algo íntimo. Algo... que no había sentido nunca.

—Prisa no. ¿Por qué?

Estaba prácticamente flotando con su mano en mi pierna. Sentí que me había acariciado como si fuera algo suyo, de su propiedad.

—Me gustaría enseñarte un sitio. Mi sitio especial.

—Sí, vamos, me encantaría. —Le di un golpecito en el hombro para animarlo.

Cuando retiró la mano de mi pierna, sentí el vacío de su tacto. «Estás quedándote *monguer*».

Dante

Salió de su casa con unos tejanitos y una blusa. Abrí y cerré los ojos. Por Dios, qué exuberante era. Y para colmo intentaba evitarlo por todos los medios. Lo que ella no sabía era que era imposible. Ella no era la perfección. Era mejor. Ni en mis mejores sueños podría haberme imaginado algo así.

Besó mi cara; sus labios gorditos se hundieron en mi mejilla. Se agarró a mí. Tenía las manos pequeñas, pero yo conducía imaginándomelas sobre mi polla. Mierda. Loco... iba a volverme loco. Quería llevarla a mi sitio especial. Quería tenerla a solas. Quería besarla. Me moría de ganas. Le toqué la pierna. Estaba dura. Un latigazo me recorrió entero. Mis manos estaban hechas para tocarla. Pero no podía. No podía hacerlo. Ella me desorientaba y me intimidaba. Si me rechazaba, me moriría.

Carlota

Volvió a arrancar la moto y salió a la carretera central. No sé si era nacional o qué autovía sería, pero lo cierto es que estaba desierta. Era noche cerrada, y por la experiencia que tenía ya de esas semanas, el día sería frío.

Conducía por la costa. Había demasiadas curvas y él iba bastante rápido para mi gusto, pero me sentía libre, me sentía bien, agarrada a su cintura y oliendo su olor. Era una mezcla perfecta entre perfume y su aroma corporal. Me gustaba: olor a rudo, suave, con carácter y puro.

Aparcó la moto en la calzada y saltó el quitamiedos de la curva. Una luz tenue de la farola nos marcaba unas viejas escaleras de madera.

Me ayudó a bajar.

—Vaya con esos zapatitos —se quejó—. Tú siempre vas en bambas o chanclas —comentó sorprendido, mirándome como si quisiera ver qué había dentro de mí.

—Bueno, hoy vamos a una fiesta —me defendí coqueta—. Además, había quedado con el chico guapo del pueblo.

—Al final te enamoras de mí —me contestó presuntuoso.

—O tú de mí —le rebatí.

—¿Quién te ha dicho que no lo esté ya? —Volvieron a aparecer sus hoyuelos, cortándome el habla y hasta el aire.

Se acercó a mí invadiendo mi espacio vital. Era grande, alto y corpulento. Yo levanté la cabeza para mirarlo. Podría morir en sus ojos de lo guapo que era, y deseé que me besara.

Entre las rocas a pie de la escalera se escondía una pequeña cala.

—Es noche cerrada. Pero normalmente el cielo está lleno de estrellas y el mar parece de plata por la luna. —Lo miré boquiabierta—. *Mangata* —dijo, en un susurro sexi que por poco me mató de placer—. Es el camino de luz que deja la luna sobre el mar —me explicó con voz ronca y suave a la vez que encendía mi cuerpo dormido.

—Es muy bonito. —Lo contemplé como jamás lo había hecho, y pude ver su interior en sus preciosos ojos.

—Quería enseñarte mi rincón. Aquí estoy casi siempre cuando no trabajo. Mira. —Cuanto tiró de mi mano, creo que los dos sentimos una electricidad en nuestras palmas en el momento en el que se unieron—. Acerquémonos al agua. Ahora no lo ves, pero, por el día, la marea baja y todo eso es más arena. Ahí. —Señaló unas rocas que estaban cubiertas por el agua—. Ahí tengo una cabaña secreta. —Me reí—. No te rías, tonta. Cuando vengo a surfear, guardo mis cosas ahí. De pequeño era mi refugio, y pasé semanas ahí escondido.

Noté algo de dolor en sus palabras.

—Es muy bonito. No lo conocía.

—¿Sabes lo que cuentan de esta playa? —Negué con la cabeza—. Un barco procedente de Escocia desembarcó en esta playa. La princesa que iba a bordo se enamoró del lugar y decidió quedarse aquí, por su agua limpia y clara. De ahí su nombre: Mundaka. —Sentí mi cuerpo temblar. La forma en la que lo dijo y cómo lo dijo fue prácticamente hipnótica. —Tuvo un hijo aquí entre estas piedras. En mi cueva. —Me guiñó el ojo, o eso percibí por la tenue luz.

—Jo, el sitio tiene que ser mágico entonces.

Inconscientemente, me agarré a su brazo, refugiándome en él, apoyé la cabeza en su hombro.

—Lo es. Todo este pequeño rincón lo es. Y tú ahora formas parte de él —susurró, acercado su boca a mi cabeza.

—Siento que te conozco desde siempre.

Me miró sorprendido.

—¿Me conoces?

—No —dije rápido—. No quería decir eso, sino que me siento a gusto contigo, como si nos conociéramos desde siempre.

—A lo mejor nos conocemos y no nos acordamos. De otra vida, quizás.

—No creo. —Se giró y me miró a los ojos. Sentí que me moría al verlo tan cerca. El corazón me bombeaba fuerte mientras él me robaba el aliento.

—¿Por qué? ¿Por qué dices que me conoces? —Me sostuvo la mirada.

Me encogí de hombros, sin saber qué responderle.

—No sé, Dante. A lo mejor en otra vida, como tú dices. —Se hizo un silencio.

—Hace frío. Vamos. —Me tendió una mano para que la cogiera.

El camino de vuelta se me hizo algo más largo que el de ida. Normalmente, siempre me pasaba lo contrario. Pero supongo que sería un sentimiento por el momento tan intensito que acabábamos de vivir.

Aparcó en la puerta de la taberna. Lara estaba terminando de cerrar.

—No veas, pensé que no vendrías y me iba ya directa a tu casa. —Suspiró al verme.

—Bueno, ya estoy aquí —le dije sonriente, enseñándole mi *look*—. Al menos he venido mona.

Dante se despidió de nosotras bastante serio y se marchó como una flecha.

—¿Qué le pasa? —Me miró de arriba abajo—. Así me gusta, nena, marcando culazo.

—Pues no sé. Ya sabes que es un poco raro. —Ni yo sabía de dónde había venido ese arrebato.

—Sí, pero estaba demasiado serio, ¿no?

—No. Al menos yo lo he notado normal.

—Venga, vamos. —Tiró de mí, aún perpleja por aquella reacción.

Dante

Me quedé paralizado. Por fin la tenía sola, arrinconada, pero no fui capaz. Era tal el miedo que me producía esa pequeña mujer que no pude ni hablar. Cuando sus manos me dieron calambre, lo supe. Supe que era ella. Mi jodida diosa. Que había venido para torturarme con su pasotismo hacia mí.

Se apoyó en mi hombro y pensé en besarla entonces. Sin embargo, era como si no pudiera moverme. Quería hacerlo, pero mi cuerpo no reaccionaba. Estaba empezando a volverme loco.

Loco.

Carlota

Entramos en el *pub* de pueblo, que estaba lleno hasta los topes. Pero Lara, con su desparpajo y a empujones, se abrió paso entre la multitud hasta llegar a la barra.

—¡Hoy han venido de todos los pueblos! ¡Esto está hasta arriba! —gritó—. Dos ron con cola.

—Lara, hace mucho que no bebo. A ver si vamos a liarla.

—Pues la liamos. Mira. Chico guapo delante de ti.

—No me gustan los chicos guapos —la contradije seria.

—Vale. Pues los feos para ti.

Puse los ojos en blanco.

—Eres de lo peor. —Apoyé los brazos en la barra y la miré—. Qué mala eres.

Al desviar mis ojos al frente, me encontré con el chico del bar, el surfista hablador, que estaba mirándome. Tras ver que lo había visto, levantó una mano en señal de saludo y yo se lo devolví.

—Mira con la mosquita muerta —se burló Lara—. Ya te has ligado a Poseidón.

Tenía que dejarla por imposible.

Al volver a mirar el chico, ya no estaba. Lara me pasó una copa y bebí.

—Puaggg. Está peor de lo que recordaba. —Me costó tragar.

—Espera a que se derrita un poco el hielo.

Pusieron la canción de Álvaro de Luna, *Juramento eterno de sal*, que me volvía loca. Me quité la chaqueta y salí bailar a la pista con la copa en la mano. Lara me acompañó y bailamos como locas y entre risas. Ella iba saludando a uno y a otro, pero yo no podía dejar de cantar y bailar, ya que esa canción me trasportaba a la felicidad y me daban hasta ganas de correr de la energía que me trasmitía.

Una mano rozó mi espalda. Tengo que decir que la blusa que llevaba dejaba poquito a la imaginación. Al girarme, me encontré con el surfista. Vestía unos vaqueros y una camiseta blanca, estaba lleno de collares y pulseritas de cuero, y llevaba una tabla de surf colgada de su cuello que, en chiquitito, ponía: «*Aloha*».

—Hola, Carlota —Besó mi mejilla. Sus amigos se acercaron a nosotras—. No sabía que iba a verte aquí. —Sus ojos me repasaron entera.

—Ya, ni yo. —Mientras me hablaba, yo no dejaba de bailar, aunque también le echaba un vistazo de vez en cuando. Era guapísimo, y su sonría derrochaba alegría.

—¿No bebes? —Se acercó demasiado a mí.

—Estoy esperando a que se deshaga una mijita el hielo porque está muy fuerte.

Le pasé la copa. Él le dio un buen trago y bailó conmigo, cada vez más cerca. Fui a retroceder, pero su brazo por detrás de mi espalda me lo impidió.

—No te asustes. —Acercó sus labios a mi oído—. No entro donde no me invitan y no remo hasta ver la ola correcta. —Me guiñó un ojo.

—Chico listo. —Chasqueé la lengua.

—Y tú muy sexi.

Dante se aproximó a nosotras, mirando descaradamente e intimidando con su cuerpo y su mirada penetrante. Me costó hasta tragar.

—Chicas —dijo, pasando por nuestro lado para ir a saludar a sus amigos. Una vez que llegó hasta ellos, todos se giraron hacia donde estábamos nosotras y miraron muy mal a nuestros acompañantes.

—Ese chico alto no deja de mirarme, Carlota —me dijo Jaspers—. Eres la princesa del pueblo. —Apartó un mechón de mi pelo de mi cara con mucha suavidad.

—No digas tonterías.

Bebí de mi copa mientras mi fijaba en Dante, que tenía la mandíbula muy marcada y no apartaba sus ojos lacerantes de mí. Su mirada era fría.

Supongo que era normal que los chicos del pueblo se pusieran en modo alerta cuando los turistas se acercaban a sus amigas o a las chicas del pueblo.

Dante

Mis ojos la seguían. Estaba con Lara, bebiendo y riendo. Y yo babeando como un puto colegial. Me ponía de mala leche sentirme impotente con ella. Miraba su cuerpo. No era normal. No lo era.

«Eh, alto. ¿Y ese niñato tan cerca de ella?». Sus ojos chocaron con los míos. «Me cago en la puta. Ese niñato está cogiéndola de la cintura y susurrándole al oído. Lo mato, juro que lo mato».

Sentí cómo mi sangre hervía. Dios. Se me cruzaron los cables. Podría arrancarle la cabeza de un guantazo. Ella me observó, con una mirada relajada. Y yo estaba a punto de entrar en colapso.

Carlota

Al girarme para buscar a Lara, vi que estaba en la barra pidiendo dos copas más. Fui hasta ella para decirle que todavía tenía la mía entera.

—Haz el favor de relajarte y bébetela. No vas a entrar en Proyecto Hombre.

El chico de al lado se rio y me miró.

—Bebe tranquila. Aquí nadie se va sereno. —Levantó su colpa en alto.

Dante se acercó a la barra, pasando por detrás de mí, y me rodeó el cuello con uno de sus brazos.

—Kevin —saludó al chico con un apretón de manos—, conoces a Carlota. Es la cocinera de La Ola. —El muchacho se acercó a mí y me dio dos besos—. Ven conmigo, quiero presentarte a mis amigos.

—Siempre me la robas, Dante —se quejó Lara mientras él tiraba de mi mano.

—No, la compartimos —se burló él—. Ven tú también. —Caminamos y la dejamos un poco atrás—. Los conoces a todos; a algunos más que a otros.

—¡Maldito! —le gritó ella entre risas. Lara le soltaba improperios al aire, divertida, y él negó con la cabeza—. Ahora quería conocer a los surfistas —lloriqueó—. Eres lo peor. Guapísimo, pero el peor *capullaco*.

—Por eso. Tira conmigo. —También la rodeó con el brazo, con cariño—. Eres el mismísimo diablo, Lara. El mal personificado. —Le dio un beso en la cabeza. Se notaba que eran amigos de toda la vida, una conexión preciosa y envidiable.

Dante y sus amigos estaban retirados del bullicio en una mesa alta con taburetes. Lara, que llevaba nuestras cosas, las dejó y saludó a los demás. Y Dante aprovechó para presentármelos.

Un rato después, estábamos bailando y uno de sus amigos se acercó a nosotros. Creo que

intentó disimular y hablar bajito, pero no lo consiguió:

—Es más guapa que en las fotos. —Dante asintió con la cabeza y me miró. Yo me hice la tonta sin dejar de bailar, y en sus labios pude leer—: Sí, mucho más, pero ni te acerques.

Vi a Judith entrar con su marido. Iba guapísima, con una falda de vuelo y el pelo recogido. Me alegre de verla. Para mí, ella y Lara eran mis amigas, mis apoyos, mi zona segura. Así que cuanto se acercó, me colgué de su cuello. El marido se unió a los chicos y nosotras nos quedamos en medio de la pista bailando. Lara se fue hasta donde estábamos y las tres nos quedamos bailando y haciendo el tonto.

Mientras todos bebían como cosacos, yo me dediqué exclusivamente a bailar. No podía dejar de hacerlo. Hacía ya dos años que no había pisado una discoteca.

Mi surfista se acercó y me ofreció su copa. Le di un traguito pequeño y se la devolví. En ese momento, Judith me llamó y fui hasta ella.

—¿Tienes algo con Dante? —Negué con la cabeza—. No deja de mirar hacia aquí. —Me giré y lo miré. Le mandé un beso; un beso volador, claro. Él arqueó una ceja, con el semblante serio.

Dante

Semejantes narices tenía la niña. Bailando a su rollo, sin darse cuenta de que todos los tíos del local estaban mirándola. Todos unos cerdos. Como yo, que solo pensaban en ponerla a cuatro patas. Joder. ¡Joder! Unos celos y una rabia que no sé de dónde habían salido me inundaron.

Cuando la miré, me lanzó un beso. Me dejó de piedra, otra vez sin saber qué hacer. Pensé en caminar hasta ella y comerle los putos morros de una vez; así, lo mismo se me iba la tontería que estaba cogiendo con ella.

Ari pasó por delante de mí. Hacía apenas unos días le había dicho que no quería tener nada más con ella. Es más, ni me gustaba, pero a ella le dio igual. Se acercó a mí y me dio un beso. Carlota nos miró. Yo no aparté la vista de ella. Sin embargo, no vi ninguna emoción en su cara. Era una puta piedra inanimada.

Carlota

No había bebido apenas nada, pero mi organismo no metabolizaba el alcohol muy bien y estaba algo tonta. De pronto, una morena se echó encima de Dante y lo besó en los labios. Me quedé quieta, observando perpleja la imagen. Él, a pesar de aceptar el beso de la chica, no dejó de mirarme.

Me di la vuelta y caminé hasta donde estaban mis amigas.

—Voy a salir a tomar un poco el aire.

Lara hablaba con Judith, con el marido de esta y con unos conocidos.

—Te acompaño —se ofreció ella.

—No, solo es un momento —me negué. No quería que vieran que realmente me había impactado mucho ver ese beso.

—No te preocupes. —La voz del surfista me sobresaltó—. Nosotros vamos a salir a tomar aire también.

Señaló a otro amigo suyo. Lara asintió con la cabeza. Salimos fuera y cruzamos la calle. Jaspers llevaba una botellita de agua.

—Toma. Bebe, te sentará bien. —Lo miré desconfiada—. Está sin abrir —me sacó de mi duda.

Bebí unos sorbitos y se la devolví. Él se la paso a su amigo y me lo presentó. Después, nos quedamos charlando fuera un buen rato. Me contaron que habían venido para una competición de surf y que era la primera vez que iban a competir. Los noté nerviosos pero seguros.

Poco a poco, fueron saliendo sus amigos y las mías, quienes se unieron a nosotros. Eran las tres de la mañana cuando salió Dante con la morena del brazo. Él miraba en todas direcciones, hasta que se encontró con mis ojos y se paró en seco, sin ninguna expresión en la cara. Yo levanté una mano y lo despedí. Él hizo lo mismo, pero de mala gana.

Dante

«Conque esas tenemos, ¿no? ¿Te vas con el niñato ese? Pues verás».

En un acto irracional, cogí a Ari, le metí la lengua en la boca y le dije que nos fuésemos. Ella significaba acción, así que la sostuve del brazo y tiré de ella. Alguien tenía que ayudarme con el dolor de huevos que tenía.

Al salir, la vi. Ella se despidió con una mano, y yo... Yo no era persona.

Carlota

—¿En serio? —escuché decir a Lara cuando vio cómo Dante se marchaba con la chica.

Sobre las cuatro de la mañana, yo ya no podía aguantar más del dolor de pies. Me despedí de ellos, dispuesta a irme, pero los chicos se empeñaron en acompañarme al *camping*.

—Nosotros también vamos, Carlota —dijo uno de ellos; Andrés, creo que se llamaba.

Así que entre todos me convencieron. Conducía Andrés, y me cedieron el asiento del copiloto. Me dejaron en la puerta de mi cabaña y, como buenos chicos, me dieron las buenas noches.

A pesar de que ver a Dante besándose con otra chica me sentó raramente en el cuerpo, no me impidió haber disfrutado de la noche, haberme reído como hacía años que no lo hacía y darme cuenta de que se podía salir sin destrozarte el alma; que todavía había buena gente caminando por este mundo y personas sanas.

Así que llegué a la cama arrastrándome como pude.

5. Mi nueva vida

«La cabaña donde te ríes es más reconfortante
que el palacio donde te aburres».

Buda

Carlota

Había cogido una buena rutina. Me levantaba temprano, salía a correr media hora cada día y después hacía una clase de *vinyasa* yoga. Luego, una ducha y podría disfrutar de un par de horas antes de entrar al trabajo. Alguno de esos días me cruzaba con Dante, que iba a la playa a hacer surf. Nos mirábamos, pero no nos decíamos nada, aunque las chispas saltaban con esas miradas. Sobre todo, desde que lo vi irse con aquella muchacha.

Socorro y Manuel habían decidido recortarme la jornada laboral para adaptármela a los horarios de comida, ya que me pasaba más horas de la cuenta en el bar. No me redujeron el sueldo; al contrario, me pagaron más de lo acordado por las horas extras. Al fin y al cabo, creo que me adoptaron como a una hija. Yo insistí en que las horas las hacía porque quería, por necesidad mía y porque me encontraba mejor, no por el dinero, y porque estaba feliz y sentía el bar y el *camping* como mi hogar. Así que ellos decidieron que yo hiciera lo que quisiera, ya que no podían conmigo, decía Socorro. Pero la verdad es que siempre dejaba todo preparado y adelantaba faena. Creo que ellos también notaron cómo mi vida había encajado a la perfección y que yo estaba feliz, por lo que me dejaban hacer, y cada vez teníamos más gente en los turnos de comidas.

Por fin, ya había cobrado mi primer sueldo. Me produjo una satisfacción increíble. También el dinero del coche y de los muebles, y cada dos por tres Lara me hacía *bizums* por el dinero de la ropa.

Empecé a hacerles a mis padres y a mi hermano llamadas y videollamadas más seguidas. Creo que ni ellos podían imaginar que haberme mudado allí me hubiera sentado tan bien. Por fin notaba que mis padres volvían a confiar en mí y se sentían orgullosos. Mi hermano, más de lo mismo. Y un poco de mi propia confianza volvió a mí, mi seguridad y el amor hacia mi persona.

Estaba terminando el libro de *ho´ponopono* y también estaba descubriendo cosas de mí, de mi propia energía. Mi propio yo. Así que me sentía pletórica.

Esa mañana iba de camino al pueblo con la bici para comprarme una pequeña televisión y algunas cosas para mi casa, para estar más cómoda, ya que cuando venían mis amigas no

teníamos mucho que hacer. Había pensado en comprar sábanas y reciclar el saco de dormir, además de una televisión y algunas cosas de decoración para dejar la cabaña más a mi gusto y darle un poco de confort.

Fui a desayunar con Socorro y le propuse lo de decorarla a mi gusto. Estaba sentada en el bar con Manuel. Entré en la barra, me preparé un café y después me senté con ellos. Cuando les propuse mi idea, los dos se miraron. Creo que era tanta su conexión que hablaban telepáticamente. Me animaron a hacerlo, a decorarla y hacerla mi hogar. Ellos me dijeron que mientras yo quisiera, aquella sería mi casa. Y les respondí que me sentía parte del lugar y que era feliz. Socorro me dio una pequeña lista de la compra y Manuel me dejó las llaves de su todoterreno, que era muy antiguo pero lo tenía muy cuidado. Así que, poco después de desayunar y charlar con ellos, me puse manos a la obra.

Dejé el coche al lado del taller de Dante. Él estaba liado con una moto, pero aun así saludé. Me encaminé hacia el colmado a por los encargos de Socorro. Después volví y lo dejé todo en el maletero. Me acerqué a Dante con cautela, pues no sabía por dónde podría salirme con ese mal genio que tenía.

—Buenos días, cara guapa. —Le toqué el hombro, y cuando se incorporó, le di un beso en la mejilla. Estaba serio—. Oye, un pequeño favor —le pedí a medida que él se acercaba a mí despacio y callado.

—Lo que sea —me respondió sin apenas mirarme mientras se limpiaba las manos con un trapo —. Tú dirás.

—¿Tendrías alguna bici medio decente para mí? —Mi voz sonó a niña chica, como decía mi madre—. Te la pagaría, por supuesto.

—Sí, algo debo tener. Pero también puedes comprarte una nueva. Ahora tienes dinero.

—No, prefiero una viejita que me haga el apaño.

—Vale, yo te miro algo. ¿Qué tal acabaste la noche? —Su voz sonó ronca.

Estaba apoyado contra una madera, con las piernas cruzadas y su semblante de pocos amigos, con un mono negro y una camiseta azul oscura. Me fijé en sus brazos; estaba fuerte. Sin embargo, tenía un brillo en la mirada que no me gustaba nada.

—Bien, normal. Me acosté pronto y el domingo me lo pasé leyendo. —Caminé dos pasos hacia él y se tensó—. ¿Tú qué tal?

Enarcó una ceja y puso cara de insolente.

—Imagínate. —Chulo y prepotente sonó eso, sí—. Con Ari, las noches son… —Supongo que al ver mi cara prefirió callarse—. Vale, he vuelto a meter la pata, Carlota.

—No, si es entendible. Una noche loca con tu chica…

—No es mi chica —negó—. Y no me gusta. A mí me gustas tú, pero tú estás en otra cosa. Un surfista, ¿no? Un *topicazo* de verano. —Lo miré, pero no dije nada—. ¿Qué? ¿No? ¿Me equivoco?

—Bueno, ya me dirás algo sobre lo de la bici. Ahora voy a hacer algunos recados.

Levanté la mano para despedirme; sin embargo, en dos zancadas lo tenía encima.

—¿No me das un beso? ¿Te despides así?

Cogió una de mis manos y se la llevó al pecho. Noté su corazón latiendo igual de fuerte que el mío. Aun así, no dije nada.

—Claro. No voy a estar besándote cada dos por tres —le respondí nerviosa.

—No veo por qué no.

Se acercó a mi cara. Su olor invadía mis fosas nasales. Me gustaba su aroma. Dejó un beso en mi mejilla y yo sonreí como una pava.

Dante

Estaba en el taller pensando en la mierda de noche que había pasado cuando ella entró, sonriente, guapa y despreocupada. Me dio un beso y me costó hasta respirar. Intenté no pagar con ella mi mala leche, la contuve todo lo que pude, pero aun así volví a cagarla. Qué asco. Mejor sería que me la sacara de la cabeza.

Carlota

Iba cargada con unas bolsas, con sábanas, una colcha de cama monísima de color crudo y unos cojines, cuando mi madre me hizo un videollamada.

—Hola, mamá. —Le enseñé los alrededores.

—Qué bonito es, hija. Te veo muy guapa. Y feliz.

Su sonrisa me demostraba que ella estaba en paz.

—Siempre me ves guapa —recalqué. Era mi madre, y como tal no podía verme fea. Era un superpoder que tenían.

—Es que lo eres —dijo contundente—. Creo que has cogido dos kilitos y te sientan de maravilla.

—Sí, ya vuelvo a tener algo de culo. —Me reí.

Tomé asiento en una terraza y le pedí a la camarera un zumo de naranja con medio limón que no tardó ni dos minutos en servirme. Entonces, le enseñé a mi madre las compras.

—Es muy bonito, Carlota. Va a quedarte precioso.

La ilusión en la voz de mi padre me hacía ver que estaba en el buen camino. Y eso provocó que por primera vez en mi vida me sintiera como alguien maduro.

—Hija, teníamos prisa en ir para ver cómo estabas, pero al verte tan bien hemos aplazado el viaje unas semanas hasta que venga tu hermano. Así nos vamos los tres.

—Pues me parece genial. Ahora —bebí lo que me quedaba del zumo— tengo que dejarte, que me quedan unas compritas por hacer.

Por suerte para mí, en la tienda de electrodomésticos compré una pequeña televisión de treinta y siete pulgas y una minicadena *low cost*. Me dejaron un pequeño carro de hierro en el que poder transportar las bombonas de butano para que fuera hasta el coche.

—Déjamelo en el taller de Dante —me dijo la señora que me atendió.

Caminando por una de las calles, encontré una tienda pequeña que era un bazar. Entré, solo por echar un vistazo y chafardear un poco. Y al final también compré unas lucecitas para poner en el cabecero de la cama, unas cuantas velas de olor a vainilla, algunos vasos y copas, una alfombrilla para la entrada y un par de cosas más. Lo descargué todo en el coche. Estaba cansada de caminar y trotar por el pueblo, además de cargada, por lo que, al volver al taller para dejar el carro, iba arrastrando los pies.

Se lo dejé en la entrada.

—Dante, pasarán a buscarlo mañana.

—Vale. ¿Quieres que pase esta noche y tomemos algo?

—No, que no sé a qué hora acabaré. Dame un toque y hablamos.

No me miró cuando se lo dije. Dudé entre si comentarle algo más o irme por donde había venido. Al final ganó lo segundo.

Llegué justa al trabajo, ya que me entretuve en dejar las cosas en casa y darme una ducha. Dejé la compra de Socorro en la despensa y me puse manos a la obra.

Al salir a colocar el menú, me encontré con Jaspers y sus amigos. Todos venían agotados del mar y se dejaron caer en las sillas.

—Chicos. —Me acerqué a ellos—. Se os ve cansados.

—La mar estaba hoy revuelta —dijo uno de ellos.

—Bueno. Os dejo el menú. —Las hojas estaban escritas de mi puño y letra—. Os recomiendo las lentejas. Me han quedado riquísimas —dije orgullosa.

Jaspers me miró.

—Yo llevo toda la mañana pensando en tu pastel de queso. Dime que tienes.

—No.

—No me jodas. —Se recostó sobre la silla.

Le agarré los hombros desde atrás.

—Pero he preparado pudin con madalenas y cruasán, y está para chuparse los dedos.

—Mira, como tú —ronroneó uno de ellos.

Jaspers se tensó e inclinó su cuerpo hacia delante.

—Tú eres idiota.

—Bueno, bueno. Si te comes todas las lentejas, por la tarde te prepararé un pastel de queso solo para ti. —Giró la cabeza y me observó. Una de sus manos acarició una de las mías, que aún reposaba sobre su hombro—. De verdad —le aseguré—. Venga, ahora decidme qué queréis.

Poco a poco, los clientes de la primera tanda fueron levantándose y las mesas volvieron a llenarse con nuevos clientes.

Estaba en la cocina, marchando los segundos de una mesa, cuando entró Manuel con Sofía, cargados con las bandejas de recoger las mesas.

—Manuel, siéntese. —Le quité la bandeja de las manos—. Ya me ocupo yo.

Le entregué a Sofía los nuevos platos y coloqué en el lavavajillas lo sucio. En ese momento, entró Marisa.

—Carlota, me han dicho los de la mesa seis que el rodaballo estaba espectacular.

—Qué bien. —Di un pequeño saltito.

Manuel me miraba con ternura.

—Hija de mi vida, qué energía tienes. —Se sirvió un vaso de agua—. Después, al terminar, pásate por casa. Socorro quiere darte una cosa.

—Vale —le dije mientras me movía por la cocina, recogiendo cosas y colocando—. Marisa —la llamé al verla pasar—, toma, cariño. Los postres de la tres.

Una vez que tuve la cocina como los chorros del oro, salí a ayudar a Ricardo. Vi a Dante acercarse al bar. Se paraba con todo el mundo a charlar. Al entrar, llenó la estancia con su presencia. Saludó a un de parejas que estaban sentadas cerca de la barra en una mesa y vino hasta mí. Contemplé lo grande que era y pensé lo que sería tenerlo encima, todo ese cuerpo impactando contra el mío.

—Carlota, dame de comer. —Se sentó en la barra.

—Venga. —Le pasé el menú sin quitarme esa imagen de la cabeza.

—Uf —resopló—. Ponme lo que más rabia te dé.

Tiró la carta sobre la barra, se inclinó hacia atrás, levantó los brazos y se estiró. A mí se me secó la boca.

—Ya no me quedan lentejas, pero sí rodaballo y unas hamburguesas de calamar con ensalada. Si quieres, te hago un platito. —Miré el reloj que colgaba encima la puerta—. Has llegado algo tarde.

—Vale, lo que tú digas, nena.

Ese «nena» acababa de encenderme de una manera que no sabría catalogar.

—Las hamburguesas están riquísimas. Y la ensalada te la hago en un momento.

Entré y le preparé la comida. Estaba poniéndome nerviosa y no podía dejar de mirarlo.

Al salir, me di de morros con Socorro y por poco me tiró el plato. Le serví la comida y Socorro se sentó a su lado.

—Mira, como anillo al dedo. —Le tocó la cara a Dante—. Carlota, ven. —Me acerqué a ellos a través de la barra y me senté en la nevera. Dante comía con la mirada fija en mí—. Manuel y yo hemos pensado que, como vas a quedarte aquí —me alegré al escuchar eso—, que esta es tu casa, si a ti te parece bien, podrías dejar la cabaña y mudarte a un bungaló más grande que tenemos. Es viejito y todo de madera, igual que la cabaña, pero está reformado y es más grande. Tiene baño propio. Y dos habitaciones.

—A mí, mi cabaña me encanta.

—Es muy pequeña, Carlota —intervino Dante serio, como de costumbre—. Pe-que-ña —siseó. Todos lo miramos y él nos gruñó.

—Tiene razón —lo apoyó Socorro, y yo la miré sorprendida—. Ahora llega el verano y las cabañas se alquilan mejor que los bungalós, y además necesitas espacio. Tiene un poquito de terreno a los lados y detrás. Y un porche muy bonito. Al lado está Ricardo, y al final de la calle, los jardineros. Estarás más protegida. Y esa zona es más tranquila cuando el *camping* está completo.

—Vale, me parece bien. Luego, si quieres, hacemos la mudanza.

Los miré a todos. Me apreté la coleta y me dispuse a entrar nuevamente en la cocina.

—Pues aprovechamos que está aquí Dante, que es fuerte. —Le tocó el brazo—. Un buen mozo, además de guapo. Mi niño.

Le acarició el mentón. Al posar mis ojos sobre ellos, los de Dante se clavaron en los míos. En ese instante, entraron los surfistas para pagar y el ambiente se tensó, igual que Dante.

—Carlota —me llamó uno de ellos—, haznos la cuenta.

—Marchando.

Mientras caminaba hacia ellos, los ojos de Dante no se apartaron de mí.

—¿Qué haces esta tarde? —me preguntó Uri.

—Una mudanza. —Me mordí la lengua, picarona.

—¿Te mudas de la cabañita? —quiso saber Jaspers al tiempo que metía cinco euros en el bote.

—Sí, a una más grande. —Le pasé el datáfono a otro.

—Jo, pues quería que te vinieras con nosotros a la playa un rato.

—Hombre, también podemos ayudarte.

—Qué chicos más majos —dijo en alto Socorro—. Nos haría muy bien vuestra ayuda.

—Pues listo —acepto Jaspers—. Además, aquí, nuestra cocinera favorita me ha dicho que esta noche iba a hacer pastel de queso para mí. Así que, qué menos.

—Qué zalamero eres —lo regañé.

Dante se quedó mirándome, con el tenedor a pocos centímetros de su cara y con un trozo de comida pinchado.

—Vaya, qué suerte la tuya, niño —le espetó, mirándolo directamente a los ojos y muy mal. Mientras, Jaspers ocultaba su sonrisa de malvado, a sabiendas de que estaba celoso de él—. Hay que joderse. —Tiró el tenedor de muy malas formas.

La gente del bar lo miró. A nadie le pasó desapercibido el ambiente enrarecido que se había creado a nuestro alrededor.

La diferencia de edad entre ellos era notable. Dante era unos años mayor, y creo que Jaspers era más joven que yo. Se notaba en sus caracteres, además de en sus expresiones corporales y en sus propias esencias. Jaspers no le contestó a Dante, y este simplemente terminó de comer. Antes de marcharse, dijo:

—Si necesitas mi ayuda, me llamas, Carlota. Aunque no creo: ya tienes muchas manos disponibles. —Dejó dinero en la barra y comenzó a caminar hacia la salida—. Demasiadas, diría yo.

—Está celoso. —Socorro, que no retenía sus palabras. Una verborrea verbal tenía; una con la que acababa de hacer su propio diagnóstico.

—Jamás. —Lo dijo un poco alto, para que yo lo escuchase.

Dante

Al entrar y verla trabajando, calmé un poco las ansias que tenía de ella. De verla y de que me prestara atención. Pero no. La niña tuvo que centrarse en el niñato ese que la rondaba sin cesar. Tenía ganas de arrancarle la cabeza. Encima, parecía entretenido. Y cómo no: Socorro, tocando las narices. Si no fuera quien era para mí, le habría soltado alguna bordería, pero con ella no. Ella era lo más importante y sagrado que tenía. Por ella daría mi vida. Y jamás le hablaría mal. Pero…

Carlota

Socorro se encargó de darle a cada uno de los muchachos una tarea mientras nosotras limpiábamos la casita por dentro. Los chicos se encargaban de la parte de fuera. Ricardo, cuando acabó su turno, también se pasó a ayudar.

Estaba yo en mi antigua cabaña haciendo bolsas con mis pertenencias cuando entró Lara.

—Ya me ha puesto Dante al día. Te mudas, y yo sin enterarme.

—Tranquila. Tenía pensado llamarte por la noche y que pasaras a tomar una copa de vino para celebrarlo.

—Te amo. ¿Lo sabes? —Me abrazó—. Tengo algo que contarte.

—Dime. —Saqué dos bolsas al porche.

—Sí, después. Ahora dime qué le has hecho a Dante para que esté tan cabreado.

—No sé, creo que es su estado emocional permanente.

Ambas nos reímos.

—No sé, pero estaba que echaba humo.

—Pues ni idea.

—Carlota, cariño, eres muy simplona. No te das cuenta de que está loquito por ti.

—No. No me doy cuenta, y no me importa. Lara. Ahora, toma. —Le di unas bolsas con mis cosas.

—Está bien, pero después seguiremos con esto. Ahora, vamos a ver tu nueva casita.

Los chicos habían dejado el jardín reluciente. Algunos lo habían arreglado y habían limpiado las sillas y la mesa de fuera.

—Muchas gracias, chicos. Sois unos amores.

—Vaya, vaya, cuántos chico guapo por aquí. —Lara entró cargada con las bolsas y se topó con Socorro, que había desmontado casi todo—. Madre mía, es grande. Le falta una manita de pintura y cuatro cosillas —comentó—. Pero es perfecto.

—Sí, va a quedar genial.

—Ahora falta arreglar algunas cosas, pero le quedará hecho una monería. Las fundas del sofá… —murmuró Socorro—. Bueno, este sofá va fuera. Hablaré con Dante para que se lo lleve.

Apretó los morros mientras apoyaba los brazos en sus caderas. Esa cabecita suya le daba vueltas a todo.

—En fin, voy a ir colocando mis cosas, que en nada entro a trabajar.

Esa noche invité a los chicos y a Lara a cenar en el restaurante. Los clientes ya se habían ido y estábamos solos, solo falta cerrar la puerta. Entonces, vi que aparecía Dante con sus andares de chico malo, con unos tejanos ceñidos y un jersey negro. Se acercó a nosotros. Los chicos ya estaban despidiéndose de nosotras, ya que tenían que madrugar por la mañana.

Cuando Dante llegó, ya estábamos las dos esperándolo.

—¿Qué haces por aquí a estas horas? —fue el saludo de Lara.

Yo, entretanto, repetía para mí: «Fuente perfecta, colibrí y gracias».

—Al no verte en tu bar, sabía que estarías aquí, así que he venido a tomarme algo con vosotras.

Nos dio un beso a cada una. Parecía que estaba más relajado.

—Podrías haber venido a ayudar —le reprochó mi amiga.

—Tenías mucha mano de obra.

Su carácter salió a relucir, y yo sabía perfectamente que se sentía mal por no haber venido. No por mí, sino por Socorro.

—No me eches la bronca, que ya me la han echado.

Lo miré, pero dijo nada.

Al entrar en mi nueva casa, se quedó asombrado, y, a decir verdad, yo también. Lara y Socorro habían terminado de arreglarlo todo, y la había decorado con unas plantitas en la cocina que habían comprado.

—Qué bonita, Lara. —La abracé—. Dios… —Recorrí toda la estancia con la mirada.

—Ese sofá es la misma muerte, Carli —me llamó con un diminutivo cariñoso—. Pero Socorro ya está en ello.

Mis ojos brillaron. No podía entender cómo era posible que todos me ayudaran de esa forma, que me entregaran lo mejor de ellos sin pedir nada a cambio. Les agradecí al universo y a la vida que los pusieran en mi camino.

Tanto mi habitación como la de al lado estaban arregladas.

—En esta hemos puesto unos sacos de dormir para tenerla más o menos decente. Total, será más cuartito de trastos, ¿no?

—Sí, aunque tampoco lo tenía pensado. —Miré dudosa a mi alrededor.

—Mañana por la mañana podemos ir al pueblo para mirar unas cortinas nuevas y comprar algunas cosas para dejarla perfecta.

—Un mantel va a ser lo primero que compre.

Abrí la nevera y saqué un vinito blanco.

Compartimos unas risas los tres juntos mientras tomábamos una copa, relajados y felices. Lara fingió en más de una ocasión un bostezo, lo que significaba que tenía sueño. Yo la reprochaba con la mirada, pero a ella le daba igual. Quería dejarnos solos sí o sí.

Tras irse ella, los dos nos quedamos callados. Él miraba alrededor. Me levanté para conectar la televisión, que todavía tenía el plástico puesto, y la sintonizamos entre los dos.

—Es una Smart TV. Si te conectas al wifi del bar, podrás ponerte Netflix y ver alguna serie. En la televisión pública solo dan mierda.

—Sí, después me lo bajaré.

—¿No tienes Netflix? ¿De dónde has salido tú? —Apreté los labios—. Dime, ¿te sabes la contraseña del Internet?

—Sí: «campinlaOla», todo junto y con la o en mayúscula.

—Te pondré mi cuenta y te crearé un perfil. Tira del mío, ¿vale?

—Muchas gracias, bonito. —Me senté en el sofá.

Buscamos una serie para ver y nos acomodamos en el sofá. Me apoyé en su hombro, y conforme pasaban los minutos, cada vez le robaba más terreno. Estaba cómoda, hasta el punto de que di dos cabezadas. Él apartó el brazo para dejarme sitio en su pecho, y eso hice. Recosté la cabeza en su pecho y él me abrazó con su brazo. Estaba en la misma gloria.

Para mí, ese momento fue algo íntimo. Algo que iba más allá de compartir un sofá con un colega. Fue un instante de complicidad absoluta.

No sabría decir en qué momento me quedé dormida, pero al abrir los ojos estaba en mi habitación, metida en la cama y con la ropa puesta. Y, bueno, era lo normal. Sin embargo, había tenido una serie de sueños recurrentes con Dante.

Dante

«Está bien, reconócelo: ya no tienes cojones».

Lara nos dejó solos, y yo, como un pasmarote, hablándole de series y polladas. Se apoyó en mí en el sofá y le pasé un brazo por encima. Mierda, mierda y más mierda. Era incapaz de moverme, incapaz de cogerla y sentarla encima de mí, incapaz de besarla y comerle esas tetas que subían y bajaban con su respiración. Cojones.

Se había quedado dormida. La miré dormir. Relajada. Preciosa, suave. Le acaricié la cara. Era de porcelana. Dios. La cogí en brazos. Ella se enroscó encima de mí y apoyó la cabeza en mi pecho. Su aliento cálido me rozaba el mentón. La dejé suavemente en la cama y la arropé como un caballero. Cerré la puerta de su casa y me fui a la mía. Feliz. Jodidamente feliz. Esa niña

estaba cambiándome por completo. Me dolía la cara de la jodida sonrisa que llevaba. No me lo podía creer. ¿Qué mierda me había hecho?

6. La locura del deseo

«No dejes que el comportamiento de los demás
destruya tu paz interior».

Dalai Lama

Carlota

Habían pasado algunas semanas y el *camping* se había llenado por completo de surfistas y espectadores. Había llegado la semana previa al campeonato de surf. Era una locura. Manuel y Socorro habían contratado a dos personas más para que nos ayudasen en la cocina y atender las mesas. Estábamos en aforo completo. Y en el bar había desde muy temprano por la mañana para la comida. Me pasaba el día metida en la cocina, preparando menús y tapas, bocadillos y zumos. Era una locura, pero tenía la mente ocupada y podía practicar todavía más *ho'oponopono*.

Hacía días que a Jaspers y a sus amigos solo los veía por la mañana. Me encargaban los bocadillos y pasaban todo el día en la playa. Llegaban muertos por la noche y se iban a sus tiendas o *campers*. Muchas noches, cuando cerraba el bar, les llevaba unos sándwiches vegetales y algunos refrescos. A Jaspers lo obsequiaba con mi famoso pastel de queso. Digo «famoso» porque hacía mínimo tres a la semana y se acababan en cuestión de horas.

Esa mañana, había salido a correr. Me había puesto un neopreno que días atrás me había regalado Judith. Sabía que los chicos estarían practicando surf y me apetecía probarlo. Estábamos a mediados de otoño y ya comenzaba a hacer frío para mí. Todo el mundo hablaba del cambio climático y del calor que hacía, de lo caliente que estaba el mar. Pero yo, que había veraneado todos mis veranos en Andalucía, alucinaba. Tendrían razón sobre el cambio climático; sin embargo, a mí el agua me parecía que era fría de narices. Aun así, me apetecía probar.

Iba al trote, con la música puesta y tranquila. Llegué a la bajada de las piedras y me di cuenta de que ya me sentía mucho más ágil. Cuando llegué a la orilla, los chicos ya estaban en el agua. Bruno me saludó con la mano. Vi a Dante, de pie en la tabla, cabalgando una ola. También me saludó. Intenté meterme en el agua, pero estaba demasiado fría. Retrocedí, viendo cómo algunos chicos se acercaban a mí. La mayoría eran amigos de Dante, clientes del bar.

—No tienes tabla —dijo uno moreno, con el pelo muy cortito. Negué con la cabeza—. Toma —me ofreció la suya—. Píllala y prueba. —La dejó en la arena, sonriente y mirándome divertido.

—No, que me mato —le dije riéndome y negando con las manos—. Ni loca.

—No le hace falta. Ya tiene la mía. —La voz de Dante nos sobresaltó—. Toma —me la ofreció, mirándome—, aquí la tienes, Carlota. —Sus ojos me trasmitían fuego.

—No. —Me reí—. Ha sido una mala idea. No tengo ni idea, y lo mismo me parto la crisma.

Él sonrió y se acercó a mí, mojado. Cuando me ofreció la mano, su cuerpo ya tocaba el mío.

Dante

La vi y la sentí antes de que sus pies tocaran el agua. Todos los surfistas que estaban en la playa pusieron los ojos sobre ella. Bruno la saludó, y poco a poco fueron apareciendo a su alrededor como moscas. Me acerqué a ella. Qué se pensaba ese, ¿que ella iba a montarse en su tabla?

En cuanto una de sus pequeñas manos cogió una de las mías, un pulso casi eléctrico me recorrió de arriba abajo. La miré a los ojos. Joder, tenía los labios rojos y la piel blanca. Parecía tener frío.

—Vamos al gua, que va a darte hipotermia aquí quieta. —Tiré de ella.

—Está muy fría —dijo, dando un saltito, el cual me vino de perlas para cogerla al vuelo por la cintura. Su cuerpo se encajó con el mío—. ¡Está helada! —gritó medio riendo—. Te juro que va a darme un ataquito.

«Qué pollazo te daba», pensé mientras la miraba.

La metí en el agua e intentó salir corriendo de mí, pero no la dejé.

—Vamos, nena —la animé.

—Que no, que no —negó, chocando conmigo—, que me salgo. Que esto está helado. —La vi tiritar.

—¡Bruno, acércame la tabla! —le pedí gritando. Mi amigo levantó la mano en señal afirmativa —. Nena, muévete. Ahora nos traen la tabla.

Ella, cabezona como ella sola, volvió a intentar irse, pero chocó conmigo y una ola la cubrió. Era tan bajita... Salió del agua agarrándose a mi cuello y cogiendo el aire. Se abrazó fuerte y después se quitó el pelo de la cara.

—Dios. —Otra ola nos impulsó hacia atrás—. Quieres matarme —dijo otra vez, trepando por mi cuerpo.

La cogí de la cintura.

—Nena, mira que eres canija, ¿eh? —Sus ojos me fulminaron mientras apretaba los labios, lo que hizo que me riera.

Pero me duró poco. Varias olas vinieron hacia nosotros y noté cómo sus piernas se enroscaban en mi cintura y sus brazos en mi cuello. De esta forma, sus labios se quedaron muy cerca de los míos.

Bruno me llamó:

—Dante, hay muchas olas. Muchas. No la metas. —Me miró asustado y negó con la cabeza.

—No, llévate la puta tabla —le dije, muerto de miedo a pesar de tener la polla dura. Y me había quedado cortado.

—Dante, ¿pretendes matarme de frío o que muera ahogada? —me espetó, sin dejar de mirarme la boca, seria y sofocada, pese a estar muerta de frío.

—Te sacaría del agua, cariño, pero esto me está encantando: tenerte tan cerca, tan pegada a mí.

Examinó lentamente mi rostro y se acomodó más encima de mí. No se sorprendió al notar mi polla dura. Es más, parecía encantada. Me acerqué a su boca despacio. Iba a besarla. Ella estaba receptiva; lo notaba. No dejaba de contemplar mis labios de la misma manera que yo lo hacía con los suyos.

«Me cago en mi puta vida».

Una ola nos rompió encima y Carlota salió disparada de mis brazos. Nadé hasta ella y volví a sacarla a flote. Las olas eran bastante fuertes.

—Dios, casi nos mata. —Rio—. El mar está muy picado.

Comenzó a nadar y fui detrás de ella. Corrió hasta las toallas.

—Mierda, no tengo una.

Miró a Bruno, quien tuvo la intención de darle una toalla, pero lo fulminé con la mirada y se quedó parado. La arropé yo con la mía, acercándola a mí.

—Tengo el pelo lleno de arena. —Se lo tocó y abrió mucho los ojos—. Qué revolcón me ha dado —les dijo a los demás.

—¡Está empezando a llover! —gritó uno de los chicos.

No tuvimos mucho tiempo antes de que la tormenta estallara en cuestión de segundos. Ella corrió junto a mí hacia la camioneta. Le abrí la puerta de copiloto y entró.

—Estoy empapada.

—No pasa nada, yo también.

La llevé al *camping*. Se bajó y se acercó para darme un beso en la cara, pero la giré y sus labios rozaron la comisura de mis labios. Me miró con sorpresa y se alejó de mí con una sonrisa preciosa en la cara.

Carlota

Me di una ducha rápida. Estaba nerviosa, y el momento playa con Dante me había dejado excitada. Joder, no me di cuenta de cómo estaba cogiéndolo, de cómo mi cuerpo se rozaba con el suyo. Mi sexo se contraía. Me costaba respirar. Estuve a punto de besarlo.

Salí de la ducha, me sequé el pelo y me miré en el espejo. Tenía la respiración agitada y estaba cachonda.

Entré en el bar como un huracán, que estaba lleno hasta arriba. Los chicos permanecían sentados en su mesa habitual, comiendo como si no hubiera un mañana. Cuando me acerqué para

retirarles los platos vacíos, Jaspers me dijo que quería comentarme una cosa, así que salí con él a la terraza, ya que la cosa estaba más relajada.

—Carlota, esta noche, los chicos se quedan en el *camping*. Y a mí me apetece salir a cenar tranquilo y tomar algo. Sé que trabajas esta noche y que no puedes venir a cenar.

—Ya, pero me encantaría irme contigo, la verdad. —Solté un suspiro.

—¿Y si mañana te invito a comer?

—¿Y si te invito yo a tomar algo cuando termine de trabajar en mi casa?

Nos miramos los dos y sentí que los calores me subían por el cuerpo.

—Me encantaría, sinceramente, siempre y cuando mañana vayamos a comer y a pasar el día fuera.

—Trato hecho. —Le tendí la mano para formalizar el trato.

Volvía a la cocina. Socorro estaba sentada en una vieja silla de madera, con una bolsa de basura entre las piernas y pelando patatas.

—Socorro, se me acaba de ocurrir una cosa.

—A ver, dime, cabecita loca. —Siguió pelando los tubérculos con un cuchillo jamonero muy afilado.

—¿Nosotros no ponemos carpa en el torneo ni nada verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Podríamos preparar unos bocadillos, sándwiches y zumos y venderlos. Las niñas podrían poner una mesita y atender a la gente que le apetezca.

—No es mala idea. Deja que después llame al alcalde para ver si nos da tiempo a sacar la licencia.

—Qué bien, espero que nos dé tiempo, ya que podríamos hacer dinerito.

—Pues sí, has tenido una idea genial.

—Ese día el bar va a estar medio vacío, por lo que veo aquí. La gente está como loca por el torneo. Así que... supongo que estaremos más relajados.

Avisé a Jaspers cuando salí del trabajo. Le mandé un mensaje y le dije que quedábamos en media hora en mi casa. Llegó puntual, con un chándal tres tallas más grandes y unas cervezas con limón fresquitas en la mano. Nos acomodamos en el porche tranquilamente, charlando muy entretenidos.

Entre los dos se había instalado una tensión sexual que no podíamos negar, tanto que yo empezaba a mirarlo de una forma diferente: como una loba, con un deseo que llevaba años dormido en mi cuerpo y estaba empezando a despertar. Creo que desprendía feromonas. Y él lo notaba, porque cada vez era más tensa la situación. Demasiado cerca, demasiado solos, demasiado cerca.

Escuchamos jaleo acercándose a nosotros. Eran sus amigos, que venían derechos hacia donde estábamos.

—¿Molestamos? —preguntaron, como buenos chicos.

—Para nada —les contesté, agradeciendo al universo que hubieran venido, ya que esas miradas estaban volviéndome loca por momentos y temía que mi cuerpo entrara en combustión espontánea en cualquier instante.

La verdad era que mi cuerpo llevaba así todo el día por culpa del maldito moreno que no me daba tregua, que en la playa me había vuelto loca. Dios, lo deseaba, lo deseaba de verdad. Pero algo me retenía constantemente.

Se sentaron con nosotros. Unos aportaron pipas, y otros, chucherías. Yo saqué unas cervezas y unas cartas del Uno. Hablamos bajito para no molestar a nadie. Pero lo cierto era que yo no podía apartar la vista de Jaspers, y él lo mismo. ¿Qué estaba pasándome? Llevaba años sin sentirme atraída por nadie, y ahora, por dos. Poco a poco, algo en mí estaba despertándose: un instinto primario, unas ganas de sexo, que me hacían sentir descontrolada como si tuviera quince años. No podía creer que en ese justo momento me ocurriera aquello con Jaspers.

Llevaba mucho tiempo sin tener relaciones sexuales. Creo que en mis tiempos locos me agoté por completo de ello, o que lo que dijeron de mí me marcó de cierta manera. El que fue mi novio expuso mi parte más íntima, revelando detalles que me abochornaron, riéndose de la parte más interna de mi ser. Me avergoncé tanto que bloqueé el deseo de mi cuerpo. No lo hacía, no lo necesitaba, y me acostumbré a ello. Pero esa parte durmiente de mí estaba desperezándose de una forma que empezaba a asustarme; no solo tener sueños recurrentes con Dante o con desconocidos, sino también mirar a Jaspers de la forma en la que estaba haciéndolo: con deseo. Miraba sus manos e imaginaba cómo me acariciaría desnuda. Veía sus labios finos y pensaba en pasar mi lengua por ellos. Esos pensamientos me gustaban y no intentaba apartarlos, pero me avergonzaban un poco. Esa era la realidad.

A las dos de la mañana empezaron a irse todos. Cuando nos quedamos solos, me ayudó a recoger la mesa y volvimos a sentarnos fuera, sin embargo, esta vez uno al lado del otro.

—Carlota —cogió mi mano—, me gustas. —Lo miré tímida—. No sé quién eres, no te conozco de antes ni he oído hablar de ti, pero ya sabes que muchas otras personas sí que saben quién eres.

—Ya, lo imagino. —Aparté la mirada.

—Nada de lo que puedan haber dicho de ti es verdad, y me consta por lo poco que he visto estas semanas.

Me incorporé un poco hacia delante.

—Gracias.

—Sé que habrá sido jodido. Pero olvídalo, se cómo eres, porque eres una pasada de chica. Y todos tenemos derecho de volver a empezar. —Lo escuchaba; era sincero—. Y me gustas. Yo tengo poco que ofrecer ahora mismo, pero lo que tengo te lo daría.

—Eso es muy bonito. Pero, créeme, las cosas materiales no me interesan.

—Se ve, se nota. Yo me refiero a que, si quieres un hombro para llorar, aquí tienes los míos. —Se tocó el derecho—. Es fuerte. —Subió y bajó las cejas, haciéndome reír. Acto seguido, llevó

una de sus manos a mi rostro para dejar una caricia suave en él—. Si necesitas con compañero de borrachera —se dio un golpecito en el pecho—, aquí tienes al tío. Lo que tú quieras.

Y en ese pequeño acto de confianza que él me dio, pude abrirme y contarle lo que me había ocurrido. Él me escuchó detenidamente, sin soltarme la mano, y le conté cosas que jamás había dicho en alto. Cosas que había guardado en mi interior por miedo a que alguien se entera. Pero con él me liberé, lo saqué al exterior y me sentí libre. El peso que sobrellevaba en mis hombros desde hacía años desapareció como por arte de magia.

Nos despedimos en el jardín en medio de un abrazo más reconfortante que sus palabras, y no puede retener el deseo que había albergado toda la noche. Rocé mi cara con la suya, moví la barbilla hasta su boca y rodeé su cuello con mis brazos. Lo miré a los ojos y le besé despacio en esos labios suaves. Sus brazos envolvieron mi cintura y continuó con el beso. Los nervios se apoderaron de mí. Volví a repetir las palabras que me llevaban a la calma y disfruté de ese beso que tanto necesitaba. Yo sabía que eso no podía pasar de allí, pero igualmente lo disfruté.

Como cabía esperar de un chico natural, sincero y con un corazón en estado puro, no se aprovechó de la situación, aunque sí tomó las riendas. Alargó el beso hasta que no pudimos más, sujetó mis manos y me miró.

—Eres lo más bonito que me ha pasado en todos mis veranos. —Volvió a abrazarme.

—Y tú eres la señal que necesitaba para sentirme bien. —Me besó una mejilla—. Pero, oye, aún no es verano.

—Lo sé. Pero hueles a él.

—¿Quieres que mañana cambiemos los planes y vayamos a pasar el día en la playa? Así te enseñaré a sostenerte en la tabla y después podríamos comer cualquier cosa.

Al decir aquello, el momento Dante pasó por mi mente. Maldito hombre, que estaba empezando a volverme loca.

—Me encantaría. Vaya, prefiero ese plan mil veces. —Volví a enroscarme en su cuello y a besarlo.

—Hasta mañana, pequeña —me dijo antes de irse.

Esa noche fue rara, ya que mi cuerpo me pedía de todo menos dormir. Así que me preparé una tila calentita y me di una ducha antes de meterme en la cama. Pensé en masturbarme, sin embargo, sentía pudor, sentía rechazo. Lo necesitaba, pero no era capaz.

Tenía que empezar a soltar la mierda que me jodía continuamente.

Dante

Estaba en mi casa de los nervios, quería salir a buscarla. Ir a su casa, que abriera la puerta y besarla. Entrar con ella y follármela como un loco. Me asomé a la ventana y tomé una respiración profunda. Joder. Le di un puñetazo a la pared. Se me iba a salir el corazón por la boca.

No lo pensé. Me vestí con lo primero que encontré y fui directo a su casa. Era bastante tarde, por lo que seguramente estaría durmiendo. Bien, la pillaría con la guardia baja. Entré en su calle y el corazón se me paró en seco. Estaba con el puto niñato en medio de la calle, besándose, y algo dentro de mí se rompió. Fue como una hostia sin manos que acabaran de darme. Se me hizo un nudo en la garganta. Me costaba respirar. Me alejé de ellos y me apoyé en un árbol hasta que recuperé el aliento. Aquello me había dejado hecho polvo. Me había jodido de verdad.

Carlota

Por la mañana temprano, salí a correr. Me había puesto un conjunto de malla y *top* de color azul celeste y unas bambas blancas de *running*. El día había amanecido despejado. El sol, aunque no muy fuerte, estaba ahí, nítido y claro, cosa que no solía pasar mucho desde que yo había llegado.

Estaba terminando de hacer mi práctica de yoga cuando apareció Jaspers con su furgoneta negra. Llevaba una camiseta de tirantes blanca megagrande, como era habitual en él, y un bañador de Billabong con una gorra. Su cabello salía disparado por debajo de ella. No era mucho de peinarse, pero estaba guapísimo.

Esperó apoyado en la *furgo* mientras yo acababa la práctica. Al terminar, fui hasta él y le di un beso en la cara, que estaba igual de suave, y le pedí que entrara.

—Espérame, que no tardo nada. —Se sentó en la silla del comedor y hojeó una revista que yo tenía de yoga y pádel surf—. Coge lo que quieras de la nevera. Tengo zumo de naranja natural, con un chorrito de limón.

Él sirvió dos vasos mientras yo me ponía el bikini. Busqué entre los que rescató Judith y elegí uno de leopardo. Era el que más tapaba de los que tenía, y al menos no era tanga; sí algo atrevido para mi gusto de ahora, pero al menos tenía algo que ponerme. Cogí los primeros tejanos que me puse al llegar al pueblo, los de Prada que corté con todo el dolor de mi corazón, y una camiseta de media manga ancha y larga. Uno de los lados de la camiseta me la metí por dentro del vaquero. Y, para finalizar, me puse las chanclas. Me lavé la cara, el cuello y me hice la coleta de caballo que ya formaba parte de mi atuendo diario.

Me tomé el zumo con él y pusimos rumbo a la playa. Estábamos saliendo del *camping* cuando nos cruzamos con Dante, que iba con un remolque enganchado al coche de Manuel. Lo saludé con la mano y él hizo lo mismo.

Jaspers sacó de la parte de atrás de la *furgo* dos tablas de surf, una larga y otra más corta. Me dio la pequeña.

—Toma, esta es la tuya.

Se trataba de una tabla blanca con unos dibujos sencillos de flores en la punta, de color marrón dorado.

—Qué bonita —dije, mirándola—. Me encanta.

—Esta es una tabla especial. La tengo desde hace muchos años, y a pesar de que casi no la utilizo, siempre la llevo conmigo. —Lo miré con atención—. No sé qué tiene, pero es como si tuviera alma. —Sus ojos brillaron y yo no pude negarme.

La primera hora la hicimos en la arena.

—Posición de remo, salto colocación.

Lo repetí hasta la saciedad, hasta que él me aseguró que lo hice perfecto.

Mientras yo lo repetía una y otra vez, él aprovechó para ir a buscar una nevera de la *furgo*. Preparó un pequeño almuerzo, y por poco me desmayé al ver la frutita cortada y todo. Me dejé caer en la toalla a su lado.

—Ahora, todo lo que has aprendido tenemos que ponerlo en práctica en el agua.

—Ay, Dios. —Me reí—. Ten paciencia —le pedí, haciéndole el saludo *namasté*.

—Se te da muy bien. Tienes mucho equilibrio. Y eres deportista. En una mañana lo has pillado. —Se acercó a mí—. Me apetece darte un beso, Carlota. —Me acarició la barbilla con los dedos —. Es lo que más me apetece en el mundo ahora mismo.

Sin embargo, fui yo quien volvió a tomar la iniciativa y lo besé nuevamente. Pero esta vez no fue tan suave.

Mis labios reconocieron los suyos y mi lengua, con vida propia, entró en su boca. Gemí, no pude reprimirlo, y dejé caer mi peso encima de él hasta tumbarlo sobre la toalla. Al sentir su cuerpo debajo del mío, tan duro y fuerte, por poco no me dio una subida de tensión y me morí allí, justo en ese momento. Lo besaba con locura, y él me devolvía los besos con la misma pasión.

Me parte de él, lo miré y rompí a reír a carcajadas. Él clavó sus dedos en mis costillas, haciéndome cosquillas, y sin darme cuenta, con un impulso ágil de su cuerpo, me encontré debajo de él.

—Eres mala, ¿eh? —apuntilló al tiempo que se acomodaba entre mis piernas.

Miré en todas direcciones; por suerte, estábamos solos.

—Sí, mira ahora. A buenas horas. —Sujetó mis manos por encima de mi cabeza y me besó—. Repito, eres mala. Necesitamos entrar en el agua los dos. Urgentemente.

—Pues yo ahora estoy de lo más cómoda.

Moví las caderas, buscando más contacto con la dureza que tenía entre las piernas, y él se mordió el labio inferior con fuerza.

—No provoques, Carlota, porque me pongo la vida por montera y acabamos detenidos por escándalo público. —Arqueó la ceja al verme sonreír incrédula—. Lo digo de verdad. Mejor vamos al agua. —La tensión sexual podría cortarse con un cuchillo.

Se puso de pie y me tendió una mano. No ocultó el gran bulto que se marcaba debajo de su bañador. Es más, creo que ni siquiera le importaba.

—Tira para el agua.

Me quité la camiseta y el bañador y él me contempló con los ojos abiertos como platos.

—Joder... Joder... —blasfemó. Se dio la vuelta y caminó hacia el mar.

Yo lo seguí detrás, mirándole esa espalda tan definida y marcada, su moreno color canela y un tatuaje en el costado derecho.

—¿Qué llevas ahí? —le pregunté al ponerme a su lado.

Levantó el brazo y me lo enseñó. Los dos nos quedamos parados en la orilla. Era una tabla de surf, y dentro de ella había una puesta de sol y una palmera superpuesta.

—Está chulísimo. Me encanta.

—Mira.

Me enseñó el interior de su muñeca derecha, en la que también llevaba los latidos del corazón con forma de ola.

—Eres del mar —murmuré, fascinada por él.

—Totalmente.

Una ola cubrió nuestros pies

—Está helada. —Algo cobarde, retrocedí.

Al final conseguí ponerme de pie sobre la tabla. La mar estaba calmada y las olas eran muy flojitas, pero aun así me costó. Caí una y otra vez al mar, aunque siempre lo tenía al lado ayudándome. Sus manos recorrían mi cuerpo en forma de ayuda, sin embargo, la parte interna de mi ser se contraía con cada roce de nuestra piel. Lo prolongábamos más de lo que debíamos.

Poco a poco, la playa fue llenándose de gente, y me pareció ver a Judith y su marido.

—Creo que es mi amiga.

Puse mi mano por encima de mis ojos para poder ver mejor, ya que el sol estaba sobre nosotros brillando en su máxima potencia.

—Si quieres, nos vamos —me comentó, cerca del oído, mientras me abrazaba por la cintura con uno de sus brazos.

Me giré deprisa y lo cogí de su cuello con las manos.

—¿Por qué? —Lo besé—. ¿Por qué tendríamos que irnos? —Repetí el beso.

—No sé, por si no quieres que nos vean. Lo mismo...

—Lo mismo nada —lo corté, y enrollé las piernas alrededor de sus caderas. Era mucho más alto que yo.

—Eres un monito. —Me abrazó y su boca buscó la mía. Y, cómo no, mi cuerpo reaccionó apretándose más—. Eres una culebrilla.

Poco después salimos del mar. Él fue corriendo a la toalla, para seguidamente volver y arroparme con ella. Todo eso me recordó a Dante.

—¡Por Dios, qué frío! —Tiritaba. Me acerqué a Judith, que está mirándome, y le dije—: No sabía si eras tú. —Nos dimos dos besos—. Estamos ahí. —Señalé hacia donde estaba Jaspers.

—Veníos aquí, que ahí estáis muy resguardados —comentó su marido con sonrisa picarona.

Judith, en un momento en el que los chicos no prestaban atención, me dijo que Dante había estado en la playa, y que cuando me vio besarme con Jaspers, se había puesto de muy mala leche

y se había marchado de malas maneras.

Al final, Jaspers se animó a acompañar a mis amigos. Comimos con ellos unos bocadillos en la playa y, poco después, Jaspers comentó que podríamos ir al mercadillo que ponían en las afueras.

Dante

Decidido a no pensar más en ella, a tenerla como una conocida más y a pasar lo justo por el *camping*, llegué a la playa con mis amigos. Entonces, la vi. Estaba en el agua con el niño ese, y estaba tocándola mientras ella se reía. Llevaba un bikini y su cuerpo estaba mojado. Era muy consciente de hacia dónde miraban mis ojos. Judith me sonrió forzada y tan incómoda como yo.

Con los ojos abiertos como platos, asistí furioso a cómo ella se enroscaba en su cuello y lo besaba. Lo hacía de la misma manera en la que lo había hecho conmigo. Él la levantaba del culo, ese tan perfecto que tenía, y ella estaba encantada.

Me faltaba el aire. Me iba a dar una puta angina de pecho. Joder, quería morirme.

Ni surf ni pollas. Me largué de allí sin decir nada. Quería gritar. Quería llorar. Jamás en mi vida me había sentido peor. Jamás. Joder, con él sí, pero conmigo no. ¿Por qué?

Carlota

Judith comentó que a ella le gustaba mucho, que todos los puestos eran muy *hippies* y que era bastante famoso. Así que me animé. Cómo no, mi amiga tenía razón: el mercadillo estaba en el mismo puerto, a veinte minutos de la playa.

—Mira, vamos con la *furgo* para que te vuelvas loca —comentó Jaspers divertido.

—Bueno, a mí me encantan los mercadillos.

Y así fue. Lo primero que vi fue una parada llena de lámparas de sal del Himalaya, además de minerales, mandalas y cositas relacionadas con el mundo del yoga y el *ho'oponopono*. Compré unos cojines preciosos para el sofá, y Jaspers, camisetas *surferas* de tirantes de tres tallas más grande, así que me animé y me compré dos: una marrón clarito y otra negra.

Los dos nos deteníamos en cada puestecito. El compró dos pulseras de cuero negras y me colocó una en una mano, y yo, unas tobilleras con piedrecitas para mí y de ónix para él. Nos tomaos unos cafés helados y nos sentamos en un banco en el puerto. A mí me dolían partes de mi cuerpo que no sabía ni que tenía.

—Carlota, estás preciosa con el pelo suelto —me susurró en el cuello mientras sus brazos me rodeaban y me acercaban a él—. Hueles tan bien...

—¿Sabes? Me gustaría tatuarme una palmera como la que llevas, pero pequeña.

—¿Sí? Te quedaría muy bonita.

—Yo creo que sí. —Pasé las piernas por encima de las suyas y le mostré mi brazo—. Aquí. Sombreada y pequeña. No sé, me apetece y, al ver la tuya, me ha encantado.

—Vamos, aquí hay un colega de Aitor que tatúa, y el tío es un artista.

Me lo pensé. Tenía dinero guardado y me faltaban por cobrar cosas que estaban a la venta, además de mi sueldo, pero le había cogido miedo a gastar en exceso. Aun así, no le di muchas vueltas y me decidí.

Íbamos cogidos de la mano mientras subíamos la calle emparedada cuando vi a Dante a lo lejos con la chica morena de la fiesta y unos amigos. Se quedó paralizado al percatarse de nosotros, pero lo disimuló enseguida. Ella, nada más verme, se acercó a él y le dio la mano. Él me miró y yo le sonreí, aunque no me devolvió el saludo.

Estábamos acercándonos, a punto de cruzarnos, cuando ella intentó besarlo. Me pareció que él se lo pensaba, pero al final lo hicieron. Me quedé paralizada. Él aceleró el paso y la dejó atrás. Pasó por mi lado y me saludó como si fuera una conocida más del pueblo y no tuviéramos esa amistad que teníamos.

—¿Sabes? Pensé que vosotros teníais algo.

Jaspers movió mi mano para que le prestara atención.

—¿Nosotros?

Asintió.

—Pero después vi cómo eras: natural y cariñosa con todos, con un trato cercano a las personas, sean del sexo que sean.

Le apreté la mano.

—Dices unas cosas tan bonitas de mí que me cuesta hasta creerte.

—Haz el favor de mirarte con los ojos que te vemos los demás, Carlota. Olvida el pasado, cielo. Céntrate en quien eres ahora.

—Lo intento, te lo juro, pero me cuesta.

—Eres especial. —Pasó un brazo por mis hombros—. ¿No ves que todo el mundo aquí te quiere, a pesar de que acabas de llegar? Has hecho buenas amigas, y tus jefes te cuidan como si fueras una hija.

—Sí, es que son todos buenos. Ellos son...

—Ellos y tú. —Se paró en seco—. Recibes lo que das. Simplemente. Créetelo y disfruta de ti misma.

Entramos en la tienda de tatuajes, que, para mi sorpresa, no era un tugurio de mala muerte. El chico sí que me conoció nada más poner mis pies dentro. Saludó a Jaspers con un buen abrazo y después a mí.

—Carlota, ¿verdad?

Asentí. La mano de Jaspers sujetaba la mía fuertemente, dándome seguridad.

—Sí, mira qué lienzo en blanco te traigo para que le hagas un diseño tuyo.

Al chico le hizo ilusión, así que al momento se puso manos a la obra. Dibujó una palmera pequeña, pero con mucho carácter. Era preciosa, la verdad. Después empezó a tatuar mientras hablaba con Jass.

—¿Duele? —se interesaron ambos después de un rato.

—La verdad es que no mucho. Me esperaba que me hiciera algo más de daño.

No tardó más de cuarenta minutos en hacerme el *tatu* y limpiármelo. Entonces, me lo examiné en el espejo.

—De verdad, Felipe —así se llamaba el muchacho; un chico calvo y grande como un armario lleno de dilataciones—, está chulísimo. Lo necesitaba en mi piel. —Volví a mirarme en el espejo —. Es perfecto. —Y tras esas últimas palabras de alabanza, abracé a Jaspers—. Una cosa —dije después de separarme del surfista, y los dos me miraron—: me gustaría hacerme un pendiente en la nariz. Ponerme un arito.

—Venga, te lo hago.

Jaspers me miró fijamente.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Me senté donde estaba Felipe preparando ya las cosas. Un gritito ahogado y una lágrima salieron disparados de mi cuerpo en cuanto la aguja traspasó el cartílago.

—¡Dios, esto sí que duele! —me quejé, apretando las manos en el reposabrazos del sillón en el que estaba sentada.

Una vez que el dolor cesó, me calmé, pero me notaba la nariz caliente. Me ofreció un espejito y me miré. Me mordí el labio.

—De verdad, ¡me encanta! —Di unos gritos de alegría—. ¿Te gusta? —le pregunté a Jaspers mientras revoloteaba a su alrededor. Ellos se reían.

—La verdad es que te queda de putísima madre. Ole, tío. —Le dio la mano a su amigo.

—Venga, cóbrame y os invito a tomar unas cervezas.

—Carlota, si prefieres lo pagamos con *publi* —Noté su nerviosismo al decirlo—. No me vendría mal una ayudita en las redes —reconoció humildemente.

—Ya no me dedico a ello. Pero el buen trabajo se paga con dinero, así que toma.

Le di mi tarjeta y él se quedó sorprendido.

—Es una pena. Tu imagen podría atraer a mucha gente.

—Te prometo que el día que sea capaz de volver a tener alguna red social, vendré y serás el primero totalmente gratis. Ahora, venga, unas cervezas.

Me dio pena no poder ayudarlo de la forma que necesitaba, pero ya no era esa persona.

Nos despedimos de Felipe y continuamos con el paseo entre las callejuelas. Ese día me di muchos caprichos. A decir verdad, lo que compré lo necesitaba, pero también podía pasar sin todo aquello. Compré regalos para Socorro y Manuel, para mis padres y mi hermano y para Judith y Lara. Jaspers tampoco se quedó corto: compró cositas para regalar y para él. Y para mí también. Vimos la puesta de sol sentados en el espigón, compartiendo besos y caricias.

La vuelta al *camping* la hicimos despacio, hablando sobre el día y de dónde había sacado la idea del pendiente en la nariz. Se sorprendió al saber que llevaba años queriendo hacérmelo y

que nunca lo llevé a cabo por mi imagen pública.

Estábamos llegando cuando empezó a chispear. La noche había traído la lluvia, así como la idea de irnos de pinchos por el pueblo. Aparcó la furgoneta enfrente del bar.

—Madre mía, el interior está completo —dijo, apoyado en la ventana.

Yo volví a mirarlo de esa forma sensual.

—No te preocupes. Podemos ir al *camping* y cenar algo en el bar. Conozco a la camarera —solté, haciéndome la chulita.

—Yo también. Dicen que es un bombón precioso con acentillo sureño. —Se me echó encima —. Bonita y simpática, con un arito en la nariz.

—Jaspers —lo miré—, estoy muy tonta —le confesé.

Sonrió como un macarra y la poca cordura que me mantenía en pie se esfumó. Nos besamos, pero esta vez de una forma especial. Solos, excitados y dentro de una furgoneta cerrada a cal y canto, desprendíamos sexo por cada poro de nuestra piel.

—Dios, Carlota, estás poniéndomelo muy difícil —gimió en mi oído.

—¿El qué?

—Esto, los dos. El no romperte la ropa. El no follarte sin parar.

—Hazlo —le rogué con la voz ronca, sorprendida por mis palabras y mi deseo.

—¿Segura? —me preguntó precavido, con la mirada excitada.

—Sí, joder. —Le mordí el labio.

—Pasa detrás —me dijo escueto.

Apartamos las tablas de surf y colocamos las toallas de la playa. De pie, sudorosos y a oscuras, nos besamos a medida que nuestros dedos descubrían la anatomía del otro. Sus manos subían y bajan por mi cuerpo y su lengua recorría mi cuello. Mis pantalones y la braguita del bikini cayeron a mis tobillos. Con suavidad, acarició mi sexo sin dejar de besarme, lo que provocó que gimiera de placer:

—Dios...

Lo sujeté del pelo con una mano mientras colaba la otra dentro de su bañador. Estaba muy duro, y él, jadeante.

—Es una locura lo tuyo, pequeña. Estás mojada.

—Tú también.

Cuando terminó de deshacerse de mi camiseta, apoyé la espalda contra la pared de la furgoneta.

—Eres la perfección hecha mujer. —Sus labios recorrieron mi piel, mis pechos y mi estómago —. Y estás saladita. Perfecta. Joder.

Vi cómo buscaba algo dentro de su mochila mientras yo me ponía cómoda. Se tumbó a mi lado y dejó un preservativo junto a mí. Entre besos y jadeos, no paramos de acariciarnos. Me senté encima de él, rozándome, sintiéndolo y llevando el control.

—Póntelo.

—Ponlo tú —ronroneó a la par que jugaba con mis pezones.

—Yo no tengo ni idea. —Me miró sorprendido—. Póntelo, porque no puedo más.

Lo hizo despacio, sin dejar de mirarme.

—¿Te gusta lo que ves, cariño?

—Sí. Es perfecto. Eres perfecto.

Me senté sobre su sexo y él, poco a poco, fue abriéndome a su paso. En un primer momento, me dolió ligeramente. Pero a los pocos segundos mi cuerpo se adaptó a él. Me dejó marcar el ritmo a mi manera, buscar mi propio placer mientras me miraba o me acariciaba. Me sostenía de las caderas, uniéndose a mis movimientos, y supe que no podría aguantar mucho más, ya que mi cuerpo se convulsionaba con cada embestida. Hasta que estallé. Desde lo más profundo de mí se formó un ardor de placer que me recorrió entera hasta salir en forma de gemidos por mi garganta, y me dejé llevar mientras él seguía y seguía.

—Eso es, pequeña. Córrete. Es mío.

Con una de sus manos, tiraba fuertemente de mi pelo y empujaba desde abajo, hasta que él también explosionó. Fue un orgasmo de necesidad.

No me había repuesto todavía cuando giró mi cuerpo y se colocó encima del mío.

—Joder. Carlota, va a darme un infarto. —Empujó con fuerza una y otra vez—. ¿Te gusta?

—Sí... —le contesté, fuera de mí—. Más.

Él aceleró los empujones y la lluvia que caía sobre la furgoneta arreció. El ruido era relajante, y la mezcla, perfecta. Me agarré a su pelo mientras continuaba embistiéndome sin cesar, permitiendo así que me corriera y buscara mi placer, y consiguiendo que lo mordiera y me retorciera con él.

—Me muero, cariño, no puedo más.

—Córrete, hazlo —casi le ordené, a punto de llegar al clímax otra vez.

Ambos culminamos ese acto de intimidad y amor juntos, sin dejar de besarnos.

Me quedé quieta, en silencio, escuchando el repiqueo de la lluvia. Parecía que la tormenta estaba alejándose.

—¿Estás bien, Carlota? —La voz de Jaspers, por primera vez desde que lo conocí, sonó tímida.

Me giré hacia él. Lo vi tan guapo...

—Sí, estoy perfecta. —Sonriéndole, suspiré—. Eres mi verano.

—Ha sido la hostia, cielo. —Se tapó la cara con las manos y yo le besé el abdomen.

—Sí, ha sido la hostia. Ya ni me acordaba. —Me miró sin comprender—. Pero, a decir verdad, creo que esto no le hace justicia a ningún recuerdo.

—Eso es bueno —susurró, más para sí—. ¿O no? —me preguntó ahora a mí, y rompí a reír.

—Sí. Es buenísimo. —Volví a besarlo.

7. La paz de la rutina

«Recuerda que, a veces,
no conseguir lo que uno quiere
es un maravilloso golpe de suerte».

Dalai Lama

Carlota

Llevaba días sin ver a Dante; entre el trabajo y las cenas con las chicas en mi casa, no tenía mucho tiempo. Jaspers pasaba los días en la playa y nos veíamos a ratitos. Ya estábamos en la semana del torneo. Y, si antes estábamos a tope, en aquellos momentos lo estábamos mucho más. Una locura tremendamente reconfortante pero, a su vez, agotadora.

Llegaba a casa cansadísima y no podía con mi vida. Sin embargo, quería ver a Dante y agradecerle lo del sofá. A pesar de su mal genio, era adorable. Y no sé por qué siempre necesitaba verlo. Tenerlo cerca.

El miércoles por la tarde, en mi rato de descanso, fui a la taberna para ver a Lara, que había quedado allí con Judith. Cuál fue mi sorpresa cuando vi que Dante estaba acompañado de sus amigos y varias chicas del pueblo de al lado. También estaba la chica morena con la que salía.

Me acerqué a saludarlos y ella me escaneó de arriba abajo con su cara de asco habitual. Él me recibió bastante estúpido, pero era su estado habitual, por lo que no le di mucha importancia. Debo reconocer que mis ojos lo buscaban y, siempre que se encontraban con los suyos, saltaban las chispas.

Me senté con Judith a la mesa, intentando mirar hacia otro lado que no fuese esa cara marcada y perfilada de labios gorditos y jugosos. Llevaba unos pantalones tejanos y una camiseta ancha blanca. Tenía las piernas cruzadas y los brazos extendidos. Parecía el rey del mundo.

—Cuéntame, rubita de mi corazón, ¿qué tienes tú con el guaperas de la tabla? —malmetió mi amiga, sacándome de mis pensamientos.

—Yummm —fue toda respuesta por mi parte, haciéndome la remolona—. Ya te ha puesto al día la cotilla de la bandeja.

Lara venía hacia nosotras con unos *txakoli* y unas aceitunas. Nos sirvió y se sentó con nosotras. Con media sonrisa y negando con la cabeza, me quedé mirándola.

—Sí, he sido yo. Pero es que era un notición.

—Bueno, ahora debatimos eso. —Lo dejé en el aire y saqué de debajo de las mesas las bolsitas con sus regalos—. Tomad, esto es para vosotras.

En el momento en el que Lara me arrancó la bolsita de papel de las manos, Dante se levantó de sopetón. Con la cara habitual en él, de cabreo, apartó la silla de malos modos.

—Hay que joderse —farfulló mientras caminaba.

No pude evitar echarle un vistazo a su espalda y ver cómo le quedaban esos tejanos. «Jodida locura de hombre...».

—Oye. —Lara chasqueó los dedos delante de mi cara y sonrió como una víbora—. Tela, ¿eh? —dijo, refiriéndose a lo bueno que estaba el moreno de mal genio—. ¿Y esto por qué?

—Las compré con Jaspers: unas pulseras de la amistad. —Eran finitas y de plata, con cuarzo rosa y blando, unas pequeñas bolitas de ese mineral precioso como protección—. Yo ya llevo la mía. —Se las mostré.

Después les enseñé el tatuaje y el pendiente. Como en la taberna no había mucha luz, creo que no pudieron apreciarlos.

—Me encanta —me dijeron las dos al unísono.

Inmediatamente, las puse al día de mi día con Jaspers. Querían saber todos los detalles, y yo quería contarlos. Así que al final sacaron la información más suculenta.

—¿Ves como no soy yo la única asaltacunas? —se mofó Lara de mí.

—Perdona. Solo nos llevamos tres años y tú nueve, ¿eh?

Las tres nos reímos.

—Así estoy: medio bizca que me tiene el niño. Qué empeño pone, nena.

Me apretó la rodilla y yo salté. En ese momento, me llamaron al teléfono. Era mi hermano.

—Chicas, salgo fuera a hablar.

Mi hermano me comentó que el saldo de mi cuenta había subido bastante desde hacía dos semanas.

—Tete, no tienes de qué preocuparte. Lara va vendiendo mis cosas poco a poco. Además, cobro mi sueldo y apenas gasto. Lo poco que he gastado han sido cositas para la casa. Como la televisión y chuminadas que me hacían gracia.

—Vale. No te controlo, es solo que el otro día fui a hacer unas gestiones y el del banco me comentó que tenías bastante dinerito y que podrías sacarle alguna rentabilidad.

—Bueno. Como vendréis en breve, podríamos mirarlo. —Vi salir a Dante observando de un lado a otro de la calle. Entonces, me vio en la calle de enfrente, sentada en un murito de piedra —. Vale. Pues hacemos eso. Ahora te dejo, que estoy tomando algo con unas amigas.

Dante

Salí un momento a la calle. Estaba agobiado. Tenía en mente los días que llevaba sin verla. Y en vez de dejar de pensar, lo único que conseguí fue tenerla mucho más presente.

Al salir, la noté. Miré a mi alrededor y la encontré sentada y hablando por teléfono, seguramente con el idiota ese con el que iba. Maldito crío de los cojones. Me hervía la sangre solo de pensarlo.

Cuando ella se dio cuenta de mi presencia, mis pies caminaron solos para acercarme. Qué coraje me daba hacer el tonto una y otra vez con ella, ir como un puto perro faldero detrás. Sin embargo, tenía que asumirlo: si ella me decía que saltase, yo saltaría sin ser consiente, o quizá incluso siéndolo.

Carlota

—Hola —lo saludé cuando lo tuve enfrente.

—Hola —dijo serio, con las manos en los bolsillos, sin mirarme. Clavó los ojos en el suelo.

La tal Arancha, o Ari, no nos quitaba el ojo de encima. Sobre todo, a mí, que estaba aniquilándome con la mirada.

—Quería agradecerte lo del sofá. Ya me lo dijo Socorro.

—Sí, no fue nada. Simplemente lo hice por tenerla contenta. Mejor, agradéceselo a ella.

Cada vez, su semblante era más juicioso.

—Vale. —No sabía qué le ocurría—. Igualmente, quería agradecértelo. —Sonreí.

—Oye, no he encontrado ninguna bici. —Su frío comentario me sorprendió.

—Bueno, no pasa nada —salté del muro y me puse de pie —, ya buscaré alguna.

—En fin. Ahora, por lo visto, tienes quien te pasee.

Lo más borde y dañino en forma de ataque verbal. Ese era Dante.

—Haré como que no he escuchado eso. —Di dos pasos, pero me agarró de la muñeca; agarre del que me liberé con un tirón—. Suéltame.

Me toqué donde me había cogido; no por dolor, sino por la electricidad que me recorrió.

—¿Qué llevas?, ¿un tatuaje también? No me jodas, ¿eh?, Carlota

No entendía qué le pasaba.

—Sí. Si no te gusta, ya sabes: no lo mires.

Giré el rostro, ya que estaba demasiado cerca de mí. Y ese hombre me mareaba.

—¿Sabes qué pasa? Que veo muchas cosas que no me gustan, Carlota. Que has venido aquí de niña buena, pero no lo eres.

—Yo no sé qué macices te ocurre, si eres bipolar o...

—No vayas por ahí, lista —me cortó.

Miré hacia arriba para poder verle la cara mejor, pues en dos pasos me había robado mi espacio vital haciéndolo suyo.

—De verdad, paso. Quería darte las gracias simplemente. Y ahora me voy.

—Sí, no escuches lo que no te interesa. ¡Ya sé de qué pie cojeas! —chilló a mi espalda con un cabreo monumental.

Caminaba detrás de mí, soltando por su boca perlas hacia mi persona, cuando salió su novia.

—¿Estabas con esta? —Su cara de asco dirigida a mí era fulminante—. ¡¿Con esta?! —gritó, señalándome con el dedo. Por su boca salía el desprecio en forma de palabras.

—Arancha, no le faltes al respeto y métete en tus cosas —le espetó él—. Pírate de aquí.

—¡Tú eres mis cosas! —replicó ella, perdiendo los nervios—. Es que no sé qué narices haces arrastrándote detrás de ella. Chico, que pasa de tu culo, que se folla al surfista, y tú...

Dante se giró su dirección como un loco.

—¡¡Que te calles!! —bramó, con la cara descompuesta—. Nosotros no tenemos nada. —Intentó cogerme al verme que me marchaba.

—Estáis mal, de verdad. A mí dejadme.

Abrí la puerta del bar y él la cerró de inmediato. Al aplastar su cuerpo contra el mío, mi cara dio contra la puerta.

—Eso, vete a buscar al niñato ese con el que vas. —Escupió las palabras con odio—. Joder. —Cogió mi cara—. Lo siento, nena. —Su voz tembló.

Le aparté la mano de un manotazo.

—¿Estás celoso? ¿De esta? —Ella me señaló de malas formas nuevamente—. ¿Nena? ¿Esto es de verdad?

—¡Yo no soy tu, nena, Dante! —le grité mientras él la fulminaba con la mirada—. Ni lo soy ni lo seré.

—Vete con él. Vete con la mierda del niño ese. Me importa una mierda. —Yo me había quedado petrificada. No sabía a qué venía todo aquello, cuando simplemente le había dado las gracias—. Hostia puta, Carlota —expresó con los dientes apretados y mucha rabia—. Joder, no quería darte con la puerta.

Yo no sabía qué hacer. La escena que acabábamos de montar era bochornosa, y quería que la tierra me tragase. No podía más, ni con él ni con la situación. Aquello tenía que terminar.

La puerta se abrió y Lara salió como una leona.

—¿Qué coño pasa aquí? Se te escucha desde dentro —le recriminó a Dante, acercándose a él.

—La que faltaba —espetó la chica morena al tiempo que se cruzaba de brazos y se mordía los labios.

—Tú cállate —le advirtió a Arancha de una forma amenazante—. Dante, ¿ya estamos? Ya vuelves a ser un idiota. ¿O te han sentado mal las copas?

—Lara, no me toques los cojones. Estaba hablando con Carlota. —Se despeinó el pelo de una forma nerviosa—. Pero es imposible. ¡Imposible! —Lo miré atónita e intenté irme, pero volvió a sostenerme del brazo—. No te vayas, joder —me pidió.

—No, lo que estabas haciendo era increparme algo. Pero, vaya, que no lo sé. —Me acerque a él —. No te he hecho nada. Simplemente te he agradecido todo lo que has hecho por mí desde que he llegado. Es que... —me toqué la frente— no entiendo nada. Te lo juro. —Lo miré a los ojos y él me devolvió la mirada una forma que no sabría explicar.

—Te creerás tú que las cosas que ha hecho no han sido por Socorro —escupió Arancha—. Te creerás que lo ha hecho por tu cara bonita y por ser la *influencer* mejor pagada, guapa. Ya no eres nadie.

Los ojos se me inundaron de lágrimas. Aun así, no las derramé, sino que aguanté su ataque y sus palabras llenas de odio sin perder las formas.

—Eres una ridícula —le espeté de malas formas—. Chica, que a mí tu novio no me interesa para nada. —Dante me miró con una mezcla de desazón y rabia, como si mis palabras lo hubieran herido—. Que te lo quedes, que yo no lo quiero. Era un buen amigo hasta ahora. Pero tranquila, que poquito me verás con él.

Vi en sus ojos la sorpresa y la tensión e intentó volver a acercarse a mí. Sin embargo, Lara se interpuso entre nosotros.

—Eres una arrastrada. No dejarás de perseguirlo jamás. —Lara le aventó aquello a la cara, dejándola paralizada, y me cogió del brazo—. Ven, vámonos.

—Por cierto, ahora mismo, en mi bar no sois bien recibidos, así que ahorraos el entrar.

Nuestros ojos sostuvieron la mirada del otro hasta que Lara cerró la puerta detrás de nosotras.

—Pero ¡¿qué narices pasa?! —me preguntó nerviosa mi amiga.

—No sé qué narices pasa. Pero tengo que alejarme de ellos.

Dante

No sé ni cómo empecé esa pelea pueril con ella. No sé por qué le hablé de esa manera. ¡Joder! La había cagado a base de bien aquella vez. Vi en sus ojos sorpresa al escuchar mi ataque gratuito, y también supe que no volvería a acercarse más a mí. Y, para colmo, la tarada de Ari salió a liarla. No la soportaba, pero como no me quedaba otra y tenía el orgullo de hombre demasiado tocado, pues... me la follaba. Todo, todo era mi culpa. Mierda. Le dije cosas horribles, y ella solamente me observaba, sin entender una puta mierda. No era consiente de mis celos. Ella solo pretendía darme las gracias, y mi puta reacción me había vuelto a poner a la altura de los caballos. Intentó irse, y yo, sin ser consiente, la aplasté con mi cuerpo. Joder. Le cerré la puerta de una manera bastante áspera y la dejé allí: quieta, paralizada.

Su puto olor me volvía loco y no sabía cómo reaccionar. Y, encima, se fue con sus amigas y yo me quedé con Ari, quien en absoluto se merecía nada de lo que yo estaba haciendo con ella. Peor no podía sentirme. Era una mierda de tío que solamente pensaba con mi polla. Que, para más inri, estaba dura desde que el cuerpo de Carlota estuvo en contacto con el mío. Pero no había forma de que me hiciera caso. Me miraba. Me miraba de arriba abajo, pero no daba ningún paso. No veía la oportunidad de acercarme a ella.

Carlota

Las tres nos metimos en el almacén. Ninguna daba crédito a lo que había ocurrido, y Lara estaba más callada de la cuenta.

—Tú sabes algo.

Judith, muy segura de sí misma, incitó con aquellas punzantes palabras a Lara, que estaba sentada sobre unos barriles.

—Él es mi amigo, el único que siempre ha estado a mi lado, Carlota.

—Lo sé. Pero algo sabrás para que esté como un loco.

A pesar de nombrarme y hablar de mí, ellas discutían, pero parecía que yo no estaba allí. Y no entendía qué había sucedido, qué podría haber hecho yo para verme en una situación así.

—Está celoso. Eso está claro —sentenció Judith.

—Pues eso, que está jodido, Carlota —expuso Lara—. Os vio por el pueblo de compras, besándoos. Y después en la furgoneta.

Abrí los ojos como platos.

—¿Y qué? Soy libre, él no es mi padre. Faltaría más.

—Lo sé. Hablaré con él. —Abrió una botella de agua—. O al menos lo intentaré.

—Está bien. Me marcho al *camping*, que tengo mucho trabajo. Y esas cosas me bloquean.

—Voy contigo —se ofreció Judith—, no vaya a ser que vuelvas a cruzártelos, que este te merodea como un lobo.

Subí la bicicleta en su ranchera y me senté con ella. Judith era muy tranquila. Y empática, no dijo ni pío durante todo el camino. Una vez allí, me cambié de ropa, fuimos directas al bar y se metió conmigo en la cocina. Antes, le pidió permiso a Socorro.

—Sí. Cuídame a la niña, que ha entrado con la carita triste.

—No te preocupes —la tranquilizó ella.

Comencé a preparar la cocina para la llegada de los clientes. Poco a poco, las comandas fueron entrando. Judith me ayudaba en todo. Solo hablaba para pedirme cosas relacionadas con los paltos. Las niñas entraban y salían, sin respirar, mientras manteníamos un silencio sepulcral en la cocina… Hasta que entró Ricardo cantando una jota en plan chistoso, ya que se había tirado una ración de callos por encima y, como decía él cantando, se había quemado enterito. No paró de hacer el ganso, lo que provocó que ambas prorrumpiéramos en carcajadas y él se pusiera vergonzoso porque nos reíamos de él. Así que el bueno de Ricardo rompió el mal rollo y dejó el ambiente suave. Quitó el peso que oprimía nuestro alrededor.

A medida que transcurrían los minutos, Judith y yo fuimos hablando de lo sucedido.

—Yo ya lo veía venir, Carlota. Tú no te has dado cuenta, pero él está loquito por ti. Él y medio pueblo.

—Sí, hombre. —Le tiré una patata cruda que estaba cortando.

—Carlota —me llamó Marisa—, ¿nos queda pastel de queso? Ahí está Jass lloriqueando por él.

Me reí.

—Sí, ya se lo doy yo. Tómate un descanso, cariño. Te he preparado un bocadillo de jamón. Cómetelo tranquila, que te cubro.

Cuando salí, Jaspers estaba en la barra. Tenía el pelo mojado y revuelto; los labios, morados, y el neopreno, puesto. Le puse el plato de pastel de queso delante y sonrió. Yo sabía que Jass era algo más que un amigo, pero el maldito Dante no salía de mi cabeza.

—Estás helado. Espera. —Le retiré el plato con el pastel—. Tengo sopita de pescado.

—Cariño, dame mi pastel para me vaya a dormir.

—Estás helado —insistí—. Tienes los labios morados. Si te la tomas, te pongo ración doble de pastel.

—Vale. Yo como lo que tú quieras, pero primero sal por la puerta de atrás de la cocina y dame un beso. —Abrí la puerta que me indicó y me cogió en volandas—. Yo entro en calor así.

Me sujetó la cabeza con las manos y me dio un beso escandalosamente sexi. Sin embargo, mi mente estaba en blanco.

—Así, cariño, entro yo en calor.

Nos besamos de una forma apasionada, pero, en el fondo, yo quería que fueran otros los labios.

—Estás agotado. —Le acaricié la maraña de pelo que llevaba—. ¿Quieres dormir hoy en mi cama? —Sonrió como el mismísimo diablo—. Lo digo para que descanses en una cama, tonto. Ahora vamos dentro, te tomas la sopa y te vas a mi casa. Una buena ducha y te metes en la cama.

Me sentía mal por haberlo besado pensando en otro. ¿Qué narices me pasaba?

Mientras él se comía la sopa, yo ayudaba a Ricardo y a Sofía a recoger las mesas.

—Chicos, entrad a cenar, que ya acabo yo. —Ellos me miraron—. Id, quedan pocas mesas. Así después ceno yo, acabamos y nos vamos.

—Cielo, qué buena está la sopa. —Me enseñó el plato medio vacío—. Ponme un poquito más.

Cuando terminó de comerse los dos platos de sopa y otros dos de pastel, le di las llaves de mi casa.

—Acuérdate de abrir el gas. La bombona está fuera.

Recogí el bar como las locas. Al entrar en la cocina, ya estaban todos cenando. Judith estaba haciendo dos sándwiches de pollo con mayonesa.

—Venga, Carli. Ahora nosotras.

La cocina estaba perfecta.

—Chicos, ya no queda nadie. Está todo barrido, así que, cuando acabéis, a descansar.

Escuché la puerta del bar abrirse. Me giré y vi a Dante mirándome.

—Carlota, ¿puedes salir un momento? —Dudé. Él se puso nervioso—. Por favor —me rogó bajito.

Salí con él a la entrada y me apoyé en la barandilla.

—Tú dirás —le dije, mirando al suelo.

Se acercó a mí, cogió mi cara y la levantó para que lo mirara.

—Perdóname. No quería darte en la cara, cariño. No ha sido mi intención, nena, te lo juro por mi vida. Tú eres... —Se calló, para después confesarme—: Tú, para mí, eres todo. Jamás te haría daño, a pesar de que soy un idiota. No me controlo. Me pueden los celos. —Expresó todo aquello casi sin respirar.

Lo cogí con suavidad de los brazos.

—Sé que jamás me harías daño y que ha sido un accidente. —Nos miramos en silencio—. Sin embargo, no sé cómo lo haces para siempre impactar conmigo como un camión.

Él se mordió el labio. Lucía sexi. Lo más sexi del mundo, joder. Mi cuerpo se revolucionaba por momentos.

Dio un paso atrás y me soltó.

—No lo sé, es algo que me sale solo. Me encanta tenerte cerca.

La puerta se abrió y salió mi amiga, buscándome preocupada. Nos miró y avisó de que se iba. Nos despedimos con un abrazo, pero algo llamó mi atención.

—Judith, ¿estás bien?

—Cansada —dijo, sin mirarme a los ojos—. Mañana estaré mejor.

—Si me necesitas, aquí estoy. —Volví a abrazarla.

—Lo sé. Pero, de verdad, estoy bien.

Nos miró a mí y a Dante y sonrió. Se dio la vuelta y se montó en su coche.

—Nena, te acompaño a casa —me dijo flojito—. Bueno, si quieres.

Dudé de nuevo, pues sabía que Jaspers estaba dentro, y seguramente él también lo sabría.

—Sí, voy a terminar de cerrar.

Se esperó fuera hasta que volví a salir. Entonces, comenzamos a caminar hacia la puerta de mi casa.

—Él está en tu casa, ¿verdad? —Asentí—. Joder —blasfemó, con los dientes apretados.

Me acerqué y le di un beso en la cara. Me habría encantado besarlo. Besarlo de verdad. Pero ya se había puesto tenso otra vez.

—¿Cómo crees que me siento? Como una puta mierda, joder, Carlota. —Tomé una profunda respiración—. Sé que él está en tu puta casa, que te acuestas con él. Mierda, que te lo estás follando. Y míranos. —Nos señaló con una mano—. Míranos, joder. ¿Es esto lo que quieres realmente?

Dante

Qué asco. La había acompañado a su casa sabiendo que él estaba allí, que se la follaba, que pasaban las noches juntos. Y yo muriéndome de celos, haciendo el idiota continuamente.

Fui a buscarla esa noche para hacer las paces por lo de la tarde, pero algo dentro de mí estaba rompiéndome. No podía remediarlo.

—¿Esto es lo que quieres realmente? —le pregunté, a punto de perder los nervios. Ella no decía nada. Permanecía callada, preciosa, y yo estaba volviéndome loco de celos—. Espero que esta puta mierda se acabe pronto, porque cualquier día voy a reventarle la cabeza —dije, más alto de la cuenta. Ella intentó tranquilizarme sosteniéndome del brazo, pero la aparté de malas formas —. Estoy hasta la polla, Carlota. Deberíamos mantener distancia, porque realmente me jode la vida haberte conocido —concluí.

Me marché y la dejé en su casa. Me fui roto de dolor, hecho una puta mierda, con la clara idea de sacármela de la cabeza, aunque tuviera que cortármela. No podía más.

Carlota

Me había quedado de piedra. No entendía lo que acababa de suceder. Quizá él sentía por mí lo mismo que yo por él.

Me senté en las escaleritas. Tenía ganas de llorar. Realmente, no quería eso. Quería llevarme bien con él. Quería besarlo. No sabía qué me ocurría. Pensaba en Jaspers y me sentía fatal. Una traidora. Porque realmente era Dante con quien quería tener la amistad que tenía con él. En realidad, quería tener eso con los dos. Era una locura. No podía ser.

Dante tenía razón en una cosa: teníamos que mantener las distancias, porque ya no eran chispas lo que ambos sentíamos, sino un jodido incendio que estaba quemándonos lentamente. Al menos a mí. Me abrasaba a fuego lento. Sentía dolor físico cuando él se ponía tenso conmigo, pero a su vez me volvía loca que me persiguiera.

Al entrar, me encontré a Jaspers dormido en el sofá, con la televisión puesta, e intenté no hacer ruido al cerrar. Lo tapé con una mantita que había comprado días atrás para el sofá. Me quedé unos segundos contemplándolo. Sentía que lo quería muchísimo y que estaba fallándole.

Como os imaginaréis, la casita de madera no era muy grande. Nada más entrar, estaba el comedor y cocina. Eso sí, todo muy amplio. En el lado derecho estaba la ducha y la habitación grande, que era la mía, que se comunicaba directamente a través de una puerta interior. Y en el otro lado, la otra habitación y el aseo.

Estaba a punto de meterme en la ducha cuando la puerta se abrió. Jaspers entró medio dormido y con una sonrisa pícara en la cara.

—No me has despertado. —Se apoyó en la mampara.

—Iba a hacerlo cuando fuera a la cama, para no desvelarte.

—¿Puedo meterme contigo?

Cerró la mampara y me abrazó. Abrí el agua, pero sus brazos seguían agarrados a mi cintura.

—Estás reventado. Acuéstate, anda.

—No quiero.

Así que, entre besos indecentes y manos por todos lados, terminamos haciendo el amor en la ducha. Por mi mente pasaron imágenes de Dante. Me imaginé que era el quien estaba dentro de

mí. Eso me encendió como nunca, pero también me hizo sentirme sucia, mala y la peor por momentos. No sabía por qué estaba sucediéndome eso a mí.

Tuvimos que salir de la ducha corriendo porque el agua caliente se había terminado. Por suerte, me dio tiempo a terminar de lavarme.

En cuanto nos metimos en la cama, caímos rendidos.

8. La competición es parte de la decisión

«En el centro de tu ser tienes la respuesta.
Sabes quién eres. Y sabes qué quieres».

Lao-Tsé

Carlota

Hoy era el gran día. Se notaba la tensión en el ambiente. El bar se llenó de todos los surfistas que teníamos en el *camping* a las siete de la mañana. Todos querían un buen desayuno antes de irse a la competición. Jaspers y sus amigos comían en silencio, las niñas y yo preparábamos los desayunos, y Ricardo y Socorro los servían.

Socorro consiguió una licencia para montar una parada en la competición. Manuel y dos muchachos del pueblo estaban llenando las neveras portátiles y preparando una carpa. Al final, Sofía y yo éramos las que íbamos a estar por la mañana. Yo, al mediodía, iría al bar para terminar de echar una mano, así que Socorro me sustituiría en la parada. A pesar de que lo teníamos todo bien atado, estaba nerviosa.

Llamaron a la puerta trasera de la cocina. No me hacía falta preguntar quién era: sabía que era Jaspers. Sin embargo, me llevé un chasco tremendo. Abrí la puerta con una sonrisa en la cara y se me borró de repente. Me encontré con Dante.

—Buenos días —me saludó, intentando ser amable. Iba con un pantalón ancho de color gris oscuro y una camiseta negra de manga larga.

—Buenos días.

—Ni que hubieras visto al diablo —me dijo, al ver mi cara.

—No. He visto a un idiota.

Me crucé de brazos, sin apartarme de la puerta.

—Vamos a darnos una tregua, ¿vale? —Enarqué una ceja y lo fulminé con la mirada—. He venido a por un alargador y a cargar las cosas para el chiringuito.

Ahora sí me aparté de la puerta, permitiéndole el paso. Le di las cosas que tenía que llevarse y lo acompañé a la camioneta con una caja de botellas de agua.

—Lo siento. Siento lo que pasó. No era yo. Sé que cada día te digo esto, pero es realmente cierto. Lo siento.

—Ya me di cuenta.

Le pasé la caja y él la metió detrás.

—Siento lo que ocurrió, lo que te dije, Carlota.

—Y yo. Me dolió mucho. Y me dolió aún más que dijeras que todo lo habías hecho porque te lo pidió Socorro, no por mí. Yo pensé que éramos amigos, pero después dejaste claro que lo peor que te había sucedido era conocerme, y te aseguro que eso fue muy doloroso.

—Perdóname, nena. —Su voz era firme—. Eres lo más bonito que ha pasado por mi vida. A pesar de que... —le dio una patada al suelo— a pesar de que me habría gustado de otra manera. Pero soy un desastre.

—Realmente pensé que seríamos buenos amigos, pero no me dejas conocerte más de lo que...

—Y lo somos. De verdad. Son cosas que dije porque estaba enfadado. Contigo, conmigo y con el mundo. Celoso, rabioso de todo. Y lo dije para hacerte daño. Porque los dos sabemos que era mentira. Lo hice por ti y solo por ti.

Alcé mis ojos hasta encontrar los suyos. No sé por qué ninguno aguantaba mucho la mirada del otro. A mí se me secaba hasta la boca últimamente. Era como una necesidad que sentía hacia él, aunque no sabría explicarla.

—Bueno, pues ya está pasado. Ahora centrémonos en llevarnos bien. Porque yo no estoy de paso, voy a quedarme aquí.

Aquello lo pilló desprevenido y le pareció hasta grata la idea, pues vi en su boca un amago de sonrisa.

—Me alegra saber eso.

Se pegó a mí. Tenía la costumbre de acercarse tanto que yo no podía ni pensar.

—¿Tú no participas? —le pregunté. Sabía que él adoraba hacer surf y que practicaba casi todas las mañanas; no como deporte, sino como estilo de vida.

—Los años han pasado, Carlota, y ya no tengo veinte. Tengo treinta y pico, y mejor dejar paso a los que vienen detrás.

Se le apagó la luz en los ojos al decirlo.

—Bueno, voy a seguir. Luego nos vemos.

Volví a despedirme con un beso en su mejilla, como hacíamos antes, aunque marcando cierta distancia, la cual ya nos habíamos autoimpuesto los dos.

—Gracias —me dijo, cuando arrancó la camioneta y pasó por mi lado.

Dante

Iba decidido a hablar con ella y decirle todo lo que pensaba, pero sobre todo a disculparme por mis reacciones. Sin embargo, cuando abrió la puerta y me vio, se le cambió el rostro. Desapareció esa bonita sonrisa y se le puso cara de asco. Joder. Estaba preciosa, y encima estaba mirándome como si fuera una mierda.

Le pedí perdón porque era a lo que había ido; no obstante, se me olvidó por completo decirle lo que estaba sintiendo por ella. Pero no. La careta de indiferencia se instaló otra vez en mi rostro.

Se cruzó de brazos, inspeccionándome, y yo me fijé en lo grande que se veían sus tetas de esa manera. Escuché su voz y cómo me preguntaba por la competición. Estaba a punto de babear. ¿Cómo iba a decirle que me moría de celos por verla con el niño ese desaliñado, cuando ella me veía como al borde de turno que solo se acercaba a ella de malas maneras? No sé, lo mismo mis formas bruscas no tenían cabida en su vida. Era delicada, fina y sensual.

Me subí a la camioneta y ella se acercó a la ventana. Me dio un beso en la cara y a punto estuve de girarla para que nuestros labios se rozaban. No, no era fácil aquella situación para mí. Redoblé antes de darle las gracias. Yo era gilipollas. ¿Gracias? ¿Gracias por qué? Por no quererme, por ser la mujer de hielo y por no hacerme ni puto caso. Era una locura, no entendía nada. Desde que la vi, pensé que teníamos conexión, que yo le gustaba. Pero no... Si no me hubiera ido ese día con Ari, si no tuviera ese temperamento, quizás... Pero ya todo me importaba una mierda. Tampoco iba a tirar la toalla, pues algo dentro de mí no me dejaba, me empujaba a ella. Sentía necesidad de tenerla cerca. Y me moría por besarla. Sin embargo, no tenía cojones de hacerlo.

Carlota

Salí para ver si estaban los chicos todavía desayunando, y entonces vi a Jaspers mirándome. En ese momento, me sonó el teléfono. Tenía un mensaje de él, pidiéndome que saliera, que quería el beso de la suerte. Los demás estaban pagando en la barra.

Al llegar a nuestra carpa, ya teníamos cola. Manuel estaba terminando de poner algunas bebidas en las neveras junto con Dante. Por los altavoces de la competición ya estaban anunciando a los primeros surfistas, así que me puse ayudarlos. Desde donde estamos, veíamos perfectamente toda la competición. Teníamos un sitio privilegiado. La única vez que vi una competición fue en mi viaje a Australia con unas amigas hacía cuatro años, pero tan de cerca y participar de alguna forma en él, jamás.

Mientras preparaba la comida y decoraba la neverita de bocadillos y sándwiches, repetía mis palabras gatillo. Inconscientemente, esas palabras ya formaban parte de mí. Y las repetía diariamente, independientemente de lo que estuviera haciendo.

Jaspers pasó las tres primeras rondas. Estaba eufórico. Se acercó a la parada.

—Carlota, ¿me has visto? —me preguntó, cogiéndome en brazos.

—Sí, todo el rato.

Me dejó en el suelo.

—Salgo a las cinco de la tarde. Si me clasifico, entro en la final. ¿Podrás estar?

—Claro, no faltaría por nada. —Lo cogí por el neopreno—. ¿No quieres tomar nada?

—Tengo un poco de hambre, cariño. Estaba esperando para la hora de comer, pero viendo esos bocadillos hechos por tus manitas... —Me sujetó una mano y besó mis dedos—. No puedo resistirme.

—Ven, tonto. —Tiré de él y le di un bocadillo junto con una botella de agua.

Pagó con su reloj y se despidió de mí. Respiré profundamente, pensando solo en Dante. ¿Por qué tenía esa necesidad de él, cuando Jaspers era todo amor, todo perfecto? Porque quería complicarme la vida yo solita.

Sentí los ojos de Dante clavados en mi espalda. No me di la vuelta para encararlo, y mucho menos iba a darle el gusto de amargarme el día, o de que yo misma perdiera los nervios y fuera hacia él. La verdad es que me moría de ganas de estar cerca, de olerlo, rozarlo.

Él...

En mi mente, estaba él.

Dante

Debía reconocer que el niñato era bueno. Era buenísimo, y todo el mundo hablaba de él. Carlota no perdía detalle, tanto que a mí ni me miraba. Yo era la última mierda. Bruno, que era mi mejor amigo y el mayor idiota a partes iguales, se burlaba de mí.

—La rubita, ni caso. No veas con el niño. No veas, Dante —se burlaba continuamente.

Él corrió hacia ella como un jodido príncipe, la abrazó y la levantó en brazos. Ella se reía y se veía relajada con él. Feliz, tiraba de él y ambos se miraban como si no existiera nada más. Sin embargo, ella no era ella. Creo que todo aquello era producto de mi mente. Porque cuando los ojos de Carlota se cruzaban con los míos, no veía el brillo que sentía cuando la tenía delante, cuando estaba conmigo. A mí se me estaban llevando los demonios. Quería partirlo por la mitad y borrarle la sonrisa de la cara.

Di dos pasos, pero Bruno me cogió del brazo.

—Ni se te ocurra —me advirtió al ver mis intenciones. Tenía los puños apretados.

—Te juro que de esta me sale una úlcera.

Miré a Carlota, que sonreía forzadamente. No comprendía por qué ella misma estaba haciéndose eso. Seguramente tendría miedo de sentir algo por mí, a pesar de que ya lo sintiera y no fuera consciente de ello.

Carlota

Estaba de vuelta en el bar, haciéndole el relevo a Socorro. Había poca gente en la hora de la comida, como algunos campistas que no iban a la competición y unos cuantos turistas que no tenían ni idea de esta, por lo que terminé la faena rápido.

Era el turno de Jaspers y me había acercado donde estaban sus amigos. Algunos habían quedado descalificados y otros salían en el próximo turno. Los altavoces decían los nombres de los participantes y un montón de cosas más. Fotógrafos de marcas pasaban haciendo fotos a diestro y siniestro. Eso me ponía nerviosa, así que intentaba girar la cara y que no me sacasen en ninguna.

El locutor narraba lo que estaban haciendo los competidores en el agua. Todos nadaban hasta el pico; algunos sentados, como Jaspers, que estaba a horcajadas sobre la tabla y con las manos en el agua. Recordé lo que me dijo en nuestra primera cita: «Siéntala. Siente su fuerza. Siente cómo fluye. Déjate llevar». Y eso estaba haciendo.

Dos de los surfistas se pusieron de pie. El locutor transmitía todos los movimientos de los competidores. Uno de ellos cayó al agua mientras el otro peleaba con una ola. En el agua ya solo quedaban dos, entre ellos Jass. Yo estaba de los nervios.

—Tranquila, Carlota —me dijo Nico—. Él es el favorito. Míralo. Está concentrado.

El otro se puso de pie. La ola lo tiró a los pocos segundos de montarla. Solo quedaba él. Solo y quieto en el agua. Remó un poco más hacia dentro del mar y giró su tabla. Se quedó en reposo unos segundos y por detrás apareció una ola.

—¡Joder, joder! —gritó Andrés—. Una ola bomba.

El locutor gritaba como un poseso:

—¡¡La ola bomba!! ¡¡Lo que todos quieren!! ¡¡¿Será capaz?!! ¡Viene fuerte!

Jaspers remó y de un salto ágil se puso de pie en la tabla. Primero, giró hacia la derecha; después, hacia la izquierda. A mí el corazón se me salía por la boca. Lo veía girar y saltar como si bailara con ella. Dio dos pasitos por la tabla y volvió a girar.

La gente alucinaba. Había un silencio que solamente rompían los altavoces. Al final se clasificó con la mejor puntuación de su tanda. Sus amigos salieron a su encuentro a la orilla. Sin embargo, él corría hacia mí como un miura. Le importó bien poco que estuviéramos rodeados por cientos de personas. Me abrazó y se abalanzó sobre mi boca, fuera de sí. Me balanceó en brazos, riéndose.

—¿Me has visto? Gorda, ¿lo has visto? —La ilusión salía por los poros de su piel.

La gente y los amigos lo rodearon. Yo me aparté discretamente después de que diéramos el numerito. Rezaba por no salir en ninguna foto y que la gente no hubiera sacado ninguna instantánea del momento.

Los gritos y los vítores iban cada vez a más. Yo me centré en sacar la faena que teníamos en nuestra parada. El locutor informó de que otro grupo de surfistas salía. La competición continuaba, y la gente se amontonaba en la fila de la parada para coger algún refresco y volver a sus sitios. Y yo no dejaba de pensar en toda la mierda que estaba acumulando en mi cabeza.

Dante... Dante estaba presente en todos mis pensamientos, ahogándome por completo.

Estaba sacando más refrescos y metiéndolos en las neveras cuando apareció el susodicho con otro barril de cerveza. Lo miré de arriba abajo y después cerré los ojos, porque mi mente me jugaba malas pasadas.

—Por lo que veo, vais en serio, ¿no? —comentó sutilmente en cuanto se puso a mi lado.

—Pues no. No es nada serio, simplemente compartimos momentos —me coloqué el paño en el hombro—, que es de eso de lo que trata la vida, Dante —quise dejarle claro.

—Si yo no digo nada. —Su mala vibra me asfixiaba.

—Para no decir nada, no te callas. —Se giró hacia mí, fulminándome con la mirada—. Sí, no me mires así. Hablas de todo, pero no me preguntas qué me parece tu novia. Hablas de mi vida cuando te sale de las narices. No tengo ni idea de cuándo has tenido tú el criterio suficiente para reprocharme nada sin antes echarle un vistazo a tu vida. Te vas con esa cada vez que quieres, y no jugáis al parchís precisamente.

—Chicos —nos interrumpió Marisa, en modo de reprimenda—, lo que os faltaba a los dos que una niña de apenas veinte años os llamara la atención.

—¿Ves? —Lo señalé con el dedo índice—. Si es que eres un melón.

Por el rabillo del ojo, lo vi sonreír. Creo que le encantaba ponerme de los nervios. Realmente creo que lo disfrutaba.

—Solo pienso en cogerte del cuello y comerte la boca, nena. ¿Qué quieres que te diga? —Se acercó a mí tanto que nuestros cuerpos se tocaban—. Y follarte como nunca en tu vida te lo han hecho. —Su voz fue baja pero contundente—. Me muero por meterme entre tus piernas, cariño.

Soltó aquello por su boca sin ninguna vergüenza y se marchó entre la gente con su elegancia innata, dejándome nerviosa y con piernas de gelatina. No me podía creer que hubiera dicho eso. El corazón se me salía por la boca. Tuve que beber agua, aquello me había excitado muchísimo.

Poco a poco, la tarde fue pasando. Me puse a hacer caja, y cuando terminé, decidí llevar ese dinero al *camping* y guardarlo bien. Lo habíamos vendido casi todo, así que tenía que reponer algunas cosas.

—Coge mi moto —me ofreció María, pasándome las llaves—. Tiene un maletero detrás, por si tienes que traer algo.

—Muchas gracias, bonita. Si no fuera por ti, tendría que ir a patas, ya que el tonto del taller no quiso darme una bicicleta en condiciones —farfullé, a sabiendas de que lo tenía detrás.

«Madre de Dios... Cuando no es él, soy yo. Esto es un problema. Voy a necesitar terapia», me dije.

—Tienes la camioneta. Si no la coges, es porque no te da la gana. Lo mío es tuyo. Y la bici, que te la regale tu novio, que de esta se forra el jodido niñato —espetó con asco, enseñándome las llaves de la furgoneta—. ¿Quieres que te lleve, nena? —El tono en el que me habló fue sexi, muy sexi, tanto que lo miré estupefacta—. ¿Qué dices? ¿Te llevo? —Se pasó la lengua por los labios, retándome. Eso había sido una invitación en toda regla—. Me muero de ganas de que nos perdamos los dos un rato solos. —Sus ojos resbalaron de mi cara a mis tetas—. Dios —murmuró, sin apartar su lasciva mirada de mí—. Realmente me muero de ganas, Carlota. ¿Tú no?

Antes de montar en cólera, preferí dejarlo con la palabra en la boca. Porque eso seguramente le molestaría más.

Dante

Se habían besado en toda mi cara. Ella ni se daba cuenta.

Dejé las cajas de cervezas y, cómo no, volví a engancharme con ella. No sabía cómo hacerlo de otra manera. Cagada tras cagada y así una y otra vez.

Ella se fue por no mandarme a la mierda. Lo sabía, lo tenía claro.

Marisa me miró y yo le di un bufido.

—Ya veo, ya. No sabes hacerlo bien con ella. Se ve a leguas que estás colado. —La miré fatal —. Voy a darte un consejo: díselo. Con tus formas, pero díselo de una vez. Si no, la coges y le plantas un beso. ¿Tú te has visto? Ninguna mujer en su sano juicio no querría que la besaras.

Ahora la miré sorprendido.

—¿Sí? —Ella asintió—. Eso digo yo. —Me ojeé de arriba abajo—. No me jodas.

—Lánzate, por Dios, porque es inaguantable verte como un puto lobo merodeándola e intimidándola.

Mierda. Todos eran conscientes...

Iba a hacerlo. Lo tenía clarísimo. De aquel día no pasaría.

Carlota

Mis mantras no me dejaban en ningún momento. Entré directamente en la cocina, donde estaban Sofía y Socorro sentadas en la barra.

—Chicas —me asomé por la cortinilla—, ¿qué hacéis ahí? Socorro, pasa un momento.

Le enseñé la recaudación y la caja.

—Oh —se llevó las manos a la cabeza—, no me lo puedo creer. Está saliendo todo de maravilla.

—Sí. Mira, en la playa estamos a tope, así que, como aquí no hay nadie, quedaos vosotras y Ricardo por si entra algún cliente y yo me quedaré en la parada.

—Me parece perfecto —dijo Socorro.

Le di las llaves de mi casa.

—Tengo dos tortillas en cocina, una de patatas y otra de calabacín. Tráetelas.

—Si es que eres un tesoro.

—Y en la nevera tenéis cosas preparadas. —Cogí unas bolsas de basura, limpiacristales y paños nuevos—. Cualquier cosa, me llamáis, ¿vale?

—Claro que sí, jefa. —Sofía se llevó la mano a la frente en plan militar.

—Tonta. —Le di un besito en la mejilla—. Avisadme si me necesitáis.

Cuando aparqué la camioneta y salí, me encontré con Dante.

—¿Te ayudo a algo, nena?

—No. —Cerré la puerta y me choqué con su duro cuerpo—. Mecachis —me quejé—. ¿Otra vez pegado a mí? —Aparté la cara de su cuerpo.

—Es que me encanta, joder. —Dio un paso adelante, entrando en mi espacio personal—. Me encanta —recalcó a la vez que me daba un suave pellizco en la barbilla—, aunque preferiría tenerte debajo. —Sonrió al decirlo.

—Dante... —Lo frené con una mano en su pecho—. Qué duro estás... —solté de repente.

El torció la boca hacia un lado.

—Cariño, puedo asegurarte que en otras partes estoy más duro ahora mismo.

Una de sus manos cogió mi cintura.

Mi mente iba muy deprisa. Sus labios, su olor...

Nos miramos en silencio y se acercó más a mí. Su cuerpo y el mío se tocaban, su mano se mantenía quieta en mi cadera. Su respiración se aceleró e inclinó la cabeza hacia delante. Yo retrocedí mientras me llenaba los pulmones de aire.

Chasqueó la lengua.

—No te lo he dicho, pero estás muy guapa, Carlota.

Me observé de arriba abajo.

—¿Te ríes de mí? —Me crucé de brazos a la altura del pecho.

—No. ¿Por qué?

—No sé, porque voy llena de mierda, con un delantal horrible y pelos de loca.

—Pues yo te veo preciosa. Y mi polla también.

Abrí mucho los ojos y sentí una vergüenza horrorosa.

El loco de turno había vuelto a hacerlo. Me había dejado desubicada y sin poder contestarle.

Dante

Cuando volvió, fui decidido hasta ella. Incluso estuve a punto de besarla. La cogí de la cadera, pero retrocedió. Me quedé cortado. Sin embargo, estuvimos a punto de besarnos. Ella lo quería también; lo sentí. Quería, pero en el último momento retrocedió. Entonces, le solté poesía; poesía de la mía, claro: «Mi polla y yo te vemos preciosa».

Bruno, que estaba cerca, se atragantó con la bebida y a ella por poco se le salieron los ojos de las cuencas. Maldita mi suerte y el romanticismo en vena. Pues a mí me había parecido precioso. Por lo visto, a los demás no. Me tapé la boca con una mano porque se me escaba la risa. Olé mis pelotas. Bruno se retorcía, y hubo cachondeo lo que restó de competición. Sin embargo, en el fondo me sentía orgulloso, pues a puntito había estado de besar esa boca que me quitaba el sueño.

Carlota

Ayudé a Marisa con los bocadillos que le habían pedido.

—Ha venido Jass buscándote. Estará por aquí cerca —comentó, mirándome con los ojos muy abiertos—. Pero él no estaba cuando Dante ha ido a por ti —me dejó claro, ya que ella también nos había visto. Igual que Bruno, que se reía a carcajada limpia.

—Gorda —escuché a lo lejos a Jaspers, acercándose a mí—, sal un momento —me pidió.

Me sentí la peor persona del mundo. No paraba de preguntarme qué narices estaba sucediéndome. Toda la culpa era de Dante. Completamente suya.

Jaspers me contó que los patrocinadores le habían hecho muchas ofertas. Lo abracé, llena de ilusión.

—Acéptalas todas —le sugerí contenta.

—Pasado mañana he quedado con ellos para hablar y ver qué proponen.

Le aparté el pelo de la cara.

—Va a salir bien. Eres el mejor. El favorito. Lo tienes todo. Confía.

Le toqué el pecho como había hecho minutos atrás con Dante. Estaba duro, pero no era Dante.

—Sí, eso hago. Pero podrías venir un momentito conmigo.

—¿Qué quieres?

Tiró de mi mano, acercándome a él, pero yo estaba algo reticente.

—A ti. A ti. Solo eso. —Me abrazó.

—Va, descansa cinco minutos —le pedí, sintiéndome sobrepasada.

En el camino hacia la furgoneta, pasamos por la parada, donde estaban Marisa y Dante.

—Chicos, ahora vengo.

Marisa dibujó con sus manos un corazón. Dante se tensó y apartó la mirada.

Una vez en su furgoneta, tiró de mí hasta llevarme a la parte que daba a una pequeña montaña. Me pasó un brazo por la cintura y con la otra mano me cogió del cuello con suavidad. Acercó su cara a la mía y aspiró mi olor. Yo me abracé a su cuello y suspiré mientras él rozaba su cara con la mía.

—Estoy nervioso. Eufórico.

—Es normal —le dije, a la vez que intentaba esquivar el beso.

—Solo pienso en besarte. En desnudarte. —Le sonreí tímidamente—. Me vuelves loco cuando te veo. Cuando he cogido la ola, lo primero que he visto en la arena entre la multitud has sido tú. —Me besó suave en los labios—. Quiero ganar. Quiero ganarte. Dios. —Levantó cabeza y miró hacia el cielo.

—Relájate, cariño, fluye como tú sabes.

—¡A tomar por culo! —exclamó antes de cogerme en brazos, estampar mi espalda contra la furgoneta y besarme como un loco.

Los gemidos salían de nuestras bocas, que estaban fundidas como si fueran una.

Cuando me dejó en el suelo, estaba hasta mareada por la falta de oxígeno. Y cachonda como nunca en mi vida.

—Será mejor que nos vayamos. La cosa está poniéndose calentita.

Miré el bulto que escondía bajo su neopreno. Él se rio.

—Me la suda, sinceramente. Si no te meto en la furgoneta y te follo, es por ti.

—Loco. Estás como una cabra.

—Pues sí. Pero tú tienes la culpa. Porque estoy loco por ti —me confesó, mirándome a los ojos.

Y yo, cayendo a la altura del betún, me sentí la peor mujer del mundo. Estaba engañándolo, aunque fuera solo con la mente. No me gustaba para nada mi comportamiento, pero no sabía qué hacer. Después de la competición hablaría con él. Le explicaría todo y sería sincera. Él no se lo merecía, y yo tampoco.

Como cabía de esperar, el ganador del torneo no fue otro que Jaspers. Se había hecho con el título y con miles de patrocinadores dispuestos a ponerle el mundo a sus pies. Mientras lo entrevistaban, le hacían cientos de fotos con la copa en sus manos. Nosotros nos dedicamos a recoger la parada.

—No te vayas sin mí —me dijo, viendo que cargaba la *furgo*.

—Tengo que ir a dejar todo esto y a darme una ducha.

—En cuanto acabe, paso a por ti y nos vamos a la fiesta.

—Jaspers, ve tú con tus amigos y celébralo.

—No, tú conmigo y yo contigo, nena.

—Vale, ¿puedo llevar a Lara?

—Por supuesto. Pero tú por delante. Si no, no me vale. Ve y dúchate, que yo iré a por ti en cuanto termine. —Me dio un beso—. Solo quiero estar contigo. —Mordió mi cara suavemente antes de despedirse.

Me había ondulado el pelo con esmero y me había puesto un vestido negro de Zara largo, por debajo de la rodilla, ajustado a mi piel y con un escote bastante prominente. Y unas sandalias, negras también y atadas al tobillo. Era la primera vez desde que había llegado al pueblo que me maquillaba de aquella manera.

Lara me avisó de que ya estaba lista y de que venía a mi casa.

Me miré una y mil veces; me gustaba verme arreglada. Y coqueta, como yo era. Ya no me veía como la antigua Carlota, con miedo de volver al pasado. Me veía normal. Por fin una chica normal.

Dante

Acababa de masturbarme en la ducha como un puto cerdo con la imagen de Carlota, pero el sentimiento de frustración no se me quitaba. Me contemplé en el espejo. ¿Qué mierda le pasaba a esa chica que ni siquiera se daba cuenta de que yo estaba ahí, joder?

Me peiné y volví a mirarme. Estaba guapo. Quizá no tanto como para llevarla del brazo esa noche, pero... al menos había conseguido una reacción de ella.

—A tomar por culo —dije en voz alta—. Esta noche se lo suelto. Esta noche le digo de irnos juntos, y si no me sirve, la besaré igual. No puedo más, no lo aguanto. Necesito morderle esa boca.

Cogí mi camioneta y fui directo a su casa.

—Mierda. Joder.

Golpeé el volante con fuerza. Se me salía el corazón por la puta boca.

Aparqué fuera y entré en su calle prácticamente corriendo. La vi detrás de la ventana y me faltó el aire. Tuve que apoyarme en una farola para recuperar el aliento.

Carlota

Salí a esperar a Lara en el porche. Justo entonces, vi a Dante apoyado en una farola de enfrente de mi casa, con la mirada puesta en ella.

—¿Dante? —pregunté en un susurro, por si era mi imaginación. Lo veía en todas partes.

—Sí. —Se acercó despacio.

Estaba guapísimo. Llevaba un pantalón negro de pinzas, con un jersey ceñido del mismo color. Tenía las manos en los bolsillos y la cabeza baja. Caminó hasta alcanzar la barandilla del porche, se apoyó en ella y me miró. Vi un brillo en sus ojos.

—Es de locos. Es de locos lo preciosa que estás. —Me dejó sin palabras—. A ver, date la vuelta —me pidió.

Y yo le di el gusto. Lo notaba tan diferente... Era como la luna llena. Magnético.

—¿Te gusta?

Me acerqué hacia donde estaba, quedado por encima de él. Su olor me gustaba mucho.

—Es una locura de vestido. Bueno, el conjunto en sí. —Sonreí.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

Le acaricié el mentón. Lo tenía muy marcado, y mis manos tenían vida propia. Él apretó su cara contra mi mano, como un gatito.

—No lo suficiente como para llevarte del brazo esta noche.

Caminó bordeando el jardín y subió las escaleras. Miré nerviosa a mi alrededor, rezando para que nadie lo viera. Me gustaba mucho esa sensación de sentirme arrinconada por él. Estaba volviéndome loca de remate.

—Tranquila, él tardará un rato. Lo he visto y estaba liado con fotos. Vendrá tarde —recalcó nuevamente, dándome a entender que no nos sorprendería.

Esa actitud de derrota que llevaba no le pegaba en absoluto, pero el maldito me quitaba hasta el habla.

—Ya me imagino, pero espero a Lara.

Intentaba separar los sentimientos del momento y dejar claro que solo teníamos una amistad, porque en mi mente me lo imaginaba entre mis piernas y yo tirando de su pelo, y me parecía

maravillosa la escena. Estaba volviéndome blandita con cada paso que daba. Y él lo sabía.

—Si queréis, puedo acercaros a la fiesta.

—No, prefiero esperar aquí. Mejor así, Dante.

Aparté la mirada, ya que sus ojos me penetraban sin miramientos.

—Te tensas cuando estoy cerca —dijo, dejando caer su cuerpo sobre la barandilla y cruzando sus largas piernas—. Pero, reconócemelo —hizo una pausa—: te encanta tenerme cerca.

—Es que, Dante, no sé por dónde vas a salir. —Pensé mis siguientes palabras—: Tendría que frenar todo esto, pero no puedo —reconocí. Enarcó una ceja, asimilando lo que acababa de confesarle—. No puedo. No sé por qué. Pero...

—Lo sé, tengo un carácter de mierda. —Se tocó la barbilla—. ¡Joder! Realmente duele mirarte. —Notó que no entendí lo que había querido decir—. Me refiero a que estás tan guapa que duele mirarte. Que me muero por tocarte. ¿De verdad no lo notas?

—Bueno, ya será menos —le resté importancia. No quería que el ambiente se pusiera más tenso.

—La he cagado contigo. Y ahora me jodo. Si no me hubiese ido con Ari esa noche, tú no te habrías ido con él ni...

—Ya sabes, tenemos caracteres diferentes —lo interrumpí.

No me gustaba ni un pelo por donde iba, como tampoco la intensidad. Esos momentos me resultaban desagradables. Estaba a punto de saltar a sus brazos y me moría de ganas de besarlo. Jamás me había apetecido tanto hacer algo en mi vida.

—No es el carácter, sino la forma en la que lo hice contigo. Desde que te vi, me gustaste, me atrajiste, y no supe cómo hacerlo.

Tragué saliva. «Diosito, que me muero», pensé.

—¿Quieres beber algo? —cambié de tema en un intento por librarme de él.

—No. Prefiero decirte las cosas sereno.

Junté las manos en señal de paz.

—Dante —lo corté de nuevo—, tú tienes novia.

—No es mi novia, Carlota, al igual que ese chaval no es tu novio, ¿verdad?

—Sabes que no. —Me levanté—. Voy a por agua.

Sí, intentaba huir de él como fuese. Entré en la casa y Dante se metió detrás de mí. El corazón se me salía por la boca.

—Escúchame, Carlota. Cuando estoy cerca de ti, me colapso, no hago bien las cosas. Pero es que de verdad me gustas. Te sueño, te pienso y te deseo las veinticuatro horas del día.

—¡Joder! —exclamé, y me apoyé en la encimera de la cocina. Sentí su cuerpo grande y pesado pegado a mí. Aguanté la respiración cuando noté sus manos en mi cintura.

—¿Sientes nuestra conexión? —No dije nada—. ¿Sientes que nuestros cuerpos se atraen?

Me mantuve en silencio, sin moverme, por miedo a desmayarme. Apartó el pelo de mi espalda y lo dejó caer sobre mi hombro izquierdo y solté el aire que se acumulaba en mis pulmones.

Sentí sus labios en mi cuello y acercó sus caderas a mi trasero, mostrándome su excitación. Estaba duro y se rozaba contra mí. Era la estampa más morbosa que había tenido en mi vida.

—Seguramente estés igual de cachonda que yo. No dirás nada —temblé por los nervios—, pero lo sé. —Cuando besó mi hombro, todo mi cuerpo reaccionó. Giré mi rostro en su dirección, deseando que me besara. Quería ese beso, lo necesitaba—. Se te ha erizado la piel —me susurró —. Carlota, mándalo todo a la mierda y vámonos esta noche los dos. Mañana ya daremos las explicaciones que queramos dar. —En su voz se intuía un ruego—. Vámonos, nena, vámonos los dos. A mi casa. Pasa la noche conmigo. —Sus labios subieron y bajaron por mi cuello.

—No, no puede ser, Dante —pronuncié sin apenas voz cuando su rostro tocó el mío.

—¿Por qué no? —Me giró y tiró de mis caderas para ponerme de cara a él.

Aquella era situación más erótica de mi vida. Serio, guapo, alto, moreno y con un rostro que desprendía sexo. Nos miramos en silencio. Mi respiración se agitó. Lo deseaba, y él era tan consciente de ese deseo como yo.

—Tu olor, joder... Tú, nena, tú. —Besó el arco de mi cuello—. Tu piel... —Nuestros rostros volvieron a rozarse y su mano acarició mi muslo, muy despacio. Su boca estaba cada vez más cerca de la mía y nuestros ojos no dejaban de admirarse—. Lo deseas tanto como yo.

Las luces de un coche me despertaron de aquel perturbador momento.

—Es Lara. Dante, por favor —Aquel ruego atravesó mi garganta con solo un hilo de voz.

Besó mi cuello lentamente y no pude evitar gemir.

—Sí, por favor —dijo él, apartándose de mí—. Esta noche va a ser jodida. Los dos estaremos en el mismo sitio, con personas con las que no queremos estar. —Resoplé por los nervios y lo cogí del brazo—. Sí, resopla, pero sabes de sobra que hoy te irías conmigo.

Yo dije «sí», sin dudarlo.

Cuando fui a abrir la puerta, apoyó una mano contra ella, arrinconándome.

—Esta noche, me moriré de celos —susurró en mi cuello—, y seguramente seré un estúpido. Y tú, esta noche, también estarás celosa. Porque cuando él te bese, pensarás que yo estoy besando a otra, y cuando él te toque, yo estaré tocando a otra.

—Para ya —le pedí, llena de nervios y con un temblor en el cuerpo—. ¿Por qué...?

Respiré profundamente, sintiendo cómo mi sexo se contraía por la cercanía a él. Mi cuerpo estaba envuelto por el suyo. Sus brazos abrazaban mi la cintura y sentí que me moría.

—Y vamos a tenerlo muy jodido —continuó. Acarició mi cuello con la yema de sus dedos—. Muy jodido, pequeña.

Lara tocó el claxon de su coche y le aparté el brazo que me envolvía. Me giré en dirección a la puerta, pero volvió a cogerme de la cintura y a pegarme a su cuerpo. Con su otra mano me sostuvo delicadamente de la garganta. Mordió mi hombro y lo besó después.

—Vámonos. Tú y yo. —Respiraba entrecortadamente.

—Hoy no —fueron mis palabras, casi jadeadas—. No puedo, por favor. Entiéndelo. Yo... Yo... Dante. —Mi voz tembló por la impotencia.

—Te necesito, Carlota. Voy a volverme loco. No puedo verte con él. —Giré la cabeza y lo miré—. Si te toca, podría perder los papeles. Vámonos, nena, vámonos los dos. No nos hagas esto.

Abrí la puerta rápido y salí. Dante me siguió detrás, con una sonrisa de triunfo que me cabreó un poco. Lara nos observó a los dos.

—Joder, parecéis los putos muñecos de una tarta de boda.

—Sí, somos la pareja ideal. ¿No te parece, Carlota?

—No, no me gustan los pitufos gruñones.

Lara me miró divertida.

—¿Se puede saber qué ha pasado ahí? —Caminó hasta nosotros.

—Que te lo cuente ella —le dijo, al bajar las escaleras, con las manos en los bolsillos. Mi mirada salió disparada hacia su culo—. Por cierto, cariño, el pendiente te queda muy bonito. —Lo encañoné con los ojos—. Precioso, pero te prefiero desnuda en mi cama. Piénsatelo, y si decides hacer lo que realmente quieres, estemos donde estemos, solo tienes que pedírmelo. Yo no voy a dudar. —Me retó con la mirada ante la estupefacción de Lara—. Si me dices «Vámonos», esté quien esté presente, te sacaré en brazos. —Dio dos pasos hacia mí y acercó su boca a la mía. Apenas unos milímetros nos separaban—. Te sacaré en brazos, ¿me oyes? —Yo simplemente asentí—. Te cogeré como deseo hacerlo y nos iremos, nena. Piénsatelo y no nos jodas más —sentenció.

Se fue muy triunfal, orgulloso del momento y de él. Y yo me quedé allí, a punto de volverme loca.

—Es idiota, Lara, el más idiota de todos. Y también el más guapo de todos. Me quiero morir.

—¿Qué ha pasado? —Su tono de preocupación era evidente.

—Nada y todo. Y ahora tengo que ir a ver a Jaspers y me siento una mierda. Es que..., ¡joder!, en mi vida he estado tan cachonda. Solo quiero irme con él. Me da igual dónde, es lo que quiero. Pero realmente no puedo. Él no se lo merece. —Mi amiga me miró seria—. ¿Qué hago? Dime.

—Pues lo que realmente quieras hacer, Carlota. Yo me iría con Dante. Sin embargo... —suspiró con pena—, vas a destrozar a Jaspers. Lo destrozarías.

Dante

Cuando ella salió, por poco me caí al suelo. «Me cago en la puta». Mi corazón se desvivió por completo. Estaba preciosa.

Me llamó en un susurro que me hizo levitar hasta donde estaba. Abrí los ojos con desmesura. ¿Qué coño estaba viendo? Parecía una jodida diosa de Valhala. Me apoyé en la barandilla de su casa. Estaba perplejo. Era una puta locura mirarla, con ese vestido marcando sus curvas, su pelo largo y rubio y esas tetas en su sitio. Perfectas. Dios. Me moría.

Le pedí que diera una vuelta para verla mejor y ella accedió. Juro que noté a otra Carlota. Ella me miraba diferente. Sus ojos me daban permiso, pero su cuerpo se resistía. Se lo dije por fin. Fui capaz de expresarle lo que sentía sin que me diera un infarto. Me miró con esos ojos verdosos rasgados y vi el deseo en ellos. Sentía algo por mí. No tenía claro el qué, pero sí. Intentó desviar el tema, frenarme, lo noté perfectamente, pero ya no había retorno para mí. Iba a por todas.

Entró en su casa y ahí las manos se me fueron. La cogí de las caderas y la arrinconé contra el mueble. Joder, cómo me gustaba esa sensación, cuando su respiración se agitaba. Le pedí por activa y por pasiva que se fuera conmigo, que huyéramos juntos, pero ella se resistía. Le aparté el pelo y le besé el cuello. Dios, la polla me dolía, se me salía del pantalón. La froté contra ella. Aquello era la puta gloria. Me humedecí cuando encajó con mi cuerpo perfectamente, y el suyo la traicionó al contacto con mi boca. Se le erizó la piel. Ella lo sentía, sentía lo que yo; aun así, lo negaba, mierda.

Las luces del coche de Lara me jodieron el momento. Volvió a mirarme, con la boca entreabierta. En mi vida había visto algo tan delicioso. Bajé la mirada a su canalillo y me percaté de que no llevaba sujetador, pero sus tetas estaban firmes, con sus pezones duros. Alcé de nuevo mis ojos hacia su rostro. Era perfecta, y ese pendiente le quedaba genial.

Aprovechó que yo estaba mirándola ensimismado para escaparse de mi agarre. Puta perfección de mujer. Eso me provocó aún más. Huía de mí, pero en dos zancadas cerré la puerta por donde pretendía irse. Y la reté. Le dije que aquella noche moriría de celos, que besaría a otra, que querría estar conmigo cuando estuviera con él. Ella suspiró y me pidió que parara. Siempre la respetaría. Sin embargo, no puede retenerme y volví a acariciarla.

Tras separar nuestros cuerpos, salió, y yo detrás. Lara nos miró. Carlota respiraba agitadamente. Al menos había conseguido una reacción de ella. Se había abierto el juego. Y mi misión era volverla loca.

Carlota

Dante no habría podido describir mejor la fiesta ni las sensaciones que sentí. La primera parte fue en el hotel, donde la gente estaba más pendiente de las fotos y del postureo. Jaspers me llevaba como una princesa, pendiente siempre de mí. Pero Dante hacía todo lo posible para estar dentro de mi campo de visión constantemente.

—¿Qué te pasa, Carlota? —se interesó Jaspers cuando me vio la cara.

—Estoy cansada.

Y era cierto, pero me callé lo demás.

Por otro lado, Dante se deshacía en halagos y caricias con Arancha.

—Jamás he visto a Dante tratarla de la manera en la que lo hace —me susurró mi amiga, algo precavida—. No sé qué habrá pasado en la cabaña, pero esto no me cuadra.

—Carlota, cariño —me llamó Jass—, voy a hacerme unas fotos y nos vamos de aquí a la verdadera fiesta, ¿vale?

—Sí, ve tranquilo —le dije.

¿Veis? Sí que doy asquito. Jaspers estaba monísimo con sus vaqueros rotos y su camiseta ancha que le marcaba esa espalda ancha.

—El niño está para chuparse los dedos —ronroneó mi amiga, mirándolo de arriba abajo.

—Tú ya tienes al heladero. Por cierto, ¿dónde está?

—En la playa. ¿Dónde iba a estar?

—Chicas —la voz de Dante nos sobresaltó a las dos, aunque más a mí—, tomad estas copas.

Quise hacerle una pequeña broma:

—No sé si fiarme de ti.

—Sí, imagínate que te drogo, te secuestro y me paso toda la noche entre tus piernas —Lara tenía la boca abierta como un besugo mientras él me cogía por la cintura—, follándote como imagino hacerlo cada minuto del día.

Se rozó conmigo. Estaba duro. Tenía la polla dura. Y estaba encantado con aquel juego.

—¡A tomar por culo! —gritó Lara—. Házmelo a mí.

Los tres nos reímos, pero esa salida de tiesto me salvó de morir de un infarto.

—Eres lo peor —le dijo él—. Mi acompañante me espera. ¿Voy, o nos marchamos, Carlota? —volvió a retarme, y lo peor es que lo dijo en serio y no por picarme.

—Vete, por Dios —le pedí—. Lara, ¿me acompañas al baño?

Dante

Ahí estaba yo: haciendo el idiota.

Me encontré con Ari en la fiesta. Intenté que no me viese, pero me atrapó del brazo. En ese momento, me giré y vi que entraba Carlota, así que saludé a Ari con un escueto «Hola» y la arropé entre mis manos, lo que hizo que ella se sorprendiera. Me acerqué y la besé, aunque ese beso no me supo a nada. Entretanto, los ojos de Carlota estaban puestos en mí y mi acompañante. Olí a Ari, sabiendo que Carlota miraba. La cuidé y la traté como la hubiera tratado a ella. Me hacía sentir fatal, estaba aprovechándome de Ari, y esta, fuera consciente o no, estaba encantada con mis atenciones. Me sentía repulsivo, pero quería que Carlota se pusiera celosa, que viniera y me dijera ese esperado «Vámonos». Pero no. Su saber estar me tocaba los cojones.

Cuando el puto niño se apartó de ella, solté a mi acompañante, cogí dos copas y me escabullí entre la gente hasta llegar a Carlota y Lara. Les ofrecí las copas y las cogí a ambas de la cintura. Lara, que me conocía perfectamente, sabía de mis intenciones, pero Carlota se sobresaltó. La acerqué a mi cuerpo. Me moría por esa niña. Intentó bromear, pero yo ya no tenía compasión.

—Sí, imagínate que te drogo, te secuestro y me paso toda la noche entre tus piernas, follándote como imagino hacerlo cada minuto del día.

Carlota estaba pálida. Pidió que me fuera con un hilo de voz. Su tontería por reprimir sus deseos iba a jodernos a los dos. Pero yo, desde el momento en el que noté su atracción hacia mí, me dejé llevar por mi locura.

Me fui con Ari, pero antes de irme, volví a rozarme con ella. Ese contacto me hacía falta. Esa niña era mi droga.

Carlota

Las dos escapamos de él.

—No le hagas caso. Ha bebido más de la cuenta, y ya sabes...

—Sí, se pone intensito.

Abrí la puerta, le di mi bolso a Lara, entré en el baño y cerré la puerta.

—Es que ha sido tan intenso... Ha sido muy violento cuando me ha besado el cuello —le dije a través del habitáculo.

—¡¿Que?! ¿Hola? ¿Te ha metido mano?

—No, eso no, pero ha sido un *momentazo* porno hablado. Dios. —Recordé el instante tan candente—. Bueno, sí. —Respiré—. Y yo quería, me moría de ganas —reconocí.

—Sal ya, joder. —Lo hice y comencé a lavarme las manos mientras ella me miraba—. De verdad, tía. La tensión sexual podía cortarse con un cuchillo cuando he ido. Y no es por nada... —la miré por el espejo a la vez que me repasaba los labios—, pero se le marcaba el paquete. Y tú estabas acalorada.

—No ha pasado nada —le aseguré.

—Pero habría pasado si no hubiese llegado.

—No. Yo ahora salgo con otra persona, dure lo que dure.

—Pues semejante polvo te has perdido. Dante es un potro.

Nos reímos.

—Lo he notado.

Prorrumpí a carcajadas al verle la cara.

—¿Has visto cómo te mira cuando se acerca a esa idiota?

—La chica no tiene culpa de nada, Lara. Pero sí, él me lo ha dicho: «Voy a estar con una persona que no quiero estar porque tú no te vienes conmigo».

—Muero. ¡Mueeerooo! —gritó como una loca—. Lo amo. Me hace eso a mí y me corro.

Uno de los baños se abrió y salió Arancha con la cara desencajada.

—Qué pena me dais —espetó al pasar por nuestro lado, visiblemente afectada.

—Lávate las manos, cerda.

—¡Lara, por Dios!

Me sentí fatal por lo que habría podido escuchar, y más por la reacción de mi amiga.

Al volver a bajar a la fiesta, nos encontramos con Jaspers esperándonos.

—¿Nos vamos ya a la fiesta de verdad?

Nos ofreció un brazo a cada una, el cual aceptamos gustosas.

En el coche, nos comentó que nuestro amigo había tenido un problema con su novia y que se habían ido. Lara insistió en saber más, pero Jaspers no se fijaba en esas cosas. Era un alma libre.

—Pues no sé, Lara. Por lo que han dicho, ella ha bajado del baño como las locas y ha empezado a insultarlo. Él se ha ido, y ella, detrás. La típica escenita romántica bochornosa que deja al amor a la altura de la misma mierda. Porque querer a una persona es más que eso. El amor no duele. El amor no da inseguridad. Y mucho menos destroza.

Las dos nos miramos por lo intenso que se había puesto. Jaspers cogió mi mano.

—Aunque, claro, siempre puedes dar con alguna loca. —Me miró.

—Oye, que yo soy muy bonita.

—Sí que lo eres, sí.

—Yo soy una puta psicópata del amor. —Lara sonrió como una hiena—, una jodida tóxica de manual.

Una vez que llegamos a la fiesta de la playa, todo era música, arena, hogueras y desmadre. Vamos, lo que a mí realmente me gustaba.

—Cariño, déjate los zapatos en el coche. Lara, tú también. En la arena con esos taconcitos, como que no.

Dejó nuestros zapatos y cogió unas toallas. También nos dio unas chaquetas que llevaba y caminamos hasta donde estaban los demás.

Mi sorpresa fue ver a Dante con su chica sentados en la arena, tomándose unas cervezas con los amigos. En ese momento, sus ojos se encontraron con los míos y me susurró un «Vámonos».

A Jaspers le saltaron todos encima, abrazándolo y felicitándolo, y en cuestión de segundos desapareció. Nos ofrecieron sidra, sangría y cerveza, y comenzamos a bailar con los demás. Poco a poco, fuimos integrándonos entre el barullo. Me sorprendió ver a Jaspers tocar los timbales. Se le veía feliz, pletórico. Los dos nos mirábamos, pero cada uno mantenía su espacio. De vez en cuando, bailaba conmigo y me besaba, pero disfrutaba de la libertad de estar a su rollo, en su espacio. Por el contrario, yo buscaba al loco de turno con los ojos, a pesar de que me sentía fatal.

Y, cómo no, Dante se encargó varias veces de hacerme saber que él estaba allí. Intentaba provocarme o darme celos con Arancha. Y lo cierto es que sí, lo conseguía.

9. Las despedidas traen comienzos inesperados

«El amor verdadero nace de la comprensión».

Frase zen

Carlota

El *camping* volvió a su calma. Las horas de trabajo se habían reducido a lo normal y todos respirábamos tranquilos. Era miércoles por la mañana y estaba tomándome un descanso en la terraza del bar con Lara y Judith. Cuando aparecieron los chicos, se sentaron con nosotras, pero Jaspers tenía una expresión que no supe cómo descifrarla.

Andrés y Lara, la noche de la famosa fiesta, se habían enrollado y habían acabado en la *furgo* de él. Sin embargo, Lara desde el minuto uno marcó las distancias con él.

Ricardo nos sirvió unos refrescos.

—Bueno, tenemos que empezar a recoger las cosas —le dijo Andrés a Aitor.

—¿Recoger?, ¿ya os vais? —quise saber.

Jaspers me miró.

—Sí. En dos semanas tenemos la competición de Portugal. Y, ya sabes, tenemos que entrenar y conocer bien el mar, sus corrientes… —Sus ojos desprendían tristeza.

—Pensaba que tardaríais unos días más.

—Sí, él y yo. —Señaló a otro de sus amigos—. Nos quedaremos un día más, ya que los representantes quieren hacer un par de anuncios publicitarios.

—Ah, vale.

Eso me dejo más tranquila, aunque solo aparentemente. Mi corazón ya empezaba a echarlo de menos.

Lo llamaron al teléfono. De un salto, se puso de pie y se alejó para responder. Los demás me miraron mientras yo veía como él ya empezaba a alejarse. Era normal: tenía que seguir con su vida, con su sueño. Habíamos pasado unas semanas maravillosas, pero tocaba volver a la realidad: él a su vida y yo a terminar de recomponer la mía. Sabía a ciencia cierta que, a pesar de que él se marchara, jamás saldría de mi vida.

Por la noche, fuimos a la taberna a tomar algo con Judith. Lara tenía que trabajar, ya que uno de los camareros que tenía no había ido al trabajo porque se había puesto malo. Dante estaba sentado en una mesa, mirándome, rodeado de sus amigos, que eran supersimpáticos y agradables. Ellos siempre me miraban con una sonrisita tonta.

Judith estaba muy callada. Llevaba días así, como decaída.

—No quieres decirme que estás mal, pero te noto la vibra baja —le dije, cogiéndola de la mano —. Me gustaría poder ayudarte.

—Es que no hay ayuda posible. —Respiró hondo—. Me ha dejado. Mi marido me ha dejado. —Rompió a llorar. Me quedé helada, ya que no esperaba algo así—. Hace dos años que me engaña, lo sabe todo el mundo. Pero yo siempre he pensado que era un capricho, que se le pasaría. Pero no.

—Ya... —La voz apenas ni me salía.

—Pero, en fin, la vida sigue. —Se sorbió la nariz—. Esta semana se muda. A casa de ella.

—No me lo puedo creer. De verdad, Judith. Lo siento —fue lo único que pude decirle.

Poco después, Lara se unió a nosotras. Y cuando vio el estado de Judith, decidimos salir fuera. Entre las dos intentamos apoyarla, darle ánimos, aunque no sirvió nada. Ella seguía queriéndolo, y ese dolor no era fácil que desapareciera.

Cuando volvimos a entrar, nuestra mesa estaba ocupada. Un amigo de Dante, Bruno, nos hizo señales para que nos sentáramos con ellos.

—Si no te apetece, nos vamos. ¿Quieres ir a mi casa? —le propuse.

—No, mejor aquí con gente, para que así se me olvide, Carli. Si nos vamos a tu casa, volveremos hablar y me romperé de nuevo.

Así que cogimos unas sillas y nos unimos a ellos.

—Ponte a mi lado, rubia.

La chulería de Dante me sacaba de mis casillas y me atraía a partes iguales.

—Ni lo sueñes, moreno —le contesté estúpidamente, dejándolo en ridículo delante de sus amigos. Lo cierto era que me encantaba entrar en su juego.

—Bruja. —Batí mis pestañas al aire—. Cualquier día, te como.

—Sí: el bolso —volvió a salir mi tontería, y lo proveché aún más.

Los demás nos miraban como si de un partido de tenis se tratase, y encima estaban encantados con la situación.

Dante se puso de pie, cogió su silla y se vino a mi lado.

—¿Me dejas, Bruno?

Su amigo lo miró pero se apartó, y aprovechó para sentarse al lado de Judith. Eran amigos desde pequeños, y creo que también notaba que le ocurría algo.

—Ay, ay, rubita —Dante apoyó un brazo en el respaldo de mi silla—, ¿qué voy a hacer contigo ahora que te quedas solita?

—¿De verdad? Cuando creo que no puedes ser más idiota, vas y te coronas. Te lo juro.

Me puse de pie y él también.

—No pretendía ofenderte. Perdóname. —Su voz sonó sincera—. Carlota, te juro que no quería hacerte daño.

—No sé si creerte, la verdad.

—Pues créeme, porque lo único que quiero es que estés bien. Y conmigo. —Eso último lo dijo en alto, sin un ápice de vergüenza a pesar de que estábamos rodeados de gente y todos lo habíamos escuchado.

—Pues no seas idiota, al menos en un ratito.

Volví a sentarme, pero estaba tensa.

Dante

Había llegado a mis oídos que el chaval ese por fin se iba. Lara me contó que Carlota se lo había dicho y que había sido Carlota quien había decidido dejar la relación, o al menos pretendía hacerlo.

«Por fin», pensé.

Cuando entró en el bar, comenzó mi tontería. Y ella me siguió el juego, me contestaba. Se ponía chulita, y, sin que se diera cuenta, me enamoraba más. Me relamía por dentro solo con verla. No sé por qué se molestó conmigo ni por qué los ojos se le entristecieron, pero me sirvió para decirle que quería estar con ella. Delante de todos.

La miré mientras hablaba con uno de mis colegas y pensé: «Va a ser mi mujer. No mi novia, sino mi mujer. La madre de mis hijos».

Carlota

La gente continuó con sus cosas y sus charlas, pero yo solo podía repetir: «Llave de luz y paciencia», para no ahogarlo con mis manos. No sé por qué me dejé convencer para salir a tomar el aire, pero ahí estábamos: sentados en el muro de piedra de enfrente del bar.

—De verdad que no quería molestarte, nena, no ha sido mi intención —se excusó, acercándose a mí—. Pero tengo que reconocer que me alegro de que se vaya. —Lo miré, pero no dije nada—. Tú sabes lo que pasó el otro día entre nosotros. Lo sabes perfectamente.

Me acarició una mano y me estremecí. Su tacto me encendía.

—Sí, soy consciente de lo que ocurrió, pero no me siento bien como persona haciendo eso.

—¿Por qué, si realmente querías irte conmigo? —No supe qué contestarle a eso—. Los dos nos moríamos de ganas, Carlota, ¿por qué seguir jodiéndonos? —Se puso de pie y caminó hasta quedar enfrente de mí. Sus manos me cogieron por la cintura—. Dime por qué. Necesito saberlo, porque estoy volviéndome loco.

—No sé. —Miré hacia el suelo.

—Sabes que lo tuyo con él es solo amistad, que él está enamorado de ti, y te sientes culpable por eso. —Me levantó la cara con su dedo empujando suavemente mi barbilla—. ¿Es eso?

—¿Qué quieres que te diga?

Nuestras miradas se encontraron y saltaron las chispas.

—La verdad, nena, porque no soy idiota. Tú me tienes las mismas ganas a mí que yo a ti.

—Dante, para —le pedí, por miedo a reconocer en voz alta lo que me sucedía en realidad.

—No, nena, no. Lo que te pasa es que te sientes culpable porque sabes que es verdad, que para ti es un amigo con el que te has liado, que no te da lo que quieres y él está como loco por ti. Y tú te sientes mal porque en realidad quieres estar conmigo.

—¿Podemos dejar el tema? —casi le supliqué, poniéndome de pie y atacada ya de los nervios.

—Sí, lo dejamos por ahora. Y a ver qué pasa, porque yo solo hago ir detrás de ti, y en la puta fiesta me habría ido contigo con tú solo pedirlo. Me habría sudado la misma polla la gente y ese niñato de los cojones, así que el tema se queda aquí. Cuando quieras algo, vienes y me hablas clarito.

Se marchó y me dejó sola.

Al cabo de un rato me fui, pues había quedado con Jaspers después de cenar, ya que había tenido una cena con un *sponsor*. Ya me había duchado y puesto el pijama cuando llegó. Lo vi decaído, por lo que intenté transmitirle calma y tranquilidad.

Me besó en los labios, como ya era costumbre, y se sentó a mi lado.

—Carlota —mi nombre en su boca sonó áspero—, sé que no tengo derecho, sé que no debería, pero no puedo. —Me tocó la rodilla y la apretó suavemente—. Vente. Vente conmigo a Portugal. No lo pienses, solo hazlo.

—Jaspers... —comencé, a punto de romper en llanto.

—No, no contestes ahora. No digas nada. Primero piénsalo, porque yo estoy hecho una mierda. No quiero irme sin ti. —La ternura de sus palabras me abrigó el corazón—. No puedo imaginarme sin ti. Joder, me he enamorado de ti. —Se acercó a mí y cogió mi cara entre sus manos—. Te quiero, cariño, te quiero. Te amo. —Los ojos le brillaban. Los tenía llenos de lágrimas que seguramente camparían a sus anchas durante la noche—. Piénsalo, por favor.

Se puso de pie y me dio la espalda.

—No te vayas —le pedí.

—No puedo estar aquí ahora, entiéndeme. —Su voz temblaba y, a pesar de que no vi su cara, sé que lloraba.

—Te vas mañana. —Entonces, rompí a llorar yo. Anduve los escasos pasos que me separaban de él y lo abracé por detrás—. Te vas mañana —repetí con voz rota.

—Cielo, piénsalo. Te pido mucho, lo sé. Pero ¿qué haré sin ti?

—Jaspers, es tu vida. Yo voy a ser un freno.

—No —negó entre sollozos.

—Sí. Ahora no lo ves, pero con el tiempo lo harás. Eres joven, estás en lo alto de tu carrera como surfista. Ve, hazlo. Vívelo. Pocos pueden, pero no es mi vida ni es mi sitio.

—Gorda, no... No quiero irme sin ti. Me duele el pecho —me confesó.

—Y a mí. A mí también, yo también te quiero. Te has convertido en todo.

—Eres mi verano —murmuró a media voz.

—Sí, eres mi verano —repetí yo.

Nos mantuvimos en esa posición unos minutos y después se fue. Sin despedirse. Dejándome vacía. Sin él.

La sensación era horrorosa. Y me dolía el alma.

Pero no. No podía hacerle eso a él ni a mí. Realmente yo sí lo quería, pero no estaba enamorada. Sentía más amistad que amor como para dejar todo lo que había construido poco a poco en aquel lugar. Tampoco me sentía lo suficientemente bien como para tener una relación seria y segura, y mucho menos me veía dejándolo todo para perseguir a un hombre en busca de sus sueños. Porque, aunque en esos momentos yo no tuviera sueños, algún día los tendría, y no quería reprocharle a nadie que los había dejado aparcados para seguir los suyos. Y, aunque no quisiera reconocerlo, únicamente tenía a Dante en la cabeza. Y eso me hacía sentir mala persona. Me hacía sentir que Jaspers no se merecía a alguien como yo en su vida, pues él era puro.

Como un sabio dijo una vez: «Hay que plantar un árbol para no vivir a la sombra de nadie». Y desde hacía tiempo, yo me sentaba bajo mi propio cobijo.

Después de aquella reflexión, me fui a mi cuarto. No podía dormir, no podía estar en la cama, y estaba inquieta, así que me levanté para prepárame una tila. Me abrigué con la chaqueta y salí al porche. A esas horas, el *camping* estaba en completo silencio y podía ver todas las estrellas y las constelaciones.

Escuché pasos y sentí que era él. En cuanto entró en la calle, salí a su encuentro. Mi cuerpo impactó con el suyo. Enseguida, sus fuertes brazos se aferraron a mí. Lo besé con ternura y él me devolvió el beso con locura y pasión, pero los dos fuimos conscientes de que nuestra pequeña historia de amor se había acabado. Al menos por mi parte. Él no dijo nada, pero sabía realmente lo que pasaba. Me lo había notado desde la noche de la fiesta. Aun así, pasamos la noche juntos, con algún beso perdido entre lágrimas de tristeza y melancolía por mi parte.

Nos dio el amanecer en el porche. La puesta de sol no pudo ser más perfecta. La luna dio paso al sol, llevándose consigo nuestra última noche juntos. Porque aquello fue eso: una despedida real. Aunque no hablamos ni insinuamos nada, los dos sabíamos que solo podríamos tener una amistad. Sí había amor, cariño, pero era solamente amistoso. Al menos, yo sentía eso. Y a pesar de no haberle dicho ninguna palabra, sabía que él intuía que yo no lo amaba. Que lo quería, sí, pero que no podíamos llegar a nada más. Y ahí demostró su grandeza: en dejarme ir también, pese a ser doloroso para él. Me dejó para que yo fuera feliz, y no intentó retenerme a pesar del dolor que aquello le causaba. Y eso me hizo sentir peor persona.

10. El dolor es parte de la aceptación

«El dolor es inevitable,
pero el sufrimiento es opcional».

Buda

Debo reconocer que la despedida con Jaspers fue mucho más dura de lo que yo supuse en un principio. Tras dos semanas, y a pesar de mantener el contacto telefónico, seguía echando en falta su calor. Como apuntó Lara una noche, el cabrito se había llevado un trocito de mí, de mi ser, de la vieja Carlota.

Miraba la palmera que tenía tatuada en mi piel y, al hacerlo, su recuerdo se hacía más fuerte. La sensación de lo que pudo haber sido me sobrecogía, recordándome ese día tan especial en el que conecté de verdad conmigo misma.

Cuando por fin me reconocí.

Socorro y Manuel, al verme decaída, decidieron darme unos días libres para que fuese a Madrid a ver a mis padres, me despejara y volviera centrada. Ellos me conocían muy bien, comprendiendo en todo momento lo que esos días fueron para mí. El visible cambio que di y cómo, paulatinamente, recuperé la confianza que hace años perdí. No lo pensé. Me despedí de Socorro en el tren como si me despidiese de mi segunda madre. Ella no pudo reprimir las lágrimas, supongo que temía que yo no fuera capaz de regresar o que corriera detrás de él.

La locura que profesé días atrás por Dante se desvaneció como por arte de magia. Me sentía tan mal conmigo misma, que se evaporó por completo la chifladura que me había envuelto. Incluso él fue consciente de mi cambio de actitud.

No sé si fue por su partida o por mi comportamiento de esos últimos días con Dante, pero algo dentro de mí me hacía sentir culpable de mis propios sentimientos. De dejarme llevar por esa locura infantil, cuando Jaspers me adoraba constantemente.

Los días en casa de mis padres pasaron fugazmente. Mi hermano llegó el jueves para ayudarme con la compra del nuevo coche. Al final nos decantamos por un Seat Ibiza sencillito del noventa y ocho, que era de una vecina de mi tía Luisa. El vehículo llevaba muchos años en el garaje y estaba bien cuidado, tenía el motor nuevo, así que, por poco más de quinientos euros, el cambio de nombre fue mío.

Mis padres estaban felices de tenerme en casa, pero sobre todo de verme bien. La niña que ellos criaron y educaron estaba de regreso al hogar.

Comencé a darle valor a las pequeñas cosas, a entender que, en ocasiones, menos es más. A soltar para recibir. Comprendí que la vida es para vivirla dejando atrás el qué dirán.

Raúl todavía conserva algunos días de vacaciones y dijo a mis padres que quería venir conmigo. Le apetecía desconectar y conocer el *camping* y a las personas que yo tantísimo echaba de menos.

Así que el viernes nos dirigimos al banco a ver qué rentabilidad podíamos darles a mis ahorros. Y, tras una despedida con nuestros padres, pusimos rumbo a mi pequeño paraíso.

Mientras conducía de vuelta a casa, mi hermano intentaba convencerme de comprarme algún piso en Madrid, de asegurarse de mi regreso, de alguna forma necesitaba retenerme en la ciudad. Creía que era la mejor inversión que podía hacer. Ya que lo que me comentó el gestor del banco no me convenció en absoluto, decidí dejar las cosas como estaban, pero atarme con un piso en Madrid no entraba en mis planes.

Sobre las siete de la tarde cruzamos las puertas de La Ola.

Manuel salió a recibirme en cuanto me vio, con cariño y feliz de volver a verme. Me envolvió en sus brazos.

—Niña, Socorro ha estado como un alma en pena sin ti.

Volví a abrazarlo con una sonrisa de felicidad en la cara, en mi alma.

Le presenté a mi hermano y los dos conectaron de inmediato. Raúl era muy protector conmigo, enseguida captó el cariño de padre de Manuel. Escuchamos las voces de Socorro que se acercaba a nosotros.

—¡Será posible! ¡Qué mozo se ha traído! —le dijo a su amiga Manuela a voces.

Una vez se instaló mi hermano, pasamos por el bar. Los clientes habituales del *camping* están reunidos en el interior, ya que había empezado a lloviznar. Jugaban al dominó y se mantenían concentrados, pero pararon a saludarnos y aprovechar para ver quién era el hombre que me acompañaba.

—Tú sabes que sin tus pinchos de tortilla esto no es lo mismo, ¿verdad? —dijo Patxi, con su gorrito siempre puesto y dos botones de la camisa desabrochados por su exuberante panza. Todos mostraban una alegría que me hizo sentir en casa.

Una vez que recorrimos el *camping* lo llevé a conocer el pueblo. Para mi sorpresa, Dante estaba en la puerta de su taller hablando con un vecino.

Al verme se arrojó sobre nosotros. No tuve tiempo de hablar cuando ya me había levantado cuatro palmos del suelo abrazándome fuertemente.

—¡Joder, Carlota! Pensaba que no ibas a volver.

Sus ojos brillaban, debía reconocer que era magnético. Tan guapo y feroz que me costó seguir respirando.

—Vale, ya estoy aquí. Suéltame, por Dios —reí, muerta de vergüenza—. Yo también te echaba de menos —reconocí, una vez que toqué el suelo.

Sus ojos fueron a Raúl, que se aguantaba la sonrisita cabrona que iba siempre con él.

—Antes de que metas la pata, quedando como el capullo que sueles ser… —los dos me miraron boquiabiertos—, te presento a Raúl, mi futuro marido —le expliqué calmadamente,

ocultando las ganas de estallar de risa.

Mi hermano se descojonó al ver su cara, que palideció de inmediato petrificando su rostro.

—Que es broma —me reí junto a Raúl—. Es mi hermano —le confesé al fin.

—Yo te mato. —Se limpió la mano en el pantalón, después se la ofreció a Raúl que seguía riéndose a carcajadas—. Eres muy graciosilla, ¡eh! —Vi luz en sus ojos.

Sí, mi hermano es de estos niños superbuenos, responsables, pero cabroncete, que les encanta el mal gracioso y las bromas pesadas.

—Venga, os invito a un *txakoli* en la taberna, que Lara debe de estar dando ladridos a todo Dios.

—¿Qué le pasa? —reaccioné enseguida—. ¿Está bien?

—¿Qué no le pasa a esa jodida loca? Desde que te fuiste está insoportable, bueno…, como yo —admitió, sin cortarse un pelo delante de mi hermano, que se encontraba divertido ante aquella situación.

Cerró el taller, viniéndose con nosotros, desbordando alegría por los poros de su piel.

Nada más entrar en la taberna, Lara se percató de que había entrado un chico al que ella no conocía, su mirada felina recorrió entero a Raúl. A lo lejos distinguí cómo se recolocaba el escote y se pellizcó los mofletes acercándose a nosotros como una leona. La expresión de Dante fue de terror y enseguida buscó mi mirada, pero yo estaba disfrutando con el panorama, al pobre lo pilló de improviso. Suerte que Dante se la sacó de encima rápidamente.

—Quieta, fiera, es el hermano de Carlota, Raúl —los presentó. Ella le dio dos besos.

Dante

Llevaba días realmente jodido. Carlota se había ido. Seguramente por el idiota de la tabla o yo qué sé. La cuestión es que estaba en el taller cuando llegó. Me puse de los nervios, abrazándola con fuerza.

«Mi niña», pensé al estrecharla contra mí.

La tensión desapareció de mi cuerpo. Algo dentro de mí me hizo recuperar la paz que perdí el día en que ella se marchó. La tranquilidad, la alegría, una sensación rarísima de bienestar. No podía dejar de mirarla, qué bonita era, por Dios. Estaba con su hermano. No lo dudé: me fui con ellos, ni un segundo quería perderme. La necesitaba tanto… Era como un bálsamo para mi alma.

Carlota

Mi hermano pareció sentirse igual de cómodo que yo. El sábado por la noche me dijo que había quedado con Dante para ir de pinchos por el puerto, que quedábamos en la taberna para irnos por ahí con Lara. Acababa de llegar y ya disfrutaba de más planes que yo. Si algo tenía Raúl, era ser

un imán para las personas, las atraía como por arte de magia. Era algo que me fascinaba de su personalidad, su carisma.

Tampoco hubo mucha faena en el bar, a las diez de la noche ya lo tenía todo recogido y preparado. Esa noche cerré pronto, me di una ducha, rebusqué en el armario y encontré unos pitillos negros, un bodi oscuro que combiné con un cinturón de leopardo, que también salvó Judith de venderse en la web de ropa usada, unos zapatos de tacón marrones comodísimos que tenía y la chaqueta de cuero.

Me alboroté el pelo, lo tenía limpio de la tarde, por lo que tampoco le presté mucha atención. Me sentía cómoda, despeinada, con las ondas naturales que tenía. Me miré en el espejo y me sentí bien. Me di un poco de luz en los mofletes con un colorete color melocotón, un brillo de labios natural y, agradecida por cómo me sentía, cerré la puerta.

Dejé el coche en el taller y caminé tranquilamente por la calle que daba directamente a la plaza donde se encontraba la taberna.

Me tropecé con Judith en la puerta; le daba pereza entrar sola, su exmarido ya paseaba por el pueblo con su nueva novia de la mano, mientras que ella se sentía como la apestada del lugar. Aunque ya nos habíamos visto, nos abrazamos como si hiciese años que no nos veíamos.

—¡Venga, vamos! —Le di la mano.

Nos sentamos con los demás en una de las mesas. Además, estaban amigos del pueblo de Lara y otros pocos de Dante. Al fondo, entre las mesas llenas, se encontraba la nueva pareja.

—Ni loca te vas a ir —brinqué, al ver sus intenciones.

Lara la miró, susurrando bajito.

—Lo siento, no he podido hacer nada.

Acarició su rodilla con cariño aparentando normalidad a nuestro alrededor.

Mi hermano enseguida se quedó con la situación, además de que ella le había contado algo la noche anterior.

—Escúchame. —Se acercó a su oído—. Ese tío es tonto. Ha pasado del caviar al chope. Te lo digo yo, que soy un hombre con un gusto exquisito. Este tío ha perdido la razón.

Yo miré a mi hermano con amor. Porque sí, tenía razón. Judith era preciosa, elegante, buena persona, y él se había dejado llevar por su tontería de estar con una chica joven, por esa fantasía de algunos tíos.

Comenzaron a correr las copas por la mesa, las risas. Cada vez se nos unía más gente. Mientras esperábamos a que Lara bajase cambiada de casa, los ánimos de fiesta iban en aumento.

Dante, cada vez más cerca de mí, poniéndome de los nervios. La gente hablaba de una fiesta que había en el *pub* del pueblo de al lado. Realmente me daba igual dónde ir, mientras pudiese bailar como una loca. Los dedos de Dante jugueteaban con mi pelo. Mi cuerpo reaccionó al calor de sus manos. Tenía las piernas cruzadas y su rodilla rozó la mía. Yo quería tocarlo, pero no quería meter la pata nuevamente. Me lo pedía el cuerpo, en realidad. Me acordaba de Jaspers, por

supuesto, pero cada vez dolía menos. Ya no tenía ese sentimiento de culpabilidad dentro, lo que era un alivio.

Estábamos en la calle repartiendo los coches, Raúl estaba organizando el cotarro como siempre.

—Yo llevo el coche de mi hermana. Lara, tú conmigo —le dijo con una sonrisa ladeada, dejándome con tres palmos de narices.

—Rubia, tú en el mío.

Cómo no, Dante saltó con sus siete machos al unísono. Lo fulminé con la mirada y rayos láser le atravesaron la cabeza.

—Au, au, au —le corearon sus amigos provocando la risa de todos los presentes, incluyéndome a mí.

La mirada de Raúl me buscó divertida, algo le habían contado y él, que era un capullito al cual le gustaba la marcha, tuvo que hacer unas gracias.

—Yo voy con Judith —le respondí, a pesar del pitorreo de los demás.

—No, cariño, no —me negó con el dedo, provocándome la mala leche—. Las dos conmigo, que sobran dos sitios.

Estábamos aparcando la camioneta, cuando al lado nos aparcó Arancha con sus amigas, algo bebidas y armando lío en la calle.

—La noche se te presenta movidita. —Lo abrazó Judith desde atrás, golpeando a Dante en el pecho con la palma de la mano—. Ya verás la loca de turno cuando te vea con la Carlotita.

Su risita picarona me hizo verla todavía más bonita. Estaba agradecida por tenerla en mi vida.

—Que diga lo que quiera, yo no tengo por qué dar explicaciones a nadie. Y mucho menos a ella.

—¿Explicaciones de qué? —pregunté inocentemente.

—De ningún tipo —me cortó tajante.

—Aaaaah.

Me bajé del coche y me reuní con los demás. La cola le daba la vuelta a la calle.

—Venid, vamos por detrás —dijo uno de ellos—. Conozco al dueño, siempre entro por detrás.

—Eso comentan —le espetó una de las chicas.

El alcohol podía hacer estragos, lo tenía claro. Así que, por las malas experiencias de la vida, yo no solía beber mucho, a pesar de juntarme con marineros ingleses que empinaban el codo de una forma que a mí me dejaba alucinada, yo siempre mantenía la cordura.

El local estaba rebosar, creo que no entraba un alma más. Todos juntos en un rincón en la barra, encogidos como sardinas, tan cerca unos de otros que no podíamos prácticamente movernos, la sensación de asfixia era horrible.

Dante se acercó a mí con una copa de balón, abriéndose paso.

—Toma, es ron. —Me ofreció la copa y le di un sorbo—. Está flojito, rubia. Como a ti te gusta. —Me guiñó el ojo, tentador, con sonrisa pícara incorporada, acercando tanto su cuerpo a mí

como podía. Con su corpulencia logró hacer el suficiente espacio entre mi cuerpo y la barra, y pude respirar.

—Muchas gracias.

Sonó una canción de Leiva que me gustaba mucho, *Como si fueras a morir mañana*. Yo canté a gritos, y Raúl, Lara, Judith y Dante me acompañaron. Bailamos todos juntos.

—Me pones tonto cuando te ríes así —me dijo Dante en el oído.

Giré sobre mí misma abrazándome a su cuello.

—Y tú a mí, cuando eres tú, cuando te muestras como eres. —Su boca rozó la mía levemente.

Dante

Raúl era un tío de puta madre, como su hermana, pero en tío. Me cayó fenomenal enseguida y, para colmo, me seguía el rollo. Sabía perfectamente que su hermanita me traía de cabeza, eso le divertía.

Yo sabía que le dijera rubia o rubita la cabreaba, pero, a mí, ver esos ojos rasgados y el brillito de leona que se le ponían me encantaba.

Fui con ella en el coche. Al bajar vimos a Ari. Se puso chulita diciéndome que a ver qué hacía, se iba a cagar, mi rubia. Pensaba perseguirla toda la noche y dejarle claro que Ari no me interesaba en absoluto. Eso ya se había acabado.

Lo que no me imaginé es que ella fuera tan ella. Cantando a gritos, sin vergüenza. Bailando y riéndose a carcajadas. Joder, me animé y todo. Verla feliz era una pasada. Me hacía sentirme el hombre más afortunado del puto planeta. Qué risa tan bonita tenía. Delicada, sensual. Ella me abrazó sin que tuviera que arrinconarla. Esa pequeña se estaba metiendo a fuego en mi pecho. Yo ya andaba como loco, el corazón se me salía del pecho porque ella realmente se había relajado. Se acercaba a mí como se acercaba a los demás y se sentía a gusto conmigo. Bailaba conmigo, su cuerpo se rozaba sin ser consciente lo que me provocaba. Nuestros cuerpos se acompasaban, se sincronizaban. Los demás nos miraban, yo era consciente de ello, pero me daba igual. Carlota pegó su culo, su espalda contra mi cuerpo. Yo la sostenía del estómago con mi mano mientras bailábamos. Apoyó su cabeza en mi pecho. Joder, casi me muero.

—Nene, tu amiga no nos quita ojo.

Su aliento rozó mi cuello. La apreté más a mí, yo estaba duro, quería que ella lo supiese.

—Ni caso, cariño.

Moví mis caderas al ritmo de la música, no pensaba soltarla. Ni loco. Miré a Ari, que no apartaba sus ojos nosotros. No me importó en absoluto. Yo ya le había dejado las cosas claras, aunque me dolía verla de esa manera. Estaba descompuesta, no era agradable, pero no pensaba dejar pasar la oportunidad de estar con Carlota, necesitaba darle el cien por cien de mí.

Carlota

Bailé hasta que no pude más, hasta no sentir los pies y no poder caminar. Dante tuvo que llevarme en brazos al coche.

—No puedo —le decía yo, llorando de la risa—. Te juro que me duelen, que se han muerto.

Los señalaba mientras él me cargaba. Yo escondía la cara en su cuello. Su aroma me volvió loca. Mi hermano y Lara no nos quitaban la mirada, mientras que yo me moría de vergüenza. Estaba sentándome en el coche cuando vi por la ventanilla la mano de mi hermano perdida entre los caches del culo de Lara.

Al momento me tocó en la ventanilla.

—Dante, ¿llevas tú a mi hermana a casa?

Él dijo que sí con una sonrisa burlona.

—¿Dónde vas? —pregunté, alucinada por el comportamiento de mi hermano.

—Con esa pelirroja de ahí. —Señaló a mi amiga, que hacía gestos obscenos con la mano. Raúl pasó la cabeza por la ventanilla y me besó en la cara—. No me esperes despierta.

—No pensaba hacerlo. Golfo, que eres un golfo. —Se fue a dar la vuelta cuando lo agarré de la camiseta—. Óyeme, guapito de cara, esa loca de ahí es mi amiga, así que ojito. —Con mi dedo índice y corazón me toqué los ojos—. Te vigilo.

—Llévatela —le pidió a Dante guiñándole un ojo—. Está de lo más tensa —se burló de mí, dejándome cortada—. Nada, *ia*, a ver si dejas de ser tan estrecha y le das un meneo —soltó de repente, provocando la risa de todos mis acompañantes. Lo fulminé con la mirada, él me dio un beso en la frente—. Quita esa cara de culo.

Se marchó corriendo y persiguiendo a Lara por la calle como un tarado; esta, al verlo, salió disparada en otra dirección.

—Tomamos la última en mi casa —comentó Dante, al tiempo que me acariciaba la pierna. Sus manos grandes me mimaban con amor, ternura. Yo me olvidé de respirar.

—A mí déjame en la mía.

No podía ni mirarlo de la vergüenza que sentía; en cambio, él se mantenía relajado.

—Ni hablar, pequeña, ni hablar. Tú con nosotros.

Miró a Judith por el espejo retrovisor. Él, cuidando de ella, como buen amigo que era. Los dos sabíamos que iba loca por llegar a casa y romper en llanto. Ninguno estaba dispuesto a dejárselo hacer, ella no se merecía eso.

La casa de Dante me asombró. Especulaba que era una casa antigua también por dentro, pero no. Era bonita, completamente reformada con mucho gusto; todo muy minimalista, en colores sobrios, como su personalidad. El sofá negro, grande, de piel. Espacios abiertos, daba la sensación de estar en un anuncio de la televisión. Tenía una pequeña barra de bar o, más bien, una isla entre el comedor y la cocina, separando las dos estancias.

—¿Qué queréis? —preguntó, con tono de barman.

Lo notaba cómodo, en su salsa, siendo un buen anfitrión.

—Haznos uno de tus cócteles —pidió su amigo—. Lo que te venga en gana —volvió a la conversación que mantenían los demás.

—Nena, pon algo de música —suavizó su voz—. Pon lo que quieras, cariño.

Tenía un tocadiscos antiguo y una máquina de bar de esas americanas antiguas preciosa.

—Me encanta, qué bonita es. —La acaricié con la yema de los dedos, fascinada—. Es chulísima. No sé qué poner —repasé los discos. Tenía cientos.

—Pon lo que quieras, estás en tu casa. —Lo miré distraída—. Bueno, tu futura casa. —Me miró divertido.

Mientras yo intentaba conectar mi teléfono a su altavoz aprecié que él me miraba, lo encontré nervioso.

Se acercó a mí con una copa. Los bordes estaban marcados por grosella y azúcar. Sus ojos desprendían fuego.

—Qué buena pinta —me relamí al verla.

El roce de nuestras manos me erizó la piel, su mirada sobre mí me calentaba el alma.

—¿Sabes lo que tendría buena pinta? —Negué con la cabeza, mientras probaba la bebida que me había dado, intentando quitar importancia a esa situación tan sexi que él provocaba a conciencia—. Tú aquí, en mi casa, descalza, desnuda, con una camiseta mía y recién follada. —Abrí la boca cual pez fuera del agua—. Buscando música mientras yo te preparo el desayuno, para reponer fuerzas y volver a follarte. —Sonrió macarra—. Eso sí que tiene buena pinta, cariño.

Consiguió ponerme tan nerviosa, cortada y excitada, que no pude hacer otra cosa que escabullirme de ahí. Acercándome a los demás en el sofá. Esquivando su mirada lasciva.

Dante

Verla en mi casa me hizo volverme más tonto de lo normal. Dios, quedaba perfecta allí donde mirara. La imaginé desnuda en casa. Esa imagen me encantó. Yo lo quería todo de ella, todo. No solo sexo, quería su vida entera para mí. Me juré que no la perseguiría más, que le dejaría tranquila. Pero no podía, no lograba resistirme a ella. La necesidad de perseguirla, de arrinconarla, me salía innato, esa sensación me daba placer. Joder, la adrenalina me recorría entero. El morbo de acosarla, ponerla nerviosa. Me estaba volviendo más loco de lo normal. En mi puta vida había deseado algo tanto.

Carlota

Me uní a la tertulia, Dante no dejaba de preparar cócteles y de participar en la conversación, divertido. Sobre las seis de la mañana empezó a amanecer y decidimos irnos a descansar, Dante

se empeñó en que durmiéramos en su cama, pero al final se rindió y nos llevó a Judith y a mí a la mía.

Dante

El resto de la noche fue tranquila, me prometí no ponerla más en aprietos, dejar que se relajara, que se sintiera a gusto, que ella misma supiera que mi casa era su hogar, el nuestro. Estaba despuntando el día mientras yo rezaba porque la noche no terminara. Tenerla tan cerca y relajada era el puto cielo. Les ofrecí mi cama a las dos, pero Carlota no aceptó o no se sintió lo suficientemente cómoda para eso, para tomar esa confianza todavía, así que no me quedó otra que llevarlas a su módulo.

Al bajarse del coche, se acercó a darme un beso en la cara. Mi mano fue hasta su cuello, la sostuve y le miré los labios, eran tan jugosos que me encandilaban. Quería besarla. Pero no, la primera vez que nos besásemos tendría que ser especial. Tendría que ser ella la que me lo reclamara. Yo no iba a forzarla más. «Poco a poco», me repetía.

11. No se puede huir de donde no quieres escapar

«No mires las faltas de los demás,
o lo que los demás han hecho
o dejado de hacer.
Observa lo que tú has hecho o has dejado
de hacer».

Buda

Habían pasado algunas semanas desde que Raúl se había ido de vuelta a Valencia. Lara suspiraba por los rincones y yo no podía creérmelo. Los dos eran prácticamente iguales.

Solteros, felices de serlo sin alguna pretensión por enamorarse de nadie. Vivían perfectamente, pero la conexión entre ellos fue creciendo cada día.

Judith estaba mucho mejor. Aceptó su ruptura, conforme lo iba asumiendo día tras día, y con paciencia, todo comenzó a encajar. A encontrarse bien sola en el piso, a preparar cena para ella, a disfrutar del tiempo que tenía libre para conocerse mejor. Yo era consciente de su cambio, de su actitud y de la bonita sonrisa que lucía.

Corríamos todas las mañanas juntas, practicábamos yoga y yo intentaba enseñarle lo poco que sabía. Del mismo modo se inició en *Ho'oponopono,* comenzando a fluir con el universo. Y, como suele pasar, cuando sientes la vibración del universo y te acompasas con ella, todo llega, siempre en el momento debido, ni antes ni después.

Cada día me sentía más fuerte, mejor. Las bromas pesadas de Dante ya no me ponían de mal humor, nuestra amistad cada día se fortificaba más.

Teníamos días en los que parecíamos críos de quince años. Jugábamos, nos perseguíamos. Nos buscábamos. Era una locura. Un cortejo en toda regla, como decía Manuel. La gente nos animaba a dar el paso, pero los dos manteníamos una calma pasmosa. Yo me moría porque él diera un paso más, pero no, parecía encantado persiguiéndome, llevándome al límite diariamente.

Esa mañana salimos a correr como de costumbre las dos, concentradas, escuchando música relajante.

Al girar la calle que nos conducía al *camping* me quedé paralizada. Había una furgoneta blanca de una revista bastante conocida con la cual yo había trabajado años atrás. Les había dado alguna que otra exclusiva e incluso había sido portada de ella.

Me paré en seco, me paralicé por completo. Judith, al verme la cara, no supo qué decir. Yo tenía las manos apoyadas en mis rodillas, sin poder respirar; no por los once kilómetros que acabábamos de hacer, sino por la cruda realidad. Una que se había materializado en la puerta de mi hogar.

Judith acarició mi espalda. Me quité los iPod y la miré, sintiéndome aterrorizada.

—Escúchame, préstame atención.

Se arrodilló a la altura de mi cara, el labio me temblaba sin control como el resto de mi cuerpo, estaba a punto de romper a llorar.

—Me han encontrado… —susurré sin apenas voz.

—Bueno, mejor dicho, nos han encontrado, Carlota. Ahora no estás sola. Nosotras para ti, tú para nosotras. —La miré—. Somos una, que te quede claro. Si quieren guerra, se van a encontrar con un pequeño ejército.

Me abrazó tan fuerte que recompuso mis pedazos.

—Dios.

Me incorporé con la mano en el pecho, intentando acompasar la respiración con los latidos de mi corazón.

—Levanta la cara, ve a ver qué narices quieren.

—No puedo —aseguré, respirando profundamente.

Ella tiró de mí. Nos sentamos en un bordillo que había en la entrada, rodeado por setos.

—Voy a por agua y te vas a calmar. Vas a ir donde están con tu sonrisa, tu alegría. Educada, como tú eres, y yo por detrás de ti. —Asentí obediente a mi amiga—. ¿Estamos?

—Estamos.

Así que, sin más, salió disparada al bar. Mientras, yo sacaba el teléfono, que no paraba de vibrar. Lo sostuve en mis manos, miré la pantalla y tenía llamadas de Dante, de mi hermano, de mi amiga Susana, de Jaspers, de algunos conocidos del pueblo y números que no conocía.

Volvió a sonar. Era Dante.

—Carlota, joder, lo siento. Lo siento de verdad.

Le colgué. Estaba alterado, era lo que menos necesitaba en esos momentos, lidiar con su locura también.

Las palabras gatillo aparecieron en mi cabeza como por arte de magia.

«Llave de luz, llave de luz, llave de luz. Gracias, gracias. Gracias. Fuente perfecta, confía, te amo», repetí, hasta que mi cuerpo vibró de nuevo con el suelo que pisaba.

Inconscientemente me descalcé, mis pies conectaron con la tierra. Me estremecí al notar la paz en mí de nuevo. Me relajé, mi pulso volvió a su normalidad.

Me fijé en que, en un pequeño charco, en unas ramas, había una mariposa marrón con manchas prácticamente doradas. La miré. Ella estaba serena, sosegada, descansando de su vuelo. Algo dentro de mí se removió. Supe que era una señal de que la vida me iba a sorprender, de que todo saldría bien, que solo tendría que confiar y dejar que sucediera.

Judith llegó nerviosa, la botella de agua le temblaba en las manos.

—Toma —me la ofreció abierta—, bebe, cálmate. —Me miró—. ¿Estás bien?

—Sí. —Bebí, ya que tenía la boca seca y necesitaba hidratarme—. Estoy calmada. Estoy centrada, yo confío —repetí, más segura que nunca de mí misma. Me puse en pie—. Vamos a dar la cara.

Marchamos las dos juntas. En la entrada no había nadie, así que fuimos directas al bar. En una de las mesas estaba Elisabeth, la periodista que me había hecho casi todas mis entrevistas, junto a un fotógrafo.

Él le avisó de mi presencia. En la barra había algunos clientes sentados mirándome, mirando a esos extraños sin saber cómo reaccionar. Toda esa gente estaba sufriendo por mí, no me cabe duda de que los hubieran sacado a patadas si se hubieran abalanzado sobre mí. Elisabeth también lo sabía, y me miró. Manuel estaba sentado a un lado, serio como jamás lo había visto. Se notaba un ambiente pesado, como si mi pequeño bar no fuera de él.

Manuel me hizo un pequeño gesto con la mano para que me acercara.

—Hija, no te olvides que esto. —Dio un golpecito en la mesa—. Es tu casa y todos aquí somos tu familia. No sé qué quiere esta gente, pero si tienes que echarlos, recuerda que tu casa y tu familia siempre van a estar a tu lado, y si no, lo haré yo encantado.

Lo rodeé con mis brazos.

—Puedes estar tranquilo. Todo va a ir bien.

Saludé a Elisabeth con dos besos. Ella se sorprendió al verme tan cambiada.

—Carlota —pronunció mi nombre con admiración—. Estás genial, cómo me alegro.

Percibí bondad, sinceridad. Tras su fachada de *paparazzo* urbanita había una buena persona, una calidad humana que estaba por delante de todo.

Tomamos asiento en otra mesa más apartada. Explicó que alguien soltó la noticia de que estaba aquí escondida, refugiada y desintoxicándome. Una chica. En cuanto dijo «chica», en mi mente vi a Arancha, la mirada de odio que me lanzó una de las noches que me vio con Dante. Lo tuve todo claro: sabía a ciencia cierta que había sido ella.

Por lo tanto, no me extrañó cuando Elisabeth explicó el contenido de la noticia. Tenían fotos mías junto a un *mail* donde decía que me escondía, que había vuelto a las andadas.

Ricardo se acercó a la mesa, dejó una jarra de cristal con zumo de naranja de malas maneras mientras miraba igual de mal a mis acompañantes. Toqué su brazo para intentar trasmitirle un poco de la paz que yo sentía.

—¿Sabes, Carlota? No me creí nada, jamás, nunca. Desapareciste, me fue imposible dar contigo. Que dieras tu opinión, que te defendieras.

—No hacía falta, Eli, simplemente no podía con ello, así que mejor empezar de nuevo. A lo primero me escondí aquí, sí, pero ya no.

—Te ofrezco una entrevista: dirás y hablarás lo que tú quieras, no te pondré en ningún aprieto.

Torcí mi sonrisa, incómoda. Observé, estudié su reacción.

—Perdonad que os interrumpa —habló el chico de la cámara de fotos—. ¿Por qué todos nos miran tan mal? Es un pueblo turístico, ¿no? ¡Qué huraños!

Me hizo gracia el comentario, el pobre no era consciente de nada. Me pareció que tampoco sabía quién era yo, así que el muchacho ya me había ganado.

—Sí, sí que lo es, siento que os reciban así. Os aseguro que son la mejor gente que he conocido en mi vida, pero ellos —los miré a todos— son mi familia, me protegen.

—Ya, se nota, Carlota. Es precioso. Nosotros queremos también lo mejor para ti.

Acarició mi mano.

—Vale, pues déjame que lo piense y miramos cómo hacerlo. Déjame que lo gestione a mi manera, Eli, porque no ha sido fácil.

—Está bien, tómate tu tiempo, pero no tardes. Porque la gente empezará a hablar. De momento la noticia la tengo yo, pero ya sabes cómo es esto.

—Sí, lo sé. Mañana te confirmo.

Lo que quedaba de mañana lo pasé en la cocina. Trabajé sin hablar, sin hacer caso al teléfono, centrándome en lo que era mejor para mí.

Cuando, ya en casa, salí de la ducha, me encontré con Dante sentado en mi puerta. Lo vi por la ventana y le abrí.

—Carlota, perdóname. Yo…

Le tapé la boca.

—No has sido tú, ha sido ella. En un momento de celos, en un momento de rabia, al ver que ya no te tiene para ella sola. Ha sido fruto de la rabia y los celos.

—Sí —admitió él, con sorpresa en sus ojos.

—Porque, aunque nosotros seamos buenos amigos, ella no es tonta, y a mí me tratas de una forma especial que a ella le niegas. ¿Por qué le haces eso?

—A ti te quiero —su voz retumbó en las paredes de madera—. A ti te quiero, a ella no. —Nos miramos—. Y el karma entre nosotros... Ella llorando por mí, yo llorando por ti. Tú esperando a un chico que no va a volver y que no quieres que vuelva.

—Estás equivocado —mi voz fue tranquila, obviando su tono dañino.

Se sentó en mi sofá con la cabeza entre los brazos, cabizbajo.

—¿Crees que él realmente volverá?

—No lo sé, pero lo que sé es que, aunque renunciase a su sueño, a su vida por mí —se le veía con derrota en sus ojos—, yo no se lo consentiría. No porque no le quiera, porque sí lo quiero, sino porque no sería justo para ninguno de los dos.

—¿Tú lo quieres?

—Sí, pero no es amor. Podría haber sido, pero no era nuestro momento. Lo quiero porque fue especial, porque me ayudó a sanar. Es un sentimiento de respeto, de cariño, de admiración y de lo que pudo haber sido y no fue.

Se levantó. Acercándose a mí.

—Qué bonito hablas. Qué bonito sientes. En cambio, yo no sé expresar lo bonito que siento aquí. —Cogió mi mano con la suya y la llevó a su pecho—. Aquí dentro tengo todo lo que no sé expresar por ti y es una puta mierda.

Rompió el momento pulcro con sus formas. Así que cerré los ojos aguantando las ganas de reírme. Me atrajo a su cuerpo con el brazo y me besó en la cabeza, a la vez que aspiraba profundamente.

—Me voy. Me voy o esa toalla saltará por los aires. Me queda poca cordura y tú estás desnuda y yo —se mordió el labio— me vuelvo loco.

Dante

Estaba en el taller cuando apareció Lara chillando como una loca. No entendí ni una palabra de lo que dijo, pero estaba afectada.

—¿Qué pasa?

La sostuve de los brazos.

—Tu maldita novia —dijo, fuera de sí, y me explicó lo sucedido.

Ari había llamado a la prensa, había dicho que Carlota se estaba escondiendo en el *camping* y los reporteros la habían asaltado a la entrada, y que estaba hecha una mierda. La odié, la odié con todas mis fuerzas. Aunque yo fuera un cabrón que la utilizaba, Carlota no tenía culpa, pero a ella la detestaba a muerte. Joder, si por culpa suya mi mujer se iba de la ciudad, yo me moría. Mi vida sin Carlota. Se me pasó de todo por la cabeza. Cuando fui a verla, con una calma pasmosa, me tapó la boca.

—Lo sé, lo sé —dijo tranquila—. Ha sido ella por celos.

Ella lo sabía perfectamente, pensé yo.

—A ti te quiero —le grité—. Y tú lo quieres a él.

Cuando dijo que no, se me calmó el alma, que estaba por salirse de mi ser. Se explicó tranquilamente sin preocupaciones, consiguiendo que la amase todavía más en ese momento. Por lo bonito que dialogaba, por ser tan pura. Por no odiar ni enfadarse con Ari, que solamente quería joderle la vida.

Carlota

Así era él: bruto, cariñoso, sin formas; natural y salvaje como el mismo mar. Precioso, temerario a su vez. Suave, cálido y, a su vez, helado y violento. Furioso y precioso por partes iguales. Arrollador.

Era la misma naturaleza hecha hombre.

Esa misma tarde quedé con Elisabeth. No pensaba demorar la espera y, mucho menos, estar padeciendo por algo que tenía solución inmediata. Recordé lo que me dijo una vez una buena

amiga: la regla de los cinco minutos. Si algo puedes repararlo en cinco minutos, hazlo. Si en cinco minutos no se puede arreglar, déjalo. Ya se hará cuando se tenga que hacer.

Como en mi mano estaba el dar la cara, contar mi historia y dar un paso adelante, no quise alargar una agonía.

Acepté su oferta. Haría la entrevista. Contaría mi realidad e intentaría ayudar a gente con mis mismos problemas. Parlamentaría con el corazón al descubierto e intentaría trasmitir lo bueno y lo malo que había sacado de todo ello ya que, al fin y al cabo, todos venimos a este mundo con un contrato y un aprendizaje por delante. Este había sido el mío. Si yo podía ayudar en la transición de alguna persona, aunque solo fuera una, habría merecido la pena todo el sufrimiento, todo el dolor que había pasado y, por lo tanto, enseñarles que, aunque todo sea negro, al final del túnel siempre hay luz.

El contrato se cerró por escrito. Yo volví a mi trabajo, mucho más tranquila. Esa noche tuve poca faena, pero, a decir verdad, no salí en todo el día de la cocina. Quería buscar la mejor manera de conectar conmigo misma, saber qué es lo que quería contar.

Estaba cerrando. Escuché el ruido de un motor. Miré, pero no vi a nadie. Acabé de cerrar las persianas y, al darme la vuelta, me encontré con Jaspers detrás de mí.

No pude reaccionar. Sus brazos me envolvieron y yo me sentí en casa. Sus labios pasaron por toda mi cara, por mi pelo, por mi cuello. Sus brazos fuertes me sostenían y yo estaba inerte entre sus brazos.

—Pequeña. —Sostuvo mi cara—. Pequeña —repitió, con pesar en su voz. Cerré los ojos, dos lágrimas rodaron por mis mejillas—. Te he echado de menos, ya no podía más. Necesitaba verte —confesó—. Quería saber cómo estabas.

—¿Has venido por mí? —pregunté sin poder creérmelo.

—He venido por ti, simplemente. En lo bueno y en lo malo, mi verano.

Me besó en los labios suavemente, con ternura en vez de pasión. Con cariño, sin amor.

—Gracias. —Me abracé a su cuello como un bote salvavidas—. Te necesitaba —confesé—. Jaspers…

Rompí en llanto y mis pies dejaron de tocar el suelo.

—Estoy aquí, joder. Deja de llorar, mi niña. Estoy aquí —repitió, mientras me acunaba entre sus brazos.

Pasamos toda la noche conversando, sentados en la terraza con una simple botella de agua. La luna nos hizo compañía y fue testigo de las confesiones que nos hicimos. Esa noche no tuvimos sexo ni más besos, pero conectamos en cuerpo y alma. Fue algo íntimo, mucho más que una noche de pasión, fue el desnudar tu ser delante de otra persona, entregárselo.

Me sorprendió que condujera casi once horas solo para verme, para ayudarme, y que lo sintiera cerca.

Jamás nadie había hecho por mí algo parecido. No un viaje o escucharme, sino dejar su vida aparcada, dejarla de lado para cuidarme. Entendí entonces que la felicidad está dentro de uno, no

al lado de alguien. Que nuestra unión sería eterna.

Esa noche o lo poco que nos dejó la madrugada dormimos juntos, abrazados. Apoyada en su pecho. Hablando hasta quedarnos dormidos. Esa mañana no salí a correr, no hice mi práctica de yoga, pero sí salí a meditar al jardín.

Estaba recogiendo mi esterilla de yoga cuando vi venir a Dante, contento.

—¿Podemos hablar? —su tono alegre, despreocupado, llamó mi atención.

—Sí, claro, siéntate, voy a por zumo. ¿Quieres uno?

Abrí la puerta de casa.

—Por favor —pidió.

Al salir me contó que había hablado con Arancha, que no volvería hacer algo así jamás. Y que ellos no volverían a tener nada, una ruptura definitiva.

—Bueno, Dante, me alegro por vosotros. Espero que podáis tener una amistad cuando ella supere lo vuestro.

—Es buena chica, pero yo no estoy enamorado de ella, nos hemos divertido juntos.

—Tú más que ella. Creo que para ella no ha sido diversión ni lujuria. Creo que ella lo ha pasado realmente mal porque sí que ha estado y está enamorada de ti.

—Puede ser, créeme que lo siento. Para mí es que no ha habido nada más allá de alguna noche tonta, en su día me hizo gracia y después… simplemente me aburrí.

Le expliqué el tema de la entrevista, que había decidido hacerla en dos partes. Iba a ser una reunión sincera y bonita, y las fotos las haríamos al día siguiente.

—Me alegro mucho, cariño. —Su mano salió disparada a mi cara—. Me alegro de verdad. Ahora mismo te besaría. —Me tapé la cara con la mano—. No temas, no lo voy a hacer, me lo acabarás pidiendo tú —expresó, al tiempo que se ponía en pie.

Me rodeó con su brazo y me besó en la cara. Se abrió la puerta de casa y Jaspers, bostezando sin camiseta en su pleno esplendor, se reunió con nosotros.

—Coño, Dante. —Le tendió la mano, sorprendido. En cambio, Dante se tensó, pero se la estrechó, con algo de dureza—. ¿Cuidando de tu rubia? —le preguntó, mientras se servía un vaso de zumo.

Yo había sacado la jarra y dos vasos, con algo de fruta.

—Sí, claro que la cuido. —Jaspers sonrió natural, entendiendo perfectamente el todo que tenía delante de sus ojos.

—Me alegro, me alegro de que estés aquí, de que la cuides.

—¿Has venido a por ella? —su voz sonó ronca, de cabreo.

—No. He venido por ella. Porque donde está ella, está el verano. —Me miró—. Sentía que tenía que venir.

—Bueno, ¿y cuándo te vas? —escupió con su bordería innata, provocando la risa de Jaspers.

—Hostia, tío. —Jaspers no podía aguantarse las carcajadas—. ¿Tanta manía me tienes? Si soy majísimo, tío.

—Ninguna —zanjó el tema estúpidamente, pero sonriente: en el fondo, le caía bien.

—Me voy hoy. Desayuno y me piro. Así que, tranquilo —dijo, encantado de molestarlo.

—Vale… —Dante le tendió la mano—. Ten buen viaje, eres buen chaval.

Jaspers, que era todo amor, se la estrechó. Después, nos quedamos solos.

—Está loco por ti —me dijo, mientras me examinaba detenidamente.

—Está loco en sí —le contesté, con una mirada cómplice.

—No me hace falta saber nada, Carlota. No te voy a preguntar nada.

—Lo sé. También te digo que no hay nada que contar.

—Te creo, gorda. Eres trasparente, pero sabes tan bien como yo que pasará.

Dante

Fui a verla, ya que había estado toda la noche y todo el día pensando en ella. Me la encontré haciendo yoga. Había que joderse. Solo con verla todo se calmaba, trasmitía paz, luz, serenidad. Quería hablar con ella, explicarle que había hablado con Ari, y que nosotros no volveríamos a tener nada. Ella prácticamente me felicitó por hacer bien las cosas. Me invitó a desayunar. Me daba la vida y no lo sabía. Le dije que quería besarla pero que tendría que ser ella. Estaba tan bonita relajada…

Casi me da un infarto cuando vi salir al maldito Jaspers de su casa. Había dormido ahí. El niño parecía encantado con mi cara de cabreo. Intentó ser simpático, pero yo no estaba para hostias. ¿Había vuelto? Uff, quería matarlo. Pero el chaval al final se rindió y dijo «he venido a cuidar de tu rubia». Se dio cuenta. Lo vio y creo que me dio a entender que me dejaba vía libre. ¡Como si él tuviera algo que hacer! La sangre me hervía en las venas de una forma que no sabría explicar. La rabia me consumía y ahí estaba ella con una sonrisa tímida y cálida mirándonos a los dos. Está relajada y tranquila. Se acercó a mí y me dio un beso en la cara. Algo me relajó, pero no del todo, me la habría cargado al hombro y llevado lejos de ese chaval, que, en el fondo, no tenía culpa de que yo fuera un psicópata en su presencia.

Carlota

Después de desayunar lo acompañé a la furgoneta. Nos fundimos en un abrazo largo y cálido.

—Te he traído un regalo —dijo, al tiempo que sacaba la tabla de surf con la que me enseñó aquel día en la playa—. Es para ti. Para que la utilices. Y este remo. —Era de color madera y blanco. Muy bonito—. Si te cuesta el surf, siempre puedes hacer pádel surf con él.

—Es tu preferida. —Cogí el remo.

—Como tú. Entre todo lo que tengo, tú eres mi cosa preferida.

Volví a estrecharlo entre mis brazos fuertemente.

—Te quiero —le dije flojito al oído.

—Yo más. Suerte.
Se montó en la furgoneta y yo me acerqué a la ventana. Me asomé a ella.
—Siempre te cubriré las espaldas, pequeña.
Me dio un toquecito con su dedo índice en la nariz y se marchó.

12. Al dar la cara, amplías tus caminos

«Lo que eres es lo que has sido.
Lo que serás es lo que haces a partir de ahora».

Buda

La entrevista duró toda la tarde y buena parte de la noche. Debo admitir que al final conté cosas que no pensé decir, también me di cuenta de cosas que quería hacer: que sí, que tenía sueños, que aspiraba a algo más que a pasar el resto de mi vida desaparecida.

Creo que fue una entrevista bonita y sincera, en la que dejé ver la persona que realmente era, con mis miedos e inquietudes, con aspiraciones, mostrando la realidad de la vida. La cruda realidad de lo vivido. Quise dejar claro que las redes sociales se convertían en armas de doble filo, que todo dependía de nosotros, ya que la vida era un reflejo de lo que no nosotros sentíamos. Da bonito y recibe bonito.

Me sentí orgullosa de cada una de las palabras que Elisabeth redactó, al igual que de las fotos. Quedaron encantadoras y sencillas, como era mi vida realmente.

Aproveché ese momento para dar un empujón a las personas que me habían ayudado a mi llegada, al pueblo en sí. Fotos en la puerta del *camping*. Con Socorro, Manuel y mis compañeros en el bar. En el taller de Dante, en la taberna de Lara, con ella y Judith. En el puerto, en el pequeño estudio de tatuajes, como le prometí en su día a Felipe. Otras fotos preciosas en la playa con la tabla de Jaspers que creo que quedaron realmente bonitas.

Me sentía orgullosa de lo que había hecho.

Elisabeth me dejó en el pueblo, ya que quise ir caminando al *camping*. Iba vestida con la ropa de la sesión de fotos, ropa que elegí cuidadosamente para no crear una falsa ilusión. Un vestido *hippie* de tirantes en nadador gris oscuro, largo por detrás y por encima de las rodillas que compré con Jaspers en el puerto. Unas botas altas y sencillas de entretiempo que ya tenían unas cuantas temporadas. Un bolso viejo y grande de color negro que rondaba por mi armario y la chaqueta de cuero negra que me ponía diariamente.

Me ondulé el pelo yo misma. Sin necesidad de ir a ninguna estilista, me maquillé natural con brillo en los labios. No tenía que aparentar lo que no era, no tenía que mostrar al mundo las marcas y hacer sentir a otras mujeres que si no tenías un bolso de mil euros no estabas a la moda. No tenía por qué seguir fomentando el consumo de cosas que no estaban al alcance de todos y mucho menos ayudar a las grandes marcas y a otras *influencer* hacerse todavía más ricos a costa de las personas. Hice un pequeño giño a las mujeres en sí. Y, en especial, a las marcas.

Es adorable abrir paquetes de vuestras firmas. Es increíble sentirte importante. ¿Por qué no

elegís a amas de casa, a chicas normales que estudian y trabajan hacen su vida cotidiana para vuestras marcas? Ellas, ellas son realmente la buena publicidad.

El tema de las *influencer* se nos ha ido a todos de las manos. Regalar productos de bellezas a chicas que, como yo, que vivíamos en un gimnasio constantemente, pasábamos hambre para estar delgadas. Si eso funciona, dadlo a vuestras seguidoras. Mujeres reales, donde se vean los resultados. Ayudad a gente que no puede económicamente. No le demos al rey más oro. Repartamos en el pueblo.

Pasé por el taller de Dante. Estaba anocheciendo y se escuchaba la música desde la calle, tenía puesto U2. Llamé con los nudillos a su persiana. Me abrió la puerta medio descamisado.

«Joder», pensé nada más verlo.

—¿Tú por aquí otra vez? ¿Dos veces en el mismo día?

Abrió la puerta para dejarme pasar.

—Venía a ver si me invitabas a una cervecita.

Me senté en una mesa que tenía.

—Y a dos.

Cerró la puerta y caminó hasta una nevera pequeñita que tía en una esquina del taller. Llevaba el mono de mecánico caído, apoyado en sus caderas. Se dio la vuelta.

—Gracias por lo de hoy.

Abrió la botella con el canto de la mesa y me la dio.

—No hay de qué.

—Quería hacer esas fotos aquí, contigo. Donde me siento cómoda. —Eso le sorprendió.

—¿Te sientes cómoda aquí? ¿En este taller sucio y lleno de grasa?

—Sí, me siento bien aquí, con tus cosas. Con tu mal genio. Y contigo.

Bebió de su botellín.

—Lo que has hecho hoy me ha parecido precioso. Es una ayuda al pueblo, al *camping*, a nosotros, Carlota.

—Vosotros habéis hecho mucho más por mí.

—Sea como sea. El número de esa revista se va a acabar en cuanto salga. Va a ser un éxito.

—Eso espero. Solo quiero ayudar y que me dejen tranquila. Vivir en paz.

Dante se acercó a mí, muchísimo. Apartó el pelo de mi cara.

—¿Qué te parece, rubita, si tú y yo nos vamos de pinchos por ahí?

—¿Una cita? —pregunté pizpireta.

—En toda regla, cariño —ese «cariño» lo suavizó de una forma que sonó diferente a todas las veces que me lo llamaba. Sentí calor dentro de mí—. ¿Quieres salir conmigo hoy? Ya nos toca, nena, hacer las cosas bien. ¿Qué me dices?

Me mordí el labio inferior, jugué con mi uña mientras inspeccionaba a Dante de arriba abajo. Sus ojos no se apartaban de mi boca. La tensión sexual nos estaba ahogando una vez más, ahora todavía más fuerte.

—Sí —dije, llamando su atención de mi boca a mis ojos. Su mirada cambió, fue oscura, salvaje y morbosa. Se acercó a mi boca como si fuera besarme, pero no lo hizo—. Dúchate. Te espero en la taberna.

Chasqueó su lengua.

—No. Subes conmigo. Te preparo un cóctel con muy poquito alcohol. Te quiero cerca.

—Jummm. —Arrugué el morro en una mueca de desconfianza.

Sonó mi teléfono.

—Responde. Vamos arriba —me indicó, con un gesto de sus manos.

Era mi hermano. En su voz noté preocupación, nervios. Me dijo que al día siguiente por la mañana venía con mis padres, que estaban preocupados por lo de la revista y la noticia que había saltado, que ellos querían verme, comprobar que estaba bien. Le noté los nervios por venir a ver a Lara, por volver a estar en mi tierra mágica donde nos sentíamos libres. Y supe que él se quedaría aquí conmigo, que quien probaba la magia no se libraba de ella, que el amor por una tierra que te acoge y te mece con suavidad se queda en las venas.

Dejé la chaqueta en la silla de la barra del bar que Dante tenía en su comedor y me senté. Él se sacó la camiseta y yo me atraganté con mi propia saliva.

—¿Qué haces?

—Jugamos a las prendas, ¿no?

Parecía estar encantado con la situación.

—Eres tonto.

Negué con mi cabeza. Me eché el pelo hacia un lado y me apoyé en la mano, mientras veía cómo él preparaba un cóctel.

—Tú eres preciosa, cariño.

Dios, ¿qué me pasaba? ¿Qué narices le pasaba a mi cuerpo con él ahora mismo? Seguro que lo notaba y me estaba retando. Preparó la copa y me la dio. Giré en la silla para verlo pasar. Tenía una espalda grande y fuerte, muy definido y moreno. Era un escándalo de hombre.

Entró en su cuarto y salió en calzoncillos. Unos bóxer negros que le quedaban perfectamente. Sus piernas largas y contorneadas. Entró en el baño, sin dejar de mirarme. Yo bebía de la copa con tal de no morir de un microinfarto.

Escuché una canción salir del baño, era Joaquín Sabina. Ese hombre tenía mucha cultura musical. *El bulevar de los sueños rotos,* una de mis canciones preferidas.

—Carlota —me llamó.

—Dime —contesté, poniéndome en pie y acercándome a la puerta del baño.

—Abre.

Dudé, pero abrí. Estaba desnudo, como su madre lo trajo al mundo, claro está; mis ojos se fueron directamente a su zona íntima.

—¿Quieres ducharte conmigo? —dijo, sin ninguna vergüenza y riéndose al ver que yo me tapaba los ojos.

—No, gracias.

Me aparté y cerré la puerta.

—A mí no me importa —escuché, antes de cerrar bien.

La madre que lo parió. Menuda… «Ssch», me repetí mentalmente. Dios, qué grande. Volví a coger mi copa y me la tomé sin respirar. Por Dios, qué sofocón me había dado.

No me había recompuesto todavía cuando salió del baño húmedo, con su toalla envuelta en sus caderas. Caminó hacia mí y me imaginé lamiendo sus oblicuos.

—¿Te lo has bebido todo?

Se metió entre mis piernas con un gesto ágil. Mi cara quedó muy cerca de su pecho. Su olor me volvía loca. Lo miré. De su cara perfilada caían gotitas de agua que me habría encantado poder lamer.

Se apartó, abrió la nevera y volvió a rellenar mi copa con lo que quedaba en la coctelera. Volvió a meterse en el mismo sitio, abriéndome las piernas descaradamente. Bebió, me ofreció de la copa. Bebí. Apoyó su mano a mi lado y de un trago acabó la bebida. La dejó en la barra y me dejó atrapada entre sus brazos, su pecho y la barra a mi espalda.

Mi corazón se saltaba latidos de lo rápido que bombeaba.

—Qué bien hueles.

Rozó su nariz por mi cara.

—Y tú —mi voz se cortaba, no me salía, y me costaba tragar, jamás en mi vida me había excitado tanto. Estaba al borde del colapso. Uno de sus dedos acarició mi rodilla—. Estás suave.

Respiró profundamente tan cerca de mí que tragó mi oxígeno, cada vez más cerca de mi boca.

—Estoy a punto de desmayarme. Vístete, por favor —le pedí.

—¿Seguro? —preguntó.

Sus labios rozaban los míos y lo miré.

—No —abrí los ojos, el subconsciente me habría traicionado—, sí. Ve. Vístete —insistí—. Por el amor de Dios.

—Tú mandas.

Se apartó y yo maldije hacia mis adentros a ese hombre perfecto que me estaba provocando de una manera que me estaba volviendo loca.

A los pocos minutos salió, perfecto como él era. Tejanos superceñidos claros, unas botas militares negras a juego con su camiseta y cazadora de cuero, peinado para matar. Yo boqueé como un besugo. Su magnetismo era envolvente, casi una locura.

—Un minuto, la colonia. —Me acerqué a verlo mejor—. Búlgari —dijo él—. ¿Te gusta?

—Póntela.

Se dio media vuelta.

—Huele —me pidió, mostrándome su cuello moreno.

—Delicioso —murmuré.

Atrapó mi mano y salimos juntos de su casa. Cerró de un portazo. En la boca del estómago tenía una sensación deliciosa que no sabría cómo definir, pero era rara, jamás la había sentido.

Bajamos las escaleras, él un paso por delante de mí y yo respirando su olor y su colonia, a punto de morir de gusto.

—Cariño —me llamó, y yo contesté de forma inmediata—. ¿Moto o coche? —Nos miramos.

—Moto —dije yo.

Me pasó el casco con una sonrisa perversa en la cara. Sus ojos brillaban.

—Me pones muy cerdo. —Eso provocó en mí una risa nerviosa—. No te imaginas de verdad cómo estoy, joder.

—Eres lo peor de lo peor. Si no estuvieras tan bueno, te odiaría.

Se mordió el labio y después pasó su lengua por ellos.

Aparcamos la moto en el centro del pueblo. Ató los cascos en ella y me rodeó con su brazo por encima de mis hombros.

—¿Nos vamos de pinchos o a cenar de tranqui? Tú mandas.

—Pinchos. —Le saqué la lengua.

—Pues pinchos para la nena. —Se nos acercó un amigo suyo. Se dieron la mano y le dijo que se pasara por su bar musical—. Hecho, tío, luego nos pasamos —dijo en forma de despido apretándome a él.

Nos quedamos de pie en una mesa alta y pedimos unos pinchos de tortilla y otros de queso de cabra con sobrasada y huevo, además de dos vasos de *txakoli*.

Estuvimos hablando de la entrevista por encima, de lo mucho que podría lograr haciendo bien esas cosas y de lo que queríamos en nuestro futuro. A pesar de ser un cafre con mal carácter, tenía los pies en el suelo y era puro corazón. Me sorprendió que su plan de futuro era tener una vida tranquila y una familia a la que entregarse. Después, sin dejar la conversación, fuimos a otro bar. Me recordó cuando era pequeña e íbamos al pueblo de mi padre, Conil de la Frontera, de bar en bar de tapeo.

Paramos en otro y pidió él esta vez. Uno de bacalao en salsa y otro de gambas. Estaban deliciosos. Se encontró a una pareja y vinieron a saludarnos.

—¿Tú eres Carlota Romero? —preguntó la novia de su amigo. No me avergoncé, pero sí que dije «llave de luz».

—Sí, soy yo.

—Encantada. —Me dio dos besos—. ¿Os importa si nos tomamos algo con vosotros?

La chica fue muy amable y, a pesar de que me dijera que había sido seguidora mía, no volvió a sacar el tema. Es más, charlamos de Dante y su novio. Me explicaron lo malo que era de pequeño y ellos contaron alguna batallita de su infancia. Miré a Dante, que inconscientemente tenía su mano en mi rodilla y me miraba como si fuera un tesoro. Cómo se reía sin preocupación alguna y se mostraba relajado.

—¿Cuánto tiempo lleváis? —le preguntó el amigo.

—Unas dos horas —le contestó, pasando su brazo por mi cuello y acercándome a él—. No me quiere nada. Dile algo, Maite.

—¿Cómo es posible eso? —me dijo ella, seria, aunque con una sonrisa en la cara—. No será por tu carácter de tarado, ¿no?

—Para nada. —Nos reímos.

Al final nos fuimos con ellos de bar en bar. Dante dejó de beber y durante el recorrido de bares tomaba agua. Yo lo acompañé en eso. Me parecía correctísimo lo que estaba haciendo, lo más sensato para salir una noche de marcha.

Sobre las dos de la mañana entramos al bar musical de su amigo.

—Preciosa tu novia —le dijo cuando nos presentó.

—Sí que lo es, sí —dijo, parándome el corazón en seco.

Aunque estábamos con sus amigos, nos centramos el uno en el otro. Bailamos, reímos y bebimos de la misma copa. Sus manos se mantenían en mi cintura mientras nos movíamos al ritmo de la música. Yo paseaba mis manos por su cuerpo, las manos se me iban solas, debo reconocerlo: le estaba toqueteando entero. Sentí con él una conexión excepcional. Y mi cuerpo hablaba por sí solo. Encajábamos a la perfección. Mi cuerpo encajaba con el suyo a pesar de que me sacaba dos cabezas.

Salí del baño y lo vi, sentado en la silla, apoyado en la barra. Con un pie en el suelo y el otro en un poyete. Riendo a carcajadas con su amigo, y creo que fue ahí donde perdí la cabeza por él. Me acerqué como un león a su presa. Y, como él había hecho conmigo en su casa, me colé entre sus piernas. Lo miré. Toda tenía la alegría de las risas con su amigo en la cara. Puso su mano en mi espalda y me acercó a él. Yo lo miraba y hasta me costaba respirar de lo guapo que estaba. Y lo besé, lo besé en los labios, pero no suave. No un beso cálido. Mi lengua entró en su boca. Mis brazos se enredaron en su cuello y una de mis manos tiró de su pelo. El rugió de gusto. Y noté cómo su mano bajaba por mi espalda hasta acariciar mi cuerpo. Su otra mano me sostuvo del cuello y me acercó más a él. Un gemido ahogado por su boca se perdió. Abrí los ojos. Me encontré con los suyos. Me sostuvo. Me lamió la boca descaradamente, y después yo a él. Mis ojos y los suyos se miraban mientras nuestras lenguas se fundían en una. Su amigo silbó y yo me aparté.

—Por poco me corro de veros —dijo, con la cara desencajada—. Joder, me he puesto malo —Se rascó la cabeza—. ¿Dónde está mi novia?

Miró en todas direcciones buscándola desesperado. Nosotros nos reímos y yo escondí mi cara en su cuello. Con su mano tocaba la parte baja de mi espalda.

—¿Y esto, Carlota? —preguntó sosteniéndome contra él. Me encogí de hombros—. Dilo. Yo siempre te he dicho lo que sentía por ti.

—Es verdad, pero no sé qué decirte. —Pasó un camarero. Levanté mi mano y lo llamé—. Un ron con cola.

—Respóndeme —pidió suavemente, dejándome su aliento cálido en mi cuello.

Pagué con el móvil y le di un trago.

—Bebe —se la ofrecí. Él obedeció—. Porque no podía retener más las ganas de besarte, de tocarte. —Volví a buscar su boca. Su mano en mi nuca firme y segura—. Hace tanto… —suspiré —. Hace tanto que me muero de ganas de besarte. De comerte. De no tener que retroceder. —Lo besé suavemente en los labios—. De no tener que reprimir las ganas —me mordí el labio— de ti, joder, tenía ganas de ti, de tu boca. De tus manos.

—Cómo me gustas. Cómo me pones que seas tan jodidamente sincera y, por fin, te hayas dado cuenta, nena.

Me devolvió el beso, pero no fue un beso de sexo o un beso por lo caliente que estábamos. Fue un beso de esos que te hacen el amor.

Dante

Una de las mejores noches de mi vida. La tenía solamente para mí, estaba receptiva y, a pesar de que estaba de los nervios, me sentía sereno. Estaba pendiente de ella desde que entró en mi taller a hacerse las fotos. Sabía que nuestro encuentro estaba cerca, pero estaba resultando mucho mejor de todo lo que había imaginado. Ella me tocó entero, el pecho, la espalda, los brazos. Yo no moví mis manos de su cintura, tenía que ser ella. Ella tenía que dar el paso. Yo era demasiado brusco e impulsivo y tenía terror a cagarla de nuevo, pero cuando salió del baño y se coló entre mis piernas tan decidida y sensual, por poco me muero. La niña no dudó, me metió su lengua en la boca. Qué gusto, joder. Qué sabor tan bueno tenía. La acerqué más a mí, noté sus duras tetas contra mi pecho y dejé que me besara a su antojo. No pude reprimir lamerle la boca. Me cago en mi vida. Qué boca tenía. Tener sus brazos alrededor de mi cuello fue la puta hostia. Estaba a punto de correrme del mismo placer.

Carlota

Vinieron a saludarlo otros chicos, supongo que amigos, porque se puso en pie y se abrazaron. Aproveché para ir al baño, necesitaba refrescarme y asearme. Me mojé la nuca y me miré en el espejo. Me retoqué el maquillaje y volví a salir. Lo encontré con la copa en la mano y charlando. Sintió mi presencia, porque miró directamente donde yo estaba. Sus ojos desprendían fuego y su magnetismo me atraía como un imán.

Al llegar a su lado apoyé mi mano en su pecho y recogí mi copa de su mano. Sus amigos me miraron. Uno de ellos era Bruno.

—Rubia —me saludó con dos besos y un abrazo. Le chocó la mano a Dante—. Me alegro, tío.

Los demás me seguían mirando detenidamente. Él me presentó.

—Carlota, mi futura mujer. —Yo me reí.

—Está como una cabra. —Los besé a todos—. Encantada.

Me sacó a la pista a bailar una canción que le encantaba. Me sorprendió que le gustase Omar Montes y *Daviles* de Novelda MI GYAL, ya que su estilo era otro. Pero al tío se le daba genial bailar cualquier estilo. Me cogió por la espalda y bailó conmigo medio rumba medio *reggaetón*. Pude sacar mi parte flamenca y me dejé llevar entre sus brazos. Él me miraba alucinado mientras yo movía mis manos con el arte flamenco de mis venas. Me cogió de la mano y me dio una vuelta. Después pegó mi culo a su entrepierna.

—Eres mil veces mejor de lo que había soñado.

Me giré y quedé de cara a él.

—¿Me has imaginado? —Asintió. Se acercó a besarme y me aparté unos milímetros de su boca —. Me estás volviendo loca. —Moví mis caderas junto con las suyas.

—¿No quieres saber lo que imagino cada noche?

—Sí —prácticamente jadeé.

—Imagino cómo te follo, cariño. Cómo recorro tu cuerpo con mi lengua y tú jadeas, gimes y te retuerces debajo de mí.

—¿Qué más haces?

—Me toco. Me acaricio. Cierro los ojos, imagino que eres tú.

—Vámonos —pedí con urgencia—. No aguanto más.

—Quieta aquí.

Me sostuvo mientras me besaba en medio de la pista, con sus manos masajeaba mi cuerpo. Bailaba sin perder el ritmo y yo sentía que flotaba.

No duramos mucho más en el bar: poco después, ninguno de los dos podía más. Era necesidad pura de sentir nuestros cuerpos. Era tan fuerte que hasta me dolía el cuerpo.

Nos despedimos de algunos de sus amigos que nos encontrábamos de cara a la salida, pero Dante iba a piñón fijo buscando el aire de la calle. Yo estaba de los nervios, pero mis pies se sabían el camino.

Íbamos por la calle caminando de la mano cuando me empujó hacia un portal. Me sobresalté al notar la impulsividad con la que movió mi cuerpo sin previo aviso. No reaccioné cuando su cuerpo impactó contra el mío y una de sus manos se coló por debajo de mi vestido. Su lengua en mi boca se movía sin control. Sus dedos ágiles apartaron mi ropa interior y uno de ellos se introdujo en mi sexo. Rugió como un animal. Se apartó de mí con los ojos vidriosos y se mordió el nudillo del dedo índice.

—Me cago en la puta, Carlota. —Me aprisionó contra la pared con su cuerpo—. Estás empapada.

Lamió mi cuello de la forma más salvaje y desmedida, un acto de pasión puro que encendió mi cuerpo todavía más.

—Me duele, Dante —reconocí por fin—. Te necesito, dentro.

Fue lo único que pude decir. Era dolor físico lo que sentía en la zona más íntima de mí ser. Y no era otra cosa que pura necesidad.

—Joder —exclamó, con una voz ronca—. ¿Dónde me necesitas?

Su dedo volvió a la parte más íntima de mí ser. Me abracé fuerte a su cuello y lo besé con locura.

—¡Aaaah! —grité de gusto—. Dios, nene, joder. Dentro, cariño. Necesito que entres en mí. Ahora, ya o me vuelvo loca —resoplé frustrada. Lamí su boca—. Me muero por probarte, por lamerte, Dante. —Él me miraba.

—Dilo —pidió—. No te retengas. —Su dedo entró por completo en mi interior—. Soy yo, cariño, déjate llevar.

—Necesito que me folles. Que me metas la polla.

Me cogí a sus hombros. No daba crédito a mis palabras, pero era lo que realmente quería. Gemí.

—¿Qué más? —Me sostuvo la mirada. Me retó, empujando sus caderas hasta mi sexo. Gruñí.

—Necesito sentirte ahora, que me metas la polla. Fuerte, ahora mismo. ¡Joder!

Me estaba empezando a desesperar y él tan tranquilo. Sacó su dedo de mi interior y me besó. Ese mismo dedo lo metió en mi boca mientras pasaba su lengua por él. Momento morboso y loco. Yo temblaba.

—Me vas a matar.

Las piernas me temblaban y mi cuerpo parecía de gelatina. La tensión y los nervios se apoderaban de mí.

—Ven.

Tiró de mí por una calle estrecha entre unos pequeños edificios y llegamos a una plaza con unos bancos blancos. Miré hacia arriba, podía ver la ropa tendida de los vecinos. Él se paró en seco, me miró fijamente y cogió mi cara entre sus grandes manos; suspiró y agitó su cabeza de lado a lado.

—Tus ojos, tu boca —susurró—. Me falta el aire. Joder —comentó, mientras se acercaba a mi boca.

Como si lo dijera para él mismo. Mis brazos rodearon su cuello y él se acercó más a mí. No sé el rato que estuvimos besándonos, pero fue bastante. Caminamos hasta el puerto junto al pequeño embarcadero de navíos rodeado por un muro de piedra. Nos metimos en la parte oscura, donde la luz de las farolas no llegaba, donde el mar rompía. Al final se veía como una pequeña cueva.

—¿Eso qué es? —le pregunté, intentando seguir sus pasos.

—Un antiguo refugio de pescadores —su voz entre esas paredes retumbó.

Al final de la cueva o el refugio había una verja antigua de hierro, un muro pequeño. Me levantó a pulso, sentándome en él. Notaba que sus ojos me inspeccionaban, quería ver dentro de mí.

Le desabroché el pantalón, él apartó mis bragas a un lado y me miró detenidamente.

—Carlota, no tengo condones.

Nos miramos. Mi cuerpo se convulsionaba. Abrí mi chaqueta, después la suya. Y acerqué su cara a la mía, tirando de su cuello. Mordí su labio fuerte, lo escuché sisear y después pasé mi lengua.

—Me da igual ahora mismo. Solo necesito… —Metí mi mano dentro de su calzoncillo y saqué su sexo húmedo. Magno, duro, mientras él aguantaba la respiración—. Solo necesito que me folles, que me llenes con tu polla, sentirte. —Lamí su cuello de nuevo—. Desde que te he visto desnudo, lo necesito. —La acerqué a mi entrada. Él me levantó de las caderas acercándome al borde, lo rodeé con mis piernas—. Vamos, cariño. Dime para qué quieres el condón.

Él me miró atónito, sin saber qué responderme.

—Quiero, créeme que quiero, pero no voy a poder controlarme, estoy a punto de correrme solo con besarte. Joder. —Apoyó su mano en la pared a mi espalda—. Esto es una puta locura. —Su mano recogió parte de mi melena con suavidad cercándome a su boca—. En mi puta vida he estado tan cachondo. En mi puta vida he querido tanto algo. —Acercó sus caderas a mí, tentando mi entrada. Me estremecí de placer—. Pero es una locura. —Retrocedió solo unos milímetros observándome con suma atención.

—Yo no quiero nada entre nosotros. Quiero tu piel. Sentirte, notar tu polla. Sentir cómo me abres, cómo me llenas, Dante, me da igual el mundo, la vida. Te quiero dentro —mi voz fue más un ruego que una exigencia y pura necesidad.

No le hizo falta nada más. De un empujón entró en mí. Grité, grité de la excitación, de lo grande que era y de lo caliente que estaba. En dos embestidas me corrí. Entre jadeos, en su boca, en gritos ahogados. Envuelta en la lujuria. Y con él dentro, otro orgasmo salió de mi cuerpo quemándome entera. El remolino de nervios en que se había convertido mi clítoris estalló en espasmos brutales. No me daba tiempo a recomponerme.

Él me miraba estático, sosteniéndome en el sitio y aguantando la respiración. Salió de mí cuando notó mi cuerpo calmado. Con la respiración entrecortada lo empujé. Él retrocedió dos pasos y se apoyó en la fría pared. Aguantaba su gran erección intentando controlarse, pero era como un león enjaulado.

Me arrodillé. Abrió los ojos. Quité su mano de un manotazo y antes de que pudiera apartarse succioné su enorme miembro. Pegó con el puño de lado en la pared. Intentó apartarse, pero se lo impedí y no aguantó. Se corrió en mi boca, embistiéndome hasta provocarme arcadas. Clavé mis uñas en su culo y lo sostuve hasta que tragué la última gota de excitación de su ser. Me apoyé a su lado mientras él se subía los pantalones, respiraba como si acabara de correr una maratón.

Me miró. Lo miré y me cogió del pelo acercándome a él.

—Carlota. ¿De dónde coño has salido tú?

Me besó sin importarle nada del sexo que habíamos practicado.

—Quiero más —susurré con sus labios aplastados en los mío.

—Otro así y yo me muero. —Su sonrisa ladeada me dejó K.O.

Bajábamos por la calle y yo todavía no había recuperado el aliento. Al llegar a la moto se subió y me dio el casco. Me abracé a él. Aparecimos en su casa como por arte de magia.

Dante

Qué puta locura. Conducía la moto como un loco, solo quería llegar a mi casa y tumbarla en mi cama. Joder. Lo que había pasado en el puerto no tenía nombre. Desabrochó mi pantalón como si lo hubiera hecho siempre. Me tocó como me gustaba. Se movía como a mí me gustaba. Nuestros cuerpos eran uno. Estaba cerrada. Y cuando me pidió notar mi piel por poco estallo. ¡Joder! Cuando entré en ella, entré en el mismo paraíso. Ella era pequeña y yo grande. La presión que sentí en mi capullo fue deliciosa. No podía moverme, ella se corría una y otra vez. Yo lo único que quería era que ella disfrutara. Su boca abierta. Sus ojos cerrados dejándose llevar entre mis brazos. Fue maravilloso.

Al llegar a casa abrí la puerta a patadas. Le saqué el vestido y por fin la vi desnuda. Era perfecta. Suave. Sus tetas grandes y firmes con los pezones duros. Me volvieron loco. La estrellé contra la pared sin dudarlo y se los mordí. Ella gritaba. Llevaba unas braguitas de encaje rosa pálido a juego con el sujetador. Me deshice de ello a tirones y se las lamí, no me cabían en la boca y estaban duras. Su tacto era perfecto. Ahí la tenía en mi casa, desnuda. Caliente para mí. Bajé mi lengua por su estómago plano hasta meter mi boca por completo en su coño. Estaba muy mojada. Salada. Con sus manos tiraba de mi pelo. Le temblaban las piernas mientras yo jugaba con mi lengua por todos sus pliegues. La sujeté por el estómago reteniéndola en esa posición, la estaba lamiendo entera y estaba disfrutando como en mi puta vida. Ella estalló en mi boca. Temblando y gimiendo con fuerza, su cuerpo se convulsionaba. Levanté mi cabeza, que estaba enterrada entre sus piernas, y la miré. Tenía los ojos rojos, estaba caliente, despeinada y sudorosa. Y era mía. Sin duda: esa mujer era mía. Subí despacio, cogí su cara entre mis manos y la besé en la boca, quería que ella supiera a qué sabe en mi boca, lo deliciosa que era. Se lo hice saber. Le di la vuelta y su cara se apoyó en la pared. Besé su espalda. Mientras mis manos acariciaban sus tetas, mordí su cuello y la miré. Su pequeño culo respingón era perfecto. Me arrodillé. Ella se removió nerviosa, pero me dio lo mismo. Necesitaba comérmela entera. Apreté sus cachetes con mis manos, fuerte. A ella se le escapó un grito ahogado de dolor. Le mordí el culo fuerte y se lo lamí. Joder, me estaba volviendo loco esta puta estampa. Ella se removía nerviosa, estaba incómoda así. Así que me levanté, ella se dio la vuelta elegantemente y sus brazos se enredaron en mi cuello. La cogí en brazos y me la llevé al sofá.

—Sé que te pones nerviosa, nena, pero déjate llevar. —La besé con desesperación—. Porque no voy a hacerte nada que tú no quieras.

Se apoyó contra el sofá, de espaldas a mí. Su culo quedaba expuesto. No había imagen más perfecta. Me desabroche el pantalón y mi polla salió disparada. No quería ponerme el condón, ya qué más daba, lo habíamos hecho a pelo, pero sabía que no podría controlarme mucho. Me

acerqué a ella y gimió. Giró su cara y a la vez que la penetré la sostuve del cuello. Giré su cara y la besé. No podía apartar mi boca de la suya. Mordí sus putos labios mientras mi polla entraba y salía de su coño, cada vez estaba más y más mojada. Mis dedos acariciaron su clítoris y en una embestida dura que le di colé dos dedos dentro de ella. Ella gritó sorprendida.

—Eso es, nena. Acéptame, estoy dentro de ti con la polla y los dedos.

Mi mano estaba en su cuello sosteniéndola con toda la suavidad que mis caderas no tenían. Gemía y se mordía los labios, yo también se los mordía. Cuando nuestras lenguas se perdían. Era el puto cielo follarla de esa manera. Se corrió sin avisar. Bestia y salvaje sin controlarse, gritó y gimió como una vikinga levantando su culo para sentir más mis fuertes embestidas. La sostuve del estómago ya que las piernas le fallaban y me corrí con ella, ya que su coño me estaba absorbiendo. Joder, yo sudaba, llevaba la ropa puesta todavía y ella estaba mojada y resbaladiza.

Se quedó en el sofá en esa misma posición. Mientras yo me recomponía aún dentro de ella. Nuestras respiraciones estaban acompasadas y mi corazón latía con fuerza hasta tal punto que lo notaba en su espalda. Besé su espalda y mordí su cuello. Quería morderla y dejarle la marca como si fuera un hombre lobo. Se dio la vuelta y me miró, sorprendida, con la cara roja y los labios hinchados. Muy inflamados, pero con una sonrisa preciosa.

—Eres lo más bonito que he visto nunca —dije. Ella miró al suelo. Me acerqué y la besé. Me acerqué a la nevera y saqué una botella de agua—. Toma, cariño. —Se la di. Entré en la habitación y le saqué una de mis camisetas—. Toma, póntela. —Me reí al ver que le venía gigante—. Preparo un cóctel. —Ella asintió—. Ponte cómoda. —Vi cómo iba al baño.

Salió nerviosa y se sentó en el sofá. Fui hasta ella con las copas y me senté a su lado. Me acerqué a su boca lentamente. Antes de nada, quería saber cómo estaba y me pareció la mujer más bonita del mundo cuando vi que se sonrojaba.

—Ni en mis mejores sueños, nena —le susurré en los labios antes de besarla.

Tenía el mando del aparato musical en la mesita y puse el cd tres. Era música calmada y relajante para estar en casa. Lo hice el día que vino con los amigos, soñando entonces con un momento como este, yo estaba en el puto cielo. Mientras, ella bebía y me miraba de reojo.

—Sonríes —dijo flojito.

—Claro que sí. Ha sido la mejor noche de mi vida —lo dije rotundo y mirándola a los ojos, quería que supiese que lo decía de verdad. Porque así era: había sido uno de los mejores días de mi vida.

Una vez nos tomamos las copas me la llevé a la ducha, en brazos. Ella no decía nada. Carlota, mojada y húmeda entre mis manos, fue una locura. Le hice el amor despacio, debajo del agua contra la pared, sus piernas enredadas en mi cintura y sus manos en mi pelo, con mi polla bien dentro de ella. Suave, lento. Saboreando su boca, escuchando sus gemidos, mientras el agua caliente nos cubría. Podía notar lo anchada que estaba. Su sexo y el mío. Pero me daba igual, no quería salirme de ella.

En cuanto notó las sábanas frescas de mi cama, se durmió. Yo no podía dormir. Solamente me apetecía mirarla. Me dolía la polla, pero aun así la tenía dura. Ella estaba boca abajo, su respiración era tan suave que me relajaba. Mis dedos comenzaron a acariciar su suave espalda. Abrió los ojos y me miró. Al verme se le iluminó la cara. Me dedicó una sonrisa preciosa y se frotó los ojos con su mano. Parecía una ninfa. Con la tenue luz que entraba por la ventana.

—Hola —su preciosa voz me sorprendió.

—Hola, cariño. —Acaricié su pelo que estaba por todos sitios. Le besé los labios—. Estás preciosa. —Volvió a sonreír.

Ahí lo supe: hacerla sonreír era mi misión en la vida. Crucé mis brazos por detrás de mi cabeza y ella se acomodó en mi pecho. Lo besó y se me subió encima. Se sorprendió al notar mi polla dura y esperándola nuevamente. Era cierto, no tenía fin con ella. Me besó en la boca y se removió encima mío. Saqué un condón y me lo fui a poner cuando ella me frenó.

—No —dijo suavemente. Se sentó encima de mi erección. Despacio y calmada—. Me duele, pero lo quiero —dijo, mientras se movió suavemente.

Volvimos a hacer el amor. Besos y caricias nos dedicamos lo que quedaba de madrugada hasta que caímos rendidos, ella entre mis brazos.

En mi vida había estado tan seguro de algo: estaba locamente enamorado de ella.

Despertar con ella en mi cama había sido increíble. Desayunamos tranquilos, mirándonos en silencio. Yo, pensando en lo afortunado que era y ella, vete a saber. La notaba cómoda conmigo, pero algo tímida. De vez en cuando se ponía colorada y se le escapaba la risilla nerviosa. Antes de dejarla en la entrada del *camping* la besé de nuevo como deseaba hacerlo desde el mismo día que la vi.

13. Familia

«Acepta lo que no puedes cambiar
y cambia lo que no puedes aceptar».

Proverbio zen

Mis padres ya habían llegado. Cómo no, mamá encajó a la perfección con Socorro y a mi padre le pasó como a mí: se enamoró del lugar.

Mi hermano me perseguía por el bar, preguntándome por Lara, y yo con dolor en todas las partes de mi cuerpo y destruida del cansancio.

—No sé, Raúl. Si quieres le digo que venga, pero respeta mi espacio vital, por el amor de Dios.

Me aparté de él.

—No, que están tus padres —comentó, como si al él nos lo hubiéramos encontrado en la basura.

—Eres tonto. Llámala. Seguramente esté de los nervios por saber de ti.

—¿Tú crees? ¿Sí?

Se le abrieron los ojitos de par en par. Mi hermano, que no sabía nada, y, en ocasiones, su saber estar brillaba por su ausencia, llamó a Dante. Lo invitó a venir y a cenar con nosotros. Dante llamó a Lara y Lara a Judith. Al menos, me quedó de consuelo que mis amigas vendrían para rescatarme, porque yo solamente quería ducharme y sentarme en un flotador como si tuviera almorranas.

Mi madre y Socorro me sacaron de la cocina a escobazo limpio: ellas tenían que hablar; hablar de mí, y yo estorbaba, así que aproveché para irme a dar una ducha.

Unas mallas, una sudadera ancha y larga que se había dejado mi hermano la última vez que estuvo en mi casa y unas chanclas de verano que andaban por mi habitación. El atuendo no es que fuera muy apropiado, pero mi cuerpo no daba para más. Me dolían las piernas y, en las ingles, juro que tenía agujetas. Dante no salía de mi cabeza, ese hombre era todo sexo. Solo de recordar las cosas que hicimos en su casa, se me estremecía el cuerpo. Me miré en el espejo antes de salir y vi que tenía los labios como si acabara de pincharme ácido nuevamente, hasta tenía algún pequeño morado.

Entré al bar. De espaldas estaba Dante hablando con mi padre y mi hermano. Se giró al notar mi presencia y me sonrió. Me acerqué a él y lo besé en la cara, cerca de la comisura de los labios.

Mi madre me miró incrédula, pero con el semblante sereno.

—Esta niña está incubando algo —dijo mi madre, poniéndome la mano en la frente.

—Sí, un huevo va a poner. Va, Isabel —la reprendió mi padre.

Todos se rieron de las formas que tenía mi padre de hablar. Ese acentillo que enamoraba, gaditano de pura cepa.

—Que la niña está pálida, que tiene bajas las defensas.

Rebuscó en su bolso.

—Ouuu, qué cruz —murmuré con la mano en la frente—. Ay, señor…

Mi hermano nos miraba a los dos, a Dante y a mí.

—Carloti. Abre la boquita. —Apareció mamá con un gotero—. Es la equinácea.

Apretó sus morritos.

—Va a parir, Isabel. Deja a la niña ya, que está bien. Que no va *pintá*, *na* más.

Lo miré y le agradecí con la mirada que intentara ayudarme.

—¿Tan mala cara tengo?

Mi padre asintió, travieso.

—Como si fueses estado de Rocío, *ia* —dijo, con toda su gracia.

—Yo te veo guapísima —añadió Dante, delante de todos.

Mi madre suspiró y mi hermano le susurró a Dante que era un cretino.

—Veo que has entretenido a mi hermana toda la noche, ¿no? ¿Me equivoco?

Dante se puso colorado y asintió nervioso.

Llegó Lara y el cerebro de mi hermano sufrió un cortocircuito, volviéndolo más tonto de lo habitual.

Cenamos todos juntos en el bar. Mi familia, mis amigos, todos juntos, compartiendo una velada perfecta. Dante, apoyado en mi silla, jugueteaba con un mechón de mi pelo, relajado y tranquilo. Ese gesto le salió innato y sentí que era la persona con más suerte del mundo.

«Gracias, gracias, gracias», repetí, hasta la saciedad.

Notaba que mi familia había dejado de preocuparse por mí; que ellos, como yo, sabían que había encontrado mi sitio y, por fin, todo volvía a ser normal.

—Niña —llamó mi padre a mamá—, ¿nos compramos aquí una casa?

Mamá dudó, pero mi hermano se sobresaltó.

—Sí, aquí os podéis jubilar. ¿Verdad, Carloti?

—No estaría mal. Estaría cerca de vosotros.

—El niño perdido en Valencia, solo —dudó ella.

—Yo me vengo también. ¡Qué coño!

—Tengo que pensarlo, pero no lo descarto. Ya veremos —salió airosa del tema.

—Sí. Piénsalo, *ia*. No vaya a ser que te dé pena dejar el piso que tenemos y mudarnos al paraíso. Ni que la fuera a llevar a Despeñaperros…

—Tienes razón… pero con calma, eh —le advirtió ella.

La sobremesa se estaba alargando y la verdad es que estábamos a gusto. Dante me miraba. Mi madre nos miraba a los dos y Dante se puso en pie.

—Señores, señoras. —Miró a mamá—. La compañía es muy grata, pero mañana tengo que trabajar, así que acompaño a Carlota a casa y me marcho a la mía. —Nadie dijo nada—. Vosotros quedaos aquí disfrutando por nosotros.

Se despidió de todos y yo, ante la mirada de mi madre, me puse en pie. Los demás siguieron charlando entretenidos, pero mamá se percataba de todo y la cara de felicidad que tenía la delataba.

Al salir a la calle había refrescado y Dante me dio abrigo con su cuerpo. Caminamos en silencio hasta las escaleras de mi casa.

—Nena. —Lo miré—. Mañana, cuando salgas, avísame y vengo a por ti. ¿Te parece bien?

—Sí, claro. —Subí un peldaño y lo atraje hacia mí de la chaqueta. Rocé mi nariz con la suya —. No puedo ni moverme, me duele todo, pero anoche fue la noche más perfecta de mi vida.

—Nena, la mía también. —Cogió mis caderas entre sus manos—. Mañana vengo a por ti. —Me besó en los labios—. Hasta mañana, cariño. Descansa.

Desperté temprano. Como mis padres dormían en mi cuarto, mi hermano y yo lo hacíamos en el pequeño de las literas, pero él no estaba. Todavía tenía sueño y ganas de dormir, pero tenía que tirar de la poca fuerza de voluntad que tenía y salir a correr.

Esa mañana no fui capaz de hacer los once kilómetros, las piernas no me daban de sí, pero hice la mitad. Estaba de vuelta cuando me crucé con mi hermano, que venía con la misma ropa de la noche anterior. Él también me vio y me esperó sentado en la entrada del *camping,* en el murito de piedra que lo recorría entero. Llegué a él. Me tomé las pulsaciones e hice unos estiramientos. Lo miré de reojo.

—¿No quieres saber de dónde vengo?

Lo miré. Sabía que se moría por contármelo. Siempre habíamos estado muy unidos y nos lo contábamos todo.

—Sí, ya lo sé. —Miré al cielo—. Pero te mueres por contármelo.

—Lara… —Suspiró como una casamentera—. Dios. —Se puso en pie—. Es que me tiene loco.

—Se nota. —Terminé de estirar—. Venga, vamos, necesito reponer líquidos.

—Sí, y un agüica, hermana.

Se tapó la nariz y yo puse los ojos en blanco.

—Y tú también necesitas una buena ducha.

—Me he duchado con Lara antes de venir.

Lo miré mal.

—Puaggg, qué asco. —Me metí los dedos en la boca y simulé una arcada.

—Y tú, pequeña, ¿no tienes que contarme nada del moreno psicópata locamente enamorado de ti?

—No. Nada —intenté desviar el tema.

Al final le conté más o menos lo que había pasado; omití información sexual, pero sí que nos veíamos y que estábamos, de alguna forma, unidos.

Esa misma tarde había quedado con Dante. Como un clavo lo tenía en la puerta del bar a la hora que salía a descansar.

—Preciosa. —Nos sorprendió a todos besándome en la comisura de la boca—. ¿Nos vamos?

—Tengo que pasar por casa a darme una ducha rápida y cambiarme de ropa.

—Venga, vamos. ¿Está tu hermano?

—Sí, está, pero no sé si estará despierto, ha venido esta mañana con cara de muerto.

—Como la tuya ayer. —Nos miramos.

Al llegar a casa, nos encontramos con mis padres y mi hermano en pie de guerra. Mi madre se levantó a saludar a Dante impresionada por lo guapísimo que era. Y él, como era un dandi, se dejó querer y se deshizo con ella en halagos.

—¿De qué discutís? —pregunté, mirando a mi hermano, que tenía cara de cabreo.

—Por tu madre —me contestó, visiblemente molesto.

—No quiere venirse aquí. Quiere estar en Madrid y con su casa en Cádiz. ¡Si no va nunca! —se quejó.

—Veníos vosotros —contratacó ella—. Yo quiero el sol de mi tierra. Mi playa, mis vecinas.

—Isabel —sonó la voz de mi padre, intentando poner paz—. Ya se verá, ahora déjalo. No irrites al niño. Y tú, déjala y ve a mirar la casa. Ya se andará…

Mi madre y mi hermano se retaron con la mirada.

—En fin, voy a darme una ducha.

Entré en casa mientras mi hermano soplaba como un toro.

—Dante, ¿quieres café? —le preguntó ella, risueña, pensándose que había ganado la batalla a mi hermano.

Me puse unos tejanos cortos deshilachados y una camiseta de manga larga y grande, las bambas blancas y me recogí el pelo en una coleta. Salí al porche.

—Hija, píntate un poquito. Date algo de color —me regañó mi madre—. Esta niña tiene algo.

—Estoy bien así. En un rato entro otra vez a trabajar y ahora voy al pueblo.

—Pues yo me voy con vosotros —añadió mi hermano—. Paso de estar aquí con la Presley.

Al llegar al taller, mi hermano se desvió a la taberna y Dante levantó la persiana.

—Pasa, tengo una sorpresa para ti. —En un lado del taller tenía algo grande tapado con una lona—. Si no te gusta o no te hace gracia, dímelo, ¿vale? No pasa nada.

Retiró la lona y me enseñó una Vespa antigua. Lo cierto es que estaba destrozada, pero todavía tenía el encanto de la auténtica Vespa.

—Aaaah, ¿es para mí?

Él asintió y yo di saltitos de alegría.

—Ahora está fatal. Hay que restaurarla, pintarla y dejarla bonita. Pero sí, es para ti, para que te muevas libre.

Me senté en ella.

—Me encanta, es perfecta.

—Bueno… Tiene trabajo, pero lo estará. Ya verás. —Caminó hasta su mesa de trabajo y sacó un sobre marrón. Lo abrió y sacó unos dibujos. Yo me senté en la mesa—. Mira, nena, estos son los bocetos que tengo preparados. Elige uno.

Yo estaba alucinando, no me podía creer que estuviera pensando en arreglarme la moto, en regalármela, y mucho menos que dibujara de esa manera.

—Son preciosos, pero yo… Yo te pago la moto. Es demasiado, Dante.

—No, esto no es discutible. Yo fui un borde contigo. Un celoso, y no me dio la gana arreglarte una bici. —Me descruzó las piernas con sus manos. Las abrió y se metió entre ellas—. Y esta motillo la cogí para darte una sorpresa ese mismo día. —Sostuvo mi cara entre sus manos—. Es que, Dios. —Mordió su labio—. Eres perfecta. —Me besó en los labios, un beso dulce y casto—. Elige un boceto, yo te lo hago.

—Yo acepto el regalo, pero lo eliges tú, soy incapaz de escoger uno. Todos son chulísimos y me gustan por igual. Sorpréndeme.

—Está bien, cariño. ¿Te apetece ir a tomar algo?

Pasamos parte de la tarde en la taberna con los amigos, mi hermano y Lara. La tensión sexual entre ellos era muy muy bestia.

Me llamó Elisabeth, la periodista que me había hecho la entrevista. Me alejé del grupo y mi hermano y Dante me persiguieron con la mirada. Me dijo que había quedado muy bonita, que en redacción las chicas estaban entusiasmadas y que les parecía lo más real y coherente del mundo. También que me había mandado un *mail* con la portada y que saldría mañana mismo a la venta. Me animó a hacer frente a mis sueños.

—Carlota, escribe ese libro y, si quieres hacer la formación de profesora de yoga, hazlo. Eres capaz. Si alguien puede con todo, esa eres tú.

Lo pensé y tenía razón: claro que podía hacerlo. Sentí un pellizco en el estómago al pensar que, a la mañana siguiente, la portada junto a mi historia, mis miedos y yo misma, volveríamos a estar expuestos a la crítica de la gente. Fui hasta donde estaban todos sentados y me acomodé en mi silla.

—¿Qué pasa, nena? —Dante y su cara de preocupación, que hacía juego con la de mi hermano.

—Mañana sale la revista. —Cerré los ojos, respiré, «llave de luz»—. Tengo la portada en el *mail*.

—¿Me dejas verla? —Notó mi nerviosismo. Abrí mi correo y ahí estaba el primero de todos los *mails*. Le pasé el móvil y él acabó de abrirlo. Mis manos temblaban, él me inspeccionó—. ¿Estás bien? —Asentí.

—Sí, míralo.

Miró el teléfono, me miró a mí y sonrió, pero de verdad. Los ojos le brillaban y su sonrisa era sincera.

—Increíble, pequeña. Increíble. ¿Quieres verlo? —Negué, callada. Las palabras no salían por mi garganta. Los demás nos observaban—. De verdad, te va a encantar.

Dante

Yo me encontraba fascinado por ella. Había llegado la imagen de su portada, ella no quería verla. Sentía vergüenza de ella misma y yo no daba crédito. Estaba tan nerviosa que daba pequeños botes en la silla. Se había hecho una bolita. ¡La vi tan frágil! Sentí el dolor que le provocaba verse, lo que le habían hecho, su sufrimiento y cicatrices. Yo no era tonto, siempre supe quién era ella. Una vez que la vi en la puerta del bar, busqué todo lo que tenía relación con esa preciosa niña de ojos tristes y aluciné. El mundo fue cruel con ella, pero ahí la tenía yo. Toda mía. Cálida, cariñosa, bondadosa, risueña y tan bonita que dolía mirarla. Los odié a todos por lo que le habían hecho. Estaba tapándose los ojos con las manos, y yo mirando la portada de la revista. Tenían razón: la fuerza hecha mujer. Está preciosa en el mar, con su tatuaje y su tabla de surf. El corazón se me paraba cuando la miraba.

Carlota

Subí los pies a la silla y abracé a mis piernas. No podía controlar los nervios que sentía, y mi cuerpo vibraba.

—A ver —mi voz sonó tímida.

Él me enseñó el teléfono.

—Abre los ojos.

Sentí las manos de mi hermano en los hombros.

—Guau —dijo mi hermano.

Abrí los ojos. Veía borroso por la fuerza con la que los cerré. Todos tenían razón, la portada era muy bonita. Era una de las fotos que me habían hecho en la playa. Se veía el mar, la puesta de sol y yo en el agua. Salía de espaldas, con el rostro de lado, con las luces de una puesta de sol en el paraíso. Llevaba un biquini blanco, con el mar cubriendo medio cuerpo mío. Sujetaba la tabla que me había regalado Jaspers y el pelo alborotado por la sal y salitre en el viento. Se veía mi tatuaje de la palmera y las pulseritas que me puse ese día con la de la amistad que llevaba con mis amigas. Mi nombre estaba en letras blancas y bonitas al estilo surfista.

Carlota Romero: La energía hecha mujer. La verdad en persona y la calma de vivir en paz.

—Carloti, es preciosa. Enhorabuena. ¡Deseando leerla! —dijo mi hermano, con un nudo en la garganta y visiblemente emocionado.

—Déjanos verla —dijeron los demás.

Yo los miré, recelosa.

—Me da vergüenza.

Dante se rio.

—Cariño… —Me levantó la barbilla—. Mañana lo verá todo el mundo y alucinarán contigo.

Me besó en los labios. Acto seguido, miró a mi hermano.

—Yo… Me he dejado llevar.

Lo miré sin entender. Por primera vez, Dante se había quedado sin palabras y se veía pequeñito al lado de mi hermano. Lara me quitó el teléfono de las manos.

—Alucino —gritó—. Estás preciosa. Una jodida diosa griega. Nenaaaa.

Desperté temprano. Cómo no, mi hermano tampoco estaba. Decidí ir corriendo al quiosco y comprar una revista, quería revisar bien lo escrito. Me vestí y salí de casa. En el porche estaban mi hermano, Dante y Lara, con las revistas en la mesa. Un montón de revistas.

—Son las siete y media de la mañana —dije, mirándolos.

—Eso, haz café —dijo Lara, intentado esconder la revista.

—Quita de ahí.

La aparté de un manotazo. Cogí la revista con mis manos temblorosas y la abrí. Me sorprendieron Elisabeth y sus palabras. Se había ceñido a poner exactamente lo que había dicho, palabra por palabra. Miré las fotos con Socorro y Manuel y sonreí. Salían guapísimos y nuestro bar se veía como era: un hogar para familias y un refugio para el alma. Miré las fotos con Dante. En todas, él salía mirándome.

—No me dirás, nena, que no salgo guapo.

Lo miré.

—Es que lo eres, eres guapísimo. —Atrapé su cara entre las manos y le di un besito suave en los labios—. El más guapo.

—¿Qué decís de mí? —replicó Lara—. Estoy monísima.

Nos enseñó su foto en la revista, muy orgullosa.

—Pero ¿cuántas habéis comprado?

Abrí los ojos al ver la pila que tenían en la mesa.

—Yo una —dijo mi hermano—. Dante quería llevárselas todas, pero la señora del quiosco lo ha mandado a pastar.

—Oye, que yo solo quería llevármelas porque ella estuviera tranquila. —Me miró con vergüenza en los ojos—. Yo quería que estuvieras bien; tranquila, nena.

—Vamos al bar, no vayamos a despertar a Pili y Mili.

Mi hermano todavía estaba enfadado con nuestros padres. Caminábamos los cuatro, cada uno llevaba un ejemplar a en la mano. Menos Dante, que llevaba un montón de ellas.

Al entrar en el bar, nos encontramos con Socorro leyendo una de ellas en la mesa y a Manuel preparando el café. Ricardo, apoyado en la mesa.

—Buenos días —saludé.

Socorro me miró, llorando a lágrima viva. Me estrechó entre sus brazos.

—Que digas esto de nosotros… Carlota. Es… —Me besó—. Mi niña, nosotros también te queremos. —Sentí el arrope de Manuel a mi espalda—. No nos esperábamos esto, hija. Es muy bonito y es mutuo.

—Es la verdad, sois mi hogar.

Manuel miró a Dante, que aguantaba el tipo con una sonrisa en la cara.

—¿Tú eres el tonto que se ha llevado todas las revistas?

Él asintió orgulloso y la cara de Manuel fue un poema.

—He tenido que ir al pueblo de al lado —ronroneó feliz. Ricardo me miró.

—Gracias por la parte que me toca. Eres más bonita por dentro que por fuera. —Me dio un abrazo.

—Hoy vamos a tener el bar lleno todo el día. Así que sentaos, que ahora os preparo algo —dijo Socorro, corriendo hacia la cocina.

Mi móvil empezó a sonar. Yo contestaba los mensajes y las llamadas de los números que conocía. Dejé el móvil en la mesa cuando Ricardo trajo el desayuno y se sentó a nuestro lado. En el teléfono salió el nombre de Jaspers. Me levanté, viendo la tensión en el rostro de Dante.

—No se puedes ser más bonita, joder, gorda. Que se me han saltado las lágrimas —dijo, en cuanto descolgué—. Que me llames tu verano. Tu rincón seguro. Joder, casi me muero.

—Es que es así, eres mi refugio —le dije, siendo sincera.

—Sales en la portada con tu *spot*. Preciosa, en nuestra playa.

—Sí. —Me reí, feliz, por escucharlo feliz.

—Estoy orgulloso de ti, pequeña. Has hablado con el corazón y has demostrado quién eres. Eres luz, Carlota.

—No seas tonto, que me vas a hacer llorar.

—Eres de palabra. Cuando he visto tu foto con Felipe en su estudio, me he caído de culo. Esa fue nuestra noche.

Me reí.

—Te quiero, golfo —dije, despidiéndome de él poco después, ya que el teléfono no dejaba de sonar.

El resto del día lo pasé recibiendo el cariño de la gente, de mis vecinos y de mis amigos. Mis padres, desde un rincón, me observaban con todo su amor.

Poco pude estar con ellos, ya que tuvimos el bar lleno. Judith vino también. La vi feliz, contenta e ilusionada.

Como el día fue un no parar de visitas y desde que llegué no me fui, Socorro a las seis de la tarde me dijo que me fuera y me dio la noche libre. Ella estaba siendo la más feliz por el éxito de la publicación.

Me marché con Lara y Judith a tomar algo las tres solas y ponernos al día. Sobre las nueve de la noche me fui a buscar a Dante; el taller estaba cerrado, pero en su casa había luz. Llevaba la cena en una bolsa de cartón y una botella de vino blanco en la mano. Llamé al timbre. Lo pillé recién salido de la ducha. Me abrió la puerta y se sorprendió al verme, pero, por la forma en la que me sonrió, supe que no le molestaba; es más, parecía aliviado al verme.

—Tengo la cena. —Levanté la bolsa de comida—. Y vinito.

Puse morritos. Abrió la puerta y pasé con sus brazos alrededor de mi cintura.

—Ponte algo —dije, mientras dejaba las cosas en la cocina.

Su casa era tipo *loft*, con paredes de ladrillo y todo abierto, así que lo podía observar desde cualquier parte de la casa, y eso era todo un lujo para mis ojos.

Entró en su habitación y dejó caer la toalla al suelo. Mis pies cogieron vida propia y me llevaron hasta su habitación. Acaricié su espalda con la yema de mis dedos, borrando algunas de las gotitas de agua que se mantenían quietas en su espalda.

—Te noto tenso —dije, abrazándolo por la espalda y acariciando su pecho suave—. Eres tan grande. —Bajé mis manos por su dorso hasta su sexo que, como cabía de esperar, estaba duro—. ¿Qué pasa?

Besé su espalda mientras acariciaba su dureza con mis manos. Un escalofrió recorrió su cuerpo.

—Carlota —pronunció mi nombre en forma de susurro. Se giró, mirándome—. Dios.

Cerró sus ojos. Yo sonreí coqueta. Besé su pecho, lo lamí. No pude reprimir la lujuria que corría por mi cuerpo en formas de gemidos al notarlo tan caliente. Lo empujé con mis manos en su pecho hasta hacerlo retroceder hasta la cama.

—Siéntate —le pedí con mi voz ronca—. Ya —exigí. Él me miró sorprendido, pero obediente —. Acarícíate —le pedí mientras saqué mi ropa a tirones. Él obedeció, cada vez más sorprendido.

Me senté en sus piernas y me acaricié los pechos mientras él me observaba con la cara descompuesta. Bajé una de mis manos por mi estómago hasta perderla en el vértice de mis piernas. Él observaba mis movimientos mientras se acariciaba despacio.

—¿Te gusta, cariño?

Lo miré sutilmente mientras me balanceaba delante de él. Me estiré encima de él haciéndole retroceder y quedar tumbado sobre la cama y lo besé, con desesperación, mientras me movía encima de su sexo duro dándome placer. Él se dejaba hacer mientras acariciaba mi cuerpo.

—¿Tienes condones? —le pregunté, mientras jugaba con su polla en mi sexo, tentando la entrada.

—Sí, en la mesita. —Fui a levantarme para coger uno y me sostuvo de las muñecas, inmovilizándome. Entonces, él se movió debajo de mí—. No, no quiero nada entre tú y yo, piel con piel. Notar tu interior, cariño. —Levantó su cadera e introdujo su glande hinchado y húmedo de mí—. Esto, esto es lo mejor del mundo. Cálida, cerrada, mía. —Entró un poco más en mí.

—Dios… —Me removí, nerviosa—. Esto es jugar con fuego —le advertí.

—Lo sé. —Soltó mis manos—. Tú mandas, pero dime que no te gusta notarme, notar mi polla, mis venas, mi piel en tu interior.

—Me encanta, me vuelve loca. —Mordí su mentón—. Tú, tú me vuelves loca.

Me impulsé hacia abajo, hasta que me llenó por completo. Gemimos mientras nos mordíamos la boca, dejándonos llevar por la locura.

—Madre mía, cariño —dijo, abrazándome con fuerza.

Sus manos pasaron a mi culo, cogió impulso y se puso en pie. Mi espalda toco la pared de ladrillo de su habitación y él empezó a entrar y salir fuertemente de mí. Duro, implacable, una y otra vez. Yo me agarraba a su cuello y a sus caderas, él llevaba el control de mi cuerpo, entrando cada vez más duramente.

—Mírame —me pidió, y obedecí—. Mírame mientras te follo. ¡Joder! —exclamó, cuando sintió que mi cuerpo se contraía por un orgasmo que explotó en mí sin previo aviso.

Yo jadeaba y él no aflojaba sus movimientos. Después de ese, vino otro. Sus embistes hacía que chocáramos con la pared y cerré los ojos.

—Dios, Dios, Dante.

Su boca no me daba tregua tampoco. Los ruidos que salían de su garganta me encendían más y más, esos sonidos guturales de sexo y lujuria revolvían mis entrañas provocándome un placer inexplicable con solo sentirlo.

—Me corro, joder, me corro. —Me dejó en el suelo. Me acerqué a él y me paró—. Quieta…

Acabó de masturbarse y se dejó ir en mi estómago. Volvió a mí con la misma dureza de antes y mi espalda volvió a estar pegada contra la pared.

Me llevó en brazos a la ducha y me dejó en pie. El agua nos cubrió mientras nos besamos abrazados.

Me puse una camiseta suya negra que me venía gigante y salí al comedor, con él detrás de mí.

—¿Tele o música? —preguntó.

—Música —dije, mirando la bolsa de la comida—. Todo frío.

Saqué las cajitas donde venía todo. Miré la cocina, era grande y estaba equipada con todos los electrodomésticos, y encendí el horno.

—Nena, ¿qué has traído?

Tocaba el viejo tocadiscos.

—Pues pulpo a la brasa con puré y unas hamburguesas de chipirones en su tinta, pero está frío. Le doy un toque en el horno.

Se escuchó una melodía suave.

—Aaaah —exhalé al escuchar la música—. *Back to black* de Amy, me encanta.

Cerré el horno y él vino hasta mí.

—Y tú a mí. —Mordió mi clavícula a la vez que me envolvía entre sus brazos.

—Dante, estamos jugando con fuego.

Me miró divertido.

—Somos fuego.

Orgulloso de él mismo, le faltó darse una palmadita en el pecho, pero era tan guapo que poco podía debatirle.

—Sí, pero hablo en serio. —Me hice la coleta—. Lo digo de verdad. Yo no tomo nada. No usamos precaución y podemos tener un susto.

—Soy consciente de ello; es más, cuando has llegado es de lo que quería hablarte, pero vaya, que no es una cosa que me preocupe. —Me sentó en la encimera—. ¿A ti sí?

Siempre comprensivo, cariñoso y con un toque arrogante que no sé por qué me volvía loca.

—Sí, claro. Un embarazo me da pánico. —Se mordió el interior de la barbilla. Mis ojos fueron a su pecho. Cómo lo deseaba constantemente—. A ver, creo que lo mejor será tomar medidas.

—Me parece bien. No volveremos hacerlo sin protección, pero el otro día me resultó tan raro. Después de lo del muelle el condón era frío, pero tienes razón. Aunque, a mí, que te quedaras embarazada no me resultaría un problema.

Se hizo el silencio en el comedor.

—Creo que iré al ginecólogo y pediré las pastillas.

—¿Esas mierdas? ¿Hormonarte? No, nena, no. Me pongo el preservativo, no te vas a sacrificar por los dos. Con el preservativo nos apañamos, de verdad. Esas mierdas en tu cuerpo no me gustan.

—Bueno, es lo normal cuando tienes relaciones con tu pareja.

Abrí la boca, se me había escapado. Su sonrisa canalla salió a relucir.

—¿Somos pareja, mi amor? ¿Me lo has pedido?

Su chulería estaba en el aire y eso me ponía negra.

—Ya me has entendido, tonto. Estamos juntos; no somos pareja, pero estamos, nos guste o no.

—Sí, somos y estamos y, por lo tanto, utilizaremos preservativos. Rubia, la cena ya está.

Abrió el horno y llevó las cosas a la mesa. Yo abrí el vino y llevé las copas.

—Tú sabes que después ninguno quiere preservativo, no te lo pones y yo no quiero que lo hagas, me gusta tu piel —reconocí serenamente.

—Pues, cariño, yo tengo treinta y tres años. Tú veintiocho. A ver qué hacemos, porque ya somos mayorcitos. —Sirvió las copas—. Si nos viene un crío, pues adelante, ¿no?

—¿Estás loco? —Di un respingo en la silla—. Loco de atar…

—Yo sí —contestó, seguro—. Te quiero, y eso es la locura más bonita que me ha pasado en la vida. Y tú me quieres, porque lo sé.

Nos miramos en silencio.

—Yo estoy enamorada de ti —hablé con el corazón—. Creo que es amor de verdad —solté, confusa pero sincera.

Se pasó la lengua por los labios.

—¿Por qué lo crees?

Bebió de la copa sin apartar la vista de mí. Lo cogí de la mano, seria, sin apartar la vista.

—Porque te amo, porque lo siento así. —Pensé unos instantes—. Jamás he sentido esto por nadie.

Él asintió, con algo de sorpresa en su rostro.

—Cariño, me pasó eso mismo cuando te vi.

Abrí los ojos, eso sí que no me lo esperaba.

—Pero si fuiste un estúpido.

Sus ojos se fueron disparados hacia arriba, poniéndolos en blanco.

—Ya te dije, amor. Sabía quién eras y bueno…, me quedé parado, la verdad, pero el latigazo del pecho me asustó. Me quedé loco al verte. Come, que se enfría. —Empujó mi plato hacia mí —. Y sí, te amo, te quiero desde que te vi.

—Qué locura.

Se me escapó la risita nerviosa.

—Sí. Hace poco que nos conocemos, pero yo siempre he tenido la sensación de que me faltaba algo en la vida. Y, desde que estás tú en ella, esa sensación ha desaparecido por completo. —Me incorporé y lo besé—. Por eso, si nos pasa que nos viene un crío, pues adelante, nena. ¿Qué quieres que te diga? No quiero condón entre tú y yo y menos que te hormones.

—Pero no te podrás correr dentro.

Se encogió de hombros mientras comía.

—Pero sí en esa preciosa boquita.

Le tiré la servilleta a la cara. Recogimos la cocina y la mesa entre los dos y puso una película de esas antiguas.

—¿Te quedas a dormir, cielo? —Dudé. Él me miró—. Si quieres que te lleve porque están tus padres, sin problemas. —Cruzó los brazos por detrás de su cabeza y subió los pies a la mesita pequeña—. Como tú quieras.

Me acurruqué en el sofá y apoyé mi cabeza en su pecho.

—Me quedo.

Le escribí un mensaje a mamá diciéndole que dormía con Lara y que al día siguiente iría temprano. La muy puñetera me mandó una foto con Lara. Y un «Vale. Dice que piques, que te abre su padre». No contesté, me moría de vergüenza. Dante se meaba de la risa.

—Anda que… como si tu madre no supiera que tenemos algo. ¡Tienes unas cosas!

Recibió en un mensaje de mi hermano.

«Mi padre quiere retarse en duelo al amanecer, ja, ja, ja, ja. Mañana por la mañana voy a ver un piso. Acompáñame, tío».

Me enseñó el teléfono.

—Este se me viene aquí para estar con Lara. Le ha dado fuerte.

Me acariciaba con su brazo izquierdo mientras veíamos la película.

14. Necesidad

«La vida es un viaje,
La muerte es un retorno».

Buda

Hacía dos días que mi familia se había vuelto a casa y yo seguía dándole vueltas a la idea de escribir el libro. A decir verdad, no sabía ni por dónde empezar. Busqué mi portátil en una de las cajas que tenía todavía por abrir y lo desempolvé. Lo puse a cargar sobre la mesa del comedor y llamé a Judith. Le dije que se viniera a cenar a mi casa, que también venía Lara, que estaba tristona por la marcha de mi hermano y así la animábamos. Dante había ido a cenar con unos amigos que hacía tiempo que no veía y a tomar algo, así que pensé en hacer noche de chicas. Invité a Sofía y a Marisa, pero eran mucho más jóvenes y estaban como locas por irse por ahí con sus amigas.

Preparé unas *pizzas* caseras y unas bolsas de patatas, saqué unos refrescos de la nevera y unas aceitunas.

Lara entró con los ojos hinchados de llorar. Sabía yo que era por mi hermano. Estaban desesperados por estar juntos, pero ninguno se atrevía a dar el paso.

—¿Coca-Cola? —dijo, mirando los refrescos—. Carlota, necesito vino. —Abrió la nevera—. Mucho vino, cantidades indecentes de vino.

—Sírvete.

Entró Judith sonriente y, al verla, agitó un cubito monísimo rojo de lunares con tres botellas de Lolea número tres. Su vocecita inundó la pequeña estancia.

—Eres mi diosa.

Sacó tres copas del armarito de la cocina. Cenamos tranquilas escuchando a Lara hablar de la mierda que era el amor, del miedo que tenía y de que sentía pánico a que Raúl, ese chico que llevaba mi sangre, se fuera con otras mientras estaba en Valencia.

Lo cierto era que mi hermano era un picaflor; jamás había tenido una novia estable y, para él, todas eran amigas. Empezaba muy fuerte, pero después se le pasaba y se montaba el drama a su alrededor con chicas que no lo dejan en paz, lo que viene siendo un cabrón en toda regla. Como hermana, diré que jamás le había prometido nada a ninguna y que, si de algo podía presumir, era de su sinceridad. Pero, que un día, un chico guapísimo y con mucho carisma, te regale la luna y al otro día si te he visto no me acuerdo, rompe los esquemas. Así que podía entender las reacciones de algunas de ellas.

Yo no podía mentir a mi amiga. Le dije que no era un santo y que tenía que andarse con los pies de plomo. Le conté por encima quién era Raúl. No quería que a ella le pasara lo mismo y que, por culpa de eso, nosotras perdiéramos la amistad. Ella apareció en mi vida, me sujetó fuerte y para mí era esencia en mi existencia.

Judith, por otro lado, le dijo que tenía que arriesgarse, que nos fijáramos en su historia, que después de toda una vida junto a su primer amor, la había engañado y dejado como una mierda por irse con otra.

Conclusión de la noche: jamás conocerás a alguien completamente, el ser humano es irracional. Solo se podía confiar en uno mismo y en las buenas amigas.

Al final de la noche, las tres botellas de Lolea estaban vacías en el fregadero y las tres, dormidas en el sofá.

Me despertó el teléfono. Sonaba una y otra vez, una y otra vez. Al descolgarlo, escuché a Dante con una borrachera monumental.

—Cariño, he perdido las llaves del coche. No las tengo. —Risas y jaleo de fondo—. Ven a buscarnos.

Más risas. Intentaba mantener la compostura, pero lo cierto es que no podía. Se estaba riendo como un niño pequeño.

—Voy, dime dónde estás.

Todavía estaba medio dormida.

—Nena. —Risas fuertes—. Ni puta idea. —Eso sí que no me lo esperaba—. Mejor te mando ubicación.

Me lavé la cara, bebí agua y cogí una chaqueta. Hacía bastante frío. Busqué las llaves del coche y miré en el móvil la ubicación que me había mandado.

—La madre que lo parió —dije, al ver que estaba a cuarenta minutos de mi casa.

Cogí el coche y salí en su busca. Cuando llegué, me los encontré sentados en un banco armando escándalo, riéndose y disfrutando de semejante borrachera. Bajé del coche y me acerqué a ellos.

—Cariño. —Me abrazó. Yo me reí. No pensé nunca que Dante pudiera ponerse de esa manera —. Te quiero. Qué bonita eres —dijo, alegre y feliz.

Como pudo, me presentó a sus amigos, que no se tenían en pie. Ellos, de lo más cariñosos, me abrazaron.

—¿Veis como es la mejor? —les dijo, orgulloso.

—Ya te digo —dijo uno—. Yo llamo a la mía y me mata. —Se rio—. Pero de verdad.

Los monté en el coche y puse rumbo a casa. De camino me encontré la flamante camioneta de Dante, bien aparcada, y eso me dio algo de tranquilidad. Los tres se quedaron dormidos. Dante, agarrado a mi pierna. Los dejé en el taller y me fui a dormir.

Sobre las cinco de la tarde, me acerqué a su casa. Estaban en el taller con Arancha y unas amigas. Me quedé en la entrada y los miré.

—Hola —lo saludé, con toda normalidad.

Ellos se sorprendieron al verme; en especial, Dante.

—Pasa —me dijo, viniendo a mí.

Me dio un beso en los labios, pero noté un nerviosismo que no me gustó nada.

—Bueno, nosotras nos vamos, solo he venido a traerte las llaves de tu coche. —Me miró a mí —. Chicos, lo pasamos genial; cuando queráis, ya sabéis. —Se acercó a Dante y le dio un beso en la mejilla, mirándome descarada, o intentando provocarme—. Ya sabes. —Se rio, descarada, y le guiñó un ojo—. Acción, reacción.

Pestañeé un par de veces sin dar crédito. ¿Eso qué narices había sido? ¿Qué me había perdido?

Pasó por mi lado con aires de reina de la fiesta seguida de sus amigas. Dante se revolvió el pelo y sus amigos miraban en todas direcciones.

—Bueno, veo que estáis vivos y que ninguno ha muerto ahogado en su propio vómito. —Los miré a todos, menos a Dante—. Voy a hacer unas compras al pueblo y me vuelvo al curro.

Dante me sostuvo por el brazo.

—Nena, no pienses cosas que no son.

Sonreí con frialdad. Tiré de mi brazo en un gesto rápido y me solté.

—¿Yo? ¿Por qué...? —Examiné su cara, que estaba descompuesta—. No tengo por qué pensar nada. Eres libre, como lo soy yo.

Me di media vuelta y salí del taller. Él, cómo no, me siguió.

—Carlota, no me toques los cojones que no ha sido para tanto. Ya sabes cómo es, ¡joder!

—Tienes razón. —Pensé bien las palabras—. Y no es para tanto. —Lo miré fijamente—. Tienes razón.

Me fui dejándolo ahí quieto, callado, analizando mis palabras atónito.

Yo no iba a enfadarme con él porque saliera de fiesta y se encontrara o fuese con su ex y mucho menos armar un numerito. Nosotros nos veíamos y no estábamos juntos. Éramos libres. Pero lo cierto es que me había sentado fatal. No me esperaba eso, me sorprendió. Una de las claves del *Ho'oponopono* es no esperar nada, ni de nadie ni del universo. Simplemente no esperar, y a lo mejor yo inconscientemente había esperado algo de él... Una exclusividad o una relación para la cual no estábamos preparados.

¡Pero qué esperaba! Ellos salían y se acostaban; él la trataba mal y ella corría detrás. Ese era su juego desde hacía años, por qué iba a ser diferente conmigo. No podía meterme ahora en algo tormentoso, ya que no iba conmigo ni con mi forma de ver la vida.

Me acordé de mi hermano. Y, bueno, podía ser igual que el en ese aspecto. Como mi filosofía de vida era no esperar nada de nadie y vivir el día a día, dejé la mente en blanco. Recordé que la mente es la peor enemiga que podemos tener muchas veces, ya que nuestro ego siempre nos hace retroceder al «no». Al «no puedo», al «no me lo merezco», y a buscar la parte negativa de la vida, de las cosas.

Gracias al *Ho'oponopono* comprendí que estaba en nuestra mano acabar con esos malos pensamientos que generan una carga dañina sobre nosotros, así que mis palabras gatillos pasaron por mi mente. A los cinco minutos de repetirlas, mi paz volvió a mí. La ansiedad pasó y ese sentimiento odioso de rabia y celos quedó en el olvido. Me volví a mi casa. Me puse el traje de baño, cogí mi tabla y el remo y me fui a la playa.

Le mandé una foto a Jaspers de la orilla y su *spot* con la palabra gracias y me metí en el agua.

Me costó un poco concentrarme y mantener el equilibro en ella, pero conseguí sostenerme mientras remaba y me paseaba por el mar. La calma llegó a mí. Estaba relajada hasta tal punto que medité, me relajé y flui. No sabría decir el rato que pasé. Al llegar a la arena, dejé la tabla. Dante y sus amigos estaban sentados en las toallas con sus tablas.

Dante me miró, sorprendido al verme. Me acerqué a ellos.

—Chicos, siento deciros que… el mar está en calma para hacer surf.

Me sequé los brazos con una toalla pequeña que llevaba.

—¿No vas a saludarme?

—Te he visto hace nada —contesté, calmada y relajada, tal cual me encontraba en ese momento.

Él se puso en pie y fue a darme un beso en los labios. Yo giré mi cabeza; no rechacé el beso, pero era cierto que lo prefería en la cara que en la boca. Él se tensó, aunque a mí no me afectó. Me miró de arriba abajo al igual que sus amigos. Llevaba un bañador blanco muy bonito.

—Pues nada, chicos. Otra vez. —Les saqué la lengua—. Ahora sí, me marcho a trabajar, que hoy tengo bastante faena en la cocina.

—Nosotros teníamos pensado ir hoy a cenar a tu bar.

Aplaudí ilusionada.

—Qué bien. Os espero entonces, haré alguna cosita rica para vosotros.

Caminé hasta donde tenía mi bolsa y mis cosas y me vestí. Dante se acercó a mí.

—Cielo, ¿podríamos hablar?

Le toqué la cara con cariño, o, más bien, amor.

—No tenemos que hablar de nada, todo está bien. Confía en mí. No pasa nada.

—No me jodas, Carlota, me has puesto la puta cara cuando te he ido a besar —dijo, fuera de sí, pero con la voz calmada. No quería llamar la atención de sus amigos.

—Hago lo que siento, Dante, y no me ha salido besarte en los labios. Esa es la realidad. No por castigarte o por joderte, como seguramente piensas. Me ha salido y ya está.

—Sí, ya —contestó tenso, mirando hacia otro lado.

—Piensa lo que quieras; te prometo que esa es la verdad, no me ha salido. —Recogí mis cosas —. Voy a darme una ducha, que se me echa la hora encima. Después nos vemos.

Levanté mi mano y volví a despedirme de los demás, que nos miraban atentamente.

Tenía el bar lleno y la cocina hecha un desastre por la faena que no me daba tregua. Entró Marisa con el pedido de la mesa seis.

—Es la mesa de Dante. —Dejó el papel en el tablero—. Te cubro, sal si quieres.

—No es necesario.

Seguí a lo mío. Saqué los platos en orden, uno tras otro, concentrada. Los minutos libres aprovechaba para adelantar la faena de mis compañeros e ir poniendo lavaplatos o fregando algún cacharro grande.

Hacer y recoger, mantener un orden. Una vez lo tuve todo más o menos, me paré en muchas mesas saludando a los clientes y después fui a la mesa donde se encontraban ellos. Me senté.

—¿Os ha gustado?

Miré sus platos vacíos.

—El rodaballo estaba espectacular —dijo uno.

—Me alegro. —Dante me inspeccionaba, extrañado—. De postre tengo tarta de zanahoria y pudin, todo casero. ¿Os apetece?

Me apoyé en su hombro. Todos pidieron postre menos Dante, que con su mala leche pidió un café solo.

—Está bien, en un minuto os lo traigo —avisé a Ricardo y le pedí el café.

Entré en la cocina y preparé los postres. Los decoré con helado de vainilla y piquitos de chocolate, después los serví en la mesa.

—¿Mi café?

Miré en dirección en la barra.

—Ya viene Ricardo, refunfuñón.

Negué, por ese ímpetu que tenía.

—¿A qué hora sales?

—Cuando acabe. Estoy deseando acostarme, me duele el cuerpo.

Ya le dejé claro que esa noche no quería verlo, no me apetecía. No era rechazo, simplemente desgana mezclada con el cansancio. Sonó mi teléfono. Lo saqué del delantal y lo miré, y respondí la llamada.

—Jaspers —dije, con ilusión—. Sí. —Me reí—. ¿Te ha gustado? Lo sabía. —Aparté el teléfono de mi boca y lo tapé con la mano—. Chicos, voy a seguir trabajando. Nos vemos. Dime —continué con Jaspers. Me coloqué los *airpods* y seguí con mi trabajo mientras charlaba—. ¿A Portugal? Me encantaría, la verdad. Estuve una vez hace mucho. Pero cogerme unos días… Bueno, lo miro.

Jaspers me había propuesto ir unos días a Portugal con él. Tenía dos semanas de descanso antes de irse a Bundoran (Irlanda). Me hacía mucha ilusión irme con él unos días, aunque tendría que ser entre semana y tenía que comentarlo con Socorro. Pero, seguramente, no habría problema alguno. Ella decía que teníamos que desconectar para poder trabajar mejor y siempre se quejaba de que trabajaba demasiado.

Hablé con él hasta que llegó la hora de salir.

—Te digo algo en cuanto lo comente con ellos. Un besito.

Bajé la persiana. Al llegar a mi casa me encontré con Dante en la entrada, apoyado en el porche. Soplé molesta y él me miró, nervioso, mientras yo me acercaba. Me paré a su altura.

—Buenas noches.

Le acaricié el brazo.

—Sí, serán para ti, porque a mí me has dado el puto día.

Aparté la mirada.

—Bueno, es tarde. Estoy cansada y mañana… —me cortó.

—Vaya ataque de cuernos llevas, Carlota. —Lo miré, alucinada—. Es que ni me lo creo.

—No. —Subí las escaleras—. Dante, por ahí no vas bien, no es ataque de celos. —Mantuve la templanza, quería trasmitirle paz—. Ni nada por el estilo. Simplemente me molestó, pero ahora me es indiferente. Yo no voy a cambiar a nadie ni lo pretendo. —Lo miré—. Y tú, tú eres así.

—¿Como soy?

Subió de tras de mí, ofendido.

—Libre. Inquieto. Lo das todo, pero también necesitas espacio y no sentirte atado.

—Me descolocas, Carlota. —Abrí la puerta de casa y entré—. Yo no he tenido nada con Arancha, simplemente nos encontramos.

—Muy bien —dije seria—. Adiós, te…

—No quiero nada. Quiero que te sientes y me escuches. —Retiró una de las sillas de la mesa —. Por favor.

Me senté. Cuanto antes dijera lo que quería decir, antes me dejaría tranquila.

—Nos la encontramos, y es una amiga.

Yo soplé.

—Sí, lo entiendo, de verdad. No me des explicaciones, que ni soy tu madre ni tu novia. No las necesito.

—¿Entonces?

Nos miramos.

—Las conversaciones de besugos me ofenden soberanamente. Entonces, ¿qué? —quise saber.

—Seguimos juntos. —Se puso en pie, se tocaba la frente y sostuvo el puente de la nariz con las manos—. ¿No quieres verme más? Qué coño hago…, joder, Carlota, como me dejes…

—Todo igual, Dante —le respondí, cortante—. Todo igual.

—No me lo creo. —Volvió a sentarse, la silla chirrió por su brusquedad—. Es que no me cuadra, te siento a mil años luz de mí. Y hemos hablado hasta de tener hijos.

—No, hemos hablado de practicar sexo sin precaución y, si surgiera el problema, afrontarlo los dos. Necesito ducharme, cenar algo y descansar.

—¿Me estás echando?

—Mira, yo no quiero discutir; ya te he dicho que todo bien, que nada cambia y que quiero descansar. No sé qué más quieres de mí —soplé, algo irritada—. Me agoto.

—Nada, no quiero nada. —Se levantó—. Entonces te dejo tranquila. Mañana nos vemos, ¿no? —Su cara era todo un poema.

—Sí, supongo.

Me crucé de brazos y lo miré fijamente. Durante unos segundos dudó, y después se fue dando un portazo.

15. Aprendizaje

«Cuando no hay odio dentro,
no hay ningún enemigo fuera».

Proverbio hindú

No todo puede ser un camino de rosas, ni perfecto. Mi historia con Dante había sido como el final de un cuento, como una burbuja de amor y actos preciosos demasiado deprisa. Sentimientos fuertes por ambas partes que nos alejaron de la realidad y de una tensión sexual que nos hacía perder la cabeza.

Yo sí que sentía amor por él. Lo quería. Lo sentía en el pecho, pero no lo conocía. Solo me dejé llevar por su físico, por sus encantos y por la lujuria que me trasmitía. Pero de él… de sus cosas, no sabía nada en absoluto. Y el sí que sabía de mí, pero realmente no me conocía. Estaba como yo, en una burbuja de locura y pasión, pero no en la realidad. Y con lo que pasó, yo sí que pisé la tierra, reventó esa burbuja y veía las cosas mucho más claras.

El viernes por la mañana hablé con Socorro. Le pedí cambiar mi día de fiesta al lunes, quería apuntarme a clases para ser profesora de yoga. Quería dedicarme a enseñar, quería poder ayudar. Y me parecía una buena idea también para atraer a más clientes una vez que fuera maestra de yoga poder hacer retiros en el *camping*. Pero, para eso, tenía que modificar un poco mi horario y adaptarme.

Tanto a ella como a Manuel les pareció buena idea. La idea de integrar el yoga en el *camping* podía ser un buen reclamo. Les comenté que, los días que yo faltara, Judith podía suplirme, era buena cocinera y ahora que se había separado ese dinero extra le haría muy bien.

Tenía que proponérselo primero a ver si aceptaba, pero yo creía que diría que sí. Obviamente, esas horas las pagaría yo de mi sueldo. Tampoco serían muchas y, por lo tanto, era lo más justo. Ellos pusieron el grito en el cielo, que no me preocupara por el dinero; al fin y al cabo, era un bien para el *camping* y para todos. Yo les expliqué que me parecía lo más justo, ya que yo no pagaba casa, ni agua ni luz, y me sentiría mucho mejor. Al final aceptaron sacar parte de las horas de mi sueldo.

Así que esa tarde, en mi hora de descanso, llamé a las chicas para vernos en la taberna. Pasé por el taller y Dante estaba ahí, serio, trabajando en un coche. Me acerqué a saludarlo. Fue a besarme, pero yo inconscientemente le puse la cara.

—¿Dónde vas?

Me miró de arriba abajo. Llevaba unos pantalones cortos de deporte y una sudadera que ya formaba parte de mi atuendo. Una que se olvidó mi hermano, y que yo no me quitaba nunca.

—A tomar algo con las chicas. Pásate y nos deleitas con tu presencia.

—Yo si me tomo algo es contigo esta noche en mi casa. —Dudé, lo notó en mi cara—. Te preparo la cena, vemos una peli. No sé, lo que quieras —sonó a derrotado.

—Vale. Cuando cierre el bar me paso.

—¿Me das un beso? —Me cogió de la nuca con suavidad—. Te echo mucho de menos. —Se acercó a mi boca con cautela—. Ni te imaginas lo que me jode estar así.

De un saltito besé su boca. Un escalofrío me recorrió entera.

—Bueno, bonito mío, nos vemos a la noche.

Sé que cuando me fui él se quedó mal. Se quedó triste porque notaba, como yo, nuestra distancia. Pero no podía hacer otra cosa: yo me sentía así.

Lara y Judith ya me estaban esperando en la terraza, sentadas. Lara estaba radiantes y feliz.

—He hablado con tu hermano. Viene mañana. —Era pura felicidad.

—Qué bien. —La abracé y me senté a su lado—. Él también está loquito por verte.

—Lo sé —dijo, rebosante de sensualidad, apartándose el pelo de la cara y mostrando su mirada de loba enamorada.

Después de hablar con mis amigas les conté mis planes. Les pedí si podían acompañarme a la ciudad a apuntarme a las clases de yoga y hacer algo juntas. Compras, peluquería… lo que fuera, para romper con la rutina.

—Podemos ir con mi coche —dijo Judith, con pena—. Lo vendemos esta semana y al menos liquidamos lo que queda de préstamo. La verdad, voy apuradísima de pasta.

Le conté la idea que había tenido de que ella me supliese en el bar un par de horas a la semana.

—¿Yo? La gente te adora. Solo van para probar tus platos —dijo, con una mezcla de ilusión y nerviosismo—. Pero sí, me encantaría.

Las puse al día también de lo que me había pasado con Dante. Les expliqué todo con pelos y detalles y, justo cuando lo nombré, apareció en escena.

—Yo lo veo jodido —comentó Judith—. Él te quiere. No sé, lo mismo te lo has tomado muy a pecho, Carlota. Tendríais que…

—Ssch —dijo Lara, al verlo venir hacia nosotras.

Nos saludó de pasada y entró en la tienda de la esquina.

—Ha venido a ver si estabas —dijeron ellas, felices por la situación; parecían quinceañeras en el recreo del instituto.

—Bueno, esta noche hemos quedado para cenar en su casa.

No quise darle importancia.

—Haréis las paces —sentenciaron.

—No estamos enfadados. Simplemente, hemos ido muy rápido sin apenas conocernos. Sin… no sé… Me impactó mucho saber que había estado con ella, pero no son celos, os lo prometo.

Me estaba despidiendo de las chicas cuando pasó él.

—¿Ya vas al curro, nena? —voceó desde la otra calle.

—Sí, ¿vas al taller? —le pregunté, acercándome a él.

—Vamos. —Pasó su brazo por mis hombros—. Tenía que encargar unas cosas que necesitaba para esta noche. Quiero que sea especial.

Lo miré con amor, porque cuando él se ponía cariñoso e intenso era una bomba.

—Siempre son especiales —le dije lo que sentía y cómo lo sentía.

—Ya, pero yo la cago. Y ahora te echo de menos. Te lo juro, pequeña, que me falta algo, joder.

Al llegar al taller me besó en los labios; esta vez sí que yo quise ese beso, y él, al notarme receptiva, no se lo pensó dos veces. Me agarró del culo mientras su lengua invadía mi boca y mis pies dejaron de tocar el suelo.

Esa noche, al entrar en su casa, volví a sentirme obnubilada por él. La casa olía a incienso. Había puesto velas por todas partes y el olor de una cena deliciosa en el horno hacía el resto. Llevaba puesto un pantalón ancho oscuro y una camiseta de manga corta clarita. Había puesto la cena y tenía el vino preparado en la cubitera. Me quitó la chaqueta vaquera que llevaba y me acompañó a la mesa. Apartó la silla.

—Espero que te guste —comentó, nervioso.

Sirvió los platos.

—Huele delicioso.

—Es solomillo de ternera con salsa Pedro Ximénez y una camita de puré de patatas gratinado.

—Oooooh —exclamé, al verlo—. Te lo has currado muchísimo.

—Ya verás el postre.

Abrió el vino y sirvió mi copa. Era Mar de Frades, un albariño afrutado.

—Carlota, cariño, quiero que estemos como siempre. No quiero sentir miedo a que me rechaces.

Acarició mi mano.

—Te he dicho que estamos bien. Vamos a disfrutar de la cena y después hablamos tranquilos.

Cuando se relajó le hablé de mis planes, de estudiar la maestría de yoga; los planes para el *camping* y de escribir el libro. Una charla madura de mis planes de futuro sin que me arrancara la ropa.

Me animó a hacerlo. Le parecían genial las ideas que había tenido, y me dijo que de cara a un futuro eso era enriquecedor, podía mezclar las dos pasiones: mi vida en el *camping* con el yoga, deporte y naturaleza.

Me dio la idea de hacer también yoga en el mar SUP paddle, pero que poco a poco. Me encantó la idea y tenía razón: primero sacarme el título; después, el libro, y poco a poco iría viniendo todo.

Tenía razón, el postre estaba delicioso. Un sorbete de mandarina y una milhoja de nata. Comprada, pero buenísima. Lo cierto es que el muy cabrito era un portento.

Después, fuimos al sofá. Puso en disco de esos antiguos y sirvió más vino.

—Y ahora, vamos a hacer las paces, nena.

Bebí de mi copa. Le explique cómo me sentía, él me escuchaba detenidamente. De vez en cuando, asentía con la cabeza.

—Yo ya te conozco y estoy seguro de que quiero estar contigo, de que te amo, joder. No me hace falta más —dijo, serio y controlando la mala leche.

—Pero ¿yo? ¿Yo acaso te conozco?

—Mejor que nadie. —Me cogió de la rodilla—. Mejor que nadie —aseguró.

—No sé nada de ti, ni de tus padres. Nada. Tampoco he preguntado nunca, solo me he ceñido a aceptar lo que me das y cuentas. Jamás te he preguntado, porque respeto la privacidad de las personas. La tuya por encima de todo.

Se incorporó hacia delante, apoyó sus codos en las rodillas y atrapó la cabeza entre sus manos.

—Tienes razón, pero, cariño, yo no estoy en esa burbuja, yo sé lo que siento. Que lo estés tú… yo no puedo hacer nada. Pero te aseguro que me vas a conocer. Te voy a dar todo de mí. Porque te quiero… Carlota, mi vida ha sido una mierda; tuve una infancia más o menos decente, hasta que mi madre se fue de casa, nos abandonó a mí y a mi padre. Ella bebía, una alcohólica que no tenía fin, que pasaba de nosotros, y se acostaba con cualquiera. Mi padre trabajaba y estaba conmigo, me cuidaba y me daba todo el amor que podía hasta que cayó enfermo. Se murió un mes después de que yo cumpliera los dieciocho años y me quedé solo. Mi madre vino a intentar quitarme lo poco o mucho que él me dejó. También a arreglar la pensión de viudedad. Lo que ella no esperó es que mi padre, al ver que caía malo, lo dejó todo bien atado y lo único que pudo rascar fue una triste pensión. Hace años que no la veo ni sé nada de ella. Sé que estaba en Asturias y seguía igual. Sinceramente, no me importa. Tengo a Socorro, que me acogió y acabó de criarme.

Yo no daba crédito a lo que decía, se notaba que tenía esa carencia de madre, pero jamás pensé en una historia tan cruda; también me contó que Socorro era íntima amiga de su madre y que ella lo ayudó muchísimo, cuidó de él durante un tiempo hasta que reorganizó su vida.

—Mejoré el taller con un dinero que me dejó. Estudie Mecánica en Madrid y, después de un tiempo, volví. A mi sitio, a mi casa, mi pueblo y mi gente. Esa es más o menos mi vida, no creo que me olvide de algo importante; más o menos eso es todo, pequeña. Y ahora lo único que quiero es estar contigo, que me conozcas como tú dices y decidas estar a mi lado.

—Sabes que te quiero y que lo que hablamos el otro día iba muy en serio. Yo quiero estar contigo, Dante, pero quiero respetar nuestros tiempos.

—Me parece perfecto —su voz había bajado barios tonos, esa voz ronca desprendía sexo. Tiró de mí hasta sentarme encima de él—. Tiempos, los marcaremos. Pero juntos.

Nuestras bocas encajaban perfectamente, se reconocían y se amoldaban en un baile perfecto. Poco a poco subió la temperatura de la estancia y acabamos haciendo el amor en el sofá, despacio, calmados, tranquilos. Dejándonos llevar, mirándonos a los ojos.

Hicimos el amor con todas sus letras.

16. El camino

«La más larga caminata comienza con un paso».

Proverbio hindú

Llevaba unas semanas de locura absoluta. Martes y jueves por las mañanas tenía las clases de yoga. Tenía que conducir unos cuarenta minutos y después volver al pueblo. Judith se defendía muy bien en la cocina y la pobre me quitaba faena. Ya había empezado con el libro y lo llevaba bastante bien. Hablé con Elisabeth y ella movió algunos hilos y me puso en contacto con unas editoriales.

La idea gustó bastante y enseguida tuve una propuesta, así que, por ese lado, la vida fluía. Pero mi hermano, ese hermano mayor sensato, estudioso y buena persona que yo tenía, había perdido la chaveta.

Una noche a las tantas se presentó en mi casa sin avisar y por las buenas.

—Mañana tengo una entrevista de trabajo. Si me cogen, me vengo aquí —fueron sus palabras antes de salir en busca de Lara.

Parecía que esta vez sí, que esta vez era de verdad. Que se había enamorado y que no había retorno.

Claro está, mamá montó en cólera y se enfadó con los dos. Mi padre, como siempre, nos dejaba estar. Él era de dejarnos cometer nuestros errores y después ayudarnos. Creía firmemente que no podía enseñarnos a vivir, que eso era nuestra tarea; él podía ser una guía, punto de apoyo, pero no un maestro. De las caídas se aprendía y, sin tropiezos, jamás nos haríamos grandes.

Y yo era de la teoría de mi padre. Era muy *padrera,* decía mi madre cuando sentía que los dos nos poníamos en su contra. En fin. Así era ella: buena, cariñosa e histérica por partes iguales.

Volvió a llamarme Jaspers, a ofrecerme el viaje a Portugal, pero no pude aceptarlo. Le expliqué los cambios y los giros de mi vida y que, en cuanto volviese de Irlanda, quedaríamos.

Dante se pasó por el bar, a cenar y a verme un rato. Se esperó hasta la hora del cierre y nos fuimos los dos a mi casa. Al entrar vio el ordenador.

—Me dejarás leer algo antes de darlo, ¿no?

Lo miré extrañada. No sabía si sería bueno que leyera ciertas cosas a pesar de saberlo todo de mí, pero a lo mejor su crítica podía ayudarme a mejorarlo.

—Sí, lee si quieres mientras me cambio.

Habíamos cenado en el bar una parrillada de verduras y unas gambas con ajo y perejil. Él se sentó en el sofá a leer mientras yo caminaba por la casa. Como lo vi concentrado en el libro, le avisé de que iba al lavadero a poner una lavadora y él me hizo un gesto con la mano. Mientras

esperaba que la lavadora acabase, ya que había puesto el lavado corto, llamé a Lara. Respondió a los pocos tonos con un:

—Se queda, se queda —entre gritos de alegría—. Tu hermano se queda.

Así que al volver se lo expliqué a Dante, que aún seguía leyendo.

—Nena, salimos al porche, hace buena noche y podemos tomarnos una copa. —Lo miré, seductora—. Así nos conocemos y charlamos —propuso, malicioso, sabiendo que lo miraba como una loba.

Esa mañana desperté con Dante en mi cama. Miré el reloj: era la hora que me levantaba cada mañana para salir a correr.

—¿Dónde narices vas a estas horas?

—A correr, tengo que hacer deporte.

Se destapó; estaba desnudo y me miró de arriba abajo.

—Ven, córrete conmigo. —Abrió los ojos mirándome con deseo.

Volví a meterme en la cama. En menos de dos segundos lo tenía encima besándome, acariciándome por todas partes. Al final, hice más deporte de lo que en principio pensé, ya que, después de la cama, siguió en el baño, en la ducha.

Él estaba preparando el desayuno mientras yo recogía un poco la casa.

—Cariño, eso del yoga te está sentado de maravilla. —Sonrió.

—¿Sí? Tengo algo más de culo y estoy durita —dije, de lo más orgullosa, retorciéndome para vérmelo mejor.

—Yo lo decía por la flexibilidad.

Sus carcajadas de buena mañana eran deliciosas, ¡se le veía tan guapo y relajado! Feliz, a pesar de que se riera de mí por pavuncia. Me acerqué a él y lo besé en la espalda.

—Eres un graciosillo tocapelotas, pero te quiero.

Él me dio un golpecito en la nariz con uno de sus dedos manchándomela de mermelada de fresa y después me la limpió de un lametazo.

—¿Desayunamos fuera? —pregunté, mientras cogía el zumo y el plato con tostadas.

Él asintió. Terminando de desayunar, nos sorprendieron mi hermano y Lara. Él fue directamente a la ducha y ella se sentó con nosotros.

—Se queda, Carloti. —Su cara de felicidad lo decía todo—. Ya somos novios formales.

Sonrió más feliz todavía. Dante y yo nos mirábamos. Al salir, mi hermano besó a Lara.

—Ya no me voy —dijo, antes de sentarse enfrente de mí—. Me quedo, tengo el trabajo. En Valencia he cogido una excedencia y esta semana iré a buscar algún piso por aquí cerca.

Yo no supe qué decirle, simplemente que me alegraba por él, por ellos.

—Sabes que te puedes quedar aquí conmigo.

—Yo te lo agradezco, hermana, pero llevo muchos años viviendo solo y quiero tener mi propio hogar. Además, vosotros también necesitáis vuestro sitio.

—Por nosotros no te preocupes, tengo mi casa —le contestó Dante—. Nuestra casa. —Me

miró.

—Sí, pero prefiero pillarme un piso y, cuando ella quiera, que se venga a vivir conmigo.

Lara lo miraba con ojos de amor. Roja como un tomate, ya que le había pedido vivir juntos sutilmente.

—Buscaré algo esta semana. Mientras me quedo aquí, claro está.

La semana pasó volando; no había tenido tiempo de ver a mis amigas con tranquilidad más de cinco minutos, así que el sábado por la tarde quedé con ellas en una cafetería en el pueblo.

Judith llegó la primera. Venía guapísima con un pantalón tejano, unos zapatos de tacón y una camiseta de media manga. Con una sonrisa en la cara, me saludó como siempre y se sentó a mi lado.

—¿Cómo es que vienes tan contenta?

Removí mi café helado con vainilla.

—Ya soy una mujer soltera, ya no tengo nada que ver con Roberto. Hemos firmado el divorcio.

—¿Sí? —Ella asintió, llena de luz—. Hemos vendido el coche y un par de cosas que teníamos, como un terreno para hacernos una casa más adelante. Y, bueno, ahora tengo un dinerito para ir tirando.

—¿Y el piso? —pregunté, algo nerviosa por su respuesta y no estropear su ilusión.

—Me lo quedo yo. Tenemos una hipoteca muy pequeña y mis padres me han respaldado. Lo comido por lo servido, no le he tenido que dar ni un duro por él. Así lo hemos firmado y él ha aceptado. Hemos repartido los ahorros y… bueno… seguiré en el *camping* y haciendo los pasteles para algunas fiestas de niños que me encargan las mamás.

—Qué bien. No sé, podríamos buscar algo si quieres por aquí.

Ella me miró, agradecida.

—También me han propuesto cuidar a Rosario, una vecina que es muy mayor. Ya sabes, ayudarla un poco en casa y hacerle compañía por las tardes mientras su hijo trabaja.

—Podrías hacerlo, os iría bien a las dos. Y, oye, otra ayudita más.

Al poco llegó Lara y con ella la revolución: venía pletórica y feliz.

—Ay, Dios, qué feliz me hace tu hermano —dijo, mirando al cielo.

Nosotras dos nos reímos de ella, porque parecía una princesa sacada de un mal sueño que había vuelto a su castillo.

—Es que lo amo —no dejaba de repetirlo.

Poco después, decidimos hacer otro día de chicas y poder hacer los planes que no hicimos el día que fui a apuntarme a las prácticas de yoga. Peluquería, esteticista, y dedicarnos rato.

La merienda se alargó más de lo normal y, como nos echábamos de menos, al final ellas se vinieron al *camping* conmigo. Estaban fuera en una mesita que Ricardo puso detrás de mi cocina junto con unas sillas, un sitio para estar juntas y que yo pudiera seguir haciendo mi tarea.

Ellas estaban sentadas en la mesa y yo en el escalón de la cocina que daba al patio trasero mientras se hacía el pan. Nos estamos tomando una sidra nueva con sabor a fresa cuando

escuchamos los gritos de Socorro; al momento apareció Dante por la parte de atrás de la cocina seguido de Socorro, Maribel y mi hermano. Hubo un revuelo a mi alrededor.

—Llamadla —les dijo a mis amigas.

Me puse en pie y salí. Dante estaba emocionado con algo en los brazos.

—¿Un bebé? —dijo Lara poniéndose de pie de un salto—. ¡Ooooh! —se emocionó.

—Calla, loca. Quita.

Se la quitó de encima. Él me miró.

—Nena, mira, mira. —Se acercó a mí—. ¿Qué me dices? —Me enseñó un cachorrito muy pequeño, canela, blanco y con una nariz negrita—. Gorda, mira qué cosita. Me muero —dijo, sacándolo de la mantita con sumo cuidado.

—Ay, ay, ay. Qué bonito, por favor, Dante. Qué monada. Me muero. —Lo sostuve en brazos. Era muy bebé—. ¿De dónde lo has sacado?

Me deshice en monerías con el perrito bebé.

—¿Lo quieres? ¿Nos lo quedamos? ¿Sí?

Parecía un niño pequeño con tanta ilusión.

—¡Claro! —grité yo—. Hola, bebé —le dije al perrito.

Mi hermano se rio.

—Es muy bonito, Carlota, ¿te lo vas a quedar?

Me miró Raúl, sorprendido.

—Sí.

Besé la pequeña cabecita que asomaba entre mis brazos.

—Gorda, es bonito, ¡eh! —Me acercó a él de la cintura—. Es nuestro —me dijo en el oído. Lo miré—. ¿Cómo lo quieres llamar?

—No sé, nunca he tenido una mascota.

Mi hermano me miró.

—Bueno, no se te daban bien.

Se rio y escondió la cara al resto que lo miraban.

—Déjalo, eh. No menciones al pollito.

Todos me miraron a mí esta vez.

—Ni a la tortuga que intentaste tirar por el váter.

Dante me miró con los ojos abiertos, escondiendo una sonrisa preciosa.

—Me mordió y olía fatal —me defendí—. No jodamos, tete. Era el mismito diablo.

—Dante también —dijo Lara.

—Nena, ni caso.

Las niñas miraban al cachorrito, Maribel y Sofía. Se lo di a Maribel y salí corriendo.

—Ya huye y solo es un perro. —Se rio Dante—. Verás cuando vengan los niños.

—Tonto, se me quema el pan.

Entré en la cocina y no estaba quemado, pero algo tostadito sí.

—Mañana tenemos migas —dije, sacando la cabeza por la ventana, con cara de sustillo.

Volví a coger al cachorrito en brazos.

—¿Cómo te llamamos a ti, pequeño? —le pregunté a él.

—Turrón —dijo Socorro—. Es para comérselo, ¿verdad?

Dante y yo nos miramos cómplices, como si de telepatía se tratase.

—Pues Turrón —dijimos los dos.

—Le pega.

Se acercó mi hermano a Turrón y lo cogió en brazos. También le besó en la cabecita.

—Jo. —Miré la hora en el reloj—. Necesita cositas, y están a punto de cerrar las tiendas.

—No te preocupes —dijo Lara—, vamos nosotros. —Se acercó a mi hermano—. Vamos a comprar cositas para esta monada. —Ella frotó su cara con la de Turrón—. Cositas para tu sobrino.

—Te acaba de llamar perra —me dijo mi hermano.

Ellos se fueron y yo volví al trabajo. Dante se quedó con Judith en la mesita de fuera junto con Turrón, que dormitaba en sus brazos.

Sobre las nueve y media de la noche Lara y Raúl volvieron al bar con todas las cositas que habían comprado para el nuevo miembro de la familia. Cama, comedero y bebedero, empapadores, mantitas, juguetes; champú y una correa pequeña, también pienso para cachorros. Cenamos todos juntos en la terraza, Manuel y Socorro se unieron a nosotros. Turrón fue el centro de atención en la cena.

Mi hermano nos contó que iban a mirar un piso y que Dante se paró junto a unos niños que tenían una cajita con perritos y que los estaban regalando. Sus padres no querían quedarse a los cachorros, ya que no tenían sitio, y, antes de llevarlos a una protectora y que pasaran la noche solos sin su mamá, decidieron buscarles ellos un buen hogar. Querían gente del pueblo para poder seguir viéndolos.

Dante se había quedado con los niños mientras él iba a la inmobiliaria y, cuando vio a Turrón, pensó que ya formaba parte de su familia. Estaba apartado de los demás, solito en una esquina, mientras sus hermanos jugaban, y se lo metió en el bolsillo de su chaqueta, para que sintiera su calor. Así, en plan mamá pollito, se burló mi hermano un poco.

Había ayudado a buscar familia para los demás y, encima, invitó a los niños a merendar.

Lo miré con todo el amor que fui capaz porque, en esos pequeños actos, se veían a las grandes personas. Las almas más puras y desinteresadas. Y así era él.

17. Noche de chicas

«Un libro abierto es un cerebro que habla,
cerrado, un amigo que espera.
Olvidado, un alma que perdona.
Destruido, un corazón que llora».

Proverbio hindú

Salí del veterinario con Turrón. Todavía no podía pisar el suelo. Le habían puesto la primera vacuna y estaba algo tontito. Aparqué el coche en el taller de Dante y entré. Él nos saludó a los dos.

—¿Cómo se ha portado el gordito?

Lo cogió en brazos.

—Se ha quedado chafado, le han pinchado dos veces. Pobrecito, me ha dado mucha pena.

—Déjalo en su cestita. —Dante había preparado una cajita con mantas en su taller para cuando Turrón estuviera ahí—. Déjalo y ven, te voy a enseñar una cosa.

Cerró la persiana del taller. Se acercó y tiró de la lona donde tenía mi moto.

—La he lijado entera. Ya tiene el motor perfecto, como nuevo.

Lo abracé.

—Es perfecta. Me encanta.

—Falta ponerle la imprimación, pintarla y toda lista, gorda. —Me besó—. Ya tendrás motillo para moverte por aquí.

Sus manos fueron directamente a mi culo. Sonrió canalla y me levantó, mis piernas se enredaron en sus caderas.

—¿Jugamos un poquito, mi amor? —Asentí—. Aquí, ¿en el taller?

Volví a asentir. Me dejó en el suelo. Me bajó los pantalones, me quitó la camiseta y me dio media vuelta.

—Apóyate en la moto.

Obedecí. Escuché cómo bajaba la cremallera de su mono. Metió uno de sus dedos por dentro de mis bragas y me acarició suavemente. Se pegó a mí y gruñó. Me acarició el culo.

—Qué redondo y durito lo tienes, mi amor.

Besó mi espalda. Apartó mi ropa interior, entró en mí fuerte y rápido sosteniéndome de las caderas, empujando una y otra vez. Yo aguantaba sus embestidas subiendo mi trasero había arriba. Mi respiración era rápida, entrecortada. Estaba a punto de rendirme y dejarme llevar por el placer, explotar de una vez, cuando sentí su mano deslizarse de mi cadera a mi sexo. Acarició

el nudo de nervios que era mi clítoris y exploté, sin compasión mientras él seguía entrando y saliendo de mí. Maldiciéndolo todo, dejándose llevar conmigo a la vez. Salió a tiempo de mí y se corrió en mi espalda.

—No avisar, nena. Cualquier día te hago una barriga —dijo mientras se limpiaba—. Sí, ríete. Pero de verdad, te cierras, me absorbes, te pones caliente y yo, yo no pienso. Salirme de ahí, del jodido paraíso, es una putada —reconoció.

—Nene —lo llamé, como normalmente me llamaba él.

—Dime, cariño.

Se subió el mono de trabajo mirándome de arriba abajo.

—Dejo aquí a Turrón mientras voy a trabajar y después vengo y cenamos. ¿Te parece?

—Sí, déjamelo. Yo lo cuido. Después vamos los dos a buscarte al trabajo. —Besó mi boca—. Cenamos juntos y nos quedamos en tu casa los tres.

—Perfecto. —Me acompañó al coche.

El sábado por la mañana me lo pasé entero en la cocina preparando comidas, pinchos y salsas para la cena. Había dejado todo muy bien dispuesto para que se apañaran en mi fin de semana libre. Socorro se enteró del plan que tenía con las chicas y prácticamente me obligo a cogérmelo, aunque también era cierto que esa semana teníamos pocos campistas. Ya estábamos entrando en el verano, así que pronto se acabaría la paz y volveríamos a la locura de «todo completo».

Estaba acabando de sacar el pan del horno cuando entró Ricardo. En todos los meses que lo conocía jamás le había visto decaído o triste como estaba ahora.

Nos miramos. Él no dijo nada y yo me acerqué.

—Carlota. —Hizo un silencio—. Ahora no.

—Está bien.

Entendí que quisiera un poco despacio.

—No me malinterpretes, no es que no quiera contártelo. Es que me duele aquí. —Se tocó la garganta—. Tengo un nudo. Pero te lo contare, sé que tú no juzgas a nadie, y que siempre intentas ayudar. Pero ahora no.

—Está bien, Ricardo. Con que sepas que estoy aquí para ti las veinticuatro horas disponibles me conformo.

Lo miré antes de salir. Lo cierto es que parecía derrotado. No me imaginaba qué le habría podido pasar, pero algo andaba mal de verdad. Cabizbajo y apoyado en la encimera con los ojos cerrados… No quería irme de esa manera y mucho menos dejarlo así, pero todos necesitamos explicarnos cuando realmente lo sentimos y él ahora mismo no era capaz.

Me duché y preparé una maleta con la ropa de la noche. Un neceser con lo básico, para acabarnos de arreglar en el *spa*. Judith lo había preparado todo y nos había dicho que lo justo. ¡Día de chicas!

Nos íbamos a comer por ahí y después peluquería. Eso sí que lo tenía superclaro, ya que Lara no dejó de recalcárselo en toda la semana.

Cogí el bolso, la chaqueta y la pequeña bolsa con mi ropa. Me fijé en la mesita de noche, mi libro de *Ho'oponopono*, y me acordé de Ricardo. Miré el libro con cariño.

«Me has ayudado mucho, te he releído y te agradezco con toda mi alma tu aprendizaje. Ahora hazlo con mi amigo. Gracias, gracias, gracias».

Me acerqué a la mesa donde tenía el ordenador con todos mis documentos y arranqué una hoja:

«Este pequeño manual me ayudó en mis peores momentos. Solo te pido que lo leas con la mente abierta y que confíes. En él y en mí.

Tu amiga Carlota, que te quiere».

Cerré la puerta y me encaminé a casa de mi amigo. Se lo dejé en la mesa del porche.

Volví sobre mis pasos y escuché los ladridos de Turrón. Me mordí el labio con fuerza. Mis chicos venían de camino. Turrón, siempre que venía con Dante, ladraba sabiendo que venía a casa y me vería.

Dante tenía el móvil en la mano. Vio la casa cerrada y seguramente me estaría llamando.

—Sch, sch. Moreno —le grité desde lejos.

Turrón salió disparado como una flecha en mi dirección, sabíamos que no tenía aún todas las vacunas, pero él salía disparado y no podíamos retenerlo por mucho cuidado que tuviésemos. Era una pequeña bolita de pelo marrón clarito con la fuerza de un toro. Me arrodillé y jugué con él.

—Yo también quiero mimos —dijo el impetuoso de mi chico, de pie delante de nosotros. Lo besé en los labios.

—¿Te vas con las chicas y nos abandonas?

Puso su cara de pena que se le daba tan bien.

—Sí. —Saqué la lengua con una sonrisa mala.

—No nos quiere, Turrón. —El cachorro lo miró y yo también.

—Qué malo eres. —Volví a besarle—. Os amo, a los dos. ¿Tú qué vas a hacer?

—Pues a eso venía, nena. Salgo con tu hermano y los colegas, a ver si se adapta aquí a los tipos, que va todo el día con Lara. —Puso los ojos en blanco—. Lo absorbe.

—¿Y Turrón?

Abrí la boca del miedo a dejar solo.

—Partamos de la base de que es un perrito. —Me miró, apretando la boca—. Y no nuestro hijo, eh. —Arqueé la ceja—. Lo dejo con Socorro, no tienes de qué preocuparte. Todo controlado.

Sonrió, triunfal. No me gustaba dejarlo solito, era pequeño y lo tenía muy mimado. Dormía en mis pies y estábamos todo el día junto. Él corría libre a mi alrededor y con Dante igual, y no quería que sintiera que era un castigo.

—Estará bien. Tú ve, sal, disfruta y diviértete todo lo que puedas. —Su mano sujetó mi nuca —. Disfruta, cariño. No paras en todo el día, desconecta y, como tú dices siempre, fluye.

Sonrió, antes de besarme.

Habíamos llegado antes de la hora de la reserva al restaurante, pero igualmente nos dieron una buena mesa. El interior era precioso, moderno con mucho estilo. Mesas de madera clarito minimalistas rectangulares, combinadas con butacas cris oscuro y otras rosa oscuro. Paredes de *pallet* pintado a juego con las sillas. Algunas paredes de ladrillo con lámparas de diseño y mesas redondas. A nosotras nos sentaron en una al lado de la ventana, de madera antigua restaurada de color verde oscuro. Una mesa para cuatro, con un banco de madera a un lado con los cojines en tonos pasteles y enfrente dos butacas a juego. La pared era de hojas como de palmera en tono gris. Una monada.

—Sé que no eres muy de fotos —comentó Judith, con apuro—. Pero me gustaría tener algún recuerdo de hoy.

—Hazla, haz las fotos que quieras.

Posé para una de cuerpo entero. Ella no se lo pensó e hizo unas cuantas.

—¿Cómo se llama este sitio? —preguntó Lara—. Yo no lo conocía. —No salía de su asombro —. Es precioso.

—De morro fino —le contestó Judith.

—Como Carlota —se mofó ella. Siempre decía que yo preparaba platos de carta en el *camping*.

Comimos espectacular. Unas alcanforas al horno para compartir y un pequeño surtido de tortillas de patatas que estaban increíbles; de jamón queso y tomate natural, otra de papada ibérica con queso de nata y cebolla caramelizada; otra de bonito con crema de erizos y virutas de huevo cocido. Pan y puerros a la parrilla con jamón ibérico y vinagreta de trufa. Fue un escándalo los entrantes, la verdad, pero el tartar de tomate de Tagle con queso fresco no era de este mundo, y la ventresca al horno con las patatas cocidas fue una delicia para nuestros paladares. Lo cierto es que comimos como leonas, pero ninguna pudo decir que no a la tarta de chocolate.

Al llegar a la peluquería yo no podía ni moverme. Nos arreglamos las tres. A mí me hicieron unas *balayage* en tonos muy fríos, conservando mi raíz, un tratamiento de hidratación y un corte de puntas. La chica me lo escaló suavemente y me lo peinó con las ondas *surferas* que me gustaban tanto.

Me guste verme otra vez con el pelo arreglado. La mente por fin había dejado de hacerme malas pasadas. Lara se puso un matiz todavía más pelirrojo y se cortó un buen trozo. Y Judith, ella tan fina como siempre, se hizo un baño de brillo. Salimos las tres contentas haciéndonos fotos. Parecerá mentira, pero esa vez fue la primera en casi tres años que yo, Carlota Romero Blanco, se hacía un selfi.

Mis amigas me miraron sorprendidas y contentas a la vez.

—Venid, hagámonos una las tres.

Mandé las dos fotos a Dante y a mi hermano, y también a Susana. Me sorprendió ver que a ellos les hizo ilusión que yo fuera capaz de hacer eso. Sí, una simple foto. Antes me generaba ansiedad.

Fuimos a tomar unos gofres y unos cafés. Los chicos pasaban por la terraza donde estábamos y todos nos decían algo. Nosotras nos reíamos como si fuéramos unas crías.

Caminamos por las calles más céntricas de compras. Ellas se compraron una cantidad enorme de ropa que yo, asombrada, no me lo podía creer. En cambio, yo, compré un par de chándales y sudaderas megagigantes, ya que tenía a mi hermano y a Dante siempre medio en cueros. Me encantaba su ropa. Compré algún bikini más normal de los que tenía y poco más. La ropa ya no me importaba tanto, prefería otras cosas. Además, todavía me quedaban cajas por deshacer en la cabaña y mi hermano me dijo que cuando él trajera sus cosas en la mudanza también venían unas cuantas mías, así que no quería tener que volver a vender otra vez cosas que ni me ponía.

Entre copas y compras casi se nos pasa la hora del *spa*. La sorpresa fue que, en vez de aguas termales, nos harían unos masajes drenantes y exfoliantes reafirmantes con aceites de ayurveda, con una hora de maderoterapia. Increíble. Doler, dolía un poquito, pero fue una de las experiencias más relajantes de la vida. Además de dejarnos el culo como a una de las Kardashian: alto, firme y duro. Vaya, yo me lo estuve mirando durante un buen rato.

Nos vestimos y maquillamos en los vestuarios y volvimos a la calle, con Lara más descontrolada que nunca. Íbamos por las calles del centro prácticamente dando tumbos, con dolor en las costillas de reírnos, sacándonos fotos y de bar en bar.

Creo que jamás en mi vida me lo había pasado tan bien, sin preocuparme de nada. Entramos en una discoteca. El portero, nada más vernos, retiró el cordón rojo y nos dejó pasar.

—Normal que ni paguemos. ¿Tú has visto el vestido que lleva Lara? —dijo Judith.

—Anda que el de Carlota…

Me miré. Llevaba un vestido rosa palo con plumas bastante pomposo cortito por encima de las rodillas y de tirantes, unas sandalias plateadas atadas al tobillo de tacón bastante alto y un bolso de mano a juego con los zapatos.

—Sí, ¿y tú, Judith? —Le miré el canalillo—. Ese escote hasta el ombligo pide guerra. —Me reí —. Qué descarada —le dije, arrastrando las palabras.

Como ya sabéis, yo no toleraba mucho el alcohol, y ese día me había convertido en Ragnar de *Vikingos*.

Lo cierto es que nada más entrar nos rodearon como si fueran lobos chicos de todas las edades, alguno con saber estar y otros no tanto. Pero a nosotras no nos importaba, seguimos bailando como si no hubiera un mañana, entre carcajadas y gritos para hacernos entender.

Judith se acercó a la barra a pedir y volvió al poco con tres copas más.

—¿Ese de ahí es tu hermano? —dijo Lara, abriendo los ojos como platos.

Yo miré donde ella me señalaba y me costó hasta tragar. Sí, era él, y de su cuello colgaba una morena de curvas vertiginosas. Bailan muy cerca, demasiado.

—¿Es él? —dijo, seria.

Me miró. Yo palidecí, y salió hacia su dirección como una tromba. La intenté parar y Judith, pero ninguna pudo retenerla. Ella tiró del brazo de Raúl desestabilizándolo y casi cayéndose al

suelo. Él se sorprendió al verla y fue a darle un beso con toda su papa. La chica morena sopló y desapareció como por arte de magia. Judith y yo, cogidas de la mano detrás de ella como dos pasmarotes. Mi hermano, callado, mientras Lara le gritaba por encima de la música. Tiró de mi hermano hasta sacarlo a la calle. Entonces, nosotras rompimos a reír con una borrachera descomunal.

—Qué casualidad, ¿verdad? —le dije a mi amiga, riéndome de camino a los baños.

—Ya te digo. La cara de tu hermano era un poema.

Miré hacia arriba de las escaleras y vi a Dante apoyado en la barandilla. Recto, serio y firme mirándome de arriba abajo.

—Coño. Mira quién está ahí —señalé a Dante, que no se movía.

Subimos las escaleras, por decirlo de alguna manera, algo lentas y torpes. Pasamos por su lado, él seguía mirándonos sin decir nada. Vi que estaba en un reservado con sus amigos y un montón de botellas vacías en las mesas, pero él parecía bastante sereno.

—Cariño —mi voz me traicionó y sonó a que estaba más borracha de lo que en realidad era, su cara perfilada y morena me hacía sonreír—. Qué guapo eres. —Le acaricié la cara—. ¿Verdad? Qué guapo, jo —dije con pena. Intentaba sonreír, pero me sentía ridícula. No conseguía que mi cabeza le mandara órdenes a mi cara para no poner cara de idiota. Me tambaleaba. Él se cruzó de brazos, con su misma cara de culo—. Voy un poquito pedo. —Le enseñé mis dedos intentando enseñarle con el dedo índice y pulgar lo poquito, pero mis dedos no se tocaban—. No coordino —le dije sin más.

Apreté los labios mucho hasta que salieron mis mofletes. Él se contuvo de reírse a carcajadas.

—Ay, qué tontito te pones. —Le toqué el pecho—. Qué duro estás. —Rocé mi cabeza contra su pecho—. Qué bien hueles.

Mi cara de loca le sorprendió. Me rodeó con su brazo.

—Nena, no te me tienes en pie. —Me cogió también de la cintura—. ¿Has matado a un pavo y te has puesto sus plumas? ¿Qué clase de vestido es este?

—*Chi*. —Me reí—. Tengo pis —le susurré al oído con apuro.

—Ay, Dios. —Miró a sus amigos—. ¿Habéis visto a mi princesa? —Ellos nos miraron—. Le gusta la sandía —dijo él. Yo lo miré—. Mirad qué tajada lleva.

Lo miré escandalizada. Mientras, él les guiñaba un ojo.

—Eres tonto, eh —me quejé. Mientras, sus manos me acariciaban la cintura.

—Y tú preciosa, aunque huelas como un *hooligan*.

Le di en el brazo.

—Esa humanidad. —Me reí—. Pero estoy muy, muy suavecita.

El levantó una de sus cejas y se interesó por mi suavidad, colando una de sus manos por debajo de mi vestido. Nos acompañó a Judith y a mí al baño y esperó fuera. Después, nos sentó con sus amigos y nos dio una botella de agua a cada una.

—Venga, a limpiar ese hígado inflamable.

Esperó al ver cómo bebíamos. Poco a poco y gracias al agua, la tontería y el alcohol en vena disminuyó.

La noche continuó normal. Como siempre, Dante pegado a mí y yo muriendo de amor. La sorpresa de la noche nos la dio Judith, que estaba pletórica y disfrutando más que ninguno, bailando como una loca en medio de la pista. Yo la miraba desde la barandilla, con el estómago algo revuelto. Vi cómo se acercaba un chico a ella, alto, delgado y elegante, muy de su estilo; ella al verlo se quedó parada, como si no supiera cómo reaccionar ante una situación así. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, se acercó a él y lo besó.

—¿Quién es ese? —preguntó Dante, mirando en la misma dirección que yo.

—Ni idea, la verdad.

Lo miré. El frunció el ceño y no dijo nada más. Vi cómo entraba mi hermano con Lara. Parecía que estaban algo enfadados, pero, aun así, iban de la mano. Mi hermano se sentó con los demás y Lara se acercó a mí. Ella abrió los ojos como platos al ver a Judith bailar y besarse con el chico guapo de la pista.

—¿Qué me he perdido? No veas, ¿no? Vaya *lotazo* se están dando. —Se rio por la situación.

Salimos de la discoteca todos juntos. Dante seguía interesado por lo que me habían hecho en el *spa*. Estaba yo diciéndole guarradas en el oído cuando Dante se quedó paralizado en la misma puerta, blanco.

Tiré de su mano, pero él no se movió. Lo miré y vi que tenía la cara desencajada. Lara se giró y lo miró, blanca igual que él.

—Tira, continúa, Dante.

Él seguía con la cara desencajada y apretaba los puños fuertemente.

—Amor. Mírame. —Le cogí de la cara—. ¿Qué pasa?

Todos nos miraban, nerviosos.

—Nada, cariño. Nada que pueda afectarme ya.

Una mujer morena muy delgada y mayor se acercó a él.

—Hola, hijo.

Se quedó parada delante de él, no contestó. Se limitó a coger mi mano y a caminar evitando a la señora que lo había llamado «hijo».

—Me gustaría que algún día me dieses una oportunidad —fue lo que dijo esa mujer, tan seria como él.

Ella me miró y yo a ella antes de que Dante tirara de mi mano y los pies ni me tocaran el suelo. Caminó hasta el coche sin dar tregua a nadie.

—Raúl, conduce tú. —Le pasó las llaves del coche a mi hermano. Se sentó en el lado del copiloto—. Nena, vente conmigo —dijo, a punto del sollozo.

Yo miré a mis amigas, que rápidas entendieron la situación.

—No lo dejes. Cuídalo. —Lara me miró nerviosa—. Su madre lo altera mucho, no lo dejes solo.

Me subí en la parte de atrás, me puse el cinturón mal puesto y por detrás de su asiendo pasé mis brazos y toqué sus hombros.

Nadie dijo nada durante el camino.

18. Corazón roto

«Tú mismo, tanto como
cualquier otro en el
universo entero,
mereces tu amor y afecto».

Buda

Al llegar a su casa, no lo dudé y le di la mano. Él estaba tenso y bastante alterado.

—Cariño, voy a darme una ducha —dije, viendo cómo él se encaminaba directo a la barra del bar que tenía en su comedor.

No dijo nada. Estaba inmerso en sus pensamientos, envuelto por un aura negra. Un escalofrío me recorrió entera. Entré en la ducha repitiendo mis palabras mágicas, mis palabras gatillos, y poder quitarme de encima esa sensación tan fea que se me había instalado dentro.

Al salir me lo encontré en el sofá con una copa de *whisky*. El vaso era rugoso y su licor brillaba por el hielo y el color ámbar de su bebida. Me acerqué al sigilosamente. Él me recorrió con sus ojos, despacio, hasta que me senté en el brazo del sofá y le pasé las piernas por encima suyo. Me acarició la parte interna de la pierna sin dejar de mirarme.

—Qué bien te quedan mis camisetas, cariño —su voz era dura, ronca y áspera. El dolor que llevaba dentro salía por su garganta en forma de voz—. Pero esa camiseta está demasiado cerrada, a mí me gusta verte la piel. —Nos miramos—. Acércate —pidió, sereno. Me incorporé un poco hacia él—. Toma.

Me dio su vaso y con sus manos se agarró fuertemente al cuello de la camiseta. Tiró hasta que la consiguió rasgar. Abrí los ojos de golpe por la sorpresa. Volvió a tirar de ella moviéndome entera y el licor rebasó el borde del vaso. La camiseta cayó un poco por debajo de mis hombros, abierta prácticamente en canal.

—Ahora, sí.

Con uno de sus dedos acarició mi canalillo delicadamente. Yo acaricié su pelo con mi mano, y él, como si de un cachorro se tratase, buscó mi contacto apretando su cabeza contra mi mano.

—¿Sabes, cariño? No pensé volverla a ver en mi puta vida. Y ahí estaba, mirándome de arriba abajo. —Yo no dije nada—. Aparece ahora, ahora que tengo todo lo que quiero. Ahora que no la necesito. —Se levantó y volvió a la cocina. Cogió una copa larga y estrecha y me la acercó—. Toma. —Lo miré, dudosa—. Acompáñame. Necesito desahogarme. —Me la dio—. Está flojito. Un *sex on the beach* con más zumo que vodka.

Se sentó en el sofá. La probé, estaba suave, como me había dicho. No sabía bien cómo actuar,

ni qué decirle. Me daba miedo meter la pata, porque cuando estás así, en esos momentos donde todo lo ves negro, es mucho mejor un silencio que hablar por hablar.

—¿Te apetece algo de música?

Él me miró calmado, más relajado, pero no contestó. Yo me quedé en la misma posición a su lado, mirando mi copa y sus colores vivos.

—Cariño, ¿podríamos salir a dar un paseo?

No es que me apeteciera mucho caminar, pero era lo que él necesitaba.

—Sí, claro. —Me puse en pie—. Voy a ver qué puedo ponerme. Tú eres muy grande.

Me acompañó a la habitación y me dio un chándal negro.

—Toma, este me viene bastante pequeño. Si no quieres salir a caminar no pasa nada.

—Lo sé, cariño. Pero sí quiero, y yo, donde estés tú, estoy bien.

Los dos nos vestimos en silencio. Por suerte para mí, tenía en su casa unas chanclas con las que poder salir, ya que había ido con tacones.

A pesar de estar entrando en el verano, no era una noche precisamente cálida. Salimos a la calle en silencio. Él había cogido una pequeña botella de agua y se la había guardado en un bolsillo de su chaqueta. También se había puesto ropa de deporte.

Fuimos caminando un buen rato uno al lado del otro. El cielo estaba despejado y el silencio nos acompañaba en nuestros pensamientos. Yo repetía *Ho'oponopono* en silencio, pero esta vez para los dos, intentaba alejarlo de esa oscuridad en la que estaba envuelto. Pasó uno de sus brazos por mis hombros y besó mi cabeza.

—Carlota, cariño, yo no necesito nada más. Yo soy feliz ahora mismo con todo lo que tengo. Con todo lo que tenemos. Solamente eso.

Rodeé su cintura con mi brazo y mi mano lo cogió con fuerza.

—Yo tampoco, Dante. No necesito nada más. —Nos miramos—. Y, a pesar de todo, de la vida y de lo que esté por venir, puedes tener claro que siempre voy a apoyarte, mantenerme a tu lado y a tirar para adelante con todo. Ya no estás solo. —Él levantó su cabeza y miró las estrellas, que esa noche brillaban más que nunca—. Ya no estamos solos —dije, con toda la seguridad—. Ahora nos tenemos.

—Es cierto, ahora nos tenemos, nena. Y ya no estamos solos —repitió en voz alta, como si esas palabras hubieran calado hondo en él. Su semblante cambió. Apareció un poco el hombre que me tenía locamente enamorada—. Te quiero.

Volvió a besar mi cabeza. Mientras caminábamos tranquilamente, nos alejamos del pueblo. Salimos a la carretera y ninguno pensó en retroceder, seguimos caminando sin rumbo, hablando de cosas de vez en cuando.

—Esta semana entregaré el libro a la editorial —le dije en un momento que no venía a cuento.

—Será un éxito, cariño. Seguro, al igual que lo fue la revista y todo lo que te propones.

—Creo que justo ahí cerraré una etapa y por fin me sentiré libre.

—Estoy muy orgulloso de ti. El día que te vi, jamás pensé que nosotros llegáramos a algo, pero supe que me había enamorado de ti. Por y para siempre, Carlota, pero jamás pensé que me aceptaras.

Entre tanto caminar y esa pequeña confesión no fui consciente de que habíamos llegado a la playa. El viento soplaba fuerte y Dante me refugió con su cuerpo.

—¿Te acuerdas de cuando te traje aquí la primera noche?

Miré en dirección a la playa. Vi las rocas y la valla de madera con las escaleras.

—Sí, claro que me acuerdo, y de tu cueva.

Volvió ayudarme a saltarla y bajamos por las escaleras. Se sentó en un trozo de arena, refugiándose del aire con las rocas. Yo me senté a su lado.

—¿Ves? —Señaló el mar y la luna—. Luna creciente.

—*Mangata*. —Sonríe—. Es una noche bonita, aquí apenas hace frío.

Me arrodillé delante de él y desabroché la cremallera de mi sudadera.

—Te he destrozado la camiseta. —Tiró de un hilo que salía del cuello que estaba destrozado. Me mordí el labio—. Te quiero, pequeña.

Me acerqué. Él estiró sus piernas y yo me senté encima. Sus manos entraron por dentro de la sudadera, cogiéndome de las caderas.

—Tenías razón, estás más suave que nunca. —Acarició mi espalda. Sus ojos tenían más luz que ninguna vez, brillaban, y con la luz de la luna estaba guapísimo. Como si fuera un lobo herido—. ¿Te acuerdas de cuando te conté que aquí, en esta cueva —la señaló—, pasé muchos días escondido? —Yo asentí con tristeza porque sabía que era doloroso para él haberla visto y que todos esos recuerdos volvieran con fuerza a su cabeza—. Por ella, todo por ella.

—Cariño, no pienses más. —Cogí su preciosa cara con mis manos, con cuidado, con amor—. No lo pienses más, olvídalo. Ya estoy aquí, no te voy a soltar jamás.

—¿Ya no estamos solos?

Negué con la cabeza y lo besé.

—No estamos solos, amor. Estamos juntos. —Volví a besar sus labios—. Te quiero —susurré en su boca.

—Cásate conmigo. —Su mano me sostuvo de la nunca—. Cásate conmigo de una puta vez. Seamos una familia. Lo tenemos todo. ¿Qué me dices, nena?

—Te digo que estás loco. Pero sí, claro.

—¿En serio? —preguntó, incrédulo.

—Sí, pero no ahora. Vamos a encaminar nuestras vidas y acabar de conocernos. Pero sí, claro que quiero casarme contigo.

De un impulso, Dante se estiró encima de mí, mi cuerpo atrapado entre la arena y su cuerpo. No me di ni cuenta por la rapidez con la que se movió.

—Te haré feliz, nena, te lo prometo.

Comenzó a besarme con desespero, con necesidad, moviendo sus caderas y frotándose contra mi sexo. Lo abracé fuerte mientras nuestras bocas peleaban con amor. Tuve claro en esos momentos que él era mi todo. Poco a poco nos fuimos deshaciendo de la ropa, lentamente, mientras nuestros cuerpos entraban en calor. Me sacó la sudadera y la estiró con cuidado, y, como si yo no pesara nada, me colocó encima; después nos arropó con su chaqueta.

—Te voy a hacer el amor, cariño. Hoy no hay sexo. Hay amor —dijo, introduciéndome su sexo despacio mientras su lengua lamía mis labios. Mis piernas se enredaron en sus caderas.

—Te amo —dije, entre gemidos, invadida por él.

—Repítelo —dijo, envistiendo contra mis caderas despacio pero duro.

—Te amo.

—Dios. —Se hundió un poco más en mí—. Yo también te amo, esto es maravilloso. Mírame —me pidió—. Y esto no es para tanto, ¿verdad? —repitió las mismas palabras que yo le dije el día del enfado. Me mordí los labios—. Esto es para siempre, nena, para siempre.

Continuamos haciendo el amor durante un buen rato, dedicándonos palabras de amor. Sintiéndonos. Yo arriba con sus manos en mis caderas dejándome llevar, o él abriéndose camino entre mis piernas, quitándome el aire entre su peso y esos besos eternos. Cuando sintió que mi cuerpo nuevamente volvía a convulsionar y me dejaba llevar, él me miró a los ojos.

—Me voy a correr.

Mordió mi barbilla y besó mi cuello. Pensé que saldría de mí, pensé que aún le faltaba por llegar al clímax cuando gruñó y mordió mi cuello. Noté empujones entre mis piernas más duros, más seguidos, y calor en mi interior. En vez de asustarme, me provocaron otro orgasmo, acompasándose con el suyo. Uno de los más intensos que había tenido en mi vida notando su calor, dentro de mí, en lo más profundo de mi útero. Y un escalofrío de placer volvió a recorrerme entera sabiendo las consecuencias que nos podría traer.

Ninguno de los dos dijo nada. Ninguno comentó la locura que acabábamos de hacer. Simplemente nos abrazamos y vimos el amanecer tranquilamente. Él detrás de mí, refugiándome nuevamente con su cuerpo, con su cabeza apoyada en mi hombro, diciéndome palabras hermosas y haciéndome sentir la mujer más afortunada del mundo.

Ahí perdí todos mis miedos, los temores que atesoraba en el fondo de mi corazón que no me dejaban ser yo misma. En ese momento, Dante rompió mi coraza por completo y me sentí libre, libre a su lado.

19. Una mala decisión puede estropear el acto de amor más puro

«El miedo innecesario a una mala decisión
es un obstáculo importante para las buenas decisiones».

Jun Camp

Tenía que volver a Madrid. Hacía ya un par de semanas que había entregado el libro en la editorial y tenía que ir a firmar el contrato y cerrar algún asunto de portada y maquetación. Estaba acabando de hacer la maleta. Dante había salido a dar un paseo con Turrón cuando me llamó Socorro.

Me acerqué al bar y me la encontré con la cara desencajada.

—Pasa, pasa por aquí —me pidió, con mucha prudencia.

Entré en el pequeño almacén que teníamos detrás de la cocina.

—Me estás preocupando. ¿Qué pasa?

Ella cerró la puerta detrás de mí y yo presentí que se acababa de formar el ojo de la tormenta sobre mi cabeza.

—Ha venido Luisa.

Estaba muy nerviosa, temblaba y tartamudeaba.

—¿Quién es Luisa, Socorro? —Le agarré el brazo—. Relájate, por Dios. ¿Qué pasa? —insistí.

—Luisa es la madre de Dante. —Di un respingo. Ya ni me acordaba de esa mujer—. Quiere hablar con él. —Socorro rompió a llorar. Yo no sabía cómo consolarla—. Él no quiere verla. Para él, ella no existe. Pero… es su madre.

—¿Dónde está ella? Dímelo. Él no puede verla, necesita tiempo.

Sentí pánico, esa mujer podría destrozarlo con solo mirarlo. Y él, él era puro.

—Está en mi casa. —Lloró más fuerte—. Dante no me lo va a perdonar, pero él tiene que escucharla, Carlota. Está enferma. Se muere.

Me quedé atónita.

—Pero ¿por qué me buscas a mí, Socorro? Esto nos va a traer problemas. —Ella me miró, rota de dolor—. Lo presiento aquí. —Me toqué el pecho—. Esto nos va a costar la relación.

—Lo siento. No he sabido qué hacer, ni a quién recurrir. Él solo te escucha a ti.

—Llévame con ella.

Eso me estaba destrozando. Dante no se merecía que esa mujer estuviera enferma y lo cargara con esa responsabilidad, ya que ella jamás asumió la responsabilidad de madre con él.

Entré en la habitación de invitados. Luisa, la madre biológica de Dante, estaba sentada en el borde de la ventana fumando un cigarro. Me miró sorprendida, yo respiraba agitadamente.

—Hola, Carlota. —Caminó hasta mí y me dio la mano—. Me imagino que no querrás dos besos míos.

Le estreché la mano.

—¿Qué quieres? —mi voz fue cortante y fría.

—Hablar con mi hijo.

La miré, se parecía mucho a Dante. Era muy guapa y estaba perfectamente conservada. Se veía dolor en su rostro, y una mala vida detrás de ella.

—Él necesita tiempo. Ahora, justo ahora, no. No puede ser.

—Tiempo es lo que no tengo. —Me miró con soberbia, pero con tristeza en sus ojos—. Estoy enferma, me queda poco. —Tosió—. Mierda de tabaco. —Lo apagó en el cenicero.

—Yo… —Me toqué la cabeza con las dos manos. Me iba a estallar —. Yo no sé qué puedo hacer, Luisa. Sé lo que él me ha contado y no creo que…

—Inténtalo, Carlota, solo quiero pedirle perdón, solo quiero morirme habiéndome despedido de mi hijo. —Yo rompí a llorar—. Tú lo amas, tú lo quieres. Hazlo por él. Dame la oportunidad. —Me cogió de la mano—. Dame la oportunidad de decirle a mi hijo… —hizo una pausa en la que intentó disipar el nudo que tenía en la garganta— que no tuvo la culpa, que fue un niño maravilloso y yo soy la responsable de todo. No llores, Carlota, es mucho lo que te pido, pero si alguien puede conseguir que él se acerqué a mí unos minutos eres tú.

—Yo haré lo que pueda, pero no te prometo nada.

—Con que lo intentes ya habrás hecho mucho por mí. —Nos miramos. No sabía por qué, pero creía en el arrepentimiento sincero de esa mujer—. ¿Me permites que te abrace? —La miré a los ojos—. Es lo más cerca que puedo estar ahora mismo de mi hijo. —Sus brazos me rodearon el cuello—. Perdóname tú también por la situación.

Salí de casa de Socorro con la idea de llevarme a Dante conmigo a Madrid unos días. No podía dejarlo solo ahí, con una bomba a punto de estallarle en la cara y sin mí. El golpe era mejor soportarlo los dos.

Me lo encontré sentado con unos amigos en el bar. Escuché su risa antes de verlo. Turrón vino hacia mí. Venía empapado, seguro que habían estado en la playa. Dante se puso en pie nada más verme.

—¿Qué te pasa? —Me apartó el pelo de la cara.

—No quiero irme sin ti a Madrid. No quiero dejarte solo.

Me abracé a él aguantándome las ganas de llorar. Quería llevármelo sí o sí, no quería dejarlo solo nunca más.

—Ey, pequeña, que son pocos días. —Sonrió.

—Pero no, no quiero. No puedo. Juntos.

—Está bien. —Me miró con preocupación—. Nos vamos, me voy contigo —sentenció, dándome toda la seguridad del mundo—. Siempre juntos, nena, tranquilízate.

Él se marchó a casa a prepararse la maleta y yo bañé a Turrón. Al poco sonó el claxon del coche de Dante. Su flamante coche estaba en la puerta de mi casa.

—No pensarías que íbamos a ir con tu lata de sardinas, ¿no?

Llegamos bastante tarde a casa de mis padres. A mi madre casi le da un ataque al ver a Turrón, pero no dijo nada, ya que prefería tenerme a mí en casa. Los avisé de que iba con Dante, así que nos había preparado mi habitación. Ya que casi todas mis cosas las había vendido, no tenía nada mío ahí, solamente la habitación que mis padres me habían comprado y las cuatro tonterías de adolescente que aún tenía, como fotos, alguna muñeca y cuatro tonterías más. Nos acostamos los dos en mi cama y él me abrazó. Yo no fui capaz de decirle nada. Me sentía mal por ocultarle algo así, pero no podía, realmente. No sabía cómo hacerle entender algo así ya que sabía perfectamente cómo reaccionaría. Y viendo cómo la miró en la puerta del bar…

—Siempre has tenido vida de princesa, ¿eh?

Miró mi habitación gris, blanco y rosa, con un cabecero acolchado y grande.

—Bueno, ya has visto a mi madre, que es muy fina ella. —Me reí.

—La verdad es que la casa parece salida de una revista. —No supe qué decirle, en mi cabeza rondaba Luisa—. ¿Has pensado en venirte a vivir a casa?

—Es tu casa, cariño. Yo tengo la mía también. No me quiero ir del *camping* —admití—. Soy feliz.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Me mudo yo?

—¿Harías eso? —Giré mi cara y lo miré atónita—. ¿Sí?

—Claro que sí. ¿Por qué no? Estamos juntos.

—Tienes tu casa, tu hogar —mi voz era débil. Sentía que lo estaba traicionando.

—Mi hogar es donde estéis vosotros. —Turrón dormía en nuestros pies—. O, si prefieres, podemos vivir en mi casa y los fines de semana en el *camping*. O comprarnos algo los dos. No sé, cariño. Pero, juntos, creo que estaríamos mucho mejor.

—Sí, puede ser, pero vayamos poco a poco. Me gusta mi vida ahora mismo, los cambios los hacemos despacio, juntos y fluyendo.

Esa mañana me desperté temprano, me di una ducha y me arreglé para ir a la editorial.

Mi madre estaba en la cocina, con la cara seria. Dante y mi padre estaban charlando en la terraza.

—Carloti, ¿cómo le va a tu hermano?

—Bien, mamá, trabaja y está buscando un piso. Está bien. —La abracé por la espalda—. No te preocupes, entiendo que tú tengas tu vida aquí. —La besé—. Te quiero, mami. —Froté mi cara contra su cuello y la olí, el olor de mi madre y de su colonia era mi hogar. Era mi casa, la mejor sensación del mundo. Sin duda, la de mi madre.

—Gracias, hija. —Besó mi frente—. Pero tu hermano no lo ve igual. —Se giró—. Toma las tostadas para ellos, ahora te hago las tuyas.

Noté pena en su voz. Dejé la bandeja en la mesa y besé a mi padre. Él me abrazó.

—Mi canija.

Me meció como cuando era una niña. Después, besé a Dante en la cara.

—Buenos días, cariño —me dijo, dulcemente y mirándome con algo de preocupación.

Yo sabía que él sabía que algo me rondaba la cabeza, pero él siempre respetaba mis tiempos y eso me hacía sentir mucho peor.

Desayunamos los cuatro en la terraza. Hablamos sobre el libro y las posibles consecuencias que podría tener. Dante les aseguró que era un libro muy maduro, muy bien escrito y cuidado al detalle para no molestar a nadie. Sería una buena ayuda para muchas chicas que podrían estar pasando por lo mismo, y él creía que era el final de una etapa dura, que la había cerrado para siempre y que era algo que yo necesitaba contar. Mamá lo miraba embelesada y mi padre le prestaba atención. Claro, mis padres escuchaban la sensatez de sus palabras, y cómo trasmitía amor al hablar de mí. Eso les dio mucha seguridad de que su hija estaba en el buen camino, así que me facilitó el terreno para poder irme tranquila. Me acompañó Dante. Estuvimos casi todo el día en la editorial. Quise yo estar muy pendiente de la maquetación del diseño y de todo lo que conlleva sacar el libro al mercado. Quería ponerle una flor de loto en cada página, ya que era algo con lo que me sentía muy identificada. Y quería que el libro fuera bonito, al igual que educativo, así que me puse algo pesada. El resto de la tarde la pasamos por Madrid de compras, quería comprar algunas cosas para mis clases de yoga, además de libros y esterillas.

—¿Qué tienes pensado, nena? —dijo, al ver que miraba un estudio de yoga.

—No sé, quizás… algún día poder abrir el mío propio. Una especie de *camping* para hacer retiros. —Me reí—. Pensarás que estoy loca.

—Para nada, cariño. Me parece genial, la verdad.

—Tú podrías dar clases de surf para colegios. Ya sabes. —Moví mis hombros—. Excursiones, colonias y esas cosas.

Él me estudio con la mirada. Me di cuenta de que casi todos mis planes de futuro eran con él, que todo lo que hablamos era formando un equipo. Sus planes y los míos encajaban perfectamente. Él se ilusionaba con mis ideas y yo con las suyas. Y, por lo tanto, tenía que sincerarme con él cuanto antes.

Al final, llegamos a casa para la hora de la cena cargados como burros. Mis padres nos miraron.

—Ya estás con las compritas, hija —dijo mamá, ilusionada por ver que uno de mis miedos estaba desapareciendo y que volvía a ser yo.

—Mira…

Le enseñé los libros y las cosas que había comprado para los talleres de yoga. No intenté poner excusas absurdas por haber comprado cosas que quería. Tampoco me sentí mal por hacerlo y se

me notaba.

—Nos gusta verte tan feliz, hija —comentó mi padre, mientras ayudaba a mamá a poner la mesa.

Dante salió de la ducha vestido y, como si hubiera estado mil veces en mi casa, ayudó a mis padres en la cocina, moviéndose por ella como Pedro por su casa. Yo era consciente de que tenía que encontrar el momento para hablar con él, explicarle lo de su madre y poder ayudar en la medida de lo posible. Lo miraba y sabía que ese tema podía llegar a herirle y me daba miedo. Mucho miedo. Pero prefería pasar esos días en Madrid tranquilamente, disfrutar, y, una vez llegásemos a casa, hablar tranquilamente con él.

El resto de los días me propuse olvidarlo y vivir el momento como los dos nos merecíamos porque, a pesar del amor que teníamos el uno por el otro, esto nos iba a pasar factura. Era consciente de ello.

20. Pequeño retroceso

«La paz viene de dentro,
no la busques fuera».

Buda

Los días en Madrid pasaron volando; entre mis miedos por la salida del libro y enseñarle a Dante partes de Madrid que él no conocía, no nos dimos ni cuenta. Además, Dante era muy respetuoso con mis padres y no había consentido tocarme un pelo en todos esos días. Siempre me repetía:

—Un respeto, fiera. Están tus padres ahí y no me parece bien.

Yo no daba crédito a sus palabras, pero él era muy suyo y algo chapado a la antigua, también.

Por suerte para mí, esa tarde mis padres habían salido hacer unos recados por Madrid y nos habían dejado la casa para nosotros solos. Habíamos quedado con ellos a las nueve de la noche en un restaurante en el centro. Dante entró en la habitación mientras yo preparaba las cosas para meterlas en el coche.

—¿Qué?, ¿ya organizando las cosas?

Me abrazó por la cintura, sentado en la cama.

—¿Tienes ganas de volver a casa?

—Sí, cariño. —Me giré y lo miré—. A ver si así me follas de una vez —le dije, arqueando una de mis cejas y mirándolo desde arriba.

Él se puso en pie lentamente, retándome.

—¿Tienes ganas de que te folle?

Soplé. Él se regodeaba con la situación, no podía disimular la sonrisa de satisfacción en su cara. Le encantaba que yo le pidiera sexo o, más bien, que lo deseara.

—No te imaginas cuántas.

Desabroché la bata de verano que llevaba puesta. Él me miraba, complacido por la situación. Dejé caer el camisón al suelo. Noté cómo su entrepierna creció. Cogí una de sus manos y me llevé un dedo a la boca. Lo lamí, suave, mientras lo miraba descaradamente.

—Carlota —me llamó por mi nombre, serio—. Estamos en casa de tus padres —repitió por enésima vez.

—Cállate.

Lo empujé fuerte hasta que lo senté en la cama. Él estaba encantado de dejarse hacer y verse en esa situación. Subí su camiseta y besé su pecho. Me parecía lo más sexi del mundo semejante hombre moreno en la cama dejándose en mis manos. Bajé su pantalón y su bóxer mientras él se

cruzaba de brazos. Su enorme erección salió disparada. Me relamí. Los ojos se me abrieron como platos.

Lo lamí entero, de arriba abajo, sin darle tregua. Noté que estaba a punto de estallar y paré en seco.

—¿Qué haces? —exclamó, alterado—. Me limpié la boca con el dorso de la mano y me puse en pie.

—¿Yo? Nada, cariño. —Me senté, introduciéndome su polla despacio—. Nada, mi amor.

Moví mis caderas hacia adelante y atrás, buscando el máximo roce. Mordí su boca, mientras me entretenía en buscar mi placer una y otra vez. Sus manos fueron a mi pecho, que lo notaba pesado por la falta de atención, y lo aparté de un manotazo.

—Ssch. Quieto —dije, sujetándolo fuertemente de la cara mientras sostenía su mirada.

—¿Te gusta sucio, amor?

Asentí. Notaba mi sexo arder y cómo el placer se arremolinaba en el centro de mi estómago, así que aceleré el movimiento de mi cuerpo.

—Dámelo. Vamos. Córrete —me exigió.

Yo atendí a su petición, explotando entre sus brazos. Una vez me recompuse, él intentó tomar los mandos de la situación, pero yo se lo impedí. Me puse en pie ante su mirada atónita y me vestí.

—No me jodas, nena. No, no. —Correteó detrás de mí—. Esto no se hace.

Me reí malvadamente.

—¿No? ¿Por qué? ¿Te sientes usado, cariño?

—¡Joder, sí! Y me encanta. —Me besó en el cuello—. Pero necesito correrme.

—Ahora no. Tengo faena.

Le enseñé todas las cosas que tenía a un en bolsas.

—¿Esas tenemos?

Me aguanté la risa por hacerme la dura, pero estaba deseando volver a sentirlo dentro.

Íbamos de camino a casa; él conducía tranquilo con una de sus manos en mis rodillas, yo no podía dejar de mirarlo. Me encantaba con la dureza que cogía el volante con esas manos tan grades y fuertes.

—Me miras como si quisieras comerme.

Puso su cara de niño malo, con la que se podían más guapo todavía.

—Es que es lo que quiero.

—Estás últimamente muy calentita, gorda.

Una de sus manos resbaló por mi pierna hasta mi sexo. Yo me remangué el vestido que llevaba y lo miré. Abrí las piernas descaradamente. Él no dudó. Con sus dedos, ágilmente, apartó mi ropa interior y me acarició con suavidad. Mi cuerpo empezó a moverse despacito adaptándome a sus movimientos. Él conducía, atónito.

—Carlota —dijo, seco—, nos vamos a matar. —Apoyé mi mano en su antebrazo y gemí—. Mmm, cariño, me encanta. Nos vamos a matar —me recriminó, pero introdujo un poco más su dedo en mí. Yo cogí aire—. Estás empapada, muy mojada, nena. ¿Paro el coche? —Negué.

—No, cariño. Sigue —le pedí, juguetona.

Una vez me corrí fui a por él.

—Estás loca —me dijo, cuando saqué su sexo fuera del pantalón.

—Está muy mojada, cariño. —Le pasé la lengua por encima—. Mmmm, me encanta.

—Dios, Dios, Dios —dijo, al notar que la metía hasta el fondo de mi garganta—. Carlota, por favor —me pidió, con la respiración agitada.

—¿De quién eres? —le dije, maligna.

—Tuyo. Joder. Tuyo, nena.

—¿Quién manda aquí, nene?

—Tú —dijo, mientras empujaba de mi cabeza hacia su polla—. Dios.

Lo miré. Estaba atento a la carretera, pero a punto del colapso, así que me centré en hacérselo rápido y bien.

—Estoy a punto, coño, Carlota. —Dio un volantazo, desesperado, dejando el coche a un lado de la calzada—. Me cago en la puta.

De un empujón, tiró el asiento hacia atrás y me arrastró tirando de mí. Se la sostuvo con la mano.

—Cómetela —gruñó fuerte cuando lo succioné—. ¡Joder! —Golpeó la puerta con el puño a la vez que se corría—. Joder. Hostia puta —dijo, entre convulsiones y corriéndose en mi boca entre gritos y palabras malsonantes.

Me levanté sonriente, limpiándome la boca. Él se guardó su miembro en los pantalones y colocó su asiento. Me miró y me cogió fuertemente del pelo.

—Estás como una puta cabra. —Me besó, metiéndome la lengua en la boca—. Preciosa y loca.

Sonreí orgullosa.

—Cariño, es que te veo y me vuelvo loca. No puedo evitarlo.

—Normal, estoy buenísimo.

Su arrogancia invadió el coche, provocando que los dos nos riéramos.

Al llegar, fuimos derechos a mi casa.

—Nena, prepara algo de cenar. Voy a darle un paseo a Turrón y ahora vengo.

Sentía que ese era al momento perfecto para hablar con él y explicárselo todo, pero no fui capaz. No me sentía con fuerzas para destrozar a la persona que amaba diciéndole: «oye, tu madre está aquí y quiere verte porque se muere».

Sonó mi teléfono: era Jaspers. Dudé en si responder o no, pero al final cogí la llamada.

—Rubia —su voz traspasó el teléfono y me arropó—. ¿Cómo está la niña de mis ojos?

—Bien, tirando —contesté, algo desanimada—. Pero dime, ¿cómo va todo? ¿Las competiciones?

—Carlota, cariño, sé que algo pasa —insistió—. ¿Tú estás bien?

Tal y como era Jaspers era muy difícil poder ocultarle las cosas. Intenté esquivar el tema, pero al final le conté todo. Él se quedó paralizado al saber que nosotros teníamos más o menos una relación formal, pero me dijo bien claro que, si de verdad lo quería, no podía esconderle algo así. Y tenía razón. Jaspers también creía que era una traición, y seguramente se lo tomaría muy mal. Intentó quitarle hierro al asunto cuando vio que su sinceridad pasmosa me había trastocado un poco. Buscó distraerme del tema con sus competiciones y con sus planes de futuro. Lo cierto era que la vida le estaba sonriendo, y que lo mejor que pudo hacer fue marcharse. Yo soy de las personas que opinan que cada uno tiene un camino, un sentimiento, y que hay que seguirlo firmemente, y él había hecho lo correcto.

—Preciosa, en dos semanas cojo unos días libres, y me gustaría verte.

—A mí también, deseándolo.

—Iré a verte al *camping*, si tu novio no me parte la cara —escuché su risa a través del teléfono.

—No seas malo.

—La verdad es que saber que tienes novio y que nuestras pequeñas licencias ya no existen, me molesta un poco. —No contesté, me quedé callada—. ¿Carlota? No pasa nada, que se veía venir.

Por suerte para los dos, él tenía la cabeza mejor arreglada que yo.

—Bueno, tú ven. Ya es verano —dije con ilusión.

—Tú eres mi verano —repuso él.

—Y tú el mío.

Sentí ladrar a Turrón.

—Bueno, avísame cuando vengas.

—Jamás. Apareceré cuando menos te lo esperes.

Nos despedimos antes de que Dante entrara en casa.

—Qué bien huele —dijo, mirando en el horno—. ¿Lasaña?

Asentí.

—Sí, pero de verduras. No tenía mucho más en la nevera.

—Cariño. ¿Qué te pasa? —Se acercó a mí.

—¿Te puedo ser sincera? —Vi cómo se tensaba.

—Siempre.

—No sé cómo decirte una cosa. No encuentro las palabras ni el momento oportuno para decirte lo que quiero contarte —fui lo más sincera que pude. Me senté en el sofá. Lo miré.

—No sé, nena, me preocupa verte así. —Se sentó a mi lado—. ¿Es por lo del otro día? ¿Cuando me corrí dentro? —Lo miré.

—No, no es eso. Fuimos conscientes los dos de eso. Es un tema hablado. Prefiero reposarlo un poco, cariño. —Acaricié su pierna—. Ahora vamos a cenar.

Él, como siempre, tan prudente, tan él dándome mi espacio.

21. Es de valientes decir siempre la verdad

«Hay tres cosas que no pasan
mucho tiempo ocultas.
El sol, la luna y la verdad».

Buda

Salí de la clase de yoga algo tarde. No tuve tiempo de comer, así que fui directa al bar. Habían pasado unos días en los que no había tenido mucho tiempo para nada. Entre estudiar, las prácticas y el bar, no daba para más. Tenía un cansancio sobre mis hombros más mental que físico. Entré en la cocina directamente; por suerte, solamente había tres mesas y Judith se defendía bastante bien.

—Lo siento.

Me puse el delantal. Dejé salir el aire de mis pulmones.

—No te preocupes, todo controlado. En media hora tenemos más reservas. Así que, cuéntame.

Me frené en seco.

—No te entiendo.

—Está aquí la madre de Dante, con Socorro. Y tú algo escondes.

Me apoyé en la encimera donde tenía Judith las bandejas de pan cortado.

—No sé qué coño hacer, no puedo más. Primero debería hablar con él. —Ahora sí, ahora sí estaba a punto de estallar todo sobre nuestras cabezas—. Cúbreme, necesito hablar con él.

Al salir del bar me encontré a Ricardo, hablando con Sofía. Me pareció notarlos algo alterados, pero al verme disimularon. Pasé por su lado, nerviosa. En mi cabeza solamente quería ver a Dante. Entré en el taller y él me miró alarmado.

—¿Qué pasa?

En dos zancadas lo tuve encima. Yo rompí a llorar como una niña pequeña entre sus brazos.

—Dante, yo… yo no sé por dónde empezar. Yo no sé cómo decirte que…

—Explícate, me estás poniendo de los nervios.

Pude ver el miedo en sus ojos.

—Tu madre, tu madre —dije, sollozando.

Me soltó como si mis brazos quemaran.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa con ella?

Dio dos pasos hacia atrás, mirándome de una forma que yo no conocía. Su cara se petrificó.

—Está aquí. Quiere verte, quiere hablar contigo…

Su grito con fuerza me hizo temblar y callarme en seco. El tiempo se detuvo en ese preciso

instante. Podía escuchar cómo mi corazón bombeaba con mucha fuerza. Me mantuve estática.

—¿Dime qué cojones tienes tú que ver con ella? ¡Dime! —gritó fuera de sí, con una voz rota. Yo temblé—. ¡Que hables! —su voz sonó en el pequeño taller provocándome terror. Jamás había visto a Dante fuera de sí, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ella está enferma. —Él me miró como si sintiera asco de mí—. Se está muriendo.

Me encogí, me sentí pequeña y traidora.

—¿Tú cómo coño sabes eso? Dime.

Caminaba por la estancia con las manos en la cabeza fuera de sí. Parecía una bestia enjaulada, soplando.

—Vino a buscarme. —Intenté acercarme a él por detrás y abrazarlo—. Perdóname —le pedí, rota de dolor—. Yo te quiero, cariño, te amo, no sabía cómo decírtelo.

Él estaba quieto. Sin decir nada, su respiración era fuerte y rápida.

—Suéltame, Carlota. —Se removió entre mis brazos.

—No, no. Por favor —insistí, viendo que él quería escapar de mi abrazo.

Agarró mis brazos con sus manos y me separó de su cuerpo.

—No me toques —me pidió, a punto de romperse—. Dime, sé sincera.

Yo asentí como una niña pequeña. Él, tan alto y grande parado delante de mí, mirándome con los ojos más fríos que había visto en mi vida y sin notar el amor en ellos me desgarró por completo.

—¿Cuándo la has visto?

—Antes de ir a Madrid, amor. Pero yo, yo…

El nudo que tenía en la garganta y en el pecho me iba a matar.

—¿Esto me lo estás diciendo de verdad? —La furia brotó por todos los poros de su piel—. ¡Carlota!

Volvió a gritar al ver mi silencio y vi cómo dos lágrimas bajaban por su rostro.

—Sí, pero yo…

—¿Qué más me ocultas? Dime, joder. —Me zarandeó—. ¿Qué más me tienes que ocultar? Porque si te has callado esto, esto que es importante, ¿qué más? ¡Dime, eh…!

—Nada. Nada, Dante. Sabes cómo soy, y sabes...

—¿Sabes qué? —Se abalanzo sobre mí, con la cara descompuesta y con odio en sus ojos—. De ti no sé una puta mierda. —Retrocedí, me aparté de él, pero él me comió el terreno—. ¿Cómo has podido callarte algo así?, ¿cómo has podido traicionarme de esta manera? —Un grito ahogado salió de mi garganta. Nos miramos, callados y en silencio—. No pensé que tú jamás pudieras hacerme algo así, sabiendo todo lo que sabes y que para mí ella está muerta.

—Pero ella solo quiere pedirte perdón…

—¿De verdad? Ella quiere de todo menos que yo la perdone.

—Se está muriendo. Y tú no te mereces...

Me tapé la cara con las manos.

—Cállate, cállate, ¡no quiero escucharte!

Sentí unos golpes en la puerta. Nos callamos. Ninguno dijo nada. Me intenté acercar a él, pero se apartó.

—Solo te pido que no me toques.

Nos retamos unos instantes.

—No hagas esto. Dante, no —supliqué detrás de él—. No, por favor.

—Vete. Ahora mismo no puedo ni mirarte.

En sus ojos vi la furia y la rabia que yo le provocaba.

Al salir de taller me encontré con Socorro. Intentó acercarse, pero salí corriendo. Jamás había sentido el alma tan devastada, el dolor tan intenso que tenía dentro. Pensaba que me moría, era insoportable.

Estuve dos días en cama, no podía salir de ahí, a pesar de que mi hermano y Lara lo intentaban. No sabía nada de Dante, y eso me estaba matando por dentro.

Socorro venía a verme con Manuel, supongo que se sentía responsable de la situación. Pero, a decir verdad, ella no tenía culpa. La única responsable de no haberle contado nada a su pareja era yo, y eso era lo que más me reconcomía por dentro. Fui yo la que preferí callarme y disfrutar los días en Madrid. Y también fui yo la que no tuvo el valor. Mi ego, mi egoísmo, me habían llevado a perder lo que más quería.

Me desperté temprano y salí a correr y a volver hacer mi vida, tal cual era. Necesitaba volver a reencontrarme después de esos días, pero la verdad era que me sentía vacía sin él. No era lo mismo a pesar de intentarlo. Fui a mis clases de yoga y después trabajé en el bar. Intentaba hablar lo justo con la gente y centrarme en algo que me produjera paz. *Ho'oponopono* y reencontrar mi camino nuevamente.

Al salir del trabajo fui a casa. Me encontré con Turrón en el porche y a Dante sentado en las sillas de fuera.

—Toma, te dejo a Turrón. —Se levantó sin mirarme—. Lleva tres días en mi casa y sé que él te echa de menos.

Intenté cogerlo de la mano. Él se apartó con rabia.

—No —escupió—. No me toques.

—¿Tú no me echas de menos? —pregunté, con miedo, sabiendo perfectamente la respuesta.

—No, no, Carlota. Me has fallado. Y ahora mismo no sé qué va a pasar con nosotros. —Me abracé a Turrón—. No puedo ni mirarte. —Se sujetó la cabeza con las manos—. Es que no puedo. Para mí el tiempo se paró en ese instante.

—Está bien, yo te doy el tiempo que necesites. Pero quiero que sepas que te quiero, que te amo. Y yo… —tartamudeé, reprimiendo un sollozo.

—Tú a mí no me das nada —soltó por su boca con odio y asco—. Nada, Carlota, me has quitado todo. Me has jodido, pero bien. Yo te amaba —habló en pasado.

—Hablas en pasado.

Me sorprendió muchísimo esa forma de hablarme.

—Sí, creo que es pasado. —Se metió las manos en los bolsillos y bajó las escaleras del porche —. Me cago en la puta, Carlota. Confié en ti, me engañaste haciéndome creer que eras diferente. Pero no. Eres como te describían, ¿eh? Mala, dañina. Mentirosa. Interesada. —Enumeró con sus dedos, mirándome con rabia en sus ojos—. Todo, todo lo que dijeron de ti era cierto. Me has engañado, pero bien.

Me puse en pie. Mi cuerpo ardía de dolor, sus palabras habían calado hondo en mí.

—¿Eso piensas de mí?

Dejé de temblar, dejé de sentir dolor por haberle fallado y sentí que ese daño había sido consciente.

—Sí. Si me has podido ocultar algo semejante, ¿qué más serías capaz de hacer…?

—Pues entonces, está todo dicho.

Abrí la puerta de casa. Él subió dos escalones.

—¿Me dejas? ¿Me dejas tú? ¿En serio?

Se rio dañinamente. Su actitud hacia mí fue tan dura y agresiva que Turrón ladró. Le ladró a Dante y le enseñó los dientes. Intentó agarrarme del brazo, pero yo me aparté.

—No tenemos nada que dejar, ya te has encargado tú solito de hacerlo. No has querido entender que yo no he sido capaz de decirte lo de tu madre por no verte mal, por no provocarte dolor. —Vi como cerró los puños con fuerza al lado de sus piernas—. Se muere y solo quiere hablar contigo. La perdones o no, tendrías que escucharla. Si se muere, que se muera en paz.

—Jamás, ¿me oyes? ¡Jamás! —Se puso tan cerca de mí que me tambaleé—. Y, Carlota, mejor dejemos esta conversación aquí, y dejemos reposar.

—No, ya está todo dicho. Piensas cosas de mí que yo no puedo soportar. —Lo aparté con mis manos—. Así que se acabó —mi voz retumbó en mi propio ser.

Mis manos simplemente intentaban alejar su cuerpo físico del mío. Había sido demasiado para nosotros.

—¿No me quieres?

Vi cómo su armazón de acero cayó. Por unos instantes, vi flaquear su armadura y vi el miedo en sus ojos, el miedo que tenía a perderme.

—Sí, te quiero, pero los dos nos hemos hecho un daño irreparable. Las palabras no se las lleva el viento, se instalan aquí. —Señalé mi pecho—. Y se quedan. Lo que nos hemos hecho son actos imperdonables para los dos.

Él bajó su mirada al suelo.

—Yo a ti no te he hecho nada —su voz salió en forma de susurro, como un niño asustado y dolido.

Cerré la puerta. Él la intento abrir, pero yo cerré con el pestillo.

—Carlota. —Me llamó desde fuera—. Abre, abre ahora mismo. Nena, joder. Yo a ti no te he hecho nada —repitió, como si de un crío se tratase, dejándome el alma completamente rota.

Yo le había traicionado y sabía que esto sería un antes y un después en nuestra relación.

22. Dar la cara y mantenerse firmes es una realidad

«Tu actitud mental es la que determina
principalmente la calidad de tu vida».

Anónimo

Los días pasaron, las horas y minutos no tenían importancia. Mis días pasaban como si tal cosa. Clases, trabajo y la locura de la publicación del libro. Hacía dos días que había salido en preventa, y según la editorial estaba siendo un éxito. La primera tirada se había agotado. Estaban sacando la segunda edición sin apenas salir al mercado. Y, desde la editorial, querían hacer una fiesta donde todos aquellos que lo hubieran comprado podrían venir en primicia y llevárselo firmado.

La presentación sería en Madrid, y para ello habían reservado el ático de uno de los hoteles más bonitos y lujosos. Yo apenas me lo podía creer.

Esa tarde había quedado con las chicas para tomar algo, ya que, con todo el follón que me envolvía, no tenía tiempo para nada. Ni siquiera había podido ayudar a mi hermano con la mudanza a su nuevo piso.

Estaba esperando en la terraza del bar del puerto cuando vi pasar a Dante con la moto, creo que no se percató de mi presencia o, si lo hizo, pasó de largo.

No habíamos vuelto hablar desde aquella tarde que decidimos romper. Los primeros días fueron duros, pero después lo asumí, aunque dentro de mí me moría por estar con él.

Llegó Judith; venía directamente de su casa, con una sonrisa preciosa en la cara. Y poco después, Lara, acompañada de mi hermano que, al llegar, me besó la cabeza.

—¿Cómo estás, hermanita?

Él sabía tan bien como yo que no estaba nada bien y que me moría por ver a Dante.

Pasamos la tarde hablando de su piso, de su trabajo y de lo contento que estaba; por otro lado, Lara intentó varias veces sacar el tema de mi ruptura con Dante pero Judith, que pasaba los días trabajando conmigo codo a codo en la cocina, la cortaba, ya que sabía que era un tema tabú. Ni siquiera había vuelto hablar con Socorro del tema. Se nos pasó la tarde entre cafés y una charla que, a pesar de todo, me hizo olvidar mis problemas por un momento. Ellos sabían que la salida del libro me tenía un poco de los nervios y que, bueno… prefería mantener las cosas en silencio de momento.

—Oye, la fiesta de San Juan —dijo Lara—. ¿Cómo vamos a quedar? Normalmente la celebramos todos juntos en la playa. ¿Vosotras a qué hora salís?

—No tengo ni idea. Hacemos cena especial, todo con reserva, pero la cocina se cierra a las diez y media.

Vi cómo Judith miraba por encima de mi hombro y su expresión cambio. Giré mi cabeza y vi venir a Dante. Este llegó y saludó a todo el mundo como siempre. Después, me miró.

—Hola —dijo serio, mirándome—. ¿Puedo? —me preguntó, mirando una silla y sin mirarme a mí; yo tampoco era capaz de mirarlo a los ojos.

—Sí, claro.

Me aparté un poco para dejarle espacio. Mi mirada se centraba en la mesa y en el vaso que tenía delante. Me sentía mal, me sentía una traidora y la culpable de que él estuviera sufriendo.

—Entonces, al salir vendréis ¿directas a la playa? —me preguntó, Lara sacándome de mis pensamientos, ya que desde que se sentó a mi lado yo me había quedado embelesada.

—Sí, iremos juntas, me han robado el coche.

Miré a mi hermano y este me enseñó el dedo corazón, pero con cara comprensiva, dándose cuenta de la situación tan violenta que estaba sufriendo en esos momentos.

Raúl y Dante se pusieron a hablar de sus cosas, yo podía notar como él me miraba por el rabillo del ojo y estaba igual de incómodo que yo, así que preferí irme.

—Bueno… —Me puse de pie—. Yo os dejo. Tengo que preparar la clase de mañana y estoy agotada. Todavía me quedan las cenas de esta noche.

—¿Te vas por mí? —la voz de Dante me parecía tan fría que no pude ni mirarlo.

—A ver si dejáis de hacer el idiota —espetó Lara.

Él la asesinó con la mirada y yo me limité a coger el móvil de la mesa y guardarlo en el bolso. Las manos me temblaban y todos fueron conscientes de ello. En especial, Dante.

—Carlota, ¿podemos hablar un momento? —Por primera vez, Dante se dirigió a mí sin asco en la voz. Y, aunque esta vez había sido diferente, no dejaba de doler. Lo miré, directamente a los ojos—. Por favor —dijo él con su mirada inquebrantable.

—Sí, claro, vamos.

Las miradas de mis amigas eran de esperanza, pero yo no creía que eso fuera a ser una reconciliación. Él se levantó, cogió su casco y caminó detrás de mí.

—Estás bastante más delgada, Carlota.

Caminó a mi lado. Sentía sus ojos clavados en mí.

—Los nervios… —le contesté, mirando al suelo—. Dime de qué quieres hablar.

Sujeté mi bolso con ambas manos como si fuese mi tabla de salvamento. Tenía los nervios a flor de piel y estaba a punto de romper a llorar. Me moría por besarlo, por abrazarlo y sentir su olor.

—Podemos hablar en el taller, si te parece bien. Así ves a Turrón.

—Vale, pues nos vemos allí. Yo he venido caminando —intenté escaparme de él.

—Puedo llevarte si quieres.

No nos mirábamos a la cara. No éramos capaces y, en el fondo, los dos queríamos.

—No te preocupes, voy andando y me doy un paseo.

Involuntariamente, mi cuerpo se abalanzó dando un paso hacia él, pero él retrocedió. Fue más que eso, fue un rechazo involuntario hacia mí.

—Pues si te apetece, te acompaño.

Él cambió su actitud. Fue consciente de su reacción ante mi acercamiento y fue puro rechazo, uno de los momentos más violentos para mí que había sufrido.

—No te preocupes, ve con la moto.

Alcé mi cara con orgullo y lo miré. Vi cómo tragó saliva al chocar nuestras miradas. Pude ver en sus ojos tristeza y pena por su reacción, pero tampoco iba a pisotearme cada dos por tres.

De camino no pensé en nada. Simplemente, repetí unos mantras intentando sosegar mi corazón, que iba a salirse del pecho en cualquier momento. Al llegar al taller vi la moto, pero él no estaba, así que fui a su casa. Directamente me abrió y Turrón salió corriendo escaleras abajo para saludarme. Al entrar en el piso los recuerdos y el anhelo que sentía por él me abofetearon. Contuve las ganas de llorar, pero mi labio inferior me delataba.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó, al verme.

Yo estaba acariciando a Turrón en el suelo. Encendió la radio. Estaba igual de nervioso y desesperado que yo.

—No, tengo que irme enseguida, no te preocupes. —Me senté en el taburete de la cocina—. Dime, ¿de qué querías hablar?

Él puso dos vasos de agua en la encimera.

—Carlota, quería disculparme contigo por lo que pasó, por las formas, por los gritos. —Me mordí el labio y cerré los ojos—. Lo siento. Yo no soy así.

—Lo sé, créeme que lo sé. —Él dio un paso hacia mí—. Yo lo estropeé, yo tuve la culpa y te aseguro que lo siento de verdad. No quise fallarte ni hacerte daño. Yo te quiero, te quiero más que a mí.

Él cogió aire, como si hubiera estado minutos sin respirar; una de sus manos salió disparada a mi cara y acarició mi mejilla.

—Lo sé, y yo perdí los nervios. Es un tema que no gestiono bien. Pero, aun así, perdí las formas contigo y eso es imperdonable. —Cerró sus ojos y respiró profundamente—. Perdóname, por favor.

—Todo olvidado. Lo mismo fuimos muy rápido, nos precipitamos. O lo hice yo, pensando que te conocía y que era lo mejor para ti. Igualmente, lo siento.

—No he sido capaz de hablar con ella. —Apreté mis labios con pena, pero me mantuve en silencio—. No soy capaz, hablé con Socorro.

Noté por su tono de voz que a Socorro tampoco se lo había perdonado.

—Bueno, hagas lo que hagas, a mí me parecerá bien.

Bebí un poco de agua, los nervios me estaban matando y prácticamente no podía ni hablar. El nudo que tenía en la garganta me estaba provocando dolor. En la radio sonó una canción que había escuchado en bucle esos últimos días, de Camilo y Pablo Alborán, que me ponía triste y me recordaba a nosotros. Dante estaba sentado en el taburete. Nos quedamos callados, con esa melodía.

Lo que no pude con mis besos

y los abrazos que nuca te supe dar.

Pasamos de decir te amo

a no poder decirnos «hola, cómo estás».

Tú y yo pasamos de ser todo a nada.

De comernos con la mirada.

Y ahora estamos frente a frente

y ni si quieras puedes mirarme a la cara.

Vivíamos de boca a boca.

Los labios no querían soltarse.

Y ahora en el mismo cuarto

no podemos respirar el mismo aire.

—Yo no pretendí dejarte. Me dejaste tú —soltó de repente y sin venir a cuento.

Yo me incorporé. Esa canción me destrozaba por dentro, pero sus palabras me habían sacado del bucle de pensamientos.

—La cosa se puso fea, Dante. Mi filosofía de vida no va con peleas absurdas y comportamiento dañino a las personas que amo. —Lo miré a los ojos, estaba blanco como el mármol—. Yo no pretendí hacerte daño, simplemente quise hacer lo mejor para ti, protegerte de alguna manera. Pero no, no quise engañarte.

—Me lo ocultaste —me cortó.

—Sí, cierto, pero sin ninguna maldad. —Salió de detrás de la cocina y se acercó tanto a mí que los dos respiramos el aliento del otro—. En cambio, tú sí que quisiste hacerme daño con tus palabras —repliqué yo.

—Sí, tienes razón: soy un capullo. Pero cuando ella está en medio, yo no soy persona.

Rozó mi mano con la suya. Lo miré. Lo miré y me moría por besarlo, por olvidarlo todo, pero no, no podía.

—A lo mejor, y digo sin saber, si llegaras a perdonar el pasado, el caminar por el futuro sería mucho más placentero para ti. El pasado es lastre y tenemos que soltarlo.

—Tienes razón.

Apoyó sus manos en la barra que yo tenía a mi espalda, dejándome entre sus brazos, así que me eché hacia atrás.

—¿Y nosotros? —Me dio un leve toque con su nariz en mi pelo—. Yo no sé, joder. No sé.

Dejó caer su cabeza y al momento la subió lentamente hasta que nuestras caras quedaron a la misma altura.

—Como dice la canción, cariño, hemos pasado de ser todo a nada. —Negué, aguantándome las ganas de llorar—. Y dime, ahora que estamos frente a frente, ¿no puedes mirarme a la cara?

Acarició su labio inferior con sus dientes.

—No, no puedo mirarte.

Cerró sus ojos al escucharme.

—Yo a ti sí, nena, me muero por besarte.

Se acercó más a mí mientras la canción nos removía enteros. Comenzó a cantar tan cerca de mi boca que sentía morir mi cuerpo, su voz tan bajita y suave, sentía que lo amaba más que nunca, que lo necesitaba para vivir. Vivíamos de boca a boca. Los labios no querían soltarse y ahora que en ese mismo cuarto no podíamos respirar el mismo aire, rozaba su cara con la mía. Su nariz rozó la mía suavemente. Su voz cálida me estaba dejando en blanco. Sus labios rozaron mi cuello y subió despacio hasta la barbilla, simplemente rozándola con ternura. Mi boca se acercó a la suya mientras mis brazos se agarraban a su cuello.

—Te amo, cariño. —Lloré mientras nos besamos. Sus manos me acariciaban y me besaba desesperado—. Te amo —repetí.

—Y yo a ti, nena, y yo a ti.

Vi brotar las lágrimas en sus ojos.

—Dime, ¿tú confías en mí? —Él dudó. Se tensó y apretó su mandíbula, mirándome serio, y el dolor en sus ojos era latente. No contestó—. Ahí está: no confías en mí, Dante, y yo por más que te quiera no puedo, no puedo estar con una persona que no confía en mí. —Aparta —le pedí a media voz—. Tengo que irme.

Él dudó. Me miraba la boca, pero no decía nada. Creo que los dos sentimos cómo lo que habíamos construido se había roto en mil pedazos. Él retrocedió, apartándose de mí. Yo recogí mi bolso, me despedí de Turrón y me marché. Al cerrar la puerta de su casa, escuché y noté cómo algo se estrellaba contra la puerta. Bajé las escaleras corriendo.

Al llegar al bar me encontré con mi hermano Lara y Judith en la barra. Entré directamente en la cocina y Judith entró detrás de mí.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó mi amiga, con tristeza.

—Simplemente que él no confía en mí.

Entró Lara.

—¡Madre mía! Socorro tiene un disgusto, Carlota. Parece un alma en pena. Dante ni le habla y a ti te ve triste.

Me abrazó con fuerza.

—Créeme que él lo está pasando mal, no sabe cómo hacerlo. Él no confía en mí. Simplemente eso. Le he fallado y él eso no lo tolera. Y yo no voy a tolerar que una persona a la que quiero me haga cada día sentir dudas sobre mí, sobre nosotros. Tampoco voy a flagelarme, así que se acabó —dije, de lo más convincente.

Mis amigas se quedaron conmigo hasta que empezó el turno de las cenas. Mi hermano se marchó pronto, pero ellas se quedaron en el bar y después se vinieron conmigo a casa.

De lo que no tenía ninguna duda era de mis amigas y de mi familia, de lo feliz que estaba siendo y que por nada ni nadie iba a perder mi paz mental.

23. Y seguiré adelante por más trabas que tenga

«Un solo rayo de sol es suficiente
para borrar millones de sombras».

Palabras para la eternidad

Por fin había acabado el curso de profesora de yoga, por fin tenía mi título en las manos y me sentía orgullosa de mí. Saqué un par de fotos con las compañeras y se las mandé a mis padres y a mis amigas. También, y sin darme cuenta, a Dante. Intenté borrarlo, pero, al segundo de mandarlo, lo vi en línea y recibí unos aplausos, el emoticono ese, que me dejó un poco chafada. Pero bueno, al menos había reaccionado.

Después de comer con mis compañeras de curso, me decidí a ir al estudio de tatuajes de Felipe y hacerme un tatuaje que llevaba días plateándome, así que cogí mi coche. Recibí una llamada de Jaspers.

—¿Dónde estás, gorda? —dijo en cuanto descolgué, con su voz risueña.

—No te lo vas a creer, pero voy a ver a Felipe —respondí, con ilusión—. Ya soy profesora de yoga —grité de felicidad.

—No te muevas, voy para allí. Por cierto, el *camping* está a tope.

—Sí —dije yo—. Tú te quedas conmigo, ¿no?

—Esto, cariño… no voy solo, voy con dos colegas y… bueno, al final solo será una noche, hemos decidido irnos unos días a Francia a seguir buscando olas. Pero, a la vuelta, te prometo que volveré y estaré unos días contigo.

—Tenéis sitio. Pídele a Socorro que te abra la puerta.

—¿Quieres que vaya a buscarte al estudio?

—He venido en coche, llego en un par de horas. Poneos cómodos, en serio.

—¿Seguro? Yo voy encantado.

—Lo sé, pero, en serio, espérame con los chicos. Yo llego enseguida.

Felipe me recibió con los brazos abiertos. Es más, del abrazo que me dio mis pies no tocaron el suelo.

—¿Qué te trae por aquí, pequeña?

Movió sus cejas de forma graciosa, provocándome una risotada.

—Quiero que me hagas esto.

Le enseñé la foto de un tatuaje fino y sencillo que iba desde la nuca hasta la rabadilla del culo. Entre los omoplatos, una flor de loto, dibujada en mandala, unos pequeños puntitos y el símbolo del *ohm*; tres puntitos más y la constelación de mi horóscopo y después, acabando en la rabadilla,

un *unalome* seguido de la constelación tres puntos y una línea recta; unas líneas en zigzag y un ojo, unas líneas en forma de infinito que representaban mis miedos y una especie de espiral terminando en una fina línea que se perdía donde empezaba mi trasero.

A Felipe le encantó la idea y enseguida se puso a dibujarlo. Él le dio el toque perfecto y a mí me gustó, ya que ese tatuaje era el inicio de mi vida. Locura, pérdida, laberintos... Hasta encaminarme. Lo personalizó y le dio la vida que yo necesitaba, ya que me representaba a la perfección.

Después de estar casi dos horas tatuándome la columna, no me dejó marcharme sin invitarme a una cerveza. Y lo cierto es que la necesitaba, ya que ese tatuaje me había dolido bastante más que el otro que llevaba.

Dante me llamó un par de veces, pero no se lo cogí, no quería estropear ese momento y sentirme mal nuevamente, porque, aunque me doliese horrores, nosotros habíamos acabado convirtiéndolo todo en dolor. Las pocas veces que hablábamos eran incómodas y, a decir verdad, me robaban paz. Mi paz, que se había vuelto algo sagrado para mí. Incluso me traía a Turrón, sin acercarnos nosotros, y yo se lo llevaba de vuelta y no entraba al taller. Turrón nos facilitaba la vida y la lejanía. Pero, cuando estaba llegando al *camping*, me lo crucé con la moto. Reconoció el coche y dio media vuelta. No había entrado al *camping* y se me cruzó delante con la moto. Tuve que clavar los frenos, se abalanzó sobre mí. Me bajé del coche.

—¿Estás loco? —grité. Él se quedó encima de la moto, con el casco puesto—. ¿Que si estás loco? —le repetí mientras me acercaba a él.

Se quitó el casco. El olor a cerveza me echó para atrás.

—Ya, no soy idiota, ¿eh?

Lo miré sin entender, pero vi la rabia en sus ojos.

—¿De qué hablas? —intenté tranquilizarme y parar esa situación.

—Ya sé por qué no has querido hacer las paces, por qué no has querido volver conmigo —dijo, con odio—. Por ese niñato. Ya lo tienes aquí. —Cerré los ojos—. Estarás contenta, ¿verdad? Me cago en la puta.

—Dante, por Dios… —Di media vuelta en dirección a mi coche—. No quiero discutir. No puedo más.

—Ni yo, ni yo. Pero no soy idiota, Carlota. ¿Te lo pasas bien riéndote de mí o cómo va esto?

Me tapé la cara con las manos ante su pregunta.

—Déjame, déjame, te lo pido. Quiero estar bien —intenté parar la pelea, pero estaba descompuesto—. Ya está bien. No puedo más.

—Dime, ¿estás con él? ¿Te lo has follado? —Me zarandeó de los brazos—. Si te toca un pelo lo mato. ¿Me oyes?, ¿me oyes bien, Carlota? Te juro por mi padre que lo mato.

—Pero ¿tú te oyes? ¿Tú sabes lo que estás diciendo?

Me solté de él. Me monté en el coche, asustada por la situación, y retrocedí. Él colocó la moto delante nuevamente y me cortó el paso; su cara estaba desfigurada, sentí terror

—Estás loco —dije, perdiendo las formas y gritando—. Ya está bien, Dante.

—Por tu puta culpa. Te lo digo, te advierto, Carlota, como te toque un solo pelo él y yo vamos a tener más que palabras y a ti no te vuelvo a mirar más a la cara.

Aceleró la moto como un loco y salió de ahí levantando rueda, dejándome paralizada; esa parte tan agresiva me había dejado descolocada. Yo me quedé en el coche un buen rato intentando no perder más la compostura e intentar tranquilizarme.

Me encontré con Jaspers y sus amigos en el bar. Al verme, se le iluminó la cara. Me abrazó con fuerza durante varios minutos y me besó el tatuaje de la palmera.

—Mmm, tu olor, pequeña, ¡te he echado tanto de menos como al verano!

Volvió a abrazarme. Me recompuso como hacía siempre conmigo. Sus amigos nos miraban con la risita en la cara. Uno era Aitor y el otro Andrés. Eran majísimos, pero algo graciosillos. Vi cómo Socorro entraba en la cocina intentando poner una sonrisa, pero en su rostro se veía la pena.

—¿Habéis cenado? —Ellos negaron con sus cabezas como si fueran niños buenos—. Esperad y cenamos juntos.

Entré en la cocina.

—Socorro, ¿qué pasa? —La retuve del brazo.

—Nada, hija, que yo lo hice mal con vosotros y ahora no estáis juntos y… Dante está fatal. Tú eres más fuerte. —Me sostuvo la cara—. Él no es fuerte, sigue siendo un niño dolido.

—Lo sé, pero está como loco —dije, perdiendo el control—. Yo así no puedo. No puedo.

—Cuando ha venido y ha visto al rubio yo pensaba que le iba a dar algo.

—Va borracho, Socorro. ¿Has podido hablar con él? ¿Va a hablar con su madre?, ¿va a hacer algo que no sea destrozarse el jodido hígado?

—Pues sí, hemos hablado esta mañana. Y desde entonces… no ha dejado de beber. Le haces falta.

Nos miramos.

—Y a mí me hace falta él, pero yo a esta persona no la conozco y no sé si me conviene. —Respiré. Cogí dos barras de pan y las corté—. No sé si podemos seguir juntos después de que yo le fallara y él a mí me dijera tantas cosas. Las faltas de respeto entre dos personas que se aman… —Pensé, dudé—. No es amor. No lo es —dije, segura.

—Todas las parejas se enfadan. —Tocó mi hombro. Yo la miré y sonreí con tristeza—. Mi Manuel es mucho Manuel y me costó domarlo, pero míranos.

—Lo sé, pero ahora… —intenté respirar y no dejar que la mala leche se apoderara de mí— necesito pensar. —Levanté las manos—. Por favor, Socorro.

En ese momento mi teléfono sonó. Era un mensaje de Dante. Miré el teléfono con algo de miedo. No estaba en condiciones y seguramente me diría cualquier barbaridad de las suyas.

«Nena, me muero, yo te amo, joder. Estoy hasta la misma polla de ese niñato. Pienso en que te toca y me vuelvo loco. Eres mía, yo soy tuyo, y sin ti me muero. Me falta el aire. Sin ti no, no

quiero estar. Ahora mismo pienso en que estás con él y yo, yo no aguanto más».

Preparé los bocadillos y salí a sentarme con ellos. Ricardo y Sofía ni se miraban. Había un ambiente tenso en el bar. Mis ojos se encontraron con los de Ricardo.

—Darme un minuto —dije, poniéndome en pie y yendo en busca de mi compañero—. ¿Puedes venir un momento? —Prácticamente lo arrastré fuera del bar—. Dime ¿qué narices pasa con Sofía?

—¿Cómo sabes que es con ella? —Noté mucho nerviosismo en su voz—. ¿Te lo ha dicho ella?

—No. Relájate. Pero se nota, yo no soy tonta. —Me acerqué a él—. Cuéntamelo, yo no te voy a juzgar, pero sí puedo ayudarte, Ricardo. Confía en mí. —Le apreté el brazo con cariño—. De verdad.

—Carlota, ¿cómo quieres que te cuente...?

Se calló.

—Por el principio. Con la verdad, simplemente.

—Está bien, pero ahora no. Después.

—Vale, al salir vamos a mi casa.

—Tienes visita.

—Pues iremos a tu casa.

Entramos. Mi teléfono no dejaba de sonar. Yo sabía perfectamente que era Dante, pero no tenía ganas de hablar con él, así que lo puse en silencio. Estaba demasiado nerviosa con todo y me centré en Jaspers y sus amigos, que bebían como vikingos.

—Únete a nosotros, Carlota —me dijo Jaspers, pasándome su cerveza y su brazo por detrás de mi silla.

Bebí de su botella. Los chicos estaban eufóricos, con ganas de salir y disfrutar de la noche, pero Jaspers me miraba fijamente, como si estuviera a punto de besarme constantemente.

—Nosotros hemos pensado en ir a tomar algo al pueblo —dijo Andrés—. ¿Os apuntáis? —nos preguntó a nosotros dos, que parecía que estuviéramos aparte en la mesa, sobre todo por la actitud de Jaspers.

—Yo me apunto —dije.

Jaspers se apuntó también, aunque no lo vi muy convencido.

—Chicos, cuando acabe de recoger y hacer unas cosas, voy al pueblo. Ya me decís dónde nos vemos.

Ya no quedaba casi nadie en el bar, simplemente mis amigos al fondo, y Ricardo y Sofía, que estaban recogiendo sin apenas mirarse. Me fijé en que Sofía lo miraba, como se mira cuando estás enamorada, y él intentaba evitarla. Me puse a recoger mano a mano con ellos. Los chicos se levantaron y me dijeron que me esperaban en el bar de Lara. A los veinte minutos más o menos, Sofía se acercó a mí.

—Carlota, no me encuentro muy bien —me dijo, sin mirarme a los ojos y con la voz entrecortada—. Me ha bajado la regla y, ya sabes…

—Ve tranquila, yo cierro con Ricardo. Recupérate —le dije con cariño.

Sabía perfectamente que me había dicho una mentira y lo que en realidad tenía era mal de amores. Pero qué esperaba, era una cría. Ricardo entró en la cocina. Ella se quedó mirando en su dirección, apenas podía controlar el nerviosismo que tenía, y mucho menos las ganas de llorar. Conecté con ella, sentí su dolor y su desesperación. La miré con cariño, pero no dije nada.

Cerré la puerta con llave y me encaminé a la cocina. Abrí la nevera y saqué dos botellines de sidra, uno normal y otro de cerveza para mí. Ricardo estaba acabando de barrer el suelo. Abrí la puerta que daba paso a la terraza interior y lo llamé.

—Deja eso. Vamos.

Le enseñé su botellín. Me siguió callado y nos sentamos en la mesita uno enfrente del otro. Él se mordía el interior de su mejilla y su pierna se movía descontroladamente.

—¿Estás enamorado de ella? —llamé su atención, se quedó mirándome en silencio.

—Sí —contestó seco—. Pero no puede ser.

Lo miré mientras bebía de mi botella.

—¿Por qué? Dime.

—Carlota, por Dios, tiene diecisiete años —su voz trasmitía pena—. Y yo treinta y dos. No puede ser. Es una locura. Es una mierda. ¿Qué van a pensar de mí? ¿Que me aprovecho de una niña?

—Sé que la diferencia de edad es un tema complicado, pero si os queréis de verdad, qué más da. La gente que se meta en sus cosas. Ni caso. Porque si no, ni vivimos.

—Su familia, la mía, la gente. ¡Es todo!

—¿A ellos qué les importa? —Me incorporé hacia delante—. Ricardo, vida solo hay una y nadie va a vivirla por ti, ¿por qué tienes que apartarte de la mujer que quieres porque a la gente no le guste?

—No es una mujer, es una niña —me contentó, taciturno—. Una niña tendría que ir con chicos de su edad y no con un tío ya curtido.

—Sí. Tienes razón, pero si ella te ha elegido a ti… —Él negó—. ¿Te has leído el libro que te dejé?

—Algo, pero la verdad es que no lo entiendo mucho.

—Es simple: solo tienes que centrarte en repetir las palabras y creer, confiar, fluir. Pero una cosa te digo, amigo… —Acaricié su brazo y lo apreté suavemente—. Si la quieres, si la amas, ve a por ella. No sabemos lo que nos depara el mañana ni cuánto estaremos aquí. Si la amas, no desaproveches el tiempo. —Él bebió un largo trago—. Dime, ¿la quieres?

—Sí, Carlota, sí. La amo. Pero me da miedo el amor, no creo en él. —Sonreí, apretando mis labios—. A mí me jodió la vida una mujer, me la destrozó.

—No, Ricardo, las cosas nos pasan porque nosotros nos las buscamos.

—No, ella me engañó y me destrozó.

Su cabezonería no le dejaba ver más allá.

—Léete el libro y entenderás las cosas. Ella te engañó o fuiste tú quien se dejó engañar, ¿quién no quiso ver una realidad que cada día se mostraba delante de ti? Piénsalo. Examínalo —dije, bajo su atenta mirada—. Nosotros atraemos lo que muchas veces no queremos y por miedo a atraer lo acabamos pegando a nosotros.

—No sé. Es lo que siento y es una herida abierta, ¿y si…?

—Seguramente no perdonas el hecho de que te dejaste llevar por tu ego, no quisiste ver la realidad y no te perdonas a ti mismo, no a ella. Y si no te perdonas, lo único que haces es autocastigarte constantemente, además de atraer todo lo que no quieres a tu vida.

—No sé, no sé qué decirte. Tú eres muy holística, muy… zen, Carlota. No sé si yo seré capaz de ver las cosas como dices.

—Mira, vete a casa, date una ducha y ponte guapo. Nos vamos al pueblo, con la gente, y… —Al ver su cara de negación me puse en pie—. Te vienes y punto. En media hora te quiero en mi casa. Así que vamos… —Di dos palmadas en el aire—. No me falles.

Esa noche entré en el bar con Ricardo, era la primera vez desde que había llegado que salía con él. Éramos amigos, trabajábamos juntos, pero jamás lo habíamos hecho. Pensé que también había sido mi culpa, que yo solo estaba centrada en mí, en mi vida, y que, a pesar de no ser consciente, yo había sido algo egoísta. Todos se volcaron conmigo, en ayudarme y dármelo todo. Pero yo, tan preocupada de mí misma, no me había parado a mirar a mi alrededor. Ese sentimiento no me gustó: tenía que centrarme también en ellos como ellos lo habían hecho conmigo.

Al final, Ricardo desconectó de sus problemas y conectó por un rato con Jaspers y sus amigos, también con mi hermano, Lara y Judith. Íbamos a entrar en el *pub* del pueblo cuando salió Sofía. Ricardo se quedó parado al verla. Ella iba con dos amigas y tenía los ojos hinchados de llorar, pero estaba más bonita que de costumbre. Ella me saludó dándome un beso en la cara y pasó por el lado de él sin siquiera mirarlo. Sus amigas me miraron a mí, y yo los miré a ellos. Los ojos de Ricardo me buscaron con desesperación y, sin darse cuenta, la cogió del brazo, mirándola como se mira a lo que más quieres en el mundo.

—Sofía, ¿podemos hablar?

Ella lo miró desde abajo, ya que él le sacaba casi dos cabezas, y vimos todos cómo su labio inferior temblaba, pero, aun así, le dijo que sí, con la ilusión de una mujer enamorada. Él no dudó. No se lo pensó: la sostuvo con sus manos de la cabeza y la besó. Ella lo rodeó con sus brazos y él la acercó más a él. Yo suspiré al verlos, al igual que los demás. Se me secó la boca y me dieron ganas de llorar. Realmente se querían y él, por no aceptar su presente por culpa de su pasado, estaba destrozando su futuro. Me mordí el labio con fuerza. Se fueron juntos, sin despedirse de nadie, y seguramente eso fue lo mejor que pudieron hacer: centrarse el uno en el otro.

—Rubia. —Jaspers me cogió de la cintura, sacándome de mis pensamientos—. Mira quién está ahí. —Me señaló en dirección al final de la calle. Dante, con unos amigos—. Ve si quieres. —Giré mi cabeza y nuestras caras se rozaron—. Arréglalo con él, o déjalo estar de una vez.

—Voy a hablar con él, pero esta noche la pasamos juntos. Mañana te vas. —Le cogí la mano —. Y yo te echo mucho de menos.

Él era comprensivo, pero yo quería que le quedase claro que yo era Carlota y que él era mi amigo, y siempre estaría para él como él lo estaba para mí.

—Recuerda que yo vuelvo en unos días. Si hoy tienes cosas pendientes con el lunático de tu novio, yo no digo nada. Lo entiendo. En unos días vengo y te tendré más tiempo, y ya veremos si no te rapto.

Sonrió como un niño pequeño, con sinceridad y amor, sin esperar nada. Ese era él, un ser de luz que había llegado a mi vida en el momento oportuno.

—Eres muy bueno. Pero de verdad, lo que me apetece realmente es estar con vosotros —fui sincera, a pesar de que quería verlo y saber cómo estaba.

Entraron todos en el local y yo me encaminé a donde estaba Dante con sus amigos. Raro en él, no se había percatado de mi presencia, así que, cuando me tuvo a escasos dos pasos, sus amigos le avisaron. El giró para verme, pero no dijo nada. Me acerqué a ellos y los saludé con dos besos. Dante mantenía una postura de indiferencia hacia mí y ni siquiera me miró. Me acerqué a él e instintivamente lo abracé. Mis brazos rodearon su cuello y escondí mi cara en su pecho. Él me abrazó fuerte por la cintura.

—Hola, nena —dijo, flojito, dejando un beso en mi cabeza ante la mirada de sus amigos.

—Dante, te esperamos dentro —le dijo Bruno, que nos miró como si fuéramos tontos.

Dante iba algo bebido todavía y, a pesar de que me abrazó, estaba todavía afectado.

—¿Qué haces aquí? —me dijo, aflojando el abrazo.

Pero yo no podía despejarme de su pecho, me daba paz a pesar de las circunstancias.

—Hemos venido a tomar algo, dentro está también mi hermano. ¿Por qué no entras conmigo?

—Estás con tu amigo. —Levanté la cabeza, mirándolo—. Te lo he dicho antes. Iba en serio, como te toque un pelo lo mato. Por ahí no voy a pasar, por mucho que me muera por ti —me advirtió.

—No quiero pelear contigo, me duele más de lo que te puedas imaginar, porque te quiero. Y yo ya no sé cómo hacer las cosas —soné más bien a derrota, a pérdida—. Yo te amo a ti, no sé cómo puedes imaginar eso, cómo me voy a ir con otro.

—¡Pero estás con otro hoy! —volvió a decir, de malas formas.

Yo simplemente cogí aire, me sentía agotada.

—Estoy con todos, somos amigos. —Volví a acercarme a su pecho—. Por favor, dame un respiro. Sé tú, sé tú por un rato. Perdóname —le pedí con desespero, rompiendo en llanto.

Me miró atónito y cogió mi cara entre sus manos.

—Mírame, nena, mírame —pidió con suavidad y temor en voz—. No llores por mí porque me muero ahora mismo, joder. —Besó mi cara—. Perdóname.

Por primera vez en su voz noté dolor. Dolor de verdad. Y eso me dejó más desubicada.

—Lo siento, joder —repitió, una y otra vez, mientras que me besaba con ternura—. Si lloras, me muero, Dios, lo siento.

Nos quedamos en ese mismo lugar abrazados y en silencio. Mi corazón se acompasó con el suyo hasta que los dos encontramos algo de paz el uno en el otro.

Dante

No sabía cómo gestionar la situación. Nos habíamos besado, la había besado esa misma tarde y por arte de magia el puto niñato había aparecido. Dios, solo pensaba en arrancarle la cabeza, ¡la perseguía como un puto perro! Ella está conmigo y ese niño por en medio. La grité y la amenacé. «Lo mato, y a ti no te miró más a la cara». Yo veía el dolor en sus ojos, pero no podía parar, me la imaginaba con él y me volvía loco. Loco de verdad. Pero cuando se acercó a mí y me abrazó, entré en bucle. Sus imágenes pasaban por mi cabeza haciéndome sacar más rabia con ella. Era tal el miedo a perderla que yo mismo la estaba echando de mi lado.

Cuando ella rompió en llanto por poco me muero. ¿Cómo podía ser así con ella, si era lo que más quería en el mundo? Ver sus ojos azules rotos de dolor, su boca temblar y esas lágrimas por su cara me habían dado una hostia de realidad, no podía hacerle eso.

—No llores, nena, que me muero —le dije.

Y era cierto. Cierto de verdad. El silencio entre los dos se hizo sanador. Entendí que ella me amaba realmente y yo un puto loco que no sabía qué hacer con ella.

Carlota

Al final, entramos los dos juntos al bar. Todos estaban en el mismo sitio. Unos sentados, otros en la barra; pero, al fin y al cabo, todos juntos. Dante se sentó con Bruno y mi hermano. Mi hermano me miró, serio, nervioso, y pude verlo molesto, y yo me acerqué a la barra, estaba Lara junto a Jaspers.

—No, no me meteré —lo escuché que le decía.

—¿De qué habláis? —dije, metiéndome en medio de la conversación.

—¿Qué ha pasado?

Lara miró a Dante, que no quitaba ojo de encima a Jaspers.

—Nada, que él no está bien y tiene que centrarse. Poco a poco.

La noche y la fiesta continuó. Las bebidas y las tonterías fueron poniendo en la mesa carcajadas. El alcohol y la tontería que conlleva beber sin pensar fueron haciendo que Dante y yo nos acercáramos. Él me sostenía de la rodilla mientras hablábamos con los demás. Miré a Jaspers, que miraba la mano de Dante, y bueno, supe que el sentimiento de la duda lo perturbaba. Que, a pesar de perseguir sus sueños, siempre le quedaría el machaque a la pregunta: «¿Y si ella

se hubiera venido?, ¿y si yo me fuese quedando?». Al ver que yo lo miraba, él sonrió, pero esa sonrisa bonita no le llegó a sus bonitos ojos.

Por otro lado, Dante nos miró a los dos y creo que sintió la seguridad de que mi corazón le pertenecía solo a él. Lo tuvo claro en ese momento al igual que yo. Jaspers siempre sería mi verano, pero Dante era mi futuro. Noté cómo la tensión en su cuerpo, en su cara, desapareció. Se relajó y por fin vi al hombre del que yo me había enamorado. Ya no tenía dudas, a pesar de que sus palabras habían hecho mella en mí.

Estaba amaneciendo cuando salimos del *pub*. Mi hermano llevaba a Lara en brazos, ya que casi no se sostenía en pie, y mantenía con Dante una distancia que me hacía sentir incómoda, porque mi hermano era de esas personas que saben separar las cosas. En ningún momento noté nada extraña, pero, esa noche, mi hermano estaba diferente.

—Amo a esta jodida loca —bromeó mi hermano con los demás.

Al llegar al taller, los chicos se despidieron de nosotros.

—Hasta mañana, Carloti —me dijo Jaspers, y continuó el paso con sus amigos.

Dante me envolvió en sus brazos.

—Cariño, son tus amigos. Ve con ellos. Hoy ve.

Me trasmitió tanta seguridad y amor que salté a sus brazos. Sabía yo que eso era un ejercicio suyo de autocontrol.

—Te quiero, cariño.

—Lo sé, princesa, ahora ve.

Volví a notar una distancia conmigo, pero supongo que fue el momento y que ya todo me lo tomaba a mal, así que corrí detrás de ellos, uniéndome a su juventud y naturalidad. Jaspers estaba como siempre. Siendo él. Siendo el verano, con su brisa fresca y noches largas, con promesas de que algo nuevo y diferente está por llegar.

24. La vibración alta se siente en todo lo que te rodea

«No insistas en el pasado.
No sueñes en el futuro.
Concentra tu mente en el momento presente».

Estaba en casa hablando por teléfono con la editora, cerrando algunas cosas para la presentación del libro. Aún quedaban bastantes días para la gran fecha, pero yo prefería tenerlo todo bien atado, ya que mi aparición pública me aterraba más de lo que quería admitir. No había colgado el teléfono cuando entró Lara como una loca en mi casa.

—¿Todavía estás así? ¡Por Dios!

—Hemos quedado en una hora, Lara. —Dejé el teléfono en la mesa del comedor. Escuché ladrar a Turrón y arqueé una ceja—. Por ahí viene Dante.

Me sorprendió mucho que apareciese en mi casa, sin motivo. Tocó a la puerta. Me fijé en la cara de mi amiga, que era de pasotismo.

—Pasa —dije mientras la miraba.

Ella se mantenía en silencio. El entró y sus ojos fueron directamente a mi amiga, que lo miraba de arriba abajo sin decir nada.

—¿Qué pasa aquí? —les pregunté a los dos, algo molesta.

Ninguno dijo nada. Simplemente, se retaron con la mirada.

—Que te lo cuente él —me respondió Lara, que seguía mirándolo visiblemente molesta—. Mira, te espero en el bar. Recuerda que hemos quedado en cuarenta minutos.

Recogió su bolso y se marchó. Turrón dejó de corretear a mi alrededor y fue a buscar uno de sus peluches.

—¿Te vas? —preguntó—. Si molesto, vengo en otro momento.

—Voy con las chicas a comprar algunas cosas para la verbena. Voy al centro, ¿necesitas algo?

—No.

Volvía a estar seco conmigo, pero yo tampoco quería insistir.

—Bueno, pues tú dirás.

Entré en mi habitación y comencé a arreglarme.

—No, no era nada en particular.

Noté que me ocultaba algo. Me puse unos tejanos cortos y una camiseta superlarga de Jaspers que se había olvidado en mi casa. Era de tirantes, muy chula. Metí un lado de la camiseta por

dentro del pantalón. Me puse unas bambas y me recogí el pelo en una coleta alta. Al salir, vi cómo Dante me inspeccionaba.

—¿Sabes? Estoy nerviosa por mañana. —Aplaudí—. Es la verbena, me muero de ganas.

—Últimamente estás a tope. Tus clases, tu vida, todo —dijo, como si la cosa no fuera nada con él.

—Sí, es lo que tiene hacerse mayor —dije, entrando al baño a darme algo de color en la cara—. Pero dime, te escucho. Algo te preocupa.

Vi cómo él se apoyaba en la puerta del baño. Me fijé a través del cristal que me repasaba con la mirada de arriba abajo.

—No, nada, de verdad. Mira que estás morena, eh.

Su mirada recorría mis piernas, mientras se relamía el labio inferior.

—¿Sí? —Me retorcí sobre mí misma para verme las piernas. Él asintió—. Será de correr y del yoga por las mañanas —dije yo, sin darle importancia a sus miradas lascivas—. Tú también estás morenito de hacer surf por las mañanas.

Sonreí a través del espejo, pero él seguía serio y yo me desesperaba por no saber cómo tratarlo. A pesar de que lo deseaba más que el aire para respirar, no entendía cómo ese hombre con tal mal carácter me podía volver tan loca.

Una vez en el centro, mis amigas se volvieron locas. Judith no dejaba de hablar de su nuevo amor, y Lara, cómo no, de mi hermano, pero tengo que reconocer que Lara estaba de lo más rarita. Compramos las cosas para la fiesta y decidimos tomarnos un café en una de las cafeterías preferidas de Judith.

—Podríamos ir de compras… Algo mono para mañana —dijo Lara.

—No sería mala idea —respondí.

—Oye, ¿la semana que viene te vas a Madrid a la presentación? —preguntó Judith.

—Sí —contesté yo, jugando con la cucharita de mi taza de té—. Sí, es algo que me pone muy nerviosa.

—Es lo que tiene, cielo. —Judith me cogió de la mano—. Oye —le dijo a Lara—, ¿estás bien?

—No —respondió ella—, pero ahora mismo no me apetece hablar de ello.

—Bueno, ya encontrarás el momento. —La miré, con una sonrisa en la cara—. Cuando tú quieras, sabes que nos tienes.

—Lo sé, y en cuanto esté segura de todo, serás la primera, Carlota.

—Vaya, gracias —le dijo Judith.

—No. No me malinterpretes, será a las dos. Ha sido una forma de hablar.

Entramos en una tienda del centro que le gustaba mucho a Lara. Cómo no, ella se volvió loca buscando algo provocativo y llamativo para sorprender a mi hermano. Judith buscaba algo más sencillo y yo miraba por mirar. Al final, las tres salimos cargadas como burras de la tienda con ropa y zapatos.

Eran las once de la noche cuando acabé de recoger la cocina. Me había puesto a adelantar cositas para la gran noche y me habían dado las tantas.

Cuando entré esa noche en mi casa caí rendida. Me desperté varias veces con pesadillas, sudor frío y malestar. Así que, a las siete de la mañana, ya estaba en pie. Salí a correr como de costumbre para despejar la mente y, sobre todo, quitarme esa mala sensación que me acompañaba. Corrí entre rápido y duro. Tenía que quemar toda esa mala energía. Llegué hasta la ladera, bajé por las piedras y entre los árboles hasta la playa. Me descalcé, escondí mis zapatillas de deporte y fui hasta la orilla, relajándome un poco. El agua estaba muy fría, pero aun así, el mar me calmaba y limpiaba de todo lo malo, purifica todo nuestro ser y yo necesitaba una sanación energética. Era una palabra gatillo que te alejaba de la toxicidad de las cosas y personas.

«Sal marina, sal marina, sal marina. Lo siento, perdóname, gracias, te amo», repetía, mientras caminaba despacito por la orilla.

Dentro del mar se veía a los surfistas y sentí cómo Dante estaba entre ellos. Lo busqué con la mirada y lo encontré bien lejos, cabalgando una ola. Era elegante en todas sus formas. Me senté a mirar porque no podía llegar a comprender por qué nos hacíamos daño de esa manera, cuando nos amábamos con locura y pasión. ¿Éramos demasiado pasionales? ¿O demasiado tóxicos?

Al volver al *camping* me encontré con Ricardo y Sofía decorando la terraza. Se miraban como dos tortolitos y se le notaba a la legua que estaban locamente enamorados. Y que pasarían de la gente, aunque yo dudaba de que alguien de nuestro entorno pudiera decir algo en contra de ellos. Al contrario, encontrarían la comprensión que necesitaban. Sofía se acercó a mí dando saltitos.

—Gracias, gracias —dijo, al tiempo que saltaba y se colgaba de mi cuello—. Sé que has sido tú la que les has hecho abrir los ojos.

Volvió a besarme, mientras Ricardo la miraba a tontamente con una sonrisa en la cara. Me dedicó una mirada de agradecimiento y, por fin, en esos días, tenía la sensación de que algo había hecho bien.

—Chicos, me doy una ducha rápida y vengo —les dije, mientras seguía mi camino.

Al llegar a mi jardín vi mi esterilla de yoga apoyada en la puerta, sabía yo que me faltaba algo. No tenía mucho tiempo, así que hice un saludo al sol y fui a la ducha. Nada más salir escuché mi teléfono sonar. Me había relajado y me encontraba serena, renovada. Me esperaba un día largo de trabajo por delante y no quería alterarme por nada. Pero el cacharro tonto no dejaba de sonar una y otra vez. Lo cogí y lo miré. Era Mel, una de las chicas de la editorial.

—Carlota… —No me dio tiempo a saludarla—. La segunda edición está acabándose y estamos programando la tercera. Te amo —escuché por detrás la dulce voz de Anais, la editora.

—Sí, ¡qué ilusión me hace!

Me quedé sin palabras.

—Las redes sociales están que echan humo. Muchísimas chicas nos están contando sus historias, nos está llegando de todo a la editorial.

—Vaya. No me esperaba yo todo esto —dije, algo abrumada.

—Es todo un éxito. —Se rio—. ¿Sabes lo que significa esto?

—Creo que no.

—Que la presentación va a ser todo un espectáculo, Carlota. ¡Que vas de camino al *best seller* de cabeza!

—¿En serio? Me dará un infartito.

—Por cierto, en dos días recibirás una caja con cartas y algún detalle que nos han enviado para ti.

—¿Detalles?, ¿cartas? —dije, confundida—. No comprendo.

—Sí. Los relatos de otras chicas a las que les ha pasado algo parecido, confesiones e historias que, de verdad, son demoledoras. Nos gustaría que las leyeras y, bueno, si quisieras contestar algunas.

—Por supuesto que sí. —La emoción que sentía en esos momentos se hizo latente en mi voz—. Creo que voy a llorar —confesé.

—Tranquila. Nosotras hemos llorado leyendo algunos relatos.

Me senté en el sofá y colgué el teléfono. No sabía que contando mi historial sin tapujos y sin medias verdades consiguiera todo eso. Gente contándome sus cosas a mí… No me lo podía creer.

El resto del día me lo pasé meditando a la vez que trabajando sin descanso en la cocina. Mis compañeros se unieron a mí y, aunque trabajamos en silencio con música de fondo, teníamos una sintonía buena. Alguna risa de Marisa y Sofía se escuchaba y nos mirábamos todos con otra cara. Socorro iba como un alma en pena de un lado para otro; por más monerías que le hicieran las niñas, la mirada triste no se alejaba de ella.

Judith entró por la puerta sobre las ocho de la noche. Corriendo, se metió detrás de la cocina a ayudarme.

—Te hago el relevo. Ve y arréglate. —Se cruzó de brazos—. Está casi todo listo. ¡No me lo puedo creer!

—Bueno, mete la sangría en la nevera. Y corta el pan —le pedí—. ¿Has estado con tu chico?

Ella asintió, con rubor en las mejillas.

—Es que no me deja. —Se le escapó la sonrisa ante mi mirada—. Es un toro. —Me reí yo—. ¿Sabes? Yo ya no estaba acostumbrada a la pasión, y a esas ganas. Me tiene molida —se quejó con gusto.

—Me alegro, cariño. —Le di un golpecito con mi brazo—. Se te ve feliz. Cansada pero feliz.

Volví a reírme, pero la risa duró poco cuando vi entrar a Dante. Revisó el bar hasta verme. Se tensó, pero me dedicó una sonrisa ladeada, de esas odiosas que para colmo lo hacían más atractivo y guapo a la vez.

—Maldito —murmuré.

Socorro me escuchó y me miró. Se quedó quieta al ver que él se acercaba a nosotras. Dante entró en la barra por detrás y Socorro sollozó.

—Schs —le dijo él, mientras la envolvía entre sus brazos.

Yo los miré atentamente. Socorro se veía muy pequeña entre sus brazos.

—Perdóname —le pidió ella, rota de dolor—. Hijo, lo siento. Perdona a esta vieja.

—Perdóname tú, perdóname tú —repitió él—. Te quiero muchísimo y yo soy un capullo.

Ella le besó en la cara.

—No hay nada que perdonar, hijo.

—Eso…, hijo —dijo él, mirándola a la cara. Socorro era mucho más pequeña que él, así que se agachó para mirarla bien a los ojos—. Tú lo has dicho: hijo... —Ella se quedó callada—. Soy tu hijo, no el suyo. Ella no es nadie y tú lo eres todo. No te olvides. La única madre que tengo y que quiero eres tú —le dijo.

Dante me miró y yo lo miré a él. Susurré un «gracias» mientras él la volvía a abrazar. Manuel los miraba desde su silla, haciéndose el despistado con el periódico, pero pude ver cómo lloraba en silencio por ellos. Él era diferente a Socorro, era un hombre de antaño que aparentaba ser una roca, pero era bueno y bonachón a más no poder. Los dos nos miramos y nos comprendimos con la mirada.

—Bueno, voy a vestirme y en un rato vuelvo.

Salí del bar alucinada por el momento tan tierno que habíamos vivido y por la pena de no poder abrazarlos, pero feliz a su vez porque Dante se diera cuenta de que Socorro era todo corazón. Y que, en estos días sin él, ella había estado destrozada.

25. Una noche mágica por delante

«Cada palabra tiene consecuencias,
cada silencio también».

El Principito

Cerré la puerta de casa y, al bajar las escaleritas, vi venir a Dante. Turrón corrió a mi lado ladrando feliz, a pesar de que su amo venía serio.

—Hola, nena —dijo, a media voz.

—Hola.

Acaricié a mi perrito y le besé la cabecita.

—Estás muy guapa. Te brilla la piel.

Me puse en pie y me miré los brazos.

—Una crema corporal que tenía en las cajas de la mudanza.

—Ah, hueles a vainilla.

Se acercó a mí.

—También es la crema. —Nos miramos. Momento tenso, no sabíamos si besarnos o qué hacer —. Dante, no aguanto tu media mirada, tus reproches en los ojos y esa dureza en tu rostro. No lo soporto.

—Lo siento. Es como me siento, pero ahora mismo es más por mí que por ti.

—Pensé el otro día que habíamos hecho las paces —reconocí, con la mirada perdida.

—De eso quería hablarte —su voz era demasiado seria.

—No tienes que decir nada. Ya lo he entendido, no nos debemos nada. Estate tranquilo. —Di dos pasos—. Bueno, tengo que entrar a trabajar.

Intenté salir de su espacio vital y recuperar la cordura. Turrón se cruzó entre mis piernas.

—Él también te echa de menos, Carlota.

Caminó detrás de mí. Giré mi cabeza para verlo. Llevaba las manos en los bolsillos y miraba al suelo.

—Ya, pero vive contigo —le contesté, de la forma más prudente. No tenía ningunas ganas de provocarlo.

—Yo también te echo mucho de menos —reconoció, pero esta vez aceleré el paso y no respondí.

Dante entró detrás de mí al bar. Se sentó en la barra y yo entré en la cocina a ponerme el delantal.

—Carloti, estás guapísima —dijo Marisa—. Qué bonito es el vestido. ¿De dónde es?

—De una tienda del centro.

Me puse manos a la obra. Solo quería desconectar, olvidarme, no pensar. Mi vida giraba en torno a Dante y nuestros problemas y yo no podía permitirme eso más. Era agotador. Cuando salí al comedor aluciné con la gente que estaba dentro y en la terraza. Las comandas rápidamente empezaron a entrar. Ricardo con Manuel en la barbacoa, las niñas de aquí para allá para atender las mesas y Judith conmigo en la cocina sacando platos. Al poco, mi hermano y Lara se sentaron en la mesa grande que tenían reservada junto con los demás amigos. Estaba sirviendo unas tapas en una mesa justo al lado de Lara cuando vi que mi hermano estaba algo distante con Dante. Se notaba la tensión entre ellos. Me sentí tan culpable por todo.

Me llamaron los chicos de otra mesa. Vi cómo Dante me miraba, pero yo estaba a lo mío y con mis palabras gatillos para mantener la calma. La cena dio paso a la fiesta. La música sonaba alta y la gente estaba animada. Después de más de treinta sangrías que preparé, era normal. La gente estaba feliz. Los petardos comenzaron a estallar en el cielo.

Estaba saliendo a la terraza a llevar unas copas cuando vi a Dante.

—Oye, ¿dónde has dejado a Turrón? Los petardos le dan mucho miedo y lo pasa fatal.

—No tienes de qué preocuparte.

Lo miré.

—Hombre, claro que me preocupo. ¿Le has dado alguna pastilla?

—Sí, se la he dado y lo he dejado en casa de unos vecinos. Me han llamado hace un rato y me han dicho que está bien y tranquilo.

—¡Camarera! —gritó un chico.

—¿No te puedes esperar? —le contestó Dante de malas formas. El chico lo miró fatal—. Idiota. —Me miró—. ¡Espérate un momento, coño! —volvió a decir, de malas formas—. Ni siquiera has cenado.

—Bueno, ¿entonces estaba bien?

—Sí. —Me envolvió en su brazo—. Está con buena gente y tranquilo, mañana por la mañana lo iré a buscar. Son vecinos de toda la vida.

—Vale, está bien.

—¡Rubia! —volvió a gritar el mismo muchacho.

—Voy —contesté molesta.

—¡Me cago en la puta! —masculló Dante—. ¡Niñatos!

Al llegar a la mesa, los chicos tenían más ganas de ligar que de que les tomase nota. Pero, aun así, pidieron unas cervezas. Al entrar en la cocina, Marisa y Sofía estaban acabando de cenar, y Ricardo sacando las cosas del lavaplatos.

—¿Has cenado? —le dije, soltando la bandeja, y resoplando.

—Sí, ahora cena tú. —Lo miré.

—No tengo mucha hambre. Pero sí, voy a cenar algo.

—Toma. —Me pasó Judith dos bocadillos de tortilla de patatas y otro plato con huevos rellenos y algunas de las tapas que habíamos preparado—. Toma, tonta. Sácalo, yo también ceno.

Una vez me senté en la mesa con mi hermano y mis amigos, me relajé. Ellos ya estaban de copeteo, pero a Judith y a mí nos daba igual.

—¿Qué te han dicho esos? —espetó Dante detrás de mí.

Abrí los ojos como platos y respiré hondo.

—Nada, ¿qué quieres que me digan? —negué, mientras intentaba darle un mordisco a mi bocadillo.

—Pues no sé, pero ninguno te quita el ojo de encima.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Voy y se los arranco? ¿Les digo «no me miréis»?

Él se dio la vuelta y me dejó hablando sola.

Desde la mesa podía ver lo bonita que había quedado la terraza, era una verbena en toda regla. Hasta con una minihoguera, lucecitas y farolillos por todas partes. Vi que Manuel y Socorro estaban bailando en un rinconcito abrazados, y suspiré.

—Qué bonitos son —le dije a Judith, que estaba masticando con la mirada puesta en ellos.

Sentí los brazos de Dante apoyados en mi silla y noté su calor en mi nuca.

—Así nos imaginaba yo —su voz suave me removió entera.

—Ya, bueno —contesté estúpidamente—. Cosas que pasan.

Eso lo desubicó, pero al menos por primera vez lo dejaba sin palabras.

Una vez cenamos, entré a recoger un poco y poder unirme a la fiesta. Por suerte para mí, mis compañeros siempre estaban al pie del cañón. Tanto Lara como mi hermano y los demás nos ayudaron.

—Lara, acompáñame un momento a casa, tengo que retocarme.

Ella asintió y me cogió del brazo.

—Tía, necesito saber qué os pasa a ti y a mi hermano con Dante.

—Pues que es idiota, Carlota. Pero bueno, ya es mayorcito, y no quiero hablar hoy de esto.

Al entrar en casa me refresqué y me maquillé. Solté la coleta que llevaba y me arreglé un poco las ondas.

—Ea, ya estoy —dije, haciéndole ojitos a mi amiga.

—Estás que te cagas.

Me miré en el espejo. Llevaba un vestidito negro cortito de tirantes y unas bambitas blancas. El vestido era de deporte, pero tenía ese puntito de arreglada.

—El pelo te ha quedado genial. Mira que lo tienes largo —se quejó mi amiga, tirándome de un mechón.

Al volver a la fiesta, los chicos de la mesa se acercaron a nosotras.

—Baila conmigo —me pidió el moreno alto.

A mí se me escapó la risa.

—Acabo de salir del curro. —Puse morritos—. Déjame que primero me tome algo, ¿no?

—Está bien. Voy contigo.

Se puso remolón. Y, cómo no, los ojos de Dante estaban clavados en mí. Tenía las mandíbulas apretadas. Ricardo estaba en la barra.

—¿Qué te pongo, Carloti?

—Un Barceló-cola.

—Para mí lo mismo —dijo mi acompañante—. Por cierto, soy Roberto.

—Yo Carlota.

Me dio dos besos. Los ojos de Ricardo me alertaron de que ya tenía a Dante detrás. Al muchacho le importaba bien poco que Dante estuviera a punto de entrar en combustión espontánea.

—¿Después irás a la playa?

—Sí —dije, al tiempo que le daba un sorbito a la copa—. Te has pasado tres pueblos —le dije a Ricardo.

—No, cariño. Esto es una copa bien puesta.

Me guiñó el ojo, picarón.

—Toma, cóbrate —dijo Roberto.

—A esta te invito yo.

Le devolví el billete de veinte euros; él renegó, pero lo aceptó. Al salir, estaban todos bailando.

—Ahora no me negarás el baile, ¿no?

Dejé escapar el aire ocultando una risita. Me gustó esa sensación de *ligoteo*. De fondo se escuchaba una canción de Maluma.

—Yo es que soy más de Paquito el Chocolatero, pero bueno.

Él se rio. El chico era guapo, pero no como Dante, que lo tenía grabado a fuego en mis retinas. Tiró de mí y me llevó al centro de la pista improvisada. Yo me dejé llevar por el baile hasta que me bebí la copa. Primero con Roberto, después con Lara y mis amigas y con mi hermano, que le encantaba dar un espectáculo sexi siempre que bailaba conmigo.

Estábamos llegando a la playa todos juntos por el camino de arena cuando Dante tiró de mí apartándome de la gente. Lara se percató y nos miró; bueno, me miró a mí, porque a él lo atravesó con la mirada. No me dio tiempo a reaccionar cuando tenía las manos de Dante en mis caderas y su boca pegada a la mía. Mis brazos se enredaron en su cuello.

—¡Joder, nena! —susurró, sin apartarse de mí. Las manos subieron a mi cara, sosteniéndola—. ¡Te amo, joder! —Nos miramos a los ojos mientras nos besábamos—. Te quiero, nena. ¿Hacemos las paces? —pidió en modo de ruego. Yo no contesté, prefería hablar las cosas sin alcohol por en medio—. No dices nada.

—Digo que te quiero, Dante. Muchísimo.

—Eso me vale por hoy.

Tiró de mí. Al llegar, ya estaban todos de fiesta.

—¿Qué? ¿Habéis hecho las paces? —me preguntó Judith. Yo torcí mi cabeza.

—No sé. Como está como una cabra…

Los cohetes explotaban llenando el cielo de colores y de formas. El fuego de la hoguera brillaba con intensidad y la gente bailaba y bebía al tiempo que reían. Me acerqué a Dante, que estaba con sus amigos.

—Yo también quiero —dije, al ver que estaba escarchando la sidra.

—Toma, cariño. —Me pasó su vaso—. Ven, sígueme. —Cogió mi mano y fuimos hasta la orilla. Vi cómo sacaba un supercohete de una bolsa de cartón—. ¿Te gustan?

—Si tienes colorines sí, pero los de ruido no.

Lo colocó en la arena y lo encendí. Yo me retiré porque siempre me habían dado mucho respeto. Me pasó su brazo por el hombro y yo le pasé el vaso. El cohete estalló dejando una palmera en el cielo preciosa después un montón de luces de colores se le unieron.

—Es muy bonito. —Lo miré con ilusión.

—Cariño… —Se sentó en la arena—. Ven, ponte a aquí conmigo. —Abrió las piernas y con la mano libre que tenía palmeó la arena—. Ven.

Yo me senté entre sus piernas. Las luces no dejaban de iluminar el cielo y teníamos la música de fondo, los gritos y las risas de la gente. Rodeó mi cuerpo con el suyo. No dijo nada, simplemente apoyó su cabeza en mi hombro. Besó mi cuello y yo busqué su boca desesperada. En un movimiento ágil me giró hacia él.

—¿Qué hacemos?, ¿qué estamos haciendo? —le pregunté, mientras lo besaba.

—Querernos, nena, ¿qué vamos a hacer? No podemos estar más así. Nos queremos demasiado.

Lo llamaron unos amigos para ir a tirar petardos. Él no les hizo caso, pero yo sí.

—Venga va, vamos con los demás. Ya hablaremos de todo mañana más calmados.

Yo me reuní con mis amigas, que nada más verme me dieron una copa y la noche continuó, mientras Dante tiraba los petardos con mi hermano. Estaba pendiente de mí en todo momento.

Mi hermano me animó a tirar un cohete de los pequeños y al final me uní a ellos. Bruno, que estaba algo bebido, no dejaba de reírse al verme correr cuando por fin encendía la mecha.

—¡Carlota, te estás recorriendo toda la playa! —me gritaba mi hermano—. Chica, relájate, que son infantiles. Cojones, Carlota, que son abejitas.

Alguno de ellos lanzó uno de los que hacen mucho ruido y del susto me tiré el vaso por encima.

—Dios —dije, intentándome limpiar.

La graciosa de Lara me tiró una especie de saltamontes a los pies y salí corriendo, y Judith salía a correr conmigo, pero con la idea de tirarme en forma de placarme.

Una locura de noche es lo que estaba siendo. Me dolía hasta la tripa de reírme. Estaba sentada al lado de unas chicas del pueblo cuando se acercaron los demás. Eran casi las cinco de la mañana. Lara y mi hermano estaban de lo más cariñosos y decidieron irse, así que yo me quedé con los demás sentados alrededor de la hoguera, hablando tranquilamente. Tenía una de las manos de Dante jugueteando con pelo y vi cómo se acercaba a mí despacito.

—Nena —susurró en mi oído—. Vámonos. —Lo miré coqueta—. Vamos a casa. —Apartó el pelo de mi cara—. Me muero por tenerte para mí solo. Por lamerte entera, por sentir tu boca. —Lo miré, ¿cómo era posible que mi cuerpo al escucharlo se calentara de ese modo?—. Me muero por ti —dijo besándome los labios.

Nos despedimos de los demás, y como si no hubiera pasado nada entre nosotros, nos fuimos de la mano.

Al entrar en su piso nos envolvió la locura a los dos. Mi vestido saltó por los aires antes de entrar en la cocina, junto a mi sujetador. Sus manos y su boca estaban por todo mi cuerpo. Me sentó en el poyete de la cocina.

—Dios, cariño. Echaba de menos tu piel, tu olor. —Besó mi cuello—. Joder —dijo, dándome la vuelta—. ¿Qué llevas en la espalda?

—Un tatuaje nuevo. ¿Te gusta?

—Me encanta. —Lo besó—. Qué bonito te queda. Qué perfecta eres.

Su lengua lamió el tatuaje desde la nuca hasta perderse en mi culo. Me separó las piernas con sus manos y su lengua comenzó a lamerme de arriba abajo hasta perderse dentro de mi sexo. Yo me agarré a la barra fuertemente. Me giró y me puso de cara a él. Besó mi boca y su mano se perdió entre mis pliegues, provocándome placer.

—Córrete. Córrete —murmuró, lamiéndome la boca y mordiéndomela mientras sus dedos no me daban respiro—. Mía, mía —dijo, al escuchar cómo de mi garganta salían gemidos incontrolables y yo le sostenía la mirada.

Pasamos el resto de la noche haciendo el amor. Suave, cálido, un acto puro de necesidad. Nos entregamos el uno al otro como siempre. Notaba su cuerpo entre mis piernas, su pecho aplastado al mío. Mis manos en su cuerpo, acariciándolo mientras nos fundíamos en uno, tan despacio y placentero que mi cuerpo temblaba. Tenía los sentidos a flor de piel y mi sexo notaba cómo el suyo entraba y salía, era consciente de su tamaño con cada roce. Cómo me abría con su capullo, cuándo salía, cómo me dilataba y estrechaba. Nuestros cuerpos sudorosos resbalaban.

Desperté entre sus brazos, y puedo asegurar que esa sensación era una de las mejores que había sentido en mi vida. Besé su pecho, su cuello y su boca, pero él estaba profundamente dormido. Salí al comedor y me preparé un café, tenía un dolor de cabeza horrible. Busqué en uno de los cajones de la cocina un ibuprofeno y me senté en el sofá. Al poco, salió él con los bóxer negros y despeinado con cara de dormido.

Yo estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas como un indio, con la camiseta que llevaba él la noche anterior. Se apoyó en el marco de la puerta y me miró.

—La imagen más bonita del mundo: tú recién levantada en el sofá. Me encanta verte así, aquí —dijo, besándome la boca—. Mmm, sabes a café. —Se relamió los labios—. Qué bien sabes, mi amor.

—Tienes más en la cafetera, anda. —Lo aparté—. Ve.

Volvió a mi lado con su café en la mano.

—Te quiero —le dije al verlo con la mirada perdida.

—Yo también a ti, cariño. —Se frotó el pelo, despeinándoselo todavía más—. Más que a mi vida.

Me incliné hacia delante y dejé el café en la mesita. Me senté encima de él, que me recibió gustoso.

—¡Joder! —dijo al masajear mi culo y ver que no llevaba ropa interior.

Yo le bajé un poco el bóxer y su erección apareció como un resorte. Su mirada se ensombreció, relajado.

—Lo de anoche fue tan especial, nena. —Tiró de mi pelo hacia atrás—. Te necesitaba tanto…

Se acercó a mi pecho y le dio un leve mordisco a mi pezón, haciéndome aspirar.

—Estoy muy sensible. —Su boca ya abarcaba toda mi teta. Acaricié su pelo—. Dios, nene.

Mi cabeza cayó hacia atrás, así que fui yo la que tomé las riendas de la situación. Me acomodé mejor encima de él e introduje su erección en mí despacio, sintiéndolo. Mientras, mordía su labio inferior, gordito, que tanto me gustaba. Gemí de placer al notar que ya estaba completamente dentro. Sus manos se acompasaron a mis movimientos, se sujetó a mis caderas mientras yo me movía a mi antojo. Me sujetó fuerte del pelo.

—Mírame, pequeña. Mírame mientras me follas —su voz era sexi. Lo miré, al tiempo que me acariciaba los pechos—. Dios —dijo, al ver cómo yo me tocaba.

Aceleré mis movimientos. Fuertes, rápidos, placenteros para mí, moviendo las caderas hacia atrás, buscando todavía más la fricción de su dureza. Sentí el nudo de nervios acelerarse dentro, un calor intenso. Levanté mi cuerpo y me dejé caer una y otra vez hasta explotar y hacerlo explotar a él. Lo miré mientras me dejaba llevar por el orgasmo tan intenso que estábamos compartiendo. Él, tirando de mi pelo con una mano, y con otra apretándome el pecho gruñendo y envistiéndome con dureza.

Me dejé caer encima de su pecho hasta que recuperé el aliento.

—Me encanta que me lo hagas así, amor.

Besó mi hombro y yo el suyo.

—Te amo —le dije.

Me levanté con cuidado de encima de él y el sofá se abrió un poco separando los cojines, por donde se me coló una rodilla.

—Joder. Mierda —grité de dolor—. Me he clavado algo.

Me puse en pie. Me miró.

—Pues no sé qué es.

Al separar más los cojines cayó al suelo un pendiente. Nos miramos. Mis ojos se abrieron de par en par. Él cerró los ojos y se dejó caer en el sofá con las manos en la cabeza. Yo estaba paralizada. Noté cómo su semen bajaba por el interior de mis muslos.

—Estoy alucinando —dije, dándome la vuelta y encerrándome en el baño.

Me senté en el lavabo e intenté controlar la respiración y los nervios. Tenía granas de gritar y llorar. Dante había estado acostándose con otra mientras a mí me trataba como una mierda. Las lágrimas se me escapaban de mis ojos. El nudo de la garganta apretaba con fuerza impidiéndome tragar saliva. Él llamó a la puerta.

—Carlota —dijo, con la voz rota—. Sal. Abre, por favor. —No le contesté. Primero tenía que reponerme o perdería los nervios—. Abre —gritaba desde fuera.

A mí me costaba hasta respirar, sentía cómo el corazón se me había partido en mil pedazos. Apenas hacía unos días que había estado recolocando el sofá y ese pendiente no estaba, no era de meses atrás, ni de semanas. Era reciente. Mi mente repasaba una y otra vez el día que quiso contarme algo y no lo hizo, el día que me dijo «ahora es por mí». Cerré los ojos fuertemente y entonces lo supe. Había sido el día de la borrachera, el día de Jaspers, el de la pelea. Las imágenes pasaban por mi mente como en una película. Abrí la puerta; él estaba de pie, enfrente.

—Aparta —le dije, dándole con la mano en el pecho—. Sal —repetí, con la voz más alejada.

—No, no, Carlota, escúchame, por favor.

Tocó mi brazo y yo me aparté.

—No me toques. —Entré en su habitación y me vestí deprisa—. Eres un puto cerdo, y un asqueroso.

—Nena, por Dios, déjame que te explique. —Se acercó a mí—. No, no es lo que crees.

—No tienes que decirme nada. No quiero saber cómo te follas a otras. —Lo miré—. Ahora sí que sí. No hay vuelta atrás —sentencié.

—Lo primero, no estábamos juntos. —Lo asesiné con la mirada—. Y dos, yo no me he follado a nadie.

—Ya. Pues tú me dirás. ¿Sabes lo que me molesta? Que tengas los santos cojones de follarte a otra, acostarte conmigo sin condón. —Las lágrimas brotaron por mi cara—. ¡Qué asco! Me siento sucia. Me has hecho sentirme como una cerda. —Me miró pálido—. Te odio. Te juro que te odio.

—Te repito: ¡yo no me he follado a nadie! —gritó—. Nena, no, no, de verdad. Escúchame.

—¿No? —contraataqué yo—. Ni te acerques a mí, es que ni me hables.

—¡No! —dijo fuera de sí—. No me he follado a nadie. —Cogí mis bambas y me las puse—. ¿Te hago sentir sucia?

—¿Tú qué crees? —Tragué saliva—. Acabamos de corrernos y mientras tu puta corrida baja por mis piernas me encuentro un pendiente de otra. No me jodas, Dante, no me jodas. Sé que es de hace unos días. No es de hace un año, ¿eh?

—No me he follado a nadie —repitió, rechinando los dientes.

—Lo que tú digas. —Lo empujé y salí de la habitación—. A mí me olvidas, cerdo, que al menos te podrías haber puesto un condón. —Lo vi coger aire—. Espero que no me hayas pegado nada. —Respiré hondo—. ¿Qué?, ¿tu amiguita Ari? Esa cerda que se te abre de piernas cuando

tú quieres. ¿Tu puta? Esa que usas como si fuera… ¡aaaah, aaaah! —grité loca por el momento —. Espero que lo hayas disfrutado porque a mí no me pones una mano encima en tu puta vida.

—Ya está bien, Carlota. No me he follado a nadie, simplemente me chuparon la polla —su voz sonó fría.

Caminé hasta él y le di una bofetada, girándole la cara por completo.

—Eres un puto cerdo. Ojalá no te hubiera conocido nunca. Te odio.

Me cogió del brazo fuertemente.

—No me vuelvas a pegar en tu vida —dijo con los dientes apretados.

—Jamás, jamás te volveré a tocar. De eso puedes estar seguro, porque me muero de asco ahora mismo.

—Pues hace un momento estabas cabalgándome como una loca. —Sonrió con crueldad—. Y parecías encantada con mi polla en tu coño, corriéndote. ¿Estás segura de lo que dices? —me retó.

—Sí, polla tienen todos. —Escupí con asco.

—Y, coño, nena, y coño —aseguró.

—Me consta que a ti te da igual el coño mientras puedas follártelo. Lo sé, créeme. —Me fulminó con la mirada—. Vete a buscar a tu amiga y métesela a ella.

—Hoy no, me has dejado satisfecho, cielo. Eres muy buen polvo, amor. —Abrí los ojos—. Pero vaya, que yo a ti te pongo de vuelta y media como en tu vida te lo han hecho. —Recogí mis cosas mientras él gritaba—. A ver si ese niñato te folla como te follo yo. —Lo miré; quería matarlo. Se tocó la polla colocándosela—. Ya verás cómo quieres repetir, como lo hacen todas.

—No eres para tanto. Dante, no eres para tanto. Me he follado a mejores, créeme —aseguré, cerca de su cara—. ¿Te crees que me has desvirgado tú? —Me reí—. Por el amor de Dios. Que me he follado a unos pocos. —Salió la antigua Carlota, la mala, la de las revistas. La que se quedaba por encima de los demás. —Sus ojos se abrieron y sus manos se apoyaron en su cabeza. Dio dos pasos—. He hecho de todo con quien me ha dado la gana cuando me ha dado la gana. No eres un puto Dios, que como tú hay millones. Te crees un Dios porque tienes a las cuatro tontas de este pueblo detrás de ti. ¿Tú me has visto? —Sus ojos me inspeccionaron—. ¿Tú me has visto bien, chico? —Me reí—. Los tengo a pares. —Me acerqué como una leona. Encendida, eufórica, fuera de mí—. ¿Qué te crees, que tus amigos no se tirarían a mis pies? No me jodas. Que aquí sabemos jugar todos, Dante.

Sus dientes rechinaban y en sus ojos vi odio. Esas palabras le habían calado hondo. Salí de su casa como las locas y rompí a llorar no bien cerré la puerta. En cuanto salí a la calle comencé a correr. Escuché la voz de Dante llamarme, pero no me detuve. Entré en mi casa sin mirar a nadie y me metí directamente en la ducha. No me lo podía creer. ¿Cómo había sido capaz de decirle esas cosas, esas cosas de mi pasado de las que no me sentía orgullosa y muchas veces al recordarlas me daban arcadas? Me sentía la peor persona del mundo. La vieja Carlota se había apoderado de mí. Me arrodillé en la ducha, el dolor era físico.

El agua caliente me hizo entrar en calor y, poco a poco, fui cayendo en cosas. En cómo Lara no le dirigía la palabra y cómo mi hermano marcaba las distancias con él; como él me había dicho esa misma tarde «tenemos que hablar», y todas las veces en las que me había pedido perdón. No podía dejar de llorar.

26. El retroceder me esperaba a la vuelta de la esquina

«Cada uno recoge lo que siembra».

Buda

Después de llorar toda la noche hasta caer rendida, desperté por la mañana algo confusa. Ya no tenía ese dolor intenso en el pecho y tampoco tenía ganas de llorar. Lo único que quería era que pasara rápido todo y seguir con mi vida. Me dolía lo que yo había dicho y que él se fuera con otra. No pensaba darle más importancia de la que le había dado él. Si no valoraba lo nuestro, yo no iba a ser menos, así que desayuné tranquila en el porche y me puse a leer una revista. Por suerte para mí, entraba a las ocho de la noche a trabajar y había decidido tomármelo con calma. Me llamaron de recepción para que fuera. Al llegar a la garita donde normalmente dejaban las cartas y la paquetería me encontré con mi hermano.

—Hola. —Lo besé.

—¿Estás bien?

Por su expresión supe que se había encontrado con Dante.

—Tengo que recoger un paquete. Dame dos minutos.

Entré dentro de la cabañita y me encontré con Manuel. Lo besé en la cara como de costumbre y me dio la caja. Caminé con mi hermano hasta mi casa.

—Dime por qué narices no respondes a los mensajes.

Se sentó en el porche.

—Lara está de los nervios.

Dejé la caja en la mesa y apoyé las manos encima. Lo miré directamente a los ojos.

—De los nervios estoy yo. —Me señalé el pecho con el dedo índice—. Yo, que siempre soy la tonta que no se entera de nada y ya me está empezando a tocar un poco las narices. —A ver. —Se tocó el puente de la nariz. Yo me crucé de brazos—. Tú dirás.

—Nosotros no teníamos ni idea, Carlota. Ni idea, nos llegó un rumor de que habían visto a la Ari esa —dijo con desprecio— saliendo de su casa. —Se levantó nervioso—. Yo qué sé, qué quieres que te diga.

—Ya. Y vosotros callados.

—A él no le gusta, yo pensé que podían haber hablado o vete tú a saber.

—Yo os lo habría dicho porque, la verdad, por delante. —Chasqueé los dedos.

—Yo solo sé que no estabais juntos, que él estaba borracho hasta decir basta y que se fue solo. Después, nos enteramos de eso.

—Pues muy bien, hermanito. De verdad.

Aplaudí sarcásticamente.

—Solo quería protegerte.

—Que sí, que sí, que me tenéis como si fuera idiota. Y ya está bien.

Lara apareció con su bici y la cara descompuesta.

—La que faltaba.

Entré en mi casa y cerré de un portazo.

—Carlota… —me llamó; en su tono noté preocupación.

—Ahora salgo —grité desde dentro.

Era cierto que me había levantado tranquila y sin sensación de dolor, pero mi hermano me había despertado la mala leche y juro por Dios que no era mi intención. Me preparé un té de cúrcuma y jengibre y le puse unas gotas de limón. Preparé un vaso con hielo y salí. Lara estaba sentada al lado de mi hermano.

—Ya te ha puesto al día, ¿no? —dije, sentándome con un cabreo descomunal y reclinándome en la silla.

—Yo no sé qué decir —dijo, sin apenas voz—. Siento en el alma no haberte dicho nada, pero creía que era una película de las mías.

Vi en su mirada que era sincera.

—Tú sabes que yo a pesar de que este —señalé a mi hermano— sea quien es, yo te lo habría dicho, ¿no?

—Sí, lo sé perfectamente.

—Y yo —dijo mi hermano—. Pero repito, fue solo por protegerte —se defendió, pero a mí me aumentó el cabreo.

—Yo estoy cansada de que me protejan, no soy una jodida loca, sé perfectamente qué hacer y cómo gestionar mi puta vida. El pasado quedó atrás y yo he avanzado. Ya no necesito vuestra protección.

—Bueno, pero a mí me da miedo que recaigas.

—¿Te crees tú que yo por este idiota voy a perder todo lo que he conseguido, que voy a ponerme de pastillas hasta el culo y perder mi vida? ¿Te crees que voy a ir a meterme unas rayas o hacer alguna locura?

—No. Lo siento —intentó apaciguar su carácter para no liarla más.

—Entonces, decidme siempre la verdad. Porque yo, aunque os duela u os enfadéis, os la voy a decir siempre. —Los dos me miraron—. No es que me hayáis fallado en plan mentiroso, pero estoy dolida porque no os costaba nada.

—Lo siento en el alma, Carlota —volvió a disculparse Lara.

—No estoy enfadada —se lo dejé claro—. Pero sí dolida. Bueno, ya se pasará.

—¿Y qué pasó? —preguntó mi hermano con preocupación.

—A ti, a ti te lo voy a contar. —Apreté mis labios—. Estoy cabreada, joder. No estamos juntos. Lo sé. No son cuernos de vikinga. Pero… lo ha mandado todo a la mierda.

—Para mí sí que es una infidelidad —reconoció Lara—. Porque lloraba por ti, te perseguía y siempre estaba con la excusa de Turrón.

La corté:

—No, no lo es. Él era libre. A pesar de que… cuando nos veíamos y se ponía intensito siempre acabábamos besándonos.

Mi hermano quiso cambiar el tema hablando de mis padres, pero yo no tenía ganas de hablar de nada. Después quiso invitarnos a comer, pero a mí no me dio la gana de irme por ahí. Él sabía mejor que nadie cómo era yo. Lara también pasó de ir a comer, así que al final se fue solo. Las dos nos quedamos en el porche calladas. Yo me decidí a abrir la caja y vi un montón de cartas escritas de puño y letra, así que comencé a leerlas. Chicas y chicos de todas partes me contaban sus historias, sus miedos y sus traumas. Gente que, sin conocerme más allá de las redes sociales o de la revista, se abrían a mí contando sus problemas más íntimos. Me sorprendió la fortaleza de algunas de ellas, el poder de superación. Pero una pena se instaló en lo más profundo de mi corazón al pensar cómo el ser humano podía ser en ocasiones tan malvado, cómo podíamos disfrutar haciendo el mal a otras personas.

Había una chica que contaba cómo sus mejores amigas la habían traicionado. Ella era una bailarina de danza y utilizaba las redes para ello. Se dedicaba al baile más de nueve horas diarias y gracias al esfuerzo y las noches en vela había conseguido el puesto de primera bailarina en uno de los teatros más importantes de Francia, lo que conllevó a que sus redes aumentaran considerablemente en seguidores y *likes*. Las firmas se interesaron por ella y pronto comenzó a salir en anuncios de la tele. Parecía una historia bonita, pero no lo fue.

> «La gente se acercó a mí por interés, yo me dejé llevar por lo bonita que es la fama y no fui consiente de dónde me metía. Las drogas entraron en mi vida, pero de forma casual. Poco a poco, comencé a necesitarlas para todo, hasta que un día me lesioné.
>
> Tuve que dejar de bailar y no puede ir al Gran Teatro de París. Eso me hizo estar peor de ánimos y, bueno, empecé a salir con los que pensaba yo que eran mis amigos. Los que siempre estaban conmigo dispuestos a todo. ¡Incrédula de mí! Yo estaba enamorada desde hacía dos años de un chico que jamás me hizo el menor caso hasta una noche en que me lo encontré. Nos acostamos y, sin que yo fuera consiente, lo grabó y lo subió a las redes. Yo estaba prácticamente inconsciente. En el vídeo se veía a él y a otro chico más haciendo salvajadas. Y yo sin enterarme, como una muñeca. Al ver el vídeo me rompí de tal forma que no he vuelto a ser la misma. Porque, a pesar de que yo estaba enamorada de él, y que consentí irme a la cama con él, no me enteré de que me habían echado nada en la bebida. Y, mucho menos, que hubiera otro hombre en la habitación.

Desperté sola en una habitación de hotel, con el cuerpo magullado. Mordiscos y golpes, el labio partido de la brutalidad del acto y dolor intenso en las partes más íntimas. No quiero entrar en detalles, Carlota, pero aun habiendo pasado mucho tiempo, siento dolor y no he podido volver a tener relaciones sexuales.

He estado en terapia mucho tiempo y creo que contarte esto nos puede ayudar a las dos».

Al leer esas palabras escritas desde el dolor se me escapó una lágrima.

—Ey, ¿qué pasa?

Lara se acercó a mí.

—Toma. —Le pasé la carta—. Léelo. Me ha roto el corazón.

Lara se sentó y cogió la carta entre sus dedos con delicadeza como si tuviera miedo de romperla. Mientras ella leía, yo la miraba, y notaba cómo en ciertas partes de la carta su rostro se petrificaba.

—Joder —dijo con pena—. Esto da miedo, pobrecita.

—Mira la de cartas que tengo —señalé el montón que había en la mesa.

—Y esos regalitos —señaló unos paquetitos de colores envueltos de todas las formas en un rincón de la caja.

—Supongo que detalles. Creo que la revista y el libro pueden ayudar a muchas personas, pero que a otras les puede abrir heridas.

Me quedé pensativa.

—No. Lo que has hecho es para ayudar. Fíjate —señaló la posdata de la carta.

«Gracias infinitas por contarnos sin tapujos tu historia, Carlota, gracias por hacernos ver que a los famosos y a las personas con una vida de ensueño también les pasan estas cosas y no solo a los mundanos, como creemos en muchas ocasiones. Tus palabras me han hecho ver que no había nada malo en mí, que el mal lo tenían ellos y yo fui un daño colateral de la mente perturbada de alguien».

—Ya. —Temblé—. Es muy duro. La entiendo porque las dos hemos pasado por lo mismo: la humillación pública.

Guardé las cartas en la caja con los detallitos todavía sin abrir. No me veía con fuerzas de seguir leyendo todas esas confesiones.

Sobre las diez de la noche me encontraba recogiendo la cocina, ya estaba sola. Mis compañeros se habían ido a casa, ya que después de la verbena no habíamos tenido mucho trabajo. Yo quería quedarme sola, así que no me importó cuando me dijeron de marcharse pronto. Estaba sacando la basura cuando vi que se acercaba Dante. Metí las bolsas en los contenedores de reciclaje y me di media vuelta para no verlo. No me llamó, pero caminaba detrás de mí, escuchaba sus pasos por el camino de gravilla. Entré por la puerta de la cocina, ya que las demás estaban cerradas, y él me siguió.

—Espera un momento, Carlota. —Cerró la puerta tras de sí—. Tendremos que hablar las cosas.

—Yo no quiero hablar nada contigo, no tienes por qué darme explicaciones. Eres un hombre libre.

—Eso es cierto. Pero…

—Pero nada. Lo único que me importa a mí es el hecho de que no fueras capaz de decirme una cosa así y acostarte conmigo sin ponerte protección.

—Lo siento. De verdad. Perdóname, no volverá a pasar.

Me acerqué a él como una leona a punto de estallar. Apreté los labios con fuerza y cerré los puños, no sabía de dónde sacaba la rabia.

—Eso ni lo dudes. Jamás, jamás tú y yo volveremos a tener nada como para que digas que no volverá a pasar. Vamos, hombre… —Di un manotazo en la encimera—. ¿Tú te crees que yo soy idiota? —Él negó con la cabeza—. ¿Tú te crees que porque la vida me tratara como una mierda y me pase el día sonriendo voy a dejar que me conviertas en tu puta como a esa chica?

—No vayas por ahí —me advirtió—. Yo no trato a nadie como a una puta.

—A ella sí. Te la follas cuando quieres y la dejas tirada a sabiendas de que está enamorada de ti. Te acuestas conmigo después de haberte acostado con otra. Pero ¿tú qué te crees?

—¡No me creo nada! —levantó la voz.

—No se te ocurra chillarme, sinvergüenza. Eres un sinvergüenza.

—No faltes —dijo, con la voz ronca—. Vamos a hablar calmados, Carlota.

—Cerdo —lo llamé, prácticamente escupiendo las palabras. Me encaré con él a pesar de que me sacaba dos palmos y tuviera que ponerme de puntillas—. Asco, me das asco. —Eso le dolió más que si le hubiera abofeteado—. Asco de que me metieras la polla sin ningún pudor sabiendo lo que habías hecho.

—Está bien, nosotros no tenemos nada más que hablar. Ahora sí, ahora te has pasado de frenada.

Se dio la vuelta y agarró la maneta de la puerta con la mano. Yo, fuera de mí, tiré de su brazo.

—No, tú te irás cuando a mí me dé la gana.

Se soltó de mi agarre y abrió la puerta de par en par. Antes de salir, me miró.

—Dime, ¿y cuándo te la follaste? —Salí detrás de él. Él se dio la vuelta y dio dos pasos hacia mí, yo no retrocedí. Di otro hacia él, quedando cara a cara—. ¡Dime! Si eres tan hombre para hacerme eso, al menos dime cuándo fue.

—¡El día que estaba aquí tu amiguito, el día que iba borracho y no me sostenía en pie!—chilló como un loco—. El día que intenté volver contigo y tú ni puto caso —sus gritos hacían eco en la noche—. Él. Tu verano, tu niñato. Ese que te folla en furgonetas.

—No te pases ni un pelo, Dante. Para hablar de Jaspers te lavas la boca.

—Lávatela tú, que más falta te hace.

Lo cogí del brazo.

—No, no te vayas como un cobarde. Cuéntame cómo fue. Eh, dime.

—Te lo dije: no tuvimos sexo —sentenció con su tono tajante—. No la besé, no la toqué y mucho menos me la follé.

—No te creo. —Esta vez fui yo la que perdió los papeles y grité—: ¡No te creo, mientes!

—Cree lo que quieras. Yo estaba demasiado borracho, no me sostenía en pie. Y ella… a ella se le fue la pinza.

—Ya, en tu sofá. La pobre perdió la cabeza, te practicó una felación y después se fue. ¿No?

—Sí, Carlota, sí. —Me sostuvo de los brazos—. Créete lo que te dé la gana, pero fue así, tal cual. Y no nos hemos vuelto a ver.

—Me da igual. Espero que lo disfrutaras.

Lo vi temblar de rabia.

—Yo te quiero más que a mi vida.

Cerré los puños a los lados de mis caderas.

—Tú no quieres a nadie.

—Me voy, no puedo más.

—Eso, vete. Cobarde, eres un cobarde.

Levantó una mano mientras se iba.

—¿Sabes qué te digo? Que eres igualito a ella. Sí. —Él paró en seco—. Eres igualito a la mujer que odias y por eso no la puedes perdonar. —Él respiraba agitadamente, pero no dijo nada ni se movió—. Tanto que hablas de lo alcohólica que es… tú bebes por igual y pierdes el norte. Vete —dije, al ver que él caminaba—. Vete, que es lo que sabéis hacer. Iros y hacer daño a las personas que os quieren.

Apareció Socorro en camisón, tapándose con una bata.

—¿Qué pasa, por Dios?

Tiró del brazo de Dante, pero él ni se inmutó: siguió su camino.

Socorro se quedó paralizada a mitad del camino. Yo no podía respirar bien, el aire entraba demasiado deprisa en mis pulmones. No sabía controlar esa reacción en mi cuerpo, era un ataque de ansiedad muy fuerte. Me arrepentía de esas palabras, me dolía el cuerpo de haberlas dicho y me sentía la peor persona del mundo. Comencé a llorar y a correr detrás de él. Corrí como una loca hasta que vi su silueta al final de la calle. Lo llamé, pero él no se detuvo. Lloraba y lo llamaba a gritos mientras corría. Lo alcancé y lo agarré del brazo. Él se giró. Estaba llorando también, pero controlaba sus impulsos, ya que vi una furia desmedida en sus ojos. Salté a su cuello abrazándolo.

—Perdóname, perdóname, lo siento —dije, abrazándolo con todas mis fuerzas. Me costaba respirar. Él intentó soltarse, pero no lo consiguió—. Perdóname, por favor, esas cosas yo no las pienso. Lo siento —dije, derrumbándome a sus pies.

Las piernas me fallaron y mi cuerpo cedió. Caí al suelo. Mi cuerpo se convulsionaba por los nervios, sentí miedo. Él me intentó levantar, pero yo me había quedado petrificada. Entre lágrimas y sollozos le pedí perdón mil veces.

—Nena, cariño, tranquilízate —dijo, envolviéndome entre sus brazos y poniéndome en pie, pero las piernas no me sostenían.

—Yo no sentía todas esas cosas —logré decir.

—Ya pasó —dijo, al ver mi cuerpo temblar sin control alguno.

—Yo he querido hacerte daño, como me lo has hecho tú. Y yo no soy así. No, no.

No tenía consuelo. Él lloraba, pero aun así intentaba tranquilizarme.

—Cariño, por Dios. Para, para, porque te va a dar algo.

Me apretó junto a su pecho y me cogió en brazos.

Y como si yo no pesara nada, me llevó así hasta su casa. Subió las escaleras conmigo encima y abrió la puerta. Fue a dejarme en el sofá, pero yo me tensé.

—No, noooooooo —le pedí, apretando mi cara contra su cuello.

Me dejó en la cama. Salió a la cocina y volvió con una pastilla y un vaso de agua. Turrón saltó a mi regazo.

—Relájate, por favor.

Me cogió de la mano.

—Es que no sé cómo he sido capaz… No sé cómo yo he podido decirte esas cosas. Me odio, te lo juro.

—Ya está, son cosas que se dicen en momentos de nervios.

—No, esas cosas las he dicho para provocarte dolor y eso es de mala persona —fueron las palabras que repetí hasta quedarme dormida: que yo no quería ser una mala persona.

Desperté sobresaltada por los lametones de Turrón. Me encontré sola en la cama de Dante. Salí de la habitación intentando no hacer ruido y lo vi dormido en el sofá, sentado con los pies encima de la mesita y la cabeza de lado. Me acurruqué a su lado.

27. La presentación

«Los obstáculos no bloquean el camino.
Son el camino».

Proverbio zen

Habían pasado tres días desde que no veía a Dante, desde que despertamos abrazados en el sofá y tuvimos una conversación calmada y madura en la que yo no pude mirarlo ni una sola vez a los ojos. Sin gritos ni reproches, los dos cara a cara y con la sinceridad envolviéndonos. Quedamos de acuerdo en que nos amábamos, pero nos habían pasado cosas a las que no podíamos darle la espalda: que yo le ocultara lo de su madre, las peleas… Y después, la noche que pasó con Ariadna. Las palabras que yo dije…, todo eso necesitaba reposo, distancia y, sobre todo, calma para sanar.

Estaba con mis amigas tomando algo en el puerto cuando lo vi a lo lejos; sé que él también me vio, pero ninguno dio pie para saludarnos. Simplemente nos sonreímos.

—¿Estás bien? —me preguntó Judith.

—Sí, es lo mejor: distancia y que cada uno vuelva a lo suyo, porque todo se descontroló. —Le acaricié la mano—. Estate tranquila. Pasado mañana me voy.

—Sí. Joder, nos piramos a Madrid a tu presentación —dijo Lara intentando animarnos.

—Sí. Y, la verdad, bastante nerviosa estoy. Dejemos el temita.

—¡Cómo me gustaría ir con vosotras! —reconoció Judith—. Pero tengo que cubrir a una escritora de éxito.

—Tonta.

Me reí. Me daba mucha pena que no pudiera venir mi amiga, pero no podíamos dejar a Manuel y a Socorro solos en plena temporada, así que Judith aceptó quedarse sin problemas y con su sonrisa eterna en la cara. Sonó mi teléfono. Era un mensaje de Jaspers.

«Nos vemos el sábado, gordita de mis amores. Seré el que vaya *to* destartalado. Ja, ja, ja.

Es broma. Bueno, no. Pero sí el más moreno.

Besos, rubita mía».

Poco después nos marchamos a casa. Yo tenía que preparar las maletas y organizar un par de cosas. Mi hermano nos estaba esperando en la taberna de Lara. Estaba sentado con Bruno, Dante y dos chicos más.

—Chicas —nos llamó. Yo me tensé, pero aun así nos acercamos—. Tomaos algo con nosotros.

—Yo tengo que hacer muchas cosas, tengo que irme.

Dante me miró.

—Quédate. —Sonrió brevemente—. Tómate algo —pidió con calma.

—Venga, que quieres. Entro yo a buscarlo —medió Lara, al ver mi cara de asombro.

—Una Coca-Cola.

Me senté entre mi hermano y Dante, que parecía el mismo de siempre, con su actitud relajada y su mirada de niño.

—¿Cómo van esos nervios, Carloti? —Bruno estaba siempre pendiente de todos.

—Bueno… No sé. —Me reí—. Me quiero morir, si eso te sirve.

—Te saldrá genial —sentenció mi hermano, al tiempo que me inspeccionaba con su mirada.

—Eso seguro, rubita. —Tiró de mi pelo suavemente y lo miré—. Todo lo haces bien, y esto no va a ser menos.

Lo examiné de arriba abajo. Me moría por darle un beso. Miré su boca y él miró la mía. Por suerte, Lara dejó mi refresco en la mesa haciéndose notar, pero me dio tiempo a ver esa mirada penetrante de Dante. Supe que él había sentido lo mismo que yo.

—Toma, querida.

Me dio una leve patada en el pie con disimulo. Prácticamente me la bebí de un trago, me había sentido muy incómoda en ese momento y solamente quería desaparecer de ahí. Lara se vino conmigo.

—Tía, qué tensión tenéis. Creo que va a ser más difícil de lo que tú quieres hacer ver con tus palabras, Carlota. —Yo no contesté, me limité a escucharla—. Hay cosas contra las que no se puede luchar. Y una de ellas es el amor —sentenció con pesar en sus palabras.

Dejé que ella hablara durante todo el camino, yo necesitaba mis silencios y pensar en mantenerme firme con mis decisiones y el camino que quería seguir.

El resto de la tarde me la pasé haciendo las maletas. Lara se quedó en la animación del *camping* con sus niños, haciendo su turno de juegos. Entre maletas pasé el resto del día. Lo cierto es que se me metió en la cabeza adelantar el viaje, irme al día siguiente después del turno de comidas y quedarme ahí toda la semana en casa con mis padres. Y, bueno, caminar por Madrid. Llamé a mi hermano por teléfono y le comenté lo de adelantar la ida a Madrid y le pareció bien.

Estaba nerviosa, tensa y algo molesta conmigo misma. Volvía a salirme del camino. Creo que dentro de mí tenía a la vieja Carlota intentando salir, intentando que nada le importara. Solo pasaban por mi mente imágenes nuestras besándonos: la niña rabiosa y celosa que llevaba dentro quería salir. Estaba sintiendo esa rabia y ese dolor por él. Y no, no podía permitirme esos sentimientos.

Yo ahora era diferente. Las claves del *Ho'oponopono* eran no esperar nada. Dejar fluir y, sobre todo, no juzgar. Simplemente, tenía que atraer pensamientos buenos y sentirme agradecida, pero esos sentimientos no podría atraerlos nuevamente. Me sentía desgraciada sin él.

Estaba en la cocina del bar organizando las neveras y preparando menús y recetas para Judith, ya que ella se haría cargo de mi puesto en mi ausencia cuando entró Ricardo. Me miró descaradamente, apoyándose en uno de los hornos.

—Joder, estás realmente jodida —dijo, sin quitar la mirada de mí—. ¿Tú crees que estos días fuera de aquí podrán ayudarte? ¿Volverás? —Frunció el ceño—. Carlota —me llamó, visiblemente molesto—. ¿Volverás?

—Sí, Ricardo. Volveré. —Guardé los menús en la vitrina, por orden—. Pero necesito irme.

—Tú viniste aquí intentando recomponer tus pedazos como en su día hice yo. Sé por lo que has pasado y también sé que te has vuelto a resquebrajar, pero eres fuerte.

Lo miré con ternura y me acerqué a él. Lo abracé por la cintura y apoyé mi cabeza en su pecho. Él me rodeó con sus largas extremidades.

—Te quiero muchísimo —le dije.

—Y yo a ti. Y, Carlota, esto sin ti ya no sería lo mismo. —Noté preocupación en su voz—. Socorro, Manuel, yo, las niñas… —suspiró.

Levanté mi cabeza y lo miré.

—Sé que este es mi sitio, pero necesito salir de aquí unos días. Estoy perdiendo mi esencia.

Dos lágrimas resbalaron por mi cara. Él me dio un beso en la frente.

—Tómate el tiempo que necesites, pero vuelve, ¿vale? No te niegues eso. Sé que tú formas parte de todo lo que tenemos aquí. Nuestra familia, nuestra vida.

Ricardo era de las personas que jamás se entrometen en nada, que van a la suya y que intenta tratar a todo el mundo como quieren que lo traten a el mismo, pero era un gran observador y no se le escapaba nada.

—¿Qué te parece si acabamos de recoger y nos tomamos unas cervezas?

—Sí, por Dios. —Me limpié el sudor de la frente—. Tiene que venir Lara con mi hermano, creo que nos iremos mañana antes de comer.

—Venga va, voy a acabar con lo de fuera. Tú deja esto a punto.

Volvió a besar mi cabeza.

Estábamos sentados en las escaleras de la terraza cuando llegaron juntos Lara y mi hermano cogidos de la mano, diciéndose cosas bonitas en el oído. Vi que Lara se reía por alguna cosa que él le había dicho y cómo mi querido hermano la miraba con amor. Suspiré y noté el brazo de Ricardo encima de mis hombros.

—Todo pasará, te lo prometo.

Sé que lo dijo de verdad.

Caminamos juntos en dirección a mi casa y nos sentamos en el porche. Saqué unas cervezas frías de la nevera, encendí una vela de cidronela para ahuyentar a los mosquitos y puse música flojita.

—Entonces nos vamos mañana.

Palmeó mi hermano mi pierna.

—Sí, necesito volver a Madrid ya.

—Lo que necesitas es poner distancia con Dante —murmuró mi hermano—. Y lo entiendo.

—Será lo mejor —comentó mi amiga—. Para los dos.

Ricardo me miró; sabía que esa conversación me ponía un poco molesta pero, aun así, debía tenerla.

—Sí, tenéis razón. Lo mejor es poner distancia un tiempo. Aun así, sé que a todos os preocupa lo mismo. —Los miré—. No me voy a marchar de aquí. Este es mi sitio en el mundo. Simplemente quiero volver a reencontrarme, un tiempo para mí.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo mi amiga.

—Y yo —dijo mi hermano.

—Desde que llegué aquí soy feliz. Feliz de verdad. Simplemente, quiero sacar de mi mente muchas cosas. Cuando llegué empecé desde cero, pero no he parado ni un solo día. Trabajando, en las clases de yoga, exámenes, Dante… —dije su nombre en un suspiro—. No he tenido tiempo para nada. Hice una entrevista para la revista y acumulé muchos nervios en el *core*. —Me señalé el pecho—. Y sí, con Dante se me fue de las manos. Somos malos el uno para el otro, realmente tóxicos. Solo nos hacemos daño y tenemos que olvidarnos. No somos el uno para el otro.

—¿Eso qué es? —preguntó Ricardo. Yo lo miré con ternura. Era un grandote despistado—. Muy zen tú. —Negó con la cabeza sonriendo—. ¿Qué es el *core*?

—Nuestro centro. Nuestro núcleo. —Volví a señalar la parte de arriba del estómago, entre las costillas—. No lo puedo ni rozar. Estoy tensa y nerviosa y necesito encontrar la paz que tuve al llegar aquí. —Todos me escuchaban con atención—. Me voy a coger unos días y después veré. Pero este es mi sitio, lo sé. —Miré al cielo. Estaba despejado y la luna brillaba con fuerza—. Dadme un momento. —Entré en casa y saqué mis piedras, mis amuletos y mi *Japa mala*. Los puse en la ventana de la cocina—. Me los llevo cargados.

Los miré. Pasé parte de la noche explicándoles cómo me sentía y lo que yo creía que necesita. Solté toda la mierda interior que tenía dentro acumulada. Vomité hasta el último pensamiento malo y dejé ir todo eso que no necesitaba en mi vida.

Esa noche dormí plenamente. Al soltar todo por mi boca creo que vacié parte de mi cabeza y eso me permitió descansar.

28. La previa

«Segunda estrella a la derecha
Y todo recto hasta el amanecer».

Peter Pan

Desperté muy temprano. Me asomé a la ventana y vi que la luna estaba empezando a despedirse y le daba paso al sol. Miré a mi alrededor, vi mis maletas y mis cosas perfectamente ordenadas. La tabla de surf estaba apoyada contra la pared. Pensé que la mejor manera de despedirme por unos días de mi vida en el paraíso era irme con ella un rato. Me puse el bikini, unos pantalones cortos y una sudadera bastante grande que tenía, cogí la toalla y una botella de agua.

Me preparé un café y una tostada y, una vez desayuné, salí de mi casa. Vi las piedras junto con las cosas que había dejado en la ventana y me las guardé en la pequeña mochila que llevaba. Al llegar a la playa observé que ya había algunos surfistas en el agua. Había buenas olas, así que no lo dudé. Recogí mi pelo en una coleta y entré en el mar. Remé hasta el pico y esperé una buena ola, una que yo pudiera cabalgar.

Y esta no tardó en llegar. Una tras otra volvieron a venir. Mi mente no existía, yo no existía, estaba disfrutando del mar de la misma naturaleza, del olor a salitre y de toda su fuerza. Me sentí purificada y agradecida y mi mente susurraba «es tu sitio» una y otra vez.

Estaba poniéndome de pie en la tabla con una ola que había entrado demasiado rápida cuando percibí una figura en la arena. Era alguien conocido, esa silueta me resultó familiar. Mi corazón se aceleró. Giré a la derecha y otra vez para la izquierda, y ella me acompañó suavemente a la misma orilla, como si me hubiera extendido delante de la punta de mi tabla una alfombra con toda la delicadeza del mundo. La cogí entre mis manos y sonreí. Escuché unos gritos que venían desde el mar. Un grupo de surfistas me jalearon y levantaron sus manos y yo les hice lo mismo.

—Ha sido una gran ola —escuché a mi espalda.

Temblé, la piel se me erizó y al darme la vuelta me encontré con la imagen más sensual y sexi de mi vida.

«Ya estamos otra vez».

Dante. De pie enfrente de mí, en bañador negro. Sonriente y moreno, con todos sus músculos marcados por el agua del mar, el pelo revuelto y más guapo que nunca. Me quedé paralizada.

—No sabía que se te daba tan bien.

Aparecieron sus hoyuelos. Su mirada era pura y eso le hacía más especial.

—Yo tampoco. —Le sonreí con mis labios cerrados—. No sabía que estabas aquí.

Me aparté el pelo de la cara.

—Te vi al llegar. —Se mordió el interior de su labio—. ¿Te apetece que…? —Se calló, mirándome a los ojos—. ¡Joder! —exclamó, y pasó su mano por la cabeza echando todo su pelo hacia atrás.

—Dime, ¿qué me puede apetecer? —mi voz salió cálida, ocultando lo mucho que lo añoraba.

—Que si quieres que surfeemos un rato más.

—Venga —dije, dándome media vuelta y apartando esa visión de mí.

Era la perfección hecha hombre, su cuerpo estaba esculpido, joder. Esos músculos, ese abdomen marcado que tantas veces había lamido. Joder, esa cara perfilada. Me iba a dar un infarto.

Remamos el uno al lado del otro; nos mirábamos, pero no decíamos nada. Al llegar donde estaban los demás nos saludamos, uniéndonos a ellos.

—Carlota —me llamó un chico moreno que estaba sentado en su tabla. Lo reconocí: era un cliente del bar y lo saludé con la mano—. Buena ola la de antes.

Me guiñó un ojo. Poco a poco, todos fueron a buscar las suyas. Llegó mi momento; dudé, ya que Dante estaba muy calmado acariciando el mar.

—Esta es la tuya —me dijo, sin apartar la vista del horizonte.

Me coloqué en posición y, cuando la noté con fuerza, remé uniéndome a ella. La ola no tardó mucho en hacerme sentir pequeña encima de ella. Notaba la corriente demasiado fuerte y sabía que, de un momento a otro, me expulsaría de su torrente. Dos giros seguidos y, al tercero, me escupió haciéndome caer de espaldas. Salí, como diría mi padre, como una gallina *matá* a escobazos, con el pelo revuelto y respirando agitadamente, ya que ella me envolvió y me revolcó a su antojo haciéndome ver que no podía perder la concentración jamás; si no, no sería digna de montarla, como si fuera una pequeña enseñanza que me quisiera dar la vida.

«Si pierdes el norte, no llegarás a la meta, hay que mantenerse fija en lo que quieres conseguir», me dije.

—Gracias, gracias y gracias —le dije, mientras me sentaba en la orilla.

Me fijé: Dante seguía quieto en el mar sin inmutarse, de espaldas a mí. El sol le daba en los hombros haciéndolo brillar y ahí me di cuenta de que él era mi mayor distracción, tenía tanta necesidad de él que yo misma me salía del camino una y otra vez.

¿Como era posible que dejara a un lado mi yo para centrarme solo en él?

Si como le dije no era para tanto…, mentí, fue una mentira que solo dije por hacerle daño. Moví mi cabeza intentando quitarme esos pensamientos de mi mente. Necesitaba volver a centrarme en mí.

Lo vi ponerse de pie, cruzó sus largas piernas caminado por la tabla y luchó con ella de un lado a otro. Fuerte y majestuoso, como eran muchos de sus movimientos, y como esos giros eran igual de poderosos que la misma ola. Lo miré fascinada hasta que él llegó a mí.

—Bien hecho, rubia.

Me acarició el pelo, pasando por mi lado y acercándose a sus amigos.

Yo me quedé sentada recogiendo mis cosas. Al marcharme los vi, tomando el sol, riéndose como si de unos niños se tratase, y entonces vi su verdadera esencia. Tranquilo, relajado, y cómo el también intentaba alejarse de mí.

—Hasta luego, chicos —dije, pasando por su lado.

—Rubia ¿cómo has venido? —me preguntó él.

Lo de rubia nunca me había gustado, pero era una forma cariñosa que tenía él de hablarme, y ya solo por eso me empezaba a gustar.

—Caminando —dije, risueña.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó, sin mirarme y sin moverse.

—No, gracias, daré un paseo.

Me despedí de todos. Comencé a caminar despacito, mirando mi alrededor, el precioso camino de la playa, repitiendo gracias por todo, por todo lo que tenía y por todo lo que este lugar me había dado. Lo cierto era que me sentía llena, pero me faltaba algo. Estaba llegando al *camping* cuando escuché el ruido de su camioneta. Me aparté del camino para dejar paso, pero él paró a mi altura. Sacó el brazo por la ventanilla y me llamó.

—Va, sube.

Sus ojos brillaban. Lo miré y me acerqué a él. Solo dos pasos y pude notar su olor.

—No. Estoy llegando y me encanta caminar por aquí.

Vi pasar la sombra de la duda por sus ojos.

—¿Todo bien?

Yo asentí, y sin darme cuenta, me acerqué mucho más a él. Mis manos acariciaron su perfecta cara y lo atraje a mí. Él se sorprendió y yo le dediqué una sonrisa sincera.

—Todo bien, todo como debe estar. —Besé sus labios levemente—. Gracias por todo, Dante. Te quiero muchísimo.

Él abrió los ojos, sorprendido.

—Carlota —dijo, nervioso.

—Ssch —lo mandé a callar—. Todo bien, solo que necesitaba darte las gracias, en un rato me marcho a Madrid a la presentación y bueno… quería dártelas. —Vi a sus amigos en el interior y volví a centrarme en él—. Así que… ya está hecho.

—Volverás —esas palabras salieron desordenadas y algo tensas.

—Sí, pero no sé cuándo. —Miré al suelo—. Pero sí, volveré. —Me aparté del coche retrocediendo—. Venga, ve. Hablamos en otro momento.

Él dudó unos instantes.

—¿De verdad no quieres que te lleve?

Yo negué. Agarré fuerte mi tabla y sonreí.

—Ve, prefiero caminar.

Levanté mi mano y volví a despedirme de ellos.

Al llegar al *camping*, desde lejos vi a Socorro en la puerta; estaba esperándome. Aceleré mi paso hasta llegar a ella.

—Carlota, cariño. —Me abrazó—. Hoy te vas —dijo, nerviosa.

—Sí, pero vuelvo en unos días —me apresuré a decir.

—Sí, pero no sé. —Agachó la cabeza—. Ha pasado Dante y estaba muy nervioso. Él cree que te vas a ir para siempre.

Se le cortó el habla al decirlo y yo negué con mi cabeza.

—No, no, Socorro. Volveré, te lo aseguro. Sois mi hogar.

Me di una larga ducha y me preparé para el camino. Mi hermano me había escrito que en un rato pasaban a buscarme, así que le contesté diciendo que lo esperaba en el bar.

Me puse unas mallas y una camiseta de tirantes. Saqué mis maletas al porche y acabé de recoger las cuatro cosas. Antes de cerrar, suspiré.

—Te echaré de menos —le dije a mi casa. ¡Era tan bonita y especial!

Al entrar en el bar me encontré con los ojos de Sofía, que estaban tristes. Ella arrastró sus pies hasta que llegó a mí. Sus brazos aprisionaron mi cuello y, al momento, sentí el abrazo de Marisa.

—Chicas, por Dios, ¡en una semana estoy aquí!

—No —dijo Sofía—. Te vas a marchar.

Ricardo me la quitó de encima e intentó calmarla.

—Cariño, ella volverá.—Apretó sus labios—. Vuelve seguro. —La rodeó con sus brazos—. Venga, vamos, está todo muy tenso.

Judith me miraba desde la barra y me acerqué a ella.

—Está todo bien.

Me senté, mirándola.

—Sí, lo has dejado todo perfecto para estos días. —Soltó el trapo y apoyó sus codos en la barra —. Sé que volverás, pero también sé que te marcharás un tiempo. —Se hizo el silencio entre las dos—. No tienes que preocuparte de nada, yo me encargo. —Me sonrió y señaló a Socorro y a Manuel, que nos miraban—. Ponte bien. Recupérate, que te esperamos.

—Gracias, amiga.

Le apreté la mano.

—¿Quieres un café?

—Sí, por Dios.

Al poco llegaron Lara y Raúl y se sentaron a mi lado.

—Desayunamos y nos vamos, pero antes hazme un favor.

Yo asentí.

—Claro, ¿qué?

—Fuera está Dante. —Me cogió de la mano—. Sal y habla con él. Está destrozado.

Tomé mi café y salí. Lo vi sentado en el muro de piedra, apartado de todo, con sus piernas cruzadas. Cuando él notó que me acercaba bajó la mirada. Yo, al llegar, directamente lo abracé.

Él me acercó más a él con sus brazos.

—Dime que vas a volver, porque si no, me muero.

—Sí —susurré en su cuello.

—¿Por qué no lo arreglamos? ¿Olvidamos todo, nena? —Sentí su cuerpo temblar, mientras se le escapaban unas lágrimas—. Yo lo siento, pero te juro que fue lo que pasó. Yo no me acosté con ella. Simplemente, iba demasiado borracho, Carlota. Dime lo que tengo que hacer y lo haré, pero no te vayas.

—Cariño —lo llamé. Los dos nos miramos cara a cara—, tú no tienes que hacer nada. Tú estás bien, se nos fueron las cosas de las manos, amor, pero tú no tienes la culpa.

—Si te vas, a mí me da algo. —Cogió una fuerte bocanada de aire.

—Necesito ir hacer la presentación del libro, unos días alejados nos vendrán bien. Yo llevo todavía mucha carga emocional, me he perdido un poco y necesito encontrarme.

—Pero ¿por qué? ¿Aquí eres feliz? ¿Te molesta verme?

Cerré los ojos. No quería que él se sintiera culpable.

—No. Lo único que me mata es que estemos así, porque yo te quiero y estoy enamorada de ti. Pero ahora mismo, ni yo estoy bien ni tú estás bien. Debemos perdonarnos de corazón.

Él me miró.

—Yo te he perdonado, nena —su voz tembló y a mí eso me partía el alma.

—Pero no de corazón. Vamos a darnos un tiempo, Dante y después ya se verá. Pero ni puedes depender de mí, ni yo de ti. No podemos meternos en una relación tóxica. Desde el primer día chocamos, ¿lo recuerdas?

Una nostalgia de sentimientos nos envolvió. Los recuerdos pasaron por mi mente. Realmente, cuando estábamos bien, éramos muy felices. Teníamos más bueno que malo.

Iba en la parte trasera del coche organizando mi mente. Quería encontrar el momento exacto donde metimos la pata en nuestra relación. Quería saber qué es lo que nos llevó a tal situación. Pero no, no di con ello, solo veía buenos momentos con él, la persona que era en realidad, y mi corazón se paraba recordando esos besos en la playa y ciertos momentos con él.

Era la mañana de la presentación, mamá andaba como loca organizando el desayuno.

—Daos prisa —dijo, molesta—.Tengo hora en la peluquería.

Regañó a mi padre y este bufó. Yo arrastré los pies. Raúl y Lara estaban en la terraza haciéndose arrumacos. Me senté al lado de mi padre.

—Canija, ¿estás nerviosa? —Me tocó la cara—. Mira que eres guapa, *joía*.

—Un poco. Ahora mismo no, pero lo estaré.

Una vez desayuné, Lara y yo nos fuimos juntas a recoger los vestidos para la fiesta. Mamá se había ido a la peluquería, donde nosotras también teníamos cita más tarde. Lara estaba muy emocionada por la noche, y prácticamente iba dando saltitos por el centro de Madrid. La verdad es que verla tan emocionada hizo que me contagiara de su buena energía. Entramos en la tienda,

una de mis preferidas en Madrid, y las dependientas nos estaban esperando. Creo que las chicas me reconocieron enseguida a pesar de que no eran las mismas que yo conocía.

—Carlota —me saludó una al tenderme la mano—. Lo tenemos todo preparado —dijo, con una enorme sonrisa—. Venid por aquí.

Las dos la seguimos. Lara abrió mucho los ojos cuando vio todos los vestidos de la parte de arriba. Vestidos, zapatos y bolsos.

—No me lo puedo creer. —Corrió hasta ellos—. Me muero de amor.

—Vamos a probárnoslos.

Caminé hasta ellos. Escuché el ruido de una puerta cerrarse. Al darme la vuelta, vi a Noelia.

—¡Carlota! —Corrió en mi dirección—. Por Dios, ¡cuánto tiempo! —Me abrazó—. Estás guapísima.

—¡Anda que tú! Estás como siempre.

—Me imagino que estás aquí por tu presentación. —Yo asentí—. Me moría de ganas de ir, pero me quedé sin invitación. —Arrugó los labios habiendo una mueca—. Aquí todas te hemos leído.

Me giré y vi a las demás dependientas sonriendo nerviosas.

—¿Son todas nuevas? —le pregunté, bajando la voz.

—No, lo que pasa es que hace mucho que no vienes por aquí. Ven. —Tiró de mí. Llegó a un aparador repleto de vestidos—. Tengo el ideal para ti. —Me miró de arriba abajo—. Sigues teniendo la misma talla, pero estás algo más rellenita. —Sonrió—. No me malinterpretes, estás todavía más guapa.

Lara se había puesto a nuestro lado mirando como una niña pequeña.

—¿Y para mí qué tienes?

—Tengo de todo —respondió, con una amplia sonrisa.

Noelia tenía razón: sacó un vestido que me venía como un guante. Era perfecto.

—Justo es lo que estaba buscando.

Entré a probármelo.

—Lo sabía, era el ideal para ti. Al leer tu libro me di cuenta de que también habías cambiado el estilo, pero la elegancia es de cuna, querida, y para este evento es el ideal —dijo, con honestidad y cariño en su voz.

Mientras me probaba la ropa escuchaba los gritos de emoción de Lara. Noelia estaba con ella buscando el vestido perfecto. Me miré en el espejo y me encantó lo que vi. Era una pequeña mezcla de la Carlota de antes y la Carlota de ahora, en proporciones perfectas, para ser la persona que realmente quería ir.

El vestido era un blanco roto, prácticamente beige, con unas florecitas bordadas. En medio tenían una pequeñita piedra. Era cortito por encima de la rodilla, de tirantes con un escote bastante marcado. pero a su vez, el vestido era holgado sin marcar demasiado. Al salir del probador me encontré con Noelia, que me dedicó una mirada de aprobación.

—Lo sabía, era perfecto para ti.

Aplaudió con sus finas manos. Parecía una bailarina.

Lara salió con el suyo color rosa palo, de palabra de honor en cuero sintético, y que dejaba ver todas sus curvas y sus largas piernas.

—¿Qué os parece? —dijo, dando una vuelta sobre sí misma.

—Me encanta —le respondí, igual de ilusionada que ella—. Preciosa. Te queda perfecto —le dije, mirándola.

Tenía un cuerpo precioso y le sentaba fenomenal con su tono de piel y con su melena siempre alborotada.

—Chicas —llamó nuestra atención Noelia, mostrándonos unas sandalias.

Las mías eran muy sencillas, de tiras plateadas a juego con las florecitas del vestido, atadas al tobillo y bastante altas. Y las de Lara, rosa fucsia.

Al final salimos con el kit completo: vestido, bolso y zapatos. Corrimos a comer. Llegábamos tarde a la reserva y, por lo tanto, llegaríamos tarde a la peluquería. Yo tenía que estar en el hotel a las siete para las fotos. Las peluqueras que siempre habían cuidado mi cabello por poco mueren al verlo. Me reprendieron por tenerlo tan descuidado y se empeñaron en hacerme un matiz ceniza para acabar de quitar los tonos dorados del sol en mi pelo, cortaron mis puntas y me dieron algo de forma. Me peinaron sencilla con el pelo liso y me maquillaron igual. Las estilitas no dejaban de repetir que había cambiado muchísimo y me encontraban mucho más encantadora.

Últimamente me decían lo mismo. ¡Tan estúpida llegué a ser… tan cruel y altiva!

Por suerte para mí, pude estar a tiempo a la cita. El gran salón del hotel estaba perfectamente decorado, sutil y sencillo como yo había pedido. Me fijé que, el fondo de la estancia había tres sillones orejeros blancos y, en el centro, una mesa pequeña con alguno de mis libros. Giré la cabeza y me encontré con un pequeño *buffet* repartido por toda la estancia, velas con aroma a vainilla y un *roll up* con mi foto y la portada de mi libro. Era fino y elegante. Sonreí al ver que mis editoras habían dado en el clavo.

Escuché ruido de fondo y vi a unos chicos montando sillas. Me acerqué a ellos y me encontré a Anais y a Daniela dando órdenes.

—Chicas, tranquilas. Queda más de una hora.

Ellas se giraron.

—¡Ay, Dios!

Daniela caminó hasta mí con los brazos abiertos. Yo le sonreí y ella me atrapó entre sus brazos.

Daniela era una mujer de unos cincuenta y pocos años, muy bien conservada y atractiva; algo exigente y mandona, pero todo un amor. Anais se acercó sigilosamente. Era mucho más joven y su carácter era desenfadado y risueño.

—Menos mal que estás aquí. Vamos a tomar un café a la cafetería. —Tiró de mí—. Vamos, Anais.

Le chasqueó los dedos como si fuera un cachorro. Esta puso los ojos en blancos y me hizo una mueca.

—¿Te das cuenta de la cantidad de libros que estás vendiendo? —dijo más alto de la cuenta, llamando la atención de la gente de la cafetería.

—Sí, también se da cuenta de la gente a la que está ayudando —espetó Anais.

—¡Bah! —Daniela le hizo un gesto con las manos—. Esto es maravilloso. Vamos a sacar la tercera edición, las cartas no dejan de llegar y bueno… soy muy feliz.

—Volvió abrazarme, yo me sentía demasiado abrumada.

—Estás preciosa —dijo, mirándome de arriba abajo—. Este estilo tuyo tan elegante es perfecto.

—Ella es perfecta —le repuso Anais—. Mirad, empiezan a llegar los invitados.

Estaba entusiasmada.

—Podría dejar unas entradas en la puerta para que las recogieran.

—¿No se han enviado todas las que me pediste? —me preguntó Anais, asustada.

—Sí, por supuesto que sí, pero me he encontrado a unas viejas conocidas que me han dicho que se quedaron sin… y claro...

—Por supuesto, dime quiénes.

Le di el nombre y corrió hasta los porteros del hotel. Yo le mandé un mensaje a Noelia para decirle que ya las tenían. Miré a través de las ventanas y vi cómo llegaba Jaspers. Se me iluminó la cara. Venía con su ejemplar en la mano, guapísimo, con unos pantalones de vestir negros y una camisa informal por fuera, bambas y su pelo peinado. Estaba más fuerte, más moreno… Más él. Salí a buscarlo. Me miró de arriba abajo y los dos nos fundimos en un abrazo. Yo temblé al sentir su calor.

—Pequeña, estás preciosa.

Vi brillo en sus ojos. Estaba nervioso.

—Estás guapísimo. —Le acaricié el pelo—. Qué peinadito.

Le sonreí, pizpireta, y me rodeó con sus brazos nuevamente.

—¿Cómo van esos nervios?

Sus ojos brillaban.

—No sabría decirte. —Le saqué la lengua.

—Oye, ¿dónde tienes al paranoico de tu novio? No quiero que me ladre.

Negué con la cabeza. Él siempre era tan suspicaz.

—No está —me costó hasta decirlo—. Bueno, nosotros... —me atraganté con mis propias palabras—. Ya no… —suspiré—. ¿Qué quieres que te diga?

Nos miramos. Él no dijo nada, simplemente asintió y bajó su mirada al suelo.

—Vale, vale —me cortó él—. Entonces, te tengo solo para mí.

Abrió mucho los ojos. Yo intenté sonreír, pero no me salió.

Poco a poco fueron llegando los demás invitados, entre ellos mi familia. Mamá venía como una señorona, regañando a mi padre, y mi hermano y Lara parecían dos muñecos de tarta.

Se acercaron a nosotros. Lara abrazó a Jaspers sin darme tiempo a presentarlo. Mi hermano lo miró de arriba abajo arqueando una ceja. Yo tiré de todos hacia dentro. Daniela y Anais vinieron a presentarse a mis familiares. Yo me senté en el sillón de en medio y ellas a cada lado. Me sudaban las manos, los nervios estaban aflorando en mi estómago, sentía mi boca seca. Bebí un poco de agua. Vi que mamá se levantaba y que se acercaba a mis tías. Aluciné: habían venido de Cádiz solo para ver la presentación; al poco me fijé que entraban mis tíos y alguno de mis primos.

Todos tomaron asiento. Mis tías me lanzaban besos. Todas las miradas fueron hacia mí en cuanto Daniela empezó hablar. La sala estaba llena de gente, hasta arriba. Mi corazón latía desbocado y me moría porque no llegara mi turno de hablar. Escuchaba todo lo que argumentaban Daniela y Anais y veía cómo la gente se animaba. Yo sonreía como una pava y bebía agua sin parar. Al escuchar las palabras «y ahora démosle paso a la autora», sentí morir.

Sin darme cuenta, empecé hablar como un robot.

—Lo primero, gracias a todos por venir. Veréis, estoy algo nerviosa y emocionada por la acogida que ha tenido mi libro. Cuando me dispuse a hacerlo, simplemente quería contar al mundo mi experiencia. Que todos me conocieran de verdad y se olvidaran de la fachada que mostré en su día. Pero, poco a poco, la cosa cambió y solo pretendí poder ayudar a las personas que están pasando por algo similar. He visto que sí, que el propósito que me marqué, lo he estado consiguiendo. Gracias a vuestras cartas y a vuestro historial he visto que tanto sufrimiento ha dado sus frutos, y lo cierto es que yo no podría haberlo conseguido sin el apoyo de mi familia.

La gente, de manera espontánea comenzó a hacerme preguntas. Me sentía cómoda respondiéndolas. Las horas comenzaron a pasar sin que me diera cuenta, me relajé y fui yo misma.

Después, Daniela nos dio paso a todos al salón para picar algo y tomar una copa de vino. Ahí sería donde se haría la firma.

Tuve unos momentos libres donde muchos aprovecharon para salir a fumar. Yo aproveché para saludar a mis tías y primos, que no dejaron de decirme lo orgullosos que estaban de mí. Cogí una capa de vino blanco de una de las mesitas cuando vi entrar a mi hermano de la calle frotándose el cuello.

—¿De dónde vienes? —Le toqué el brazo.

—Fuera estaba Dante. —Me miró, con algo de enfado en sus ojos—. Joder, está hecho una mierda. ¡Y Jaspers aquí!

—Voy a verlo.

Salí a la calle y lo vi caminando con las manos metidas en los bolsillos. Lo llamé; él se paró en seco, se dio media vuelta y nos miramos. Me acerqué despacio. Nos abrazamos fuerte, en medio de la acera.

—¿Por qué te vas?

Mi cabeza estaba enterrada en su cuello, su olor, su piel.

—Solo quería verte, nena, ver desde lejos que todo salía bien. Solo eso.

Sus brazos aún me sostenían.

—Te quiero muchísimo, Dante, muchísimo. No te vayas, por favor, quédate. —Me aparté de él. Cogí su cara con mis manos con cuidado, suavemente—. Mírame —le pedí.

Le costó mirarme, pero al final lo hizo. Su cara morena y perfilada, sus ojos rasgados, sus labios carnosos. Él. Solamente él.

Se me pasaron millones de cosas por la cabeza: besarlo, que volviéramos a empezar…, pero yo sabía que lo mejor para nosotros era distanciarnos un poco el uno del otro durante un tiempo, que pudiéramos pensar en nosotros mismos y no en el otro, como hacíamos desde que la vida nos puso enfrente.

—Necesitamos tiempo, cariño. —Él asintió—. Pero no te vayas, quédate un poco más.

Entramos los dos en el salón donde toda la gente estaba esperando. Daniela anunció que ya podíamos empezar con las firmas y me acompañaron a la mesa. Tomé asiento y la gente se puso en fila, esperando el turno. Mi padre se acercó a mí y me dio una cajita. Era alargada, el papel era de color plata, con un lazo blanco. Lo abrí y me sorprendió: era una pluma estilográfica preciosa blanca de nácar con una inscripción en plata y una hilera de circonitas.

«Tu padre, que te quiere».

Lo miré, llena de amor al igual que él.

—Estoy muy orgulloso de ti, pequeña.

Besó mi cabeza y se disculpó con las personas que hacían fila. Fueron pasando por mi mesa uno tras otro. Charlábamos y me felicitaban por mi obra y por mi valentía, y casi todo el mundo insistía en hacernos fotos, algo que ya empezaba a no importarme. Daniela pidió un descanso en las firmas, ya que había estado más de dos horas sentada y firmando sin cesar. Dante vino acompañado de mi madre y me trajeron un vaso de agua fría.

—Tengo solo cinco minutos.

Sonreí con la ilusión del momento y del gran éxito de la velada, mientras acariciaba mi muñeca derecha, intentando calmar la molestia que sentía.

—Está siendo un éxito. —Dante retiró de mi cara un mechón de pelo para, acto seguido, masajearme la mano—. ¡Qué guapa estás!

Sus pupilas se dilataron al mirarme. Noté el amor puro que sentía hacia mí. Yo noté cómo mis mejillas ardían bajo la atenta mirada de mi madre.

—Te he visto hablando con Jaspers, ¿todo bien? —Le acaricié el brazo con cariño.

—Sí, todo bien, no tienes de qué preocuparte. —Sostuvo mi cara con su mano—. Lo tengo todo clarísimo, Carlota. Nos amamos. Nos queremos tanto que nos volvemos locos y tenemos que aprender a canalizarlo. Solo eso, ¿vale?

Me trasmitió tanta tranquilidad y paz que no supe explicarlo, me dejó sin palabras. Mi madre y dos de mis tías suspiraron. Yo las fulminé con la mirada.

—Así que, nena, sé tú, como siempre. Yo sé que no tenéis nada y que realmente me quieres a mí, pero también te diré que el niñato está loco por ti. —Se me escapó la risita tonta, ya que estaba embobada con él—. Ríete sí, pero… —carraspeó, dejando ver su sonrisa ladeada—. Te quiero.

Besé su cara y después dejé un beso suave en sus labios. Suspiré y me mordí el labio, nerviosa, pero no me dio tiempo a reaccionar cuando una de sus manos subió hasta mi nuca, cogiéndola con suavidad mientras su brazo rodeaba mi espalda.

—Es que te amo.

Besó mis labios como era él, salvajemente, erizando todo mi cuerpo y creando un cortocircuito por todo mi ser. Me dejó apoyada como estaba contra la mesa. Se colocó la camisa que llevaba y sonrió, canalla. Miró a mis tías, que estaban boquiabiertas.

—Y ahora, señoras —les hizo una reverencia—, toda suya. Te quiero, nena —dijo antes de irse, tan chulo como era, abriéndose paso entre la gente.

Volví a sentarme en la mesa con la respiración entrecortada.

—¡Será posible semejante potro! —dijo mi tía Azucena, tocándose el pecho y mirando en su dirección.

—Ya os lo dije. —Las miró mi madre—. Es como Cristian Grey.

Ese comentario nos hizo explotar a todas en una carcajada.

—Mamá —la recriminé—, eres lo peor.

—Perdona —dijo una voz cálida. Vi que había una chica joven con el libro en las manos—. ¿Podrías firmármelo?

Se acercó con cautela y la saludé con dos besos. A cada persona que llegaba a mi mesa intentaba dedicarle el mayor tiempo posible y hacerles algo especial en la firma. Cuando ellos me decían lo que les había hecho sentir el libro, mi mente se abría y veía claro el qué ponerles.

Sobre las diez de la noche ya estaba recogiendo los regalos y detalles que algunos habían traído. Jaspers estaba esperándome al fondo de la sala hablando con Lara y mi hermano.

—¿Os apetece ir a cenar? —dijo mi hermano, mirándonos a todos—. Mamá y los titos han dicho que también se apuntaban. He reservado justo aquí al lado.

Miré a Jaspers, que asintió enseguida.

29. Aire. Armonizando mi vida

«Al respirar, me veo a mí mismo
como el agua quieta.
Al exhalar, reflexiono las cosas como son».

Thich Nhat Hanh

Y, sin meditarlo mucho, y ni tan siquiera dudar, mi vida volvió a dar un giro. Volvió a centrarse sobre su propio eje y rotar.

En la noche de mi presentación entendí y encajé muchísimas cosas. Rodeada en una mesa con mis seres queridos y con la ausencia latente de Dante, escuché a la gente que me rodeaba como se debe hacer: con la mente en blanco y con el corazón abierto. Algunos solamente pretendían que yo estuviera bien, pero otros realmente podían ver más allá, como mi padre. Además de haberme dado la vida, me entendía perfectamente. Sus palabras me arroparon cuando dijo: «Eres demasiado salvaje para retenerte tú misma. Vuela, haz lo que tengas que hacer, pequeña. Y si te vuelves a equivocar, piensa en que es solo una experiencia más para convertirte en la persona que eres. Todo va en el camino».

Jaspers lo miraba sorprendido, ya que lo dijo mirándonos a los dos. Momentos antes, Jasper me había propuesto irme con él unas semanas a hacer surf, despejarme y hacer un viaje en la *furgo*. Lo dijo con algo de miedo en la voz, ya que todos nos miraban, pero mi padre vio el brillo en mis ojos cuando le dije a Jaspers que no podía. Mi padre nos interrumpió.

—¿Y por qué no? ¿Qué narices te retiene…?

Yo abrí los ojos y lo miré sin saber que decir, perpleja, al igual que mi madre, pero ella lo fulminaba con la mirada.

Aquella noche no pude dormir. Pensaba en el *camping*, en Socorro, Manuel, Dante, Ricardo, Lara, etc. Mi gente. Pero las palabras de mi padre retumbaban en la cabeza y algo dentro de mí me decía: «vete».

Desperté a mi hermano y a Lara y les dije que me iba con Jaspers al *camping*, que tenía que despedirme de todos y hacer las cosas bien antes de irme una temporada. Ellos se levantaron sobresaltados y dijeron que se venían con nosotros. Lara no dijo nada, simplemente la noté tensa, pero mi hermano no reaccionó. Él era como mamá: tenía que asimilar las cosas. Por suerte, no era tan impulsiva como ella.

Me despedí de mis padres y bajé con mis maletas a esperar a Jaspers, al que le había puesto un mensaje horas antes aceptando su oferta. Lo vi aparecer en la puerta de mi casa con una sonrisa preciosa. Lo abracé y él a mí.

—Mi verano.

Dimos una vuelta en el aire mientras él me abrazaba fuerte. Mi hermano y Lara fueron en el coche y nosotros en la furgoneta. Mientras conducía de camino al *camping* le expliqué mi idea de despedirme de todos, de darles las explicaciones que se merecían y ser sincera, en especial con Dante. Él asintió.

—No esperaba menos de ti. —Sonrió mientras conducía—. Eres leal. —Asintió.

—Intento hacer las cosas bien.

Paramos a comer los cuatro. Mi hermano estaba feliz de verme con la valentía de salir de mi zona de confort.

—Te veo. Te veo como antes, esa niña con ganas de comerse el mundo, pero ahora toda una mujer.

Lara miraba su plato y su ensalada de higos.

—¿Volverás? —su voz salió por su garganta con poca fuerza, débil y con miedo.

—Sí, volveré y me quedaré, pero ahora necesito irme. —Ella me miró—. Tengo claro que volveré, de eso estoy segura, pero necesito hacer locuras y vivir lo que realmente me apetezca. Serena, tranquila, con la calma que tengo, mi paz; fluir y centrarme en los nuevos proyectos que rondan mi mente.

Creo que Lara pensaba que me iba por Dante, por nuestra historia, pero no. Lo que yo necesitaba era irme y crecer como persona, conocer sitios, tener aventuras nuevas y soltar toda la presión. A pesar de que, cuando llegué al *camping* mi vida cambió para bien y conseguí conectar conmigo misma, aún necesitaba acabar de sanar, de experimentar y poder fluir con más ligereza,

Los últimos años de mi vida no habían sido fáciles y algunas de mis heridas todavía estaban por cicatrizar; tenía que acabar de quererme bien, de conocerme bien, para poder ser yo, para poder dar lo mejor de mí. No quería vivir a medias por miedo a algo, a eso que todos llevamos dentro. Quería centrarme en los estudios del *Ho'oponopono*, que tanto me había dado, acabar de confiar en el universo y hacer de esa filosofía de vida la mía. Quería estudiar más sobre yoga, sobre alimentación saludable, y acabar de conocerme a mí misma; llevarme al límite, centrarme en mí y dejarme llevar por una vez en la vida como era debido. Vivir sin pretender, solamente vivir, porque llevaba años sin vivir metida en una vida que no iba conmigo. Y, después, queriendo abarcar mucho de golpe. Y no: todo tiene su momento, su lugar y sus tiempos. Yo tenía que calmar el ansia que tenía dentro, ya que no me hacía bien.

Al llegar al bar, avisé a todos para comunicarles mi decisión. Les explique con total franqueza lo que necesitaba. Me abrí, les agradecí, y ellos lo entendieron perfectamente. Socoro lloró, porque ella me quería como a una hija, pero lo entendió. Judith me prometió que cuidaría de mi bar, y de Manuel y Socorro como lo hacía yo, que me fuera tranquila y volviese pronto.

Dante no me contestó al mensaje y tampoco vino esa tarde. Podía llegar a entenderlo, pero yo lo echaba de menos. Yo lo quería de verdad y sabía que él también a mí, pero los dos necesitábamos algo de tiempo.

Estaba en mi casita de madera preparándome unas maletas. No sabía el tiempo que estaría fuera, pero, aun así, tenía la idea clara de lo que llevarme: mi esterilla de yoga, mi *Japa mala* y mi *spot*, la tabla que me había regalado Jaspers.

Jaspers estaba sentado en la mesa del comedor haciendo una ruta para los primeros días. Estaba muy concentrado en ello cuando llamaron a la puerta.

—Abro yo —dijo.

No escuché nada más. Salí de mi habitación y vi a Dante en la puerta, callado con las manos en los bolsillos y con la cara desencajada, mirándolo muy mal. Me asusté.

—Dante —lo llamé.

Él no apartó la vista de Jaspers, que estaba relajado y con mucha calma.

—Pasa, tío —le dijo, ofreciéndole paso.

—Carlota, sal fuera, por favor —me pidió, sin mirarme.

—Dame un segundo.

Entré en mi habitación y cogí una sudadera vieja que tenía. Miré a Jaspers, que había vuelto a sentarse en la silla y retomado su ruta como si con él no fuera la cosa.

—Vengo en un rato.

Le toqué el hombro.

—Tranqui. Yo no tengo prisa.

Al salir a la calle vi la moto de Dante y dos cascos. Él no dijo nada; bajó los dos escalones y se subió en ella.

—Toma. —Me ofreció el casco—. Vámonos de aquí.

Me abracé fuerte a su espalda y él arrancó la moto con rabia. Condujo un buen rato; sabía dónde quería llevarme, reconocí el camino enseguida: íbamos a su rincón.

Al bajarme de la moto me quité el casco; su semblante todavía estaba serio, con dureza y algo de rabia.

—¿Pensabas irte sin decírmelo en persona? De verdad, ¿en qué momento se ha roto esto?

Nos señaló.

—No se ha roto. Simplemente, necesito irme un tiempo, Dante. Centrarme en mí, en mis cosas.

—¿Y nosotros? Porque yo te amo, Carlota, así que explícate bien. Si no quieres que sea yo quien tome una decisión por los dos, me aleje de ti y sea yo quien se vaya.

—Está bien, pero vamos a sentarnos ahí.

Señalé el trozo pequeño de arena que dejaba verse por el reflejo de la luna. Me senté muy cerca de él y, antes de nada, lo abracé. Besé sus labios suavemente.

—Lo que tengo claro es que voy a volver aquí. Me marcho una temporada para acabar de sanarme, estar bien y poder centrarme en mí. Tengo dos cosas claras, Dante: una es que volveré y otra es que te amo.

—¿Y por eso pones todavía más distancia entre los dos? No lo entiendo. —Se mordió el labio —. Te lo juro, no lo entiendo.

—El otro día decías que me entendías, que necesitábamos tiempo y reencontrarnos para querernos bien.

—Sí, pero no pensaba que te ibas a ir, joder, y menos con ese niñato. ¿Qué hago? Dime, porque estoy a esto —marcó con sus dedos una línea muy fina— de volverme loco, Carlota.

Acaricié su mano.

—Cariño, esto no es sano. Sabes que te quiero a ti, que yo te amo y que soy sincera. Necesito irme una temporada y tú también necesitas reencontrarte a ti mismo. —Él me miraba, con sus ojos brillantes—. Hemos tenido peleas y encontronazos muy fuertes. Yo no estado bien desde que llegué, pero aquí he estado sanado. Todavía hay heridas abiertas que no me dejan ser quien soy realmente.

—Lo sé —reconoció—. Pero, dime, ¿hemos roto? No estamos juntos. Y yo... Yo me quedo aquí, con tus cosas, con tu olor, sin ti. Y Turrón.

—Pero yo voy a volver, y, si de verdad es amor, si de verdad nos pertenecemos, volveremos el uno al otro. Turrón es mi bebé. Sé que lo vas a cuidar y mimar, que lo voy a extrañar, Dante, pero estará contigo.

Dos lágrimas bajaron por mis mejillas. Él las apartó con sus manos.

—No llores, nena, dime lo que quieres y yo te lo daré. Dime qué hago, pero no te vayas, Carlota. No puedo. No me hagas eso, por favor, nena.

—No me voy por ti, me voy por mí, porque necesito darme este tiempo. No pido que me entiendas, solo que, si me quieres de verdad, lo aceptes.

—Yo te amo.

La conversación fue algo tormentosa. Algo dura y, cómo no, entramos en bucle, pero aceptó mi decisión.

—Carlota, lo único que te voy a pedir y sé que no tengo ningún derecho, es que este tiempo que estés fuera no contactes conmigo. Yo no lo haré. Solamente te pido eso. Tienes total libertad para hacer tu vida como la tengo yo. Y, cuando vuelvas, no sé si estaré aquí como ahora, muriéndome por ti.

—Está bien, lo entiendo.

Miré hacia el cielo, porque sentía que los ojos me rebosaban de lágrimas.

—Con esto no quiero decir que yo vaya a irme con nadie ni que intente olvidarme de ti, pero son cosas que pueden pasar. Así que ve, haz tu vida y sé feliz, ¿vale?

—Vale —le contesté, con apenas un hilo de voz.

—Vámonos —pidió sin mirarme, caminando, dejándome atrás.

Estaba llegando a las rocas cuando se dio la vuelta y me miró; yo me mantenía quieta en el mismo sitio digiriendo sus palabras y su brusquedad. No pretendía que fuera un corderito que me dijera lo que quería escuchar. Pero… pensaba para mí que él acababa de dejarme sin ninguna puerta abierta para cuando yo volviese. Ahí estaba mi parte egoísta.

—Vamos —levantó su voz.

Caminé hacia él mirando al suelo, no podía mirarlo.

—Me cago en la puta, joder —masculló cuando estaba cerca.

Subí las primeras rocas y él me cogió por la cintura, me dio la vuelta y me miró.

—Me va a dar un puto infarto.

Entonces, subió a mi altura y me besó.

—Te quiero tanto, que creo que me voy a morir. Pensar que hoy va a ser la última noche que te vea… me mata.

Hablaba entre besos y gruñidos. Estaba igual de enfadado que enamorado, y yo igual de rota que deshecha. Los besos que nos dimos marcaron la añoranza y el miedo a la pérdida, el miedo a evolucionar y dejarnos atrás. Y, sobre todo, a dejarlo para siempre.

—Vamos a casa, despídete de Turrón —dijo, antes de arrancar la moto.

Cerrar la puerta de casa de Dante fue para mí uno de los actos más difíciles que había hecho en la vida. Marcharme y dejarlos ahí solos me había costado más de lo que jamás pude imaginar. Pasamos parte de la noche besándonos y tocándonos y sabiendo perfectamente que nos amábamos, pero… no pasamos de ahí. Los dos sabíamos que si pasábamos esa línea estropearnos todo los demás.

Dante

Cuando dicen que el dolor es solo un sentimiento se equivocan. El dolor que sentí cuando me enteré de que Carlota se iba… jamás podré describir cómo fue. El corazón hecho pedazos, el dolor era tan intenso que pensé que me iba a dar un infarto. Pero cuando la vi, cuando vi el deseo en sus ojos de irse, me acabó de destrozar por completo. Fui a buscarla sin saber qué decir. Lo único que quería era tirarme a sus pies y rogarle, rogarle porque no me dejara, porque no se fuera, porque no me abandonara. La veía pequeña y delicada, pero no lo era, joder. Era un puto huracán que había destrozado mi vida por completo. Ella lo era todo: ella era mi calma, mi locura, mi deseo… mi todo. Ella era mía para siempre, mis ganas de vivir, de ser mejor, pero no sabía expresarlo ni con palabras ni con hechos. No fui consciente de todo eso hasta que cerró la puerta de mi casa esa maldita madrugada cuando dijo: «Debo sanar. Debo de estar bien yo para que estemos bien, y esta distancia nos hará ver si de verdad es amor y no una locura más».

Las peleas, mis celos, mis formas… la habían agobiado. Creo que, desde que la vi, no supe hacerlo bien con ella. La cagué muchas veces, le reproché muchas veces. Pero… no fui consciente de todo hasta ese portazo. Ahora ¿qué haría yo? ¿Qué me quedaba a mí? ¿Continuar o… volverme más loco aún?

No había amanecido cuando llegué a la playa. Había gente esperando las olas. El mar estaba algo agitado y tenía buen viento, así que dejé a Turrón en la toalla y entré en el agua.

Hacía tantísimo tiempo que no disfrutaba de un día así… un día de calma absoluta y de paz interior y de tristeza, que me olvidé de todo. Peleé con la fuerza del mar, estaba algo

desentrenada, pero resistí hasta que el cuerpo me dijo «basta». Arrastraba la tabla cuando me fijé en que Jaspers estaba sentado al lado de Turrón. Lo llamé y él vino hacia mí disparado.

—Mi chico.

Lo acaricie a la vez que miraba al crío ese que, por primera vez, nos veía sonreír como un gilipollas.

Jaspers se puso en pie. Me ofreció la mano.

—Tío. Yo…

—Tú nada —le corté—. Dime qué quieres, ¿qué coño haces aquí?

—No soy tu enemigo, Dante. Me caes bien y te aprecio.

Lo miré, incrédulo.

—Tú estás enamorado de ella —le recriminé.

—No puede decirte que no, pero sí que no como antes. Ella es mi amiga y soy consciente de que te quiere a ti. —Nos miramos—. Ella está enamorada de ti. Si no lo ves…

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Quiero que sepas que la voy a cuidar, a tratar con respeto, y que no pienso tocarle ni un solo pelo de la cabeza. —Arqueé una ceja al escucharlo—. Sé que eres tú a quien quiere y yo no soy un segundo plato. Los dos respetamos la amistad.

—Eso espero, porque como la toques… —me di cuenta de que tenía la mandíbula fuertemente cerrada y también los puños— te mato.

—Solo quiero que sepas eso, que estés tranquilo. Yo daría mi vida por ella.

—Eso espero, porque te la vas a llevar.

El odio y el rencor hacia ese chaval no me dejaban ver sus buenas intenciones.

—Nos vamos una temporada, pero ella volverá. Joder, tío. Sabes todo lo que lleva en las espaldas. ¿No ves lo jodida que ha estado?

—Sí, claro que lo sé. Lo sé mejor que tú.

—Lo dudo, Dante. Permíteme que te lo diga, pero lo dudo. Tú no eres consciente de cómo le comes terreno, de cómo la persigues y la agobias.

—No me jodas. —Me estaba cabreando el niñato ese—. ¿Qué coño te crees tú?

Él se sentó y abrió la mochila que llevaba.

—Toma. —Me pasó una botella de agua—. Siéntate —me pidió—. Cuando te conocimos —se le escapó la risa— todos te llamábamos el cromañón. Lo único que te faltaba era cargártela al hombro.

—Te estás pasando. —Me dejé caer en la arena y apoyé mis brazos en mis piernas. Turrón se sentó a mi lado—. Pero sigue, te escucho.

—Pues eso, tío. Que todos sabemos que la quieres más que a tu vida, pero eres algo intensito. Le meas el tobillo y no le das respiro.

—Ella no se ha quejado.

—No, porque te quiere como eres, pero ella viene de algo muy jodido. Llegó aquí con miedo, con rechazo a ella misma y rota. Ella solita se recompuso, pero aún le queda por recomponerse y tú, con vuestras tonterías, no la deja avanzar. Y tú también te ves jodido.

Lo escuché, juro que escuché a ese chaval e intenté ver el mundo y la vida a través de sus ojos. Y sí, en muchas cosas tenía razón. Yo también tenía que sanar y quererla como era debido. Seguramente, los traumas que tuve de pequeño no me dejaban avanzar más con ella; la desconfianza y mal carácter, el no entenderla... No sé. Supongo que no fui consciente de las carencias que ella tenía y que necesitaba y solo me fijé en mis miedos. Él tenía razón. Las palabras que él dijo me marcaron. Dijo que se las había dicho Carlota tiempo atrás, y que esas mismas palabras retumbaron en su cabeza durante mucho tiempo hasta que les encontró sentido.

Todo en esta vida pasa por algo. Cada persona entra a tu vida con un propósito, ya sea para enseñarte algo bueno o malo. Todo es un aprendizaje. Hay personas que entran en tu vida y se quedarán ella para siempre y otras que pasarán por ella como algo pasajero, pero todas, todas, te enseñan algo.

Jaspers decía que él era una de las personas que permanecerían en la vida de Carlota siempre porque los dos se necesitaban; no era amor ni pasión, seguramente era una pura amistad, pero él le había enseñado a disfrutar la vida y ella le había enseñado a tomarse las cosas en serio. Eran como el bien y el mal que, a pesar de ser opuestos, siempre van de la mano.

Y, así, el jodido niño se me metió en el bolsillo.

30. En ruta

«Un viaje de mil millas ha de
comenzar con un solo paso».

Lao Tzu

—Y las locuras se hacen sobre la marcha —repetía Jaspers una y otra vez.

Estábamos tomando un zumo de naranja, desayunado en la playa de Castelejo, Algarve. Iba con otros surfistas más cuando se le ocurrió la genial idea de irnos en plan mochileros a Tailandia. Claro está, a mí me dio la risa y no me lo tomé muy en serio en un principio, pero con el paso de las horas en el mar, haciendo surf, esa terrible idea empezaba a tomar forma en mi cabeza.

Llevábamos dos semanas viviendo en una autocaravana en plan *hippie* recorriendo todas las playas de Portugal. Descansando en la arena. Lleno a fiestas y viviendo la vida en plan loco. Sin horarios, sin reglas, si nada más que el «yo» y el «ahora». Y era increíblemente alucinante.

Acaba de cabalgar la ola y su fuerza me acompañó hasta la misma orilla. La recogí y corrí hasta donde estaban los demás.

—Sí, me parece genial. —Clavé la tabla en la arena y me uní a todos—. Vámonos, sí.

Todos me miraban sorprendidos.

—Venga, ¿quién se apunta? —gritó él.

Yo pensé que nadie, pero la gente se animó. No pensé que encajaría también con todos sus amigos y con gente que no conocía, pero sí. Había muchas chicas en el grupo, las cuales me aceptaron como una más. Por las mañanas practicaba yoga y después me unía a ellos. Había empezado a estudiar técnicas y otros tipos de yoga. Gracias a cada persona que conocía, cada día descubría algo nuevo.

Me llevé mi ordenador y por las noches escribía un nuevo libro sobre mí y cómo iba cambiando mi vida poco a poco. Pero parte del día la pasaba en la naturaleza. Me acostumbré a ir descalza, a peinarme lo justo y a necesitar menos cosas cada día. Me sentía plena, y eso era mágico.

Salíamos de tomar algo en un bar cuando vi una paradita de pulseras. Me compré una nueva y alguna más para regalar a mi regreso. Siempre le compraba una a Dante igual que la mía y se la enviaba con alguna carta. Dijimos que no mantendríamos el contacto, pero yo no podía cumplir esa parte de mi promesa. Necesitaba hacerlo. A veces solamente le ponía:

«No te olvido».

Y la pulsera, pero nada más.

Volví a abrirme una red social, capada por todos sitios y con el nombre de mi madre. Le envié una solicitad a mis amigos y todos aceptaron al momento, todos menos él.

Escuché que me llamaba Odette; era una amiga de Jaspers, una surfista increíble y majísima con la que había conectado muchísimo. Me acompañaba en mis prácticas diarias y yo a ella en el *fitness*. Hacíamos un buen equipo.

—Tenemos que planear el viaje —dijo, aplaudiendo con sus manitas.

Me recordaba muchísimo a Lara, pero Odette era mucho más filosófica y espiritual que Lara. Vivía con su novio en una *camper* buscando las mejores olas. Caminábamos hasta el área donde teníamos las autocaravanas.

—Déjame que me meta donde no me llaman, pero ¿vosotros estáis juntos?

—No, solamente somos amigos.

Ella me miró sorprendida.

—Yo pensé que vosotros… Él siempre nos había hablado mucho de ti y, bueno…

—Solamente somos amigos, pero nos queremos muchísimo más que eso. No sabría explicarte.

—¿Dormís juntos? —quiso saber.

—No. Dormimos en las literas: él abajo y yo arriba. —Me reí—. Si durmiéramos juntos acabaríamos… —me callé.

—Follando, ¿no?

Yo asentí.

—Posiblemente. Es mi amigo, pero yo tengo ojos en la cara y está muy bueno.

Apareció Jaspers por detrás y me rodeó con los brazos.

—¿Hablas de mí?

—Sí, le estoy diciendo que estás muy bueno.

Él giró su cara y me miró a los ojos, inspeccionando. Yo corté la mirada y esa atracción sexual porque no podíamos estropear lo que teníamos. Le di un codazo en las costillas y él sonrió canalla, sabiendo por dónde iba.

Dante

Sostenía el móvil en mis manos. Tenía una solicitud de ella en Instagram, pero no podía aceptarla. Quería verla, pero me daba miedo. Llevaba apenas dos semanas fuera de mi vida y había recibido tres cartas de ella. No podía ser, era incapaz de comer o de salir de mi casa. Joder, en cada carta decía que me echaba de menos y una pulsera. Joder. Me seguía doliendo como a aquella noche.

Picaron a la puerta. No pensaba abrir.

—Abre, idiota.

La voz de Lara se escuchó, atravesó de jodida puerta de roble macizo.

—¡Vete! —grité desde el sofá.

—Una mierda. —Tuve que reírme. Era una cafre, pero siempre estaba ahí—. Que abras o la tiro abajo.

Escuché un golpe. Abrí la puerta y la vi, tirándose contra ella en plan loca. Se puso bien la ropa y me miró.

—Pero ¿tú te has visto las pintas de vagabundo que me llevas, marrano? —Miró en todas direcciones—. ¡Qué cerdo, tío!

Abrió las ventanas.

—¿Has venido a insultarme?

—No, he venido a afeitarte. Dúchate, hueles a pachuli.

Turrón se acercó a ella despacio.

—Él también la echa de menos, Lara.

—No, él está así de verte a ti, joder. Dúchate y aféitate, nos vamos a comer.

—No —dije, rotundo.

—Sí —contestó ella—. Tengo todo el día. —Sonrió como una hiena—. Tú verás. —Se sentó en el mármol de la cocina—. ¡Qué asco! —dijo, mirando a su alrededor.

—Está bien, tú ganas.

Entré en el cuarto de baño.

Esa noche con Lara y los colegas del pueblo me supo a poco. Me sentí bien y tranquilo. La echaba mucho de menos. Estaba en la mesa riéndome y entretenido y, de repente, ella pasaba por mi mente devastándome por completo. En esas semanas que pasé en casa pensé mucho, y también en las palabras del niñato. A lo mejor tenía razón y ella había pasado fugazmente por mi vida solo para enseñarme el amor verdadero, lo que era amar más a otra persona que a uno mismo.

—¿Me dejas el teléfono un momento? —la voz de Lara me sacó de mis pensamientos—. Me he quedado sin batería y tengo que llamar a Raúl.

Se lo di y vi cómo salía de la taberna.

—Tío, ¿cómo estás?

Bruno, mi mejor amigo, se acercó a mí con cautela y lo miré. A pesar de que éramos íntimos, él no me había llamado ni me había dicho nada. Yo sabía que él me conocía tanto que mantenía las distancias por mi mal carácter.

—Tirando, que no es poco.

—No he sabido nada de ti.

Me mordí el interior de la boca. Tenía ganas de llorar.

—Ya, ni yo, tío. Pero ya sabes, mejor alejarse de la fiera.

Sonrió, pero vi que realmente lo decía en serio.

—Te he echado de menos —le confesé y le di un abrazo—. Te quiero, tío.

—Y yo —dijo, devolviéndome el abrazo.

—Toma, tu teléfono.

Lara se sentó a mi lado. Nadie hablaba de Carlota en mi presencia, pero todos, como yo, la echábamos de menos, y mucho más en el *camping*, así que nadie la nombraba.

Al poco, me despedí de ellos. Había quedado con Bruno para ir hacer surf por la mañana. Entré en casa. Turrón vino a buscarme a la puerta. Siempre se quedaba un poco más por si entraba ella y, poco después, volvía conmigo al sofá. Cada día era lo mismo: encendía la tele acariciaba a mi perro y pensaba en ella mientras miraba el teléfono.

«Qué cabrona», pensé.

Al entrar en mi teléfono, cómo no, Lara había hecho de las suyas. Me había puesto una foto de Carlota de fondo de pantalla y había aceptado la solicitud de Instagram. Suspiré. Yo no fui capaz, pero sí que entré en su muro y aluciné. Salía ella en un par de fotos practicando surf. Otras, sentada en la playa o en la autocaravana, sonriendo. Despeinada, salvaje libre. Me fijé y llevaba puestas todas las pulseras que me había mandado, y siempre las tocaba, siempre. Mi corazón se iba a salir por la boca. ¿Cómo podía quererla tanto? No me lo pensé y la llamé.

—Hola —dije nada más descolgó.

Ella me saludó, contenta.

—Dante, te echo tanto de menos…

Cerré los ojos al escuchar sus primeras palabras, su dulce voz.

—Y yo cariño, y yo. —No quería romperme—. ¿Cómo va todo?

—Genial.

Empezó a contarme que estaba volviéndose una experta en el surf, que había mejorado muchísimo más las prácticas de yoga y que había conocido a muchos profesores, de los que había aprendido. Estaba mejorando muchísimo en todo, también de su nuevo libro y demás proyectos que tenía en mente. Y, mientras tanto, yo en casa, tirado en la cama hecho una mierda.

—Me alegro, cariño. Me alegro de que estés feliz.

—Gracias por aceptar mi solicitud. Gracias por seguir ahí.

—Siempre —dije, a punto de llorar.

—Siempre —me respondió ella.

La escuché hablar con una chica.

—Es Odette. —Me imaginé su bonita sonrisa al pronunciar el nombre de su amiga—. Nos vamos a Tailandia.

Joder, por poco me da un infarto. Me levanté del sofá del sobresalto.

—Qué bien, cariño. Tengo que colgar, me voy a dar un paseo con Turrón.

—Me muero por verlo, mi chiquito. ¿Me lo puedes poner?

—Claro.

Y ahí estaba yo haciendo el idiota poniéndole a Turrón el teléfono como si entendiera algo. Pero, para mi sorpresa, al escucharla, él ladró. Movió su cola y puso las orejas en posición de alerta.

—Nena, él te echa de menos.

Me calé. El nudo de la garganta era tal que no podía hablar.
—¿Y tú? —preguntó, con algo de tristeza en la voz.
—Yo me estoy muriendo.
Nos quedamos callados, y poco después me despedí de ella.

31. Sin destino

«El viaje empieza cuando los recuerdos
pesan más que las esperanzas».

Proverbio hindú

Locura, un viaje de ensueño. Una aventura increíblemente liberadora para mí. Una experiencia única. Esas palabras eran las que se repetían para mí una y otra vez en mi libro.

La primera noche que pasamos en Tailandia fue increíble. Conocimos a un montón de gente en el aeropuerto. Fuimos seis amigos y nos habíamos convertido en unos diecisiete, por el camino íbamos recogiendo a gente. Se nos unieron un matrimonio joven y dos chicas solteras, todo el mundo era bien recibido.

Nos fuimos a cenar por las calles típicas, alucinando con todo lo que veíamos y con la cultura. La gastronomía era muy sorprendente al igual que el olor. Y el calor, pero todo era positivo y nuevo, así que bien recibido. Busqué información sobre templos budistas; me bañé con elefantes y jugué con ellos en la selva de Chiang Mai, saqué fotos como una loca y Jaspers también. Él aprovechaba cualquier momento para retratarme. Desconecté por completo y me centré en dar las gracias por vivir todo eso. Después, encontré un gran grupo de personas que venían a Tailandia a hacer un retiro de yoga y decidí unirme a ellos un par de días. A Jaspers no le gustó mucho la idea, pero, al final, poco pudo hacer: yo lo tenía clarísimo. Además, sabía que mis amigos no se alejarían demasiado.

Dante me enviaba fotos de Turrón y de él y yo le mandaba fotos de todo lo que veían mis ojos. No hablábamos, la verdad, pero nos comunicábamos al menos, con imágenes. Sentía que lo quería más que el día que me fui, pero diferente: cada día mejor.

Practiqué yoga con distintos profesores y en distintos templos. Cada vez, el yoga y su filosofía hacían más mella en mí. No fui consciente hasta que volví con mis amigos de que había estado días sin probar nada de carne. Llevaba una semana sin parar, pero con más energía que nunca, cuando fuimos a la famosa playa de la fiesta tailandesa: *Full Moon Party*, la fiesta de la luna llena, en la isla de Koh Pha Ngan.

Me miré en el espejo. Estaba muy morena. El pelo, en vez de rubio, estaba casi blanco, y me gusté, me gusté mucho. Me sentí mejor que nunca. Me había puesto un tejano cortito y la parte de arriba de un bikini blanco, mi *Japa mala* y todas mis pulseras y anillos, además de un bolsito muy pequeño con el teléfono y la documentación.

Los demás me estaban esperando fuera.

—Joder, Carlota, qué bonita estás. —Jaspers me besó en la cara—. ¿Dispuesta a darlo todo?

—¡Sí! —grité, levantando la mano y saltando—. Venga, vamos.

Nos reunimos todos en la entrada de la fiesta. Jamás había visto a tanta gente. Vamos, ni en Ibiza en pleno agosto en Pachá. Una locura constante: la gente estaba pintada con pintura fluorescente, vestidos o, más bien, disfrazados; confeti, globos y fuegos alrededor de todo. La gente lanzaba farolillos y cuanto más entrabamos entre la multitud, más gente había. La música estaba realmente alta y casi no escuchaba a los que tenía a mi alrededor.

—Mira la luna —me dijo Odette.

Miré hacia arriba y era preciosa, la luna llena más grande y plata que jamás habían visto mis ojos.

—¿Sabes que la luna es capaz de activar mareas, de volvernos locos? —susurró Jaspers a mi lado. Yo asentí—. Pues esta noche vuélvete loca. Déjate llevar por su influjo.

Nos miramos; en sus ojos se reflejaba la luna y brillaban de forma especial.

Estábamos bailando entre la gente, dejándonos llevar. Era toda la playa una gran fiesta. Un montón de chiringuitos y cada uno a su rollo, su música y su ambiente.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó uno de ellos—. ¿Qué?, ¿qué queréis? —voceó entre la multitud.

—Te acompaño, Carloti. ¿Un ron? —le ofreció Jaspers.

—Sí —dije, bailando con Odette y Marian, una de las dos chicas que se unieron a nosotros durante el viaje.

La noche prometía. Todos juntos bailando, dejándonos llevar. La complicidad que tenía con Jaspers iba en aumento, y me sentía más unida a él. Caminé hasta la orilla. Quería meter mi *Japa mala* en el agua y me fijé en el reflejo de la luna en el mar: enorme, color plata y preciosa.

Mangata. Recordé a Dante diciéndolo. Mi corazón bombeó con fuerza. Saqué el móvil e hice una foto. Se la envié a él con «gracias, gracias, gracias», y volví a guardarlo. No quería ver si contestaba o no; simplemente, quería sacarlo de mi mente y centrarme en él.

—Carlota, ¿dónde están los chicos?

Marian se puso a mi lado.

—Se fueron a pedir.

La miré.

—Tienen para rato. —Sacó un monederito y me miró—. ¿Quieres?

Me ofreció un tripi. Lo movió en sus deditos.

—No, yo paso de estas mierdas. Ya tuve mi época y paso.

—Venga —dijo, acercándomelo a la boca.

Yo me aparté.

—No, de verdad.

Le aparté la mano. Poco después, vinieron los demás, Jaspers con dos copas y con un cubito de playa con pajitas.

—Aquí se está mejor, joder —dijo Jaspers pasándome el vaso—. Toma, Carloti. Vengo sudado. Sujétame el mío. —Lo miré—. Voy a darme un baño. Huelo a todo menos a persona.

Se desnudó y corrió al mar. Algunos de sus amigos se unieron a él y, cómo no, yo también. Le di un trago a mi copa y me quité los pantalones. Me uní a ellos y, poco a poco, acabamos todos en el mar.

Jaspers y yo manteníamos una distancia rara. Los dos, desnudos en el mar, por la noche, entre risas y bromas, podían ser peligroso. Joaquín, uno de sus amigos, me cogió y me tiró por los aires y caí casi encima de Jaspers.

—Mmm —susurró entre dientes—. Me has caído del cielo.

Me reí. Tenían mucho peligro con dos copitas, pero, por suerte para mí, yo tenía más cautela.

—No seas malo, ¿eh?

Me escabullí de su agarre.

—Chicos, tomad las copas. Se os van a aguar y aquí valen una pasta.

—Sí, dame la mía, que no voy más a por ninguna. Está a rebosar de gente.

La fiesta continuaba en la arena, saltado, bailando y todos haciendo el loco. Salí del mar con Odette.

—¡Se os ve tan bien! Te mira y se nota que…

—No, no —le corté—. No tenemos nada. Mejor así y que mantengamos una amistad sana.

Busqué a Jaspers con la mirada.

—¿Qué es eso que llevas en los cubitos de playa?

—Búa. —Se secó el pelo con su camiseta—. Eso es la misma muerte. Son *buckets.* —Se rio—. Lo he traído por no volver más a la barra.

—Ya, pero ¿qué lleva?

—Ni idea. Pero es alcohol, mierda pura, y dicen que tienes resacón de elefante si bebes de ahí.

Sus ojos trasmitían magia, todo en esta isla lo trasmitía. Era tal la vibración de la isla, el mar y su naturaleza que podía sentirla.

Después de ahí, comencé a verlo todo más borroso, todo confuso. No podía dejar de bailar y saltar, gritar con los demás. Como dijo Jaspers, la luna y su atracción nos podían volver locos a todos, y así fue.

—Tengo mucha sed. Necesito ir a por agua.

Jaspers y Odette me acompañaron.

—Carlota, ¿estás bien? —me preguntaron los dos.

—Mejor que nunca. —Me reí, di vueltas sobre mí misma—. Me encanta, ¡me siento tan bien!

Me bebí la botella de agua de golpe. Estaba seca. Jaspers no me quitaba ojo de encima.

—Esperaos aquí —dijo, serio—. Voy a por más agua.

Al volver con los demás, Jaspers me llevó aparte.

—¿Has tomado algo? —Estaba demasiado serio.

—No. Tranquilo, yo paso de esas mierdas. —Le acaricié su pelo largo—. Qué guapo estás.

Se me escapó la risa y me apartó las manos.

—¿Has bebido algo más de lo que te he dado?

Negué con la cabeza.

—¿Qué te pasa?

Puse los ojos en blanco.

—Te veo rara, Carlota. Tus ojos…

—Estoy tranquila, relajada, feliz. Disfrutando. Relájate tú. —Me acerqué a él más de la cuenta. Él retrocedió y me sujetó de las manos—. Ven, vamos a probar el cubito.

Salí corriendo, dejándolo atrás. No podía reprimir la felicidad que sentía.

—¡Chicas! —las llamé, a la vez que levantaba el cubo en alto—. Venga, *chupitazo*.

Cada una cogió una pajita y tragamos juntas ese licor.

—Puagggg. —Me limpié en el brazo—. Qué malo está.

—Poneos juntos —nos dijo Joaquín—. Vamos a sacar fotos.

Extendió su palo selfi y comenzó a grabar videos y a sacar fotos sin control mientras bailábamos y nos dejábamos llevar.

Desperté en el hotel con Jaspers al lado. Yo solamente llevaba el biquini puesto y él estaba como su madre lo trajo al mundo.

—Por Dios.

Me tapé la cara con las manos.

—Carlota, por Dios. —Se rio al verme—. No me seas pava, que todo esto ya lo has visto antes.

—Dios.

Me escabullí al baño. Dormíamos en una cama en el suelo en un tatami. La habitación era una cabaña de bambú, muy bonita, con lo justo para dormir. Al entrar al baño, grité.

—Joder. —Volví a salir—. Por Dios. No me acordaba.

Jaspers estaba en la cama muerto de la risa.

—Carlota. Llevamos aquí ya la vida misma, cada día el mismo espectáculo al ver el avuguero.

—No te rías, me estalla la cabeza. —La sujeté con mis manos—. Es que me da cosita hacerlo ahí.

—Normal. No veas anoche… Ibas como las Grecas, ¿eh, amor? —se burló de mí.

—Eh, ese tonito. —Me cogí la cabeza con las manos y lo miré, seria—. ¿Por qué estoy en tu cabaña?

—Bueno. —Se frotó el pelo y se levantó de la cama—. Tú ayer estabas muy cariñosa conmigo y…

—Y… no me acuerdo de nada. ¿Nos acostamos?

—No, Carlota, no. —Entró en el baño—. No quise, no estabas en condiciones y yo no soy de esa manera.

—¿Estás haciendo pipi mientras hablas conmigo? —dije, traspuesta por la imagen.

—Pues, Carlota, ayer ibas drogada y no sabías ni lo qué hacías.

—Yo no me drogué.

Mi rotundidad sonó en la cabaña. Él salió muy rápido del baño.

—¿No? Pues ibas toda puesta.

—Pues yo no hago esas cosas, así que sería el alcohol y el cubito ese de la muerte que trajisteis.

—La cuestión es que no nos acostamos, yo puse el freno. Solamente hemos dormido.

—Pues tú estabas desnudo.

Me escandalicé, pero fue más drama que lo que sentí al verlo, porque tenía el cuerpo esculpido y era perfecto.

—Sí. Duermo desnudo, pero, aparte, me vomitaste encima cuando te traía a la habitación en brazos.

Yo abrí la boca.

—Te juro que no recuerdo nada. Me quiero morir.

—Lo sé. Te conozco, y ayer no eras tú. ¿Alguien te ofreció algo?

—Sí. Marian. —Él arqueó una ceja—. Pero yo no quise y ella se lo guardó. No sé. —Me senté en el colchón—. Me estalla la cabeza.

Él rebuscó en su mochila y sacó el botiquín. Me pasó un ibuprofeno bebible y me di una ducha.

—Esa chica no me gusta. No es de fiar. Se lo notaba desde el primero momento. Creo que te drogó sin que tú lo supieras, y esas cosas no se hacen. Como comprenderás, tendrás que hablar con ella.

—Sí, pero prefiero preguntárselo primero. Lo mismo no fue así y la luna…

Arqueó una ceja.

—Mis cojones —farfulló por lo bajito. Yo reí—. Te veo tan feliz y relajada…

—Me muero por ir a explorar —dije, mirando a través de una cortinilla.

—Gorda, todos están medio muertos —me dijo, al salir de la ducha—. Hoy nos quedamos aquí en Koh Pha Ngan, descansamos y recuperamos fuerzas. ¿Te parece bien?

—Sí, pero yo quiero salir, quiero ver la isla y disfrutarla.

—Voy a buscar el desayuno. Descansa un poco.

Me vestí con un bañador blanco y un pantalón tejano corto y salí al balconcito que tenía la cabaña. Todo el suelo era de bambú y tenía cojines, así que puse un pareo que llevaba para esas ocasiones que compré en Bangkok y me estiré encima. Me puse cómoda. Las vistas eran impresionantes. El mar Pacífico, que bañaba la costa de Malasia, Camboya… era el paraíso. Sus aguas azul turquesas envueltas de montañas con formas mágicas me tenían embelesadas. Capturé algunas imágenes con mi móvil. Miré la hora: eran las once, no sabía bien la hora que era en España. Pero, aun así, le mandé una de las fotos que había hecho a Dante. Me quedé mirando el teléfono como una pava y, para mi sorpresa, él estaba ahí.

Los nervios se apoderaron de mí. Le dije que quería llamarlo, que lo echaba de menos, y que le quería, pero teníamos que aceptar los tiempos. Él escribía poco. Se disculpó diciendo que lo había pillado durmiendo y que no estaba muy allá.

Los días pasaron sin darnos cuenta entre viajes en tren, en barcas, y descubriendo todas las maravillas y templos que nos ofrecía Tailandia; no tuve tiempo para pensar en lo demás, flui de tal manera que no fui capaz de volver con los demás, y Jaspers y yo decidimos irnos por nuestra cuenta.

Una de las noches no encontramos ningún sitio para dormir, estábamos en una aldea pequeñita de pescadores, y decidimos acampar en la misma playa, dormir a la intemperie.

Al despertar estábamos rodeados por unos niños monísimos que nos miraban alucinados. Uno de ellos, el más pequeñito de todos, se acercó con cautela a mí. Jugó con un mechón de mi pelo sin dejar de mirarme. Su familia se acercó a nosotros y nos invitaron a quedarnos con ellos. Nos ofrecieron absolutamente todo lo que tenían, sin dudarlo, a unos simples extraños se lo dieron todo. Y yo me enamoré de ellos.

Me hice muchas fotos con todos, pero en especial con el pequeño de la familia, Malee, que se fascinaba tocándome el pelo.

Los días pasaban y pasaban y yo no me cansaba del lugar. Estábamos de vuelta en la capital, faltaban cinco horas para nuestro vuelo cuando Jaspers me dijo que podíamos hacer otra locura más.

—Carlota, yo ahora mismo tengo tiempo libre, dinero y ganas. —Yo lo miré, jamás sabía por dónde podía salirme—. ¿Por qué no nos vamos unas semanas más por ahí? —Abrí los ojos como platos y estudié su oferta—. Piénsalo. Dime, ¿tú no querías vivir?, ¿no querías perfeccionar tu técnica?

—Sí. —Me mordí la uña—. Sí, yo quiero aprender más.

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas.

—Vámonos al Nepal, coño. Conoce a más maestros. Aprende. Jamás te había visto tan feliz. Tan tú, tan libre. Hagámoslo.

Besó mi frente. Volvernos más locos todavía y yo… volví a aceptar.

Y así fue. De Tailandia viajamos al Nepal, donde estuvimos unas semanas.

Yo me comunicaba con mi familia, Socorro y mi hermano una vez por semana. Tanto mis padres como Socorro me apoyaban incondicionalmente, mi hermano y Lara estaban algo molestos. Yo sabía que no era por mí, simplemente por Dante; en ocasiones, hablaban por su boca más que por la de ellos. Pero algo en mí había cambiado, ya no me molestaba nada de lo que antes me molestaba, las cosas habían cambiado para mí. Todo tenía otro valor para mí ya.

Cuando Jaspers tuvo que volver a España para incorporarse al trabajo, yo no sentí miedo. No sentí el pánico de verme sola con una mochila a la espalda recorriendo el mundo.

La guerrera que llevaba dentro había cogido las riendas de mi vida.

Y sí, las semanas pasaron sin ser consciente de ello. Nepal, India, Filipinas y, cómo no, Bali, fueron los destinos en los que crecí como persona, en los que me conocí a mí misma y en los que realmente sané todas las heridas que llevaba a mi espalda. Había terminado el libro y empezado otro. Tenía miles de proyectos en mi mente y la energía que desprendía era luz.

Estaba volviendo a casa. Estábamos volviendo a la realidad. Después de casi tres meses, viviendo una aventura constante. Estaba nerviosa por verlos, por ver a mi familia y abrazarlos. Estaba como loca por llegar al *camping* y empezar una nueva aventura.

32. Realidad

«Ser feliz es sencillo.
Lo difícil es ser sencillo».

Proverbio zen

El reencuentro con los míos fue como esperaba: mis padres, con su amor incondicional, y mi hermano y Lara, dos locos enamorados que siempre estarían a mi lado y me aceptarían con todas mis rarezas.

Pasé dos días en casa descansando y mi madre revisando a ver si tenía piojos. Se negó a meter mi ropa y mis cosas en la lavadora y obligó a mi padre a llevarlo todo a una tintorería. Sí, así era mi dulce madre: una completa psicópata del control y la limpieza.

Lara se empeñaba en llevarme a la peluquería e irnos de compras, pero yo no necesitaba nada de eso. Les di a todos sus regalos y alucinaron al ver que dos de mis tres mochilas eran prácticamente regalos, postales y fotos. Mi esterilla de yoga estaba destrozada, pero no pensaba deshacerme de ella ni mucho menos. Quería conservarla, quería tenerla porque ella y yo juntas habíamos compartido una historia y las dos éramos una.

Llamé a mi editora para concretar una cita con ella. Antes de volver al *camping* quería dejarlo todo cerrado, ya que en mis planes solo entraban mis nuevos proyectos, a los cuales dedicaría todo mi tiempo.

Mis padres y mi hermano me miraban sin cesar. Miraban mi nueva forma de expresarme, de cuidarme por dentro y por fuera, y cómo me comportaba. En ocasiones los miraba y los encontraba sonriendo. Mamá me llamaba hipóloga cada dos por tres y a mí me daba la risa al verlos.

Estaba duchándome cuando entró Lara.

—Carlota, mi amor, ¿cuándo piensas llamar a Dante?

Se sentó en el inodoro.

—No sé, cuando sienta que debo hacerlo. Yo no he roto el contacto con él, fue él. Lo mismo necesita más tiempo que yo para aceptar las cosas.

—¿No tienes nada que contarme? ¿Algún morenito? ¿Algún polvete esporádico por ahí?

—No, simplemente, yo. De verdad.

Al salir de la ducha, me miró de arriba abajo.

—Está más delgada. —Se mordió el labio—. No sé, lo mismo comer algo de pollito o de cerdo te sentaría bien.

—Sí, pero no me apetece. —Me reí—. Estoy genial, de verdad.

A Lara le costaba mi cambio, pero, aun así, no decía mucho más al respecto.

Había quedado con Daniela y Anais, estaba acabando de vestirme con ropa que Lara me había traído de mi casa. Me puse unos tejanos claritos y una camiseta viaja de los ramones y unas Converse blancas, una chaquetita de polipiel vieja que tenía más años que el copón y me recogí el pelo en una coleta alta. Me di algo de color en la cara porque ya no me parecía mal hacerlo. Lo veía natural, me sentía yo. Todo el tiempo que pasé en mi viaje no me maquillé, pero estaba desando volver hacerlo y antes, cuando lo hacía, siempre me daba miedo a volver a ser aquella chica que solo vivía para su físico. Ahora entendía que no importaba lo que me gustase o no, o que quisiera comprarme algo nuevo. No era por egoísmo, no era malo. El hacerlo o el quererlo no era malo, era normal. No iba a ser mejor o peor persona. Acabé de maquillarme y me despedí de mis padres. Decidí ir caminando al centro, disfrutar también del encanto de mi ciudad y de sus calles, porque Madrid, era Madrid. Y, como siempre dicen: «de Madrid al cielo».

Tanto Daniela como Anais se sorprendieron al ver el manuscrito de mi nueva novela y las fotos que quería incorporar en la maquetación.

—Esto… esto me sorprende muchísimo, Carlota. Es como un diario de yoga.

—Sí, es mío personal. Explica la trasformación que he sentido en mi interior poco a poco y cómo me ha cambiado la vida. Una guía fácil para principiantes y, bueno… relatos breves sobre mi viaje. —Ellas me miraban con atención—. No es como el otro, ni lo pretendo, pero me gustaría probar y que viera la luz.

—Hombre, el otro ha sido un éxito absoluto. Vamos por la novena edición y se vende como rosquillas.

—Sí, he leído los *mails* —dije, feliz—. Así que confío en vosotras y en el universo y sé que lo dejo en buenas manos.

—¿Y ahora qué? —me preguntó Anais, mirándome con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—Pues, ahora, a volver a mi vida. A seguir en mi bar y a sacar adelante mis proyectos.

—¿Podemos saber algo de eso que tienes tan calladito?

Se miraron las dos; estaban deseando que les contara mis cosas.

—Solo puedo deciros que… la filosofía yogui va más allá de una *asana*. Y quiero, quiero poder ayudar a la gente. Quiero organizar retiros, no sé —bromeé—. Cuando esté todo más definido en mi cabeza os contaré. Tengo que darle forma, sacarlo de mi mente y moldear la idea, pero pinta bien. —Sonreí—. Querer es poder.

Poco después, me despedí de ellas. Cené con Lara en el centro y le conté mis planes de irme al día siguiente al bar. Ella me insistió en que nos quedáramos unos días más, pero yo, ya no podía. Necesitaba verlos, verlos a todos y volver a mi lugar en el mundo; ver a Dante y comprobar que seguía sintiendo por él lo mismo que meses atrás. Estaba algo nerviosa por verlo, pero era algo que debía hacer. No podía retrasarlo más.

Al entrar en el *camping* paré el coche en la puerta. Estaba igual que el día que lo dejé. El sol brillaba tímido entre las nubes y hacía bastante viento. Había poca gente a esas horas. Era jueves

por la mañana y solían ser bastante calmados. Aparqué el coche en la entrada y entré al bar. Escuché desde las escaleritas los gritos y las risas de Socorro.

«En casa, estás en casa», me dije.

Abrí la puerta y sonaron las campañillas. Judith y Sofía me miraron. Corrí hasta ellas, que salieron de detrás de la barra, y las abracé con fuerza. Busqué con la mirada a Socorro, que estaba paralizada en la entrada de la cocina.

—Mi niña Carlota.

Me solté de mis amigas y caminé hasta ella. Me abrazó con fuerza y dejó escapar alguna lagrimilla.

—¿Dónde está Manuel? —dije, sin apenas aliento. Sus abrazos cortaban la respiración.

—Está en el pueblo. ¿Qué haces aquí? —Me soltó y me miró—. No te esperábamos tan pronto.

—Lo sé, pero no podía aguantar más. Os echaba mucho de menos.

Algunos de los clientes se acercaron a saludarme. Había algunos nuevos, pero casi todas las caras eran familiares. Me senté con Judith en una mesa.

—Cuéntame. —La cogí de las manos—. Yo te he contado todo, pero tú no has dicho mucho.

—Chica, perdida en la selva. Oye, qué pelo más largo tienes. —Me acarició la melena—. ¡Superlargo, superrubio! —gritó y me envolvió en sus brazos.

—Me muero por ver a Dante. —Ella sonrió—. ¿Debería saber algo o voy así, a lo loco?

—Ve. Como quieras, pero ve. —Cogí aire, inundé mis pulmones—. No estés nerviosa, él está como siempre. Loco perdido y enamorado de ti.

—Sí, en cuanto vea a Manuel iré, pero cuéntame. ¿Qué tal todo? ¿Qué tal el bar?

—Todo igual, mi vida amorosa sigue igual. —Se sonrojó—. Pero la laboral, fenomenal. Ellos me tratan como a una más. Me siento en casa.

—Me alegro, cariño. Y económicamente, ¿qué?

—Genial. Todo se ha encauzado.

No llevaba ni media hora en el bar y ya estaba completamente integrada. Ya estaba nuevamente en casa y volvía a sentirme tranquila conmigo misma. Poco después, llegó Manuel, emocionado por mi regreso y con un ramo de flores muy bonito.

—Bienvenida a casa, hija —dijo, dándome las flores y un abrazo de oso—. Corre a ver a Dante, sabe que estás aquí y está como un león enjaulado. —Escondió su risa perversa—. Venga, no pierdas tiempo.

—Toma las llaves del coche. —Se las di a Manuel—. ¿Dónde está mi bici?

Todos abrieron mucho los ojos y me miraron, pero, conforme yo los miraba y el silencio se había más latente, todos apartaban la vista.

—Digamos que se topó con Dante —comentó Manuel—. La rompió.

Yo puse los ojos en blanco.

Dante

Cuando sonó el teléfono de Manuel en la terraza de la taberna lo supe: sabía que ella había vuelto. Raúl me avisó cuando ella salió de Madrid: más que en blanco y en botella. Los nervios corrían por mi cuerpo. El corazón me latía fuerte y las manos comenzaron a sudarme. Ella, en sus fotos, en sus cartas, estaba tan diferente, tan especial que… Joder, seguramente se habría dado cuenta que yo no merecía la pena, que ella merecía algo más que mi mal carácter y mis tonterías, mis traumas de pequeño que todavía arrastraba y que no superaría en mi vida. Pero no podía remediarlo: yo la amaba con locura. Intenté olvidarla, pasar página cada día, pero era imposible; la quería y la necesitaba en mi vida.

Quería ir corriendo a verla. Quería entrar allí y preguntarle si tenía alguna posibilidad, quería tantas cosas que… miré mi brazo, en el que llevaba todas sus pulseras, sus anillos y los collares que me había mandado.

«No —me dije—. Ella sigue queriéndome».

Se me cortó el habla cuando la vi cruzar la calle corriendo. Iba directa al taller.

Bruno y el padre de Judith me palmearon la espalda. «Ve a por ella», me dijeron, pero mis pies no se movían.

Al segundo, ella apareció delante de mí; corría por la calle, sus ojos clavados en mí, y yo quieto como un pasmarote. Bruno me empujó hacia delante y solamente pude abrir los brazos. Su cuerpo impactó con el mío con mucha fuerza. Di dos pasos hacia atrás, al tiempo que la abrazaba. Ella me cogió entre sus brazos. Se me salía el corazón por la boca. Su olor me estaba mareando.

«Ella, ella, ella, ella —me dije—. Aquí conmigo».

Tenía la cabeza apoyada en mi pecho. La separó despacio y me miró. Levantó su cara, el arito de su nariz brillaba. Sonrió y me besó en los labios. Sus brazos salieron disparados a mi cuello, envolviéndolo, y su boca besaba la mía dulcemente. La cogí en brazos y la besé. Los demás silbaban y ella, en un movimiento ágil, enroscó sus piernas a mis caderas. Separó nuestras bocas y saludó a la gente.

—Hola —dijo, tímida y algo sofocada. Dos lágrimas bajaron por su cara y, al mismo tiempo, por la mía—. Os he echado mucho de menos.

Bruno me la arrancó de los brazos. Y después otro, y otra, y así medio jodido pueblo. Yo me apoyé en el barril que utilizábamos de mesa y la contemplaba.

Qué cambiada estaba… más delgada pero más fuerte. Estaba casi negra. Llevaba unos tejanos cortos blancos con una blusa rosa pálido y llena de pulseras anillos. Miré sus pies: en todos sus deditos llevaba anillos. Llevaba unas chanclas hawaianas y su pelo suelto. Estaba preciosa. Parecía una ninfa recién salida de algún cuento. Ella me buscaba con sus ojos y los míos siempre estaban mirándola.

No sé el rato que pasó saludando a la gente del pueblo, pero se me hizo eterno.

La madre de Judith le sacó a la gente de encima y la obligó a sentarse.

—Ven, cuéntanos. Dinos.

Yo no podía aguantar. Me acerqué a ella y la envolví entre mis brazos.
—Lo siento, señores, pero… necesito un ratito con ella.
Me la llevé a una mesa aparte y, durante unos segundos, no dejamos de mirarnos.
—Te quiero —le dije en un susurro.
—Yo también —dijo al final.
Y ahí lo supe, supe que yo era suyo completamente en cuerpo y alma.

33. Y ahora, ¿qué?

«La vida es un desafío, afróntalo.
La vida es amor, compártelo.
La vida es un sueño, hazlo realidad».

Proverbio hindú

Socorro y las niñas me habían preparado una fiesta de bienvenida. Desde que pisé el pueblo, no tuve ni un minuto tranquilo con Dante para poder hablar bien las cosas. Tampoco hacía falta, ya que los dos habíamos reaccionado igual. Pero, aun así, no habíamos tenido tiempo para nada.

El jueves, en cuanto volví al *camping* deshice las maletas, y las chicas se empeñaron en ayudarme y quedarse conmigo. Como también necesitaba gestionar todas mis emociones, preferí que se vinieran ellas a casa y que Dante, como yo, gestionara lo que tenía dentro después de tantos meses sin vernos.

El viernes por la mañana desperté temprano; salí a correr, tenía mucho más aguante y fortaleza, y corrí algo más de lo que corría habitualmente.

Después, hice mi práctica de yoga extensa y calmada y desayuné. Le mandé un mensaje a Dante.

«Buenos días, moreno. ¿Te apetece escaparte conmigo a la playa y coger unas olas?

Contestó al segundo, preguntándome si venía a por mí.

Le dije que sí, que alguien me había robado la bici. No dijo nada, pero sabía que ya me habían puesto al día.

Estaba preparándome un zumo détox cuando escuché su camioneta. Aparté la cortina de la cocina y lo vi. Estaba descargando una bici nueva de paseo. Blanca, muy bonita, con un cesto grande de mimbre en la parte delantera y otro detrás cuadrado, el sillón marrón de piel y dos rayas en color ocre en las barras.

Salí al porche y lo miré. Me sonrió, nervioso. Abrió la puerta y salió Turrón como una bala hacia mí. Me tiré al suelo con él y dejé que me lamiera las manos y el cuello.

—¡Está como loco! —gritó Dante mientras nos miraba—. Estamos como locos —recalcó.

Él intentaba sacarme a Turrón de encima, pero era imposible. Yo me reía a carcajadas.

—No pensé que lo fueras a traer. —Me puse en pie y lo abracé—. Muchas gracias, Dante, por todo. —Él me abrazó fuertemente contra sí—. La bici es preciosa.

—Más lo eres tú, cariño. —Se mordió el labio—. Al menos ahora tendrás una bici decente con la que ir por el pueblo. —Ocultaba una risita nerviosa.

Cargamos la *furgo* con las tablas y mi bolsa de playa y nos fuimos los tres. En la entrada estaba

Manuel barriendo las hojas y nos sonrió. Le acaricié la nuca.

—Estoy feliz, feliz de estar contigo.

Él sujetaba el volante con fuerza, sonrió y me miró.

—Yo más. Te lo puedo asegurar, cariño.

Su mano en mi rodilla, acariciándome suavemente. Al llegar a la playa dejamos las cosas y entramos al agua con las tablas. El mar estaba bastante tranquilo.

Dante

No podía dejar de mirarla. Estaba impresionante; había madurado, todavía tenía mucho más carisma, más fuerza y más luz. La miraba y, además de ver lo bonita que era, podía ver más allá.

Parecía como que el sol la hiciera brillar todavía más. Estaba remando con su tabla, el agua salpicaba su espalda y el sol tímido la cubría. Era una imagen que cortaba la respiración. Su piel morena se veía dorada y sí, joder, brillaba. Su pelo revuelto por el salitre del mar tocaba el agua y ahí estaba yo, en la orilla, mirándola como si se me fuera a escapar de las manos.

Turrón pasaba entre mis piernas y me miraba; torcía la cabeza como si no entendiese qué narices me pasaba, y así era. Quería correr detrás de ella, pero no podía dejar de mirarla.

Escuché su voz: ella movía su mano, haciéndome señales para que me uniera a ella.

Cogí la tabla y entré en el mar. Remé y en poco estaba en su altura. Su sonrisa me dejaba KO. Las olas no nos acompañaban, el mar mantenía una calma pasmosa y solamente nos balanceábamos. Ella estaba sentada mirando al mar.

—Carlota —susurré su nombre. Ella giró suavemente la cabeza y me miró con su sonrisa—. Cuéntame, cuéntame algo de tu viaje.

A ella se le iluminaron los ojos. Cerró los ojos y respiró profundamente.

—Ha sido increíble. Mágico. No sé por dónde empezar. —Su sonrisa la delataba, había sido realmente feliz—. He conocido a mucha gente. Desde que me quedé sola he tenido que adaptarme. Por suerte, el yoga me ha facilitado mucho todo. —Se mordió el labio—. Creo que te encantaría, que te pasaría como a mí: abrirías la mente.

—Sí, tienes razón. Me hubiera encantado irme contigo —se lo reconocí.

—Podemos ir. Conozco Bali entero: los templos, su jungla. —Ella movía las manos encima del agua con cuidado—. ¿Sabes? En una de las excursiones que hicimos en la jungla, pasamos la noche en ella. Yo era incapaz de dormir por los ruidos que se escuchaban, así que salí con dos chicas más del retiro a dar un paseo y descubrimos un lago pequeñito cubierto por la naturaleza y rocas. La luz de la luna le daba el aspecto de plata. Helena insistió en que nos bañáramos. A mí me daba miedo —dijo, arrugando su nariz—, pero sí, acabamos bañándonos. El agua estaba caliente, nadamos tranquilas para relajarnos y nos hicimos las muertas. El cielo estaba iluminado por cientos de estrellas y vi muchas fugaces. Fue increíble.

—¡Joder! —exclamé.

—Cuando volvimos al *camping*, me encontraba más relajada que nunca. Dormí como un osito en mi tienda y, después de desayunar, nos llevaron por una ruta durante tres horas subiendo una montaña, y por fin llegamos a una tirolina en las alturas. No sentí miedo, fui la primera en tirarme. Eran cuatro kilómetros de tirolina y sentí que volaba, que lo dejaba todo atrás, que… No sé, sentí magia en mí, como que, desde esa noche, la luna me había depurado de dentro a fuera. Y ahí me di cuenta de que era un renacimiento en toda regla.

—Alucino, pequeña. Alucino. —Le acaricié la mano—. Eres tan valiente, tan fuerte. —Ella se rio.

—¿Fuerte?, ¿valiente? —preguntó, incrédula—. ¡Si en cuanto me quedé sola entré en pánico! Cuando me despedí de Jaspers me dio un vuelco el corazón. Pensé: «Mierda, ¿ahora qué?

Me reí.

—Pero, aun así, te fuiste sola a explorar mundo.

—Sí, pensé… ¡que sea lo que Dios quiera! Si no lo hago ahora, ¿cuándo? Algo dentro de mí me decía: «¡hazlo!». —Agitó fuertemente su cabeza—. Y pensé, ¿cómo voy a vivir sin saber qué hacer ahora? —Yo la miraba, ilusionado y feliz—. Y, bueno, al final me di cuenta de que planear la vida no va conmigo y me dejé llevar.

Pasamos parte de la mañana charlando entretenidos; ella me contaba historias del eterno viaje que había hecho y yo la escuchaba sin interrumpir. Sentía un sentimiento de vacío al no haberme atrevido a ir donde ella estaba, ir en su busca y vivir todo eso con ella, pero también me sentía feliz por lo que había conseguido.

La brisa del mar nos cubría. Ella dijo: «el mar lo cura todo y ahora yo me siento sana y con mucha serenidad. Estoy abierta a la vida. No sé lo que me deparará el futuro, Dante, pero me gustaría que estuvieras en él».

—A mí también. —Acaricié su cara—. A mí también.

—El mar está demasiado tranquilo, no podemos surfear —comentó, destruida, mirando al mar. Yo solo podía mirarla—. Me gustaría ir a tu lugar especial, a tu refugio.

Parpadeé.

—Vamos.

Nos montamos en la ranchera casi empapados. Ella me acariciaba el pelo, jugaba con él y me miraba risueña. Tenía sus piernas cruzadas como un indio. No decía nada, simplemente me tocaba la cabeza con ternura. Al aparcar, cogió dos toallas y, de un saltito, bajó a las rocas. Estaba ágil.

—La marea está alta. Me encanta. Estamos solos.

Entró en el agua y yo detrás de ella. Se acercó a mí. Pegó su menudo cuerpo al mío y me abrazó, como una culebrilla envolvió sus piernas a mi cuerpo y su boca buscó la mía. Su lengua entró suave en mi boca. Gemí de placer, de amor. ¡Joder!, cómo había echado de menos su tacto!

Poco a poco, mi polla comenzó a despertarse y ella fue consciente de ello. Su mano entró en mi bañador y acarició suavemente de arriba abajo. Me miraba a los ojos.

—No hay nadie. Estamos solos… —dijo, apartándose de mí y bajando mi bañador por debajo de las caderas.

La miré; tenía una sonrisa sensual y sexi en la cara. Estaba descarada y con ganas de mí, y yo la deseaba más que la primera vez que la vi. Sus manos se deslizaron por mi cuerpo. Pegó sus caderas a las mías y besó mi cuello, mi cara y mi boca. Mis manos fueron hasta su cintura; la apreté, parecía que no era real, necesitaba sentirla. La subí a mis caderas, sus piernas me apretaron fuertemente y gimió al notar lo duro que estaba.

—Te amo —dijo, dulcemente en mi boca—. Te amo, te quiero —repitió.

—Te amo —le respondí, sin dejar de besarla, mientras ella se movía entre mis brazos besándome con el mismo desespero que yo a ella.

Caminé con ella hasta las rocas. Busqué algo de intimidad ya que cada vez ella pedía más.

—Necesito que me hagas el amor. —Me miró a los ojos—. Te necesito.

Entré en ella despacio, mientras sus manos pasaban por mi pelo y de su boca salían gemidos. Le hice el amor despacio, calmado, suave. No quería que terminara nunca ese momento, quería hacerlo eterno.

Nuestros cuerpos encajaban a la perfección, se reconocían y se necesitaban a partes iguales. Las palabras de amor entre los dos fueron constantes. El deseo, pero en especial la necesidad. Sentía su cuerpo arder a pesar de lo fría que estaba el agua y fui consciente de que, en realidad, ella me había necesitado de la misma manera que yo, que sentía el mismo amor irracional y loco que yo por ella y que nos pertenecíamos. Noté su cuerpo convulsionarse y correrse entre mis manos y no lo aguante más: me corrí con ella, dentro, empujando con mis caderas lo más hondo que podía. Su boca estaba abierta buscando el aire. Había sido intenso y, mientras yo aún sentía el espasmo de mi polla dentro suyo, volví a besarla.

—Me muero contigo, nena, eres lo que más quiero en el mundo y, ahora sí sé cómo hacerlo. Sé cómo hacerte feliz y es lo único que quiero.

Ella sonrió y yo casi me mareo. ¡Qué bonita era! Y lo que más me impactaba es que era mía; ella lo sentía también, que yo era suyo. Salimos del mar y la envolví con mi toalla.

—Te necesito.

La abracé con fuerza.

Carlota

No daba crédito a lo cambiado que estaba Dante. Su forma de ser seguía siendo la misma, pero mucho más maduro, más sereno, y trasmitiendo paz.

Ese día en la playa fue intenso, fue puro amor, y supo trasmitirme con su cuerpo y sus miradas todo lo que sentía por mí. Esa noche cenamos en su casa, en el sofá, unas *pizzas* entre carcajadas y caricias, entre besos y confesiones, entre mordiscos y promesas. Hicimos el amor hasta quedarnos dormidos.

34. Los sueños se pueden materializar

«Cuando no hay odio dentro,
no hay ningún enemigo fuera».

Proverbio hindú

Estaba con Socorro firmando unos papeles en el ayuntamiento. Habíamos decidido ampliar una parte de los terrenos que tenían al lado del *camping* y añadírselo para hacer una zona nueva para los retiros de yoga y meternos de lleno en mi proyecto. Estaba demasiado nerviosa, no me lo podía creer, ¡por fin, por fin iba a hacerlo realidad!

Nadie sabía nada todavía; algo le había comentado a Dante, pero no todo. No quise explicarlo, no fuera a salir mal, pero les había comprado los terrenos e íbamos a ser socios con la parte de yoga. Era algo que me hacía muchísima ilusión, pero, a su vez, me daba pánico. Ellos me habían dejado los terrenos a un precio muy bueno y lo teníamos todo en marcha.

Al salir del ayuntamiento con el permiso de obras, la invité a desayunar en la cafetería del puerto. Ella estaba igual de ilusionada que yo.

—¡Qué feliz, hija, vas a ser tan feliz con tu centro! —Sonrió, contenta.

—Te suena el teléfono, Socorro.

—¿A mí? —Miró en su bolso—. Ah, sí. Dígame.

Vi cómo su semblante cambió. Su tono de piel se aclaró y se quedó pálida. Escuché cómo decía:

—Ahora mismo voy.

Colgó el teléfono y me miró, seria.

—Llama a Dante y dile que venga ahora mismo. —Ella se puso en pie—. Date prisa.

Me levanté y fui a la barra a pagar y llamé a Dante.

—¿Cariño? —contestó.

—Tienes que venir al *camping*.

—¿Qué pasa? —noté preocupación en su voz y cómo se alejaba del bullicio de la gente.

—No lo sé. Es Socorro, la han llamado y, bueno, se ha puesto blanca.

—Ajá —le escuché decir—. Voy para allí.

De camino al *camping* Socorro se mantenía en silencio, pero muy nerviosa. Yo no quise preguntarle, pero me imaginaba que Luisa estaría detrás de esto. Dejé el coche en la entrada y las dos corrimos dentro del bar. Dante estaba sentado en la barra, tomándose un café. Lo besé en la cara.

—Cariño, vamos dentro —le pedí, acariciando su espalda.

Su mirada me trasmitió tranquilidad. Se puso en pie y caminó detrás de Socorro, que todavía no había dicho ni una sola palabra. Salimos al patio de atrás y Socorro nos pidió que tomásemos asiento. Yo me puse al lado de Dante.

—Sé que no quieres oír hablar del tema, sé que me lo pediste, pero yo…

Dante fue a levantarse, pero yo apreté su pierna.

—Por favor —supliqué, bajito.

Él volvió a sentarse.

—Me han llamado del hospital. Han ingresado a Luisa, está bastante mal. Tenemos que ir —sentenció.

—Yo te llevo donde necesites, pero no me pidas más —la contestación de Dante fue tajante.

Yo me mantenía callada a su lado, no pensaba volver a tomar partida por nadie en este tema, solamente mantenerme a su lado y respetar la decisión.

—Vas a ir, vas a entrar y vas a escuchar lo que ella diga. —Él la miró, serio y enfadado, pero no dijo nada—. Vas a hacerlo por mí y por ti, y se acabó el tema.

Él se levantó, serio pero calmado. Yo me levanté al tiempo de él y le cogí la mano.

—Está bien, vamos. Acabemos esto de una puta vez. Si es lo que quieres, lo haré. Por supuesto que lo haré. —Las dos lo miramos—. Vamos, pero este tema se acaba aquí y hoy.

Comenzó a caminar tirando de mi mano. Socorro nos seguía seria, con la cabeza alta. Manuel estaba afuera esperándonos. Al ver la cara de Dante negó con la cabeza. Intentó retener a su mujer del brazo, pero ella se lo impidió.

—No, ahora no. Esto lo hago por él.

Siguió caminando. Dante le abrió la puerta de la camioneta y la ayudó a subirse. Era impactante ver a un hombre tan grande, tan fuerte y brusco, con mal carácter, cuidar así de Socorro, de la que él consideraba su madre. A pesar de estar muy enfadado y no gestionar bien su ira, con ella era diferente; el respeto y el amor que le procesaba era bastante para apaciguar su fiera interna.

Conducía relajado, sin decir nada. En realidad, nadie lo hacía. Sujetaba el volante fuertemente y yo veía su perfecta mandíbula marcada. Mi mano salió disparada a su nuca. Lo vi cerrar los ojos y noté cómo la tensión en su cuerpo disminuía un poco.

Dante

No me lo podía creer. No sabía por qué narices había aceptado ir al puto hospital a ver a esa mujer… Bueno, en el fondo, sí: Socorro. Ella era el motivo de todo, pero me reconcomía por dentro que no respetara mi decisión. Las palabras mágicas fueron: «Vas a hacerlo por mí». Ella sabía que jamás podría negarme a eso.

Recordé las noches que ella venía borracha, los gritos, las peleas. Recordé los días que se marchaba y no venía a dormir; cuando llegaba del colegio y la veía borracha, tirada en la cama

sin poder moverse, el hambre que sentía. No podía decir nada para que no me pegara una hostia, y me dijera: «maldito, no te quiero», y todas esas cosas que soltaba por la boca cuando se ponía ciega; las tardes, esperando en la puerta de la escuela a que me recogiera.

No tenía ni un solo recuerdo bueno de ella, ni uno solo. Lo único, la cara de mi padre; los fines de semana con él pescando y cómo él me cuidaba. Eso es lo único que tengo feliz de toda mi niñez, pero, de ella, nada. Nada que no sea triste y bochornoso. No sentía absolutamente nada por ella, ya ni siquiera la odiaba.

Sentí la mano de Carlota en mi nuca. Ella era mis pies a tierra, mi ancla. Sus dedos jugaban con mi pelo. Sus caricias me trasportaron del agujero negro de mis pensamientos a mi momento real. A mi ahora, a mi vida. A ella: mi presente y mi futuro.

Carlota

Salíamos del aparcamiento igual que habíamos entrado: en silencio absoluto. Al salir del ascensor decidí esperarlos ahí en la entrada, tomando el aire. Dante asintió. Tanto él como yo sabíamos que lo tenía que hacer solo. Socorro cerró sus ojitos tristes y movió su cabeza.

Entonces vi cómo ellos dos se dirigían al mostrador de admisiones, cómo él pasó su brazo por encima de los hombros de ella y cómo él soportaría el dolor que hiciera falta con tal de quitárselo a ella. El amor real de un hijo a su madre. Ella lo miraba igual, como una madre mira a un hijo. Y entonces, sin poder retener las lágrimas, salí, me senté en un banco y esperé y esperé...

Dante

Entró Socorro, yo me quedé esperando en la puerta. Escuchaba cómo hablaba, la voz de Luisa no se escuchaba, pero me daba lo mismo. Miré dos veces a través de la persiana. Estaba en cuidados intensivos.

Poco después, se acercó un médico.

—Solo se permite una persona por paciente. —No levantó los ojos de su carpeta—. ¿Es usted su hijo? —Yo me quedé mudo—. Caballero, ¿es su hijo?

—Sí.

—Si me quiere acompañar a mi despacho, le pondré al corriente de la situación.

Socorro salió a preguntar qué pasaba. Escuché a Luisa decir mi nombre con apenas voz.

—Quédate con ella, ahora te informó de todo.

Socorro me acarició la cara y volvió a entrar en esa habitación.

El doctor me ofreció asiento en un pequeño despacho.

—Bien, como le decía, la situación es delicada. Además de los antecedentes de su madre, en las pruebas que le hemos hecho han salido varias cosas más. Al enfisema pulmonar y la cirrosis se le suma un cáncer de pulmón con metástasis.

Abrí los ojos, sorprendido; estaba realmente enferma.

—¿Cuánto le queda? —fueron mis palabras.

—Cuatro, seis meses a lo sumo. El cáncer está bastante avanzado y la metástasis se ha diseminado a otros órganos y partes del cuerpo.

—No hay tratamiento posible, imagino.

—No, no lo hay. Simplemente, tratamiento paliativo para evitarle sufrimiento.

Poco más dijo. Volví a la puerta de la habitación y vi cómo Socorro se mantenía en pie al lado suyo. Luisa se veía débil, ya no era la mujer que fue en su día. Estaba mayor y la vida le había pasado factura. Sentí un pinchazo en el corazón al darme cuenta de que le quedaba muy poco. Al fin y al cabo, fue la mujer que me dio la vida, pero yo… yo no la quería. Tampoco quería verla de esa forma.

Se abrió la puerta y salió Socorro.

—¿Vas a entrar? —preguntó tímida, con apenas un hilo de voz.

Yo negué con la cabeza.

—No, hoy no. He venido hasta aquí, estoy aquí. No me pidas más, por favor. Si tú lo pides, entraré, pero esto debo hacerlo de corazón y ahora mismo no puedo.

Apoyé las manos en el marco de la ventana y dejé caer mi cabeza. No era capaz de mirarla. Entonces recordé las palabras de Carlota: «Hay que perdonar para poder avanzar». Levanté la cabeza y la vi. La vi ahí tumbada en la cama, conectada a una máquina que le ayudaba a respirar. Levantó una mano delgada y huesuda y se apartó la máscara de oxígeno, y sonrió. Yo apreté los labios con fuerza; quería sonreír, pero no pude. Entonces sentí la mano de Socorro en mi espalda.

—Ánimo, mi chico. Ánimo —dijo, suavemente.

—Pensarás que soy un monstruo, pero no siento que ella sea mi madre. Duele verla así, pero no siento amor hacia ella.

Volví a mirarla. Sus ojos brillaban y sus mejillas estaban húmedas, pero mantenía una sonrisa en la cara. Le sonreí. Cerré los ojos y me di la vuelta.

—Vámonos de aquí. —Le pasé el brazo por encima y la animé a caminar—. Es tarde y debes estar cansada. Si quieres, volvemos mañana.

Ella me miró.

—¿Lo dices de verdad?

Afirmé con la cabeza.

—Claro que sí. Siempre hemos estado juntos, ¿no? —Ella sonrió—. Pues eso, aguantaremos esto también.

Al salir del hospital, ahí estaba Carlota, esperándome callada, nerviosa. La rodeé con mis brazos y besé su cabeza.

—Cómo te quiero —susurró bajito, en mi pecho.

Dejamos a Socorro en su casa y nos fuimos a la mía. Carlota se metió en la cocina y yo fui a darme una ducha. No me encontraba muy bien. Al salir, estaba la mesa puesta, la abatible de

centro que tenía en el sofá.

—Cariño, una ensalada y para ti entrecot.

Había dos copas de vino y agua fresca en la mesa. Cenamos en silencio. Yo la miraba, no podía apartar mis ojos de ella.

—Cariño, date una ducha y yo recojo esto.

Ella aceptó gustosa.

Poco después, la vi salir del baño con una toalla envuelta y otra que recogía su melena.

—Te cojo una camiseta, cariño.

Entró en la habitación.

—Sin presiones, amor, pero puedes dejar cosas aquí, en casa. Y yo en la tuya.

La sonrisa más bonita del mundo la tenía ella. Nos pusimos en el sofá a ver la televisión. Ella ojeaba unas revistas de decoración y de yoga.

—¿Por qué me miras de reojo, cariño? —Levantó la vista de una página que estaba mirando—. ¿Eh? Dime, ¿qué miras?

—A ti, ¿qué quieres que mire?

Ella me observó con atención y una media sonrisa.

—Sabes… quiero… —Se calló, analizando sus pensamientos—. Quiero que, si tú quieres, este proyecto sea de los dos.

Yo abrí los ojos.

—No entiendo. ¿Los terrenos?

Me acerqué un poco más a ella y cogí una de las revistas.

—No, sí, bueno. Yo quiero que esto sea de los dos, un proyecto en común, un proyecto de futuro de los dos —dijo, convencidísima.

—Me parece genial, cariño. —Me reí—. Pero te recuerdo que no me has explicado mucho del tema.

Entonces, se puso cómoda bien cerquita mío y relajada.

—Pues verás. Tenemos el *camping* de Manuel y Socorro, y yo… bueno, nosotros, si quieres —se sonrojó— tenemos los terrenos. Pues bien, quiero montar unas cabañas o unas casitas de madera, algo que no rompa la estética del *camping*, pero que sí tenga la esencia del yoga. Hacer varios retiros de yoga al año, celebrar eventos relacionados y poder ofrecer también pádel surf, pádel yoga o incluso clases de surf en verano… Campamento de niños… —Conforme hablaba, sus ojitos brillaban—. Lo podríamos hacer los dos. Tú compaginar el taller con nuestro *camping* y eso... No sé, creo que podría salir bien.

Salté sobre ella y la besé con fuerza. Ella me recibió gustosa. Entre besos, le dije que sí, que por supuesto. La besé el cuello, la clavícula, la cara, la boca. Ella se reía.

—No me lo creo. Qué bien, amor.

Tiró suavemente de mi pelo mientras que mi boca bajaba por su estómago.

—Mmm. Qué delicia, mi amor —mi voz era suave—. Qué suave estás, qué bien hueles. Mmm —me relamí.

Ella jugaba con mi pelo mientras se dejaba hacer.

Esa noche le hice el amor tan suavemente que, al terminar, los dos caímos rendidos.

Me despertó el olor a café. Salí de la habitación y la encontré en la cocina, haciendo el desayuno. Me quedé parado en el marco de la puerta, mirándola. Estaba bailando mientras preparaba unas tostadas y Turrón la miraba embobado, al igual que yo. Llevaba los cascos del teléfono y no sé qué narices bailaba, pero se movía sumamente, contenta y feliz. Ella sintió mi presencia. Se giró y me dio los buenos días. Yo caminé hasta ella y la atrapé entre mis brazos. Le di un beso largo. La apoyé contra la encimera y seguí besándola.

—Huele a quemado. —Intentó apartarse de mí, pero yo no la solté—. Nene, por Dios. —Se le escapó la risa—. Se me queman las tostadas y son las tuyas.

—Que les den. —Volví a morderla—. Te amo.

Como pudo, se libró de mí. Consiguió que desayunara y que me portara como era debido.

—Hoy voy a mirar con mi hermano el proyecto de obra. Me imagino que tendrás lío, pero… podrías venir también.

—No, id vosotros. Después me acercó a comer al bar y lo repasamos juntos.

—¿Seguro? Esto es de los dos.

Acarició mi cara.

—Seguro. Yo voy a llevar a Socorro al hospital a ver a Luisa y después a ver qué hacemos. —Me quedé pensativo—. Bueno, no voy a dejarla pasar por esto sola y voy a hacer todo lo posible porque esto salga bien. —Ella me escuchaba con atención—. Le queda poco, está muy enferma. Cáncer, cirrosis, metástasis, y creo que me dijeron que también enfisema pulmonar.

—Lo siento. —Acarició mi mano—. Siento que tengas que pasar por esto. Yo estoy aquí para todo.

—Lo sé, mi vida, lo sé. —Atrapé su mano con la mía y le besé los dedos—. Sé que siempre estás, y que harías lo que fuera por mí, nena. Eso es lo que más claro tengo en la vida.

Me abrazó fuerte.

—Somos uno —sentenció.

35. El proyecto

«El corazón en paz
ve una fiesta en todas las aldeas».

Proverbio hindú

¡Qué locura de mañana! Mi hermano Raúl se volvía loco con la obra. Me decía que estaba loca, que era demasiado, que empezara con menos y que, poco a poco, fuese ampliando.

Me había gastado parte de mis ahorros en comprar los terrenos y en pagar el permiso de obras. Ahora mismo me quedaba poquito en la cuenta, pero estaba cerca el cobro de las ventas del libro y, por lo que me habían comentado las editoras, eran bastante altas. El dinero tampoco me preocupaba en exceso. Siempre podía pedir un préstamo personal y acabar de hacer las cosas. Además, mantenía mi puesto de trabajo a tiempo parcial. Al final, me salí con la mía. Escogí el presupuesto que más me convino y elegí dos tipos de cabaña. Eran tipo tipis blancas, unas más grandes para ocho personas y otras más pequeñas de dos y de cuatro. Tenía la cabeza a punto de estallar, pero estaba tan contenta y feliz que no me importaba.

—Tete, siéntate en la mesa, yo voy a echar una mano a la cocina. —Me encontré con Ricardo preparando unas bandejas. Sofía y Judith, preparando los platos—. ¿Os ayudo? —pregunté, tocando la espalda de Ricardo—. Qué feliz se te ve, pillín.

Sofía me miró.

—¿Cómo está Dante? —preguntó Judith.

—Bien, está bien. Dentro de todo, mantiene la calma.

—Ese es mi bebé —dije al escuchar a Turrón.

Salí por la puerta de atrás y vi que Dante estaba saliendo de la camioneta. Estaba ayudando a bajar a Socorro y esta le estaba regañando por algo. Le llamé y los dos vinieron en mi dirección.

Socorro besó mi cara y negó con la cabeza.

—Es un zoquete. Dile que se compre algo más pequeño, porque no llego a subirme y se ríe. Me dice que soy como una boya.

—Es que lo hace muy difícil, se pone tiesa.

—Tieso lo estás tú. Vamos a ver, ¿para qué ese coche tan grande?

Se fue hacia dentro quejándose y murmurando ella sola. Estaba visiblemente afectada por lo de Luisa, aunque no decía nada, al igual que Dante, que parecía como que con él no fuera la cosa. Pero, en el fondo, yo sabía que estaba triste. A pesar de no querer saber nada de ella, era su madre.

Él estaba detrás de ella, riéndose.

—No seas malo, déjala —le pedí.

El turno de comida se había complicado y teníamos gente más de lo normal, así que mi hermano y Dante comieron solos en una mesa de fuera mientras Raúl le enseñaba los presupuestos y algunas de las cosas que yo había elegido. Me fijé y él miraba con atención.

Fue un poco locura. El bar estaba lleno hasta arriba y parecía que la gente no se marchaba. Cuando estuvo todo más o menos listo, me senté a comer con ellos.

—Díselo tú, dile que esto es muy caro y que mejor empezar por poco —repuso mi hermano.

—Yo lo veo bien —le contestó Dante—. Es lo que ella quiere, es su proyecto. No va a empezar a medio gas. —Él me miró y una de sus manos salió disparada a mi rodilla. Después, una sonrisa —. Además, no está sola. Lo hacemos juntos.

—Ah. —Mi hermano se quedó sin palabras.

—Sí, es nuestro proyecto, pero tampoco vamos a sobrepasar el presupuesto.

Toda la conversación rondó sobre el *camping* y los planes. El tema de las redes social era muy importante si queríamos darlo a conocer, así que no me quedó otra que afrontarlo y llevarlo yo. En dos días vendrían a empezar la pequeña obra. Quería subir el muro que delimitaba los terrenos, hacer unas pequeñas calles para que se viera bonito y organizado. Dante había propuesto hacer en medio un pequeño cobijo de madera con techo y que estuviera en el centro de todo, bonito y elegante donde poder hacer las clases por la tarde e iluminarlo con lucecitas. Lo había visto en una revista y a los dos nos gustó mucho esa idea.

Dante

No era fácil. No, no lo era. Ver a la mujer que me dio la vida enferma en una cama de hospital sin apenas fuerzas para moverse era triste, doloroso y, por supuesto, creaba en mí un momento de rabia e ira. Pero no iba a dejar a Socorro sola y, sinceramente, algo dentro de mí me decía que tenía que estar ahí. Al menos, acompañarla en su ida.

Entré en la habitación, pero me quedé callado, sin decir nada. Ella tampoco habló, simplemente me sonreía. Y yo… yo no sabía qué hacer.

Los médicos decían que en un par de días la pasarían a paliativos y que ella había decidido que quería irse a su casa, pero necesitaba a alguien que la cuidara. Además, ellos irían prácticamente a diario para controlarla. Socorro había estado de acuerdo con su decisión.

—Que muera en casa, que muera en su casa —me dijo con suavidad, mientras cogía mi mano.

—Lo que tú decidas —le contesté. Los dos nos entendíamos con la mirada—. Pero tú no la vas a cuidar. Tú estás mayor y necesitas tranquilidad.

—Pero, hijo, ¿quién lo va a hacer?

Dudé, porque lo que tenía claro era que yo no la iba a cuidar y menos en sus últimos días.

—Pondré una enfermera —dije, contundente, para que ella no pudiera replicarme—, veinticuatro horas. Y tú, si quieres ir de visita, estupendo, pero no vas a ser la enfermera de nadie

y mucho menos la sirvienta.

Sus ojos brillaban y noté que ella estaba orgullosa de mí. Su cara regordeta y su expresión desprendían amor, amor real. Ella siempre quería aparentar ser una roca, pero no lo era.

La miré. Sonreí y ella levantó la ceja.

—¿Estás orgullosa de mí? —le pregunté, sabiendo su respuesta.

—Siempre —contestó, juntando sus manitas en su regazo—. Siempre lo he estado y siempre lo estaré.

—Eso espero, porque todo lo que soy, todo lo que tengo, lo logrado y lo que vendrá es gracias a ti. Solamente a ti.

Dos lagrimones resbalaron de sus ojos.

—No digas tonterías, cariño. Tú siempre has sido una bella persona, bueno y noble, y hoy eres un hombre maravilloso. Con mucho temperamento, pero bueno.

Cogí su mano, la besé.

—Gracias a ti. Tú me has criado y hecho un hombre hecho y derecho. A pesar de todo, somos madre e hijo.

—Sí. Eres mío, sí.

Su cara se iluminó. Realmente, estaba agradecido por tenerlos a ella y a Manuel en mi vida, y cada día daba gracias por tenerla. Cada día que la veía sentía amor, y, desde que Carlota había entrado en mi vida, estaba realmente completo. No pensaba dejar que nada me afectara, ahora tenía un proyecto de vida con ella. Uno bonito, un sueño y un futuro.

—Socorro, ¿podemos hacer una parada o tienes prisa?

—Mientras no me hagas bajar de esta camioneta alta me da igual.

—Tienes que acompañarme.

La miré por el rabillo del ojo.

—Bueno. —Miró a un lado—. ¿Dónde vamos?

—A una joyería.

Ella dio un respingo en el sillón, abriendo sus ojitos.

—No me lo puedo creer… —Se tapó la boca.

—Sí, pero no puedes decir nada a nadie. Cuando llegue el momento serás la primera.

Entre los dos buscamos un anillo de compromiso especial, uno bonito y elegante. Yo sabía que Carlota no necesitaba un pedrusco en plan Kardashian, pero yo quería que fuera algo especial, que me representara en su mano. No a mí, sino al amor que sentíamos el uno por el otro.

Los dos mirábamos todo lo que la dependienta nos ofrecía, pero no dábamos con ninguno.

—Es que yo busco algo especial, algo único.

Ella levantó su cabeza del aparador y sonrió.

—Tengo algo recién llegado, pero son diseños exclusivos y buenos…

—No me importa. Quiero algo que solo lo tenga ella. Es que realmente todos, todos, me parecen iguales.

—Los anillos de pedida lo son, redondos con brillante más o menos iguales. Pero —movió su cabeza— tengo lo que buscáis. —Salió de detrás del mostrador—. Acompañadme.

Entramos en un despacho y ella cerró la puerta de la tienda.

—Tengo estos.

Sacó de un armario unas cajitas de color blanco y las abrió una por una.

—Este —dije.

Señalé un anillo de oro blanco finito, que parecía estar envuelto sobre sí mismo como si fuera una flor de loto, lleno de diamantes pequeñitos en un lado del nudo y con uno más grande en el centro redondo. La dependienta se lo probó y me enseñó su mano.

—Este es uno de los más bonitos que ha diseñado mi padre. Un capricho para la vista, sin duda. —Ella se miró su mano—. Es impresionante.

—Es precioso. —Se acercó Socorro a verlo mejor—. Muy bonito, cariño. A ella le va a gustar mucho. Es el adecuado y el correcto.

—Nos lo llevamos.

El corazón me iba a mil por hora. Le iba a pedir que nos casásemos. No podía esperar, necesitaba casarme con ella. Tenía claro que, para mí, era mi mujer, pero lo quería todo, todo con ella.

36. El proyecto de nuestras vidas

«El tiempo que se disfruta
es el verdadero tiempo vivido».

Jorge Bucay

Dante se había empecinado en hacer la carpa central. Lo veía tan involucrado en nuestro *camping* que me trasmitía seguridad verlo trabajar y yo ayudándole, codo con codo. Me hacía sentir bien, me hacía sentir dentro de mí que estábamos en el camino correcto y que nos iba a sonreír la vida.

—¡Cariño! —me llamó él, mientras yo estaba lijando unos tablones de madera—. Vamos recogiendo ya, es la hora de comer —me avisó, ya que a mí se me había ido la noción del tiempo.

—Sí, aviso a Judith de que nos vaya preparando algo. Voy a darme una ducha.

—Voy contigo. —Dejó las herramientas en su caja y caminó hacia mí. Me besó en los labios —. Esta tarde ¿podrías acompañarme a un sitio? —dijo, algo serio—. Pasado mañana le dan el alta a Luisa y, bueno, vamos a ver el piso de ella y a hacer unas entrevistas con unas enfermeras.

Eso me dejó de piedra, pero yo sabía que él no la iba a dejar sola en esos momentos.

—Lo que tú veas. ¿Y Socorro? —pregunté, mientras caminaba a su lado y su brazo reposaba en mis hombros.

—Ella también vendrá, pero quiero que nos ayudes a elegir a la enfermera. Quiero que la tengan bien atendida.

Entré en la ducha con él. Me abrazó por detrás mientras yo encendía el agua.

—Estamos trabajando mucho —le dije, mientras me giraba y miraba su cara.

Estaba guapísimo. Moreno, mojado, con el pelo empapado cubriéndole parte de su cara; su cuerpo fuerte abrazándome con ternura y esa boca que jamás me cansaría de besar.

—La verdad es que sí, está quedando todo precioso. Me encantan esas jardineras que has hecho con tus manitas. —Las besó—. Esas manitas hacen delicias. —Se rio.

Una de mis manos bajó hasta su entrepierna. Lo miré picarona.

—Mira que me apeteces continuamente…

Me arrodillé en la ducha.

—Hostia puta —escupió cuando notó que mi boca lo succionaba con suavidad. Una de sus manos acarició mi cabeza—. Joder, nena, joder. Aaaah —gritó, entre dientes.

Yo lo miraba mientras lamía con suavidad.

Dante

¿Cómo era posible que me hiciera temblar en dos lametones? Me miraba con deseo y eso me encantaba. Se arrodilló y engulló mi polla suavemente, entré en su boca por completo. Dios, me volvía loco. Llevaba unos días que no me deja descansar mañana, tarde y noche. Me llamaba, «nene vamos a casa», y se volvía loca encima de mí. No me daba tregua. Nos pasábamos el día trabajando juntos y follando sin parar. Estaba agotado, pero encantado a la vez. Esa mamada en la ducha me estaba volviendo loco.

—Para, nena, para que me corro —le pedí, controlando mis ganas.

Ella siguió.

—¿Para qué?

Mierda. Estallé en su boca, embistiéndola con fuerza. Ella me miraba con esos ojos repletos de lujuria mientras me tragaba.

—Puta locura —dije, entre jadeos—. Me matas.

Ella se limpió los labios con la mano y se puso de pie.

—Me matas.

La besé en la boca y la aplasté con mi cuerpo contra la pared de la ducha. Metí dos dedos en su sexo y la noté moda empapada. Ella gimió y separó más las piernas. Mi boca se abalanzó a por la suya e hice que se corriera rápido en mi mano. Joder, qué pasada. Se me había vuelto a poner dura mientras la masturbaba. Sus tetas firmes me llamaban a gritos y su boca entreabierta por los jadeos me volvía loco. Le di la vuelta rápidamente y ella levantó su culo invitándome a entrar.

Joder, me la follé como un loco. Sin respirar, rápido y duro. Ella gritaba de gusto. Levantaba su culo, se movía a mi compás mientras yo tiraba de su pelo.

—Más —me decía, mientras se corría apoyada en la pared.

—Joder —farfullé corriéndome con ella, bien dentro de ella, agarrado a sus caderas.

Era el puto cielo. El puto paraíso.

—Te amo —me dijo, incorporándose y metiéndose debajo del chorro de agua—. Nene, vamos a darnos prisa, tengo mucha hambre —se tocó su estómago plano.

La miré.

—Mira que estás buena —le dije, deseándola cada vez más.

—Ven que te lave este pelo. —Tiró de mí.

Al entrar en el bar, Raúl y Lara estaban sentados. Ya habían acabado de comer, pero, aun así, nos sentamos con ella.

—Dios, tienes cara de estar reventado, tío —me dijo Raúl.

Íbamos a obviar que mi Carlota no me dejaba ni dormir, así que le eché la culpa al curro.

—Este finde hacen una fiesta en Somo —advirtió Judith—. Nosotras queremos ir, ¿os venís?

—Hombre, no nos iría mal cogernos unos días de descanso. —Me miró Carlota—. ¿Vamos?, ¿te apetece?

—Sí, ¿por qué no? Vámonos con ellos y nos relajamos juntos. Practicamos surf y salimos por ahí.

Toqué su cara. Judith nos sirvió la comida y se sentó con nosotros.

—Entonces… ¿reservamos un hotel los cuatro? —nos preguntó Lara.

—Sí, venga. Vámonos.

—¡Qué cabrones! —se quejó Judith—. Yo curro.

—Si quieres, el jueves preparamos las dos la comida para el finde y hablamos con Ricardo y las chicas, seguro que dicen que sí.

—¿Tú crees? —le preguntó su amiga.

Ella asintió.

—Sí, tú déjame a mí.

Esa era mi chica, pendiente de su gente y de sus amigos, siempre preocupándose por todos.

—Pues, entonces, reservad hotel para seis.

—¿Nos vas a presentar a tu chico?

Raúl se rio por la pregunta de Lara.

—Sí, parece que la cosa marcha.

En su cara se notaba que estaba contenta, me alegraba por ella.

Poco después de comer nos despedimos de ellos y fuimos a buscar a Socorro. Íbamos con mi coche y Socorro, al verlo, puso los ojos en blanco. Carlota se sentó detrás, dejándole a ella el asiento delantero para facilitarle la cosa.

—A ver lo que nos encontramos —dijo Socorro, mirando por la ventana—. Miedo me da.

—No tienes de que preocuparte. —Ella me miró—. El otro día mandé a Gadea a limpiar el piso y adecentarlo, y su marido dio una mano de pintura a su habitación.

Ella me miraba sin dar crédito a mis palabras.

—Y también he puesto una cama articulada.

Yo todo esto solo lo había hablado con Carlota. Era un tema que no me gustaba tocarlo. Aun así, le expliqué lo que había hecho y ella me dijo que era lo mejor.

Al entrar al piso que en su día fue de mis abuelos sentí pena. Ellos eran buenos, los conocí poco porque ya eran muy mayores, pero yo recuerdo que eran buenos y que me querían. El piso estaba viejo y descuidado, pero limpio y ordenado. Socorro fue directa a la habitación de mi madre. Estaba pintada de blanco, con unas cortinas nuevas y los cuatro muebles que se pudieron salvar. El marido de Gadea, Agustín, se había encargado de todo. Encima de la cómoda había un jarrón con flores.

—Está bonito —dijo Carlota, abriendo la ventana—. Ha quedado muy bien.

—Sí, también les di una *tele* vieja. Para que… bueno, se distraiga. Y el cuarto de la enfermera está aquí.

Las acompañé.

Una cama pequeña, unas cortinas y poco más.

El resto de la tarde lo pasamos con las entrevistas. Al final, Marian, una mujer de Venezuela de cincuenta y siete años que vivía con su nieta y su hija fue la persona que nos convenció. Era agradable y se le veía buena persona. Pactamos el sueldo y le ofrecí un contrato de trabajo.

—Muchas gracias, muchacho —dijo, sonriente.

—Si necesitas traerte a tu nieta aquí puedes hacerlo. Por favor, siente este piso como tu casa. Estate a gusto.

La mujer sonreía.

—No sabes lo que es esto para mí —dijo, con pesar en sus palabras—. La vida no es fácil, pero siempre pone a personas bondadosas en nuestro camino. Trataré a tu familiar como se merece y la acompañaré hasta su último aliento.

Una vez en el coche, Carlota preguntó:

—Cariño, entiendo que quieres que esté bien cuidada y que seas tan bueno y puro que les ofrezcas la casa para vivir, pero… el sueldo es un pelín alto, ¿no crees? Eres muy generoso, pero da un poco de miedo, la verdad.

—No tienes de qué preocuparte, puedo permitírmelo. No soy rico, pero… tengo algo en el banco. —Ella me miró—. Además de que el taller me da buenos beneficios, tengo parte de la herencia de mi padre y mis abuelos maternos. Ellos desheredaron a su hija y lo dejaron todo a mi nombre. El piso también es mío, ella tiene el uso y disfrute mientras viva. Y, por suerte, también me dejaron otras propiedades. Es un dinero que jamás había tocado ni pensaba hacerlo. No entraba en mis planes, pero sé que ellos, mis abuelos, estén donde estén, estarán felices de que se invierta en darle unos meses de vida decentes.

—Ah —dijo ella, desde atrás.

Noté sus manos en mis hombros.

—Eres tan especial.

Acarició mi nuca. Se volvió a sentar bien y bajó la ventana.

—¿Tienes calor? —le pregunté. Ella negó.

—Me he mareado un poco. Tengo el estómago revuelto.

—Normal, solo hacéis que trabajar —dijo Socorro; yo pensé para mí: «trabajar y follar».

Miré por el retrovisor y estaba blanca. Socorro la miró.

—Estás muy blanca, niña. Para que se tome un zumo, está pálida.

—Sí, para, por favor.

—Es que ni coméis, solo trabajáis. Mírate, Dante, estás más delgado —me regañó Socorro, mientras la bajaba de la camioneta.

Había aparcado en la acera. Por suerte, había encontrado aparcamiento. Carlota estaba en la acera, blanca y mareada.

—Ginés —saludé a mi amigo, camarero del bar.

Tomamos asiento y Socorro acompañó a Carlota al baño. Pedí dos cafés, uno de ellos descafeinado para Socorro, y un zumo de melocotón para Carlota, también agua con hielo. Me había preocupado al verla. Por suerte, cuando salió del baño ya tenía color en la cara. Pasó por mi lado y se sentó.

—Uff, qué mala me había puesto —dijo, mientras bebía del agua—. Pensé que me desmayaba, te lo juro.

Apoyó mi mano en la suya.

—Ya lo he visto, ya. Socorro tiene razón, estamos trabajando mucho, así que este fin de semana descanso total.

Ella asintió. Sonó su teléfono, era Judith. Le dijo que ya tenían el hotel y que estaba todo preparado. El viernes por la mañana saldríamos hacia Cantabria.

Nada más llegar a casa, Carlota se quedó dormida en el sofá. La llevé a la cama y la arropé. Yo cené algo en la barra de la cocina y después salí a pasear a Turrón. Fui hasta el *camping* a ver los adelantos del muro y las calles empedradas. Turrón corría suelto entre mis piernas. Me sentía feliz, feliz por todo lo que estábamos haciendo untos. Vi que Judith cerraba la puerta del bar y me acerqué a ella. Hablamos durante unos minutos y, antes de despedirnos, apareció un coche rojo. Se bajó un chico y se nos acercó. Le dio un beso y ella nos presentó. Carlos, se llamaba el chaval. Parecía majo y a ella se le veía feliz. Los vi marcharse con el coche. Turrón ladró llamando mi atención y, cuando lo miré, él torció su cara, quieto y estático, como si entendiera lo que cruzaba por mi mente.

—Sí, yo también lo creo. —Me arrodillé y toqué su cabeza—. Desde que ella llegó, nos cambió la vida a todos. Todos somos más felices. Las cosas han encajado con ella, era la pieza que nos faltaba. —Turrón me miraba—. Vámonos con ella —le dije; él saltó contento, moviendo su cola.

37. Viento en popa

«Cuida tu corazón
porque de él mana la vida».

Proverbios 4:23

Desperté temprano. Dante y Turrón dormían plácidamente, Turrón en mis pies. Me levanté con cuidado de no despertarlos y fui al baño. Me di una ducha rápida y me sequé el pelo. Eran las siete y media de la mañana. Ellos seguían dormidos y yo me moría de hambre. Me apetecía muchísimo comerme un cruasán de chocolate, así que me fui directa a la panadería. Me puse unas mallas y una camiseta vieja de Dante. Estaba acabando de salir de la habitación cuando me llamó.

—Nena, ¿dónde vas? —Estaba medio dormido.

—A por el desayuno. —Miré a Turrón, ya tenía las orejas tiesas—. Vamos, bebé —lo llamé y él vino conmigo—. Le doy un paseo y vengo con el desayuno.

—Vale, mi amor.

Se dio media vuelta en la cama. Dios, no podía mirarlo mucho, me encendía a fuego. Tan guapo, tan moreno, con esa espalda musculada y perfecta. Tuve que menear la cabeza y liberarme de esos pensamientos porque, si no, acababa debajo de él. Tenía el instinto primario a flor de piel.

Contemplé la calle. Estaba saliendo el sol tímidamente, el día seguramente estaría nublado. Me crucé con algunos vecinos que venían de la panadería u otros del quiosco de comprar el periódico. Todos saludaban al cruzarnos y también a Turrón, acariciándole la cabeza. Salió Maite, la panadera, a la puerta, y lo llamó. El corrió hacia ella y ella le dio uno de los premios que llevaba siempre en el bolsillo de su bata.

—Carlota, cariño, ¡qué pronto tú por aquí! —Abrió la puerta y yo pasé. Turrón se quedó sentado esperando, feliz con su premio—. ¿Qué te doy? —Me miró fijamente—. Qué guapa estás.

Volvió a repasarme entera.

—Sí, gracias. —Miré mis pies.

—A ver si vas a estar embarazada.

Se rio al ver mi cara de espanto.

—No, no. No puede ser.

—Bueno, pues sea lo que sea, estás preciosa.

Le agradecí el cumplido.

—Ponme cruasanes de chocolate, de esos de Nocilla con azúcar glas por encima.

Me relamí solo con decirlo. Ella me miró, torciendo su boca a un lado.

—¿Cuántos te pongo?

—Un montón. —Me reí—. Bueno, unos cuantos.

—¿Diez? —Asentí, mientras me giraba a mirar a Turrón—. Pues, Carlota, yo te veo cara de embarazada, hija. ¡Qué quieres que te diga! —soltó de repente.

—¿Cuánto te debo? —dije, sin apenas voz.

—Tres euros.

Movía su cabeza, muy segura de sus palabras. Al salir, el corazón se me desbocó, latiendo con fuerza. Podría ser… ¿Cuántos días faltaban para mi regla? Miré el calendario del móvil, donde siempre me lo apuntaba todo, y por poco me da un soponcio. Tenía prácticamente tres semanas de retraso. Es cierto que en mi viaje se me descontroló, pero ya hacía unos meses que había vuelto. Turrón, al verme, se puso inquieto.

«No puede ser —me repetí mentalmente—. No puede ser».

El miedo se apodero de mí. Claro que podía ser, me dijo mi subconsciente. No tomábamos precaución alguna. Siempre intentaba terminar fuera, pero muchas veces… ay, Dios. Fui directa a la farmacia y compré un Predictor. El señor Juan me miró sorprendido, pero no dijo nada.

Fui a casa corriendo. Quería ir al baño, pero Dante estaba en el comedor esperándome, escuchando las noticias.

—Nena, ¿ya está preparado el café?

Se levantó y le puso la comida y agua limpia a Turrón. Yo dejé los cruasanes en la mesa y me miró.

—¿Tú, comiendo ultra procesados azúcar y demás mierdas?

—Sí. Creo que estoy ovulando y necesito azúcar.

Él mordió uno y el chocolate cayo por su barbilla. Me acerqué a él.

—Mmm. —Me reí, mientras le limpiaba el chocolate con la lengua.

Él se reclinó hacia atrás y me cogió de la cintura. Me sentó encima de él.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Qué quieres de mí?

—Todo, todo —dije, al tiempo que sacaba mi camiseta por la cabeza.

Después, mis mallas, y volví a sentarme. Él apartó a un lado mi ropa interior e introdujo su polla dentro de mí despacio.

—Qué calentita estás.

Mordió uno de mis pezones. Yo siseé de dolor y él me miró.

—Ni caso, estoy sensible.

Pasó su lengua despacio, calmando el dolor mientras yo me movía despacito encima de él agarrada a su cuello, mirándolo, mirando cómo me lamía el pecho.

—Bésame —le pedí—. Más. Bésame más.

Se puso de pie sin salirse de mí y me apoyó encima de la mesa del comedor, follándome fuertemente como me gustaba. Fuerte y duro, sin respiro mientras su lengua entraba en mi boca sin cesar. Me corrí dos veces seguidas. Él me miraba mientras me corría. Se salió de mí y su semen cayó en mi estómago. Con mi mano lo ayudé a acabar de correrse. Gruñó como un animal, apoyándose en mí.

—Hostia puta, Carlota. Estamos todo el día liados como monos. —Me reí. La madre que te parió. —Me guiñó un ojo—. Anda, vamos a desayunar.

—Sí, pero deja de provocarme con el chocolate.

—Tendrás morro…

Se subió los pantalones de deporte que llevaba.

—Es que estás muy bueno. —Acaricié su culo—. Qué cosa más dura, por Dios.

—Nena, voy a pensar que solo me quieres por mi cuerpo, al final.

—Y por esa polla de dos palmos preciosa que tienes.

Una sonora carcajada salió de su garganta. Desayunamos tranquilos comiendo los cruasanes, cuando llamó Manuel. Lo escuché hablar con Dante.

—Cielo, vamos a vestirnos que Socorro ya viene de camino.

—Está bien.

Se me había pasado por completo que hoy salía Luisa del hospital y la trasladaban a su casa.

Cogí del armario un pantalón vaquero cortito y un jersey de ganchillo marrón clarito. Era muy *hippy*, me lo había comprado en Bali. Era largo, así que metí un extremo por dentro del tejano. Me puse unas Converse blancas de botita alta que tenía y me hice una coleta de caballo. Me quedé mirándome en el espejo. Las manos se me fueron directas a la barriga.

«Ay, Dios, ay, Dios».

Miré mi bolso. Ahí tenía el test de embarazo, pero cada vez que lo pensaba me subía hasta la tensión.

—Vamos, nena —lo escuché llamarme, así que quité esas ideas absurdas de mi cabeza y salí del baño.

Dante

Estaba en la calle esperando a que llegara la ambulancia. Socorro había subido con Marian a ayudarla a instalarse. Carlota fue al supermercado a llenar un poco la nevera. Los vi girar en la esquina de la calle. Se abrieron las puertas y la vi, sentada en una silla de ruedas. Saludé a los chicos mientras la bajaban.

—No os preocupéis, ya me lleva mi hijo —les dijo ella, mirándome.

Ellos me entregaron unos papeles y un sobre del hospital. Entré con ella en el portal.

—Gracias —dijo, mientras yo empujaba la silla. No contesté—. Sé que no merezco nada de ti y, aun así, aquí estás.

Tampoco contesté. Entré en el ascensor con ella. Piqué al cuarto y este subió.

No me salían las palabras. No sabía qué decirle, la verdad. Cuando las puertas se abrieron estaba Socorro. Y, por suerte, ella tomó las riendas de la situación, porque lo único que hacía era aguantar la respiración. Entró con ella y le presentó a Marian. Yo me asomé a la ventana. Saqué el teléfono y llamé a Carlota.

—Estoy llegando, amor.

Escuché su dulce voz y volví a relajarme; ella era mi norte, mi faro.

—Vale, bajo a buscarte.

Bajé por las escaleras. Ella acababa de llegar. La besé en los labios.

—Ya ha llegado. Está arriba con Socorro.

—Bueno, pues vamos allá.

Cogí las bolsas.

—Sí, vamos. —Al entrar en el ascensor la miré. Llevaba una coleta alta. No se había maquillado y estaba preciosa, mi jodida ninfa—. Te miro y te veo cada vez más preciosa.

Sus mejillas se pusieron coloradas.

—Mira que eres tonto.

Se apoyó en mi brazo.

—Coño, que es verdad, nena. Estás bonita, bonita con ganas. ¿Qué quieres que haga?

Me ayudó a colocar las cosas en la nevera. Había comprado de todo. Ella tarareaba una canción mientras hacía las cosas. Escuchaba hablar a Socorro con Marian, y de vez en cuando la voz débil de Luisa.

—Bueno, pues eso sería todo —escuché decir a Socorro—. Si necesitáis cualquier cosa, tenéis nuestros teléfonos.

—Ella… ¿está Carlota? —preguntó Luisa.

Carlota se giró en su dirección y se acercó a ella.

—Sí, soy yo.

Le dio la mano. Luisa se la cogió con ternura, mirándola como si acabara de encontrarse a la virgen.

—Muchas gracias por todo.

La miró y no dijo nada. Carlota le sonrió.

—No se preocupe por nada. De verdad, descanse y esté tranquila.

Luisa movió su mano y se mordió los labios. No me gustaba un pelo que la tocara.

—No me preocupo, no. —Me miró a mí—. Sé que él es feliz, que tú lo haces muy feliz, y más aún lo vas a hacer.

Carlota se tensó. Luisa sonrió, mirándome.

—Bueno, se nos va haciendo tarde —solté, para cortar esa situación ridícula.

—Sí, debéis iros ya.

Luisa la miraba con ternura. Tenía los ojos vidriosos y no soltaba su mano.

—¿Qué le pasa? —preguntó Carlota, acercándose más a ella.

—Nada, cariño, nada que no me merezca.

Acarició la preciosa cara de mi mujer. Socorro me miró y me pidió paciencia.

—Bueno, ya está. Ahora vamos a centrarnos en estar bien, en que estés cómoda, y dejar las penas para otro momento.

Carlota se incorporó y se acercó a mí. Yo la cogí de la cintura.

—Sois una pareja muy bonita. —Nos sonrió con amor a los dos—. Sé que no me lo merezco y que jamás os pediría nada a ninguno, pero, igualmente, gracias. —Nosotros nos miramos sin entender—. Seguramente no llegue a conocer a esta criatura, pero igualmente me hace feliz saber que, aunque no me pertenezca el tirulo, seré abuela. —Todos nos quedamos callados. Yo miré a Socorro y esta se encogió de hombros, blanca como la leche—. Sé que no soy nadie para vosotros, pero…

—No, no, noooo —negó Carlota—. Yo no… —Calló. Luisa la miró sorprendida y abrió mucho los ojos—. Yo no… —tartamudeó.

—Bueno. —Apretó los labios—. A lo mejor estoy equivocada.

A mí el corazón se me iba a salir por la boca. ¿Qué coño había dicho de abuela? ¿Qué narices…? ¿Estaba Carlota embarazada? Joder, me dolía hasta el pecho.

—Dante —me llamó Luisa—, ¿estás bien?

La miré, pero nuevamente mis palabras no encontraban la forma de salir de mi garganta para esa mujer. Simplemente asentí, pero mis ojos solo buscaban a Socorro.

—Nosotros vamos bajando, ¿vale? Marian, cualquier cosa, tiene mi teléfono.

—Gracias, muchacho, marcha tranquilo.

Socorro nos dijo que bajáramos, que ella iba hablar unas cosillas y que la esperásemos en la calle. Antes de salir, Luisa cogió a Carlota de la mano y escuché como le dijo:

—Pensé que no me lo habíais dicho porque yo no soy nadie. No imaginé que no supieras que estás en estado.

Carlota se mordió los labios.

—Yo no lo creo. No, no lo sé.

Luisa la sonrió y acaricio su mano.

—Bueno, cuando te asegures si quieres y os apetece…

—Si no se decide…

Al entrar en el ascensor la arrinconé.

—Nena, ¿qué ha dicho esa mujer? —Mi mano salió disparada a su vientre. Ella tragó saliva—. ¿Estás embarazada?

Negó con su cabeza.

—No. No lo sé. La panadera me ha dicho lo mismo. —Puso su mano encima de la mía—. No creo, no. ¿No?

La besé. Pensé y rogué que sí.

«Por Dios. Ojalá lo estuviera. Un poquito de ella, un poquito mío. Todo junto, para siempre. Mi familia. Sí, síííí», me repetí mentalmente.

Salimos cogidos de la mano. Ella parecía nerviosa, asustada, pero yo quería llorar de felicidad. La miré. Yo no le notaba nada. Pero…

Salió Socorro y se acercó a nosotros.

—Anda, vámonos, que tenemos faena. Mañana os vais, y tenemos que dejarlo todo preparado. —Miró a Carlota—. Pues, ahora que lo pienso, sí que tienes cara de embarazada.

—Que no —se quejó ella—. Es que, ¿por qué decís eso?

—Porque, ahora que te miro, sí que te veo cara de embarazada. —Me miró a mí, que no podía dejar de sonreír—. Os va a parecer ridículo, pero ¿tomáis precauciones?

—No, ninguna —le dije yo.

Ella puso los ojos en blanco. Carlota nos pidió que dejásemos el tema, que se ponía nerviosa, y aseguró que no podía ser.

Carlota

Me bajé de la camioneta de Dante y fui directa a mi casa. Llamé a mi madre, quien respondió al instante.

—Hola, hija, justo íbamos a llamarte.

—Mamá… Creo que estoy embarazada, mamá.

Rompí en llanto.

—Pero ¿qué? ¿Cómo? ¿Qué dices? Ay, Dios.

—Mamá.

Lloré como una niña pequeña.

—Carlota, por favor. Explícate, porque me va a dar una angina de pecho.

Entonces, le relaté el día, desde la panadería hasta lo de la madre de Dante. Ella me dijo que me hiciera una prueba y no hiciera caso a las cosas de viejas. Me reí. Mi madre, la eterna jovenzuela.

—Y si lo estás y lo quieres, bienvenido sea. —Yo no dejaba de lloriquear asustada—. Mira, vamos a hacer una cosa. Tú ahora te relajas, y papá y yo el domingo vamos para allí. Te haces la prueba y…

—Vale —dije, como una niña pequeña.

—Ahora vete el fin de semana con tu novio, tu hermano y amigas y disfruta, y el domingo por la noche la mamá te ayuda, ¿vale?

—Vale. —Me reí—. Pero tengo miedo —confesé.

Tras colgar, salí de la casa. Caminé hasta las obras y me encontré con Dante.

—Nosotros nos vamos este fin de semana, os encargáis vosotros de esto. Cualquier cosa me llamáis y, si no, está Socorro.

Pasó su brazo por mi cuello y besó mi cabeza. Se despidió de los chicos y nos encaminamos al bar. Socorro ya había puesto al día a Manuel sobre todo, en especial, de mi posible embarazo.

—Nena, vamos compramos una prueba y salimos de dudas —dijo suavemente en mi oído Dante.

—Me da algo de miedo —le confesé.

Entró Judith por la puerta.

—Hola, ¿nos ponemos manos a la masa? —soltó risueña como ella sola.

—Sí.

Fui en su dirección.

—Vale, cariño, yo voy a trabajar un poco. Luego vengo a por ti y vamos a preparar las maletas. Te quiero —dijo Dante, marchándose feliz.

En la cocina olvidaba todos los males, desconectaba y me centraba. Judith parecía igual de dispuesta que yo. Ricardo entraba y salía.

—Chicas, no os paséis con la comida que os recuerdo que son dos días. La gente come más entre semana el menú.

Se reía al ver las cantidades de empanadillas, ensaladilla, callos y demás cositas que estábamos preparando.

Eran las siete de la tarde cuando vino Socorro.

—¿Os apetece tomar algo fresquito fuera?

Estábamos las dos destrozadas de tanto trabajar, así que decidimos hacer un alto en el trabajo y salir con Socorro a descansar un poco. Nos sentamos en una mesa las tres con unas Coca-Colas. La mía cero, como de costumbre. Judith nos estaba poniendo al día con su nuevo amor, su nueva ilusión. Nosotras la escuchábamos con atención. Hacía tantos meses que no la veíamos con ese brillo especial tan suyo en la mirada que estábamos las dos embelesadas. Al poco, llegó Lara.

—Guapuras. —Besó a Socorro en la cara—. ¿Lo tenéis todo listo? Mañana salimos temprano.

Se sentó a mi lado.

—Pues aquí, descansando, que llevamos un par de horas preparando las tapas y algunas de las comidas. —Me aparté el pelo de la cara—. Estamos muertas, pero solo nos queda recoger.

—Sí, por Dios. Voy loca por sentarme un rato en mi sofá con una copita de vino.

—Chicas, ¿os pongo algo para picar?

Escuchamos la voz de Ricardo, que se acercaba a nosotras.

—Yo quiero una aceitunas y una bolsa de patatas sabor jamón —dije, muerta de hambre.

Socorro me miraba traviesa, pero no dijo nada. Apareció mi hermano con Dante.

—¿Cómo estás, mi amor? —Se acercó a mí. Me besó—. ¿Todo bien?

—Sí, cielo. Todo perfecto.

Se sentó a mi lado.

—¿Os apetece salir a cenar algo? —preguntó mi hermano.

—No, hoy no. Tengo que hacer las maletas y acostarme.

Dante no digo nada. Los demás sí que se animaron. Socorro se levantó y fue a buscar a Manuel, que estaba con Turrón dando un paseo.

—Voy a acabar de recoger y nos vamos a casa —le pedí, sentándome encima de él—. Estoy supercansada.

Él apoyó su cabeza encima de la mía.

—Iros a casa —dijo Judith—. No queda casi nada. Ya lo acabo yo y mañana nos vamos.

Sonrió feliz.

—Pues sí, muchas gracias —le dije a mi amiga—. Es que estoy derrotada, me duele el cuerpo entero. —Me mordí el labio—. Creo que estoy bajita de defensas o algo. —Volví apartarme el pelo de la cara—. Me duele un poco la cabeza también.

—Sí, id tranquilos. Después viene a buscarme.

Nos marchamos a casa. Me preguntó si quería darme un baño relajante y él preparaba algo de cenar. Yo no daba más de sí. Por la cabeza se me pasaba la idea del posible embarazo y me faltaba hasta el aire. Tenía que sacar esas ideas de mi mente.

Dante puso música suave en el comedor. No sé qué era, pero me conocía tan bien, que puso algo que era un bálsamo para mis nervios. Llené la bañera con bastante espuma y me metí dentro. Me toqué la barriga y cerré los ojos. Entró Dante al baño con unas velitas y las dejó alrededor de la bañera.

—Te aviso cuando esté la cena, ahora relájate.

Más o menos estuve veinte minutos en el agua. Me puse en pie y me lavé el pelo. Me envolví en una toalla y fui al cuarto. El olor del pescado al horno me abrió el apetito. Miré mi bolso. Dentro tenía la prueba de embarazo. Dudé.

—Dante —lo llamé.

Él entró y miró mi mano, donde tenía la prueba. Sonrió.

—¿Quieres hacértela? —Me encogí de hombros. Él se acercó por detrás de mí y me abrazó—. No hay prisa.

—Llevo tres semanas de retraso. —Respiré profundamente—. Quería esperar al lunes, a que estuviera mi madre aquí, pero la incertidumbre me está matando.

—Pues háztela y así salimos de dudas.

—Me da miedo —confesé—. Pero sí, voy a hacérmela, ¿vale?

Él asintió.

—Espero en el comedor.

Al salir del cuarto de baño él estaba sentado en la cocina, con las manos cruzadas en la barra. Giró su cabeza y me miró.

—Pone que tenemos que esperar unos minutos.

—Bien. —Se puso en pie y me dio un beso en los labios—. Voy poniendo la mesa.

Me apoyé en la barra y dejé el test en la encimera dentro de la caja.

Sonó mi teléfono. Era mamá. Le dije que estábamos hablando, que me acababa de hacer la prueba y que la llamaría en cuanto supiésemos algo. Dante me miraba nervioso mientras colocaba alguno de los cacharros en el friegaplatos. Yo caminaba por el salón como un animal enjaulado.

—Nena, me estás poniendo de los nervios. —Miró el reloj de la cocina—. Ya han pasado los cinco minutos. —Se acercó a la prueba—. ¿Puedo?

—Claro. Es de los dos.

Me reí nerviosa. Me acerqué a él. Abrió la cajita y lo sacó. Nos miramos con una sonrisa en la cara. Él sacó la punta de plástico y lo miró.

—¿Qué? —pregunté, nerviosa.

Sus ojos brillaban como nunca y entonces lo supe.

—Sí, nena, sí, síííií. ¡Síííííí, joder! —gritó—. Nena, vamos a ser padres.

Me enseñó la prueba y ahí estaban: dos rayitas perfectas y muy marcadas, rosas. Me tapé la cara con las manos.

—Síííí, mi amor, sí. Estás embarazada —repitió, abrazándome y levantándome al aire.

Dio vueltas sobre sí mismo conmigo encima y riéndose.

—Ay, Dios. No me lo creo —repetía yo—. Yo, mamá, no puede ser.

—Pues sí, cariño, sí. —Me abrazó—. Joder, qué feliz soy.

38. El finde

«La felicidad no es una estación,
sino un modo de viajar».

Refrán

Me desperté por la mañana temprano. Dante me había preparado un desayuno olímpico. Había traído cruasanes, preparado tostadas, zumo y café. Estaba sonriente. Me fijé y, en el sofá, estaba su maleta.

—Cariño.

Caminó hasta a mí descalzo y en calzoncillos.

—Dios, qué pinta —dije, pensando en voz alta.

Él se rio muy, muy varonil.

—Tienes hambre, ¿eh?

—Sí, pero de ti.

Me puse seria y puse sus manos en mi culo. Él me miró.

—Nena, tienes que desayunar. Mira qué banquete.

—Me interesas más tú. Anda, ponme en la barra —dije, tocándole el enorme bulto que ocultaban sus boxes negros.

—Desayuna primero —dijo, de lo más pesado.

Yo bufé, me senté en la mesa de la cocina y mordí un bollito de chocolate.

—Dios, qué bueno está.

—¿Ves? Ahora comes por dos.

Lo miré.

—Sí, y también estoy muy cachonda y tú poco caso me haces.

Sus carcajadas despertaron a Turrón.

—Vaya con la señorita. —Siguió riéndose.

—A mí no me hace puta gracia.

Me quejé, mientras mordía el bollito y lo miraba con deseo. Estaba sentado enfrente de mí, guapísimo y apetecible. Me apetecía lamerlo entero.

—¿Sabes que he leído que las mujeres embarazadas aumentan su libido un ochenta por ciento?

Lo miré como si fuera tonto.

—Pues aquí tienes a la tuya y tú tan pancho.

Se levantó y me cogió en brazos. Me dejó con suavidad en la encimera y se deshizo de mi ropa interior.

—¿Eso piensas, amor?

Yo asentí, muy segura. Sus manos cogieron mis piernas y las abrieron bruscamente. Serio y sexi, volvió a tirar de mis piernas haciéndome adelantarme hacia él. Se bajó el calzoncillo y su enorme erección salió disparada; entró en mí, sin miramientos, de un empujón, donde yo grité. Apoyó una de sus manos en mi hombro y con la otra tiraba de mis caderas. Serio y centrado, buscando su propio placer, se mordía el labio de abajo y echaba la cabeza hacia atrás, tan fuerte que me volvía loca mirarlo. Besé su pecho y le mordí el pezón, lo lamí.

—Dios —grité.

—¿Te gusta, pequeña?

—Sí —dije, buscando su boca—. Dios, sí, sí, nene. Más. —Una de sus manos sujetó mi cuello mientras yo lamía su barbilla—. ¿Notas lo caliente que estoy? —le dije, sin dejar de lamerlo.

—Sí. Me encanta esto.

Yo estallé al escucharlo, retorciéndome de gusto mientras él seguía embistiendo fuertemente dentro de mí hasta que se corrió, dejándome paralizada con su cuerpo, y besándome con desesperación.

—Te amo, nena, te amo.

Después, fuimos a mi casa a preparar mi maleta.

—Cariño, tendremos que avisar a tus padres —comentó, mientras leía el periódico que había cogido del quiosco.

—Sí, voy a llamarlos.

Como era de esperar, mis padres se pusieron contentísimos. Estaban felices de ser abuelos y mi madre quería venirse ya. Papá le decía que no, que el lunes, que el domingo tenía petanca y quería contarlo a sus amigos, y mamá al final dijo que vendrían el lunes. Ella también quería contarlo a las vecinas y a las amigas del café.

Acabé la maleta y fuimos a dejar a Turrón con Socorro. Estaba en el bar con Manuel y Ricardo. Nada más ver a Dante, ella levantó la cabeza y rompió en llanto.

—No me lo puedo creer, ¿es verdad? —le preguntó, abrazándolo.

—Sí, vas a ser abuela.

Él la levantó en brazos y la besó. Ella lloraba. Manuel nos miró sin decir nada, y fui yo quien le dio la noticia. Ricardo y clientes del bar se enteraron también y, bueno, no nos pudimos negar a celebrarlo con ellos. Raúl, Lara y Judith entraron por la puerta. Todos me miraban, y mi hermano tenía cara de haber llorado.

—Hermana —me dijo, sin apenas voz. Me abrazó como solo un hermano puede hacer y me besó—. Dios, no me lo creo. ¿Esto es verdad? —Yo asentí—. Me lo ha dicho papá. Está como loco, Carlota.

Mis amigas me miraban con los ojos como platos. Las abracé.

—Estoy muy feliz.

Lara me miraba de arriba abajo.

—No se te nota nada, asquerosa.

Llevaba unas mallas altas de cintura color kiwi y una camiseta blanca cortita por encima del ombligo con unas bambitas blancas.

—Si estás plana, hija de puta.

Se rio. Se puso de rodillas y me cogió de las caderas.

—Hola, cigoto, soy tu tía. Te pido por Dios que no saques el carácter de tu padre.

La gente comenzó a reírse.

—No seas mala, anda.

—Coño. Que me haces tía, que me muero. Que ya lo quiero y es una pelotilla.

Miró a mi hermano. Él tragó saliva.

—A mí no me líes —le dijo, asustado—. Ni loco, vamos…

Se escondió detrás de Manuel.

—Carloti. —Me cogió mi hermano por la cintura—. Los papás de esta sí que se mudan. Me lo ha dicho el papá.

—¿En serio?

—Tú dirás: abuelo y la loca de tu madre, abuela. A ver quién la aguanta. —Se rio—. Me cago en la puta, hermana, qué feliz me has hecho. Un sobrino.

—O una sobrina —dijo Lara—. Va a ser una niña, estoy convencida.

Entró el novio de Judith, que estaba abrazada a Socorro, y esta corrió a sus brazos, tirando de él hasta nosotros.

—Mira, Carlota. Él es Carlos, mi novio. —Le di dos besos—. Enhorabuena —dijo él.

Yo lo miré.

—Le he puesto un mensaje…

Al final Raúl y Lara vinieron en la camioneta de Dante y Judith y su novio en el coche de él. Me senté detrás con Lara, que me acariciaba la tripa y yo me quedé dormida poco después.

Me despertó Lara haciéndome cosquillas.

—Vamos bollito, ya hemos llegado. —Abrí los ojos lentamente—. Tu novio conduce como un jodido psicópata.

—Cállate, anda —le espetó este.

—Sí, sí —le dijo ella, en modo repelente—. Vamos a hacer el *check in* y a buscar algún sitio para comer.

Dante se acercó a mí, que estaba bajándome del coche.

—Nena, no le hagas caso, que esta quería que viniera pisando huevos.

Le toqué la cara.

—Qué guapo eres —suspiré. Él se rio.

—Te está sentando genial el embarazo, cariño. Estás muy cariñosa.

—Puggg —se escuchó de fondo a Lara—. Sois muy repelentes.

Mi hermano tiraba de las maletas, una en cada mano y dos bolsas.

—¿Era necesario esto? Manda huevos.

Judith y Carlos estaban esperando en la entrada del hotel.

—Chicos… —nos saludaron.

Dante

Entramos en nuestra habitación. Carlota estaba deshaciendo su maleta. Llevaba unas mallas cortas de deporte y yo miraba su figura torneada, delgada, definida. Llevaba una camiseta corta y su estómago se veía plano. Joder, es que era perfecta, y saber que dentro llevaba a nuestro hijo me hacía sentirme pletórico.

—¿Qué miras?

Se dio la vuelta y me miró.

—A ti, ¿qué quieres que mire?

Se acercó a mí, con sus delicadas manos en su barriga. Se mordía el labio y sonreía. Estaba feliz.

—No me lo creo. —Su cara se iluminó—. Es que… —Miró sus manos—. No me imagino con una *barrigota* gorda.

La acerqué más a mí tirando de su cintura. Besé su barriga y la miré a los ojos.

—Vas a estar preciosa. —Rocé mi cara por su estómago. Ella comenzó a acariciarme el pelo —. Muero por verte gorda, nena. Notar sus patadas. ¿Qué crees que será? —La miré.

—Ni idea. Una niña, quizás. ¿A ti qué te gustaría? Dime, cariño.

—Sinceramente, me da igual. Yo solo quiero que venga bien y hacerle feliz. Sea niño, niña, no importa. Lo único que me preocupa desde ya es haceros felices. —Ella sonrió.

—Ya lo haces.

Se inclinó y besó mis labios suavemente. Llamaron a la puerta. Carlota abrió y Lara entró como un puñetero remolino, con Raúl detrás.

—Nena, vamos a la playa. Ponte el bikini, joder.

Lara rebuscó en su maleta.

—Voy. No me pongas nerviosa que estoy de fin de semana, necesito paz.

—Eres consciente de que, en nada, toda esta ropa no te va a entrar, ¿verdad? —Carlota se puso a reír—. A mí sí. Me irá toda —dijo, dándole un bañador blanco—. Ponte esto, sirenita.

Salió del cuarto de baño con un bañador que dejaba poco a la imaginación, blanco con una cuerdecita en la cintura, un escote hasta el ombligo y su pelo alborotado.

—Tienes las tetas más grandes. —Las manos de Lara saltaron a su pecho—. Dios, qué gorditas.

Cerró los ojos.

—Eres lo peor. Pues más grandes que se van a poner —dijo mi preciosa futura mujer.

Yo tenía el anillo en el bolsillo simplemente quería dárselo, vérselo puesto. La misma tarde que lo compré se lo dije a Raúl.

—Me quiero casar con tu hermana.

Y este se descojonó de mí. Como no me tomaba en serio, llamé a su padre y le pedí la mano como se hacía hace años. Yo quería hacerlo bien.

—Cariño, ponte el bañador —me dijo ella, sacándome de mi verborrea mental.

—Sí, voy.

Me palpé el bolsillo y ahí lo llevaba. Estaba de los nervios: quería encontrar el mejor momento, el perfecto.

Fuimos a la playa del Sardinero, a la cala pequeña. El agua estaba fría de cojones, pero Carlota caminaba por la orilla tranquilamente, relajada. Me acerqué a ella lentamente por detrás y cogí su mano. Caminé con ella. Juro por Dios que ella era pura luz, me trasmitía paz. No decía nada, pero lo decía todo. Sus ojos me decían lo que necesitaba saber. Y por fin la veía tan relajada y feliz que el jodido corazón me explotaba.

Salimos por la noche a la fiesta de la playa; todos bebieron como locos, pero nosotros no, tampoco nos hacía falta. Ella bailaba como siempre y se reía feliz con sus amigas, y yo con ella. Era todo perfecto. Nosotros éramos perfectos.

Por la mañana despertamos y nos bajamos a la playa. Los demás seguían durmiendo, con resaca, imagino, así que nos fuimos solos. Yo cargaba con nuestras tablas. Me daba algo de miedo que Carlota hiciera surf, pero tampoco quería decirle nada.

Colocó las toallas y se sentó.

—No es normal el hambre que tengo. —Sacó un bocadillo pequeñito de la bolsa—. Mmmm, me moría de hambre.

Me senté a su lado mientras comía tranquilamente. Le pasé una botella de agua. Había muchos críos juagando. Yo los miraba, me preguntaba cómo sería yo como padre. Jugaban a pelota, a las palas, y correteaban de un lado a otro. Carlota me miró.

—Seguro que tú serás el mejor papá. Estoy convencido, cariño. —Besó mis labios y se puso en pie—. Sé que te pone nervioso que me ponga hacer surf, te lo noto en la cara, pero estate tranquilo.

Volvió a besarme. La miré caminar hacia el agua. Por muy embarazada que estuviera, tenía un cuerpo espectacular. Conforme caminaba todos los tíos la miraban, le miraban el culo. Su pelo se movía con el viento. Lo tenía largo, casi, casi por las caderas, muy rubio. Sus piernas firmes. Joder, es que era un espectáculo. Caminé detrás de ella. Miraba a los tíos que la miraban, y apartaban la mirada. Yo no sentía celos, ni me ofendía que miraran a mi mujer. Era normal: yo también la miraría. Era perfecta. Y lo mejor de todo es que ella, ella no miraba a ninguno. Ella solo me miraba mí.

Entró en el agua, y con cuidado y su elegancia habitual se subió a la tabla. Había un grupito de chavales mirándola. Se daban con el codo. Ella remó. Yo me quedé en la orilla con los brazos

cruzados mirándola. El mar estaba tranquilo, pero alguna ola había, y Carlota era paciente. Se paró antes de llegar al pico donde estaban los demás. Se paró un chaval al lado suyo y los vi hablar.

Ella se puso de rodillas en la tabla y se despidió de él con el saludo *Shaka*. Remó un poquito más y comenzó a estirar sus brazos. La miré, no sabía qué estaba haciendo. Caminé unos pasos hasta que el agua me cubrió las rodillas. Estaba siendo yo. Suave y relajado, con calma y equilibrio. Colocó sus antebrazos en la tabla y levantó las dos piernas muy suavemente, como si alguien se las levantara. Yo abrí los ojos alucinado. Su cabeza se mantenía alejada de la tabla y estaba haciendo el pino solo con los antebrazos. Recta. Sin moverse. La tabla se mecía con la ola suave. *Sisasen*, me dijo ella que se llamaba esa postura. Muchos de los bañistas la miraban, atónitos al igual que yo. Bajó las dos piernecitas, a la vez su cabeza entró entre sus brazos, y volvió a levantar las piernas. Bajó una y después la otra, simultáneamente. Las cruzó suavemente. Subió las piernas despacio, como si su cuerpo no pesara nada, y las estiró en la tabla. ¿Cómo podía ser que ella estuviera tan jodidamente fuerte? Fuerte interior, Dios. Se quedó estirada y plana en la tabla. Eso sí que me lo sabía: era una *asana*. Se lo escuchaba decir muchas veces. Ella repitió todas esas posturas que para mí eran infernales y yo saqué el móvil. Caminé un poco más hacia ella y saqué varias fotos. Según me explicó poco después, hizo un saludo al sol. Me parecía maravilloso verla moverse de esa manera, la fuerza y estabilidad que tenía, su cuerpo perfecto… ella. Ella era calma y armonía.

Me senté a contemplarla desde la orilla. Ella terminó la sesión y se acercó a mí remando. La miré con fascinación.

—Me dejas a cuadros, princesa.

Ella besó mis labios. Me miró extrañada, pero a la vez cariñosamente, y amasó mi pelo con su mano.

—¿Me has visto? Pensé que no sería capaz. —Mordió su labio un segundo—. He sido capaz. —Se rio con una carcajada—. Jolines. —Saltó a mis brazos—. Es una pasada, gordo.

—Sí que lo es, joder. —Le toqué las piernas—. Mira que estás fuerte, Carlota.

Toqué sus brazos. Ella sacó músculo, orgullosa.

—Yo soy fuerte —dijo, orgullosa. Le toqué el estómago—. Cariño, el yoga es totalmente seguro, amor. —Acarició su vientre. —Me he asegurado. Además, es muy prontito. Hay mujeres que, de ocho meses, pueden hacerlo y es seguro.

—Cariño, si tú lo haces es porque sabes que puedes. No es por él bebé, es porque estoy flipando de lo fuerte que eres. Te juro que no pensaba que tuvieras esa fuerza interior. —Ella me miró con una sonrisa tan bonita…—. Es que se necesita mucha fuerza para levantarse así de esa manera, es que tienes abdominales.

Me quedé flipando. Ella estaba muy tonificada, pero acababa de alucinar.

El resto de la mañana se lo pasó adormilando en la toalla, hasta que nos llamó Judith para ir a comer. Quedamos con ellos en el restaurante. Raúl me mandó un mensaje diciendo que tenía una

migraña horrible y que Lara vomitaba cada vez que se movía. Comimos con Carlos y Judith en Loredo en la calle del puente. Judith decía que ese sitio tenía muy buenas reseñas y que nos iba a encantar. Y sí, la comida fue espectacular. Carlota mira muchísimo su alimentación y quería comer todavía mejor por el embarazo. Yo había leído que el embutido y marisco tenía que ser congelado. Se pidió una ensalada de tomate y, después, una lasaña de verduras.

Los demás comimos carne, yo un entrecot. Ella iba hablando con Judith entrando en todas las tiendecitas que encontraban a su paso y Carlos y yo hablando tranquilamente detrás de ellas. Carlota se paró en una tiendecita de bebés. Sus preciosos ojos brillaban. Judith tiraba de ella para entrar, pero ella no quería.

—No, es demasiado pronto.

Pero, en su cara, yo veía ilusión, así que entré con Carlos. Ella me miraba con atención. Sabía que podía volverme loco y salir con media tienda. La llamaron al teléfono y respondió. Yo miré cosas.

—Ay, Dios. Voy a ser padre —le dije a Carlos, que miraba unas gorritas.

—Tiene que ser una pasada, ¿verdad?

Yo asentí.

—Sí, es… yo qué sé. Un sentimiento raro. No lo ves, yo no lo noto, pero ya siento que daría mi vida por… —Me callé—. Por el niño o la niña. La daría sin dudar.

—Mira. —Me señaló un peluche—. Está guapo —dijo, dándomelo.

Era la cabecilla de un osito marrón, muy gracioso, y como si llevara una toallita suave.

—Esto son los muñequitos que se ponen en el carrito cuando nacen —su voz era dulce —. O mamás que le dan el pecho se lo ponen encima. También para darles oscuridad a la hora de dormir en los ojitos, y para cuando la mamá tiene que hacer algo, que ellos huelan a ella. La verdad es que después dan bastante juego.

—Me lo llevo.

Y ahí, ahí tuve la idea perfecta. La seguí hasta la caja. Carlos podrías salir a distraerlas. Él me miró. Saqué la caja del anillo y él abrió los ojos.

—Joder, sí.

Salió. La muchacha de la tienda me miró.

—Qué bonito —dijo—. ¿Le vas a pedir matrimonio?

Dio dos palmaditas de felicidad.

—¿Podrías envolvérmelo para regalo con la caja?

Ella se pellizcó pensativa la barbilla.

—Tengo una idea mejor. ¿Puedo?

—Sí, por Dios.

Le di la caja. Ella la abrió.

—Por Dios bendito. Ay, Dios mío, qué bonito es, por favor.

—¿Sí? ¿De verdad?

—Es para llorar. Precioso. —Lo sacó con cuidado—. Madre mía —dijo, mirándolo bien.

Después, dobló cuidadosamente la mantita del osito y la metió dentro del anillo.

—¡Coño! —me sorprendí—. Queda bonita.

Ella sonrió.

—Mucho. Verás…

Lo colocó encima de un papel amarillo con animalitos bebés: un elefante, una ovejita, una jirafa y un león. Lo envolvió como si de un sobre se tratase y puso una pegatina de una cigüeña para que no tuviera que romper el papel.

—Hostia puta. —La miré—. Ha quedado chulísimo. Muchísimas gracias por tu ayuda.

—De nada. Espero que le guste y que diga que sí. —Se rio al verme la cara—. Que sí, hombre, estaría loca si no. —Volvió a reírse—. Toma.

Cogió una piruleta y me la dio. Me reí. Le di la tarjeta y pagué. Ella metió el paquetito en la bolsa y salí.

—¿Qué has comprado, majadero?

—Bah —le quité importancia—. Un chupete de esos con dientes.

—¡Será verdad! —dijo horrorizada.

—Ya te digo —dijo Carlos—. De esos con los dientes torcidos.

Carlota abrió los ojos.

—Me da un infarto, vamos. Déjame ver.

Intentó quitarme la bolsa.

—Que no, tonta. Una tontería, luego te la enseño. Va, vamos. —Tiré de su mano. Ella miraba la bolsa—. Si paras, te llevo a comer un crep.

—Mamón. —Tiró de mi brazo—. Pero vale, con Nutella. Mucha Nutella y una bola de vainilla.

Carlota

No podía creerme lo especial que estaba Dante. Me pareció curioso verlo entrar en la tienda de bebés y mirar cositas. Tan grande, tan varonil, que parecía un elefante en una cacharrería. Obviamente, las dependientas le saltaron encima, cómo no. No me quería decir qué narices había comprado, pero me chantajeó con un crep de Nutella. Y yo, en esos momentos, era débil, muy débil.

Después de la merienda yo me caía de sueño. Bostezaba sin poder contener las ganas mientras paseábamos.

—Dios, nene, se me cierran los ojos. Necesito descansar un poquito.

—Cariño, normal. No has parado —me dijo él, pasándome el brazo por el cuello.

—Chicos, nosotros nos vamos a ir a descansar un poco. Vosotros ¿qué?

—Nos quedamos y cenamos por aquí. Después nos vemos en la fiesta de los surfistas —dijo Judith—. ¿Te acuerdas dónde es, Dante?

—Sí, claro. Mi antiguo club. Ya verás, nena, te va a gustar. Nos vamos.

Se despidió de ellos con la mano. Mandé un mensaje a Lara a ver dónde estaban y contestó poco después que estaban en la cama, pero que a la fiesta de la noche iban.

Al llegar al hotel, Dante salió a la terraza de la habitación.

—Nena, duérmete. Yo voy a llamar a ver cómo están las obras y a Socorro a ver cómo está todo.

Me quedé dormida en dos segundos. Noté cómo Dante se metía en la cama. Pegó su cuerpo al mío. Una de sus manos se deslizó por mi vientre y uno de sus dedos apartó delicadamente la goma de mi ropa interior, deslizando suavemente su mano entre mis piernas. Noté sus besos en mi cuello.

—Abre los ojos, nena.

Rozó su sexo duro contra mi culo. Uno de sus dedos entró en mí. Me estremecí y separé mis piernas.

—Así me gusta, nena. Abre las piernas para mí.

Me giré para besarlo, pero él se había bajado se coló entre mis piernas abiertas y me lamió muy despacio de arriba abajo, jugando con su lengua en mi clítoris. Yo acariciaba su pelo mientras gemía. Uno de sus dedos entró en mí. Entraba y salía despacio, al igual que su lengua. Subió lentamente, besando y lamiendo mi cuerpo hasta que llegó a mis pechos. Los apretó con las manos y los mordió, su polla rozaba mi entrada.

—Dios. Nene, vamos —lo animé.

—¿Qué quieres?

—Que me folles. —Empujé sus caderas un poco. Su glande entró—. Aaaah.

Más, más dentro. Entró un poco más. Pasó un brazo por debajo de mi espalda. Metió la mano entre los cachetes de mi culo y con un dedo apretó mi ano. Me quedé muy quieta.

—Ssch.

Besó mi boca suciamente mientras mantenía quieta la cadera. Su dedo acariciaba con cuidado y empezó a entrar y salir de mi sexo sin llegar a penetrarme entera. Eso me estaba matando de placer. Entró un poco y volvió a salir, su dedo jugaba detrás. Mordió mi boca fuerte y entró en mí de un empujón al tiempo que su dedo en mi culo. Grité, me removí, pero él no paró de penetrarme a la vez. Con cuidado, pero sin pausa, mordiendo mi boca. Me corrí. Me costaba respirar, pero él seguía penetrándome. Follándome, mirándome a los ojos.

—¿Te gusta?

Asentí. Notaba mucha presión, el anillo de nervios que había penetrado con su dedo se estaba relajando. Notaba que chorreaba entre mis piernas. Mi excitación, humedeciéndome entera, dilatándome más.

—Me encanta nena, joder. ¿Quieres más? —Le dio un mordisco a mi teta—. Pídemelo.

—Quiero más. —Moví mis caderas.

39. Y cuando menos te lo esperas

«Dos seres, un camino.
Dos corazones. Un único destino».

Frases de amor

Mi hermano y Lara eran un desastre. Estaba completamente destrozados. Nos dijeron que nos verían en la fiesta, que ellos cenaban en la habitación. Judith y Carlos estaban cenando en Laredo.

—Nena, nosotros nos vamos a cenar a un sitio que conozco que te va a gustar mucho.

—¿Sí? —Me acerqué a él por detrás; estaba vistiéndose, sentando en la cama. Lo abracé—. ¿Dónde nos vas a llevar?

Tiró de mí, sentándome en sus rodillas.

—Yo os llevo al fin del mundo, nena.

La forma que tenía de besarme era increíble. Era bruto, porque él era así, pero conseguía hacerme sentir especial con cada beso.

—Venga, gorda, que he reservado. Vístete. —Lo miré y levanté una ceja—. Nena, que te pones tontita y acabamos follando, y tenemos reserva.

Me reí.

—Vaya. Si me cuentan esto no me lo creo.

Me puse en pie. Él también. Cogió mi cara entre sus manos.

—Te quejarás del *polvazo* que te he metido nada más despertar.

—Ea. Todo el romanticismo en tu boca es poesía.

—Niégalo. —Ocultó su sonrisa pillina—. Ha sido una puta pasada.

—Jummm. Luego me lo recuerdas, que estaba medio dormida.

El negó con la cabeza.

—Vístete, va. —Entré en el baño—. Cariño, voy a ver a tu hermano, ¿vale?

—Sí —dije, abriendo la puerta para ver cómo se iba.

Busqué en la maleta. Encontré un vestido rosa clarito era brillante, de tirantes. Finito y cortito por encima de la rodilla. Ajustado, pero con buen escote. Estaba morenita y ese color rosa palo resaltaba mi moreno. Saqué unas cuñas monísimas con más años que María Castaña, de esparto suave con unas tiras trasparentes que me sujetaban el pie muy bien. Además de ser superbonitas, quedaban perfectas con el vestido.

Me maquillé muy sutil: un poco de colorete rosado, rímel y un brillito en los labios con algo de tono. Me hice mis ondas *surferas* y me di unas pulsaciones de colonia. Cogí mi bolsito de mano

con forma alargada de esparto y metí mis cuatro cosas.

Al abrir la puerta de la habitación me encontré con Dante. Me miró de arriba abajo.

—Me cago en la puta. —Se pasó la mano por la frente, bajándola por su cara—. Madre de Dios, cariño.

Giré sobre mí misma.

—¿Te gusta?

Él levantó una ceja.

—Si es que más buena no puedes estar, nena. Estás preciosa. —Se miró el bulto del pantalón. Yo me reí—. A ella también le gusta.

Se apretó su erección por encima de sus tejanos ceñidos.

—Tú también estás muy, muy bueno. —Me cogí a su pantalón. Lo miré de arriba abajo. Estaba guapísimo con esos vaqueros claros y esa camiseta negra de Balenciaga y sus bambas blancas—. Para comerte enterito.

—Nena, o nos vamos o la liamos —me retó.

—Te libras porque tengo hambre —le advertí.

Dante

No era posible, no lo era. ¿Cómo podía estar tan buena? La dejé apenas veinte minutos y al volver me la encontré con un vestidito rosa que le quedaba como un guante. Dios, esa cintura, esas caderas, ese culo, ese cuello, esas tetas... Podía mirarla todo el día y no cansarme.

Salimos del hotel de la mano. Yo había dejado el coche en la entrada.

—¿Dónde me llevas? —Se sentó—. Tengo hambre.

—Te va a encantar.

Arranqué y salí del aparcamiento. Conduje apenas diez minutos.

—Qué bonito es este pueblo.

Ella miraba por la ventanilla. Yo estaba muy nervioso. El regalito lo había escondido en mi puerta y me moría por dárselo. Aparqué y salí rápido. Me acerqué a ella. Le apreté el culo con mi mano.

—Ya verás.

Tiré de ella.

—¿Coquetería? —preguntó, mirando el letrero.

Nos dieron una mesa alejada, en un pequeño rincón del local. Estamos solos ahí.

—Qué bonito es.

Miró a su alrededor.

—Lo mejor son las vistas —le dije yo.

Ella miró y se dio cuenta de que era un rincón sin ventanas, forrado de madera con cuadros y plantas.

Nos sirvieron enseguida. Yo pedí una copa de vino blanco y ella agua con hielo.

—Nena, déjame a mí, ¿vale? Sé que vas a disfrutar como una enana.

Ella asintió. Pedí un surtido de croquetas, una ensalada casera, un pulpo a la artesana y una carrillera de la casa para compartir. Como me imaginaba, Carlota alucinó con la comida comiendo por dos, disfrutando como una enana.

—Cariño, ¿quieres postre?

—Claro. Una tarta de queso. —Yo sabía que a ella le volvía loca—. Es casera y está muy buena.

Al salir del restaurante decidimos dar un paseo. Los dos nos habíamos puesto tibios de comer.

—Nena, ¿y si damos un paseo por la playa? —le dije yo.

A ella le fascinaba caminar por la orilla. El corazón se me salía del pecho: se acercaba el momento de darle el anillo.

Pasamos por al lado del coche y le dije:

—Espera un momento, voy a por una toalla.

Ella esperó quietecita al lado. Me guardé el regalo en la espalda y me puse la toalla al hombro.

—Listos.

Cogí su mano y bajamos caminando. Ella me preguntó cómo iba la reforma y yo iba poniéndola al día.

—Mira, cariño. Es luna llena. —Miró el cielo—. Ven, vamos a dejar los zapatos aquí y caminamos por la orilla.

—A ver si nos los van a quitar —comentó, mirando a nuestro alrededor. Había gente.

—No, cariño, no. Los dejamos más cerca.

Una vez que sus pies tocaron la arena vi la conexión que ella tenía con los elementos naturales. Siempre lo digo, pero es que era lo que veían mis ojos: ella desprendía magia y luz, y yo iba a ella como una jodida polilla a la luz.

—Está fresquita —me dijo, cuando sus pies tocaron el agua.

—Sí, pero está buena.

La miré.

—¿Qué te pasa? Te noto nervioso —preguntó, mientras daba pasitos pequeños y apretaba mi mano.

El reflejo de la luna la hacía verse resplandeciente.

—Nada, cariño. Pensando en nosotros, en que nos viene un crío, en que vamos a ser una familia —ella me miraba—, en lo bonita que es la vida —suspiró—, en lo bonito que haces mis días. —Cogí aire—. En eso, en que me siento especial. —La miré—. Me siento querido, respetado, libre. Feliz. —Sus ojos brillaban y a mí me costaba hablar—. Cada vez que te veo me da un vuelco el corazón, verte dormida me da paz.

—Por Dios, cariño. —Se paró en seco—. Tú me haces sentir eso a mí. Yo me siento muy afortunada de tenerte.

Toqué su vientre.

—¿Qué te digo, nena? No sé qué decirte para expresarte las cosas, pero eres lo que más quiero en este mundo. Eres mi todo, cariño. Yo moriría por ti.

—Lo sé —dijo, emocionada—. Y nosotros por ti.

Sonreí.

—Me encanta eso. Nosotros o vosotras. Nena., que yo no me lo creo. Desde que te vi quiero todo esto contigo: Amor, hasta un crío.

—Jamás hemos puesto medios.

—Lo sé, pero es que llega en el mejor momento. Llega en el momento preciso. Es que esto así, cariño. Aquí el afortunado soy yo.

Sus brazos se deslizaron por mi cuello. La levanté un poquito para tenerla cara a cara.

—Te amo —le dije, nervioso.

—Cariño, por Dios. Te va el corazón a mil.

Me reí nervioso.

—Si es que sabes que soy un zoquete. Ven. —Tiré de su mano y puse la toalla en el suelo—. Siéntate.

Ella se sentó de rodillas, y yo a su lado.

—Cariño, soy muy torpe. Tenía una cosa en mente, pero me va a dar un infarto. —Ella estudiaba la situación—. Mira. —Saqué el paquetito—. Esto es lo que le he comprado al bebé. —Su sonrisa fue eterna—. Ábrelo.

Deslizó sus finos dedos por el paquete con mucha curiosidad.

—Qué bonito es el papel —dijo, abriéndolo con cuidado de no romperlo.

A mí el corazón me daba fuerte en el pecho, lo escuchaba bombear dentro de mí. Al abrirlo, el diamante brilló con la luna. Ella abrió sus grandes ojos. Miró el osito. Miró el anillo.

—Dios, Dios. —Lo sacó de la pequeña mantita y lo sostuvo en sus dedos—. Es… es precioso —me dijo.

—Nena, cásate conmigo, por Dios —dije sin apenas voz.

—Sí, claro que sí, cariño. Síííí —gritó feliz, abrazándome—. Sí. —Me besó en la cara—. Claro, nene.

Se lo cogí de los dedos. La besé en la boca y le puse el anillo en el dedo. Ella se miró la mano.

—Es perfecto. ¡Qué bonito es!

Su mano era fina y elegante y el anillo estaba hecho para su mano.

Poco después, decidimos pasar por la fiesta a ver a los demás. Las chicas miraban su mano, contentas.

—Qué buen gusto tienes.

Me abrazó Lara. Los demás nos felicitaron.

—Raúl, a mamá le va a dar un algo cuando lo vea.

—Ya lo saben los papás. Ha pedido tu mano. —Ella me miró y yo arrugué el morro—. Sí, sí, primero a mí y después a papá.

40. Sumamos momentos

«Aquellos que creen en la magia
están destinados a encontrarla».

Magia

Después de las noticias del embarazo y boda como titulares a la familia y a nuestros amigos, la calma llegó a nuestras vidas con el paso de las semanas.

Mi madre estaba como loca buscando una comadrona, planeando la boda. Parecía una desquiciada ilusionada. Mi padre ya no le hacía ni caso. Ellos se habían quedado en mi casita y yo me había ido con Dante. Nos estaba volviendo locos a todos y la dejábamos hacer con tal de no pelear.

Esa mañana estaba ayudando a montar los tipis en nuestro campamento, ayudando a Dante y a los chicos.

—Carloti —escuché la voz de mi madre.

—Dios. Papá, dile algo.

La temíamos todos.

—Carloti, hija, el ácido fólico. —Me dio una pastilla. La tragué con agua—. Y toma el hierro. —Me la dio ella—. Te he preparado unas tostaditas. —Sonrió.

—Mamá, tenemos trabajo. —Ya me sentía resignada.

—Dante, dile algo. Está gordita, por Dios.

—Mamá, estoy de trece semanas.

—Exacto: la primera semana del cuarto mes, cariño. Estás gordita y todavía no nos dejas saber si es niño o niña. Y yo no puedo más.

—Suegra, ahora te la llevo a comer, no te preocupes.

—Tú calla —le espetó mamá—. Que eres el único que sabe el sexo y no dices nada. No entiendo a esta hija tuya —le dijo a mi padre, molesta también con él.

Dante se acercó a mí.

—Va, nena, ve a desayunar, está todo muy avanzado aquí. Está tu padre encargándose.

—Es que me pone de los nervios —me quejé.

—Está nerviosa, cariño. Sé buena. Además, luego nos tenemos que ir, ¿recuerdas?

Caí que teníamos que ver a Luisa. Había dado un bajón muy importante y le quedaba poquito.

—Sí, es cierto. Venga, ve, ahora voy yo y nos vamos a casa.

Me dio una palmada en el culo.

Desayuné con mamá. Ella estaba feliz con todo, no había vuelto hablar de Madrid ni del pueblo. Solo hablaba del bebé y de que necesitábamos una casa o piso más grande.

Poco después apareció Dante en casa.

—Suegra ya estoy aquí.

—Ella lo miró con su cara de póker.

—Tú, tú me tienes negra.

Le puso un plato con un bocadillo gigante de tortilla de patatas y un refresco.

—La más guapa.

Él la abrazó.

—Pues dime qué es de una vez.

—Pronto. Será pronto.

Me miró sonriente.

Dante

Teníamos que ir a ver a Luisa; estaba esperando a Carlota cuando llegó Socorro.

—Parece que la enfermedad de Luisa avanza cada día un poco más.

Acarició mi mano. Yo la miré.

—¿Cuándo piensas hablarle o contestarle, Dante?

—No lo sé. No es que no quiera, es que no puedo. No me sale.

Se abrió la puerta del coche y Carlota se sentó detrás.

—Ya estoy, cariño. Es que me cuesta cada vez vestirme. No tengo mucha ropa —dijo.

—Es que ya tienes mucha barriguita. —Socorro la miró con ternura—. ¡Ay, Dios! En nada, vamos a tener un terremoto por el *camping*. ¡Qué ganas tengo!

Arranqué el coche. Carlota se había quedado dormida y Socorro miraba por la ventanilla, sonriente y feliz. Yo mantenía una conversación interna conmigo mismo. No me veía capaz de hablarle todavía a esa mujer, a pesar de que la cuidaba y le daba todas las atenciones. Ella me hablaba, pero yo no contestaba y quería hacerlo. Necesitaba hacerlo.

Al entrar en la casa me sorprendió. Estaban todas las ventanas abiertas. Entraba mucha luz por ella. Luisa estaba sentada en un sillón orejero tapada con una mantita y mirando la tele. Marian nos recibió como siempre, con muchísimo cariño.

—Hoy se ha levantado muy contenta a pesar de que ha tenido una muy mala noche. —Apretó sus labios, mostrando pena—. Pero sabía que ibas a venir y ha querido ponerse guapa y salir al comedor.

—Me han dicho los médicos que posiblemente no aguantará hasta finales de semana. Ya le están dando morfina, pero ella hoy no ha querido nada. Ha dicho que venía su hijo y quería estar consciente.

Luisa miró a Carlota, noté la ilusión en sus ojos. La mano de Carlota soltó la mía y se acercó a ella. La besó en la mejilla y se sentó a su lado. Carlota le daba calma, se le notaba en la cara cuando la veía, y ya no me molestaba que ella la besara o Luisa la tocara.

—Te ha crecido mucho la barriga —le dijo Luisa.

Vi cómo su mano temblorosa delgada y envejecida se acercaba al vientre de mi mujer. Carlota sonrió.

—Estoy gordita, sí. Casi no me veo los pies ya. —Se rio—. Es una buena barrigona.

—¿Ya sabéis lo que es? —Carlota negó.

—No, solo lo sabe Dante. —Ella me miró—. Quiere que sea una sorpresa.

—Sea lo que sea va a venir con mucha salud y mucha luz.

Carlota le había cogido la mano a Luisa.

—Gracias.

—Vais a ser muy felices los tres. Yo os veré y os cuidaré, en especial a la criatura. —Carlota suspiró—. No te pongas triste, cariño. Creo que va a ser una niña.

¡Me cago en la puta! Había acertado, yo era el único que sabía el sexo de mi futuro bebé y ella, al igual que el embarazo, lo había vuelto acertar. La miré. Ella movió su mano habiendo un gesto para que me acercara. Me quedé estático al lado de Socorro, pero Carlota me miró y en sus ojos vi una súplica, así que caminé hasta ellas. Luisa estaba muy sorprendida, pero yo jamás me negaría a nada que me pidiera mi mujer. Me senté en una vieja mesita de centro quedando enfrente de ellas. Me sentía tan relajado que me hacía sentir extraño. Había algo en el ambiente que no sabría explicar. Calma, paz, lo que fuera… estaba en el ambiente.

—Marian, ¿me acompañas a la cocina y preparamos algo para picar? —escuché decir a Socorro.

Luisa me miraba y sus ojos brillaban. Su mano intentó acercarse a mí, pero la retiró en el último momento. Sin darme cuenta, mi mano salió a buscar la suya. Al notar mi tacto sollozó. Cerró los ojos con fuerza y nos miró a los dos.

—Sé que Carlota está acelerando la boda por mí, pero no voy a llegar. Sé que me queda muy poco.

—No diga eso.

Carlota intentó frenar a Luisa mientras yo me mantenía estático, cogiendo esa mano que tantas veces me había hecho daño, que tantas veces me había golpeado. No me creía lo que estaba pasando.

—Sí que lo es, cariño. Lo sabemos todos. He tenido una mala vida. No he sido buena persona, ni supe ser madre, ni mujer. Pero, aun así, me siento tranquila y preparada, y estoy teniendo un fin de vida bonito que ni merezco. Gracias a vosotros.

Carlota lloraba. Con la mano que tenía libre limpié su rostro.

—Estoy tan agradecida y llena de amor. Me voy feliz, feliz por veros y saber que vosotros sí que seréis unos buenos padres. Tú, una buena mujer, y mi chico… Mi Dante precioso, el mejor

hombre del mundo. Solo hay que ver cómo te mira, cómo os miráis, así que me voy en paz y agradecida.

—Luisa —la llamó Carlota, saltando a sus brazos. La abrazó con fuerza y la besó—. Me parte el alma —dijo.

—En cambio, vosotros habéis curado la mía. La habéis llenado de amor y paz. Tú, mi chico. —No pude contestarla. Las palabras no encontraban salida y yo no sabía si llorar o irme—. Aunque no me creas, aunque pienses otra cosa, yo siempre te he amado. Siempre —recalcó—, pero fui un desastre, una mala persona que le podían los vicios y que la mayor parte del tiempo no era persona. Siempre he estado orgullosa de ti, del niño bueno y cariñoso que fuiste. —Ella lloraba —. Y del hombre que eres. Siempre te he amado, siempre lo haré. Y perdóname, hijo, perdóname —suplicó débilmente.

Asentí, pero no dije nada. Salió Socorro con unas pastitas y café, emocionada al igual que los demás.

Pasamos un rato más de charla y el ambiente se relajó. La voz de Luisa se apagaba. Ella no dejaba de mirarme, de sonreírme. Yo la miraba de reojo. Quería decirle que la había perdonado, que ya había pasado todo, que se fuera en paz, pero no encontraba la forma.

Notábamos cómo el cansancio hacía mella en ella y que el esfuerzo de salir de la cama para recibirnos le estaba pasando factura. Yo era consciente de que, posiblemente, no llegara a la noche, lo sentía en mi pecho, dentro de mí. Sabía que estaba viéndola por última vez. Y me dolía, cojones que si dolía. Podía notar en su rostro el dolor de su cuerpo, y el dolor por la vida que había llevado. Podía notarlo en todos los poros de mi piel. Poco después recogimos las cosas para irnos. Vi cómo Marian la intentaba levantar para llevarla a la cama. Me quedé de pie junto a Carlota mirando esa triste escena y mis pies se adelantaron hasta ellas.

—Marian, la llevo yo.

Agarré su brazo. Luisa me miró con los ojos llenos de asombro. La levanté en brazos. No pesaba nada. Simplemente la levanté y caminé con ella hasta su habitación.

—Gracias, hijo —dijo, al notar cómo mi cuerpo la sostenía.

La olí. Era ella, ella era mi madre; el corazón se me aceleró. La dejé en la cama y la arropé. Me miraba.

—Es… es una niña —dije, muy flojito en su oído—. Una niña —repetí.

No quería que partiera sin saber que iba a ser abuela de una preciosa niña. Dos lágrimas bajaron desde sus ojos a su barbilla y su mano agarró mi brazo sin apenas fuerza.

—Dante —me llamó, sin apenas voz. La miré—, abre el primer cajón de la cómoda y coge esa cajita marrón. —Le hice caso, la sostuve en mis manos—. Ábrela. —Dudé, pero aun así lo hice. Las manos me temblaron al ver en su interior—. Hay unos recuerdos que siempre he llevado conmigo. Jamás lo he dejado y es lo único que tengo en este mundo. No tengo nada más, ni una simple joya o pañuelo, o algo que pueda dejarte. Simplemente, esa cajita. —La miré, atónito—.

Siempre lo he llevado conmigo. —Sus lágrimas no dejaban de caer y me estaba rompiendo el corazón—. Llévatela, es tuyo.

Me acerqué a ella y dejé la caja en la cama. Ella sacó unas fotos mías de bebé y de niño, con ella. Jugando, besándome. Un chupete viejo marrón y un babero, un calcetín de bebé. Sonreía mientras sacaba las cosas. Una pulsera rota de oro, que sostuvo en sus dedos.

—La recuerdo —dije, a punto de llorar—. Te la regalamos papá y yo cuando saliste de aquel hospital. —Ella asintió—. Te gustó mucho.

—Sí. La compraste con tus ahorros y me la diste como un tesoro.

—Sí —dije, seco.

—Siempre ha sido un tesoro para mí.

Después, sacó unas fotos mías de un par de años atrás, unas viejas notas del instituto y una piedra.

—Esta piedra me la regalasteis un día en la playa. Decías que era mágica y que me curaría. —La sostuve entre mis dedos y lo recordé: yo tendría apenas cinco años—. Fue ese mismo verano —me contestó—. Y lo que hay aquí son cositas sin mucho valor. Una cruz de Caravaca negra de lo vieja que estaba, una goma de pelo y unos botones—. Estos botones eran de mi madre, del viejo costurero que tenía. Esto es lo que tengo y es tuyo. —Acarició mi mano—. Yo lo único que pido es que no llores, que cuando me vaya no sufras, cariño mío, porque bastante has sufrido ya. No me recuerdes si no quieres y no le hables a tu niña —lo dijo muy flojito— de mí, no hace falta. Pero, sobre todo, quiero que seas feliz, mi amor, mi chico guapo. —Me acerqué a ella. Apoyé mi frente en su cabeza—. Mi niño. Cuánto te quiero y no he sabido hacer, cuánto te he hecho falta y no he estado y mírate: qué grande, qué hombre y qué bueno. Sé feliz.

—Eso haré.

El nudo de mi garganta era horrible. Quería decirle: «te quiero, mamá», pero no era capaz.

—Gracias por darme estas semanas, estos meses, y por haberme perdonado lo justito para que me vaya en paz, hijo mío.

—Te he perdonado, de verdad, Luisa —dije, a punto de romperme—. Te he perdonado, de verdad, mamá —repetí.

Ella sonrió muy lentamente. Cerró los ojos y me dio las gracias. Entró Carlota y noté sus manos en mis hombros. Luisa la miró.

—Cuídamelo —le pidió—. Él se merece ser feliz.

Carlota tembló.

—Darme un segundo.

Salió de la habitación y volvió con Marian. Vi el terror en los ojos de Marian, que salió al comedor a llamar por teléfono. Escuché cómo llamó a paliativos.

—Ya queda poco, ya me estoy yendo, hijo. —Las lágrimas por fin brotaron y dejaron de aprisionarme el cuello, y sollocé—. No llores, hijo. Me voy feliz, muy feliz. Llama a Carlota —pidió suavemente, la notaba en paz.

Entró Carlota y se sentó a su lado. Carlota me miraba sin decir nada , y yo lloraba apretando la mano de la mujer que me dio la vida. Se respiraba tanta paz, tanto amor. Cerraba sus ojos. Su respiración cada vez era más y más lenta, más pausada.

Marian le tomó la tensión y prácticamente ya no tenía. Entraron los de paliativos y nos dejaron estar con ella. Le pusieron por una vía subcutánea una dosis de morfina y nos quedamos con ella Carlota y yo. Yo no podía dejar de llorar y, de vez en cuando, notaba la mano de mi madre apretarme con suavidad.

—Ve, vete en paz, mamá. No sufras más, que aquí ya está todo perdonado. Aquí ya no hay rencor —dije.

Ella cerró sus ojos despacito, cogió aire y una lágrima salió de sus párpados. Volvió a respirar y sonrió con dulzura. Al soltar el poco aire que tenía en sus pulmones la vida se fue con ella. Abrí los ojos y la miré. Ya no respiraba. Ya se había ido. Me apoyé en su pecho y la besé.

—Adiós, mamá.

Me abracé a mi mujer, que estaba temblorosa.

—Ella te ha esperado, ella te necesitaba para irse, se ha marchado en paz.

Entraron unos doctores. La examinaron y dictaminaron su muerte. Socorro entró en la habitación y se despidió de ella. Carlota no soltaba mi mano. Nos acercamos a Socorro, que estaba destrozada, y la abracé.

—Ya está, ella ya se ha ido y se ha marchado en paz.

La miré, miré a mi madre y no sentí rabia ni dolor. Sentí paz. Le cogí la mano, y me pareció ver cómo aún una lágrima caía de sus ojos.

—Ella sigue llorando, Dante —dijo Socorro.

Me llevé a Socorro y a Carlota fuera de la casa a un bar a tomar una tila hasta que vinieran a buscar el cuerpo de mi madre. Había venido la policía y el forense. Aquella escena era aterradora. Los tres nos mirábamos en aquella terraza sin saber qué decir, pero tampoco hacía falta: los ojos de Carlota me trasmitían paz y amor. Yo ya no me sentía solo.

Llamé a Raúl y le pedí que viniera, que se las llevase a casa.

Esa tarde noche y los dos días siguientes fueron muy muy duros. Decidí que lo mejor sería incinerarla y pasar página rápidamente. A pesar de todo, dentro de mí tenía una sensación de pérdida y de vacío. Me acordé de mi padre, de mi vida de niño. Por suerte, siempre tenía a mi mujer, recordándome el futuro precioso que tenía por delante.

41. Nuestro camino

«Muévete, y el camino aparecerá».

Proverbio zen

Y como dice el dicho: la vida pasa, todo pasa. Dante había pasado unas semanas complicadas y tristes. Se había refugiado en nuestro proyecto y no quería hacer otra cosa. Trabajaba hasta tarde y, cuando llegaba a casa, estaba totalmente destrozado. Habíamos hablado de posponer la boda hasta que naciera nuestro futuro hijo y, a pesar de que mis padres pusieron el grito en el cielo, los dos decidimos que era lo mejor.

Ya estaba casi de ocho meses y parecía que todo estaba listo. Dante prometió que, antes de que naciera nuestro bebé, el campamento estaría terminado, y así había sido. Estábamos preparando los detalles de la inauguración. Las redes sociales habían dado su fruto y teníamos prácticamente las reservas al completo.

Habíamos tenido que contratar a gente para los primeros meses, ya que yo no podía hacer mucho, así que tres profesores de yoga y meditación habían venido para ayudarnos. Jaspers y sus amigos también vendrían y se ocuparían de las primeras clases de surf con Dante.

El *camping* estaba al completo, y nosotros pletóricos.

Entró Dante por la puerta.

—Cariño, ¿cómo estás?

Sus manos envolvieron mi barriga y besó mi hombro.

—Nerviosa.

Le besé en los labios.

—¿Por la fiesta de esta tarde? —Asentí—. Cariño, va a salir todo bien, son nuestros amigos y familia.

—Quiero saber ya si es niño o niña.

Lo miré. Él no había dicho nada en estos meses, había guardado el secreto.

—Huele fabuloso, amor.

Me cambio de tema.

—No seas malo.

La incertidumbre me estaba volviendo loca.

—¿La habitación del bebé ya está terminada? —Asentí, nerviosa—. Me muero por verla.

Le enseñé la habitación que habíamos preparado en su piso. Era pequeñita, pero había quedado muy bonita. Las paredes las había decorado con papel blanco con rayitas en crudo, y la pared del fondo del mismo color. Todos los muebles en blanco.

—Ya está todo.

Entró.

—Sí. —Me sentí orgullosa. Miró el corrito—. Lo ha montado mi hermano. —Sonreí—. Se empeñó en hacerlo. —Me reí.

—Es todo perfecto.

Me besó en los labios. Abrí un cajón del armario.

—Mira toda la ropita.

Todo era en colores crudos, blanco y colores neutros.

—Me encanta, amor.

—Mira. —Le puse la mano en el vientre—. Se mueve.

—Es la mejor sensación del mundo, nena. —Besó mi barriga—. Hola, bebé —le dijo a mi barriga, besándola.

Después de comer, dormí un poquito. El sueño se apoderaba de mí.

—Nena, despierta. —Sentí besos en mis labios y por mi cara—. Vamos, cariño. —La mano de Dante entró dentro de mi ropa interior—. Gorda, tienes que ducharte.

—No. No quiero.

Abrí sutilmente las piernas.

—Si me invitas así… —dijo, al tiempo que se ponía detrás de mí—, le dan por culo a todo. —Apretó mi teta entre su mano—. Joder, es que me pongo enfermo nada más verte. —Tentó mi entrada—. Aaaah —dijo con voz ronca—. Qué gusto. —Se deslizó suavemente dentro de mí—. Está mojada, caliente, nena.

Me encantaba cómo Dante me hacía el amor. Ahora lo teníamos algo más complicado por mi gran barriga, pero siempre encontrábamos la pose y los dos podíamos disfrutar igual que siempre. No sabía si era el embarazo o las hormonas, pero mi cuerpo reaccionaba a cada roce de sus manos volviéndome loca. Necesitaba más que nunca practicar sexo diariamente y parecía que nunca me saciaba de él.

Cuando terminamos, yo me quedé en la cama mirándolo. Estaba guapísimo, más moreno que nunca y fuerte.

—¿Qué miras, gorda?

—A ti, lo bueno que estás. —Él sonrió—. En cambio, yo estoy gorda. —Me mordí el labio inferior—. Me siento como una vaca burra.

—Nena. —Vino a mí despacito—. Estás preciosa y muy sexi.

—No me mientas.

—Estás preciosa y más sexi que nunca. No te miento, mi amor. —Besó mis manos—. A mí me gustas como siempre. —Miró mi barriga—. Venga, vamos a ducharnos y a tu fiesta.

Mamá me había comprado un vestido muy bonito para la fiesta del bebé. Era blanco roto entallado de media manga por debajo de la rodilla y con algo de escote. Era de encaje en forma de margaritas, precioso, y la espalda al descubierto con unas pequeñas cuerdecitas. En la zona de

la barriga llevaba un forro blanco hasta las rodillas que me resultaba muy cómodo. Me recogía perfectamente la barriga y me daba seguridad. Estaba acabando de secarme el pelo. Me había hecho unas ondas *surferas* y me había maquillado bastante sutil. Entró Dante.

—¡Madre de Dios! La cosa más bonita del mundo está aquí. —Me cogió de la cintura—. Lo más del mundo, nena. Estás preciosa.

Me abrazó desde atrás, acariciando la enorme panza. Nos miramos por el espejo. Apoyé mi cabeza en su pecho.

—Te quiero tanto…

Lo miré sorprendida por el amor que sentía hacia él.

—Yo os amo más. Espera, quieta —me dijo, marchándose.

Volvió con la cámara de fotos.

—No, por Dios. —Me reí—. Eres terrible.

—A ver, quiero fotos de todo, y estás preciosa. —Disparó tres fotos seguidas mientras yo acababa de peinarme—. Posa un poquito, gorda —me pidió.

Le di el gusto. Había sacado fotos y grabado durante todo el embarazo. Fui a buscar las cuñas transparentes que tenía en el armario y por poco me da un infarto al ver que no me entraban. Estallé en llanto.

—Dios.

Dante soltó la cámara y me abrazó.

—Nena, por Dios, qué susto. No pasa nada —dijo, al ver que ni me entraban.

—¡Qué agobio! Quiero y necesito parir ya, por favor.

—Toma.

Me pasó unas bambitas blancas que tenía, prácticamente nuevas.

—Sí, será mejor. —Absorbí por la nariz—. Es que estoy ya muy hinchada y gorda. —Él me limpió las lágrimas—. Venga, me retoco la cara y voy. ¿Nos llevamos a Turrón?

—Por supuesto —dijo él, acariciando su cabecita.

Cómo no, la fiesta había sido todo un éxito. Lo había preparado en nuestro campamento. Todo lleno de mesas, un *catering* para todos los invitados y todos de blanco.

Él había hecho con sus manos muchos globos dorados con un interrogante. Lo miré feliz. Me encantaba. Una mesa al fondo una cigüeña de juguete preciosa y muchos regalos alrededor. Estaban todos nuestros amigos y familiares.

Las mesas para cenar estaban adornadas de blanco. Los camareros nos servían la cena. La gente estaba realmente contenta y feliz de vernos, y nosotros igualmente de ver que compartían nuestro amor y felicidad realmente de corazón. La velada fue pasando poco a poco sin darme cuenta.

Mamá vino a buscarme para avisarme del momento.

—Pequeña, ya es el momento de que nos digan si es niña.

Ella dio saltitos de felicidad. Papá me miraba con los ojos vidriosos. Vi a Dante esperándome en el porche, perfectamente colocado, con unos tejanos claros y una camisa de manga larga de lino, despeinado y guapísimo como siempre con una sonrisa preciosa. Me tendió la mano. La gente nos sacaba fotos mientras él me besaba, porque sus besos eran continuos, estuviera quien estuviera, de esos despacito y dulces que parecen ser eternos. Sacó del techo una cuerdecita dorada.

—Tira. Tira, mi amor —dijo, pletórico.

No dudé: tiré con fuerza. Dos cañones estallaron sacando papelitos lilas y plateados. Delante del porche, globos lilas salieron disparados quedando por encima de las mesas y dos cohetes lilas estallaron en el cielo.

Abrí los ojos por la sorpresa

—Es una niña, nena, una niña. —Sus ojos estaban llenos de lágrimas—. ¡Vamos a tener una niña! —les gritó a todos.

La gente miraba a nuestro alrededor. Todo el campamento estaba decorado de globos lilas y plateados. Los cañones de papeles que había entre nosotros y los invitados no paraban de soltar confeti, cubriéndonos a todos. Mamá y papá subieron a abrazarnos. Mamá y Socorro lloraban mientras nos abrazaban, mi hermano me besó en la cara.

—Otra Carlotita para volverme loco. Te quiero, te quiero.

Un coro rociero apareció enfrente de nosotros. Papá me tendió la mano.

—Concédeme esta sevillana, hija de mi vida —dijo mi padre.

Mi madre se puso delante de Dante a bailarle mientras él estaba estático. Sonaron los acordes de *La niña de mis ojos*.

—Tú llegaste *pa* robarme a la niña de mis ojos —le dijo mi padre a Dante, antes de comenzar a bailar.

Llegaste para robarme a la niña de mis ojos.

La pequeña de la casa, a la que le di mi sangre.

Mi más preciado tesoro. Tú llegaste pa robarme a la niña de mis ojos.

Y aunque eras un chaval, demostraste con entrega que le amabas de verdad.

Y en la casa de tu suegra, hoy ya eres uno más.

Por ser pa mi hija un buen hombre. Pa mis nietos buen padre.

Que no te quepa ni duda que aquí tienes una madre si te faltara la tuya.

Papá y yo bailábamos la Sevilla rociera como sabíamos los dos. Con nuestro arte flamenco, los invitados lloraban y mi madre apareció en escena remangándose la falda. Metiéndose en la Sevilla. Los tres juntos. Mis tías bailaban cerca de nosotros.

Para una madre, su hija es lo más grande que tiene.

Y qué alegría da verla con un hombre que la cuida, que la respeta y la quiere.

Que pa una madre su hija es lo más grande que tiene.

Dante se acercó a nosotros, mirándonos. Su barbilla temblaba. Mi hermano apareció a su lado. Le palmeó el hombro y, antes de que entrara la cuarta sevillana, entró entre nosotros. Mamá volvió a bailarle Dante. Y a cantarle como ella sabía. A él se le escapaban las lágrimas. Mi madre era mucha madre.

—Y en la casa de tu suegra tú ya eres uno más.

Se lo decía con el alma.

Y llegabas al portal y preguntabas por ella con tantísima humildad que se veía que ella era tu amor de verdad.

Dante lloraba, desconsolado.

Se escuchó las Carlotas.

Mi hermana, mi compañera. Y mi amiga inseparable.

Mi hermana, mi compañera. Siempre la tengo a mi vera capeando temporales.

Ese trocito lo bailé sola con mi hermano. Todos los invitados nos tiraron unos claveles blancos.

Yo no podía parar de llorar, era tal la emoción. El coro siguió cantando sevillanas un buen rato. Intenté enseñarle a Dante, pero los dos nos moríamos de risa.

—Pues es difícil, ¿eh?

Se reía el pobre, pero, a pesar de no dar pie con bola, ponía toda la intención. Mis tías, como locas de contentas, bailaban con los demás invitados; Socorro y Manuel, pegaditos.

—Cariño, me encanta esta sorpresa.

Lo besé en los labios.

—Nena, esto ha sido idea de tu padre —me confesó él—. Pero puedes agradecérmelo todo lo que quieras.

Cuando el coro se despidió pasó el turno a los regalos: ropita de todos los colores y juguetitos. Yo ya no podía aguantar mucho más, me dolían los pies y la espalda, pero la gente se lo pasaba estupendamente. Se acercó Dante con mi padre donde yo estaba con Lara.

—¿Cómo estás, nena? Te veo cansada.

Se sentó a mi lado.

—Bien. Emocionada, cariño. —Él sonrió—. Ha sido tan especial. Ha sido tan… —Lo miré—. Ha sido tan tú.

—Me alegro, mi amor.

—Ha sido todo perfecto, Dante.

—Tú lo eres —dijo mirándome con brillo en sus ojos—. Te quiero.

Papá nos miró, asintiendo con la cabeza.

—Ha sido muy bonito. Ahora falta que sepamos cómo se va a llamar la niña.

Nos quedamos todos callados. Apareció mamá, la reina de la noche.

—Pues Rocío, ¿no? —La miré.

—Lola —dijo la voz de mi hermano, acercándose—. A mí me flipa Lola.

—Lucía —dijo Judith.

—Rocío —dijo mi tía, sentada a mi lado.

Poco a poco la familia se fue acercando a donde estábamos. Socorro y Manuel se quedaron a un ladito. Los llamé. Socorro me miró asustada y negó con su cabeza.

—Cariño, ve a por ellos —le pedí a Dante.

Él se levantó y tiró de ellos.

—Rocío —mis tías al unísono.

—Como la mamá —dijo una.

Mi tía Rosa Mari las miró.

—Ouuu, *ia*, qué cansinas. Ni caso. Le podrán como ellos quieran, que *pa* eso es de ellos.

—¿A vosotros qué nombre os gusta? —les dijo Dante a Socorro y Manuel.

—El que decidáis —dijo Manuel.

—¿Y a ti, mi amor? —me preguntó.

—Pues no lo sé, os lo juro.

—Lola, hermana. Dolores —dijo Raúl.

—Lola siempre me ha gustado, pero… uff, ni idea. —Miré a Dante—. Y a ti, cariño, ¿cuál te gusta?

—A mí me gustaría que se llamara Alana.

Me miró al decirlo. Yo abrí los ojos por la sorpresa; me pareció precioso el nombre.

—No lo había escuchado. Es muy bonito.

—Es hawaiano. Significa ofrenda preciosa. —Apartó el pelo de mi cara y pasó su brazo por encima de mis hombros—. Pero, cariño, lo tenemos que decidir los dos con calma.

Miró a nuestro alrededor, dándoles a entender que la decisión era nuestra.

—No. No, se va a llamar Alana —dije, segurísima—. Además, a ella le gusta, mira.

Le puse la mano en el vientre.

—Está revoltosa. —Acarició con suavidad la tripa—. ¿Estás segura?

Yo asentí.

—Segurísima.

—A mí me encanta —dijo mamá, tocando la barriga también—. Alanita de la yaya, sal ya que te vea la cara —le decía.

Poco a poco, los invitados se empezaron a ir.

—Nena, ¿dejamos todo esto en tu casa y mañana lo llevamos al piso?

—Sí, estoy supercansada.

Me apoyé en su hombro.

—Si es que estás ya muy avanzada. Espérate, voy a por el coche.

Habían pasado dos semanas. La inauguración del campamento fue todo un éxito. Las reservas la teníamos llenas hasta verano y los retiros de yoga estaban cerrados hasta el próximo otoño.

Estaba acabando de preparar el desayuno cuando apareció mi madre en casa. Entró y me miró.

—De esta semana no pasas, estás muy hinchada. —Cogió mi cara entre sus manos—. Mi niña está a punto.

—Suegra —la voz de Dante apareció en el salón.

Salió con un pantalón de pijama apoyado en la cadera. A mamá se le abrió la boca cuando entró en el baño.

—Por Dios bendito, hija.

Me reí.

—¡Mamá! —la regañé.

—Ya, ya, pero… semejante potro. Venga, siéntate que te llevo esto al sofá.

—No, no. De verdad, estoy bien.

Me senté con ella en la cocina y le serví un café.

—Ya hemos empezado con la mudanza aquí al ladito tuyo. —Me tocó la cara—. Así que tu casita quedará libre enseguida. Pero vaya, que estáis mejor aquí en el piso.

—Y tú, mamá, ¿te gusta esto?

—Sí, claro, estáis vosotros. Yo iré a Madrid cuando me canse. —Se rio—. Básicamente, en invierno. En el verano, aquí, con mi nieta.

Dante me besó en los labios y a mi madre en la mejilla.

—Me llevo a la niña a las correas —dijo ella, pasándole una tostada ya preparada con mantequilla

—Gracias. —La mordió él—. Suegra, son las mejores tostadas del mundo.

Ella sonrió coqueta.

—Es que mírala. Está a punto.

—Sí, sí que lo está. —Dante me miró—. Coño, me pone de los nervios.

Yo me reí.

—Yo estoy tranquila. Nosotras hablamos mucho. Ella saldrá cuando esté preparada, estamos muy conectadas. Fluyamos, mamá.

Dante sonreía mientras desayunaba tranquilamente, se había acostumbrado al nerviosismo de mi madre y ya ni se inmutaba.

Mientras mamá fregaba los cacharos de la cocina me di una ducha. Escuché abrirse la puerta.

—Nena, dame un beso que me voy. —Abrió la mampara—. Por Dios, qué bonita estás. —Tiró de mí hasta acercarme a él—. Te quiero. Cualquier cosa me avisas, ¿vale?

—Sí. Te amo. —Volví a besarlo.

42. Una vida

«La paz eterna es vivir
con amor el presente».

Siddhartha Gautama Buda

Al salir la comadrona, mamá estaba de los nervios. Yo mantenía la calma porque, a pesar de que el cuello de útero estaba comenzando a borrarse y mi cuerpo se estaba preparando para el parto, yo sabía que aún me quedaba un poco. Mi niña y yo estábamos muy conectadas y a ella al menos le faltaban unas veinticuatro horas o algo más para estar lista. Mi madre ya se había puesto a avisar a la familia. La doctora me dijo que caminara mucho, saltara en la pelota de Pilates y practicara sexo. Miré a mamá, que se había puesto roja como un tomate, y me dio la risa. Papá me dejó en el *camping* y ellos se fueron acabar la mudanza.

Dante estaba en la playa con unos cursillos de surf. En unos días llegarían Jaspers y sus amigos, que iban y venían entre competiciones y sus vidas a echarnos una mano, y, por suerte, estábamos en temporada baja.

Fui a mi casa, ahora casi ya era más de mis padres que mía. Cogí las llaves de la primera casita y fui a mirar unas cosas que todavía estaban en cajas. Las sensaciones que recibí al abrirlas… no sabría cómo describirlas. Recordé el momento en el que llegué. Lo mal que estaba, lo duro que fue todo. Recordé también los primeros meses y cómo todo fue encontrando su lugar. Las idas y venidas con Dante y la locura de emociones. Parecía que de todo eso habían pasado muchos años, pero no. Toda había pasado muy rápido. Cómo todo me había cambiado, cómo personas que no conocía me habían ayudado a encontrar mi lugar en la vida.

Cómo, poco a poco, encajé en el mundo.

Acariciaba mi barriga mientras contemplaba mis cosas, mi vida pasada en unas pequeñas cajas. Era una locura pensar el daño que puede hacerte el mundo o tú mismo con la ley de la atracción, nuestro ego. Gracias a aquella cliente descubrí el *Ho'oponopono* y cómo este cambió mi universo cercano. Agradecida por todo lo bonito que había llegado a mi vida desde entonces, desde aquel día que cambié mi forma de pensar y de ver el mundo.

Ya había conseguido publicar dos libros, tener mi propio campamento de yoga, ser profesora… y ahora iba a ser mamá. Había viajado muchísimo y aprendido cada día una cosa nueva.

Y, desde que me había quedado embarazada, había estudiado todavía más. Cuencos tibetanos, alimentación, respiración consciente, sobre el yoga, que cada más vez formaba parte de mí.

—Gracias, gracias, gracias —repetí mentalmente por todo.

Me sentía tan feliz, tan orgullosa de mí, de Dante; de nuestro amor y pequeña familia que tenía

hasta ganas de llorar. Busqué las cositas que estabas descubriendo y me encaminé al bar. Escuché los ladridos de Turrón, venía hacia a mí disparado.

Dante

Estaba en la playa acabando la clase con los críos cuando Turrón se alteró. Eso significaba que Carlota había llegado al *camping*. Me miró nervioso, moviendo su cola.

—Ve, ve a por ella —le dije, y este no se lo pensó.

Salió disparado hacia el *camping*. No voy a negar que me moría de ganas de verla. Estaba dando clases a unos chicos de catorce o quince años. Eran espabilados.

—Venga, los primeros en recoger los invito a merendar.

Se pusieron todos manos a la obra.

—Iñaki, voy para la Ola. Nos vemos allí.

Era un chaval que me ayudaba a dar los cursillos. No me gusta reconocerlo, pero hasta yo echaba de menos a Jaspers. Se le daba bien enseñar y los chavales le adoraban. Carlota lo adoraba y hasta yo también.

Al entrar en el bar, el olor a Carlota me invadió como siempre. Ella se giró y me miró.

—Mi amor. —Sus brazos en mi cuello me daban la vida. Besó mis labios—. Estás saladito. —Rio—. Tengo buenas noticias: en nada estaré de parto. —La miré, asustado—. Me han dicho que tengo que practicar mucho sexo y caminar.

Arqueé una ceja.

—Tu madre me ha pasado el parte y de sexo no me ha dicho nada, pero vale.

—Puedes llamar a la comadrona si quieres.

—No, no. Lo que tú digas va a misa.

Me senté en la barra con ella al lado.

—Judith, ponme un café solo y ahora vienen los niños a merendar.

Judith sopló.

—¿Todos?

—Sí, todos —recalqué, graciosillo.

—Son unos mamones.

Se perdió en la cocina.

—Nena, si quieres nos vamos a casa dando un paseo y te…

Me quedé cortado al ver a Raúl.

—Acaba, acaba —dijo, mirándome serio. Carlota estalló en una carcajada—. Dilo, porque ya más gorda no la puedes tener.

Me reí.

—Y te hago la cena mientras te bañas y te doy un masaje. No seas malpensado —me defendí, algo cortado.

—Me parece bien —dijo ella, yendo donde Lara.

Me tomé el café y me marché con Carlota a casa. Íbamos paseando, cruzándonos con algún vecino y parándonos a charlar. Todos nos daban la enhorabuena y comentaban que ya no quedaba nada. Yo estaba de los nervios. Me daba pánico el parto. Veía a Carlota tan serena, tan tranquila, que me dejaba de piedra. Mantenía conversaciones con Alana y era un remanso de paz. Yo, por el contrario, estaba de los nervios. Había visto partos en la tele y me mareaba al ver todo eso.

—¿En qué piensas, cariño? —la dulce voz de mi mujer me sacó de la pesadilla de pensamientos que cruzaban mi mente.

—En nada, nena. En que vamos a cenar —le dije una mentirijilla por no preocuparla.

—Yo quiero una ensalada de pasta —dijo risueña, mirándome.

Al entrar le preparé un baño, pero ella se empeñó en ducharnos juntos. Me dio la risa por la situación.

—No entramos los dos, cariño.

Ella me miró seria.

—Es que estoy muy gorda. —Se miró de arriba abajo—. Mírame, soy enorme.

—Estás a punto de parir, no digas tonterías.

Cenamos tranquilamente viendo unos documentales de yoga que a ella le fascinaban y después charlamos un rato sobre nuestro día. Antes de meternos en la cama me recalcó que necesitaba sexo para dilatar más el canal del parto. Yo me moría de ganas, pero es cierto que las últimas semanas me daba algo de respeto. Ya tenía la barriga muy grande y la niña está encajada.

—No me mires así. Lo ha dicho la comadrona y no le vas a hacer daño.

—Ya, pero da cosilla. —La miré—. Que después te pones intensita y no veas, nena, para estar a punto de parir…

Ella se escandalizó.

—¿Ahora te vas a poner digno? —Apretó los labios—. Vamos, ¡con las perrerías que me has hecho embarazada!

Me dio la risa nerviosa.

—Pues también tienes razón, pero es que la niña está en la puñetera entrada —me defendí.

—Escúchame —dijo de lo más seria—. ¡Que me eches un polvo, coño! —Se puso en pie—. Vamos —me apremió.

Dejé caer la cabeza entre mis manos y oculté la risa. No tenía ganas de cabrearla.

—Vamos.

Me puse en pie. La miré mientras ella caminaba hasta la habitación.

—Nena —la llamé—. Tú te verás gorda, pero yo te veo y estás buenísima —le dije, mirándola.

De espaldas parecía que no estuviera embarazada, y además estaba preciosa.

—¿Sí? —Me miró con sus ojos de gata, dejando caer el camisón al suelo.

—Joder. —La alcancé, metiendo mi lengua en su boca—. Sí. Estás muy buena, nena. Mira qué tetas, qué grandes. —Apreté una con mi mano—. Coño, qué gusto.

Me tumbé en la cama y ella encima de mí. La estampa era preciosa. Tan guapa, despeinada y caliente encima mío. Se movía despacito, se frotaba contra mí.

—Eso es, cariño —le dije—. Así. —Sus manos estaban apoyadas en mi pecho—. Suave, nena, joder, qué gusto. —Notaba cómo ella resbalaba por mi polla. Veía en sus ojos y en sus gemidos que le encantaba hacérmelo así—. Dios. —Levanté mi torso, necesitaba chuparle esas tetas. Ella, al sentir mi boca, se corrió. La abrí más—. Dámelo, cielo. Córrete —le pedí, a punto de volverme loco.

Me moría por ponerla a cuatro patas y darle duro, pero así no podíamos. Joder, su coño me apretaba con fuerza. Cuando se corrió se levantó de encima de mí y se apoyó contra la pared.

—Nena, no —le pedí, intentando que se diese la vuelta.

—Lo quiero así —pidió ella.

—Así se me va la olla y te follo y te parto. Coño, que estás preñada, nena.

—Pues párteme, nene, que estoy embarazada, no paralítica.

Dudé. La miré su barriga.

—Me cago en la puta. —La giré—. Apóyate, nena —le pedí entrando en ella—. Me cago en la puta. —Me enredé su melena en mi mano y su cabeza se giró hacia mí—. ¿Así lo quieres?

—Joder, sí. —Levantó su culo.

—Dios.

Empujé mis caderas con fuerza, ella aguantó el embiste. Pidió más, excitada, y eso le di. Entré en ella fuerte como me gustaba mientras se corría una y otra vez. Me la follé sin piedad, joder, como un puto loco cuando notaba que se corría sin descanso. Notaba mis piernas húmedas. Las palabras sucias que salían de su boca me hacían perder el puto norte. Y los «fóllame, nene, vamos» iban hacer que me desmayara. Le avisé de que me corría y cuando notó que mi semen corría por su coño volvió a estallar, provocándome a mí que volviera a empujar y a explotar. Sudorosa y apoyada en la pared, sus labios hinchados, me pareció lo más sexi que había vito en mi vida. Ella me advirtió de que necesitaba una ducha y yo todavía no había recuperado el aliento.

Carlota

Salí de la ducha como nueva. Dante estaba sentado en el sofá. Me miró.

—Nena, ¿estás bien?

—Sí, amor, sí. Ha sido un *polvazo*. —Suspiré—. Me moría de ganas de uno así.

—Y yo, pero, joder, me he pasado.

—¡Qué va! —le dije, buscando en los armarios—. Gordo, tengo hambre. —Dante me miró, se puso en pie y caminó hacia mí—. Es que te veo y me pongo mala. —Pasé su mano por mi pecho

—. Estás tan bueno, eres tan guapo...

Sus labios callaron los míos con un beso.

—¿Qué quieres de comer?

—Algo con chocolate —pedí.

Me pasó una caja de magdalenas rellenas de la Paqui.

—Me ducho, gorda.

—Está bien —le dije, mordiendo una magdalena.

Sentí un calambre en la barriga y cómo se me endureció. Me recosté hacia atrás en el sofá y respiré profundamente.

—Ay, Dios, nena. —La acaricié—. ¿Está todo bien? —le pregunté.

El calambre desapareció segundos después. Lo cierto es que me había puesto algo nerviosa. Me levanté y fui a dejar las magdalenas, ya no me apetecían, pero sí que tenía hambre. Abrí la nevera y vi la ensalada de pasta.

—Al menos es más sano.

Salió Dante del baño.

—¿Qué haces, gorda? —Me miró de arriba abajo.

—Me ha apetecido más la ensalada. Solo eso.

—Vale.

Se sentó en el taburete de la barra y mordió la que yo me había intentado comer. Me puse un poco de la pasta en el plato y un vaso de agua.

—Nena, yo te veo rara —me dijo, nervioso.

—Sí, un poco —dije, apoyándome en la encimera—. Tranquilo, es un calambre. —Controlé la respiración—. Alana, cariño, ¿te estás preparando? Lo noto.

—No jodas —dijo Dante, frotándome la espalda.

Miré al suelo. Sentí que se me escapaba el pipí, pero era consciente de que había roto aguas y empezaba a bajar lentamente. Posiblemente, una fisura en la bolsa.

—Nene, he roto aguas.

—¿Qué coño? —dijo, mirando al suelo.

Al momento noté como salía agua a borbotones a nuestros pies. Me giré y lo miré: estaba blanco. Lo cogí de la cara.

—Amor, no pasa nada. Todo está bien. Mírame.

Él me miró muy quieto.

—Nena, estoy acojonado. —El miedo se hizo latente en su voz—. Te juro que me desmayo. —Yo rompí a reír—. Llama a tu madre —me pidió con la voz temblorosa.

Lo vi tan grande, tan hombre, tan vikingo y a su vez tan asustado que me dio la risa. Intenté caminar, pero el suelo resbalaba mucho.

—Estate quieta, por Dios —me pidió escandalizado, al verme moverme—. Quieta aquí.

—Cariño, nos quedamos aquí quietos hasta que nos rescaten los bomberos.

Él me miró y torció su cara. Yo intentaba no reírme.

—Yo no sé qué te hace gracia. Estamos de parto y yo me estoy mareando.

Ahí ya no aguanté más, y rompí a reír.

—A ver, vamos a recoger esto. Me cambio y llamamos a mi madre.

Al final recuperó la cordura. Recogimos entre los dos la cocina y me di una ducha. Dante estaba sentado en el váter mientras yo me duchaba, calladito sin moverse.

Al salir, me dio una nueva contracción.

—Tranquilo —le pedí, mientras me retorcía e intentaba aguantar la respiración—. Son cada media hora. Uff —me quejé.

Él me llevo al sofá.

—A mí me da un puto infarto —dijo, cogiendo el teléfono—. Suegra, venid para aquí, que está de parto —le escuché decir.

Después, llamó a Socorro. La contracción se relajó y caminé hasta el cuarto.

—Cariño, ¿qué hago? Me siento impotente —dijo, nervioso.

—Ve a la habitación de la niña y coge su canastilla y la mía.

—¿Qué coño es eso?

Abrió sus ojos, asustado.

—Las maletas del hospital. —Mantuve la calma para los dos—. Y vístete.

Me acaba de vestir cuando picaron a la puerta. Entró mi madre con mi padre y Raúl.

—Carloti, ya está aquí la mamá.

Me tocó la frente y me examinó. Mi padre y mi hermano estaban estáticos al lado de Dante.

—La niña está de parto. No pasa nada. Todas las mujeres paren y muchas solas.

—Pero es la mía —dijo Dante.

—Sí. —Mamá le sonrió—. ¿Las contracciones cada cuánto son?

—Media hora —dije, cerrando los ojos—. Mamá, otra. —Me tensé. La barriga se endureció y yo di un gritito—. Joder, cómo duele.

—Es pronto, pero nos vamos a ir, ¿vale?

Yo asentí apretando su mano.

—Pero tengo hambre —les advertí.

—¡Nena, joder! —dijo Dante. Lo miré.

—Ya se pasa, y en el hospital no me van a dejar comer.

—Eso es cierto.

Me senté a comerme la ensalada bajo la atenta mirada de todos. Entraron Socorro y Manuel, asustados. Mamá los puso al corriente.

—¿Como habéis venido tan pronto? —les preguntó Dante.

—Lara y Judith nos han traído. —Manuel le cogió del hombro—. No han querido subir por no agobiar, están abajo.

—Nena, ¿quieres que nos vayamos ya?

Las contracciones fueron cada vez más seguidas. Ya eran cada diez minutos y cada vez más fuertes. Me fui en el coche con Dante y mi hermano. Iba detrás con mi madre.

—Mamá, duele muchísimo —le decía.

—Lo sé, lo sé, mi amor.

Ella me acariciaba la cara.

—Alana, cariño. Cuando tú quieras, cuando sientas que es el momento. La mamá aguanta —le decía a mi niña.

Al llegar al hospital, mi hermano fue a por una silla de ruedas, pero Dante ya me había cogido en brazos. Yo intentaba tranquilizarle, pero no lo conseguía. Mamá había llamado a la comadrona al llegar a casa, así que ya nos estaba esperando.

—Carlota, ¿aún sigues pensando que al natural? —me preguntó dudosa, al verme la cara.

—No. Dame algo a mí y ponle la epidural a ella —contestó Dante.

—Sí, natural.

—Carlota, nena, que te estás muriendo de dolor.

Él se movía por la sala como león enjaulado. Entré con ella a hacerme una revisión.

—Muy bien, cariño —dijo, cuando me hacía el tacto—. Estás de seis. Vas genial.

—Sí. —Acaricié mi vientre—. Muy bien, Alana. Tómate tu tiempo, cariño.

—Eso es muy importante: que le hables. Es una cosa de las dos. Ella te escucha, Carlota.

—Lo sé. La siento. Y esto va a ser rápido.

—Lo sé —aseguró ella.

—¿Puede pasar Dante? No quiero que se pierda nada de nosotras.

—Sí, ahora pasa.

Salió a llamarlo. Entró Dante con mamá.

—Nena. —Me besó en los labios—. Qué fuerte eres, cariño. —Me besó mientras mamá colocaba las sábanas y nos miraba de reojo—. Estoy acojonado. De verdad. —Besó mi mano—. No quiero que te duela, no lo soporto.

—Cariño, esto va a ser muy rápido. —Él me miró aterrado—. Alana tiene ganas de verte.

—¿Sí?

Asentí.

—Claro que sí. Está como loca. Así que relájate, que yo estoy bien.

Dante

Carlota acababa de tener una contracción de esas gigantes. Tenía unas correas que las marcaban en un monitor y había sido bestia. No gritaba ni decía nada, simplemente apretaba las manos e intentaba respirar calmadamente, pero yo sabía que le dolía muchísimo. Ella se mantenía serena hablando con nuestra hija y tranquilizándome a mí.

—Cariño, tengo algo de sueño —dijo, al tiempo que bostezaba.

—Descansa, pequeña.

Apreté su mano y vi cómo su cuerpo se relajaba. Entró mi suegra.

—Sal un poquito. Respira, bebe agua.

—Vale, suegra. Salgo, pero solo cinco minutos, que las tiene muy seguidas.

—¿Cada cuánto?

—Cada cinco —dije descompuesto.

Al salir estaban todos esperándome. Saqué una botella de agua y me la bebí del tirón. Me acerqué a Socorro y la abracé.

—Ya, mi amor, ya. En nada tienes aquí a tus mujeres. Confía, todo va bien —me dijo ella, y creo que consiguió relajarme.

—Entro —les dije a los demás.

Al entrar, Carlota tenía una contracción y estaban las comadronas. Mi suegra salió y me quedé con ellas.

—Nos vamos para paritorios.

Carlota me miró. Tenía la cara de dolor y se le veía agotada, pero estaba sonriendo.

—Ya ha llegado papá —le dijo a su barriga.

Me pusieron un gorro y una bata verde.

—Dale la mano y respirad como os he enseñado.

—Ya está aquí —me dijo una—. ¿Quieres ver la cabeza de tu hija?

Yo palidecí.

—Sí.

—Está perfectamente coronada.

Carlota empujó como una guerrera, con una fuerza sobrehumana y un autocontrol fuera de sí. Dirigió ella prácticamente el parto.

—Muy bien, campeona —le dijo la doctora—. Ahora con la contracción quiero que te levantes y vengas con los brazos hacia mí. Dante, ayúdala de la espalda.

Asentí. Estaba acojonado. Cuando Carlota se incorporó la ayudé con las manos, y entonces Alana apareció ante mis ojos. La doctora se la dio a mi mujer y Carlota la atrapó entre sus manos viniéndose otra vez hacia atrás, el cordón umbilical todavía las mantenía unidas.

Alana nació con los ojos abiertos mirándome, con mucho pelo negro. Estaba en el pecho de Carlota.

—Bienvenida, pequeña. Mira a tu papá. Él es tu papá.

Me acerqué a ellas.

—Os amo —dije, rompiendo en llanto.

—Mi amor —me llamó Carlota—. Mira cómo te mira. Sabe que eres tú, que eres su papá. Y te ama.

Las besé a las dos.

—Cariño, me gustaría que tú cortaras el cordón —me pidió.

—¿Seguro? A ver si te voy a hacer daño.

Las enfermeras y comadronas se rieron.

—No le vas a hacer daño, ya verás.

—¿Ya consideras que lo puede cortar? Ya ha pasado algo más de un minuto y medio.

—Sí, creo que ya es el momento. Alana, mi amor —le dijo a nuestra hija—. Papá va a cortar el cordón, ya hemos realizado el pinzamiento tardío como te hablé. Hazlo, mi amor —me dijo.

Corté el cordón y le entregué las tijeras a la enfermera. La doctora se la había llevado a una camita y la estaba lavando con una toalla.

—Tres kilos ciento cincuenta gramos y cuarenta y nueve centímetros. Toda una hermosura.

—¿Podría ver mi placenta? —pidió Carlota. Le enseñaron una espacie de hígado gordo—. ¿Podríamos hacer el dibujo?

—Sí, no te preocupes. Ahora prepararemos todo.

Al final no tuvieron que darle ni puntos a Carlota. Había ido todo perfecto y ella se encontraba de maravilla. Me indicó que le diera un gorrito de la bolsa de la niña y se lo di a la enfermera.

La enfermera me acercó a mi hija. Yo miré a Carlota.

—Nena —pedí ayuda a mi mujer—. Me da miedo.

Las enfermeras me miraban con ternura.

—Es tuya, qué miedo ni qué miedo. Ella encontrará la manera de que estés cómodo.

Cogí a mi hija entre mis manos y la acerqué a mi pecho.

—Alana, hija.

Volví a emocionarme. El amor tan fuerte del que me llenó, me completó. Me hizo feliz al momento su olor a vida. Me enamoré de ella en ese mismo momento. Miré a mi mujer y sentí por ella lo mismo que sentía cada vez que la miraba, pero mucho más fuerte.

—Acércate a ella, vamos a haceros unas fotos.

La doctora, con el móvil de Carlota, nos hizo nuestra primera foto como familia.

Al poco, Carlota ya se quiso sentar y ponerse cómoda.

—Necesito ponerla en mi pecho. Quiero que comience a mamar.

—Eres increíble —le dije, acercándome para besarla—. Qué fuerte eres, nena.

Ella se apartó el camisón.

—¿Me la dejas?

Yo asentí y la dejé en su pecho. Carlota se la colocó y le dio un pecho, que ella cogió encantada con la boca.

—Parece que lo hubieras hecho toda la vida. Me asombras. Te admiro, cariño.

Hizo una mueca de dolor.

—¿Qué pasa?

—Tu hija ha salido a ti —dijo ella, con una preciosa sonrisa en la cara—. Se ha cogido perfectamente.

—Qué bien. Qué sincronizadas estáis.

Le mande la foto a Raúl y le pedí que se la enseñara a Socorro, y otra a mis suegros.

Al llegar a la habitación, ya nos estaban esperando todos.

—Dadnos un momento que pongamos a la madre cómoda y podréis pasar —dijo una enfermera.

—Yo puedo.

—Sí.

Carlota me dio a la niña y me senté con ella en un sofá. Tenía los ojos cerrados y en mi pecho la acurruqué.

Poco después salieron de la habitación y entró mi suegra y Socorro disparadas a ver a Carlota. Mi suegro y Raúl se acercaron a la niña.

—Es perfecta, ¿verdad?

Ellos asintieron.

—Dámela, déjame a mi niña —pidió la madre de Carlota aguantando las lágrimas.

Socorro se abrazó a mí, y entonces mi suegra le acercó a la niña.

—Socorro, mira qué nieta tenemos. —Besó su cabeza y le dio a la niña. Socorro me miró—. Toma a tu nieta. Socorro, voy con mi hija.

Mi suegra era igual que su hija: un alma pura, y entendió que Socorro no se sentía con valentía para pedirla. Socorro la cogió entre sus brazos. Me miró aguantado el llanto y me dio las gracias.

—Gracias a ti —le dije—. Tuya es. —La besé—. Carlota, nena. ¿Cómo estás, cariño?

—Bien, amor. Muy bien, y orgullosa de ti. Has sido muy valiente.

—Hermana, que estaba cagado —dijo Raúl, provocando la risa—. Lo ha pasado él peor que tú.

—Pues sí —confesé—. Ha sido muy traumático, os lo juro. Nunca más.

Raúl se rio. Socorro fue a darle la niña a Carlota.

—Tenla tú. Estate tranquila, Socorro. Mira qué a gustito está con su yaya.

—Mamá, me gustaría comer algo. No me han puesto epidural. Y bañarme. ¿Podrías preguntar?

Raúl comenzó a sacar fotos.

—Hermana, voy a por Lara, que le va a dar un infarto, ¿vale?

Se acercó a Socorro, que tenía a la niña, y la cogió en brazos.

—Ahora sí que sé lo que es el amor a primera vista. Por Dios. Qué bonita eres.

Mi hermano la besó. Miró a Manuel y se la dio. El pobre hombre palideció con la niña en brazos.

Mi suegra había salido a buscar a la enfermera y mi suegro estaba con Carlota, besándola. Raúl se había ido y Socorro y Manuel sostenían a mi hija. Me acerqué a ellos.

—Soy muy feliz. Muchísimo.

Acaricié la mano de Socorro. Manuel me miró.

—Yo también lo soy, yo también.

Besó a la niña en la cabeza. Carlota y su padre nos miraban.

Mi suegra entró con la enfermera. Ayudaron a Carlota a darse un baño rápido y mis suegros fueron a casa a buscarle algo de comer, ya que ella no quiso las acelgas del hospital. Llevaron a Socorro y a Manuel al *camping*.

—Mañana por la mañana voy a desayunar, iros tranquilos —les pedí.

Y por fin me quedé con mi mujer y mi hija a solas.

—Os amo.

Carlota volvía a darle el pecho y la niña succionaba dormida.

—Cariño, ahora, si quieres, sácate la camiseta y te la pones encima piel con piel. Así ella te siente a ti también.

La obedecí y, cómo no, la experiencia volvió a ser maravillosa. Al poco entró mi suegra con Raúl y Lara y Judith. Se acercaron a Carlota y Lara lloraba. Les di a la niña y mi suegra nos puso la cena.

—Cocido y tortilla para los dos.

—¿Y papá? —preguntó Carlota.

—Ha ido a comprarte un helado. —Se rio mi suegra—. Un corneto de esos que te gustan.

Ella abrió los ojos.

—¡Qué bueno!

Carlota

La primera noche fue realmente tranquila; la niña se despertaba a comer y Dante se mantenía en alerta todo el rato. Pude descansar, pero él no durmió en toda la noche. Cuando llegaron mis padres tuvieron que obligarle a irse a casa a darse una ducha, mi padre traía un ramo de flores precioso y mamá el desayuno. Mamá, por suerte, tomó las riendas de la situación y me adecentó un poco. Entraron las enfermeras a llevarse a Alana a darle una ducha y a hacerle unas pruebas, y papá fue detrás de ellas.

—No la pierdo de vista —dijo seriamente, siguiéndoles los pasos.

—¿Cómo estás, hija?

Mamá me peinó como cuando era niña.

—Bien, mamá, muy feliz. Me encuentro genial.

Me preguntó por Dante; le conté lo pendiente que estaba de nosotras y lo atento que era. Le agradecí que le diera a Socorro el trato de abuela y que ella quedara en segundo plano por un momento.

—Hija, ¿cómo no iba hacerlo? Ella es la madre de él y un poquito también tuya. Te ha acogido y cuidado. Y, por supuesto, yo la respeto muchísimo por eso.

Salí a caminar por los pasillos con mi madre y nos encontramos con mi padre mirando por la ventana.

—Mira cómo la bañan. ¡Qué pequeñita es! —dijo, mirándola embobado—. Es como tú, Carlota, pero con el pelo de su padre.

Apareció mi hermano con Lara con un elefantito de peluche y flores. Mi hermano me envolvió entre sus brazos y me besó.

—Hola, mamá —me dijo—. ¿Qué le están haciendo?

—Una ducha, Raúl —le dijo mamá—. ¿Qué te parece tu sobrina?

—Pues que es el amor de mi vida, mamá, que daría la vida por ella. Joder, hermana, es una pasada. —Me miró como solo un hermano puede hacer—. Ahora la quiero más a ella, es entendible.

—Sí. No pasa nada. Es tuya. Tú eres su tito. —Me reí—. Tengo competencia dura.

Me llamó Dante por teléfono. Me digo que se duchaba y que venía con Socorro.

Las visitas comenzaron a llegar, tanto como parte de mi familia, como amigos, incluso amigos de mi hermano. La habitación estaba llena de flores y regalos.

Apareció Dante por la puerta con Socorro. Socorro llevaba un ramo de flores muy bonito.

—Toma, hija, de Manuel. —Me besó en la cara—. Se ha quedado a controlar el campamento y el *camping*, pero se ha ido esta mañana a buscarlas.

—Son preciosas.

—¿Y mi niña? —dijo, cogiendo Alana en brazos.

Ella hizo el intento de abrir los ojos al escucharlo. Después, me besó a mí. Mis tías y primas lo saludaron. Picaron a la puerta y entró un repartidor con un ramo descomunal de rosas blancas. Todo el mundo abrió los ojos, sorprendido.

—No veas, cuñado —dijo mi hermano—. ¿No podía ser un poquito más grande? —Lo miró—. Lo mismo nos dejan una habitación solo para ellas.

—Mi tía Rosa Mari.

Le dio un pescozón.

—Es precioso —le dije alucinada.

—Tú sí que eres preciosa.

Me besó. Mis tías suspiraban y se deshacían en halagos con él, y él encantado con ellas. Socorro me dio a la niña y ella sola buscó mi pecho. Dante sacó el peluche que le compró en nuestro viaje a Somo y se lo dejó al lado.

—¿Y para mí no hay nada? —Lo miré seria.

—Sí que hay, mi amor, siempre lo habrá, porque tú, tú lo eres todo.

Me entregó una cajita de Cartier roja, preciosa. Yo me quedé sin habla.

—Era broma, Dante.

Lo miré alucinada. Abrí la caja y me encontré con la pulsera Love de Cartier en oro blanco. Estaba grabada por dentro con el nombre de nuestra hija y la fecha.

—Ha nacido el once del once —dije, sorprendida.

—Y a las once de la noche, nena —dijo Dante.

—Eso es una señal muy bonita. —Me emocioné.

—¿Por qué, hija? —me preguntó mi padre.

—El número uno es el inicio de todo fuerza, energía y creatividad. Es una etapa importante en tu vida. Cuando lo ves, cuando miras la hora y lo ves, es una señal divina. Es mágico, hay personas que hasta piden un deseo. Y trae buena suerte. Una hora espejo. —les expliqué—. Y ella ha nacido el once del once a las once.

Besé su cabeza. Dante me colocó la pulsera, que llevaba que llevaba un palito tanto para abrirla como para cerrarla.

—Es preciosa —dijo mi madre.

—Y lo que cuesta —dijo una de mis tías.

Dante

Por fin nos íbamos a casa, por fin las tendría para mí solo, porque los días en el hospital habían sido un no parar de visitas. Vinieron todos, absolutamente todos nuestros amigos, hasta Jaspers, que apareció con una minitabla de surf blanca con el nombre de la niña y unas flores de cerezo.

Todos se habían portado con nosotros estupendamente, pero yo iba loco por tenerlas en casa y poder estar con ellas.

Los días pasaban rápidamente. Alana cada día estaba más grande. Carlota, más recuperada, y yo loco de amor por ellas.

Hacía frío esos días y ellas me esperaban en casa. La sensación de abrir la puerta de mi casa y oler a hogar, ver a mi mujer con la niña en brazos esperándome me provocaba una felicidad infinita. Verla en la cocina o leyendo un libro mientras yo bañaba a mi bollito me hacía sentir especial. Saber que para ellas yo era su mundo y que ellas eran el mío. Formar parte de algo tan especial era mágico.

Alana dormía con nosotros todas las noches. Era muy glotona y siempre quería el pecho de su madre. Yo las miraba por la noche: era la estampa más bonita que mis ojos habían visto jamás.

—Duerme —me decía Carlota—. Descansa, estamos bien.

Pero yo no podía dejar de míralas. Conforme pasaban los meses la niña cada vez estaba más grande, mi suegra me convencía de que saliésemos una noche, que ella se quedaba a la niña y que nos haría bien.

La niña iba a cumplir siete meses cuando al final me decidí a dejarla una noche.

Antes de irme a trabajar me pasé por la floristería y le mandé un ramo de flores a Carlota. Le pedí una cita para esa noche y ella accedió. Vino con la niña a la playa y su madre. Me acerqué a ellas. Alana tenía los mismos ojos que su madre, pero era igual de morena que yo. Estaba superespabilada y, en cuanto me vio, me lanzó los brazos.

Me la llevé al acabar de dar la clase. Sentía los ojos de mi mujer sobre mi cuerpo. Me sentía afortunado por todo lo que tenía e intentaba que ellas lo supieran. Turrón se acercó a nosotros.

Adoraba a Alana, y ella a él.

Mi suegra se cayó de culo cuando entró Turrón en su casa.

—Turrón —lo llamó, y él obediente, se sentó—. Ay, qué bueno es mi niño. —Ella le dio un premio—. Sé bueno.

Lo acarició.

—Mamá, te dejo aquí la bolsa. Está todo. Te quedas a Turrón a también, si no el pobre no duerme. Le gusta olerla. —Carlota sonrió—. Es muy bueno mi pequeño.

—Venga, iros —nos pidió ella con la niña en brazos, muerta de ilusión.

Así que cogí a mi mujer de la mano y tiré de ella.

—¿Dónde me vas a llevar? —Me sonrió nerviosa.

—Te llevo a cenar y a bailar, y después te voy a hacer el amor toda la noche. —La acerqué a mí—. ¿Qué te parece?

—Perfecto.

Cómo no, la noche con mi mujer había salido a pedir de boca. Cenamos los dos en su restaurante preferido en el puerto y después la llevé a tomar una copa. Pasamos por el callejón de los bancos blancos donde la besé aquella vez como un loco.

—Este sitio es mi preferido —dijo ella, mientras yo la arrinconaba contra aquel portal.

—Te amo, cariño. Aquel día supe que había perdido la cabeza por ti y que jamás volvería a recuperarla.

—Y yo por ti.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —le susurré, metiéndole mano como siempre que podía—. Te amo, Carlota —le repetí.

Nos llamaron para avisarnos de que nos esperaban en la discoteca del pueblo. En cuanto entramos por la puerta las chicas la arrancaron de mis brazos y la vi bailar y reírse como el día en que la conocí. Bruno se acercó a mí.

—Mereció la pena al final —me dijo.

—Sí, todo ha merecido la pena.

La miré al decir esas palabras; ella me estaba mirando a mí.

—Es tan fuerte... Es tan fuerte vuestro amor, se ve, se siente —me dijo mi amigo—. De verdad, hermano, te corazón, te lo mereces.

La miré y la vi. Fui hasta ella. La cogí de la cara.

—Nena, ven, ven conmigo —le pedí tirando de ella hasta fuera del local.

La arrinconé como me gustaba, aplastándola con mi cuerpo; sentir su pecho pegado al mío y que ella me abrazara por el cuello. La besé. Invadí su boca violentamente, salvajemente, hasta que ella jadeó.

—Carlota, nena… —susurré en su boca.

—Dime. —Intentaba recuperar el aliento.

—No era para tanto —le dije. Ella me miró sin comprender lo que quería decirle—. No éramos para tanto, ¿verdad? —Ella sonrió y sus labios se separaron—. No era para tanto, nena.

—Era para siempre —dijimos los dos.

FIN

Índice

Introducción 7
1. La llegada 15
2. Fluir sin forzar 23
3. Renovación 35
4. Aceptación 55
5. Mi nueva vida 79
6. La locura del deseo 93
7. La paz de la rutina 115
8. La competición es parte de la decisión 129
9. Las despedidas traen comienzos inesperados 157
10. El dolor es parte de la aceptación 165
11. No se puede huir de donde no quieres escapar 179
12. Al dar la cara, amplías tus caminos 191
13. Familia 211
14. Necesidad 229
15. Aprendizaje 239
16. El camino 245
17. Noche de chicas 253
18. Corazón roto 265
19. Una mala decisión puede estropear el acto de amor más puro 271
20. Pequeño retroceso 279
21. Es de valientes decir siempre la verdad 285
22. Dar la cara y mantenerse firmes es una realidad 291
23. Y seguiré adelante por más trabas que tenga 299
24. La vibración alta se siente en todo lo que te rodea 313
25. Una noche mágica por delante 321
26. El retroceder me esperaba a la vuelta de la esquina 335
27. La presentación 345
28. La previa 351
29. Aire. Armonizando mi vida 367
30. En ruta 377

31. Sin destino 383
32. Realidad 393
33. Y ahora, ¿qué? 401
34. Los sueños se pueden materializar 409
35. El proyecto 419
36. El proyecto de nuestras vidas 425
37. Viento en popa 433
38. El finde 445
39. Y cuando menos te lo esperas 459
40. Sumamos momentos 465
41. Nuestro camino 475
42. Una vida 485